JAVIER ZAMORA

Solito





JAVIER ZAMORA

Solito

Traducción de José García Escobar



RANDOM HOUSE

Por decisión editorial se han utilizado y normalizado términos propios del argot y la oralidad salvadoreñas y mexicanas, incluyendo el voseo propio de los centroamericanos o el hecho de que sustituyan el verbo «ver» por el verbo «mirar». También apropiaciones del inglés y ciertas palabras que pareciera pueden estar mal escritas (como el caso de «persinar» por persignar). También ha tratado de respetarse el tono y el vocabulario del protagonista, un niño que cruza solo una frontera. El epígrafe de Charles Simic, que abre la última parte del libro, se conservó en su idioma original a petición del autor y por ser el capítulo relacionado con la vida del protagonista en Estados Unidos.

Para Patricia, Carla, El Chino
y todos los inmigrantes que conocí
camino a Estados Unidos y que no volví a ver.
No estaría acá sin ustedes.

Los eventos y personas mencionadas en este libro son reales. Para proteger la identidad de algunos, cambié sus nombres o usé apodos.

Nuestros cuerpos son los textos que transportan los recuerdos y por consiguiente los recuerdos son, como mínimo, una reencarnación.

KATIE CANNON
(cita incluida en *El cuerpo lleva la cuenta*)

Tanto los niños como las niñas, por ejemplo, hicieron referencia al tiempo perdido y en particular a la singularidad del amor de una madre. Más de uno también describió la sensación como si tuvieran un hoyo en el corazón debido a la ausencia de sus madres.

De esta manera, siempre estaban envueltos por una sensación de anhelo.

LEISY J. ABREGO
Sacrificando familias: Navegando leyes, trabajo y amor a través de las fronteras

1

La Herradura, El Salvador
16 de marzo de 1999

Viaje. Mis papás empezaron a usar esta palabra hace más o menos un año. «Un día, te vas a ir de viaje para estar con nosotros. Va a ser como una aventura. Como la que Simba tuvo antes de regresar a su casa». Por esa misma época ellos me mandaron unos casetes de *Aladino, Jurassic Park* y *El rey león*, y una videocasetera cuando cumplí ocho años.

«Viaje», dicen ahorita que hablo con ellos en la casa de El Panadero. Abuelita Neli, El Abuelo y yo venimos aquí para llamar a mis papás por teléfono, porque no tenemos uno en la casa, pero sí tenemos una tele a color, una refrigeradora nueva y un tanque de peces.

—¡Javiercito!

Abuelita Neli me hace señas. Siempre me ha dicho así. No me dice Chepito porque creo que le recuerda a cómo le dicen a El Abuelo en el pueblo: Don Chepe.

—Tus papás dicen que ya casi vas a estar con ellos —dice Abuelita Neli sonriendo, pelando sus dos dientes de arriba que tienen líneas doradas. Sus camanances hundiéndose más en su cara redonda.

Tía Mali también tiene una cara redonda, pero no está aquí porque está trabajando en la clínica. Ella y Abuelita Neli cada vez dicen más y más esa palabra. Viaje esto, viaje aquello. Viaje, viaje, viaje. Puedo sentir El Viaje en las plantas de mis pies. Lo veo en mis sueños.

A veces sueño que soy Superman o Gokú y que paso volando sobre los campos, los ríos, sobre El Salvador; sobre todos los países, sobre la gente, pueblos, que paso volando hasta llegar a California, donde

están mis papás. Sueño que toco el timbre. Que ellos abren su alta, grande y ancha puerta hecha de madera café, la más café de todas, y yo corro hacia ellos. Ellos me enseñan la sala. Su enorme televisor. El patio de atrás donde hay una piscina, un jardín, árboles de fruta, una pequeña cancha de fútbol, un muro pintado de blanco. Me subo a sus árboles de marañón, me como sus mangos, juego en su jardín…

Cada noche, después de rezar y antes de dormir, me acuesto en la cama y pienso en ellos. ¿Cómo será su cama? ¿Será grande? ¿Será que tienen una cama de agua, como las que salen en las películas? Imagino sus sábanas blancas, las más suaves del mundo. Imagino acurrucándome en medio de los dos. Mi Mamá a la izquierda. Mi Papá a la derecha. Un mosquitero cubriéndonos a todos como una corona.

Siempre que atrapo una esperanza verde, siempre que encuentro una pestaña, cada vez que veo pasar una estrella fugaz, deseo estar durmiendo con ellos en La USA, de estar comiendo helado de naranja. No le cuento esto a nadie. Siento que si alguien se entera no se va a cumplir mi deseo.

También tengo pesadillas. Sueño que me crece la barba y mis papás todavía no han regresado. Sueño que tengo treinta años y aún no estoy con ellos. ¡Treinta años! Sueño que me persiguen unos piratas o que estoy bajando un cerro y viene un deslave.

«Esos sueños son los que tenés que contarle a alguien tempranito en la mañana, para olvidarte de ellos. Pero nunca en la cocina, si no, los sueños se caen en la panza y así empieza la indigestión», así me dijo un día Mi Mamá y no se me ha olvidado.

Viaje. Empecé a decir Viaje en la escuela. Empecé a decirle a mis mejores amigos, «Fijate, vos, un día me voy a ir de viaje y va a ser como jugar escondelero, pero de a de veras».

Cuando estaba en primero, yo era el único que no vivía con sus papás. Tía Mali dice que ellos se fueron a La USA porque antes de que yo naciera hubo una guerra y no había trabajo. Ahora la mayoría de mis amigos tampoco tienen a sus papás en casa. Los más suertudos se

han ido para estar con ellos allá. La mayoría se fue en avión.

En el recreo mis amigos y yo hablamos de comer nuestra primera pizza de pepperoni, como las que comen las Tortugas Ninja, o una lasaña, como Garfield, o comer McDonald's, ver la nueva de *Star Wars* en un cine con aire acondicionado, o comer palomitas con mantequilla. Nunca he probado ninguna de estas cosas. Solo la pizza de Pizza Hut y fue apenas la Navidad pasada.

—Pero, ¿nos vas a extrañar? ¿Sí nos vas a extrañar? —preguntan mis amigos.

—Puesí —digo, pero la verdad es que no sé.

Yo les pregunto a ellos si van a extrañarme a mí. «Ahuevos», dicen; ninguno de los niños que se han ido a La USA han vuelto de visita. A veces vemos a la abuela o el abuelo de esos niños, caminando por la calle, y les preguntamos que cómo está Fulano y Mengano, y ellos responden, «Fulano y Mengano les mandan saludos». Eso es lo más cerca que estamos de ellos. «Ay, gracias, doña. Gracias, don. Díganles que nosotros también les mandamos saludos». Pero nunca escuchamos nada de vuelta.

El Panadero todavía está aquí en el pueblo. Su esposa y sus seis hijos también. Se ven felices. Yo quiero que toda mi familia esté en el mismo cuarto, como la familia de El Panadero. Todos mis amigos y yo queremos estar con nuestros papás allá donde todo es nuevo; donde camiones recogen la basura, donde el agua sale de chorros plateados, donde cae la nieve más blanca, donde la gente tiene peleas de nieve y donde cortan pinos de verdad para Navidad; allá no pintan de blanco ramas de algodón, como hacemos acá.

Mayo y junio son los meses más tristes porque nuestros papás no están aquí y nosotros no estamos allá. Para la mayoría de nosotros, son nuestros abuelos los que llegan a los actos del Día de la Madre y Día del Padre. No es como que no queramos a nuestros abuelos. Los queremos mucho. Adoro a Abuelita Neli. Me gusta todo lo que cocina. Me gusta cómo su pelo colocho atrapa mi cara. Me encanta su pelo

que tiñe de negro, su pelo corto que hace que ella se mire puro micrófono, su pelo que huele a pupusas cuando me abraza. Me encantan sus camanances y cómo aparecen siempre que se ríe. Su amplia y chata nariz, y el oscuro lunar que tiene en medio de la misma, que cada año le revisan en el hospital para ver si no ha crecido de más. Y me encantan las cejas falsas que ella se dibuja delgaditas cada mañana usando un lápiz.

También quiero mucho a Mi Mamá. Nunca he conocido a Mi Papá. O tal vez sí, pero no me recuerdo. Estaba a punto de cumplir dos años cuando él se fue. Por teléfono suena que es bien buena gente. Su voz es profunda y áspera, pero también suave, como una piedra afilada brincando al hacer sapitos sobre el agua. Siempre hablo con él después de hablar con Mi Mamá. Yo recuerdo todo de ella. Su voz severa, pura ola rompiendo en el mar. Así suena cuando se enoja conmigo. Y su aliento huele a pepinos recién cortados.

Primero hablo con Mi Mamá y ella luego le pasa el teléfono a Mi Papá. A veces soy muy tímido con él y Mi Mamá tiene que estar a la par de él. Otras veces Tía Mali le cuenta cosas que he hecho durante la semana.

Ellos mandan fotos de vez en cuando y en ellas Mi Papá parece un hombre fuerte y amable. Me gusta su bigote grueso. Su espeso pelo negro. Sus dientes grandes. La cadena de oro que usa sobre su camiseta y lo musculoso que es. Todos en el pueblo me cuentan historias de él, pero no le he preguntado nada a él, porque me pongo muy tímido.

Ahorita, El Abuelo está hablando con ellos. Tratando de que yo no escuche lo que dice. Pero sí escucho. He estado escuchándolo todo el rato. Tengo buenos oídos. Escucho a El Abuelo decir «Don Dago», y luego algo que no entiendo y después dice, «para el Día de la Madre».

Don Dago es el coyote que llevó a Mi Mamá a La USA, hace cuatro años. Ha estado viniendo a la casa más seguido. Ya sé qué está pasando. No soy pasmado. Yo saco las notas más altas en mi clase y

cada año recibo un diploma por ser el mejor estudiante.

Día de la Madre. Cada año las monjas de la escuela nos obligan a bordar *Feliz Día de la Madre* o *Feliz Día del Padre* con hilo rojo y azul en pañuelos. Todos los años. Al menos las pes son más fáciles de bordar que las emes. Pero desde segundo grado, mis amigos y yo, empezamos a bordar los nombres de nuestros abuelos. Es más fácil así.

Pero este Día de la Madre va a ser diferente. ¡Este año finalmente será el año que voy a ver a mis papás! Este año voy a bordar el nombre de Mi Mamá en un pañuelo y se lo voy a entregar en persona.

—Va a llegar allá antes de medio año. No va a pasar frío como cuando vos pasaste por las montañas —dice El Abuelo, suavecito, como que si yo no supiera que están hablando de mí.

Trato de no verme tan feliz, de no sonreír, pero me cuesta no correr de la emoción, no botar las mesas que El Panadero tiene en su sala, no correr de vuelta a la casa. Me cuesta no salir corriendo para la clínica donde trabaja Tía Mali. Ella sale del trabajo a las seis. No sé si voy a poder hacer como que no estoy feliz cuando la vea. Pero hago como que si no pasa nada. Camino de vuelta a la casa agarrándole la mano a Abuelita Neli. Camino despacio, a su ritmo, apretándole la mano hasta que nuestras manos empiezan a sudar y nuestro sudor dice:

—Va a pasar. Al fin va a pasar.

Tía Mali entra corriendo al cuarto. Ella atraviesa la sábana que cuelga de la pared y que usamos de puerta, la atraviesa gritando:

—¡Chepito! ¡Chepito! —En la mano lleva una cartera negra que Mi Mamá le envió hace unas navidades—. ¡Acabo de hablar con ellos! —Tira la cartera sobre el tocador que está a la par de su cama.

—¿Con quiénes?

—Con tus papás, tontito. —Me gusta cuando me dice así. Suena como cuando la lluvia entra por los hoyos en el techo y cae en unos cuchumbos de metal que ponemos en el piso para que no se inunde el

cuarto.

—Ya escogieron la fecha. El mes que te…

Ella no sabe que escuché a El Abuelo hablar con ellos.

—¡Alegrate! ¿Querés saber cómo escogieron la fecha?

Sonrío porque quiero saber. Pero también porque Tía Mali desamarró facilito uno de sus tacones negros, pero todavía pelea con el otro.

—Una amiga de tu mamá dice que deberías llegar antes de agosto, así vas a aprender a hablar inglés antes de que comience la escuela.

Tía Mali se sienta en su cama y alcanza la mitad de limón que dejó esta mañana en un vaso, la mitad que no usó y que está llena de moscas de fruta. Apacha el limón sobre sus pies y luego se los seca usando una toalla.

—Tan raros los gringos que comienzan a estudiar hasta en septiembre, ¿ve'á, Chepito?

—Aja —le respondo y miro hacia el techo y luego por la ventana que está a la par de mi cama—. ¿Por qué no empiezan a estudiar en enero como nosotros?

—Jaber —dice ella, levantando hombros y mientras se pone unas yinas de plástico. Tía Mali camina por la cocina hasta llegar al jardín de atrás. Ahí tira el limón que usó ahorita. La puerta-sábana sisea atrás de ella cuando regresa al cuarto. Luego brinca sobre la cama.

—Supongo que así vas a haber estudiado seis meses más que los gringuitos y vas a ser más listo que ellos. —Ella le agrega el *ito* a todo —. Y, además, en el primer día todos son nuevos.

Ella toca el colchón con su mano derecha. Es la señal para que yo camine sobre el piso frío. Ya casi no se siente mal olor. El limón le ha ayudado a Mali a quitar el olor a pata chuca de sus pies, más que cualquier otra cosa que intentó usar. Los talcos no hicieron nada y ese extraño remedio que hizo con vinagre, miel y clara de huevo solo hizo que le apestaran más los pies.

Hacemos lo mismo cada noche. Cuando Tía Mali regresa del trabajo

yo me acuesto a la par de ella y ella me cuenta el chambre de la clínica. Qué tiene cada paciente, los resultados de los exámenes médicos, las peleas entre doctores. Y cuando no hay nada que contar, lo aburrida que estuvo ese día.

Ponemos los pies en la pared y la cabeza a la orilla de la cama y miramos el anochecer al otro lado de seis tejas de vidrio que forman algo parecido a un tragaluz en el techo. Por el vidrio vemos que salen las primeras estrellas. Eso significa que ya casi vamos a cenar.

Tía Mali tiene apenas veintitrés años, y alguna vez escuchó que poner los pies contra la pared ayuda a prevenir la «ce-lu-li-tis». Me gusta esa palabra. Ce-lu-li-tis. Cada mujer que va al puesto de pupusas de Abuelita Neli habla de la celulitis como si fuera una plaga. Abuelita Neli vende pupusas enfrente de la clínica donde trabaja Tía Mali desde que Mi Mamá era una niña. Mi Mamá incluso la ayudaba. Tía Mali también, hasta que entró al bachillerato y luego empezó a trabajar como secretaria en la clínica. Así que ahora Tía Lupe —la más pequeña de las tres hermanas— es quien ayuda a Abuelita Neli a hacer y vender las pupusas.

Con los pies en la pared y sin más chambre, Tía Mali empieza a contarme de sus enamorados.

—Fijate que El Dentista fue a verme hoy…

Me distraigo y recuerdo que hoy Tía Mali llegó tarde al trabajo otra vez. ¡Y eso que la casa está a pocos metros de la clínica! Casi siempre se le olvida pintarse los labios y yo tengo que recordarle que lo haga. Luego ella ve la hora en su reloj dorado marca Casio y grita «¡Puya!». Eso significa que otra vez va tarde al trabajo. Ella sale corriendo del cuarto, casi arrancando la sábana del hilo que la sostiene. Se va, sus pies zapateando por la calle, jugando con las llaves. Cuando llega a la clínica Tía Mali pasa corriendo a la par de la gente que hace fila desde temprano para ser atendidos de primero. Pero nunca se le olvida darme un beso en la frente y yo dejo la cera roja de su pintalabios por unos minutos en mi cara antes de borrarla.

Cuando a Tía Mali se le olvida desayunar, Abuelita Neli me manda a llevarle una pupusa envuelta en papel aluminio o un poco de pan dulce en una bolsa de papel, y yo tengo que caminar la calle polvosa hasta llegar al escritorio de Tía Mali, que está a la par de la entrada de la clínica. Cuando estoy de vacaciones, ayudo a Abuelita Neli a vender fresco de ensalada, de marañón, de chan y la mejor horchata del mundo. Soy un buen vendedor. Aprendí viendo a Mi Mamá. Ella les entregaba a los clientes la bebida que habían pedido en una bolsa de plástico.

De vez en cuando alguien del otro lado del pueblo, cerca del muelle donde creció Mi Papá, nos dice, «Mándenle saludos a Javierón». Mi Papá tiene varios apodos y la verdad es que no sé qué significan. Lelota es el más difícil de todos, porque ni siquiera es una palabra de verdad. Hay otros más obvios como Alacrán, pero no sé cómo le pusieron ese apodo y, claro, nunca le he preguntado.

—Fulano y Mengano le mandan saludos —le digo a Mi Papá por teléfono.

—Deciles que yo también les mando saludos —dice, y pregunta cuántos nueves y dieces he sacado en la escuela y en qué clases.

Luego de hablar de la escuela, hablamos de mi salud. Después hablamos de las cosas que me mandaron la última vez, y me toca decirle a Mi Papá qué juguetes o ropa quiero que manden en el próximo paquete.

Al final, nunca antes, sino hasta que nos despedimos, le pregunto a Mi Papá que cuándo lo voy a conocer. A Mi Mamá le pregunto lo mismo, que cuándo voy a conocer a Mi Papá. Otros niños ya están allá con sus papás o están a punto de salir de viaje. Siento como que cada mes alguien más desaparece.

Un día estamos jugando pelota, a la hora del recreo, o jugando mica cuando de repente ¡puf!, desaparecen y ya nunca regresan. Casi todos se van en avión. ¿Cómo? No sé. Otros se van por tierra. Un carro los viene a buscar. Se van con un familiar o con el padre que no se ha ido.

En la escuela no nos enteramos hasta después. Están aquí y después ya no. Nadie te dice que ya se van.

«Pronto», dicen mis papás. Siempre es «pronto». Pero «pronto» nunca llega y todavía estoy acá vendiéndole pupusas a la misma gente que le compraba a Mi Mamá.

«Paciencia, Chepito», me dice Tía Mali cuando me quejo que mis papás siempre me dicen lo mismo. Pero esta vez, hoy, es diferente. Después de que termina de contarme sobre otro de sus enamorados, Tía Mali voltea a verme. Me ve a los ojos y dice:

—Muy pronto vas a estar allá, tontito. Estoy muy emocionada por vos. —Y le creo.

Miramos a las estrellas. Tal vez Tía Mali se dio cuenta que estoy emocionado, porque empieza a contarme de la vez que Mi Mamá hizo El Viaje a California; es el único tipo de experiencia que tiene Tía Mali viajando al norte. Nadie sabe cómo Mi Papá llegó hasta allá. Parece que Mi Mamá llegó en dos semanas.

—Rapidito, rapidito —dice Tía Mali, rebanando el aire con su mano mientras habla, hablando más fuerte para mostrar lo rapidito que Mi Mamá llegó allá—. Ella cruzó por San Ysidro, saltó un murito, subió un cerrito y corrió hasta llegar a un carrito que la llevó por una larga carretera, la carretera más grande que ella había visto, y pasó por Los Ángeles y por San Francisco, hasta llegar a San Rafael, donde la estaba esperando tu papá. —Tía Mali actúa todo con sus manos. Dos dedos yendo para adelante o para atrás muestran cómo Mi Mamá corrió por el cerrito. Una ola muestra cómo Mi Mamá saltó dentro del carrito. Manos al volante significa que Mi Mamá iba dentro del carrito.

He escuchado esta historia miles de veces, pero no me sé los detalles. Sé cosas generales: ella se fue y llegó allá dos semanas después. Ella corrió, saltó, se escondió, manejó. ¿Quién manejó? ¿Ella? ¿Quién la llevó hasta San Rafael? Yo quiero ver los cerros por donde ella corrió y los árboles que crecen allá. El muro. ¿Está hecho de ladrillos? ¿Tiene alambre de púas? ¿Es alto? ¿Los caminos son de

tierra o de asfalto? ¿Son amplios o estrechos? Quiero detalles, pero no creo que Tía Mali sepa más de lo que me ha contado, y cuando ella habla yo me quedo callado. Eso es algo que no me gusta de mí mismo. Soy muy tímido. En la escuela los bichos populares se burlan de mí y yo no digo nada. Yo me escondo.

Sé que mis papás querían esperar hasta que yo estuviera más grande para mi Viaje. Ojalá no piensen que soy muy chiquito todavía. No soy. Tengo nueve, pero ya puedo saltar el cerco que separa nuestra casa de la del vecino, y eso que tiene alambre de púas. Cuando nuestra chucha, La Bonita, persigue a las iguanas que viven en el palo de aguacates hasta al terreno de Niña Yita, yo me arrastro debajo del cerco como ella, o subo por los postes de madera donde está envuelto el alambre de púas y brinco para el otro lado. Nunca me he lastimado. No he tenido ni un solo raspón.

—Pero allá hace frío —dice Tía Mali—. Tu mamá dice que se enfermó en los cerritos y se sintió mal por varios días.

—Pero ya está bien —digo. Tía Mali juega con su pelo colocho y mira el tragaluz. Levanta sus cejas negras que parecen un par de orugas; siempre hace así cuando está pensando. Se queda un rato así, viendo las tejas de vidrio, entonces le pregunto—: ¿Querés ver las nuevas fotos que me mandó Mi Mamá?

—Sí —dice suavemente y alcanza el álbum de fotos que está ya en la cama, debajo de su pierna sudorosa. Su piel se pega a la portada verde del álbum y el álbum le deja una marca en el muslo. Pero no me importa. No me enojo porque al menos sus pies apestosos no están cerca de las fotos.

Mi Mamá me envió este álbum en febrero, cuando cumplí nueve años. Mi foto favorita es donde ella aparece en su trabajo, disfrazada como uno de los muñecos de Toys «R» Us. No es Geoffrey, la jirafa; ese disfraz le queda grande a Mi Mamá. Ella no es muy alta, es apenas un poco más alta que Abuelita Neli, pero más chiquita que Tía Mali, que mide un metro sesenta.

En la foto Mi Mamá está dentro del disfraz de la otra jirafa, la más pequeña, la que tiene escrito Baby Gee en el babero, y su cara aparece detrás de una pequeña pantalla negra. Me da risa esa foto. Río cada vez que la veo. Se mira muy linda Mi Mamá cuando viste su traje de jirafa bebé.

Después de esa foto, mi favorita es una donde Mi Mamá está frente a la cámara, vestida con una enorme camisa polo azul (tal vez es de Mi Papá) y con el Golden Gate de fondo. El Golden Gate es un puente enorme, «El puente más grande que alguien haya construido», escribió ella en la parte de atrás de la foto. Le cuento a mis amigos de esa foto.

Me encanta el pelo negro y liso de Mi Mamá. Cuando estaba acá ella peinaba su fleco enfrente del espejo con laca. Allá lo peina igual. Me encanta cuando el viento agarra el pelo de Mi Mamá, como en esta foto, y atrapa el fleco y no lo deja moverse. Ella sale sonriendo. Cuando Mi Mamá sonríe nunca pela los dientes, pero siempre inclina un poco su cara a la derecha como para escuchar un secreto. La cara de Mi Mamá tiene forma de corazón.

—¿Ya viste? Allá todo es bien bonito —le digo a Tía Mali, señalando las montañas que están detrás del Golden Gate. Su cara redonda parece estar diciendo que sí, que allá todo es muy bonito—. Pronto voy a caminar por ese puente —digo, cada vez más fuerte, como si acabara de meter un gol. Señalo a las columnas gruesas y rojas del puente—. Te voy a mandar una foto de aquí, igualita a esta.

—Sí, por favor, Chepito. No te vayás a olvidar de mí.

Nunca podría olvidarme de ella.

17 - 3 - 99

Mis papás decidieron contratar a Don Dago, un señor que visita nuestro pueblo pesquero unas dos o tres veces al año. Nuestro pueblo no es San Salvador. Ni siquiera es Zacatecoluca. Tiene una entrada y

una salida. Una calle de asfalto llena de hoyos, que llega hasta el muelle donde los pescadores salen antes del amanecer y vuelven al medio día a vender la pesca del día. Para el invierno, cuando no deja de llover, la calle de asfalto y el otro camino (el más pequeño, el de tierra, donde vivimos nosotros) se inundan. Varios centímetros de lluvia cubren todo el pueblo y Tía Mali y yo salimos a la calle a soltar barquitos de papel desde el puesto de pupusas de Abuelita Neli. Los hacemos de papel periódico o de algunas de mis viejas tareas y a todos les escribo la fecha con un marcador negro. A veces les pongo nombres raros. Mumra o Bulma. Otras veces les pongo los nombres de mis papás.

Nadie sabe cuándo va a venir Don Dago. Pero cuando al fin viene, llueva, truene o relampaguee, todo mundo se entera que vino y todos saben dónde encontrarlo: en la cantina de Doña Argentina, bebiendo una Suprema bien fría, fumando Marlboros y con un cenicero de vidrio a la par. La gente hace fila para preguntarle si cobra lo mismo para llegar a Wa-ching-tón, a Jius-tón, o a San Francisco. Si lleva niños, si lleva mujeres. Si lleva hombres más viejos que él. Si le puede cambiar la vida a todos. Don Dago le cambió la vida a Mi Mamá. Tía Mali dice que Mi Mamá se fue porque no conseguía trabajo. Mi Papá se fue por asuntos políticos. «La USA es un país más seguro, con más pisto y allá hay trabajo para todos», me han dicho Tía Mali y Abuelita Neli.

Don Dago se sienta afuera de la cantina en una silla de plástico a la par de una mesa blanca también de plástico. Es la misma cantina a la que yo iba cuando El Abuelo se ponía a chupar en la casa. Yo llegaba y le compraba lo de siempre, una pacha de guaro El Muñeco, y luego me iba corriendo de vuelta a la casa para que se la tomara. Cuando El Abuelo se terminaba la primera pacha, yo corría de vuelta a la cantina a comprarle otra. Lo hacía una y otra vez hasta que El Abuelo se desmayaba en su hamaca. Siempre dejaba que me quedara con el vuelto y yo lo metía en mi alcancía de Super Mario, que no abrí hasta

el año pasado, cuando mis papás dijeron que no tenían suficiente pisto para mi Viaje. Abuelita lloró cuando le dije por qué había roto mi alcancía. Yo lloré porque ella estaba llorando y porque me dijo que tenía muy poquito pisto.

El Abuelo dejó de chupar cuando Mi Mamá se fue, y Don Dago ha llevado gente de este pueblo a La USA desde antes que se llevara a Mi Mamá. Pero ahora, cuando camino a la par de la silla blanca de Don Dago, él le da un jalón a su cigarro y me saluda. Siempre a la par de él está un pequeño ventilador eléctrico que Doña Argentina saca para él, una extensión naranja zigzaguea hacia la cantina, al enchufe más cercano. El ventilador se sienta ahí como un chucho obediente que fue entrenado para lamer el sudor, que aparece en la camisa polo bien planchada que viste Don Dago, una polo desabotonada que deja ver un poco de su pecho canoso. Quiero tener pelo en el pecho como el de Don Dago, casi colocho, casi tan blanco como la sal, como la barba del Santa Claus que aparece en los anuncios de Coca-Cola.

En su muñeca izquierda Don Dago tiene un reloj de oro. Sobre su pecho peludo tiene tres cadenas de oro, cada una más gruesa que la otra. Tiene unas botas de cuero negras que hacen juego con su cincho de cuero también negro. Basta ver su ropa para saber que no es de La Herradura, ni siquiera parece ser salvadoreño. Se parece más a los rancheros que aparecen en las telenovelas mexicanas. Solo le falta el sombrero. En vez de eso lleva una cachucha de béisbol que cubre su cabeza pelona; el poco pelo que tiene lo pinta de negro y se le sale por los lados de la cachucha.

El elemento más sorprendente del atuendo de Don Dago es una pieza que no aparece ni siquiera en las telenovelas, es un monedero negro también de cuero. Ahí guarda sus cigarros, un encendedor BIC, un lapicero BIC, unos lentes de sol, chicles, todo lo que necesita excepto una pequeña libreta café que guarda en su bolsillo trasero. Con esa libreta Don Dago crea suspenso luego que la gente le hace preguntas como:

—Don Dago, disculpe, ¿cuánto cobra para ir a California?

—¿Dónde en California? Cada ciudad tiene diferente tarifa —responde, tomándose un trago de su cerveza Suprema.

—Los Ángeles. He escuchado a la gente decirle con timidez, como si le tuvieran miedo.

—¿Hombre o mujer? ¿Edad?

Tan pronto Don Dago obtiene respuestas, se hace un poco hacia adelante en su silla, levanta la nalga izquierda y alcanza su libreta. La abre como si fuera una navaja. Dentro tiene números que solo él entiende. Algunos están tachados. Y la única regla que tiene, y que todos en el pueblo conocen, es: prohibido negociar.

—La tarifa no es mía. Yo no puedo cambiarla —dice, mostrando sus manos de cara al cielo, luego de haberles enseñado los números a sus clientes, siempre con un cigarro en la mano—. No puedo cambiarla —repite, cuando alguien le dice por qué su hija, su hermano o ellos mismos tienen que salir del país.

El Abuelo dice que la gente pobre, los que son más pobres que nosotros, son los que necesitan a Don Dago, pero no pueden pagarle. Escuché a Abuelita Neli decir que hay más violencia ahora, así que cada vez más y más personas necesitan coyotes. En octubre del año pasado alguien le disparó a Papel con Caca enfrente de nuestra casa. Fue un día por la tarde. «Es porque tenía tatuajes», dijo El Abuelo. Las personas dicen que él era «malacate», que era un «marero», pero él me daba jalón en su bicicleta siempre que podía. Luego en noviembre le dispararon a Pedro. Y la Navidad pasada Don Guayo le disparó a alguien enfrente de su farmacia y después se fue para La USA. A Don Dago no le importa lo que dice la gente. Solo repite que no puede cambiar el precio y sonríe, mostrándole a los clientes sus dientes grandes y amarillentos, y que siempre están rectos y perfectamente alineados.

Tal vez Don Dago no le estaba mintiendo a El Abuelo cuando le dijo, «Soy apenas una perla de un gran collar de perlas, Don Chepe».

Estábamos en la casa la segunda vez que llegó Don Dago. El Abuelo y él se sentaron en unas sillas de plástico, debajo de los palos de mango que tenemos en el jardín. «Todos tenemos necesidad de comer», siguió. Yo estaba jugando cerca, a la par de los palos de marañón. Desde que cumplí ocho Don Dago llega a la casa cada vez que está en el pueblo. Antes, solo había venido una vez.

Todavía recuerdo esa primera vez. Fue días después de que cumplí siete años, luego de haber ido dos veces a la embajada de Estados Unidos para intentar obtener una visa, luego de que fuera claro para nosotros que no iba a hacer El Viaje en avión. Don Dago me vio y dijo: «Todavía está muy chamaco». Lo veía tan alto. Más alto que El Abuelo. Ambos tenían sus camisas polo metidas en sus bluyines. Después de que se fue Don Dago, El Abuelo dijo, «Aparentemente este coyote de mierda tiene como regla no llevar a bichos menores de diez años». El Abuelo estaba bien bravo. Yo estaba triste. Otra vez tenía que esperar.

—Pero igual, cuando sea la hora ese cerote se lo va a llevar —dijo El Abuelo.

Nadie le falta el respeto a El Abuelo. La gente del pueblo le tiene miedo. Tía Mali dice que es porque estuvo en el ejército y todavía tiene una pistola. Yo creo que es porque sabe usar el machete y porque cuando alguien intenta robarle guineos, mangos o naranjas, El Abuelo persigue a los mañosos y les tira piedras con su hondilla. Niños o adultos, no importa. Igual les tira hondillasos. Los hermanos mayores de mis amigos también le tienen miedo. Mis amigos le tienen miedo. Hasta los chuchos evitan caminar cerca de él. Yo también le tengo un poquito de miedo a El Abuelo.

Espero que Don Dago haya cambiado su regla. Que yo tenga nueve años no va a evitar que yo vea a mis papás en mayo. He escuchado a la gente que le compra pupusas a Abuelita Neli decir que Don Dago «es el mejor coyote de la costa central de El Salvador», por eso es que cobra caro.

Tía Mali dice que Don Dago les dijo a mis abuelos que Mi Mamá iba a pasar por carreteras, que iba a subirse a buses, tal vez esconderse en algún baúl, tal vez esconderse dentro de un furgón. Les dijo que Mi Mamá iba a subir un cerro, alcanzar un carro, llegar con Mi Papá. Y Don Dago también hizo todo eso. Él estuvo con Mi Mamá todo el camino. Todos dicen que «él es un buen coyote». Mi Mamá se tardó dos semanas en llegar allá. Bien rápido. Bien seguro todo.

Los adultos no me cuentan mucho. A la única a la que puedo sacarle información es a Tía Mali, pero a veces ni siquiera ella sabe qué está pasando.

«Estamos juntando el pisto y ya casi tenemos suficiente. Pronto vas a estar con nosotros, Chepito». Mis papás me han dicho esto una y otra vez, por teléfono o en cartas. Yo sé que están juntando el pisto, pero no sé cuánto tienen ya. Imagino un número y lo escribo en todas mis tareas. Un número imaginario. Abro mis libretas, igual que como le hace Don Dago, como si fueran navajas, y escribo ese número ficticio justo debajo de la fecha, en la esquina superior izquierda de la página.

20 - 3 - 99

Estoy en la cama de La Mali mientras ella espera que una amiga la pase buscando para ir a bailar en el muelle. Hoy es sábado. Faltan días para que empiece la Semana Santa, pero el pueblo ya está de fiesta. Tía Mali se vistió para salir a bailar, se puso un vestido negro con cuentas brillantes en el ruedo y escote en la espalda. Sus tacones negros están a la par de la cama. Unas medias negras atrapan sus piernas. Ya le puso limón a sus pies y los secó con una toalla, y les echó perfume a sus tacones.

Me gusta cuando se acolocha su pelo grueso. Siempre lo tiene colocho. Pero cuando le echa un poco de espuma y laca se le pone

requetecolocho. Se pinta los labios con su pintalabios favorito. No el color durazno o el rosado claro que usa cuando va al trabajo. Para los bailes se pinta los labios de rojo, pero de uno que no es tan rojo. Le da miedo verse pura bruja. Por eso siempre que sale de la casa para ir a trabajar, o cuando va a una fiesta, se para enfrente del espejo, como lo hace ahora, y me pregunta, «¿Me miro pura brujita?».

Ahorita no. Me gusta el rojo de sus labios, tanto como el que aparece en mi mano cuando tapo la luz de la lámpara. Me gusta hacer eso cuando es de noche y tengo que ir al baño. Me gusta ver cómo la sangre pasa por mi mano. Me gusta verla atrapada ahí.

—El Dentista es muy exigente y chupa mucho. No quiero encontrármelo —dice Mali, molesta. Sus cejas orugas, juntas y apretadas, dibujan arrugas en su frente.

Busco estrellas a través del tragaluz, medio poniéndole atención a lo que dice.

—Tu mamá hizo su viaje rápido, rapidito. Fue un viaje para mojados exprés —dice, riendo. Ahora tiene toda mi atención—. Vas a estar bien. No estoy preocupada por vos, Chepito.

Mali dice que Mi Mamá llamó a la casa tan pronto cruzó. Me gusta esa palabra: cruzó. Imagino un crucifijo. Tal vez el muro está hecho de un montón de pequeños crucifijos.

—Tu mamá tomó agua de zanjas, pero no le pasó nada —dice, doblándose las pestañas. Cuando La Mali dice «zanjas», imagino a Mi Mamá como una vaca, luego como un caballo, después con su traje de jirafa y de rodillas, bebiendo agua chuca.

«Regreso pronto, mijo. Voy a volver, te lo prometo», dijo Mi Mamá hace cuatro años, estábamos en este mismo cuarto. El cuarto era color índigo. Recuerdo las paredes oscuras. El sol empezaba a salir y la luz golpeaba la cresta de los mirtos blancos y rosados que están afuera de mi ventana, a un lado de la cama que compartía con ella.

Yo tenía los ojos medio cerrados, pero recuerdo a Mi Mamá besándome la cabeza y mis cachetes. Con sus dedos dibujó una cruz en

mi frente y dijo algo para sí misma. Luego se arrodilló junto a la cama y me vio a los ojos y dijo, «Te quiero mucho».

Me arrepiento de no haberme despertado para Mi Mamá. Me gustaba ver cuando se arreglaba para salir. Por eso es que me gusta ver a La Mali cuando se echa base, cuando se dibuja las cejas, se pinta los labios, se dobla las pestañas y les echa rímel. Semanas antes de irse Mi Mamá me dijo que se iba a ir por un rato, pero no me dijo cuándo o por cuánto tiempo. Yo acababa de cumplir cinco años. Cuando Mi Mamá hizo una pausa a la par de la puerta yo cerré los ojos y me volví a dormir.

—¿Te acordás de Roberto? —pregunta Tía Mali.

Al principio yo no me iba a ir con Don Dago. Hace dos años mis papás trataron de que hiciera El Viaje por avión. Hay otro coyote que no lleva gente. Él lleva cartas, videos y comida de acá para allá. Don Leo se llama y también trae cosas de allá para acá. Una o dos veces al año trae cajas llenas de LEGOS, ropa, videocaseteras, tostadoras y otras cosas. A Don Leo se le ocurrió que yo podía irme en avión. Cuando supimos que así había llegado a La USA mi amigo y vecino Jeffrey, mi abuela le preguntó que cómo se hacía. Parece que familiares de Jeffrey empezaron a decirle a la gente que los gringos le habían dado la visa, pero Mali dice que él usó la visa de alguien más.

Don Leo conocía a alguien que tenía un hijo de mi edad. Me aprendí de memoria el cumpleaños de ese niño, su lugar de nacimiento, el nombre de sus familiares, hasta me fui a cortar pelo para parecerme más a Roberto. Yo no me parezco a Roberto. Soy más moreno que él. El papá de Roberto, Don Roberto, me dijo que no jugara bajo el sol por unas semanas. Ni siquiera iba al colegio sin llevar una sombrilla.

—Don Roberto recibió ochocientos dolaritos, para cubrir sus gastos —dice Tía Mali, echándole polvos a su cara—. Luego había que pagarle mil quinientos más, si pasabas la entrevista en la embajada, y otros mil quinientos cuando llegaras con tu mamá —sigue con su

mismo tono suave, como si ya me hubiera contado esta historia, pero es la primera vez que la escucho.

Recuerdo aprenderme todos los detalles de mi vida nueva, de la vida de Roberto. Mis papás conocían a muchos niños que habían llegado a La USA así. Yo, el Roberto Falso, me iría en avión, me bajaría en La USA y enviaría por correo el pasaporte a Don Leo, quien conoce a alguien en el aeropuerto de El Salvador. Esta persona luego le pondría un sello al pasaporte de Roberto. Sería como un fantasma agarrando un avión de vuelta a casa.

—Te ayudé a practicar, ¿te acordás? —dice Tía Mali, dándose la vuelta tras terminar de maquillarse—. ¿Cómo me miro? —La voz de La Mali es hasta más suave cuando tiene miedo, cuando hace este tipo de preguntas, y las hace cada mañana.

—Bonita —digo, en referencia al nombre de mi chucha, pero Tía Mali sabe que pienso que ella se ve hermosa.

Practicamos mi entrevista en esta cama. Cuando la gringa de la embajada me hizo las preguntas, yo no dudé. Ella estaba detrás de un vidrio a prueba de balas y yo no vacilé. Me sentía orgulloso, engañando a la gringa. Me sentía como James Bond o La Usurpadora. Pero luego la gringa le dijo a Don Roberto, «Señor, ¿este es su hijo?».

La voz de la gringa era suave, para nada amenazante y tenía un acento hermoso, como el que tienen los gringos que salen en las películas mexicanas hablando español. Grandes gotas de sudor empezaron a salir de la frente y axilas de Mi Papá Falso; un pequeño charco de sudor apareció en su pecho.

«¿Este es su hijo?», preguntó la gringa otra vez, acercándose al cristal, con su voz más fuerte.

Don Roberto me vio casi entrecerrando los ojos. Sus ojos cafés, todo su rostro inclinándose a un lado como si estuviera disculpándose por algo. Vi fijamente a la bandera de Los Estados Unidos que estaba detrás del pelo castaño de la gringa. Conté las estrellas. El papá de Roberto me agarró de la mano y me llevó lejos del vidrio a prueba de

balas, sobre los azulejos de linóleo, por la puerta de cristal, más allá de los guardias, lejos del pasadillo de seguridad, hasta llegar a la calle.

Estaba triste, pero no lloré. No hasta que llegué a la casa y abracé a Abuelita Neli. Luego abracé a Tía Mali. Ambas me abrazaron al mismo tiempo. «No te preocupés, todo va' estar bien. Los vas a ver pronto», me dijeron, y entre las dos me levantaron; con mis piernas colgando en el aire.

—La Migra, ya sabés, los gringuitos malos, no agarraron a tu mamá —sigue Tía Mali.

Está a la par mía, tiene sus brazos sobre mis hombros, su pelo tieso en mi cara; se pasó con la laca.

—Tu mamá dice que no sabe cómo se pudo esconder tan bien de noche. —Imagino a Mi Mamá vestida de negro, corriendo hacia un palo, luego dentro de un arbusto, imitando la forma de cada uno—. Ay, y cuando cruzó, vio nieve por primera vez. ¡Nieve! —La cara de La Mali parece más redonda cuando sonríe. Sus ojos se hacen aún más grandes—. Yo tengo ganas de ver nieve, ¿y vos?

—Sí que sí —digo. Quiero hacer bolas de nieve como hacen en las películas.

Mi Mamá hizo todo esto en 1995, cuando yo tenía cinco años. Mi entrevista en la embajada fue en el 1997. Y antes de eso, en el 1996, Tía Mali y yo intentamos obtener una visa, una visa de verdad, pero los gringos de la embajada dijeron que no, igual que le dijeron a Mi Mamá. Una gringa muy mala gente le dijo que «No hay forma que usted reciba una visa. ¡Siguiente!».

1999. Tengo nueve años y quiero abrazar a Mi Mamá. Me pone triste recordar a Roberto. Tía Mali está triste porque nadie viene a llevarla al baile.

—Me dejaron con los colochos puestos —dice Tía Mali.

—Todo va' estar bien.

Agarro la ropa que La Mali usa para dormir: una enorme camiseta anaranjada que Mi Mamá le envió desde California con Don Leo.

Cuando la tiene puesta, Tía Mali parece una zanahoria. Hay algo escrito en inglés en la camiseta, pero no sabemos qué dice. Solo conocemos una palabra: *love*.

Tía Mali se da por vencida y se cambia. Subimos las piernas a la pared, contamos las estrellas que están del otro lado del tragaluz que El Abuelo instaló en medio de la habitación y empezamos a inventar historias para cada una de ellas. A una siempre le pongo «Patricia». Ese es el nombre de Mi Mamá.

23 - 3 - 99

Mi Mamá confía en Don Dago. Mi Papá confía en él. Igual que El Abuelo. Y también Abuelita Neli.

—Ese viejo es un rabo verde, un pícaro, pero sabes qué, lo peor que ha hecho en su vida es agarrarle las nalgas a alguna cipota —dice La Chele Gloria, con su voz de megáfono y con las manos siempre ocupadas cortando fruta o buscando pisto dentro de su delantal. La Chele vende fruta a la par de la clínica opuesta donde Abuelita Neli vende pupusas, y es con quien paso el rato mientras ella termina la venta del día.

—Las mujeres siempre llegan bien cuando se van con él —sigue La Chele—. Mirá, bicho, yo miro y escucho todo. —Ella mueve la mano para que las moscas no aterricen en su canasto con rodajas de piña, sandía, pepino, mango y naranja—. Yo sé que vas a llegar bien allá.

—¿Adónde? —pregunto a pesar que sé de qué está hablando.

—Allá, cerotito, donde hay puentes, pizzas, piscinas; más te vale que no pensés que ahora vas a ser gringo. —La Chele sonríe pícara, pelando sus dientes chuecos; las arrugas de su cara se abren cuando sonríe—. Más te vale que no te olvidés de mí, cerotito. —Si alguien me hubiera dicho eso, me hubiera enojado, pero si La Chele te dice así, es porque le caés bien.

Abuelita Neli no le gusta que La Chele Gloria sea tan chambrosa y me advierte que no le diga mucho sobre mis papás o de El Viaje. «Si le decís una cosa hoy, mañana lo cuenta diferente y después te va a regresar ese chambre volteado», Abuelita se lo dice a Tía Mali, a Lupe y a mí cada vez que regresamos comiendo frutas de La Chele Gloria. Pero me encantan sus historias. Son historias chistosas y siempre dice muchas bayuncadas.

—Eventualmente vos vas a escuchar malas palabras, bicho, hijueputa —dice La Chele Gloria. Me gusta lo rápido que dice la primera parte de la palabra, como masticando las primeras dos sílabas y convirtiéndolas en una sola. *Hijue* se convierte en *jue*. Luego le pone énfasis al *pu*, como si fuera un pequeño estallido que luego aterriza en la *ta*, y que a su vez alarga el *aaaa*: *jue-pu-taaaa*.

La Chele repite la palabra ahora que le pido rodajas de pepino con alguashte, sal y limón.

—¿Querés algo más, vos, jueputa?

Muevo la cabeza para decirle que no.

—Hey. Vos. Cerote. Shhhttt.

Está tratando de llamar la atención de un hombre que sacude la cabeza porque La Chele Gloria está diciendo groserías enfrente de mí. Para hacer shhhttt ella cierra la quijada, aprieta los dientes, junta un poco de saliva en su boca y empuja la lengua hacia adelante, mientras sus labios parecen que se alistan para dar un beso. Mientras lo hace, ella asiente la cabeza. Todo mundo hace esto. Pero a ella le sale tan bien que parece que está practicando para presentarlo en Sábado Gigante.

—Vos. Shhhttt. No te hagás el maje, cerote —le dice La Chele al hombre, que es uno de sus clientes regulares, y la gente que está cerca se ríe con ella.

Su risa parece un relámpago que llena el aire, sacude el piso, me hace cosquillas en la barriga y es la razón por la que todos los días le compro fruta a La Chele Gloria. No porque prepara la mejor fruta, sino

porque le pega a uno su alegría. Además, ella lo sabe todo. Ella es la que me contó de cuando Mi Papá se fue a La USA.

—Bicho, cerote, mirá pues, vos estabas tan chiquito, así, ve.

Ella muestra lo pequeñito que era con una mano estirada y en horizontal, que es cómo se mide a los animales.

—Se mide a la gente así, ve —la corrijo, mostrándole la forma correcta de medir la altura de una persona: mi brazo recto, los dedos juntos y apuntando para arriba, como haciendo un «alto».

—Mirá a este hijo de la gran puuuta —dice, viendo a un extraño. «¿Vos creés que sos mejor que yo, cerotito? ¡Respetá a tus mayores! ¡Esas monjas cerotas no te enseñan ni mierda!

La Chele grita fuerte para que todos en la clínica volteen a verla, y entonces ella suelta una carcajada que seguro la gente puede escuchar a kilómetros de distancia. Su risa cubre toda la cuadra y la empapa con una sonrisa gruesa, húmeda y chueca.

—Puta, estabas requetechiquito —sigue ella— tu tata no se quería ir, pero ya sabés, la guerra, ¿va? Peligroso. Pensamos que nunca se iba a terminar. Esa mierda no se ha terminado —dice, hace una pausa y con un cuchillo señala una piña a la que está cortándole los ojos—. Estaba de madrugada y a lo mejor tu nana estaba dormida. Tal vez ni siquiera sabía que el cerote de tu tata se iba a ir. Así de desgraciado es él. No quería hacer un gran escándalo.

Ella corta la piña y su jugo amarillo le mancha las manos.

—No le dijo nada a nadie. Pero sí se despidió de tu abuelo. Después salió caminando por acá y solo llevaba una mochila. —La Chele Gloria señala con sus labios fruncidos y viendo hacia mi casa.

Después de que escuché esa historia la primera vez, le pregunté a Mi Mamá si era verdad. Ella confirmó que Mi Papá salió de la casa, cruzó por la milpa y siguió la calle de asfalto hasta llegar a la parada de bus que está debajo de la ceiba más grande de La Herradura.

—De ahí vos de dundo saliste caminando detrás de él y, puta, ni yo me di cuenta —dice La Chele Gloria, ahora cortando la piña en

cuadritos para que entren facilito en una bolsa de plástico—. Me acuerdo que tu nana se despertó cuando el sol ya estaba arriba de los volcanes. Yo estaba aquí y ella salió gritando. Tal vez pensó que tu tata te había llevado con él. Luego tu abuelita también salió gritando. Tus tías. Tu abuelo. Todos decían «¡El niño! ¡El niño, se fue! ¡Ayuda! ¡Ayuda!». A todos les dio una gran chiripiorca. Yo sí pensé que te habías ido con tu tata. Pero después me di cuenta que ese pendejo no haría eso. Apenas ya sabías caminar. Pero dejé todo acá y ayudé a buscarte a vos, cerote.

»Unos te buscamos en tu casa, otros en este caminito de mierda. Te buscamos en la clínica. Hasta que al fin, Memo El Mecánico empezó a gritar que te había encontrado en la calle de asfalto, entonces todos nos fuimos par la milpa. —La Chele Gloria deja de cortar una segunda piña, deja el cuchillo en el aire y me señala con él—. Estabas sentado en las raíces de la ceiba, con los brazos cruzados, esperando a que regresara el bus que se llevó a tu tata. Llevabas ahí de plano una hora. Todavía me acuerdo de la ceiba pelona y con vainas, llenas de algodón y soltando esa mierda blanca en el aire. Uff, y tu nana. Ay, tu mamita. Me recuerdo de su cara arrugada pura pasa. —La Chele Gloria se lleva el cuchillo a la sien, a su corto, colocho y sucio pelo rubio, como diciendo que tiene una memoria impecable—. Tu nana igual te dio riata. Bicho requetependejo, cerotón. Tu pobre nana. Tuvimos que agarrarla para que ya no te pegara.

Me gusta escuchar esa historia, menos la última parte. Otras personas me han contado lo mismo. Pero la mejor versión es la de La Chele Gloria. Las enfermeras, los doctores, la tamalera, La Belleza (mi bolo favorito, que después de cada almuerzo pasa a pedir un vaso con agua a la casa), casi todos los vendedores del mercado y hasta el sacerdote ha escuchado esa historia. Me gusta. Es como que si yo fuera famoso.

—Siempre quisiste estar con ellos —dice La Chele Gloria, mientras pone la piña hecha cubitos en bolsas de plástico—. Ya mero vas a

estar allá, bicho pasmado. Pero más te vale que te despertés y madurés antes de irte. Ponete las pilas. ¡Avivá! ¡Buzo! ¡Trucha!

Yo no soy pasmado o un bicho chiquito como ella piensa. Pero aprendí la lección. No la corrijo tampoco. En vez de eso solo le digo que sí, agarro mi bolsa con fruta y camino hacia el puesto de Abuelita Neli. Don Dago nos prometió que mi Viaje iba a ser más seguro de lo que fue el de Mi Mamá. Ya casi tengo diez años. Casi estoy en quinto. Estamos a mediados de marzo y ya mero llega el Día de las Madres. La pregunta no es *si* Don Dago me va a llevar, sino *cuándo*.

31 - 3 - 99

Desde que estoy en kinder voy a la Escuela Parroquial Fray Cosme Spessotto. Antes Mi Mamá me llevaba. A veces nos íbamos en su bicicleta. Ahora Abuelita Neli o El Abuelo me acompañan hasta la entrada. Casi siempre es El Abuelo. Caminamos y no hablamos mucho. Cuando llegamos al portón negro, que está al frente de la escuela, El Abuelo señala mis zapatos y con un pañuelo les quita el polvo. Otras veces me mete la camisa en el pantalón. O cuando no hay nada que arreglar, me sacude los hombros.

—Siempre ponete bien pi-pi-ris-nais —dice siempre que me lleva a la escuela. Le gusta decir esa palabra, «pi-pi-ris-nais». Sonríe y me ve entrar a la escuela.

Siempre que El Abuelo sale de la casa, sea cual sea la razón, él lustra sus botas, plancha su camisa y pantalón, se rasura, se peina el pelo con aceite y se echa perfume por todos lados. Todos los pliegues de su ropa deben ser visibles. Y remata su atuendo con un pañuelo limpio, que también plancha y luego guarda en uno de sus bolsillos traseros; en el otro va un peine de plástico negro.

Pero cuando está en la casa se pone el mismo par de bluyines, sin cincho. Unas viejas yinas. Y una vieja camiseta blanca, la que recibe

siempre que compra pintura, talla XL y con el logo de Sherwin Williams en el pecho, si no es que anda sin camisa.

«Viejo panzón», dice Abuelita Neli, o mi favorita, «viejo jediondo», siempre que El Abuelo anda barriendo hojas en el jardín de atrás o cortando las ramas de los guineos.

El Abuelo colecciona esas camisetas Sherwin Williams. Junta también los calendarios de todas las tiendas que visita cada diciembre cuando hace sus mandados. Después arma una torre de calendarios en su cuarto, la pone a la par de la torre de camisetas y usa los calendarios hasta en mayo, para prenderle fuego a las hojas que barre o para quemar la basura del día.

Yo lo salgo a ver cuando anda quemando cosas. Me gusta ver cómo agarran fuego los diferentes materiales. Mi favorito es el plástico, pero no me gusta el olor que saca. Se quema lento, tiñéndose de negro primero y después se derrite un poco. A veces las llamas cambian de color: pasan de un verde opaco a un azul brillante. Me gusta ver cuando pasa eso. Pero cuando El Abuelo me ve viéndolo, me pone cosas que hacer: yo recojo las ramas secas de los palos de coco. El Abuelo las usa para que las montañas de basura agarren fuego. Me gusta el sonido que hacen las ramas cuando se queman, suenan como cuando el fuego de un cuete avanza de la mecha a la pólvora.

El Abuelo está ahorita mismo atrás quemando basura, pero yo prefiero mecerme en la hamaca con Tía Mali. El Abuelo va conmigo a la escuela, va a la iglesia, va a la barbería y de vuelta a la casa, a quemar la basura, y son los únicos momentos que puedo pasar tiempo con él. Es muy callado. Y yo soy tímido cuando estoy con él. Incluso si dejó de chupar cuando Mi Mamá se fue, me da miedo que vuelva a hacerlo y empiece a gritarle a Abuelita Neli, pegarle a Tía Mali o tirar disparos al aire. Él siempre ha sido buena gente conmigo. Cuando me va a dejar a mi escuela católica, me da pisto, uno o dos colones, para que compre algo. «Solo si te hace falta», dice, y se ríe.

—¿Cómo está Margarita? ¿Ya es tu noviecita? —pregunta Tía Mali

mientras frota un trozo de sábila en mi espalda porque ayer fuimos a la playa y me estoy pelando bien feo. Luego me echa aire para secar el líquido pegajoso.

—Todavía no me habla —respondo bien bravo y serio.

Estaba en el primer grado y, después de ver muchas telenovelas, le pregunté a Margarita si quería ser mi novia. No me gusta cuando Tía Mali me pregunta sobre Margarita, por eso mejor no le pregunto sobre sus enamorados. Esa vez las monjas llamaron a mis abuelos y a la mamá de Margarita para decirles que yo era «muy pequeño para andar pensando en novias». *Estoy muy pequeño para el amor* escribí en el pizarrón cien veces después de clases. Esa fue la primera y única vez que me han castigado en la escuela.

Las monjas casi me pegaron con sus nudos blancos que tienen atados a sus hábitos cafés. La mayoría de monjas son de España, pero hay unas que son de Costa Rica y otras de Nicaragua. Todas son bien chelitas y a ninguna le gusta sonreír.

—Y entonces, ¿qué tal está ella? —sigue Tía Mali—. Te estás poniendo bien rojo —bromea.

—¿Te acordás cuando era bueno para la gramática? —le digo para cambiar de tema.

—Todavía *sos* bueno para la gramática, Chepito —dice ella, pateando el suelo con sus piernas largas para columpiarnos más fuerte—. El genio de la ortografía. —Así me dicen en la escuela—. ¡Hasta le diste la mano al presidente, tontito! —dice con orgullo y emoción.

Eso fue cuando yo estaba en segundo, para el concurso bianual de ortografía en el que participan todas las escuelas de El Salvador. Primero hay una competencia local. Luego una departamental donde los ganadores de cada municipio de La Paz compiten por un puesto en las finales. El Salvador tiene catorce departamentos, entonces catorce estudiantes de segundo pasan a las finales. Yo fui el estudiante que representó a La Paz. ¡Yo! Me dieron una medalla que mis papás pidieron que se la mandara con Don Leo. Era la primera vez que

alguien de mi escuela llegaba a las finales.

—¡Saliste en la tele! ¿Te acordás? Buscamos la transmisión en todos los canales hasta que te encontramos —dice Tía Mali, emocionada y sonriendo; le cae sudor de su cara redonda.

No aparecí en la grabación. En la tele solamente salió un pequeño reportaje de la competencia e hicieron una toma de todos los participantes; una rápida y corta, pero no pude encontrarme entre la multitud. La única prueba de que estuve ahí es una foto que me tomó la Madre Superiora dándole la mano al presidente Armando Calderón Sol.

Los fines de semana antes de la competencia yo iba a la escuela a estudiar gramática seis horas cada día. Los catorce estudiantes teníamos un mes para prepararnos para las finales celebradas en el hotel más bonito que había estado en mi vida: El Hotel Inter-Continental.

El Abuelo fue el único que me pudo acompañar el día de la competencia; Abuelita Neli, Tía Mali y Lupe, todas tenían que trabajar. La Madre Superiora nos recogió en su pequeño Honda blanco. En el hotel había un montón de comida, pero no comí nada porque había desayunado lo que me preparó Abuelita Neli, pero también porque estaba nervioso. Mis abuelos comen con las manos. Yo también como con las manos. ¿Qué hubieran pensado los jueces? ¿Me hubieran juzgado por comer con las manos? La Madre Superiora usó un tenedor y un cuchillo. El Abuelo agarró los huevos revueltos que tenía en su plato con un pan francés. Yo me quedé ahí sentado, viéndolos comer y repitiendo en silencio las reglas de ortografía que más me costaban: las palabras que terminan con *aje*, siempre una *j* y no una *g*, como *salvaje*, *ropaje*, *abordaje*, *masaje*.

Cuando nos llamaron para ir al salón donde los catorce estudiantes iban a hacer la prueba, El Abuelo se arrodilló frente a mí y me dijo, «Hacé tu mejor esfuerzo. Creemos en vos».

Sabía que el «creemos» incluía a mis papás porque habían llamado

el día anterior para desearme suerte. No quería desilusionarlos. No quería decepcionar a la gente de mi escuela, a la gente de mi pueblo. El primer lugar recibía mil colones y una colección de enciclopedias individual, y su escuela también las recibía. El segundo lugar recibía quinientos colones y también los mismos libros. El tercer lugar recibía solo las enciclopedias. Yo quería recibir algo más que una medalla de participación.

En las otras competencias, yo me había divertido. Me gustaba resolver los problemas. Pero las finales fueron justo después de que a Tía Mali y a mí nos negaran la visa, después de que me hice pasar por Roberto, y no podía dejar de pensar en los premios, no podía dejar de meditar que tal vez mis papás iban a ver lo inteligente que era y que estaba listo para estar con ellos.

No quedé ni entre los primeros tres lugares. No me dijeron en qué lugar había quedado, pero sentí que había quedado en el último lugar. Supe que iba a perder tan pronto me senté a hacer la prueba. Tenía frío. El aire acondicionado estaba bien fuerte. Mi mente se apagó y dejé muchas preguntas en blanco.

—Diste tu mejor esfuerzo y estamos orgullosos de vos —me dice Tía Mali ahora.

Siento el olor a basura quemada. Pienso en la medalla y cómo la escondí con mis juguetes favoritos, y que ahora tengo que mandársela a mis papás con Don Leo.

—Me encanta esa medallita. ¿Ya ves? Por eso las monjas dicen que ganaste —dice Mali.

La foto donde salgo yo dándole la mano al presidente está enmarcada en la oficina de la Madre Superiora. Ya me apuntaron para la competencia de este año, pero quiero estar con mis papás antes de que empiece la competencia local.

—Vas a ser el favorito de tus maestros gringuitos —dice Tía Mali.

Ese es el plan. Espero que los niños de allá no se burlen de mí como lo hacen en la escuela. Dicen que soy un ñoño. Hasta mis amigos me

dicen eso. Se burlan de mí por sacar buenas notas, pero también por estar gordo. Empecé a jugar pelota y mica. Todo el tiempo estoy jugando pelota y mica. Ya no quiero que se burlen por cómo me veo. Ya no quiero que me toquen el pecho porque «tengo chiches». Ya no quiero que me digan «niña, niña» cuando me quito la camisa.

No es mi culpa ser inteligente y sacar buenas notas. Quiero que mis papás estén orgullosos de mí. Cuando no saco diez en una tarea, me pongo triste. Además, los estudiantes con las notas más altas no pagan la colegiatura y reciben libros gratis el año siguiente. Margarita ha sido la segunda mejor estudiante algunos años; ella tampoco tiene que pagar colegiatura, pero sí sus libros. Por eso me gusta, porque es inteligente.

Aun así, mis papás mandan pisto y Tía Mali lo usa para comprarme Yoplait y Zucaritas, y fresas, mi fruta favorita. Eso no lo venden acá en La Herradura. Una o dos veces al mes tenemos que agarrar un bus para ir a un Súper Selectos en Zacatecoluca o San Salvador.

—Sos el niño más inteligente que conozco, Chepito —dice Tía Mali, sonriendo—. Valió la pena todo el esfuerzo de tu mamá —y con eso se refiere a las tardes de estudio, cuando Mi Mamá me daba clases en un pizarrón que compró tan pronto yo pude sostener un pedazo de yeso.

El pizarrón ahora está entre la cabecera de mi cama y la pared. Todavía odio esa babosada. Mi Mamá me sentaba a propósito enfrente de la casa para que la gente de la calle me viera estudiando. Me pegaba si me levantaba antes de terminar alguna de sus tareas. Me pegaba si me confundía muchas veces. Me pegaba si no hacía lo que ella me pedía. Era horrible. Pero aprendí a escribir el alfabeto antes que cualquiera en mi clase de kinder.

Tía Mali intentó hacer lo mismo cuando Mi Mamá se fue. Nos sentábamos ahí enfrente de la casa, viendo el pizarrón. Todavía lo hacemos de vez en cuando, si no entiendo algo de la escuela. Pero Tía Mali nunca me ha pegado. Abuelita Neli y El Abuelo tampoco. Yo les hago caso a ellos. Yo también le hacía caso a Mi Mamá, pero ella no

era muy paciente.

Todos en el pueblo me recuerdan lo inteligentes que son mis papás. Un año Mi Papá sacaba las mejores notas. Al año siguiente Mi Mamá sacaba las mejores notas. Uno, de ahí el otro. Uno de los dos siempre estaba en el primer lugar. Tía Mali dice:

—Vos naciste para ser igual a ellos. —Espero que sí—. Están tan orgullosos de vos. —Sigue, columpiándose en la hamaca y yo espero que sí estén orgullosos de mí. Nuestro periquito sigue piando.

No quiero decepcionar a mis papás o a Tía Mali ni a Abuelita Neli o a El Abuelo o a Lupe. Quiero ser mejor que los gringos. Quiero siempre sacar las mejores notas cuando esté allá en La USA.

Abuelita Neli siempre presume de mí con la gente que llega a su puesto. El Abuelo también. «Mi nieto le dio la mano al presidente. ¿Vos le has dado la mano al presidente?», El Abuelo le pregunta al barbero cada vez que vamos a cortarnos el pelo.

—Pobres monjas, te van a extrañar —dice Tía Mali.

No había pensado en eso. Las monjas no saben que no voy a ir a las finales. ¿Será que sospechan algo? Todo va…

—Todo va' estar bien, Chepito —dice Tía Mali, repitiendo lo que yo estaba pensando.

La sábila está seca. Me pica un poco la piel, pero ya no tanto.

—Ya casi está la cena —dice ella, y me besa la frente como lo hacía Mi Mamá y se baja de la hamaca con cuidado de no mecerme muy duro cuando sus pies tocan el suelo.

1 - 4 - 99

El Abuelo camina sin hacer ruido. Es Jueves Santo, hace calor y se siente la humedad. Hoy es el día en que los «romanos» corren de casa en casa con sus lanzas de mentiras, sus armaduras pintadas con latas de aerosol, sus faldas rojas y sandalias de cartón, gritando que están

buscando a Jesús. Usualmente un bolo de por acá, con barba y pelo largo, y que necesita un poco de pisto, hace de Jesús.

Ya sé que él no es el verdadero Jesús. Ya no soy un niño. Pero me gusta el sonido de las matracas, esas cajas de madera llenas de tornillos de metal, clavos, llaves y argollas. Cuando los romanos mueven las matracas suenan como si mil trenes se acercaran al pueblo. Los romanos primero buscan a Jesús cerca del muelle. Poco a poco entran al pueblo, ingresan a las casas, golpean el piso con sus lanzas, mueven sus matracas, les preguntan a los niños si están escondiendo a Jesucristo.

Todavía es de mañana y no hay ruido en la calle. Todos están de vacaciones, descansando. No suenan las campanitas del paletero. La Chele Gloria no va a montar su puesto de frutas hoy. Los bolos no están pidiendo pisto. Ni siquiera los chuchos están afuera porque hace mucho calor y hay mucha humedad.

La puerta de la escuela está abierta para que El Abuelo y yo entremos. Vamos a la oficina de la Madre Superiora, que está cerca de la entrada de la escuela. La puerta de su oficina también está abierta y cuando entramos ella nos está esperando sentada en una gran silla de cuero, detrás de su escritorio. Hay un crucifijo de oro clavado en la pared. Rosarios de madera y cristal cuelgan entre fotos de España, que la Madre tiene enmarcadas también en la pared.

—¿Cómo los puedo ayudar? —dice la Madre Superiora, y su voz es seria.

Ella ve a El Abuelo directo a los ojos cuando habla. Yo me quedo parado a la par de él.

El Abuelo se limpia el sudor de la frente con su pañuelo y dice:

—Disculpe la molestia, Madre, especialmente hoy.

—No se preocupe, Don Chepe —responde y una leve sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios—. Lo que sea por Javiercito.

—Venimos a pedirle si pudiera, por favor, darle permiso a mi nieto para que falte una semana a la escuela —dice El Abuelo, rápido, pero

con firmeza; como imagino que le daba órdenes a los policías cuando él era policía.

—Oh —dice ella, rodando lejos de su escritorio en su silla de cuero. Cuando las llantas de su silla dejan de rodar continúa—: Pero nunca ha faltado un solo día de clases. —Rueda hacia el ventilador, viendo que El Abuelo y yo estamos sudando.

—Bueno, sí, yo me he asegurado que él venga a la escuela todos los días —dice El Abuelo, titubeando al principio, pero evitando su caída a media oración y terminándola con confianza. Se inclina hacia la Madre Superiora y dice, suavecito—: Lo he criado como si fuera mi propio hijo. Es siempre puntual, como yo. Y es bien portado.

La Madre lo interrumpe.

—Es uno de nuestros mejores…

—Por eso estamos aquí, para mostrarle respeto. No lo sacaríamos de la escuela sin preguntarle.

—Gracias por haberse tomado el tiempo, Don Chepe. —Ella se inclina hacia El Abuelo, con los brazos en la silla.

—Con gusto. —El Abuelo sonríe.

—Si no le importa la pregunta —dice ella—, ¿por qué una semana? —Sus ojos están fijos en los ojos de El Abuelo y pone la misma mirada que ponen las otras monjas cuando están a punto de pegarte con sus nudos blancos.

He visto a El Abuelo ensayar lo que está a punto de decir. Quiere decirlo bien. Sé que se siente mal por mentirle a una monja. Pero alguien en el mercado le advirtió que las monjas jesuitas son famosas por avisarle a la policía cuando sus estudiantes van a intentar cruzar la frontera con Guatemala.

El Abuelo respira hondo y hace una pausa.

—Bueno, Madre —dice. Hace otra pausa y continúa—: El año pasado no le dimos permiso a Chepito para que fuera al zoológico de Guatemala porque su mamá soñó que se perdía.

—Me acuerdo —dice ella, asintiendo lentamente, mostrándonos la

parte de arriba de su hábito café que hace que se mire puro pingüino.

—Le hicimos caso a su mamá y no lo dejamos ir.

—Las premoniciones deben ser escuchadas. Dios siempre nos manda señales. —Ella pone las manos sobre el escritorio, una sobre la otra.

—Él lloraba y lloraba. Sabemos lo mucho que a Chepito le gustan los animales. —El Abuelo habla más despacio cuando dice «animales», y hace que esa palabra suene como si tuviera diez sílabas.

Él voltea a verme. Es la señal para que yo ponga una cara triste, entonces bajo la mirada, veo los azulejos que están entre mis zapatos.

—Claro. —Ella asiente, mostrándonos otra vez la parte de arriba de su cabeza de pingüino.

—Su mamá se sintió tan mal que nos envió dinero para que lo llevemos a Guatemala. Yo tengo unos amigos que conocí en el ejército y ahora viven allá.

La Madre Superiora reconoce lo servicial que es El Abuelo y junta los labios, moviendo su cabeza hacia abajo como asintiendo bien suavecito.

El Abuelo sigue:

—Nos vamos a quedar con mis amigos por unos días. Espero entienda, Madre.

—Ya veo. Bueno, está bien —dice, y agrega—: No te preocupes. Javiercito, espero que tengas un buen viaje. —Me mira conforme se levanta de su silla de cuero. Luego le da la mano a El Abuelo, me da un toquecito en la cabeza y nos acompaña afuera—. Ve con Dios —dice, y abre la puerta—. Que Dios los bendiga. —Caminamos a la par de ella.

No habíamos terminado de salir de su oficina cuando me llamó por mi nombre. Volteo, y ella dice:

—Javiercito, sugiero que hables con tus maestros para que te digan qué tareas debes hacer. No creo que quieras perder el primer lugar. —Ella sonríe otra vez, apenas moviendo sus labios y sin pelar los dientes.

El Abuelo se ríe, pero a mí no me da risa. ¿Qué pasa si no llegó a La USA y tengo que regresar y terminar el año y alguien más se gana el primer lugar? Mi familia tendría que pagar la colegiatura. Y yo no estaría con mis papás. Uy. No. Despierto de esa pesadilla mientras El Abuelo empuja la puerta de la escuela y luego la cierra detrás de nosotros. Los romanos todavía no suenan sus matracas. Está más húmedo y hace más calor que cuando entramos a la oficina de la Madre Superiora.

El Abuelo saca su pañuelo y se limpia la cara. Está sonriendo. Está orgulloso porque la Madre Superiora creyó nuestras mentiras. Es verdad que Mi Mamá no me dejó ir a Guatemala con la escuela porque soñó que un gorila me agarraba. Yo estaba tan enojado con ella. El zoológico de El Salvador no tiene gorilas, solo monos araña. Siempre he querido ver un gorila. Pero aparte de eso, todo era mentira. Me hace sentirme bien cachimbón decir mentiras. Ojalá que la Madre Superiora no sospeche nada. Ojalá que no llame a la policía. Mis abuelos dicen que se recuerdan que, después de las finales, la Madre Superiora dijo que El Salvador necesita niños como yo, gente como yo que ayude a mejorar el país, que sería una pena si yo me fuera como lo han hecho otros niños de la escuela.

Cuando llegamos a la casa las matracas aún están lejos, y cuando abrimos la palanquera que El Abuelo hizo con palos secos y alambre de púas, vemos a Don Dago enfrente de la casa. La única otra vez que él me sorprendió así fue un día que regresé de la escuela, él estaba aquí y me pidió que abriera la boca. Esa vez vio que tenía una carie que yo ni sabía que tenía, en mi penúltima muela inferior del lado derecho.

«Arréglesela, Don Chepe. Yo no me lo puedo llevar así», le dijo a El Abuelo. Así es como Tía Mali conoció a Daniel El Dentista, uno de sus enamorados.

Le decimos hola a Don Dago y él saluda a El Abuelo.

—¿Quiere unos pepetos? —dice El Abuelo.

—¡Quiero pues! —Don Dago siempre acepta cuando le ofrecen fruta.

El Abuelo, Abuelita Neli, Tía Mali y Lupe —quien está de visita con Julia, mi prima de cinco años— caminan de la palanquera al jardín de atrás; Abuelita Neli va al frente. Esta es la señal para que El Abuelo agarre una larga vara de bambú que usa para cortar y atrapar los mangos maduros sin que se caigan al suelo.

—Gracias, Don Chepe. —Don Dago hace como que no sabe que lo primero que hacen mis abuelos cuando él está de visita es regalarle un poco de fruta.

—¿Cómo estás vos, chamaco? —me dice a mí. Solo él usa esa palabra.

—Bien, señor —digo, intentando no ser tan tímido, para mostrarle que ya estoy grande y puedo hablar con él. Pero soy tímido. No confío en él.

—¿No tienes caries otra vez? —dice con un tono de detective. Luego, de la nada, me agarra la quijada con sus dedos enormes y dice —: A ver.

Me tuerce la cabeza para ver mis dientes de arriba. Asiente varias veces. Su bigote brinca, pura oruga.

—Tá' bien —dice Don Dago—. Platiquemos adentro, Don Chepe. —Y todos siguen a Don Dago, menos Lupe, Julia y yo, que nos quedamos afuera, debajo de los palos de mango.

Lupe tiene diecinueve y es más joven que Tía Mali. Tuvo a Julia cuando tenía catorce. A ella no le importa cuando hago, pura mosca y me pongo en la ventana de la cocina, donde están hablando los adultos. Puedo verles los labios desde aquí, si me pongo de puntillas. El Abuelo le sonríe a Don Dago y le dice algo sobre mis tareas y algo que parece que es una buena idea.

Don Dago habla de una mochila negra. Mi mochila de las Tortugas

Ninja es verde llamativo. En ella Rafael, Donatello, Leonardo y Miguel Ángel empuñan sus armas y están atrapados en un parche de plástico cerca de los tirantes. Las armas de las tortugas tienen una textura diferente y por eso escogí esa mochila con Tía Mali una vez que fuimos a San Salvador.

Don Dago niega con la cabeza.

—No —repite. Él habla y luego hablan mis abuelos. Abuelita Neli le pregunta algo, pero no entiendo qué, porque ella es más chiquita y no llego a verle los labios. Don Dago camina de un lado a otro.

Las matracas están a pocas cuadras. Tal vez los romanos están a punto de dividirse, unos a la calle de asfalto y otros a nuestra callecita de tierra. Traca-traca-traca-traca suenan las matracas, retumban como si una lluvia de mangos cayera en el techo. Don Dago dice algo más fuerte:

—Don Chepe, ¿tiene su pasaporte vigente?

El Abuelo se inclina hacia adelante y Abuelita Neli está apunto de llorar.

—Sí —dice El Abuelo fuerte y firme, viendo fijamente a Don Dago. Son casi de la misma estatura. Don Dago es unos dos o tres centímetros más alto.

—Órale —responde Don Dago. Es la única vez que lo he escuchado decir esa palabra. Eso solo lo dicen los mexicanos de las telenovelas—. No se le vaya a olvidar.

Abuelita Neli dibuja una cruz en el aire y mira hacia el cielo, pero entre ella y el cielo está el techo de la cocina. Ella dice algo muy suavecito. El Abuelo camina hasta donde está Don Dago, y yo pienso que están dándose la mano. Ninguno de los dos sonríe. Nadie dice nada y Don Dago empieza a caminar hacia afuera. Se detiene donde Abuelita Neli pone el puesto de pupusas y se da la vuelta, viendo a El Abuelo.

—Igual que con Pati, Don. Lo llamo dos días antes —dice Don Dago. Y entonces se va.

Los romanos aparecen en la esquina, preguntando por Jesucristo. Traca-traca-traca-traca. Pasan a la par de Don Dago. Se detienen enfrente de la palanquera. Yo ya estoy muy grande para seguirles la corriente, pero Julia se ríe por cómo están vestidos los hombres. El sonido de las matracas es fuerte, como el de herramientas golpeando puertas de metal.

4 - 4 - 99

Ya pasaron tres días y Don Dago no ha llamado como dijo que lo iba a hacer.

—Los coyotes se toman su tiempo, tontito, son puras tortugas —dice Tía Mali, balanceándonos en la hamaca del jardín de atrás, la que está debajo del palo de aguacates y a la par del cuarto de Abuelita Neli. Estamos comiendo un plato de trocitos de mango verde a los que Tía Mali les echó sal, limón y salsa Perry—. Tienen que alistar a las otras personas —me dice.

¿Cuáles otras personas? Es la primera vez que alguien me habla de otras personas. Pensé que solo íbamos a ser Don Dago y yo caminando, corriendo, saltando muros, hasta llegar con Mi Mamá.

—No te preocupés, Chepito —dice Mali y se lleva otro trocito de mango a la boca.

Ella hace caras cuando prueba la mezcla de limón agrio con fruta ácida. Pero estoy preocupado. ¿Qué van a pensar las monjas si no voy a la escuela? ¡Capaz llaman a la policía!

Trato de pensar en otras cosas. Pienso en cómo Jesús fue crucificado el viernes y resucitó hoy en la mañana. El Abuelo me va a llevar a la iglesia en la tarde, para que las monjas piensen que todavía soy un buen católico. De seguro les va a decir que atrasaron mi viaje unos días. Tía Mali está muy rara. Todos están muy raros.

Para Viernes Santo Tía Mali me llevó a la capital con los papás de

su exnovio. Ellos todavía llegan a la casa de vez en cuando. Vienen desde San Pedro Nonualco en el picop azul de Don Pablito y pasan trayendo a mis abuelos para ir a comer cocteles de concha en el muelle. A veces nos llevan a la playa. El viernes nos llevaron a Tía Mali y a mí a San Salvador. Don Pablito nos llevó a comer pupusas a su pupusería favorita, estaban ricas, pero no tan ricas como las pupusas de Abuelita Neli. Después fuimos a Los Planes de Rendero y vimos el atardecer en La Puerta del Diablo; dos lugares de los que había escuchado tanto, pero nunca había ido. Hacía frío y mucho viento, y vi mi primer ciprés.

Fue bonito ver a Don Pablito y Doña Luisita otra vez. Me caen bien. Ellos quieren mucho a Tía Mali y querían que su hijo Marlon se casara con ella, en vez de regresar con su exnovia e irse a vivir juntos a España. Don Pablito y Doña Luisita se miran felices juntos y actúan como me gustaría que actuaran mis abuelos. Ellos se comparten la comida, las bebidas, se abrazan, se besan y caminan agarrados de la mano, ¡y eso que ya están viejos!

¡Nunca he visto a mis abuelos agarrados de la mano! Medio entiendo que es porque cuando El Abuelo trabajaba en el aeropuerto él llegaba bolo a la casa siempre que tenía un día libre, pero no muy bolo. Él tiraba sus cosas por ahí, se cambiaba de ropa y se iba por la milpa hacia el puesto de metalurgia de El Cumero. El Abuelo pasaba la noche ahí, chupando. Por ahí de medianoche regresaba a golpear la puerta de la cocina. A veces Abuelita Neli le abría la puerta y no le decía nada. Otras veces El Abuelo llegó a romper la puerta. Cuando El Abuelo ponía música es cuando se peleaban de verdad. Le subía mucho el volumen al equipo de sonido y Abuelita Neli le gritaba, Mi Mamá también le gritaba y él les gritaba de vuelta. Tía Mali se quedaba en la cama conmigo. Lupe se tapaba los oídos con una almohada.

La peor pelea de todas fue una vez que El Abuelo le apuntó con su pistola a Abuelita Neli y yo me puse a llorar. Otra vez Mi Mamá le tiró

una licuadora a El Abuelo a los pies y él salió corriendo detrás de ella con su machete. No me gusta pensar en esto. Por eso le tengo miedo a El Abuelo y tal vez por eso Abuelita Neli ni siquiera le da un abrazo. El Abuelo no abraza a nadie. Ni siquiera a mí.

—No te preocupés, Chepito —repite Tía Mali. Se dio cuenta que estaba pensando en cosas feas.

Me da un trozo de mango. Los mangos están crujientes, salados y pequeñitos, tal y como me gustan.

—Además —sigue Tía Mali—, El Abuelo se va a ir con vos a Guatemala. —Ella dice masticando—. Y eso ya es como la mitad del viaje —dice a tropezones, casi escupiendo pedacitos de mango verde.

Desde que Don Dago vino a la casa el jueves, mis papás llaman dos veces al día. Siempre que el hijo de El Panadero viene a avisarnos que Fulano o Zutano está llamando espero que sea Don Dago. Pienso que Abuelita Neli, que El Abuelo, que Tía Mali, Lupe y hasta que mi primita Julia sienten lo mismo que yo. Todos se asoman a escuchar qué dice el hijo de El Panadero, pero cuando no lo escuchan mentar a Don Dago se encogen y marchitan como los helechos que tiene Abuelita Neli en el jardín cuando no les echa agua.

Entre los ladridos de La Bonita, el aire grueso y húmedo de La Herradura, escucho la voz del hijo de El Panadero gritando desde afuera.

—¡Llaman! —dice, y yo corro hacia la palanquera—. Es Don Dago —dice—, como que si fuera cualquier gente. Yo grito el nombre de Don Dago tan fuerte como puedo, ladro más bullisto que La Bonita. El Abuelo escucha y sale de su cuarto corriendo, pero regresa para agarrar pisto y pagarle al hijo de El Panadero.

—¡Te lo dije! ¡Andá! ¡Andá! —dice Tía Mali, y sus cachetes casi le cierran los ojos por lo mucho que está sonriendo.

Abuelita Neli agarra sus cosas y La Bonita deja de ladrar y da vueltas en el jardín.

Llego a la palaquera y corro de vuelta a la cocina para dejar el plato

de mangos, el cual se me olvidó que tenía en las manos. Me cae limón y salsa Perry en la camiseta, pero no me importa. Todos están listos. Lupe y Julia se quedan cuidando la casa.

En la sala de El Panadero esperamos a que suene el teléfono color beige.

Suena una vez. El Panadero contesta y le da el teléfono a El Abuelo. En menos de treinta segundos Don Dago dice lo que tiene que decir y El Abuelo cuelga el teléfono.

—Ya estuvo. Gracias a Dios —dice El Abuelo, bajando el teléfono y voltea a vernos—. En dos días. —Su voz es más suave que de costumbre, como si estuviera a punto de llorar. Sus palabras caen en el piso de cemento. Tiene los ojos bien abiertos.

—¡Dos días! —Empiezo a gritar. A dar vueltas. A saltar de arriba abajo. Repitiendo—: ¡Voy a ver a mis papás! ¡Voy a ver a mis papás!

Caen lágrimas en mis cachetes. No me importa que me miren los hijos de El Panadero. ¡Soy tan feliz! Finalmente está pasando lo que más quiero que pase.

El Abuelo tiene que agarrarme para que no me tope con los muebles.

—Esperate —dice, con sus manos sobre mis hombros me sienta en el suelo; sus delgadas cejas, su rostro rectangular muy cerca del mío —. Tenemos que llamar a tus papás.

—Sí, está bueno —digo.

Siento como si tuviera carbón en los zapatos. No puedo quedarme quieto. Realmente está pasando. Mi Viaje. El Viaje. Viaje. Viaje. Viaje.

Lo primero que dice Mi Mamá es, «¡Al fin, Chepito!». Está casi llorando. Sé que está feliz. Yo estoy feliz. Su voz es como un beso de buenas noches, húmedo en mi frente y firme como un abrazo. Ella dice más cosas. Apenas le entiendo. Mi Papá dice algo parecido. Su voz. ¡Su voz! Finalmente veré su voz saliendo de su boca. Tocaré su bigote. Su pelo.

—Con la voluntad de Diosito en el cielo, todo, toditito va a salir

como lo planeamos —dicen ambos—. Vas a estar bien, Chepito. Te vamos a ver pronto. Don Dago te va a traer acá sano y salvo. Te queremos mucho, muchisisísimo.

Luego Mi Mamá pide hablar con El Abuelo.

Él le dice a Mi Mamá algo sobre mí, algo sobre tomar el bus para San Salvador, hacia la Terminal de Occidente.

—Esa mera —dice El Abuelo—. Medio día. —Su voz vuelve a su tono normal. Está serio, como molesto de tener que explicarle a Mi Mamá los detalles.

Me dan el teléfono otra vez y mis papás me dicen que voy a hacer El Viaje con otras seis personas. Que todo va a estar bien. Que tienen ropa y juguetes para mí allá en La USA. Casi puedo sentir el calor de Mi Mamá. Su risa, sus manos, su fleco en mi cara como cuando me besa los cachetes. Casi puedo ver a Mi Papá y su cadena de oro.

Mis abuelos y Tía Mali caminan de vuelta a casa, pero yo corro. Yo vuelo hasta llegar a la gabineta donde tengo el álbum con las fotos que mis papás han mandado desde La USA. Obligo a Tía Mali a que las mire conmigo.

5 - 4 - 99

Hoy fue mi último día de escuela, pero nadie lo sabe. En la escuela escribí:

JOSÉ JAVIER ZAMORA

LUNES 5 DE ABRIL, 1999

Hoy no escribo números imaginarios. Mis maestros me dan las tareas a la hora del recreo. Todo el mundo cree que voy a faltar una semana, no más. Que voy a volver el otro lunes. Mentirles a mis amigos es más fácil de lo que esperaba. Don Dago le dijo a El Abuelo

que no le podía decir a nadie que me iba. Mis papás dijeron lo mismo ayer y hoy también, cuando llamaron.

Pero nadie me dijo que no podía invitar a mis amigos a jugar con mis juguetes por última vez, al salir de la escuela. Mi Mamá no me hubiera dado permiso sino hasta terminar todas mis tareas. Todas y cada una de ellas. Pero Tía Mali y Abuelita Neli son diferentes. Siempre han sido diferentes.

Alejandro, Torito, Alan y Fredy me acompañaron hasta la casa. Todos saben que amo mis juguetes. Nunca juego con los más nuevos, ni siquiera cuando vienen familiares a la casa. No los sacaría ni siquiera si el presidente llega a la casa. Para mí son sagrados. Ni he sacado de su caja al Spider-Man que mis papás me mandaron cuando cumplí siete años. De vez en cuando la abro un poco para sentir el olor de La USA, tan nuevo y fresco, tan diferente a todo lo que tenemos acá.

Pero como iba a ser la última vez que iba a ver a mis amigos hasta que volviera a El Salvador, les mostré mis juguetes más preciados: un Guepardo que puede mover todas sus articulaciones, mi Power Ranger rojo que al apacharle un botón su casco cambia a una cara de gente, mi espada de Leon-O de los *Thundercats* que brilla en la oscuridad y el Tiranosaurio de *Jurassic Park* que gruñe y camina a control remoto. Nunca, jamás se los he mostrado a mis amigos. Los mantengo guardados bajo llave donde están todos mis juguetes favoritos, una gabineta de la que solo Tía Mali y yo tenemos la llave, donde van a estar esperándome hasta que regrese, tal vez para Navidad. Yo sí voy a regresar, no como mis otros amigos que se fueron y se quedaron en La USA.

Alejandro es dos años mayor que yo. Él es mi mejor amigo. Estamos en el mismo grado porque repitió segundo dos veces. Es casi como un hermano mayor para mí, solo que yo soy más inteligente. A él, le regalo mi Batman que ya ni uso.

—Vieja, Javier, ¿por qué? —dice, se le quiebra la voz y se encoge

de hombros como cuando hace preguntas en clase.

—Mis papás me dijeron que hiciera algo bueno por alguien. —Y agrego, como para hacerlo realidad. Y nuestras mamás son las mejores amigas. —Eso es cierto, pero desde que Mi Mamá se fue casi ni se hablan.

Él mueve la cabeza y me da un abrazo.

Hago lo mismo con los otros tres y les digo a todos la misma mentira, que mis papás quieren que haga algo bueno por mis amigos. A Torito le doy mi Power Ranger azul que tiene un brazo roto. A veces Torito se pone celoso cuando recibo el primer lugar de la clase. Tal vez ahora que me voy él pueda pasar al primer lugar.

Alan es mejor para jugar pelota que yo. Él fue el que me enseñó a darle chanfle a la pelota y le gustan los carros. Su papá maneja un furgón como el de Erik Estrada en *Dos mujeres, un camino,* entonces le regalo un Hot Wheels rojo.

A Freddy, que no le gusta jugar policías y ladrones, le regalo un muñeco de Robin sin capa, el Robin de *Batman forever*.

Nadie sospecha nada. Y si sí, nadie dice nada. Me siento como James Bond otra vez, escondiendo información. Se van y les digo adiós, como si hoy fuera cualquier otro día.

Es tarde ya. Tía Mali y yo estamos donde siempre estamos antes y después de la cena: en su cama, viendo al cielo a través del tragaluz. La luna está medio llena.

—¿Vas a extrañar a tus amiguitos? —pregunta Tía Mali.

Ya cenamos y estamos llenos. Abuelita Neli cocinó mi plato favorito: yuca frita. En la mañana me preguntó que quería cenar hoy, le dije que yuca frita y ella prometió hacerla extra especial y así fue; le puso pepescas fritas, huevos duros, queso duro, de todo. Y típico de Abuelita Neli, también me hizo mi pupusa favorita de frijoles, queso y loroco.

—Sí —le digo a Tía Mali, acercándome a ella. Creo que dije la verdad, que sí voy a extrañar a mis amigos—. Pero voy a regresar a

visitarlos.

—Más te vale —dice, y me abraza; tiene la piel pegajosa por la humedad.

—¿Otra vez? —pregunta Mali, agarrando uno de los álbumes que vimos ayer y que dejó sobre el tocador que está a la par de su cama.

Le digo que sí. Tiene en las manos un pequeño álbum amarillo Kodak con la foto del Golden Gate en la portada. Cuando se sienta a la par mía me doy cuenta que los álbumes se van a quedar aquí con mis juguetes, con la fruta de todos los palos, La Bonita, mis amigos, mi gato, mi perico y toda mi familia.

Hojeamos las fotos juntos, pero ahora siento diferente. Hacemos una pausa con una foto de Mi Papá frente a un jardín. Atrás tiene escrito, *Este es uno de los jardines que hice yo*. Él está parado y se mira bien alto. Veo su bigote grueso, sus grandes músculos y su cadena de oro. Tiene las manos en la cintura, como hace Superman después de salvar a alguien.

No recuerdo alguna vez haber tocado su piel. Hay unas fotos donde estamos los dos, yo sobre sus hombros o en sus brazos. En una foto él tiene puesto su uniforme de futbolista y estamos los dos en una cancha de fútbol; va a empezar a jugar o acaba de terminar un partido. He escuchado su voz miles de veces. Podría encontrarla entre una multitud de voces, pero al fin voy a conocer a Mi Papá.

Tía Mali y yo nos sentamos en la cama de espaldas a la pared. Afuera está oscuro. Los murciélagos aletean cerca. Las estrellas están afuera y compiten con la luz de la luna.

—Miremos a las estrellas por el tragaluz —digo.

Nuestros brazos se tocan. Mali me besa la frente. Me pongo triste cuando siento que Tía Mali toca mi piel, cuando siento las arrugas de sus labios. No pensé que me pondría triste. He estado muy emocionado de irme. Pero puede que esta sea la última vez, en mucho tiempo, que me siente aquí a ver las estrellas con Tía Mali. Pongo atención a la respiración de La Mali. Trato de ir a su ritmo. Pero

ahorita mismo quiero decir una mala palabra, quiero gritarla tan fuerte que las monjas me pidan decir mil Aves Marías de castigo. Pero no digo nada. Me quedo quieto. Me trago la mala palabra como si fuera una cucharada de jarabe para la tos. Contamos las estrellas.

6 - 4 - 99

Está de madrugada. Una madrugada color índigo, como cuando Mi Mamá se fue. Tía Mali me despierta a besos y sé que me tengo que alistar ya. Los gallos cantan, La Bonita ladra, los pájaros silban, el mundo está despertándose. Una por una se apagan las estrellas en el cielo.

Para bañarme saco agua del pozo con una cubeta. El Abuelo ya se bañó. Abuelita Neli me ayuda a secarme. Tía Mali plancha mi ropa. Escogimos la ropa con cuidado: una bonita camisa de vestir azul oscuro, unos bluyines del mismo color, un cincho negro y unos zapatos negros de vestir.

A la par de los huevos duros, del aguacate, del queso duro y las tortillas está una mochila negra con la marca tachada. Adentro de la mochila hay una camiseta negra, unos pantalones negros, dos calzoncillos, un par extra de zapatos, un cepillo de dientes, un peine, unos chores de fútbol, una pasta de dientes Colgate, una barra de jabón Palmolive, un bote de champú Head & Shoulders y otra camisa de vestir de mangas cortas color azul oscuro. Dentro también está mi cuaderno, lapiceros BIC, unos lápices y las tareas que me dieron mis maestros.

—Todo tiene que ser oscuro —dice Tía Mali—. Así nos dijo Don Dago.

Mientras desayuno, El Abuelo me espera en la puerta. Él tiene mi mochila negra y otra suya. Mira qué horas son en su reloj.

Abuelita Neli me peina el pelo. Tía Mali se arrodilla frente a mí y

me abotona la camisa. La mete dentro de mis bluyines. Me besa la frente.

Lupe está en la casa. Nunca había llegado tan temprano. Ella me abraza, me llena de besos y me dice que tenga suerte. Julia está dormida en la cama de Abuelita Neli, entre dos almohadas para evitar que se caiga al suelo.

Abuelita Neli me da más besos y se arrodilla a abrazarme. Después Tía Mali y Abuelita Neli me abrazan al mismo tiempo. Hasta ahí es cuando lloro. Hoy sí. Llegó la hora. La cosa que quería que pasara, pero está pasando todo tan rápido.

—Te queremos mucho, Chepito. Te cuidás. Que Dios te bendiga aquí, donde sea que estés y siempre. Vamos a estar esperándote. Vamos a pedirle a Dios para que llegués bien allá, Javiercito. —Sus voces casi en unísono, suaves, quebrándose más con cada palabra. Lágrimas ruedan por sus caras redondas. Yo no puedo dejar de llorar.

Luego me dibujan una cruz en la frente, en la cabeza, en todo mi cuerpo. Con sus manos me secan las lágrimas.

El Abuelo me toma del brazo. Me guía a través de la puerta.

—No mires atrás —dice, pero igual miro.

Veo a Abuelita Neli y Tía Mali en medio de la puerta, abrazadas y Lupe tiene los hombros de ellas en sus manos.

—Vamos —dice El Abuelo. Y caminamos él y yo.

2

Tecún Umán, Guatemala
6 de abril, 1999

Llegamos a la terminal más temprano de lo que nos pidió Don Dago. El Abuelo le preguntó a un extraño que cuál era nuestro bus y él nos dijo que todos los que van para Guatemala se parquean juntos. Los buses se parecen a La Costa Brava, el bús más bonito de mi pueblo. Solo que estos tienen los vidrios polarizados. Ojalá los asientos no estén agujereados.

Nos sentamos y aguardamos a Don Dago. Esperamos de ocho a diez de la mañana. El Abuelo compra unas golosinas, un agua y dos panes mata-niños para el viaje. Al fin llega Don Dago. Detrás de él hay otras seis personas, justo como dijeron mis papás. Dos mujeres, una niña y tres hombres.

El Abuelo saluda a Don Dago y cuando está a punto de saludar a los demás, él reconoce a uno de los hombres porque también es de La Herradura.

—Buenos días, Don Chepe —dice el hombre.

Es el más alto del grupo y es bien musculoso, se le marcan bien los músculos en su camisa; tiene una cara cuadrada, pelo negro y ondulado, corto en los lados y un poco más largo arriba.

—Soy Marcelo —dice el hombre.

Veo su nariz afilada, grande y muy recta. No sale de su cara como mi nariz, pero aun así es grande y hace que su rostro se mire más rectangular. Sus cejas son gruesas; son una línea que le atraviesa la cara. No me gustan sus ojos, son de malacate.

—Vos sos hijo de Doña Argelia, ¿ve'á? —pregunta El Abuelo.

Marcelo le dice que sí.

Yo me quedo atrás de El Abuelo para que los extraños no me vean.

—Ustedes son mi grupo —dice Don Dago, y tal vez cree que lo dijo bien fuerte, pero su voz es tan suave que cuesta escucharlo por el sonido de los buses parqueándose o yéndose, el sonido de la gente caminando, el de los vendedores ambulantes gritando los productos que venden.

Hay palomas y basura por todos lados. Hay mucho ruido. Huele mal. Siento ya la piel sucia y pegajosa.

—Tienen una media hora —sigue Don Dago, levantando la voz—. Vamos a parar dos veces en ocho horas. Primero en la frontera y después en la Ciudad de Guatemala, para que compren agua y algo de comer —dice—. Yo tengo los boletos. Vamos a hablar más en Tecún. Repártanse en el bús. Recuerden, no me conocen, no somos nada, ni amigos, ni familiares, ni conocidos.

El Abuelo y yo ya tenemos agua y algo de comer, entonces esperamos en un banco de madera enfrente de los buses, que chorrean humo negro. El resto va a comprar lo que necesitan.

—Ese muchacho es del pueblo —dice El Abuelo—. Es bueno que vaya alguien conocido. —Pero yo no conozco a Marcelo. Nunca lo he visto en el pueblo. Parece mala gente y me da miedo.

El chofer abre las puertas y grita, «¡Tecún! ¡Tecún!». Algunas personas suben. Esperamos a Don Dago. Él nos dice que subamos y le entrega a El Abuelo los tickets. Don Dago espera a las otras seis personas para darles también sus boletos.

Hay una mamá. Es chiquita como Mi Mamá, solo que ella es más chele, pura semilla de almendra y tiene el pelo pintado de un rubio oscuro; se le ven sus raíces negras. Tiene más o menos la edad de Mi Mamá, tal vez es un poquito más vieja. Ella tiene sus brazos delgados alrededor de su hija, que es más morena y se mira un poquito más grande que yo. Las dos tienen rostros largos y delgados. Suben las escaleras del bus. Hacen como que no nos miran y se sientan a unos

asientos atrás de nosotros.

A través del parabrisas vemos a Don Dago con su cachucha de béisbol dándole un ticket a una mujer alta, casi tan alta como Don Dago. La mujer alta lleva un vestido apretado y su pelo colocho se mueve de un lado a otro cuando camina. Tiene cejas gruesas, labios curvos y carnosos y una quijada filosa. Es bonita. Camina a la par de nosotros, sonriendo. Los hombres voltean a verla.

Marcelo entra con la frente en alto, bien serio, y se sienta solo. No parece buena gente. Detrás de él hay un hombre chele con una panza de bolo casi tan grande como la de El Abuelo. No sé cuántos años tiene Marcelo, pero se mira más viejo que Tía Mali. Este otro hombre, el pálido, parece aún más viejo que Marcelo, más que todos menos Don Dago. Tiene bigote y el pelo castaño bien despeinado. Su cara redonda está llena de barros y espinillas y medio se parece a Marco Antonio Solís, solo que un poco más gordo.

Por último, Don Dago le entrega su ticket a un tipo pechito con la cabeza rapada que no ha dejado de sonreír todo el rato. Parece más amistoso y hasta más joven que los otros adultos. Su cabeza es redonda y, aún con el poco pelo que tiene, sé que es de color negro. Su piel es un poco más oscura que la de una semilla de almendra. Más como la de la mamá y su hija que la mía. Después de pasar cerca de nosotros, se sienta a la par de la mamá y su hija. Parece que se conocen.

Don Dago entra, nos ve a todos y se sienta en el asiento de hasta adelante, cerca de la puerta. Se sienta solo y se pone a leer el diario. Igual hace El Abuelo, que está sentado a la par mía. Todos en el bus se sientan y nadie habla. El chofer no pone música. Mientras el bus retrocede, el chofer anuncia la próxima parada: La Hachadura, en la frontera entre Guatemala y El Salvador.

Cañales, campos de cebada, algodoneras, un volcán, criaderas de

iguanas, naranjas, flores de fuego, jacarandas, mangos, limones, papayas, rosas, flores de mayo, mirtos, microbuses, vendedores de horchata, mototaxis, pupuserías, chorizos que cuelgan de ganchos, vendedores de yuca frita, otro volcán, un ciego pidiendo pisto, niños vendiendo Chiclets, un tiradero de basura a la par de la calle, zopilotes, más campos, carros, palos de maquilishuats, mueblerías. Antes de hoy, lo más lejos que he estado de mi pueblo es San Salvador. No puedo dejar de ver lo que pasa por mi ventana. Casas, gasolineras, tiendas a un lado de la carretera. A veces el bus se detiene para dejar subir a un vendedor ambulante, que se baja en la siguiente parada, y ahí se sube a otro bus. Los asientos verdes de cuero sintético se calientan un montón bajo el sol, igual que mi mochila. La tengo entre las piernas, como El Abuelo hace con la suya. Nunca he estado en un bus por tanto tiempo. Ojalá no me den ganas de hacer pupú. Siempre que voy a San Salvador con Tía Mali, trato de no hacer. No me gustan los inodoros, siento que me van a tragar. En la casa hago pupú detrás de la letrina. Después lo cubro con hojas y papel higiénico para que El Abuelo sepa qué hay ahí y no se pare en el pupú. Mali dice que voy a tener que usar un inodoro. Se lo dijo a El Abuelo. Sé que en algún momento me va a tocar. Espero que no sea ahora, no ahorita, en este bus.

El chofer grita que estamos a punto de llegar a la frontera y que alistemos los pasaportes. Hay un niño de mi edad a dos asientos delante de nosotros. Es chelito y tiene el pelo rubio. Puro gringo. Está sentado a la par de un señor mayor. ¿Su abuelo? ¿Su papá? El niño empañó la ventana con su respiración al igual que yo.

Veo a El Abuelo y medio cierro los ojos.

—Yo tengo los pasaportes — dice, y me tranquiliza. No sabía que todavía teníamos mi pasaporte de cuando Tía Mali y yo aplicamos para la visa. No sabía que El Abuelo también tenía pasaporte.

Veo a El Abuelo y le pregunto que por qué los necesitamos.

—Los tienen que revisar —dice muy calladito.

—¿Por qué?

—Nos dan quince días para estar en Guatemala —dice, viendo hacia adelante mientras el bus se acerca a un puente.

En la escuela aprendí del río que está entre El Salvador y Guatemala. Hay un edificio del lado guatemalteco, que parece uno de los salones de mi escuela. El bus gira a un lado y se detiene en el parqueo que está enfrente.

—Vayan a que les revisen los pasaportes por allá —dice el chofer, parándose y señalando al edificio—. Nos vamos en media hora.

El Abuelo y yo salimos del bus detrás de Don Dago, el niño chelito y el que parece ser su abuelo. Don Dago deja que pasemos antes que él mientras espera al resto de personas. Nos recuerda que pasemos al baño. Atravesamos el parqueo hasta llegar con un soldado, que está a la par de la puerta del edificio; él es quien revisa los pasaportes.

Adentro del edificio El Abuelo le da pisto a otro soldado que está sentado frente a un escritorio. Él sella nuestros pasaportes y nos dice que en quince días tenemos que salir de Guatemala. «Quince días», repite y nos pregunta si queremos cambiar nuestros colones por quetzales.

Somos los segundos en terminar. Veo al niño caminando en el puente hasta llegar a un balcón que está sobre el río. El Abuelo y yo caminamos hacia el niño. Vemos un letrero que dice el nombre del río: RÍO PAZ. Desde el balcón podemos ver otro letrero que dice: LA HACHADURA. Sobre el puente, del lado donde veníamos dice WELCOME TO EL SALVADOR. El niño chelito se acerca a nosotros y me pregunta:

—¿Para dónde van ustedes?

Su pelo castaño casi le llega a los hombros. Tiene sus manos tiesas sobre la baranda y ve hacia abajo. Me había imaginado un río enorme, lleno de agua y tal vez hasta con olas, pero el Río Paz no es así.

—Tecún Umán —respondo, también agarrado de la baranda; mi

piel se parece al agua café que gotea debajo de nosotros, su piel es más como el color que tienen las piedras secas.

Quiero decirle más cosas, pero me acuerdo que Don Dago nos dijo, una y otra vez, que no habláramos con extraños durante El Viaje.

Veo a El Abuelo y él no dice nada. Siento los hombros bien tiesos. Veo a las piedras. El niño no me pregunta más cosas. ¿Será que la cagué con decirle que vamos a Tecún Umán? «Nunca digás La USA», recuerdo que me dijo El Abuelo. Mis papás me dijeron, «Si alguien te pregunta que para dónde vas, solo deciles el nombre de la próxima parada». La próxima parada es Tecún Umán.

—¿Cómo te llamas?

—Javier.

—Yo me llamo Alejandro. O Ale —dice, y se hace el pelo a un lado. Tiene los pies en la barra inferior de la baranda. El color de su pelo es igual al de sus ojos, café claro, puro caramelo.

—Soy de Puerto Vallarta y vamos de regreso. —Él habla igualito a los niños de *Luz Clarita*, mi telenovela favorita, la que miraba antes de cenar.

—¿Dónde?

—México —responde—. Jalisco.

—Ah —digo. ¡Es mexicano! Es el primer niño mexicano que conozco en persona. Jalisco, ahí nació Vicente Fernández. Quiero seguir platicando con Alejandro, pero capaz su abuelo o su papá me empieza a preguntar cosas.

—Ya me voy con mi papá —dice, señalando al bus; en el bus está el señor gritándole a Ale y haciéndole señas. El hombre se mira más viejo de lo que un papá debería verse. ¡Parece que tiene la edad de El Abuelo! ¿Será que Mi Papá se va a ver más viejo en persona? Mi Papá tiene la edad de Mi Mamá, veintiocho años.

El Abuelo y yo seguimos a Ale. De camino al bus El Abuelo voltea a verme y dice:

—Chente es famoso solo porque Javier Solís se murió.

Asiento con la cabeza y no digo nada más. El Abuelo odia a Vicente Fernández. Siempre que Abuelita Neli pone música de Chente, El Abuelo obliga a que la quite y le dice que Solís es mejor cantante. Luego nos dice a mí o a Tía Mali que le pongamos «Payaso», su canción favorita de Javier Solís. Antes de que Mi Mamá se fuera, cuando él todavía tomaba, El Abuelo se ponía a llorar cantando esa canción. Me daba miedo verlo así.

Pero ahorita se siente bien chivo caminar en un país nuevo. La mayoría de mis amigos vinieron a Guatemala el año pasado. Guatemala es un país mucho más grande que el Salvador. «El Pulgarcito de América», dicen las monjas de El Salvador. Pero ahora voy camino a un país más grande y luego a México, que es todavía más grande que Guatemala, y después voy a vivir en el país más grande de todos, La USA. Sé esto porque El Abuelo tuvo que comprar dos mapas. Uno de Centroamérica, donde él dibujó una línea de nuestro pueblo a Tecún Umán. Y después otro mapa solo de México. Él dice que es importante conocer «la ruta», pero él también sabe que me gusta la geografía. Cuando estaba en tercero me aprendí todas las banderas que pude. Quise aprender más banderas después de ver el Mundial del 98. Esa vez fue la primera vez que vi la bandera de Croacia. Es tan bonita. Me dio ganas de explorar y viajar por el mundo. Antes de hoy solo había ido a tres de los catorce departamentos de El Salvador: La Paz, La Libertad y San Salvador.

Caminamos hacia el bus. El aire aquí es seco, caliente, pero El Abuelo dice que vamos a pasar por donde hay montañas. Él nunca ha estado en Guatemala. No sé si está emocionado. Pero cuando regresamos a nuestros asientos él no recoge su diario. Dejamos el río atrás. Al principio el camino es plano, pero después empezamos a subir. Veo un lago, cafetales, pupuseras, tamaleras, lago, volcán, palos de guineo, estaciones de bus, gasolineras; no es muy diferente de El Salvador, solo que sí es mucho más verde, los caminos no son tan rectos y las montañas son más altas. Nunca supe que había caminos en

las montañas y tan cerca del sol. Los ojos de El Abuelo miran hacia afuera, a través del parabrisas y afuera de mi ventana. Su mochila está en el piso, entre sus piernas; puso mi mochila sobre sus piernas. Tal vez Guatemala es más bonita que El Salvador. Atravesamos pueblos pequeños, pueblos más grandes y finalmente la ciudad más grande, Ciudad de Guatemala.

Paramos un rato en la terminal. Igual que en la frontera, pero solo nos detenemos por diez minutos. Entonces vemos más montañas, lagos, volcanes, cafetales al lado de la carretera y gente recogiendo café. Después de horas sin hablar, excepto cuando El Abuelo me pregunta si tengo hambre, o si quiero tomar agua, él dice, «El café crece en las alturas. ¿Sabías eso?».

No lo sabía. Nunca había visto plantas de café o arbustos… ¿árboles? No sé qué son, si arbustos o árboles. Las hojas parecen de mentiras, como que si fueran de plástico, como que si alguien madrugó y las engrapó en las ramas caídas. Sin embargo, las hojas brillan, resplandecen de tan oscuras que son, y eso hace que los frutitos rojos resalten todavía más. Puros adornos de Navidad.

De vez en cuando vemos a personas con canastas de mimbre amarradas a sus hombros o cintura; las amarran con un pedazo de tela. Balancean las canastas a un lado de sus caderas. Recogen los puntitos rojos, que son de un rojo encarnado bien oscuro, casi morado. «El color les dice si ya está maduro el café», explica El Abuelo.

Me cuenta que cuando él era niño trabajaba recogiendo café. Me cuenta que la gente se come la carne que cubre el grano de café. «Técnicamente la carne es la fruta, como una cereza, y el mero grano de café es la semilla, que la gente muele para hacer el café». El Abuelo habla suavemente, casi susurrando, para que nadie más nos escuche, y entrecierra los ojos por el sol.

Me gusta aprender cosas de El Abuelo. Cuando me llevaba a la iglesia o la escuela, caminábamos en silencio. Puede que esta sea la vez que más hemos hablado él y yo. Hasta ahora me doy cuenta de los

diferentes colores que tiene la fruta, que crece en las ramas caídas de los arbustos de café. Parecen puras chibolas regadas entre las ramas. Hay filas de arbustos que empiezan al lado de la carretera y te obligan a mirar monte arriba, ves fila, tras fila, tras fila.

Eso es todo lo que vemos saliendo de la Ciudad de Guatemala: café. Subimos montañas. Me da miedo lo cerca que el bus pasa de un barranco. A veces hay barandas, otras no. Y luego, como si el sol de repente se cayera en un hoyo, es de noche. No miro nada afuera de la ventana, entonces veo hacia adelante, al parabrisas, e intento seguir las luces de los carros que vienen hacia nosotros. Tengo miedo. Siento que podemos chocar con cada par de luces, pero ninguno se acerca demasiado. Hemos viajado un día entero. Casi no he dormido nada desde que me desperté a las cuatro de la mañana. Al fin el chofer dice, «Última parada, última parada». ¡Crucé un país entero en un día! Pero ¿y dónde vamos a dormir? Por primera vez no voy a dormir en mi cama.

Entramos a un pueblo que me recuerda a Zacatecoluca. Don Dago se levanta, mira a todos los que van en el bus y se baja con su mochila al hombro. Ale y su papá se levantan y se llevan sus maletas. Nosotros también nos bajamos del bus. Antes de salir, El Abuelo le da gracias al chofer.

La noche es tibia pero no hay humedad. Hay mucha gente, carros, vendedores, bicicletas. El aire se siente diferente. Quiero decirle adiós a Ale, pero él camina hacia la terminal sin siquiera mirar para atrás.

Un muchacho con pelo lacio que le baila sobre los hombros cada vez que se mueve, se acerca a nosotros en su… ¿bicicleta? En vez de tener una llanta delantera y manubrio, la bicicleta tiene un banco soldado en la parte de atrás, dos llantas debajo del banco y una lona encima que da sombra como un pabellón. Parece más un triciclo.

—Bicitaxi —dice el muchacho—. Es un bicitaxi —le repite a El

Abuelo que parece tan confundido como yo.

—Ahh, va —dice El Abuelo y sonríe. Es raro cuando El Abuelo enseña sus dientes pequeños y rectos.

—Mucha gente que no es de aquí no ha visto un bicitaxi, por eso les explico qué es de un solo —dice el muchacho, y veo nubes de papalotas rodeando los focos de los postes de luz.

El muchacho parece que conoce a Don Dago, quien se voltea y le dice a El Abuelo:

—Él sabe para dónde ir. Vayan con él.

Los otros seis se bajan del bus y uno por uno se acercan a Don Dago.

—Vayan y allá nos vemos — repite Don Dago.

—Siéntense —dice el muchacho, tocando el banco del bicitaxi—. Tengo que regresar por Don Dago. —Entonces aprieta su silbato… su, ¿pito? Es como una trompeta plateada que tiene un globo negro de hule de un lado.

El Abuelo y yo le hacemos caso a Don Dago y nos sentamos. Es bien chivo el bicitaxi. Tiene espejos a los lados, luces en la lona y ese silbato raro. El muchacho pita cada vez que vamos a rebasar a una persona caminando por la calle. Vamos rápido. El pelo negro del muchacho salta en sus hombros.

—Y vos, ¿cómo te llamás? —pregunta El Abuelo, volteando a ver al muchacho—. Y, ¿para dónde nos llevás?

—Jesús, don, para servirle, y los llevo a la tienda de Don Carlos — dice el muchacho sin siquiera respirar.

Cinco minutos después paramos a un lado de la calle, junto a una tienda que tiene alambre de púas y güistes arriba de las paredes. Jesús salta del bicitaxi y toca en la puerta de metal con su mano cerrada; suena fuerte como si juntara dos sartenes. El Abuelo se baja y me ayuda a bajar. El muchacho sigue tocando hasta que alguien abre la puerta.

—Buenas noches, don, acá están los primeros —dice rápidamente

Jesús y ahora sí se queda sin aire.

—Gracias. Andá a traer a Don Dago —dice un hombre gordo con bigote. El muchacho vuelve a su bicitaxi y se va por donde vinimos. El hombre abre un poco más la puerta y voltea a ver a El Abuelo—. Buenas, soy Don Carlos. Pasen adelante. Con confianza. Vengan, siéntense. Siéntense.

—Buenas —responde El Abuelo, y su voz es firme, y no le dice su nombre a Don Carlos.

—Vos has de ser el patojo.

Don Carlos me ve mientras cierra la puerta detrás de nosotros. No sé qué significa eso, pero asiento la cabeza. Agarra unas sillas que están cerca de una mesa. En un armario en la pared hay baterías, cigarros, botellas de licor, pan, cloro, jabones, pasta de dientes y tarjetas de teléfono.

El Abuelo se sienta primero, después yo y después Don Carlos.

—Don Dago va a venir pronto y les va a decir dónde van a dormir. —Su voz es agradable. Sus dientes no tanto. Son tan amarillos que son casi cafés y su panza es más grande que la de El Abuelo.

Esperamos sentados y sin decir nada. Ha sido un día largo. Estoy cansado. Estoy nervioso, pero emocionado de saber en dónde voy a dormir. Después alguien toca la puerta. Es la mamá con su hija y el muchacho pechito con cabeza rapada. Don Carlos les dice que pasen adelante. Detrás de ellos está Marcelo y el tipo pálido a bordo de otro bicitaxi.

—Pasen, pasen —dice Don Carlos conforme la gente entra a la tienda.

Don Dago llega en otro bicitaxi con la mujer alta de pelo colocho.

—Llegamos a Tecún —dice Don Dago como celebrando mientras entra a la tienda. Don Dago está bajo la luz y le puedo ver las arrugas —. Ya es tarde, entonces me voy a apurar —sigue—. Ustedes dos — señala a El Abuelo y a mí—. Ustedes se duermen acá. Allá tras hay un cuarto; Don Carlos se los va a enseñar.

El Abuelo dice que sí con la cabeza.

—Este es Don Carlos. —Don Dago señala a Don Carlos quien levanta la mano y se encorva un poquito—. Nos vamos a ver aquí todos los días para el desayuno, y luego en la tarde, para el almuerzo. La cena corre por su cuenta —dice Don Dago, caminando en círculos sobre el piso de cerámica, tratando de hablarle a cada persona. A mí ni me ve.

—Los demás vamos a dormir en el motel que está del otro lado de la calle. Las mujeres en un cuarto. Los hombres en otro. —Señala a la mamá, su hija y a la mujer alta—. Preséntense.

—Soy Patricia, o Pati —dice la mamá y yo brinco del susto cuando la mamá dice su nombre con su voz rasposa, como si se acabara de despertar. Es el nombre de *mi* mamá. Es bajita como *mi* mamá. Es tal vez un par de centímetros más alta. Y se le nota que es enojada, como *mi* mamá, porque está como aburrida y cuando habla mira a las personas a los ojos. Lo blanco de sus ojos es más blanco que lo blanco. Y sus pupilas cafés, son de un café bien oscuro.

—Esta es mi hija. —Señala a la niña de pelo ondulado, pero no nos dice su nombre.

—Carla —la niña interrumpe a su mamá, viéndola y aprieta sus cejas gruesas. Es muy bonita y segura de sí misma. De seguro es la niña más popular de su escuela. Tiene una voz fuerte, pero dulce. No les tiene miedo a los extraños.

—Ajá, se llama Carla —dice Patricia, como disculpándose y pellizca a su hija. Carla se soba su brazo. Patricia se parece un montón a mi mamá, solo que ella me hubiera pellizcado más duro o de una vez me hubiera pegado, incluso enfrente de toda esta gente.

—Soy Marta —dice la mujer alta con pelo colocho, mientras nos saluda a todos y luego baja la mirada. Y ya.

Los hombres la miran fijamente, especialmente Marcelo y Don Dago. Ella no dice nada más. Hay un silencio breve y Don Dago le entrega una llave a cada una de las mujeres.

—Ustedes tres, preséntense —Don Dago les dice a los hombres.

—Soy Marcelo —dice, él tiene la voz más profunda de todas.

Ahora que él está bajo la luz veo una cicatriz en su cachete. Todos lo vemos como la gente ve a El Abuelo en el pueblo, con miedo y respeto, y por eso nadie habla hasta que él voltea a ver al hombre pechito.

—Soy Noel, pero todos me dicen El Chino —dice, tocándose los ojos.

Todos se ríen. Pero yo no entiendo. No parece que es de la China. Tiene voz de cipote. Es más grande que Jesús, pero más joven que Marcelo. Como El Chino está debajo del foco puedo ver que no tiene un bigote completo. Los únicos pelos que tiene en la cara están cerca de la comisura de sus labios y son delgaditos como él y bien oscuros, puro bagre. Le da talle a Diego, un cipote de octavo que es el hermano menor de mi padrino. Y también El Chino parece que es amable, que es buena gente, igual que Diego.

—Soy Antonio, pero díganme Chele —dice el hombre pálido y nadie se ríe.

Él se ríe de su propio chiste y sus cachetes son grandes como los de Tía Mali, pero rosados y llenos de barros y espinillas. Casi se le cierran los ojos cuando sonríe. Bajo la luz su piel se mira grasosa, como si estuviera sudando a chorros. Recuerdo cuando Tía Mali me dijo que «la gente que tiene barros son gente chuca». Y Abuelita Neli dijo que «no hay que confiar en los cheles». Chele asiente como si no supiera más que decir y sonríe, enseñándonos sus grandes dientes rectangulares.

—Don Chepe, ¿quiere presentarse? —dice Don Dago.

El Abuelo hace una pausa. Mira a todos. Yo volteo a verlo a él.

—Como dijo Don Dago, me llamo José Ovidio Cortez, o Chepe —dice El Abuelo, su voz es seria y mira al frente—. Este es mi nieto, Javier. Él los va a acompañar cuando se vayan de aquí. Yo no voy con ustedes. Nos acabamos de conocer, pero les pido que, cuando me

vaya, por favor cuídenmelo. Está muy chiquito y va a viajar sin su familia. *Ustedes* son su familia. Por favor, cuídenmelo —dice El Abuelo en modo serio y directo, y viéndolos a todos a los ojos.

Yo me pongo bien rojo. Todos asienten. Algunos dicen, «Sí, señor», o «Sí, don».

—Gracias —responde El Abuelo con una mano sobre el pecho—. Va —dice.

—Vaya —dice Don Dago, y le asiente a El Abuelo, quien todavía está en medio de todos—. Eso es todo. Vayan a descansar y hablamos mañana. Vengan acá a las ocho y media.

Todos se levantan. Los adultos se miran emocionados, pero también cansados. Todos llevan una mochila oscura y nada más. La niña, Carla, se mira cansada y no le suelta la mano a su mamá. Cuando todos salen de la tienda hacia la noche y cruzan la calle de camino al motel, pienso que ojalá les hubiera dicho mi nombre, como hizo Carla. Después de que todos se van, Don Carlos le echa llave a la puerta de metal.

12 - 4 - 99

El Abuelo se despierta a la misma hora de siempre: antecito de las 5.30. Camina hacia el baño que está a la par de nuestro cuarto y se lava los dientes. Escucho cuando le echa agua al inodoro. Luego camina sobre los azulejos rojos del pasillo y abre la puerta, que da lugar a un jardín de tierra, una letrina y un pozo que está a la sombra de un enorme almendro. El Abuelo se baña en el pozo sin quitarse los calzoncillos blancos que lleva puestos, y su redonda y grande panza pelona se asoma arriba de sus calzoncillos, y su ombligo, salido como el corcho de un barril de vino, parece que está a punto de salir volando. Veo sus piernas delgadas desde lejos y parece como que les cuesta mantener de pie a El Abuelo.

Después se rasura. Para entonces ya casi es de día y puede ver su quijada cuadrada en el pequeño espejo que trajo. Hace caras chistosas para alcanzar cada pelo en su cara. Se rasura con una larga cuchilla que limpia en un plato de plástico. El Abuelo jala el pellejo que tiene debajo de la barba con una mano mientras rasura la espuma de jabón con la otra. No entiendo como no se corta, especialmente porque su manzana de Adán es bien grandota y le sale del cuello.

El Abuelo vuelve al cuarto con una toalla alrededor de su cintura. Y es entonces que cada mañana en Tecún me ha dicho, «Te toca, Chepito».

Salgo corriendo antes de que se empape de perfume. Se echa un pequeño charco en las manos y se da palmaditas en todo el cuerpo. Apenas si puedo respirar de lo fuerte que huele ese líquido.

Antes de que Mi Mamá se fuera ella me estaba enseñando a ir al baño. Casi estaba listo para usar el inodoro de los adultos, pero nunca dimos ese paso. En la escuela yo nunca voy al baño. Solo esa vez que me hizo daño una pupusa cuando estaba en primero y no me aguanté las ganas de ir. Tenía tanto miedo que el inodoro me tragara, que me agarró la chiripiorca. Como no había papel higiénico, me limpié con una camisa blanca y azul del Pato Donald que Mi Papá me había mandado para cuando cumplí cinco años. La dejé a la par del inodoro y ni siquiera eché agua. Blanco, azul y café. Siempre he usado camisetas debajo de la camisa que traigo puesta. Ninguna de las monjas supo que fui yo el que dejó una camisa manchada de pupú en el baño.

El tercer día aquí Tía Mali me habló, estábamos en el cuarto y era de noche. «En El Viaje no podés ir al baño como hacés aquí. No es normal, Chepito», dijo, poniéndole énfasis al *normal*. «Normal», dijo, y su voz se hizo más profunda. Yo sé que no es «normal», pero es más fácil, y así no hay modo que me trague el inodoro y me escupa al mar.

Mi primera tarde aquí, sí que tenía que ir al baño. Me aguanté todo el viaje desde San Salvador y me seguí aguantando durante casi toda

la primera mañana en Tecún. En la tarde El Abuelo me dijo, «Si sabés que el inodoro no te va a tragar, ¿ve'á?». Su voz gentil, como un suspiro. Había pasado toda la tarde caminando debajo del almendro y pensando si hacía pupú atrás de la letrina.

«Me puedo quedar afuera, si querés», dijo El Abuelo. Le dije que sí y durante los primeros días él se quedaba afuera de la letrina, escuchando si yo estaba bien. Yo le hablo para ver si sigue ahí. «Sí, acá estoy», responde. No ha pasado nada malo. Todavía no. El inodoro no me ha tragado. Todavía no. Me estoy acostumbrando a usarlo.

Ahora hago pupú antes de bañarme y luego me lavo los dientes. A las siete de la mañana los demás empiezan a aparecer enfrente de la tienda de Don Carlos. Él les abre la puerta, los lleva al cuarto antes del jardín de atrás, ese que tiene azulejos rojos, va por unas sillas de plástico y las pone alrededor de una mesa plegable. Para el desayuno casi siempre comemos frijoles fritos, tortillas guatemaltecas, aguacate y queso fresco; a veces comemos huevos revueltos. Las tortillas de acá son más delgadas que las de El Salvador. Extraño las tortillas de Abuelita Neli, pero las que nos trae Don Dago en una bolsa de plástico son tortillas recién hechas y todavía están bien calentitas. Don Dago compra la comida en un mercado que está al aire libre y él es el único que no toca la puerta de metal antes de entrar porque tiene una copia de las llaves.

Don Carlos no come con nosotros. Él tiene que atender la tienda, entonces se sirve un plato y regresa a la entrada de la casa y allá come. Creo que Don Carlos es pariente de Don Dago porque a cada rato se dicen «primo», pero ni se parecen.

Marcelo y Chele se sientan juntos. Ninguno habla mucho. Hacen como si fueran un par de primos lejanos que apenas se aguantan. El Abuelo y yo nos sentamos a la par de Marcelo. Él le dice «Don» a El Abuelo y lo trata con respecto, y a El Abuelo le gusta esto.

Del otro lado de la mesa las mujeres se sientan cerca y hablan como si se conocieran desde antes. Cuando hablan, gritan y por eso escuché

a Marta decir que tiene un hijo de dos años.

Creo que El Chino les cae mal a Chele y Marcelo. Tal vez es por la edad que tiene o porque El Chino habla mucho y cuando habla parece que tuviera polvo en la boca. Tal vez habla así porque tiene una manzana de Adán bien chiquitita. Recuerdo que una vez Abuelita Neli me dijo que «Todos los hombres que tienen manzanas de Adán son bien mentirosos». El Chino le hizo muchas preguntas a El Abuelo y les preguntó a Marcelo y Chele que de dónde son. Marcelo se le quedó viendo y nada más. Después de nuestro primer desayuno supimos que El Chino, Patricia y Carla son del mismo pueblo, y El Chino trata a Carla como si él fuera su tío. La molesta cuando come poquito o de más.

Don Dago viene cuando terminamos de comer. A veces él ya comió y se sienta en la cabeza de la mesa. Otras veces nos deja la comida y se va. Todavía soy bien tímido cuando estoy con los adultos. No he hablado con ellos. Los hombres que se sientan a la par de nosotros no hablan y del otro lado de la mesa lo hacen tanto que no dejan que nadie más hable.

Para el almuerzo casi siempre hacemos lo mismo, la comida es lo que cambia a veces. Don Dago viene con tamales o pollo asado y tortillas. Casi nadie le habló a Don Dago los primeros días, pero para el desayuno del tercer día algunos empezaron a hacerle preguntas como «Bueno, Don Dago, ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí?».

Se supone que solo íbamos a estar dos días, pero ya pasó una semana. Don Dago dice que no depende de él, que hay tráfico adelante.

—No se preocupen. Nos estamos tardando más porque estoy pensando en su seguridad —dice con su voz suave y El Abuelo le cree.

Pero Marcelo se queja con Don Dago enfrente de todos. Patricia es la que hace más preguntas. El resto no dice nada. Ni El Abuelo. Aunque él habla con Don Dago cuando nadie más está cerca.

—Ya pagamos la comida y eso es bueno —me dice El Abuelo

cuando todos se levantan de la mesa.

Hablamos bajo el almendro, debajo de los pájaros que picotean la fruta madura. Entre cada comida, hago las tareas que me dieron los maestros. Quiero seguir aprendiendo para ser más buzo que los gringos. Hago una tarea al día, así todavía tengo suficientes para después, aunque las termino rápido. Cuando termino mis deberes El Abuelo saca su mapa de México y me ayuda a repasar los nombres de los pueblos que Don Dago dijo que vamos a pasar de camino al norte.

—Por si te perdés, vas a saber bien dónde estás —dice, y señala cada pueblo con la larga uña de su grueso dedo índice; se deja las uñas largas solo en ese dedo y el pulgar. Tapachula, Arriaga, Oaxaca, Puebla, México D.F., Guadalajara, Culiacán, Ciudad Obregón, Hermosillo, Tijuana. El Abuelo subrayó los nombres en azul, con uno de sus lapiceros BIC, esos que El Abuelo jura son los mejores lapiceros del mundo.

Cuando terminamos de repasar los pueblos, El Abuelo me enseña a mentir mejor. Don Dago nos dio papeles falsos a todos y tenemos que aprendernos todo de memoria. Tenemos nombres mexicanos. Lugares de nacimiento mexicanos. Pero la misma fecha de nacimiento. Además, Don Dago nos dio una fotocopia del himno nacional de México que empieza «Mexicanos, al grito de guerra». Nos tenemos que aprender el coro y el primer verso, y el nombre de todos los equipos de futbol de Guadalajara que juegan en la Primera División. Le vamos a Las Chivas. Tenemos que saber el nombre del presidente, Ernesto Zedillo, y que los mejores presidentes de México han sido Benito Juárez y Lázaro Cárdenas. Y por si alguien pregunta, votamos por el PRI.

Extraño la escuela. Extraño a mis amigos. ¿Será que ya se dieron cuenta que no voy a regresar, que no estoy en el zoológico de la Ciudad de Guatemala, sino que más al norte? Nadie que falta más de cinco días a la escuela regresa. Extraño mis juguetes, mi ropa. Extraño tener más de dos pares de calzoncillos, más de dos camisetas, dos

pantalones y dos camisas de vestir. Extraño a Tía Mali, Lupe, Julia, Abuelita Neli. La lluvia. Los sapos que salen por la tarde, los murciélagos comiendo moscas, el canto de los grillos de noche, los chuchos ladrando en la mañana.

Cada noche El Abuelo y yo vamos al mercado o al Parque Central para comprar algo de comer. Al principio era algo nuevo y divertido, pero el pueblo es chiquito. Seguido nos topamos con Chele y Marcelo. Siempre están muy callados, fumando y recostados contra una pared. El Abuelo dice que debería quedarme cerca de ellos, que ellos son fuertes, más grandes que yo y que me van a proteger.

También hemos visto a El Chino caminando con Patricia y Carla. Son el grupo de Soyapango, por eso es que El Abuelo les dice «Los Soyas», y siempre están juntos. El Abuelo dice que El Chino va a proteger a las de su grupo porque las conoce, pero que Los Soyas no me conocen a mí. Marcelo me conoce. Pero quiero conocer a Los Soyas porque siempre están riéndose.

Marta se va no más termina de comer y se queda siempre en su cuarto. Marcelo y Chele tratan de coquetear con ella y decirle piropos, pero ella no les dice nada. Patricia empezó a decir que Marta y Don Dago son algo. «Ellos no me engañan —dice—. Seguro que se acostaron juntos».

El Abuelo dice que no es cierto. Una vez vimos a Don Dago cenando con Marta, pero El Abuelo dijo que estaban juntos para hablar de negocios. Se supone que Don Dago es mi papá durante El Viaje, pero ni siquiera he hablado con él. El Abuelo dice que no me preocupe. Don Dago, El Abuelo y yo cenamos la segunda noche en Tecún, pero nada más. Don Dago todavía es un extraño para mí. Conoce a Mi Mamá, lo conozco desde hace años, pero siempre lo he sentido distante. Me ignora. No me mira a los ojos. Me hace sentir como si estuviera castigado.

En Tecún hay una plaza, seis bancos alrededor de la glorieta principal que está pintada de blanco y un camioncito de Pollo

Campero parqueado en la calle a la par de otros vendedores. Hay personas pidiendo pisto. Otros tocando música. El Abuelo y yo nos sentamos en un banco y vemos a la gente pasar. La gente de acá es diferente. El Abuelo les dice «indios» y cuando les dice así no suena a algo bonito. Creo que se parecen a nosotros, solo un poco más morenos que El Abuelo, más morenos que yo. Yo solo sé que yo también soy un «indio». Es lo que Tatarabuela Fina me decía. Ella fue la que le puso Neli a Abuelita Neli y «Neli» significa «verdad» en un idioma que no conozco. «Indios», así nos decían las monjas cuando nos disfrazábamos para celebrar el Día de la Virgen de Guadalupe, cada 12 de diciembre. Decían que nos disfrazábamos de «indios».

A Mi Mamá le gustaba esa procesión. Ella me vestía cada año hasta que cumplí cuatro. «Somos indios», decía. Yo llevaba pantalones de lona blanca y una camisa de lona también blanca. Llevaba un tecomate, una cuma y un par de yinas. Ella hasta me dibujaba una barba con pasta de zapatos. Luego todos los niños con sus trajes de «indios» caminábamos en procesión, camino a la iglesia. No entiendo por qué El Abuelo, Don Dago, Don Carlos, mucha gente en La Herradura y hasta gente acá, en Tecún, dicen esa palabra con tanto asco. Me gustan los vestidos de las mujeres. Son lindos y tienen muchos colores.

Todos los días El Abuelo y yo nos sentamos en un banco a ver a la gente pasar. Aunque El Abuelo nunca me ha pegado, tengo miedo de cómo es cuando está enojado, tengo miedo de que se enoje conmigo. Pero durante estos seis días en Tecún he hablado más con él que todos nuestros años juntos en El Salvador. Es menos estricto de lo que pensé. Me contó de cuando estuvo en el ejército y cómo después se convirtió en uno de los primeros policías motorizados de El Salvador. No sabía que se había casado antes. Que fue guardia personal de un presidente y otros políticos durante la guerra. Que cuando trabajó como guardia en el aeropuerto donde la gente le daba regalos, como las cenas que no se comían en los aviones y que luego nos la daba a nosotros. Que

se jubiló en 1995 aunque no sé que significa eso. Él me explica que todavía le pagan por el trabajo que hizo.

Cuando los murciélagos se comen las papalotas y se encienden los postes de luz, caminamos de vuelta a la tienda de Don Carlos a ver la tele, caminamos y los bicitaxis pasan a la par de nosotros. Hemos visto el pelo oscuro de Jesús pasar por ahí. Vemos la tele en el cuarto que está a la par de la tienda de Don Carlos y vemos lo que sea que esté viendo él, novelas o las noticias. A las 9.30 nos vamos para el cuarto. A las 10 apagamos las luces. El Abuelo me pregunta qué creo que están haciendo Tía Mali, Abuelita Neli o Lupe. Le digo. Luego me dice que vamos a llamar a mis papás, pero solo hemos hablado con ellos una vez. Después nos decimos buenas noches y nos dormimos.

19 - 4 - 99

Hoy en la mañana Marcelo le gritó a Don Dago y le tiró una tortilla caliente; le cayó cerca de los pies. «Mire, cerote —le dijo Marcelo, con saliva en la boca—. Deje de darnos pajas».

Cuando la tortilla cayó en el suelo, todos se hicieron para atrás. Don Dago dijo que ha hecho esto mil veces. Que es un buen coyote. Que siempre hay retrasos. Que confiemos en él. Todos los días Don Dago nos dice, «Salimos mañana», pero luego en la noche nos dice, «No, todavía no». ¡Ya pasaron dos semanas! Todos se han quejado, pero nadie le ha gritado o se le ha abalanzado a Don Dago más que Marcelo.

Marcelo siempre lleva puesto un centro verde que deja descubiertos sus tatuajes: uno en el brazo y otro en la espalda. Me recuerda al bolo del pueblo, Cara de Crimen y a Papel con Caca y sus amigos tatuados que nacieron en La Herradura, pero vivieron un tiempo en La USA. La gente les tenía miedo. «Los tatuajes son para gente mala, para los mañosos, reos, mareros, los más malos, malacates, para gente sin fe»,

dijo Abuelita Neli, cuando más hombres empezaron a aparecer con palabras y números tatuados en sus cuerpos. Luego le dispararon a Papel con Caca enfrente de la casa un día que yo estaba dormido, y sus amigos se fueron a La USA otra vez. Marcelo se parece a ellos, pero no es como Papel con Caca, que era amigo de Mi Mamá y también amigo mío, y que era buena gente, no como Marcelo.

Después de insultar a Don Dago, Marcelo volteó a ver a El Abuelo y le dijo, «Perdóneme, Don Chepe, pero este hijueputa la está cagando».

El Abuelo asintió. Un día, sentados en los bancos del parque, El Abuelo me dijo que Marcelo es el hijo de una tortillera y que vivió por varios años en Los Ángeles, pero lo deportaron y nadie sabe por qué. Así es como aprendí la palabra de-por-ta-do. «Es cuando los gringos te agarran», dijo El Abuelo. Le pregunté si eso le podía pasar a mis papás. Él dice que no porque ellos siguen las reglas. Pero, ¿qué pasa si llego a California y mis papás ya no están? «Eso no va a pasar», dice El Abuelo.

Todos andan bien bravos porque seguimos en Guatemala. Marcelo amenazó con que no iba a hacer el segundo pago. ¡No sabía que había pagos! El Abuelo me explicó, «La mitad cuando uno sale y la otra mitad cuando uno llega. Así lo hizo tu mamá». No sabía que uno podía partir en dos el número que Don Dago tiene en su libreta. «Pero ya pagamos todo por vos, todo de un solo, así que no te preocupés».

Pero me preocupo. Y a El Abuelo le preocupa que se me acabe el permiso de dos semanas que tengo para estar en Guatemala y nosotros sigamos en Tecún. «Eso no va a pasar, don», Don Dago le dijo a El Abuelo hoy en la mañana.

Siempre que los adultos se van, después que Don Dago nos da las malas noticias, El Abuelo me distrae con historias. Mi favorita es la del mito del cadejo. Mi Mamá me contó de los cadejos cuando yo tenía cuatro años. El mito dice que Dios creó a un cadejo blanco para proteger a los humanos y el diablo se puso celoso, entonces creó uno igual, solo que negro. Mi Mamá los dibujaba como chuchos o lobos,

pero con pezuñas de cabra y colas de cabra.

El Abuelo dice que los cadejos tienen ojos que «queman puro carbón dentro de una estufa», que la mayoría de gente solo puede verles los ojos a los cadejos, si es que algún día ven uno. Él dice que su cadejo es gris, que hay de diferentes colores, con diferentes personalidades, que no es tan simple la cosa, no se puede ser bueno todo el tiempo o malo todo el rato, o todo negro o todo blanco.

—Mirá —dice El Abuelo, tocándose la oreja—, si alguna vez escuchás un silbato bien agudo, es un cadejo. —Eso sí lo sabía. La gente dice que si está lejos uno escucha el silbato cerca, y si está cerca, uno escucha el silbato lejos—. Ellos te protegen cuando necesitás protección.

Hoy la pelea se puso bien fea. Nosotros en vez de seguirlos a todos y salir de la tienda de Don Carlos, para caminar por el parque como siempre hacemos, nos quedamos en la tienda. El Abuelo decidió quedarse para platicar con Don Carlos.

—Jesús viene en un ratito para su descanso —me dice Don Carlos, dándose la vuelta. La boca le hiede a basurero.

Segundos después Jesús toca el pito de su bicitaxi y entra corriendo a la tienda.

—Hola, vos. ¿No querés ir a las maquinitas? —me dice con su voz chillona—. Tengo una media hora.

—Buenas tardes, tío —Don Carlos dice con sarcasmo—. Vos no tenés educación, ¿va, escuincle?

—Perdón, tío. Perdone don. Buenas tardes —Jesús les dice a los adultos, encogiendo los hombros y tocándose su pelo largo—. Bueno, ¿querés ir a jugar a las maquinitas o no? —repite.

Miro a El Abuelo sin decirle nada, pero con los ojos le estoy gritando ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir!

—Bien, hombre, Don Chepe, deje que el patojo vaya a jugar. ¡Está aburrido! Mire, este es mi sobrino y yo me hago responsable por él —dice Don Carlos, pegándole a Jesús en la cabeza.

El Abuelo se ríe y pide que me acerque a él.

—Tené —dice, dándome unos quetzales—. Tené cuidado, pero pasátela bien.

No me acuerdo que él alguna vez me haya dado pisto para ir a las maquinitas; mi familia no me deja jugar «esos juegos».

¡Es la primera vez que voy a estar con alguien que no sea El Abuelo! Yo voy a estar por mi cuenta después de que él se vaya. El Abuelo dice que tengo que estar listo, por eso practicamos mi «mexicanidad» dos veces al día bajo el almendro. Y también me da consejos:

> No le digás a nadie cuánto pisto llevas.
> No le digás a nadie dónde naciste.
> No le digás a nadie el número de teléfono de tus papás, solo si es una verdadera emergencia.
> Una «emergencia» es cuando no hay nadie conocido cerca.
> O si te separás del grupo, entonces sí hablale al adulto que esté más cerca.

Esas son las instrucciones más importantes. Hay otras más pequeñas como: Quedate cerca de Don Dago. Si no, cerca de Marcelo. Agarrales la mano siempre que crucés una calle. Comé bastante cuando podás, porque no sabés cuándo vas a volver a comer.

—Ha sido bueno eso del retraso, porque tenemos más tiempo de repasar todo —dice El Abuelo. En especial se refiere a la dirección y teléfono de mis papás. Pero esas son las primeras cosas que me aprendí de memoria. Y por si se me olvidan, Tía Mali escribió ambas cosas en el zipper de los dos pantalones que traje y adentro de cada camisa. Los escribió con números y letras pequeñitas.

—¡Vámonos, pues! —grita Jesús, y abre la puerta de metal.

—Cuidado —Don Carlos le agita su dedo índice a Jesús, y él brinca al frente de su bicitaxi.

—Subite —dice. Corro al banco de plástico, ahí donde me senté la noche que llegamos a Tecún.

Jesús empieza a pedalear y me hace la pregunta más difícil del mundo:

—Y, vos, ¿tenés novia en tu escuela?

—No —digo rápidamente, y pienso de inmediato qué estará haciendo Margarita.

—¡¿Qué?! Pero si esa es la mejor parte de estar en la escuela. Pero ¿sabes qué? La escuela no es para mí, carnal —dice, y pedalea sin sudar—. Yo nací trabajando. —Se ríe—. O sea, ¿para qué ir a la escuela si puedo hacer pisto?

Tiene razón.

—Pero solo es lo que yo pienso, ¿va'a?

Lo que dice Jesús tiene sentido. Algunos de mis compañeros de clase ya ganan pisto ayudando a sus hermanos a cortar caña en diciembre, cuando no vamos a la escuela. Otros le llevan comida a los pescadores y les pagan por eso. Abuelita Neli no me paga por ayudarle, pero la verdad es que no hago mucho. Más que todo me siento en una silla y le echo fresco a las bolsitas. Pero a mí me gusta ir a la escuela. Me hace falta estar ahí.

—Yo sé contar. No se necesita saber más en la vida que los números —dice—. Los números son pisto. Yo quiero ser el dueño de mi propia compañía de bicitaxis y de un lugar de maquinitas.

—Primero tenés que aprender a leer —le digo.

—¿Para qué? Le puedo pagar a alguien para que lea por mí.

No digo nada. Él pedalea y yo pienso en la mamá de Mi Papá, la Abuela Socorro, que tiene más de setenta años y nunca aprendió a leer, pero es bien pilas para las matemáticas. Ella tiene su puesto de comida y nadie la estafa. No la miro muy seguido. Ni siquiera me dijo adiós cuando me fui.

—¡Mirá! Hice esto yo solito —grita, señalando a las delgadas serpentinas de plástico que tiene pegadas en el pabellón de su bicitaxi.

Todos los bicitaxis tienen serpentinas de colores, pero ninguna está adornada como la de Jesús. Cada serpentina es de un color diferente y todas igual de brillantes. Son rojas, verdes, amarillas, azules. Le puso unos retrovisores morados, un alerón verde-azulado, un plástico

brillante alrededor del manubrio.

—Yo compré todas estas —dice, inflando el pecho.

Luego señalo el nombre que está escrito al frente del pabellón. De noche no pude ver el nombre. Pero por las caminatas que hacemos con El Abuelo sé que cada bicitaxi tiene un nombre.

—Re-lám-pa-go —dice él, haciendo una pausa en cada sílaba y luego agrega—: porque yo soy el que maneja más rápido. —De nuevo infla el pecho y sonríe con los labios cerrados. Antes que pueda preguntarle cómo fue que escribió las letras, él dice—: ¡Sé algunas palabras! No soy pendejo. ¡Fui a la escuela y llegué hasta cuarto!

El Abuelo solo llegó hasta sexto —le digo.

Jesús asiente y hace una mueca. Sus dientes son grandes y amarillentos, no del todo blancos.

—En esa época era todo lo que le pedían a uno para ser policía —le informo.

Jesús rebasa a otros bicitaxis y pita cada vez que puede. No le pude haber dicho lo de El Abuelo antes de esta semana. Eso, y que la Abuela Socorro y Jesús no estén yendo a la escuela me hace sentir mejor el faltar a clase.

Jesús desacelera. Escucho a El Abuelo debajo del almendro diciéndome, «No seas como yo, ¿entendés? Terminá la escuela y andá a la universidad». Me gusta ir a la escuela, pero no sé si quiero llegar al treceavo, catorceavo, quinceavo grado. ¡Ni siquiera sabía que había más grados después de la secundaria! El Abuelo me dijo que Mi Mamá fue a la universidad un tiempo, en San Salvador, pero después se le acabó el pisto. «No seás como tu mamá —dice El Abuelo—. Terminá de estudiar».

Es tarde y estudiantes caminan con sus uniformes, con sus mochilas que no son negras y yo me siento bien chivo por no andar cargando libros, de estar afuera ya y con un amigo más grande que yo. Cuando llegamos a donde las maquinitas, Jesús parquea su bicitaxi a la par de un palo de aguacate y con una cadena de metal lo amarra al tronco. El

lugar de las maquinitas está adentro de un edificio cuadrado, que parece como que no tiene una puerta principal. Entramos caminando. Hace calor y el sonido de las máquinas engorda el aire. Siento como si estuviera dentro de una tele.

Jesús corre directo a la máquina de *Street Fighter*. El Abuelo me dio unos quetzales extra. Le ofrezco un poco de pisto a Jesús para que juguemos los dos, pero él dice que no con la cabeza y saca una ficha del monedero azul brillante que tiene amarrado a su cintura, debajo de una camiseta que tiene escrito algo en inglés y que ninguno de los dos sabemos qué dice.

—*Esta* es la única ficha que voy a necesitar. Ahí ponés atención, carnal. —Jesús hace una mueca; sus dientes amarillentos se iluminan dentro de su gran boca.

Conozco este juego. El hijo de El Panadero tenía un Nintendo y este juego. También tenía *Super Mario Bros. 3* y *Duck Hunt*, el de la pistola de plástico. El hijo de El Panadero era como yo: no dejaba que nadie más jugara.

Jesús escoge a Chun-Li. Me da risa cuando la escoge. «Ahí mirás bien», dice sonriendo. Meto una ficha y escojo a Ryu. En la primera ronda logro pegarle a Chun-Li un par de veces. *Ari-o-ken. Ari-o-ken*. Vuelo horizontal y caigo muerto en el suelo luego que Jesús me agarra con una combinación que nunca había visto antes. En la segunda ronda no logro darle ni un golpe.

Me doy la vuelta y ya hay una larga fila de bichos uniformados empujándome la espalda.

—No te preocupés. Les gano rápido —dice Jesús con las manos sobre la palanca y los botones de la máquina—. Va, a ver las fichas —le grita al bicho que está hasta delante de la fila—. Si a vos te toca, entonces ponés una ficha —grita ahora más fuerte.

Me hago a un lado. Ni siquiera quiero jugar. Quiero ver si Jesús de verdad es tan bueno. Nadie se burla de Chun-Li. Los contrincantes de Jesús escogen a Ryu, Guile, Dhalsim, Akuma, Blanka. Unos hasta

escogen a Honda y Zangief, pero nadie está ni cerca de ganarle a Jesús. Después de ganarle a unos diez bichos Jesús grita:

—¡Va! ¡Última, que me tengo que ir al brete! —Jesús le gana al último bicho en dos pencazos—. Vámonos, carnal —dice y agarramos para la salida donde él hace una pausa, voltea a ver adentro y grita—: ¡Eso es todo por hoy! ¡Hasta mañana, rechas!

El sonido de las maquinitas ahoga el ruido de los niños y sus burlas y sus «vaya, hombre». Jesús le quita llave a la cadena de su bicitaxi y nos vamos.

—¿Te gustó?

Le digo que sí. Nunca he visto a un cipote tener tanta confianza. Me recuerda a Marcelo.

—¿Viste? —dice, tocando el monedero azul donde tiene todo su pisto—. Solo usé una ficha. No perdí nada de pisto. —Se ríe tan fuerte que puedo verle los dientes.

—Qué chivo.

—¿Va que sí, carnal? —Otra vez esa palabra. He escuchado a mucha, gente en el parque decir esa palabra. Suena a carne. Todos los bichos en el lugar de las maquinitas también la decían.

—¿Qué significa «carnal»?

—Es como decirle a alguien que son buenos amigos, ¿me cachás? Como hermanos de sangre. Es una palabra mexicana.

—Y, ¿por qué todos la dicen aquí?

—La mayoría de acá se creen mexicanos porque… —Jesús hace una pausa y deja que la cadena de la bicicleta haga el ruido que hace cuando deja de pedalear—. Mirá, México está ahí no más. —Señala a los palos del otro lado del río. El agua es oscura, casi café—. Pero si naciste en Tecún o manejás un bicitaxi como yo —dice Jesús, tocándose el pecho—, los guardias a veces te dejan cruzar el puente y trabajar del otro lado todo el día. Yo voy donde haya pisto.

Nos acercamos a la tienda de Don Carlos. La tienda está a pocas cuadras del río. Veo hacia donde está el puente, pero no puedo verlo,

pero sí puedo ver a México a la distancia. Jesús sabe que ya quiero cruzar. Todos queremos cruzar.

—No te ahuevés. Pronto vas a cruzar, carnal. Vos tranquilo —dice, su voz es más suave cuando empieza a sonar su pito para avisarle a Don Carlos que ya llegamos.

—Mañana es el día —dice El Abuelo, tan pronto paso por la puerta de metal; su voz es áspera—. Mañana —repite.

Sonrío y aplaudo.

Don Carlos se ríe y le puedo ver sus dientes.

—¿Por qué no van a celebrar? —dice.

—Sí, está bueno —dice El Abuelo y se levanta de su silla de plástico —. Alistate Chepito —me dice, con un tono más feliz.

Caminamos hacia el parque, donde está el puesto de Pollo Campero; no hemos comprado Pollo Campero porque es muy caro.

—Pero hoy, hay que celebrar —dice El Abuelo.

Ya casi es de noche. El Abuelo compra una pechuga de pollo, una pierna, dos muslos, seis panes y un botecito de ensalada de repollo.

Recibimos la comida y nos sentamos en el banco que está enfrente de la glorieta blanca de la plaza, donde nos hemos sentado las últimas dos semanas. Me encanta el Pollo Campero. Para ocasiones especiales, Mi Mamá le mandaba pisto a Tía Mali para que ella y yo fuéramos a San Salvador o Zacatecoluca a comprar pollo y traerlo a la casa. Me gusta la piel crujiente del pollo y su carne húmeda. Mmm. Me chupo los dedos después de cada mordida. El Abuelo también y se ríe. Me encanta su risa. Cuando se ríe pela los dientes, abre la boca, su barriga brinca de arriba abajo y cacarea, ja, ja, ja, ja, sus hombros y manzana de Adán se mueven de arriba abajo y aparecen todas las arrugas que tiene escondidas en la cara.

Cuando termina me dice:

—Tu mamá comió un vergo de pollo cuando estaba embarazada.

Eso, y mangos verdes con limón y sal. Por eso a vos te gustan bastante esas dos babosadas.

Requete-me-gustan. Sonrío con la grasa del pollo en los cachetes. El Abuelo se ríe otra vez. Su risa llena el parque. Las palomas se acercan a nosotros, esperando que se nos caiga algo de comida. No quiero, pero El Abuelo les tira un pedacito de pan y vienen más palomas. A él no le importa que estén ahí.

Terminamos de comer y él dice:

—Tenemos que llamar a tu abuelita y a tus papás.

No es de noche todavía. Cenamos más temprano que de costumbre y seguro tengo que descansar. No sé bien cuándo se supone que me voy. Don Dago no dijo nada. Solo que tuviera listas mis maletas para la mañana. Por suerte El Abuelo lavó la ropa en la mañana y la dejó secándose en el tendedero.

Vamos al teléfono que está en la esquina del parque. Primero llamamos a la casa de El Panadero, así le damos tiempo a Tía Mali y Abuelita Neli a que lleguen ahí en lo que llamamos a mis papás. El teléfono suena tres veces y entonces contestan.

—Pati, Javiercito se va mañana. ¡Al fin!

Yo los escucho hablar. Estoy parado afuera de la cabina, a la par de la gran chibola azul del teléfono público.

—Yo me regreso a La Herradura mañana. Ajá.

La chibola encima del poste de metal parece un gran frijol azul.

—Se ha portado muy bien. No te preocupés. A ver, ¿querés hablar con él? —El Abuelo me entrega el teléfono.

—Hola, hijo. Mañana El Abuelo se va y te vas a quedar solo… —Solo.

Me cruje el estómago cuando ella dice eso. Se me abren más los ojos. Veo fijamente al cordón metálico del teléfono.

—Pero Don Dago y los demás van a estar contigo. —¡Ni siquiera les he hablado!— El Abuelo le va a dar dinero a Marcelo, así que quedate cerca de él, ¿está bien?

¡¿Marcelo?! ¡Él es el que más miedo me da!

—¿Javier?

—Sí, mamá —le digo.

—No te preocupés. Todo va a salir bien y en unos días vas a estar aquí con nosotros. A ver, aquí está tu papá.

—¿Cómo estás, Super Mario? —Me gusta cuando me dice así.

—Bien —digo y le cuento que comimos Pollo Campero y que fui a jugar a las maquinitas. No le digo que tengo un poquito de miedo.

—Siempre con cuidado y portate bien. Hacele caso a Don Dago y los adultos —dicen los dos—. Te queremos y vas a llegar aquí pronto. Te están esperando tu ropa y tus juguetes. Te queremos mucho, ¿sí? —Suenan a que están muy felices.

—Yo también los quiero —les digo, y El Abuelo agarra el teléfono. Dice que tenemos que llamar a La Herradura y colgamos.

Hacemos lo mismo con Abuelita Neli y Tía Mali, quienes ya están donde El Panadero. Las extraño a ellas más que a mis papás. Pronto voy a ver a mis papás. Pero Tía Mali, Abuelita Neli, Lupe, Julia, mis juguetes, La Bonita, mi perico, mis amigos de la escuela, el gato, no voy a verlos pronto. ¿Tal vez los veré para Navidad? ¡Y para eso falta un montón! Suenan tristes cuando hablamos. Ambas escuchan y a veces hablan al mismo tiempo. Abuelita Neli no quiere despedirse. Tía Mali tampoco. Me siguen preguntando sobre la comida, el clima y de cosas que ya hablamos. Ya pasaron dos semanas. Va a pasar mucho tiempo antes de que vuelva a verlas.

—Buena suerte, estamos rezando mucho por vos —dicen las dos.

El Abuelo no le gusta que tiene que seguir echándole fichas al teléfono, entonces agarra el teléfono y les dice:

—Ya estuvo. Despídanse.

Me devuelve el teléfono para que pueda decirles adiós. «Te queremos», dicen casi al mismo tiempo y se les quiebra la voz. Sé que están llorando. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero me aguanto. Tal vez El Abuelo presiente que voy a llorar porque vuelve a agarrar el

teléfono y les dice:

—Las quiero mucho. Las veo pronto. —Y cuelga.

El Abuelo me mira y me da palmaditas en la espalda, y me doy cuenta que tampoco yo voy a verlo a él por mucho tiempo y empiezo a llorar de a de veras. Me sigue tocando la espalda mientras caminamos y me repite que «Todo va' estar bien. Vamos a estar bien».

Cuando regresamos a la tienda de Don Carlos, la luna se mira como una uña finísima en el cielo y el sol sigue ahí. La luna y el sol han estado en el cielo casi todo el día y al mismo tiempo; nunca he visto algo así. La luna: blanca y delgadita. El sol: gordo y amarillo.

El Abuelo dice que, porque la luna está afuera durante el día, entonces la noche va a ser bien oscura. Además de contarme historias que no conozco, me ha enseñado cosas como esas. «Cosas útiles», que dice aprendió cuando estuvo en el ejército y después con la policía.

Me está enseñando a encontrar la Estrella Polar. «No es la más brillante, ni la más grande», dice, pero todavía no sé cuál es. Lo que sí recuerdo es que mientras más al norte esté, las estrellas van a estar más cambiadas. No he notado la diferencia. «Todavía no», dice. Me impresiona lo mucho que sabe y me da tristeza que nunca antes vi las estrellas así con él.

Cuando cruzamos la calle le agarro la mano; esto es algo que no hacíamos en La Herradura, cuando íbamos a la escuela o a la iglesia. Siempre le tenía miedo, le tenía miedo a cómo era de cortante con Abuelita Neli o sus hijas. Le tenía miedo a su voz profunda y casi ruda, pero acá he escuchado otros tonos. Lo he visto reír mucho. Es más paciente de lo que pensaba.

Mi cosa favorita que él me ha enseñado, la que más he practicado, es cómo saber cuánto tiempo queda antes de que el sol se oculte. Siempre tengo un reloj puesto, un reloj negro de plástico marca Casio que Tía Mali me compró semanas antes de El Viaje. Pero por si lo pierdo El Abuelo me enseñó a ver qué horas son con mi mano. Primero tengo que estirar la mano izquierda hacia adelante. Luego,

como formando una bandera, muevo mis dedos hacia la derecha. Alineo mi dedo índice con la panza del sol. Cada dedo que cabe entre el sol y el horizonte son quince minutos para el atardecer. Cuatro dedos son una hora.

Es lo que hago ahora mismo, de camino a la tienda de Don Carlos: falta una media hora para que se esconda el sol. El Abuelo me ve con la mano estirada. Me sonríe y me da una palmadita en la espalda. «Ya aprendiste», dice, y su voz es suave. Quiero a El Abuelo como quiero a Abuelita Neli. No sabía que lo quería tanto. No sabía que él me quería a mí. Ha sido bien paciente conmigo, como Tía Mali. Voy a extrañarlo. Voy a extrañar a mi Abuelito Chepe.

20 - 4 - 99

Don Dago nos trae el desayuno como siempre, solo que todos tienen su mochila a la par. Don Dago le pide a la gente, que se está quedando en el motel, que le den las llaves y que esperen en la tienda de Don Carlos hasta que salga el bus, a las 11, y después sale de la tienda.

El grupo está dividido en los grupos usuales. Chele-Marcelo, Patricia-El Chino-Carla, Marta está al lado de Don Dago, y Abuelito Chepe y yo. Veo a Abuelito Chepe llevar a Marcelo bajo el almendro para hablar con él. Don Carlos está afuera, enfrente de la tienda. Ya nos vamos. De verdad ya nos vamos. Abuelito Chepe metió el mapa de México en mi mochila, se asegura que tengo todo lo que necesito y me da su pañuelo y una pasta y cepillo de dientes extras. «Por si acaso».

Me siento a la par de Abuelito Chepe a esperar. Los hombres fuman en el jardín de atrás; El Chino está cerquita de Marcelo y Chele. Las mujeres están del otro lado de la mesa, hablando cerca de donde estamos Abuelito Chepe y yo. Patricia le cuenta a Marta dónde compró su pintalabios. Somos como zancudos volando por ahí, esperando a que venga Don Dago a llevarnos.

Don Dago abre la puerta de metal y esta rechina. Escuchamos a un montón de bicitaxis y yo escucho el pito de Jesús. Apilamos las sillas de plástico, una sobre otra, y las dejamos en una esquina del cuarto, como hacíamos siempre después de comer. Don Carlos nos desea buena suerte. Él voltea a verme, su aliento fuertísimo, y se arrodilla; tiene la camisa desabotonada, su enorme panza le cuelga aún más.

—Buena suerte, patojo. Vos vas a llegar bien —dice susurrando—. Sé que vas a llegar bien. ¿Vos sabés que vas a llegar bien?

—Sí —le digo, aguantando la respiración.

Él sonríe, se levanta y le da la mano a Abuelito Chepe, diciéndole algo que no entiendo. Entonces Don Carlos se despide y salimos a la calle.

—¡Al fin! —grita El Chino.

Patricia le hace shsss. Marcelo le dice que se calle, dándole un sopapo en la espalda.

—¡¿Qué tiene?!

—Tranquilo —dice Marcelo.

Jesús nos espera a la par de Relámpago.

—Vámonos pues, carnal —dice, tocando el banco de su bicitaxi.

Abuelito Chepe y yo nos subimos.

—Te dije que pronto ibas a cruzar —me dice Jesús.

Volteo a verlo mientras me siento en el banco. Él empieza a pedalear y su pelo se mueve como una de sus serpentinas. Vamos rápido de camino a la frontera del pueblo, donde está el lugar de las maquinitas, pero no por la terminal donde llegamos la primera noche. Veo platanales en ambos lados del camino. Llegamos y Jesús se estaciona. Abuelito Chepe le dice a Jesús que lo espere y Jesús le dice que está bueno.

—Bueno, carnal, buena suerte —me dice Jesús, tan pronto me bajo de Relámpago. Él se baja de su asiento y me da un choque de puños.

Todos se bajan de sus bicitaxis y los vehículos se dan la vuelta y se van. No hay nadie más acá esperando el bus, un bus chiquitito como

los que tenemos en La Herradura. Hacemos una fila. Don Dago camina al frente y les dice: «Súbanse», a cada uno de nosotros.

Todos suben las gradas del bus. Marta se sube primero, después Patricia-Carla-El Chino, después Chele y Marcelo de último. Yo me quedo a la par de Abuelito Chepe, por la parte de atrás del bus. Él me ha enseñado tanto. Me ha enseñado cosas del cielo. Cosas de mi familia. De mapas. Ya casi aprendí a amarrarme los zapatos como se debe. Y ya puedo hacer pupú y echarle agua al inodoro, y ya casi no me da miedo. Él ha estado todos los días al otro lado de la puerta. Todos ya están en el bus, menos Don Dago, que nos está esperando con un pie en el suelo y el otro en la primera grada del bus.

Yo veo a Abuelito Chepe, quien me tiene agarrado de la mano. Su cara cambia. Tiene una expresión que no había visto antes, ni siquiera cuando se ponía bolo y bien bravo, ni la vez que, llorando, le juró a Mi Mamá que no iba volver a chupar; ni siquiera cuando persiguió a Tía Lupe con un machete porque quedó embarazada con mi prima Julia en el vientre. Durante todo este tiempo nunca he visto su cara así: apretada y arrugada, como una bolsa de agua vacía, y tensa, con las venas bien marcadas, con la piel rosada, pero también con una leve sonrisa; es como que si todo lo que sintió esas veces, con Mi Mamá y Tía Lupe, ahora lo tiene clavado en la cara.

—Va. Ya —dice con su vos rasposa y apunto de quebrarse.

Sonríe como aquella vez en la iglesia, cuando se arrodilló y rezó a la par mía. Abuelito Chepe se va a quedar y yo voy a subir esas escaleras ruidosas. Sale humo negro del escape que está a la par de la llanta de repuesto.

Estamos a la par del camino, hay matas de pichón en ambos lados, resbalan gotas de sus hojas y caen al suelo. Llovió temprano en la mañana, pero estas gotas no se han evaporado. Los ojos de Abuelito Chepe hacen lo mismo: intentan soportar las lágrimas que están a punto de caer. Me acostumbré a dormir a la par de Abuelito Chepe. No es Tía Mali, pero intentó serlo.

—Bueno, hasta aquí llego yo, Chepito. Te quiero mucho, cuidate. Que Dios te cuide hasta que llegués allá.

Me dibuja una cruz en el cuerpo como hacen las monjas y los padres. Lo hace igual que Abuelita Neli y Tía Mali el día que las dejé en La Herradura. Me doy cuenta que Abuelito Chepe *sí* es religioso. Que él no solo iba a la iglesia conmigo porque alguien tenía que acompañarme.

—Recordate: confiá en Marcelo. Es de nuestro pueblo y nos conoce. Hacele caso.

No sé qué decirle o hacia dónde ver. Tiene la cara roja. El cielo detrás de él no sabe si quiere llover otra vez o no. Hay nubes grises a la par de pequeños parches de cielo azul.

—Andate —dice Abuelito Chepe, secándose los ojos. No vi ni una sola lágrima, pero él quiere llorar. Yo quiero llorar. Realmente está pasando. De verdad me voy.

—Entra. —Don Dago empuja el aire espeso con sus manos—. Entra —dice otra vez, dándole palmaditas a sus bluyines.

—Entrá, Chepito, te quiero mucho —dice Abuelito Chepe, su mano otra vez en mi hombro.

Me empuja hacia adelante y me da un golpecito para seguir caminando hacia Don Dago. Luego me agarra la mano, la aprieta más duro que de costumbre, pero no me molesta. Cada paso es tan largo y eso que no han de ser más de diez.

Don Dago tiene ambos pies en el suelo, se hace a un lado, para darnos lugar.

—Vas a llegar allá a salvo. Ahí les decís a tus papás que les mando saludos —dice Abuelito Chepe—. Un cadejo te anda cuidando —dice, suavemente—, siempre recordate de eso.

Me doy la vuelta en las gradas y le doy un abrazo.

—Lo quiero mucho —le digo por primera vez.

Estoy más arriba. Es como si fuera más alto. Más viejo. Abuelito Chepe me abraza de vuelta. Se siente calientito. Sus dedos me

aprietan, los míos aprietan su espalda. Nunca había abrazado así a Abuelito Chepe.

—Te quiero mucho —dice otra vez, casi susurrando.

Me da mi mochila negra. La sostengo en mis manos. Abuelito Chepe tiene la cara bien roja. Sus venas parecen puros gusanos. Me da palmaditas otra vez y subo más gradas. Volteo a verlo y le está diciendo algo a Don Dago. Se dan la mano. Don Dago entra al bus y el chofer cierra la puerta del bus.

El bus está vacío. Adentro solo estamos nosotros y algunos vendedores. Todos me están viendo. La puerta de atrás tiene una ventana. Corro hacia ella. Conforme el bus empieza a moverse veo a Abuelito Chepe a través de una nube de humo negra, diciéndome adiós; está de pie en medio del seco y mojado camino, y atrás de él está Jesús, sentado en su bicitaxi. Lo verde de los platanales hacen que la camisa blanca de Abuelito Chepe se mire aún más blanca. La nube sin lluvia más brillante en el cielo. Su panza gorda y redonda, como una chibola. Sus manos despidiéndose de mí. Mi cara en contra del vidrio de la ventana de atrás. Me enfoco en la mano de Abuelito Chepe, en su mano color trigo despidiéndose de mí. Conforme el bus avanza Abuelito Chepe se hace cada vez más y más pequeño. Se convierte en una nube. Una chibola. Una mano. Una uña. Un punto blanco.

Respiro.

Adiós, digo suavecito. Veo la calle que aparece corriendo debajo de mis pies. Me quedo ahí parado no sé por cuánto tiempo, esperando volver a ver el punto blanco que es Abuelito Chepe hasta que siento la mano de Don Dago en mi hombro.

No dice nada. De alguna forma me jala sin jalarme. Las llantas rebotan en cada bache. Me siento a la par de Don Dago. Veo los platanales verdes, todas esas hojas verdes en ambos lados del camino. No quiero que nadie me vea llorar. Quiero que se aparezca mi cadejo. Me cambio de lugar. Me siento del otro lado del pasillo, viendo hacia

afuera. Al montón de platanales. De vez en cuando veo a alguien cortándole las hojas, cortando pencas de guineo verde. Pero eso no es lo que quiero ver. Busco dos puntos rojos. Dos puntos rojos que «queman puro carbón», como dijo Abuelito Chepe.

3

Ocós, Guatemala
27 de abril, 1999

Después de la cena Don Dago pasa a todos los cuartos. A cada uno nos da botellas de agua y golosinas para que metamos en nuestras mochilas, que están ya listas, y las comamos durante el posible viaje de mañana. Ya deberíamos de habernos ido. Gracias a la dueña del motel, nuestra ropa está limpia y seca, porque a pesar que nadie habló con ella y ninguno sabe cómo se llama, ella lavó nuestra ropa hoy en la mañana. Son las 10.30 p.m. Llevamos una semana en Ocós, un pequeño pueblo pesquero. En La Herradura escuchaba las olas del mar chocando contra las rocas solo cuando había grandes tormentas. El agua del estero debajo del muelle era tranquila, suave y rodeada de manglares. Para ir al mar tenía que atravesar los manglares; era un viaje de media hora. Aquí uno puede ir al mar caminando. El rugir de la marea está a unas cuadras de distancia. La arena, la brisa, la sal en el aire me recuerdan a mi casa.

Aquí, como en Tecún, de noche veo el cielo, esperando a que algo caiga en mi cama, una cucaracha en mi boca, una araña en mi ojo, un alacrán en mis pies. Acá no hay mosquitero para la cama, como el que tengo en mi casa. Abuelito Chepe no está aquí para hablar conmigo antes de dormir, o para ir a caminar y explorar el pueblo, y por eso me siento solo, solitario, bien solo, solito, solito de verdad.

Los adultos realmente no me hablan. Lo más que dicen son «buenos días», o «buenas noches», «pasá la comida», «despertate». Y yo soy muy tímido para hablarles, entonces me la paso solo y evito topármelos. Cuando los adultos hablan yo me miro las manos. Las

junto y juego con mis pulgares. No sé qué decir. A quién acercarme. Marcelo no me pone atención. Lo único que hace es fumar y chupar. Me gusta la arena mojada. Puro lodo. Como la masa de maíz que usa Abuelita Neli para hacer pupusas, la masa que rompe con sus dedos, con la que hace bultos, clap, clap, clap.

Duermo en un cuarto con Patricia y Carla. Nuestro cuarto es chiquito. Dejamos el ventilador encendido todo el día y toda la noche para refrescarnos y ahuyentar a los zancudos. Mi cama está enfrente de la de ellas. Casi puedo tocar su cama que está a la par de la ventana. Las cejas de Patricia y Carla se juntan cuando hago cualquier cosa. No quiero molestar a nadie. Es por eso que solo me la he pasado en el cuarto, intentando dormir, mirando el mapa y aprendiendo cosas. Quiero que Abuelito Chepe esté aquí. Miro cómo Patricia se asegura que Carla coma toda la comida que le dan. Cómo la arrulla de noche. Cómo besa su frente antes de dormir. En la mañana ella peina el pelo colocho de su hija, le hace trenzas o una cola de caballo, y pone su ropa en la cama. Abuelito Chepe me dijo que me quedara cerca de Marcelo, pero cuando trato de hablarle me dice que no lo joda. Solo habla conmigo cuando me manda a comprarle su paquete diario de Marlboros.

Es raro estar en un cuarto con una mujer que no es Tía Mali o Mi Mamá. No me siento cómodo. Además, creo que me gusta Carla. Me preocupa que un día se me salga un pedo o que ronque, o haga algo más penoso. No quiero que ella o Patricia me miren desnudo, entonces cuando me baño me llevo toda mi ropa a la ducha que está a la par del último cuarto de este lado del motel.

Adentro hay un chorro que deja caer agua, pura lluvia, sobre el piso de cemento. Para taparme solo hay una cortina. Hay un pozo motorizado que llena una enorme tina de plástico que está detrás de la regadera. Me baño cuando nadie más se baña. Igual cuando hago pupú; voy cuando no hay nadie. Sin Abuelito Chepe me ha costado no tener miedo de que me trague el inodoro y me escupa en el mar.

Casi no hablo. Patricia ve cómo estoy cada vez que puede, pero se tiene que preocupar por su hija primero. Yo trato de hacerlo todo bien. Me lavo las manos, me baño por mi cuenta, no pido ayuda, me como todo lo que me dan, me limpio, hago la cama y no molesto a nadie. No quiero que nadie piense que soy un niño chiquito.

El día que llegamos, Don Dago nos dijo el «nuevo plan». «Vamos a cruzar a México en lanchas. Ya no vamos a ir a Tapachula o Chiapas». Abuelito Chepe no sabe, pero me tocó redibujar la línea azul que él dibujó en el mapa, la llevo sobre el Océano Pacífico hasta llegar a Oaxaca. Nadie de mi familia sabe esto. Ellos piensan que vamos a agarrar un bus y cruzar el río en una balsa.

Todos los adultos aquí también pensaban eso y es la razón por la que después que Don Dago nos dijo el nuevo plan Marcelo empezó a gritar y le dio un manotazo a la mesa de plástico donde comemos. Si hubiera tenido algo en las manos se lo hubiera aventado en la cara. El Chino le gritó a Don Dago y me dio miedo. No sabía que El Chino se podía enojar. Chele y Marta se quedaron callados. Patricia también le gritó a Don Dago. Cuando se enojan, la piel de todos se pone más oscura, menos la de Chele que se le pone roja, puro camarón.

La segunda noche, Don Dago les trajo a los hombres una caja de Negra Modelo, su cerveza favorita. Don Dago apenas se tomaba una cerveza con ellos, y los hombres empezaron a preguntarle que cuándo nos vamos y todos empezaron a gritarle a Don Dago otra vez. Él agarraba su Negra Modelo y solo los escuchaba, quitándole trocitos del papel dorado que cubre el cuello de la botella. Cuando los hombres se terminaron las Negra Modelos salieron a comprar cervezas más baratas. Gallo y Sol. Chele tuvo que evitar que El Chino y Marcelo se pelearan por sus tatuajes. A uno no le gusta los tatuajes del otro, o algo así. Me dio miedo que Marcelo matara a El Chino. Bien podría, pero Marcelo estaba tan bolo que ni pudo darle ni un solo sopapo.

Casi todos los días, después de la cena, los adultos discuten con Don Dago. Yo solo escucho y trato de esconderme pura sombra. Marcelo

siempre es el primero en gritar. Es el que grita más fuerte y es el más bolo. Chele siempre amenaza con regresarse a El Salvador y quiere que Don Dago le regrese el pisto que ya pagó. Una noche El Chino le tiró una botella a los pies de Don Dago e intentó agarrarlo. Don Dago se quedó sentado en su silla de plástico. Es fácil para los otros hombres agarrar a El Chino. Es muy pechito.

Todo esto me da miedo. Es como cuando Abuelito Chepe chupaba, antes de que se fuera Mi Mamá. Cuando rompió la puerta de la cocina. Cuando agarró su pistola y disparó al aire. Cuando Mi Mamá le tiró la batidora a los pies de Abuelito Chepe y se quebró. Al día siguiente me mantengo lejos de los hombres. Yo sé que Abuelito Chepe me dijo que me quedara cerca de Marcelo. Pero es el que me da más miedo, se la pasa chupando, fumando, alegando.

Ayer, los hombres volvieron a pelear con Don Dago. Después de la cena Don Dago se levantó de la mesa y casi susurrando nos dice, «Duerman. Descansen. Se van en dos días». Nos dio más detalles, y nosotros solo le decimos que sí hasta que dijo que él no va a viajar con nosotros. Que es mejor si él no se sube a los botes. Que es ciudadano mexicano y que se va a adelantar para asegurarse que estemos bien conectados, que nada salga mal como en Tecún, o como acá en Ocós.

—No quiero más retrasos —nos dijo, y salió camino a su cuarto con Marta.

Los adultos dicen que algo pasa entre ellos dos, algo «de antes». Hace unas noches escuché a Patricia gritarle a Marta, le decía que los retrasos eran su culpa.

Patricia nos llevó a mí y a Carla lejos de la mesa. Como un tren saliendo rápido de la estación, nos trajo a nuestro cuarto y nos dijo que nos quedáramos aquí, y rápido salió de la habitación otra vez. Carla y yo pegamos las orejas a la puerta. Escuchamos a Marcelo ladrando, puro chucho rabioso. «N'hombre, ya son puras babosadas, viejo», y todos le siguieron: «no joda», «puta, viejo», «chorcha, cerote», «hijuesesentamilputas». Después de una larga hora al fin todos se

calmaron.

—Va, ya, bichos. Báñense y a dormir —nos dijo Patricia, cuando regresó al cuarto más tranquila, haciendo como que si no había pasado nada. No le preguntamos qué sucedió. Agarré mi ropa y me bañé antes que todos los demás.

Todavía hoy en la cena, nadie había recogido los chingastes de vidrio que están en el suelo o las cabuyas que dejaron en el piso. Espero que sea verdad que mañana nos vamos a ir. Es nuestra séptima noche aquí y nadie está afuera chupando o fumando. Don Dago nos dijo a todos que nos durmiéramos temprano, que descansáramos porque nos vamos de madrugada. Son las 10.35 p.m.

Nadie le alega a nadie. Le pido a Dios que todo salga bien, pero tengo miedo. Me bañé, pero ya estoy sudando porque Don Dago nos dijo que nos acostáramos con la ropa puesta. «Con ropa oscura», dijo. Yo me puse mis bluyines oscuros, mi camiseta negra, mi cincho, mis zapatos negros y llevo el pañuelo de Abuelito Chepe.

Escucho a Patricia y Carla hablar hasta que se van a dormir. Patricia no está roncando y por eso sé que no se ha dormido. Ella siempre ronca. A veces hace ruidos chistosos cuando está dormida, pero ahorita está bien callada. Carla nunca ronca. No sé cuándo está despierta, pero no la escucho hablarle a su mamá. Las paredes de este cuarto y todo el motel están hechas de ladrillos que uno puede tocar y son bien ásperos. Entre ellas y yo hay piso de cemento que siempre está frío, pero nunca tanto como en las mañanas. Hay un ventilador a la par de la cama y es lo único que hace ruido ahorita. Trato de respirar más despacio para coincidir cada vez que la cabeza del ventilador hace clic. Llega a un lado de la habitación. Clic. Luego se va para el otro lado. Clic. Me gusta poner los pies contra la pared como lo hacía con Tía Mali, pero ahorita no lo hago. Estoy adentro de las sábanas e intento quedarme quieto, porque sé que Patricia está despierta y no quiero que me pregunte qué estoy pensando. ¿Qué estará pensando ella? ¿Estará preocupada como yo?

Cada cama tiene una sola almohada. Patricia y Carla comparten la suya. Nunca me han gustado las almohadas, pero no les dije esto a ellas porque me gusta abrazar mi almohada. Duermo boca abajo y hago como que Mi Mamá es la almohada, o Tía Mali. Hay un foco en el techo. Un cajón de plástico pequeño y un calendario encima del cajón. A Patricia le gusta tachar los días con un lapicero. A la par de su cama hay una pequeña mesa de plástico donde cada noche ella deja sus aretes de argolla. Carla tiene arillos pequeñitos, puras tachuelas, y nunca se los quita. A la par de la puerta, justo enfrente de mi cama, hay unos ganchos donde duermen nuestras mochilas. Ya las empacamos y están listas para que las agarremos y ya, para fuera.

Hace unos días, cuando los hombres salieron a fumar al atardecer, Marcelo dijo que escuchó rumores de que las lanchas se están volteando. Los de por acá le dijeron que más de sesenta personas se murieron ahogadas el fin de semana antes de que llegáramos a Ocós. La misma ruta. El mismo tipo de barco al que nos vamos a subir mañana. Marcelo dijo que por eso no salimos de una vez. Los adultos le preguntaron a Don Dago si era cierto, pero él les dijo que eran mentiras, pajas, chambre, porquería. Que la policía de Guatemala andaba soltando rumores. Que les paga a la gente de por acá para asustar a gente como nosotros, para atemorizar a los «migrantes», como nos llama la gente de acá. Es una palabra que cuesta decir. De «gran» a «tes» hay como una montaña que a mi lengua le cuesta escalar. Es una palabra que cae como agua salada en mi garganta. «Ustedes los migrantes son así», «esos migrantes son asá», migrantes, migrantes.

Don Dago nos dice que no les creamos a «esos indios». Otra vez esa palabra que usa Abuelito Chepe. Una palabra dura. Don Dago dice que él sabe lo que está haciendo, que le pagamos, que ha hecho este viaje un montón de veces.

La gente de por acá dijo que de plano el mar se puso bravo. Que fue culpa de los coyotes. Que hubo una tormenta. Pero ahora ya mero es

mañana y no me puedo dormir. Espero que Don Dago sepa lo que está haciendo. No quiero que nos pase lo mismo que le ocurrió a esa gente. Yo no sé nadar. Y eso que soy de la costa y Mi Papá es pescador, igual no sé nadar. Siempre le he tenido miedo a las aguas oscuras de mi pueblo. Le tengo miedo a los tiburones.

Me enfoco en la cabeza del ventilador haciendo clic y pienso en mi cadejo. Trato de escucharlo por las noches. Pero nada. No escucho ningún silbato. No hay ojos rojos que queman, puro carbón. Cadejo, Cadejito, protegeme, ¿sí?, hablo quedito en la cama.

28 - 4 - 99

Escuchamos a alguien tocar la puerta. «¡Levántense, levántense, levántense!». Don Dago trata de gritar, pero su voz suena débil y la cubre los golpes en la puerta. Luego otra vez, noc, noc, noc y dice lo mismo, pero es en la puerta de a la par, donde están los hombres.

Me quito los pizques de los ojos. No recuerdo qué soñé, pero siento como si no hubiera dormido nada. Me duele el cuello como si una bola de hilo me apretara el pescuezo. Patricia se levanta bien rápido. Puedo ver su sombra, su torso sobre la cama, sus piernas rectas.

—Ya, bichos, ¡despiértense! ¡Despiértense! —nos grita.

Carla empuja las sábanas arrugadas en el espacio que queda debajo de la espalda de su mamá. Patricia enciende la luz sin avisar. Me duelen los ojos. Patricia le quita las sábanas a su hija.

—¡Mami!

—Apurate. Despertate, Carla —dice Patricia, no muy fuerte, pero con voz aguda.

Mi reloj dice que son las 4.25 a.m. Ya estamos vestidos, pero Patricia y Carla no se durmieron con los zapatos puestos.

—¡Apurate! —Patricia sacude a Carla.

Mis zapatos son negros, pero no tienen cintas, son de velcro. Tengo

mis botas en la mochila, por si estos se arruinan. No sé bien cómo amarrarme los zapatos. Solo le hago nudos que luego no puedo desamarrar. Abuelito Chepe intentó enseñarme cuando estábamos en Tecún, pero no aprendí bien.

Murciélagos vuelan sobre nuestras cabezas. Se nos olvidó apagar la luz del cuarto. Nuestro foco ilumina el patio del motel. Las sombras de los hombres flotan por ahí y tienen puntitos rojos en sus bocas y nubes de humo sobre la cabeza. Todos tienen sus mochilas puestas y su ropa oscura. Puedo ver los botes de basura llenos de todas las botellas de cerveza, que los hombres se tomaron esta semana.

—Vamos, vamos, vamos —dice Don Dago, caminando enfrente de todos y con una cachucha de béisbol para atrás.

No vamos para la calle. Caminamos por la parte de atrás del motel, hacia un arroyo que no había visto que estaba ahí. Hay tantos árboles y monte que me da miedo.

—Ahí —dice Don Dago, y señala a una luz que viene del arroyo.

Caminamos rápido hacia la luz, debajo de cocoteros y manglares, y a la par de las orillas del arroyo. Los grillos cantan y nuestros pies machacan las hojas que están en el suelo. Las botellas que Don Dago nos dio chapotean en nuestras mochilas. Los hombres llevan grandes botellas de agua amarradas a sus hombros. El Chino lleva dos. Patricia también lleva dos. Una es para mí.

Don Dago lleva una linterna y los zancudos, jejenes y papalotas la rodean. El olor a cigarro no es tan fuerte como el de las aguas turbias mezcladas con pescados muertos. El color del cielo es de un azul muy oscuro. El sol no está sobre los volcanes. El aire que respiramos, como lo ha sido toda la semana, está lleno de sal. Las bolsas de golosinas crujen dentro de las mochilas.

—No va a haber comida —nos dijo Don Dago anoche, y a cada uno nos dio tres bolsas de golosinas—. Si quieren más, vayan a comprarlas que la tienda está abierta.

No sé si Patricia compró más. Yo no compré más. El pisto que me

dejó Abuelito Chepe lo tengo escondido en mi ropa. Caminamos hacia la luz que viene de una lancha. Es una lancha como las que tenemos en La Herradura. De seis metros de largo y sin techo, puro plátano sin carne, partido a la mitad. Es de las mismas lanchas que usan los pescadores para cazar tiburones. Una lancha tiburonera.

La gente se sienta a lo largo de la lancha, cerca de los bordes, en bancos de madera largos que parecen sacados de un estadio de futbol. En medio hay una gruesa tabla de madera y otra igual al frente, y otra atrás, donde están unos cuchumbos de plástico enfrente de dos motores grandes. La piel de Chele brilla como un trozo de papel cuando alguien dentro de la lancha lo alumbra con su lámpara.

—Buenos días, don —dice un hombre parado. Suena a que es mexicano. Habla como Jesús, pero su acento es más marcado. Habla como desde la garganta. Canta las palabras, pero no como nosotros; diferente.

Hay otro hombre parado a la par de él, pero no dice nada.

—Buenas —responde Don Dago, moviendo su linterna de arriba abajo, como asintiendo, como si la linterna fuera su cabeza.

—Pásenle, pásenle, siéntense donde quieran —nos dice el hombre con la lámpara. No puedo ver su cara, pero sé que tiene una gorra, pero no una cachucha de béisbol, sino de esas que le rodean la cabeza a uno y que dan sombra de cualquier lado. El hombre habla con quienes ya están sentados—. Háganse para allá. Muévanse. Muévanse.

Don Dago dice lo mismo. «Siéntense. Hay lugar», nos dice mientras alumbra las tablas de madera que forman un puente entre la orilla y la lancha. La gente se hace a un lado para que el resto pueda entrar. Nos sentamos y vemos que Don Dago está en la orilla hablándole a los hombres que están hasta atrás, cerca de los motores. Marta no está aquí. Ni siquiera se despidió de nosotros. Nadie ha dicho nada sobre ella. Tal vez por eso estaban alegando los adultos anoche.

Todos apagan sus luces. Nos sentamos en medio de la lancha. Patricia, Carla y yo de un lado. Marcelo, Chele y El Chino del otro

lado; ellos encienden sus cigarros y veo puntitos rojos. Los zancudos nos pican los brazos y los hombres soplan el humo hacia acá.

—Bueno —dice Don Dago, y da un paso atrás—. Que Dios los acompañe. —Otro paso atrás—. Los veo en México.

Le da un golpecito a la lancha y los hombres agarran dos remos y nos empujan lejos de la orilla y hacia el arroyo ancho.

—Hey, vos —dice Chele, tocando a El Chino—. ¿Será que estos nos van a dar más agua?

Casi puedo verle a Chele los granos y ese salpullido rojo, que le apareció en el cuello a principios de la semana. Él lleva puesta una camisa de manga larga que le llega hasta las muñecas, pero nunca se abotona los botones hasta arriba, y por ahí se le asoma un centro blanco.

El Chino voltea a verlo y le dice:

—Maje, ¿por qué preguntás puras babosadas?

Chele le da un golpe suavecito en el hombro y El Chino dice:

—¡No! Pendejo.

Patricia se ríe. No hay luz, pero la ropa que lleva la gente se mira más brillante, como la camisa de Chele. Otros llevan calcetines blancos. Mi reloj también brilla. Las camisas de algunas personas tienen líneas blancas y parecen luces de Navidad.

Me ha ido bien con eso de no molestar a los adultos. Siempre les hago caso, como me dijeron Abuelito Chepe, Tía Mali y mis papás. Pero a alguien le tengo que preguntar. Pienso en cómo hacerlo y cómo hacerlo rapidito. Le jalo la camisa a Patricia.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Creo que entre dieciséis y dieciocho horas —me contesta.

¡Es un viaje mucho más largo del que hicimos de San Salvador a Tecún! No quiero estar en el mar tanto tiempo. Les da chance a los tiburones de aparecer. A una tormenta. Una gran ola.

—No te preocupés —me dice, tocándome los hombros. Tengo miedo de los tiburones, a las anacondas, los icebergs, lagartos, lo que

sea que nade. Vuelvo a pensar todo lo que pensé anoche—. Estos tipos son buenos, vas a ver. Vamos a llegar bien a México —agrega Patricia.

—Sí, vos —dice El Chino, del otro lado de la lancha.

Cadejo, Cadejito, protegeme por favor, digo sin levantar la voz, para que nadie me escuche. El Chino, Chele y Marcelo se dicen algo. Veo la lancha de arriba abajo. Como que todos tienen miedo. Yo tengo miedo. El agua se mira negra. Los manglares y los palos de coco en las orillas hacen un túnel. La corriente nos empuja hacia el mar. Escucho las olas tronar.

Los hombres mexicanos todavía no encienden los motores. Levantan despacio el remo y lo vuelven a empujar en el agua, tratando de no hacer ruido. Nos sentamos. Patricia abraza a su hija Carla. Marcelo, El Chino y Chele terminan de fumar sus cigarros y, uno a uno, los avientan al mar. Me calma el sonido del remo entrando al agua, es como si el agua respirara.

Éramos nueve antes que Abuelito Chepe se fuera. En Ocós éramos ocho. Ahora Marta y Don Dago se fueron y quedamos seis. Los Seis, así le pongo de nombre al grupo. Somos como los *Power Rangers*, *Sailor Moon*, o los niños con los anillos que llaman al Capitán Planeta. Somos un equipo. Nuestra misión: llegar a La USA.

Nos sentamos juntos, Los Seis, rodeados de veinte o veinticinco extraños que no hablan con nosotros. Todavía está muy oscuro; mi reloj dice que son las 5 a.m. El sol no está sobre las montañas, ni siquiera se asoma entre los manglares y los palos de coco que cubren el arroyo. El cielo que está detrás de los hombres que están atrás, donde los motores, se pone más y más claro. Espero que cuando termine el día estemos en México, el único país que queda entre mis papás y yo.

Todos los extraños están bien apretujados. Hombro con hombro, rodilla con rodilla, con la persona que tienen a la par. Todos tienen

sus mochilas sobre sus piernas y las abrazan. Casi todos son hombres y tienen más o menos la misma edad que Chele, Marcelo y El Chino. Hay una excepción: los adolescentes, los que no tienen barba. También hay unos hombres que parecen tener más de cincuenta años, que tienen como la misma edad de Don Dago o Abuelito Chepe. Hay cuatro mujeres, contando a Patricia. Y dos niños, más chicos que todos los demás y con el pecho plano como Carla y yo. Nadie habla.

Lo que nos separa de los pilotos, que están hasta atrás de la lancha son seis cuchumbos de gasolina. Cada cuchumbo es de mi altura. Estoy lejos de los cuchumbos, pero puedo oler la gasolina. Huele casi a pintura, a pega, como a esos resaltadores apestosos. Al principio me gusta el olor, pero de ahí ya no. Detrás de los cuchumbos hay dos de los motores más grandes que he visto en mi vida. Le llegan a la cintura a los hombres quienes son los únicos que están parados.

También son los únicos mexicanos. Cuando uno habló con Don Dago pensé que eran mexicanos, pero lo confirmé después, cuando los escuché hablando entre sí. No hablan como nosotros, y dicen «carnal» a cada rato. No han hablado con nosotros todavía. Conforme reman, ven a la orilla, y el arroyo se vuelve más ancho y las olas del mar truenan cada vez más duro. Cerca del motel sus remos tocaban lodo. Ahora tocan agua.

Intento encontrar a la luna, pero no la veo. Quiero encontrar algo grande para ver. Se supone que en dos días va a haber luna llena. El calendario que estaba en nuestro cuarto tenía lunitas rojas a la par de números negros. Pero no hay nada allá arriba. Está todo bien nublado. Espero que no llueva. No dejo de pensar en lo que la gente le dijo a Marcelo. Todo va’ estar bien.

Ya hay calor y eso que hay una ligera brisa que lleva sal a mi nariz, a mi lengua, a mis cachetes. Las olas cada vez son más empinadas. Avanzamos suavecito, como cuando salimos del motel. Estamos cerca de un delta. Me recuerda a la vez que agarré una lancha de mi pueblo al mar, y la parte que más miedo me dio fue cuando pasamos por las

olas empinadas. Los mexicanos no reman. Uno de ellos, el que tiene la gorra redonda, camina por la lancha hacia donde estamos Carla y yo. Cuando se inclina puedo ver que tiene canas en la barba. Está viejo. Un par de lentes de sol le cuelgan del cuello, los tiene amarrados con una cinta de zapato y cuando se inclina casi me golpean en la frente.

—Plebe —dice. Su voz, su forma de hablar es diferente. Tiene el acento más pronunciado que el de Don Dago. Habla como la gente que sale en las películas mexicanas pero las más viejas, las películas rancheras donde sale Chente—. Tengan —dice suavecito.

Su voz me recuerda a la de Abuelito Chepe. Es dura. Directa. Abre su puño y dos pastillitas blancas brillan en la luz azul de la madrugada, como un par de ojos que me ven a mí y a Carla.

—Para las náuseas —dice, extendiendo su mano hacia nosotros.

Carla agarra la primera pastillita. Luego el hombre acerca su mano a mí y yo agarro la otra. Nos da agua de una botella que tiene amarrada a su cincho. Antes de tomarse la pastilla Carla voltea a ver a Patricia y ella asiente su cabeza. Yo volteo a ver a Patricia y ella vuelve a asentir.

La pastillita me deja un sabor amargo en la boca. No siento nada. El hombre no dice nada, pero sonríe; tiene los dientes chuecos y los de arriba están bien separados. El hombre también le da una pastillita a Patricia. Mientras se la traga, el hombre camina al frente de la lancha donde hay más mujeres y niños. Vemos cuando se toman las pastillas. Camina a la mitad de la lancha, cerca de nosotros y empieza a hablar.

—¡Escuchen! —Su voz rebasa el sonido de las olas y atraviesa la brisa salada—. Hay algunas reglas. —Todos voltean a verlo—. Después de prender el motor ya no vamos a parar. Cuando se haga de noche vamos a parar un rato, para que puedan descansar. Así que, si tienen que mear, háganlo de una vez. —El hombre habla despacito. Escuchamos cada palabra que dice—. Si tienen que cagar —hace una pausa y mira a la gente—, háganlo ahorita porque ya no vamos a parar. —Se queda ahí no más, esperando a ver si le hacen preguntas,

pero nadie dice nada.

Luego alguien que habla como nosotros y que está sentado hasta adelante le dice:

—Y, ¿cuándo nos vamos, pues?

—Cuando vengan las otras dos lanchas —le responde el mexicano. Pensé que íbamos a parar en la playa a estirar las piernas, pero no—. Ya hemos hecho esto antes. No se asusten —el mexicano sigue, viendo a Patricia, a Carla y a mí, y luego a las otras mujeres y niños en la lancha. Su cara es delgada y rectangular, y su gorra está hecha de una tela color trigo. Nadie le pregunta nada, así que se regresa a la parte de atrás de la lancha.

Son casi las 5.30 a.m. Los rayos del sol empiezan a alumbrar los bordes de las olas; es muy bonito, el resto del mar se mira pura gelatina azul. Río arriba vemos que se acercan otras dos lanchas. Son igualitas a la nuestra: descubiertas las dos, sin pabellón, llenas de gente y con cuchumbos de gasolina hasta atrás. Las lanchas están pintadas de blanco, la borda es azul oscuro y no tienen nombre, lo que me recuerda a lo que dicen los pescadores en La Herradura: «Una lancha necesita nombre, sino se hunde».

Las otras lanchas están a la deriva hasta que flotan a la par de la nuestra. Estamos tan cerca que podríamos caminar entre ellas. Los mexicanos que están en la parte de atrás de cada lancha, los coyotes, hablan entre sí. La demás gente se parece a los que están en mi embarcación y casi todos son hombres. Hay gente tan morena como yo, otros blanquitos como Chele; otros, más morenos que yo y algunos más oscuros que cualquier otra persona que haya visto. Unos dicen «vos» como nosotros. Otros me dicen «güiro». No les entiendo. Otros ni siquiera hablan español. Los más viejos visten camisas de manga larga y sombreros, como los que tienen los campesinos cerca de la casa, esos que juntan maíz o algodón, o que trabajan en los cañales. Casi todos visten camisetas negras como las que llevan El Chino y Marcelo.

Marcelo es el único que lleva puesto un centro, el mismo centro verde oscuro que llevaba en Ocós, y que deja descubierto el tatuaje que tiene en su hombro izquierdo. Con esa camiseta parece puro Rambo o un soldado listo para la guerra. Trato de leer lo que dicen los tatuajes de Marcelo, pero están descoloridos. Más de una vez escuché a Don Dago decirle que se tapara esas mierdas, que la gente iba a pensar cosas malas de él. Marcelo no le hizo caso. Él enseña su tatuaje como si fuera una medalla. Unas personas se levantan a orinar al lado de la lancha, como dijeron los coyotes, pero yo no tengo ganas de ir, todavía no.

Marcelo es bien buzo, por ponerse un centro. Ojalá yo hubiera traído uno. A pesar de la brisa ya está empezando a hacer calor. Los coyotes dejan de hablar.

—¡Prepárense, cabrones! —grita el coyote más joven, el que tiene una cachucha de béisbol de un equipo que nunca había visto. Su voz no es tan profunda como la del coyote con barba. Su cara es redonda y también lleva unos lentes de sol en el cuello y amarrados con una pita para zapato—. ¡Siéntense! ¡Todos siéntense!

Las otras lanchas se alejan de nosotros. Todas encienden sus motores. El coyote más viejo se sienta y aprieta la correa de su gorra hasta que le queda en el pescuezo. El coyote joven agarra los aceleradores de los motores y estos rugen, puras motos. Todos se miran bien ahuevados. La gente empieza a rezar. La gente a la par de nosotros dice «Diosito esto» y «Diosito aquello». Patricia también hace una oración. Otros ven al cielo con las manos abiertas y hacia arriba. Otros agarran el crucifijo que tienen en el cuello o amarrado a sus cinchos. Otros sacan tarjetitas de santos. Yo pido ver a mis papás pronto. Digo: Cadejo, Cadejito, protegeme.

Vamos camino al delta, cada vez más cerca al mar abierto donde quiebran unas olas enormes y con orillas blancas. Cada ola se siente más y más fuerte, las siento en las nalgas. Pum, pum, pum, el mar palpita sin parar como si tuviera corazón. Nuestra lancha va de

primero. Los coyotes se paran. Parece que quieren leer las olas, como hacen los pescadores en La Herradura. Siento un hormigueo. Tengo la cara tiesa como si llevara ratos sonriendo.

—¡Prepárense! —grita el coyote viejo.

La lancha espera, tiembla, se calma. El mar es como un pequeño temblor. Me da vueltas el estómago como si fuera a echar el zope. Siento el estómago como si fuera una bolsa vacía de plástico, esas que traen mayonesa; como si fuera un plato de papel embarrado de comida, como si fuera una ventana chuca.

Luego el mexicano de la gorra redonda le grita al de la cachucha de béisbol, el que tiene las manos en el acelerador.

—¡Ya! ¡Recio! ¡Con todo! ¡Con todo! —le grita.

La lancha brinca. El coyote viejo les grita a todos, «¡Agárrense! ¡Agárrense!». Con una mano Patricia agarra a Carla y con la otra se agarra de la lancha. Yo me agarro con las dos manos. Pum, pum, pum, las olas son más grandes cuando revientan enfrente de la lancha. Me cuesta agarrarme. Algunas personas gritan. Los hombres más viejos y que llevan sombrero se agarran como con miedo de salir volando. Yo me agarro de la gente que tengo a la par. Me agarro de una camisa, un pantalón, lo que sea. Sentimos las olas en las nalgas. Una nube de humo negra sale del motor y hace más pesado el aire. ¡Ese olor! La lancha rompe cada ola hasta que viene una más grande y…

Salimos volando y el cielo se acerca a nosotros. Todos aguantan la respiración. Algunos caen en medio de la lancha. Y luego todo termina.

Los pencazos son más chiquitos, más silenciosos. Pero el olor se queda. Hiede a gasolina y ese hedor nos entra grueso en la nariz.

—¡Ya estuvo! —dice el coyote viejo, celebrando, pelando sus dientes chuecos.

Todo pasó bien rápido. Ya pasamos la quebrada y llegamos al mar abierto. La orilla de la playa está detrás de nosotros. El volcán. Ocós. Los edificios de cemento. La torre donde los hombres fumaban. Las

casas que apagan sus luces porque ya es de día. Vemos cómo las otras lanchas atraviesan la pared de olas que separan el río del mar. Los motores truenan duro. Todos sonríen, se persinan, rezan. Chele, Marcelo y El Chino sacan unos cigarros y empiezan a fumar. Todos se miran más relajados.

Me duelen las nalgas. Escucho de fondo el motor. Rrrrrrrr. Splash. Rrrrrrrr. Splash. Rrrrrrrr. Splash, agua salada en nuestras caras. Viento en nuestros pechos. El sol calienta nuestra piel desnuda. Los hombres más viejos no sueltan sus cachuchas. Ha de ser cansado andar así. Otros se quitan las cachuchas para que no se les vayan volando. El sol está arriba de las montañas y todo lo que está en la playa, en el agua, se mira cómo debería verse en realidad. Trato de no pensar en los metros y metros de agua, en los peces, tiburones, lagartos, monstruos que están debajo de nosotros. Nunca había estado tan dentro del mar. No nos va a pasar nada acá. Nada va a venir a sacarnos de estas lanchas o tirarnos al agua. Voy a llegar a México. Voy a ver a mis papás.

Estamos en medio del Océano Pacífico, el océano que las monjas dicen que es el más grande del mundo, ese que aparece como una gran mancha azul en el mapa de Abuelito Chepe. Hace un mes fui al mar, para Semana Santa, pero como tenía miedo de entrar al agua, por si había mantarrayas, me quedé en la playa y a los días me empecé a pelar de la espalda y los hombros. Ahora estoy aquí. Rodeado de agua y agua y más agua. De cielo, cielo y más cielo. Nubes y más nubes. Migrantes. Así nos decía la gente de Ocós. Eso somos. Eso soy. Todos los que están en esta lancha son eso, igual que la gente que se ahogó acá antes de que llegáramos a Ocós.

Pienso en hormigas. En las hormigas de mi pueblo que viven en hoyos en la tierra. Pienso en esa vez que llovió tanto que se inundó el pueblo y las hormigas se agarraron de las manos, o de las antenas, no

sé, pero armaron una fila, como si estuvieran jugando escondelero, 20, 19, 18 y las hormigas se agarraron unas a otras y así flotaron en grupo a esconderse ¿de quién? No sé. Y se miraba como si fueran hojas flotando en las calles inundadas. Hormigas oscuras en una corriente de agua color trigo.

Me siento como esas hormigas. La gente en la lancha, tan cerca unos de otros. Hombro con hombro. Rodilla con rodilla. Pero nadie le agarra la mano a nadie. Quiero agarrarle la mano a Patricia, a Carla, a Marcelo. Unos hablan entre sí. Otros hablan solos. Marcelo está justo enfrente de mí. El aire es frío y eso que el sol está justo encima de nosotros. Carla se sienta en las piernas de su mamá. No sé si debería acercarme a ellas o no. Trato de saludar a Marcelo, pero él ve algo sobre mi cabeza. El Chino y Chele están a la par de él, bien callados los dos y con los ojos cerrados. ¿Será que ya se durmieron? Patricia se toma la frente. No puedo dormir con las olas golpeándonos.

Escondelero, 17, 16, 15. La única diferencia es que en vez de hormigas llevamos mochilas, botellas de agua, comida, estamos en una barca, una lancha de papel, la nuestra propia de papel, nuestra hoja que flota escondiéndonos de tiburones, mantarrayas, monstruos. Dejamos nuestras casas en ciudades, en pueblos, cerca de la playa, cerca de volcanes. Nos fuimos solos y luego encontramos un coyote y luego un grupo, y ahora somos parte de un grupo más grande. Un nido. Una colonia. Somos al menos treinta personas. Treinta más y treinta más a la par en otras lanchas.

Cien hormigas, digo quedito, entre el rugir de las olas que sentimos en las nalgas, entre el salpicar de agua en nuestras caras y el sol. El viento empuja el frío hacia mí y evita que se me queme la piel. Nadie trajo bloqueador solar, pero me gusta más así. Me gusta cuando me pelo. Quiero sentir como que estoy en mi casa, en la playa para Semana Santa. Me gusta cómo se me cae la piel el día siguiente y el resto de la semana.

Todos agarramos nuestras mochilas, y eso que hay lugar debajo de

los asientos. Marcelo, Chele y El Chino las agarran duro. A Marcelo se le marcan las venas en las manos hasta cuando está «durmiendo». Yo agarro mi mochila cuando la lancha cae duro en el agua y siento que se va a romper la madera. Es mi almohada. Mi escudo en contra del viento y el sol.

Hay nubes oscuras a mi izquierda ahorita. Espero que se queden lejos. Tal vez es cierto que una tormenta ahogó a esa gente antes de que llegáramos a Ocós. El mar está bravo y me da miedo. Tantas olas golpean la lancha, los asientos golpean nuestras nalgas, nuestros cuerpos ya no sienten nada. Algunas personas se sientan encima de sus mochilas. Otros sobre sus manos. Otros, ponen suéteres, camisetas, ropa, lo que sea, en la madera, puro cojín.

Cuando las nubes se abren el cielo es azul. Pensé que el agua iba a ser más clara mar adentro, pero es al revés. Hasta arriba las olas son de un azul claro, como el de la bandera de El Salvador. Llegando a la superficie son azul oscuro, como el azul de la bandera de Honduras. Y debajo de la superficie el azul es todavía más opaco.

Migrantes. Me cuesta decirlo. Es como si tuviera un montón de saliva en la boca, como si me estuviera ahogando. Pero lo digo en voz alta y a cada rato. El ruido de los motores no para, está siempre allá atrás. Rrrrrr. Splash. Rrrrrr. Splash. Siempre así. Estoy mareado. Me da vueltas la cabeza.

Siento el olor de la gasolina como un dedo en mi garganta. Quiero echar el zope. Por eso es que el coyote, que tiene bigote, el de la cara redonda nos gritó, «¡Cada tres horas las seis personas que están hasta atrás se pasan para adelante! ¡Los que están adelante se ponen en medio y los que están en medio se pasan para atrás! ¡¿Sí me entendieron, cabrones?!».

«¡Rótense!», gritó la primera vez, como si estuviera usando un megáfono. Los de atrás se agacharon, agarraron piernas, brazos, manos, la lancha, hasta llegar adelante. Todos tienen miedo a caerse, entonces nadie se atreve a caminar parado. Nos ayudamos entre todos.

Empujamos a la gente a la mitad de la lancha para que ninguna ola se los lleve. Y nosotros nos deslizamos en los asientos hasta llegar atrás.

A cada rato alguien echa el zope en el mar. Otros lo echan en bolsas de plástico o se agarran la cabeza para no vomitar. Splash. Escondelero, 14, 13, 12. Casi todos somos centroamericanos. «A la gran puta, vos, no vomités. Pará. Dormite. La cagás», dice la gente cuando alguien hace como que quiere echar el zope. Pero hay otra gente que habla chistoso. ¿Será que son brasileños? Chele volteó a verlos la primera vez que hablaron y dijo que sonaban como que si tuvieran queso en la boca. El Chino se río. Marcelo se hizo el dormido.

Todo mundo está cansado de la vomitadera. Cuando la gente no tiene cuidado al zopiar, el aire sopla el vómito a la persona que tienen a la par. Al principio la gente se peleaba por eso, pero después de unas horas ya todos han vomitado y ya nadie alega. Usamos las olas para lavarnos. Patricia limpia a Carla. Patricia me limpia a mí. Marcelo, Chele y El Chino duermen. Cuando están despiertos se la pasan fumando. Agarran los cigarros en sus puños para que no se les apaguen. Se acurrucan para que el aire no les apague la llama.

«Así uno no echa el zope», dicen. Chele anda bien chapudo. Marcelo y El Chino se ponen más y más morenos. Tal vez es cierto lo que dicen. Solo han zopeado una vez.

Cada cierto tiempo los mexicanos se turnan para levantar uno de los cuchumbos con gasolina. Se lo suben a las rodillas y echan gasolina en el motor. Uno hace esto mientras el otro maneja. No paramos por nada. Siempre vamos a toda velocidad. Y por eso les cae gasolina en la ropa, la botan en la lancha. Nunca he visto gasolina tan de cerca. Brilla. Es como un arcoíris que huele bien feo.

No sé de dónde salieron los otros migrantes. De plano se quedaron en el mismo motel que nosotros o en otro cerquita. Escucho a la gente hablar. Patricia y Clara no hablan mucho, solo voltean a ver a donde estaba la playa. A veces cacho a El Chino, Marcelo y Chele viendo sobre nuestras cabezas, hacia el mar. A veces miro al frente, al norte,

hacia donde vamos, a México, veo hacia donde están mis papás.

Nadie muestra lo que trae en su mochila. Abuelito Chepe me dijo que tuviera cuidado, que escondiera mi botella de agua, que escondiera mi comida. «¡Rótense, cabrones!», el mexicano malote con cachucha grita otra vez. Le gusta usar esa palabra. Ni siquiera tenemos que ver para saber que él es el que está gritando. El que tiene barba no nos dice así. La gente le hace caso. Se levantan, agachados. A veces la gente se llena de astillas las manos. Unos se han quitado las camisas, y eso que saben que se les va a pelar la espalda en unos días y que eso arde. Hace frío. Luego hace calor. Estoy cansado. Tengo sueño. Estoy bien. Despierto. Me siento raro. Ya no. Mi estómago. Quiero dormir. No puedo. Nadie puede. Hay mucho ruido. Hay mucho azul. Todo es igual. Escondelero, 11, 10, 9. Nuestras mochilas. Vómito. Splash. Rrrrrrr. ¡Rótense! Splash. El sol. Sudor. El viento. Rrrrrrr. Splash…

A veces miro un grupo de gaviotas o pelícanos a lo lejos.

—Se están comiendo el vómito —le dice Patricia a Carla, quien se acerca a su mamá y junta las cejas, como confundida—. Los pájaros —dice Patricia suavemente.

Ellas no han vomitado. Yo tampoco. A estas alturas la mayoría de gente ha echado el zope muchas veces. Se lo han echado en su ropa, en el pelo, en la lancha. Nadie puede dormir por ese olor como a papayas maduras. Los coyotes nos dijeron que no comiéramos nada antes de subirnos y que solo trajéramos comida ligera: guineos, tortillas, pan. Tal vez por eso el vómito de la gente es amarillo. Los pelícanos y las gaviotas parecen zopilotes. Están lejos. Tal vez sí son zopilotes.

—No. Hay peces por allá —dice un hombre, que está sentado a la par de Marcelo, señalando a la nube de pájaros; unos se tiran al agua como si fueran misiles.

—N'hombre, vos, es porque no te bañaste —dice alguien más y unos se ríen. Sonríen. Yo sonrío. Marcelo no hace nada.

Hemos estado aquí por horas y no hay sombra. Tengo la piel tostada. Escondo los brazos adentro de mi camisa, como vi que otros hicieron. Todo lo que tenemos en las mochilas ya se mojó. Ojalá mire unos delfines. Me la paso entre que me siento mal y no siento nada. Los coyotes nos dieron a mí y a Carla otra pastillita.

Hasta Marcelo echó el zope ya. El Chino, Chele y él siguen fumando «para quitarse el mal sabor», dicen casi al mismo tiempo cuando ven que Patricia los mira como regañándolos. No le gusta que fumen cerca de nosotros.

Todo huele mal. Me da miedo que la gente se caiga al mar cuando agarran agua para limpiarse. No puedo creer que ni siquiera hemos visto islas. Quiero ver una. Quiero ver un faro. Tal vez sí podemos parar. Tal vez vamos a hacer pupú donde el faro. Tal vez cuando lleguemos allá sí voy a zopear. Quiero que anochezca para ver qué tan lejos estamos de tierra firme. Para ver las estrellas. La luna. Tengo menos miedo. Quiero ver más pájaros. Quiero llegar ya. Quiero ver ballenas, porque Abuelita Neli cree que traen buena suerte. Quiero ver cualquier cosa saliendo del agua que no sean las mismas olas que brincan para mojarnos. Hay charcos en el bote. Cuando están ya muy grandes sacamos el agua a guacalazos. Parece como que si hubiéramos chocado. Puro el Titanic después de que se pasó llevando el iceberg. Pero los coyotes dicen que es normal. «No se preocupen», dijo, cuando nos enseñó cómo sacar el agua del bote, sonaba calmado y eso me tranquilizó.

—Y si hay una grieta, usamos esto —nos dijo, agarrando un cumbo lleno de alquitrán y sonriendo—. No se preocupen —dijo otra vez.

—Puta —dijo Patricia—, no jodás.

Eso fue al principio. Ya llevamos horas en el mar y no hay grietas en el bote. Pero a veces una ola grande me asusta. Patricia no parece preocupada, igual que los otros de Los Seis y eso me hace sentir más

seguro. Pienso en la vez que Tía Mali me llevó a La Costa del Sol; tenía el día libre porque era el aniversario de la clínica. Uno de sus amigos del trabajo dijo que me iba a enseñar a nadar.

Y de la nada, ¡me aventó a lo más profundo de la piscina! Todavía recuerdo cómo fue hundirme. El sabor a cloro. Las paredes blancas de la piscina. Recuerdo ver encima de mí el agua azul brillando junto al sol. Era como una pecera.

Tía Mali gritó bien duro y la escuché desde abajo del agua. El amigo de Mali se tiró a salvarme. Yo tenía que pedalear, patear, pegarle al agua, lo que sea, pero no hice nada. Mientras estaba en el suelo a la par de la piscina, tosiendo, él le decía a Tía Mali que se calmara, que así uno aprende a nadar. No volvió a hablarle a ese tipo.

Pero acá sí está bien profundo. No hay nada alrededor. Intento no pensar qué hay debajo de nosotros. Repito lo que aprendí con Abuelito Chepe: Chiapas. D.F. Los Mochis. Hermosillo. Tijuana. Hasta llegar a San Rafael, California. Don Dago nos quitó los mapas cuando estábamos en Ocós y los tiró a la basura. «Porque así es como te agarra La Migra», dijo. Pero me sé los nombres. También practico mi acento. Órale. Popote en vez de pajilla. Lana en vez de pisto. Carnal en vez de chero. Escucho cómo hablan los coyotes mexicanos. Les pongo mucha atención. Cuando aterricemos, voy a ser mexicano. Tapatío. Voy de camino al D.F. Conozco el himno. Los presidentes. Repito todo esto cuando me canso de ver a la gente. Quiero que baje el sol y así poder usar el truco que me enseñó Abuelito Chepe de ver cuánto tiempo queda antes del anochecer. Quiero que sea noche para poder ver las estrellas.

La luna pinta las olas de plateado. La luna y las estrellas se miran puras medusas en el agua. Sus largos tentáculos llegan hasta Asia. El sonido del motor es el más fuerte de todos. Rrrrrrr. Siento como que si alguien hubiera metido bolas de algodón empapadas de gasolina en

nuestras narices. Algunas personas al fin se durmieron. No se sientan en el banco largo porque tienen miedo a que una ola grande los aviente al mar. En vez de eso, se sientan en el suelo y usan sus mochilas como almohadas que ponen debajo de sus nalgas.

Hace frío. Soplo aire caliente en mis manos. Algunas personas sacan la ropa extra que tienen en sus mochilas y se la ponen encima de lo que llevan puesto. Cada grupo se sienta muy de cerca, como acurrucados. Las mujeres abrazan a otras mujeres. Las mujeres abrazan a los niños. Algunos hombres se abrazan entre sí. Pero no Chele, Marcelo y El Chino. Ellos se sientan cerca, llevan toda su ropa puesta, se soplan las manos y cruzan los brazos, pero hasta ahí. «¡Los cigarros nos mantienen calientes!», gritan del otro lado de la lancha. No le dan cigarros a nadie y eso que muchos les han pedido. Los coyotes que están atrás también fuman y no han echado el zope.

Patricia saca una chaqueta gris oscura de su mochila. Es delgadita pero grande. Se la pone y luego intenta de meter a Carla dentro, para que se calienten las dos. Me ven temblando y luego tratan de meterme a mí también. Carla se sienta en las piernas de su mamá y mete sus brazos en las mangas de la chaqueta, junto con los brazos de su mamá. Yo me siento encima de las piernas de Carla, pero si meto los brazos en las mangas no cierra la chaqueta. Patricia trata de cubrirme tanto como puede, pero el aire frío me pega en el pecho. Se parece a Tía Mali cuando intenta ayudarme. No sabía que le importaba, no así.

Tengo frío, pero no tanto como antes que nuestros cuerpos fueran como mantas, una encima de la otra. Siento el aliento de Carla en mi nuca. Siento sus piernas. Me gusta estar así de cerca de ellas. Espero no ser muy pesado para Patricia. Esto es lo más cerca que hemos estados los tres. Lo más cerca que he estado de una niña u otra mujer que no sean de mi familia. Puedo sentir su olor sobre el de la gasolina. Puedo sentir el calor de sus cuerpos. Mi corazón late más rápido.

Trato de no ponerme nervioso. Me distraigo viendo hacia adelante, sobre la cabeza de los hombres. Busco una luz, cualquier luz que me

diga que estamos cerca de la costa, pero todo es oscuro por allá donde salió la luna que está casi llena.

—Por allá es México —digo suavecito, bien suavecito.

Y no hay faros. No hay islas. Ninguna otra lancha. Desde hace horas que nadie habla. Ni siquiera los coyotes hablan. Ni siquiera dicen, «¡Rótense!». Todo es silencio excepto por el sonido de los motores, las olas y las otras lanchas que nos siguen. Podemos escuchar sus motores. Se oyen más suavecito que el de nosotros, pero están ahí.

—¡Ayuda! —Alguien rompe el silencio. Se escucha un grito agudo, suena como cuando se pelean los gatos. El que gritó fue un hombre que está sentado en la parte de atrás de la lancha—. ¡Paren! ¡Ayúdenme! —grita como si se hubiera quebrado un hueso, como si alguien le estuviera pegando.

Volteo y trato de ver a Patricia, quien me aprieta. Más fuerte. Carla le pregunta a su mamá qué está pasando. Pero ella no dice nada. Los hombres que están cerca de él le preguntan que qué tiene y él no deja de gritar. La gente se mira entre ellos. Miran a los coyotes que hacen como que si no es con ellos.

El hombre dice que ve peces. A su mamá. A sus hermanos. Dice y repite que no se puede mover. Que no puede pararse. Que necesita cagar. Que tiene muchas ganas de cagar.

—¡Paren el bote! ¡Paren el bote! —grita.

El hombre es más grande y alto que todos los demás. La primera vez que rotamos los coyotes le dijeron que se quedara hasta atrás. «Es más seguro así —dijeron—. No te muevas». No se ha movido. Se la ha pasado cerca de los cuchumbos de gasolina todo el día.

—¡Ayúdenme! ¡Los tiburones! —grita—. ¡Paren!

Entre cada grito hace una pausa. Como que si se estuviera muriendo. Siento el pecho frío como un pedazo de hielo que está a punto de romperse.

—Mamá, ¿qué tiene ese hombre?

Carla respira en el cuello de su mamá. Patricia parece preocupada.

Ella presiona sus manos en nosotros. Nos abraza bien fuerte. Miro que la gente se persina.

Todos empiezan a gritar:

—¡¿Por qué no podemos parar?! ¡Paren la lancha! ¡Miren, está loco! ¡Nos va a matar a todos! ¡Se va a tirar!

Los hombres que están cerca tratan de agarrarlo fuerte y sentarlo. La luna ilumina la cara gorda del hombre. Sus cachetes. La parte de arriba de su nariz. Luego los coyotes le apuntan con sus lámparas. Le iluminan su cuerpo. Sus brazos gordos. Está llorando. Sudando. Suplicando. Tiene las manos como si estuviera rezando.

Trata de tirarse al agua, pero los hombres saltan sobre él. El coyote con cachucha de béisbol al fin le grita al hombre:

—¡Cálmate, maldito! ¡Estúpido pendejo! —Y repite—: ¡Cálmate! ¡Cálmate ya!

—¡¿Por qué no podemos parar?! ¡Paren la lancha! —grita alguien.

—¡Porque si paramos, pendejo, todos tienen que parar! —el coyote más buena gente grita fuerte y firme, como lo hace Abuelito Chepe.

—¡¿No podés parar ahorita?! —alguien más pregunta.

—¡No!

—¡¿Por qué?!

—¡Porque no!

Marcelo, Chele y El Chino ni le ponen coco a lo que está pasando. La gente le reclama a los coyotes hasta que al fin apagan los motores y el ruido se calma.

Las otras lanchas casi nos rebasan, pero el coyote más viejo habla con los otros, usando un *woki toki* y les alumbra con su lámpara. Todas las lanchas desaceleran.

El mar se sentía más plano cuando íbamos a toda velocidad. Al ir más despacio sentimos más las olas. Arriba-abajo. Arriba-abajo. Mi estómago piensa que me tragué las olas. La gente empieza a echar el zope, y como no hay aire, nada cae en la lancha, todos lo echan en el agua.

—¡Ya está, pues, cabrones! —grita el coyote malo—. Esta es la única parada. Caguen, orinen o vomiten. ¡Pero en chinga!

Las otras lanchas pararon lejos de nosotros, pero desde acá podemos ver las sombras de la gente levantándose. No tengo que orinar. No siento nada. Pero todos los demás hacen una fila. Hombres, mujeres, niños.

—Si tienen que cagar, vayan para atrás —dice el coyote de la gorra color trigo—. Las mujeres hagan una fila acá.

Patricia deja de abrazarme.

—Vamos a orinar —dice. Me toca el hombro para que me baje—. Agárrense de la borda —dice Patricia.

Carla se baja de las piernas de su mamá. Nos agarramos a la lancha. Ella me agarra a mí y yo a ella, para no caernos. Patricia se agacha para mantener el equilibrio y camina hacia la fila de mujeres que está hasta adelante. Nosotros agarramos su chaqueta. Los hombres se bajan el zipper y orinan donde pueden. El aire es fuerte, pero podemos escuchar los chorros de pipí cayendo al agua y cómo el Hombre Gritón se sigue quejando. Ya no grita tanto, pero actúa raro. Está casi hasta atrás.

—Orinemos aquí —dice Patricia, y voltea a ver a El Chino, que está orinando desde su lugar—. Chino, ayudame —le dice.

Patricia se da la vuelta y nos ve. Le agarra la mano a El Chino, quien la ayuda a sentarse en la borda de la lancha. No le mira las nalgas a Patricia.

—¡Hey! ¡Bicho! ¡Tapate los ojos! —me dice. Quiero ver. Quiero ver qué tiene ahí abajo—. ¡Date la vuelta! —me dice.

—Ustedes también, cerotes —le grita a Chele y Marcelo, y le hacen caso.

Suena igual, el chorrito que sale de Patricia. Carla me ve. Puedo ver lo blanco de sus ojos. Las otras mujeres también están rodeadas de hombres. Nadie se fue para atrás, donde está el Hombre Gritón, que ni siquiera tiene ganas de orinar.

—Tengo que cagar —dice él—. Ayúdenme —le dice a los hombres que tiene cerca.

—Pinche güey, eres un pinche maricón —le dice el coyote malo. Los otros se ríen.

—No manches —dice el coyote con barba cuando ve al Hombre Gritón agacharse para cagar en el mar, pero está muy lejos de la borda. Casi se va de cara o de culo, y tiene los pantalones abajo. Está oscuro ahí donde debería estar su cosa. Los que están alrededor de él, que ni siquiera lo conocen, se ríen de él.

—No jodás, mirá —Chele le dice a Marcelo y El Chino, señalando al Hombre Gritón que tiene el calzoncillo en los muslos; son blancos y brillan bajo la luz de la luna.

—Te vas a caer. Mejor aviéntate, es más fácil —dice el coyote con barba.

—¡No! ¡No puedo nadar!

—Pues agarrate.

—No puedo nadar. Señor, no, por favor.

—¡Tírate! ¡No seas maricón! —le grita el coyote malo al Hombre Gritón que todavía está tratando de llegar a la borda, con sus pantalones abajo.

—¡Los tiburones! —grita duro.

Tengo miedo.

El coyote más joven se acerca a él. Lo jala de la camisa y le dice algo al oído. Unos gritan, pensando que el coyote le va a pegar. Patricia se sienta y nos jala hacia ella, hacia su chaqueta. Huelo su sudor. Patricia nos suelta, el mexicano sigue hablándole al Hombre Gritón, quien mira el agua; tiene la cara en la borda de la lancha y sus pantalones todavía abajo. Los mira. Se los quita. El calzoncillo y todo. Está desnudo de la cintura para abajo.

Él voltea a ver a los hombres que están cerca de él, al coyote joven.

—Por favor, agárrenme. Por favor, no sé nadar.

Entonces, poquito a poco, se para en el banco, más cerca de la

borda, se sienta en la misma y, finalmente, se deja caer.

El hombre grita como cuando Abuelita Neli se despierta de una pesadilla. Me da miedo cuando se despierta así, gritando. Me imagino una ola llevándose al hombre. ¿Qué va a pasar si se ahoga? ¿Si lo muerde un tiburón? Los bordes de las olas están iluminados, pero todo lo demás es oscuro, oscuro, oscuro. La lancha sube y baja. Los hombres le agarran los brazos. El hombre entierra los dedos en la borda de la lancha. Las otras lanchas están quietas y todos ven lo que está pasando.

Cadejo, Cadejito, susurro. Pienso en mi La Herradura. En California. Por unos momentos todos y todo está muy quieto, en silencio. Las olas cachetean la lancha. El aire roza el pelo de Patricia, su chaqueta, mi mochila, que está en el suelo y suena como cuando uno corre por la milpa, como cuando el aire golpea las hojas. Escucho el ruido de los cuchumbos de gasolina chapoteando y golpeando la lancha. Plástico golpeando madera. Los guacales dentro del bote, suenan, puros tambores. Los remos sueltos en el piso. Madera golpeando madera.

—¡Súbete! —grita el coyote más viejo. Es una orden.

El Hombre Gritón le hace caso. La lancha se mueve a un lado cuando intenta subirse. Está jalando con fuerza, pero no logra subirse.

—¡Con garras! ¡Con huevos!

Gente trata de ayudarlo, pero no logran alzarlo a la lancha.

—Bájate y luego salta —dice el mexicano amable, haciendo cómo el Hombre Gritón tiene que hacer—, así.

Más hombres intentan subirlo. Ninguno de Los Seis ayuda. Nosotros vemos de lejos. La lancha se mueve de lado.

—¡Todos háganse para allá! —dice el coyote viejo. Patricia nos jala hacia ella, cerca de su chaqueta—. ¡Para allá! —repite.

Más hombres tratan de subir al Hombre Gritón. Luego lo empujan dentro del agua y lo jalan. La segunda vez casi lo logran. Empujan y jalan, y al fin consiguen subirlo a la borda de la lancha y luego cae adentro, mojado y con un ruido sordo, como cuando uno corta leña. El

hombre parece un pez muerto. A lo mejor se lastimó. No está gritando. Pero está llorando. Suavecito. Gimiendo. Patricia nos abraza más fuerte a mí y a Carla.

—Está bien —dice en nuestros oídos—. Ya casi llegamos, bichos.

Patricia nos soba los brazos, juega con nuestro pelo. Tía Mali hacía lo mismo cuando algo me daba miedo. Me hace sentir a salvo. Como si todo estuviera bien.

El Hombre Gritón dice algo, pero no entiendo qué.

—Está bien, siéntate, siéntate —dice el coyote viejo, y apunta su lámpara a las otras lanchas.

El coyote más joven arranca otra vez el motor. Rrrrrr. Gira el acelerador hasta el tope. El aire agarra velocidad y nos da una patada en la cara. Patricia le dice a Carla que de nuevo se siente en sus piernas. Luego yo me siento encima de Carla. La chaqueta sigue sin cerrarse.

El Chino se sienta enfrente de nosotros. Tal vez porque paramos o tal vez porque ya es más noche, pero siento que el viento, que me pega en el pecho, está más frío. El Chino se da cuenta y se me acerca.

—Bicho, ¿tenés frío? —dice.

Le digo que sí.

—Vení, pues. —Me llama con la mano; tiene las manos afuera de su chaqueta gris.

Volteo a ver a Patricia quien asiente y sonríe.

—Está bien —dice suavecito.

No sé. El Chino fuma. Chupa mucho. Una vez casi se pelea con Marcelo. Y otra vez con Don Dago. Tiene tatuajes.

Las estrellas brillan fuerte. Siento la sal en mi boca. Ya no siento las nalgas, ni los brincos, ni las olas. Llevo sentado todo el día. La chaqueta de Patricia no es lo suficientemente caliente. Abuelito Chepe no me dijo que confiara en El Chino. Pero él siempre está con Patricia y ella es buena gente conmigo. Y a Marcelo no le importo. Marcelo se hace hacia atrás, sobre la lancha, está encorvado y viste todas sus

camisas. Tiene los brazos cruzados y parece que está durmiendo. Chele también está dormido.

—Bicho, vení, te voy a tapar como Pati —dice El Chino; su voz es suave, más suave que el ruido de los motores.

A Patricia le dice «Pati» y así le dicen a mi mamá. Me hace extrañarla. Mientras El Chino habla se abre la chaqueta. No lo conozco. Es un extraño.

—Andá —dice Patricia—. Es como mi primo. No seás bayunco.

—Está bien. No te voy a lastimar. —El Chino sabe que tengo miedo. Su cara delgada. Su cuerpo pechito.

Asiento la cabeza. Dejo que enrede sus brazos huesudos alrededor de mí. Dejo que suba el zipper de la chaqueta hasta mi cuello. Sus brazos son casi tan delgaditos como los míos. Miro hacia el cielo por un largo rato, intentando encontrar las mismas estrellas que Tía Mali y yo mirábamos en la casa. Hago como que si estos son sus brazos. Como que estoy con ella. El Chino me abraza como Patricia y me soba los hombros dentro de la chaqueta para que agarre calor. Nunca me había abrazado así un hombre adulto. Es como un abrazo de Abuelito Chepe. No recuerdo haber abrazado nunca a Mi Papá. Patricia, Carla y ahora El Chino. Tres extraños me han abrazado en un día. Aprieto todo y se me olvida respirar.

—Respirá, bicho. No pasa nada, respirá —dice, y pasa sus manos frías de mis hombros hasta los codos—. Puta, me recordás a mi hermanito.

Ni sabía que tenía un hermano.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

Las manos de El Chino casi llegan a mis dedos. Funciona. Siento calorcito.

—Oscar —dice, y deja de sobar—. Te reís igual que él. —El Chino suspira y mira para arriba.

—Oh. Lo vas a ver pronto —digo sin cuidado.

El Chino voltea a verme y sube sus brazos por las mangas hasta

llegar afuera.

—Está muerto —dice rápidamente, tocándose las piernas y luego se persina.

No sé qué decir. Me recuerdo de Papel con Caca y que lo mataron cuando yo estaba durmiendo. Yo no escuché nada. Pero él estaba más viejo que yo. Tenía como la edad de Marcelo.

—Está bien, Javier. Ya casi llegamos, no te preocupés. Dormite. —El Chino respira hondo y suspira.

Después de un rato mete las manos dentro de las mangas y me soba los brazos otra vez. Tiene las manos heladas.

El Chino me ve y se recuerda de su hermanito. Yo siempre quise un hermano más grande. El Chino me recuerda a Tía Mali. Él, a veces, es bien buena gente y amoroso. Patricia también. Pienso en la gente de La Herradura. En mis amigos. No quiero morir. «Dormir para siempre», así lo llama Tía Mali. No quiero irme al cielo como dicen las monjas. Todavía no. Encima de las piernas de El Chino la lancha se siente más suave y como que cada ola no es tan grande. Marcelo y Chele se mueven de vez en cuando. Hoy sí están durmiendo. El Chino no. Él deja sus manos adentro de la chaqueta y me soba las manos. A cada rato dice:

—Dormite tranquilo. Todo está bien.

29 - 4 - 99

Intenté no quedarme dormido. Eventualmente me dormí, pero me desperté cuando El Chino me movió.

—Bicho, bicho, mirá —dice bien fuerte y la boca le huele a humo—. Pescados voladores.

¿Peces que vuelan? Peces salen del agua, volando. Nadan en el aire. Puras libélulas, pero más grandes. Más y más peces que vuelan.

—Están huyendo de los delfines —dice el coyote más malo.

No puedo creerlo. Tal vez estoy soñando. Pensé que no existían. Los había visto en la tele, pero no creí que fueran de verdad. Se deslizan en el aire por varios metros. Montan el viento, puras balas. Como globos delgaditos. Más y más peces.

—Vamos a lograrlo —digo suavecito.

—Es una buena señal —dice El Chino—. Ya la hicimos.

La gente en el barco aplaude y se anima. No sé cuánto me dormí. No sé qué tan cerca estamos del lugar a donde vamos, en México.

—¡Es un buen augurio! —gritan unos hombres—. ¡Es buena suerte! —La gente aplaude más y más fuerte.

Luego los peces desaparecen. Como si no hubieran estado ahí. Esperamos a que vuelvan. Volteo a ver a Carla, su sonrisa es de un blanco cegador bajo la luz de la luna. Patricia también sonríe. Sus ojos bien abiertos brillan en la oscuridad. Seguimos buscando los peces, pero ahora las estrellas están arriba de nosotros. La luna está a medio camino detrás de nosotros, al otro lado de la lancha. De seguro me dormí un buen rato. Miro al mar y lo miro otra vez. No hay nada. El Chino dice:

—Dormite, bicho, descansá.

La lancha frena de repente.

—¡Despiértense! ¡Despiértense! —gritan los dos coyotes, gritan con fuerza.

Las olas se sienten más largas, vuelve el subibaja. Todavía estoy adentro de la chaqueta de El Chino. El cielo es más azul que antes. Es tan azul como cuando nos subimos en la lancha ayer. Miro hacia un lado, a la derecha y, ¡ahí está! ¡La orilla! Vemos a la distancia unas luces, pero no hay una ciudad cerca. Enfrente de nosotros no hay nada. Solo playa. No hay volcanes. Todo es de un azul verdoso.

Nos deslizamos hacia la playa. Todos están en el suelo o encogidos sobre los bancos. Marcelo me mira. Está despierto y fumando. Chele

sigue dormido.

—Va, ya —dice Marcelo, moviendo a Chele.

Carla está dentro de la chaqueta de Patricia y tiene sus ojos medio abiertos.

—Despertate, hija —dice Patricia bien fuerte.

El Chino abre su chaqueta y salgo de ahí y me siento a la par de él. Huelo a cigarro. El olor a gasolina sigue en el aire. El sonido de las olas golpeando la lancha. Los guacales de plástico, el remo, pero de repente hay un nuevo sonido: la arena. Suena como cuando uno rompe un pedazo de papel.

Estamos a punto de golpear la playa. Las olas están más tranquilas. La arena es color café, pura madera flotante. No hay nadie en la playa. Cuando tocamos tierra escuchamos el motor de unos picops 4 × 4 que encienden sus luces y aceleran hacia nosotros. Todo el mundo voltea a ver a los coyotes.

—Ellos les van a dar un aventón —dicen.

—Ya llegamos, gracias a Dios —dice el coyote buena onda.

Palos de coco delinean la playa. Hay arbustos por todos lados, arbustos de icacos, creo. La playa se parece a las de El Salvador, pero las aguas son más claras y cristalinas, y las olas no son tan grandes. Es bien chula. Quisiera que Tía Mali viera esto. Abuelita Neli también. Abuelito Chepe. Lupe. Mis papás. No hay ni una sola casa. No hay nadie en la playa.

—Bueno, bueno, bueno, espérense antes de saltar —dice el coyote viejo. Un bache. La lancha se detiene y el coyote más joven brinca afuera y jala la lancha usando una pita que tiene hasta adelante—. Vayan con Dios —dice el coyote viejo, lo dice suavecito, más suave que cualquier cosa que nos haya dicho durante el viaje.

La gente se persina. Yo hago lo mismo. Gracias, Cadejito, susurro. Gracias a Dios.

Marcelo tiene todo listo y salta. Todos lo siguen.

—Vení, Chepito —dice y me hace señas con la mano. Luego

extiende sus dos manos, las ofrece para que salte hacia ellas. ¿Será que Marcelo se siente mal porque no me quiso abrazar y El Chino sí? Tal vez se recuerda que Abuelito Chepe le dio pisto.

Salto hacia sus brazos grandes, hacia sus músculos. El agua que está debajo de mí es un pequeño charco que debo superar. El agua alcanza las piernas de Marcelo. Las olas sobre la arena suenan como si el mar nos hablara, Shhhh.

El Chino carga a Carla. Patricia camina por su cuenta. Chele ayuda a otras personas. Hay tantas piernas moviéndose. Camisas. Pantalones. Zapatos cubiertos de arena. Agua saliendo de zapatos, agua siendo exprimida de la ropa. La luz del sol nos golpea como una lámpara que se mueve para todos lados. Sale humo del escape de los picops 4 × 4. Las palmeras se mueven suavemente como empujadas por la brisa. Cada rama es como un brazo que nos saluda, que nos da la bienvenida. Los pájaros que están encaramados en alguna rama, cantando, nos dicen que sí que están ahí, que esto no es un sueño. Mientras esperamos a todos en la arena seca, los choferes de los picops gritan:

—¡Súbanse! ¡Vengan, y súbanse atrás!

De repente hay mucho ruido: olas, el metal de los picops tiembla cuando encienden el motor, pies corriendo, pies en el agua, el traqueteo de los escapes. La gente se sube a la cama de los picops. Marcelo me baja al suelo y esperamos a que lleguen el resto de Los Seis. Carla parece medio dormida.

—¡Vámonos! —dice Marcelo de camino a los picops, y haciéndole señas a todos para que lo sigan.

El Chino mira a Patricia, y ella me agarra la mano y empieza a caminar detrás de Marcelo, hacia el picop rojo, el que tiene menos gente. A veces la arena es húmeda. A veces es seca. El aire es frío, pero no tanto como el aire de alta mar.

—¡Apúrense, apúrense, apúrense! —gritan los choferes.

Son mexicanos. Hablan igual que los coyotes de nuestra lancha, que

ahora está vacía porque fue la primera en llegar a la playa. Nuestros coyotes le entregan dos mochilas a uno de los choferes de los picops. Luego los coyotes encienden los motores de las lanchas y se despiden de nosotros. Un grupo de gaviotas vuelan sobre ellos.

Estamos sentados en la parte de atrás de los picops, esperando a que la gente salga de sus lanchas. Luego un mexicano le da un golpecito al picop.

—¡Váyanse!

El picop empieza a moverse. Algunas de las personas que iban en la lancha con nosotros están aquí, junto con otras que nunca hemos visto. Todo pasa tan rápido. Las llantas cruzan sobre la arena y suenan como si estuvieran a punto de romperse. Los carros tienen las luces encendidas; todavía no es de día. Nuestra lancha se fue. La segunda también. Es como si nunca hubiéramos estado ahí. No hay volcanes enfrente de nosotros. Cocos y más cocos. Luego las llantas se deslizan hacia un mar de asfalto, por un camino que me recuerda al camino de Tecún a Ocós. Veo al cielo. Las estrellas empiezan a desaparecer. Estamos en México. Casi estoy con mis papás. Casi estoy en La USA. Soy mexicano. Marcelo, El Chino y Chele empiezan a fumar. Todos somos mexicanos. Otros carros que van al lado nuestro apagan sus luces. La luz del sol empieza a darle color a todo.

4

Oaxaca, México
29 de abril, 1999

Después de veinte minutos de camino llegamos a un edificio de una planta pintado con la misma fachada que tiene la clínica donde trabaja Tía Mali, solo que los colores son diferentes. La parte de abajo de la pared es verde, más arriba es blanca y toda la pintura, en las paredes y por todos lados, está agrietada y cayéndose. ¿Otro motel? ¿Una casa abandonada? Nadie ha cortado el zacate de enfrente en años. Son las 5.50 a.m. Nuestro picop llegó de primero, pero los demás empiezan a llegar ya. Ninguno de los que iban en las lanchas está en la cabina de los picops. Los choferes son mexicanos. Los que van de copilotos también lo son. Solo los choferes se bajan y gritan:

—¡Bájense, bájense, bájense!

Nuestro chofer camina rápido hacia el edificio abandonado. —Sepárense. Y cada quien escoja un cuarto —dice conforme la gente entra al edificio.

Hay dos cuartos. Nos dividimos en dos grupos de cincuenta personas cada uno. Cuando todos están dentro del edificio alguien más cierra la puerta. Nuestro chofer, el nuevo coyote, camina hacia la puerta que está al final del cuarto, que es apenas un poquito más grande que los cuartos en Ocós.

—Acá empieza la fila —dice—. Este es el baño.

Todos se recuestan en las paredes. Parecemos los zompopos que salen en el jardín de Abuelita Neli, pero en vez de llevar hojitas mordidas sobre la cabeza, llevamos nuestras mochilas. No hay nada acá. No hay camas. No hay muebles. Solo azulejos en el suelo y las

paredes sin pintar, cubiertas de cemento. Hay mucha gente adentro y está oscuro y hace calor. El coyote dice que la única luz que podemos encender es la que está en el baño.

—¡Oigan! Lávense los dientes, péinense, lo que quieran, pero allá adentro. —El coyote señala un lavamanos plateado que está en lo que parece ser una cocina, una cocina que no tiene ni platos ni trapos—. Luego esperan acá para usar el inodoro. —Señala la puerta que tiene enfrente—. Caguen. Báñense. No importa. Pero solo tienen tres minutos. Y… —levanta la voz— pónganse la mejor ropa que tengan. —Hace una pausa y levanta tres dedos—. ¡Tres minutos! —grita antes de abrir la puerta del baño donde empieza la fila.

Veo adentro y hay otro lavamanos y una regadera.

—¡Nos tenemos que ir a las 8! ¡Ándale, apúrate! —grita y chasquea los dedos.

La luz del sol se cuela entre las cortinas que cubren unas ventanas que están hasta arriba, en las paredes. Escuchamos a otro coyote dar las mismas indicaciones en el cuarto de a la par. Los Seis estamos juntos, Patricia nos lleva a mí y a Carla cerca de ella, como a mitad de la fila. El Hombre Gritón y los que viajan con él también están juntos. Hay gente en grupitos, igual que en la lancha.

—Maitra, pasen ustedes tres primero —le dice Marcelo a Patricia. Le gusta usar esa palabra. Así le decía a Don Carlos, maitro. Y a Marta también. ¿Dónde estará Marta? ¿Será que ella y Don Dago están ya en el D.F.? ¿Se habrán ido en bus o en carro?

—Vos, bicho, andá primero —dice Patricia suavecito, se acerca a mi cabeza y me mueve delante de ella. No sé qué voy a hacer. El coyote está ahí para que la gente no se tarde más de tres minutos.

Le grita a la gente y le pega a la puerta de madera con la mano abierta. Así le avisa a la gente antes de abrir la puerta que no tiene pasador. Él es el pasador. Esperamos a que él diga que nos toca. Esperamos cerca del lavamanos de la cocina. Todavía no nos lavamos los dientes. Pero hay gente atrás en la fila que abren sus mochilas, se

lavan los dientes y arrugan las bolsas de plástico donde llevan su cepillo de dientes y otras cosas para el baño.

Ya dentro del baño algunas personas se bañan bien rápido. La palanca del chorro hace un ruido chistoso cuando la abren o cierran. De seguro la cortina tiene anillos de metal, porque escuchamos cuando la mueven sobre una barra también metálica. De vez en cuando alguien le echa agua al inodoro. No es mucho, tres minutos. Hace calor acá con toda esta gente. Olemos a mar. A sal. A gasolina. A vómito. No hay aire. No hay ventiladores que se lleven el mal olor. Tengo la cara y las manos llenas de sudor. Tengo un bigote de sudor. Tengo pizques en los ojos. Tengo la nariz llena de mocos tiesos, de esos que duelen cuando uno se los saca. Tengo sed. No recuerdo cuándo fue la última vez que tomé agua. Dejamos las botellas de agua en las lanchas.

Lo único que quiero es quitarme la sal que tengo en la cara; la siento gruesa como una máscara. Tengo sal en la orilla de la cara, cerca de mis ojos, en mis patillas. Espero que un día me salga barba. El Hombre Gritón estaba hasta adelante, en la fila. Escuchamos cuando abrió el chorro. Escuchamos el agua caer en el piso de cemento. No me cayó mucho vómito. Yo ni siquiera eché el zope, pero todavía estoy algo mareado. Cuando me paro, siento las olas atrapadas dentro de mi cuerpo, en mis tripas, en mi estómago. Siento un hormigueo en las piernas. Estoy apoyado en la pared. Al fin me toca y todavía no sé si voy a hacer del número dos o bañarme rapidito.

—Te toca, ¡ándale! ¡Ándale! —Al mexicano le gusta repetir las órdenes.

Patricia me mueve un poquito al frente.

—Carnalito, apúrate. —El coyote dice «apurate», chistoso.

Llevo mi mochila y la agarro con fuerzas.

—Lavate tu camisa, si podés —dice Patricia.

Nunca he lavado ropa. Miro fijamente a Patricia.

—O dejala ahí, pues. Yo te la lavo.

No quiero dejar mi camiseta de los Animaniacs ahí.

—¡Apúrate! —dice el coyote frustrado ya, y golpeando la puerta.

Patricia menea la cabeza, molesta y se chupa los dientes, shhhck.

—Mirame a Carla —le dice a El Chino. Entra al baño conmigo y cierra la puerta, pero la puerta no cierra bien.

—Quitátela —me dice, mirándome el pecho.

Le digo que no.

—No seas bayunco. —Da un manotazo, como para agarrarme la camiseta.

No quiero que me mire desnudo. Que me mire las chiches. O mi panza. Al menos Carla está afuera. Cierro la cortina de plástico y los anillos de metal hacen ruido.

—¡Quitate la camisa!

—¡Apúrense, apúrense! —grita el coyote, y abre la puerta de un empujón y se asoma a ver, pero Patricia le cierra la puerta en la cara.

Patricia está enojada. Nunca me ha hablado así.

—Apurate —dice seria, como cuando Mi Mamá se enojaba. También a ella se le arruga la cara, pura pasa, cuando está enojada.

Le entrego mi camisa a través de la cortina, asegurándome que no pueda ver nada.

—Tené —dice y me da una barra de jabón blanco que saca de su mochila—. Dame tu pantalón —dice, pero me quedo mudo.

Mueve las manos dentro de la regadera, esperando que le dé mi pantalón.

—Dámelo, pues.

Se lo pongo en la mano.

—Ahí te lavás el calzoncillo —dice, no tan duro como antes. Yo me baño con el calzoncillo puesto.

La regadera es como la que teníamos en Ocós: el agua cae de un chorro. Tengo sed entonces abro la boca. Tomo y tomo y tomo agua, y no me importa si sabe a tierra. Me gustan las regaderas como esta. Patricia lava mi ropa en el lavamanos.

—Apurate —repite.

Me sobo con la barra de jabón que me dio. Es una barra de jabón muy delgada que huele a Carla y a ella, y a cómo huelen las rosas de Abuelita Neli por la mañana.

—Ya —dice, cuando termina de lavar y exprimir mi ropa. Trato de llenar de jabón mi calzoncillo, de lavarlo mientras me lavo mis coyoles.

—¡Salgan! —El coyote golpea la puerta—. ¡Salgan! —repite.

Me quito el calzoncillo y trato de exprimirle toda el agua que pueda antes de meterlo al fondo de mi mochila, que dejé al otro lado de la cortina. Nada se mojó. Agarro un calzoncillo seco y mi ropa más bonita: mi camisa azul oscura de botones y manga corta. No tengo tiempo para secarme las manos. Me las seco en la camisa y entonces mis manos dejan parches de agua en ella. Salgo del baño. Patricia se queda adentro. Carla entra, y Patricia cierra la puerta de golpe.

—Huele a tierra mojada —dice El Chino, oliendo el aire. Es lo mismo que me decía Tía Mali siempre que me bañaba.

—Cabal —responde Chele, y los tres hombres de Los Seis se ríen. Yo sonrío. Espero descalzo a la par de ellos, sosteniendo mi mochila medio abierta. Patricia se quedó con mi ropa mojada.

Espero los tres minutos cerca de la puerta. Escucho que alguien le echa agua al inodoro y que el chorro sigue abierto. El coyote intenta abrir la puerta, pero Patricia no lo deja y le dice que ellas necesitan seis minutos porque son dos personas. Alegan un rato. «¡Cinco!», le grita el coyote a ella, y después de cinco minutos Patricia y Carla salen del baño vestidas con sus ropas más bonitas. Patricia no se bañó. Carla tiene el pelo mojado. O tal vez Patricia sí se bañó, pero no se lavó el pelo. Yo qué sé. Tía Mali hacía eso a veces. Patricia sale con toda su ropa mojada que lavó a mano y que chorrea. Patricia deja un caminito de gotas en el suelo.

—Me toca. —El Chino se señala a sí mismo y entra al baño, quitándose la camiseta.

Le miro las costillas y la espalda. Su abdomen musculoso, los tatuajes que tiene en el pecho y un arete de metal en la chiche. No sabía que uno puede ponerse aretes ahí. Marcelo y Chele hacen caras, pero El Chino cierra la puerta. El coyote también hizo caras cuando vio a El Chino, pero no dijo nada. No sé si le estaba viendo los tatuajes o el arete.

—Vengan acá. —Patricia me jala del brazo.

Carla camina a la par de nosotros y hacemos fila para lavarnos los dientes. Al fin tengo tiempo de ponerme mis zapatos de velcro y que ahora huelen a moho porque se me mojaron.

Uno por uno, El Chino, Marcelo y Chele se juntan con nosotros después de bañarse. Todos nosotros nos vemos «bien». Todos llevamos pantalones y camisas de vestir. Patricia tiene puesta una blusa negra y unos bluyines oscuros, y Carla viste una camiseta negra.

Mientras esperamos, Patricia saca un estuche de maquillaje, que le he visto usar en las mañanas. Tiene pinturas de muchos colores y un espejito que usa cuando se pone pintalabios. Hoy se pone uno rojo claro, mi favorito. Después le peina el pelo a Carla y le hace una cola de caballo con una cola negra con bolitas blancas en los extremos. Se miran bonitas y huelen a rosas. Yo también huelo igual que ellas. Me gusta. Me hace sentir como que soy parte de su familia.

Llegamos al lavamanos y está bien chuco. Hay pasta de dientes seca en el chorro y los lados del lavamanos, saliva con sangre, mocos grises y pelos en los lados. Los coyotes nos dijeron: «Solo usen el agua que necesitan. No más».

Me tengo que cepillar dos veces para quitarme el sabor de gasolina de la boca. Pero igual siento su olor en mi piel, pero el aroma a rosas lo esconde. Me quité la sal, pero no el olor a gasolina. Tengo gasolina en el pelo, dentro de mis uñas, entre las piernas, en mi camisa, mi pantalón, mi calzoncillo. O tal vez tengo el olor atrapado en mi nariz y en mi lengua. La ropa que lavó Patricia ya casi no tiene ese hedor. No somos los únicos que hicimos esto. Otros lavaron sus ropas. Unos las

cuelgan de sus brazos para que se sequen más rápido. Otros las ponen sobre sus mochilas o en el piso, pero ahí no les pega mucho el sol. Alguien quiso abrir la puerta, pero había un coyote afuera.

«Hasta las ocho», dijo. Luego el coyote de adentro, el que estaba a la par del baño, dijo lo mismo y: «Ustedes son unos pinches migrantes». Otra vez esa palabra. «¡La gente puede llamar a la policía y ellos se los llevan a ustedes, o los asaltan, o los matan!».

No tenía que gritarlo. Todo el mundo lo escuchó. Dijo la palabra «matan». Esa es la palabra. Es como una planta. Como una mata de aguacate. Una mata de limón. Una mata de cristal. Cadejo. Cadejito. No me quiero morir.

Carla abraza a su mamá y ella me jala cerca de ellas.

—No les va' pasar nada —dice Patricia.

La cara de Chele es del color de su lengua. Ya no se parece al Buki. Tiene la cara grasosa y llena de sudor, y eso que ya se bañó. Los granos que tiene en la cara están más rosados que antes.

—Son casi las ocho, prepárense —dice el coyote de afuera, que tiene medio cuerpo adentro de la casa. Es bien panzón. Lo único que vi antes de que cerrara la puerta fue su panza.

La gente empieza a levantarse y forman una fila frente a la puerta.

—¡Los del último baño! —grita el coyote de adentro.

Los dos hombres al final de la fila esperan entrar al baño.

Chele dice una palabra que no he escuchado antes: inminente. «El bus para el D.F. es inminente». Chele suena puro gringo cuando dice eso. Puro detective. Puro Chuck Norris. Van Damme. Puro Steven Seagal como cuando busca una pista para agarrar al malo.

Creo que Marcelo y El Chino tampoco saben qué significa esa palabra.

—¿Qué dijiste, vos cerote? —dice El Chino.

—Que ya nos vamos.

—Vamos a echarnos un cigarro, pues —dice Marcelo, esperando que alguien cerca de nosotros tenga cigarros.

Nadie dice nada. Estamos hasta adelante. Chele, El Chino, Patricia, Carla y después yo. Marcelo está hasta atrás.

Unos minutos después alguien abre la puerta de enfrente, la abre de par en par, y la luz pinta todo de un amarillo bien brillante.

—¡Vámonos! —dice el coyote que está afuera. Tiene puesta una camiseta.

—¡Ándale, ándale! —dice el coyote de adentro, más fuerte y somatando la puerta del baño.

La gente empieza a caminar.

—Te dije —dice Chele, viéndonos a nosotros y sonriendo, pelando los dientes.

La gente mete todo en sus mochilas. Patricia agarró toda nuestra ropa húmeda y la metió en una bolsa plástica. Casi está seca, pero no demasiado. Espero que no agarren olor a moho como mis zapatos.

Cerca de la puerta el calor nos da de frente en la cara. Es una llama ardiendo. Cuando salimos al caminito de cemento que está antes del camino de tierra, donde están parqueados los picops, vemos que el coyote de la camiseta reparte una bolsa de donas o una de conchas Bimbo a la gente. Ojalá me toquen donas. Son mis favoritas. El polvo blanco de las donas es bien dulce y siempre me mancha los labios. Me gusta hundirlas en un vaso de leche caliente o una taza de café. Pero no tengo ni leche ni café. En vez de eso otro coyote nos da una botella amarilla de jugo Tampico. Él viste de tenis, chores y camiseta. No lo hemos visto antes.

—Tu desayuno —dice el coyote de camiseta y me da una bolsa de donas, la bolsa es verde como las que venden en El Salvador.

El crujir de la bolsa plástica me recuerda a mi casa. Abuelita Neli vende de estas donas, y casi cada mañana nos comemos una bolsa entre los dos. Extraño a Abuelita Neli. A esta hora de plano ya puso su puesto de pupusas. Igual que La Chele Gloria. Me gusta la parte verde del paquete donde está el osito Bimbo sonriendo.

—¡Súbanse al camión! —gritan los ocho coyotes; hay dos por cada

picop.

Agarramos para donde está el mismo picop 4 × 4 rojo que nos dejó acá hace unas horas. Hacemos lo mismo que hicimos en la mañana. El Chino se sube y sube a Carla. Marcelo me sube a mí. Chele ayuda a Patricia.

—A ver, escuchen —dice el coyote de los Tampicos—. Nos vamos un camión a la vez. En la terminal de autobuses uno de nosotros se va a subir con ustedes en el camión que va para el D.F. Ahora son mexicanos. Mexicanos. ¿Me entendieron?

Es lo que Abuelito Chepe y yo practicamos debajo del almendro en Tecún. Soy de Guadalajara. Tengo la misma edad. El mismo cumpleaños. Repito el himno de México en mi cabeza. Le voy a Las Chivas. Soy igualito a la Usurpadora. A James Bond. Tenemos que decir que vamos camino a Guadalajara. Que venimos de la playa y que pasamos por el D.F.

El Chino se sienta en el borde de la cama del picop, igual que Marcelo. El Chino me mira y dice, «Ó-rale, carnal» con los pulgares para arriba y luego sonríe: sus dientes que son igual de delgados como él.

—Ó-rale —digo, le sonrío de vuelta y pienso en su hermano Oscar.

—Ya vas, bayunco. —Patricia le da un sopapo a El Chino en la espalda y lo voltea a ver, apretando las cejas.

Hacen como que si fueran familia y eso que no son nada. Carla sonríe; sus camanances aparecen y desaparecen cuando deja de sonreír. Todos esperan a que el chofer arranque el picop para irnos. Agarramos nuestras mochilas. Todos se miran cansadísimos. Hace calor afuera. Los parches mojados de mi camisa ya se secaron y se convirtieron en sudor.

La gente del segundo grupo se divide en dos picops y salen antes que nosotros. La rodilla izquierda de El Chino tiembla, se mueve de arriba abajo. La rodilla de Marcelo también. Hacían lo mismo en Ocós cuando cenábamos. Ahora, que visten sus camisas bonitas, no se le

pueden ver los tatuajes. Chele se sienta encima de la llanta, que está en la cama del picop, justo enfrente de Patricia. Carla está sobre la pierna izquierda de su mamá. Yo voy en la pierna derecha. Entre los tres ocupamos todo el asiento.

Nuestro picop va de último. El coyote que viste una camiseta y que estaba entregando los Bimbo es el chofer y el coyote que estaba somatando la puerta del baño va de copiloto. Él golpea el techo de la cabina y grita, «¡Agárrense!» y el picop avanza temblando por el camino de tierra hasta llegar a una calle de asfalto.

Rebasamos carros, bicicletas, motos, vendedores, gente haciendo lo que sea que hacen en la mañana. El aire se siente rico. Ya nadie pregunta, pero ¿será que Don Dago va a estar en la terminal de buses?

Lo primero que Marcelo les preguntó a los coyotes cuando llegamos al edificio abandonado fue que si ellos sabían dónde estaba Don Dago. Patricia también les preguntó.

—Más adelante, en el D.F. —dijo uno de los coyotes, y ya.

Avanzamos por unos minutos y llegamos a una terminal de buses que tiene unas columnas altas de cemento y un techo de metal. Está lleno de gente. Paramos a un lado de la calle.

El coyote que va de copiloto sale del picop y dice:

—Los grupos de Don Dago y Don Ignacio vienen conmigo. —Tres hombres salen del picop. No los reconozco. No estaban en nuestra lancha. Los Seis también nos bajamos—. Los demás esperen aquí. Ya viene su persona.

Los otros tres hombres no son bien altos. Todos seguimos al nuevo coyote que no nos ha dicho cómo se llama, y eso que lleva gritándonos por horas. Es algo gordo y camina despacio. Es tan alto como Chele y más alto que Patricia y los otros tres hombres que no había visto antes. A todos se nos nota que no somos de aquí, por las mochilas. La gente de acá no lleva muchas cosas, o las cosas que llevan se nota que las compraron en algún mercado acá cerca, gallinas, cartones de huevos, vegetales, ropa.

Caminamos hacia un banco de metal.

—Siéntense. Nuestro bus es el de allá. Es aquel de allá. —A este coyote le gusta repetir lo que dice—. Ahora esperamos. No hablen con nadie. —Está ronco por tanto gritar.

No le hablamos a nadie. Nadie habla con nosotros.

Esta terminal de buses es mucho más pequeña que la de San Salvador. Nadie hace ninguna fila. La gente parece puro banco de peces, que espera pacientemente a nadar y cruzar la puerta. Miro alrededor, a las personas de los otros grupos, pero no reconozco a nadie. Todos parecen que son de por acá. Hace mucho ruido aquí. Los buses. Los vendedores. La gente esperando. Los chuchos de la calle que huelen todo y a todos, pero que no son cadejos.

Me siento a la par de Carla y ella está a la par de Patricia, quien está al lado del coyote. En el metal del banco permanece el calor de la persona que se sentó aquí antes que yo. Los hombres de Los Seis y los otros tres se amontonan en otro banco.

—¿Querés cigarros? —le pregunta Marcelo a Chele.

—Ahora son mexicanos, cabrones, así que hablen como nosotros —el coyote les dice serio pero amable—. O mejor ni hablen —agrega rápidamente y con autoridad—. Acuérdense que acá las cosas son diferentes. Digan «aguas frescas» en vez de decir «frescos», y a las «gaseosas» díganles «sodas». —Los hombres asienten un tanto molestos. Don Dago ya nos había dicho eso—. Vamos —les dice, haciéndonos señas. Se mira mayor, pero no tan viejo como Don Dago.

Antes de que los hombres se vayan, Patricia le dice a El Chino tan quedito y mexicano como puede.

—Compranos agua, por fa.

—Cóm-pra-nos —dice el coyote—. Cóm-pra-nos —repite, moviendo la cabeza—. Habla como si fueras de pinches Guadalajara.

Patricia hace un ruido con su boca, shhhck, como si estuviera chasqueando los labios, pero con más saliva y más lengua. Tía Mali hace el mismo ruido cuando algo no le gusta.

Mientras espero en el banco sentado, el mar vuelve a mis piernas, a mi panza. Las olas.

—Cuidado con lo que dicen —el coyote habla a nosotros y a los otros hombres—. ¿Tienes sed? —Voltea a verme.

Le digo que sí.

—¿Qué quieres tomar?

—Un fresco —le digo.

—¡Chingue su madre! ¡No! —El coyote trata de no gritar más duro. Se aguanta y levanta las manos al aire. Los tres hombres nuevos se ríen. Carla también. Yo miro abajo, al suelo. Pensé que había practicado, pero se me olvidó cómo hablar bien—. Aguas frescas. Aguas frescas —repite el coyote—. ¿Cuál quieres?

—Horchata.

El coyote va con el vendedor más cercano y regresa con una horchata para mí.

—Compártela con tu hermana —me dice—. Ahora ella es tu hermana. Y ella tu mamá. —Señala a Patricia—. Cambiaron las cosas. Y acá están tus papeles falsos, morrito. —Se los da a Patricia—. Todo es igual, menos tu apellido. Ten —dice firme, dándole a Patricia mis nuevos papeles falsos que ahora tienen el apellido falso de Patricia.

Se supone que iba a ser el hijo de Don Dago. ¿Ahora soy el hijo de Patricia? Ese no era el plan. Patricia mira al coyote, confundida.

—Háganle como si fueran familia. Así es más fácil y es mejor para ustedes, créanme.

Patricia voltea a verme y dice:

—Ojalá que sí. —Y mete los papeles en la bolsa derecha de su pantalón.

El Coyote otra vez camina donde está el puesto de aguas frescas. No quiero que Patricia se enoje o se moleste conmigo como cuando recién llegamos a Ocós. Cuando estábamos en la lancha me abrazó a mí y a Carla como si fuera mamá de los dos. Es como Tía Mali. Se llama igual que Mi Mamá. Es una señal. Es la que más me ayuda. Ella y El Chino.

Y El Chino hace como que si fuera familiar de ella.

—Y, ¿esto cómo se llama? —El Coyote le pregunta a Carla cuando regresa con las bebidas.

Ella se encoge de hombros. No se llama pajilla. Eso sí lo sabemos.

—Po-*po*-te —dice quedito, y levantando la pajilla.

Tomo un sorbo de mi horchata y casi la escupo. ¡Sabe a pura agua! Pero no digo nada. También es más clara que la horchata de El Salvador. El Coyote se ríe por la cara que hago.

—¿No te gusta?

—Sabe diferente.

Patricia agarra mi horchata y le da un sorbo. Hace igual que yo.

—Pura agua —dice.

Carla también toma y pone la misma cara.

El Coyote se ríe otra vez. La gente pasa cerca de nosotros y se nos queda viendo. Han de saber que no somos de aquí. Somos diferentes. Los de acá se parecen más a Marcelo. O a los otros tres hombres. Son un poquito como yo, pero no se parecen para nada a Patricia, Carla, El Chino y mucho menos a Chele. Son muy chelitos para mezclarse con la gente de aquí. Un poquito más morenos ahora que nos bronceamos, pero igual, bien chelitos. Ellos son como la horchata mexicana. Y los demás somos pura horchata salvadoreña. Pienso en el personaje que tengo que ser. No quiero que me agarren solo por el color de mi piel. Quiero mezclarme con la gente de aquí.

Nunca había pensado sobre colores de piel cuando estaba en La Herradura. Mi color de piel casi era igual que todos los demás, menos que la de los hermanos de Mi Papá, el barbero y otros compañeros de clase que eran más morenos, y la gente se burlaba de ellos por eso. Pero hay otros que son menos morenos que yo. Como la que me gusta, Margarita. O Patricia. Puras gringas. Siempre he pensado que soy del color de estopa de coco o pura madera flotante cuando está mojada. Pensé que los mexicanos iban a ser más como los que salen en las telenovelas. Pero ahorita los mexicanos se parecen más a Marcelo, a

Jesús, a Don Carlos. Los que resaltan son Patricia, Carla y El Chino. No quiero que los agarren.

—No vean a la gente a los ojos —nos dice El Coyote, cuando nos cacha a Carla y a mí viendo a la gente, que pasa cerca de nosotros y se nos quedan viendo.

—¿Por qué? —pregunta Patricia.

—Pa' que no les hablen.

Entonces escuchamos a alguien gritar:

—¡De efe! ¡De efe! —enfrente de un bus—. ¡De efe! ¡De efe!

—Este es el nuestro. —El Coyote voltea a ver a El Chino, Chele, Marcelo.

Patricia se levanta y agarra a Carla y a mí.

—Vámonos, hijos —dice Patricia y nos sonríe… Se da cuenta de su error y deja de hablar—. Eres —dice rápidamente—. Eres mi hijo —dice y me sonríe.

—Sí, mamá —respondo. Soy un buen actor, soy como Luz Clarita.

Los hombres regresan con cigarros en sus bocas. El Chino nos da nuestras botellas de agua. También compró golosinas y nos las da para tener algo que comer en el bus.

—El viaje es largo; intenten dormir. O háganse los dormidos. Hay retenes, pero a veces ni te despiertan —dice El Coyote, bien quedito.

Ya sabemos eso de los retenes. En Tecún, Don Dago nos advirtió que la policía y el ejército mexicano detienen los buses para revisar si alguien lleva papeles falsos. Pero nuestros papeles son papeles falsos bien buenos. También sabemos que, más que todo, revisan a la gente que ellos piensan que no son mexicanos. Que hacen las preguntas que practicamos responder, las que nos dio Don Dago en una hoja de papel. Yo practiqué mis ronquidos y cómo ver con los ojos cerrados, a través de mis pestañas.

—Pero si algo pasa, yo me encargo, ¿entienden? —El Coyote se asegura de que le estamos poniendo atención—. ¿Entienden?

Todos le decimos que sí. Los hombres se acaban sus cigarros jalando

duro. Luego, uno por uno, tiran las cabuyas en el suelo, cerca de los bancos y se paran en ellas. Tal vez fuman para quitarse el olor del mar. Hasta Patricia le pide a El Chino un jalón antes de que él termine de fumar.

—Ah, vaya, señorita —se burla de ella, pero le da lo último de su cigarro. Ella le da dos jalones sin toser.

—Al camión. —El Coyote le da un toquecito a la mochila de Patricia y todos caminan a donde está el banco de peces, cerca de las puertas del bus.

Patricia me toma de la mano con la misma mano con que agarró el cigarrillo. Ella huele a hojas de mango aplastadas y a humo de cigarro. Huele a las hojas que Abuelito Chepe barre y quema por las tardes.

Huele igual al olor del aliento de El Chino cuando estábamos en la lancha, a como olía su ropa, sus dedos siempre que abría o cerraba su chaqueta. Las veces que Marcelo me ayudó a subir o bajar del picop pude oler sus dedos. Los dedos de Patricia huelen a los dedos de Marcelo. Huelen a como huele el pelo de Chele. Ahora Patricia también huele así. Me agarra la mano y luego la suelta. Huelo mis dedos y sí, puras hojas de mango aplastadas y humo de cigarro.

Me empieza a gustar ese olor. El Chino voltea a verme mientras nos acercamos a la gente y me pregunta si yo también quiero fumar. Niego con la cabeza y me pongo detrás de Patricia y ella me vuelve a agarrar la mano.

—No jodás al bi… —Patricia deja de hablar y abre bien los ojos. Mira alrededor para ver si alguien la escuchó. Nadie nos está viendo. Ni siquiera El Coyote escuchó lo que dijo. Él nos lleva hacia las puertas del bus.

Recuerdo cuando los hombres pidieron que fuera a comprarles «gasolina en polvo» en Ocós. Toda esa semana le compré cigarros a Marcelo. Entonces cuando Marcelo, El Chino y Chele me pidieron que les fuera a comprar «gasolina en polvo», pensé que iba a ser algo parecido. Fui a cada tienda y decía, «¿Tiene gasolina en polvo?».

«Se nos acabó», «Esta semana no», «Déjeme ver. No. No tenemos», me decían los dueños de las tiendas. Hasta que llegué a la última y la dueña se empezó a cagar de la risa. Nunca había estado tan apenado en público. Regresé llorando a mi cuarto. Me sentía muy tonto. ¿Cómo pude haber sido tan pasmado? Me engañaron. A mí. Al primer lugar de mi clase.

Patricia me preguntó qué tenía. Lloré en mi almohada calladito, por si Carla se aparecía. No quería decirle, pero me siguió preguntando.

—Ah no. Ya la cagan. A la mierda con esos cerotes. Vení, vamos —dijo en el puro tono de Mi Mamá.

Me agarró de la mano y salimos del cuarto, subimos las gradas al segundo nivel del motel, donde a los hombres les gustaba fumar. Les gritó a Marcelo, El Chino y Chele como si fueran niños.

—Así aprende. Es una broma —dijeron.

Hizo que se disculparan conmigo muchas veces, de muchas formas. Patricia quedó contenta y antes de volver al cuarto, donde se había quedado Carla, me dijo que no confiara en ellos. Después Chele me dijo que me quedara a ver el atardecer con ellos y fui.

El Chino decía que solo era una broma, que no me sintiera mal. Marcelo dijo que sus tíos le hicieron la misma broma cuando él tenía cinco años. «No seas chillón», dijo, y me hizo sentir peor. Chele dijo que su hermano mayor le había hecho lo mismo. Que era una prueba. Después me preguntó si quería probar un cigarro. El Chino le dijo que yo estaba muy chiquito todavía, pero Marcelo vio a El Chino y le dijo:

—Va a hacer que agarre fuerza. Puro adulto. —Entonces le di un jalón.

El humo llenó mi boca, tocó mi lengua y el saco de boxeo que está al final de mi garganta. Un fósforo. Fuego. Un horno. Empecé a toser y no pude parar. Marcelo me dio un sopapo en la espalda, para que sacara todo el humo y dijo:

—Ya sos un hombre.

—Ya tenés pelos en los huevos —dijo Chele.

—Ajá. —El Chino asintió.

Entonces se rieron, pero no como se rio la dueña de la tienda. Se rieron como si fueran mis cheros. Cuando dejé de toser también me empecé a reír. Me sentía más grande. Y eso fue hace dos o tres días. Y me siento más grande. Fue como si el humo me hubiera dado el valor para subirme a esa lancha. Para no llorar. Para no zopiar. Para estar aquí en otro país sin Abuelito Chepe. Tengo miedo, pero ya fumé una vez. Ya sé cosas. Me están creciendo pelos en los coyoles. Tengo un Cadejo. Tengo a Patricia que está aquí agarrándome de la mano, cuidándome.

Al fin pasamos por el montón de gente. Las gradas del bus están limpias. Siento el aire acondicionado. Nunca había estado en un bus con aire acondicionado. Unas cortinas de terciopelo cubren las ventanas; está tan oscuro adentro que ni siquiera tengo que hacer como que estoy dormido. Es el bus más bonito al que me he subido. Es grande. Hay asientos libres y eso que hay un montón de gente.

Nos dividimos igual que siempre. Patricia, Carla y yo compartimos dos asientos. Estoy muy pegado a la ventana, pero los tres cabemos bien. El Chino y Chele están detrás de nosotros. Marcelo está solo, pero enfrente de los otros tres hombres. Dos de ellos se sientan juntos, detrás de Marcelo. El otro se sienta detrás de ellos. El Coyote está delante de todos nosotros, dos o tres asientos de la entrada. Nadie se sienta a la par de él. Se supone que no lo conocemos. Patricia es mi mamá. Carla es mi hermana.

El chofer camina por el bus y nos ve, pero no dice nada. La mitad de mi pierna está encima de la pierna de Patricia. Carla está más cerca del pasillo. Hace frío aquí. Saco mi suéter delgado de la mochila, el que no me logró calentar en la lancha. Sostengo mi mochila frente a mi pecho. Me recuesto en las cortinas de terciopelo, gruesas y suaves, y hago como que estoy dormido.

—Retén —dice Patricia, dándome un codazo—. Duermansen —me dice a mí y a Carla.

Hace frío y está oscuro adentro. Siento que el bus se orilla porque las llantas pasan sobre piedras. Las cortinas de terciopelo me golpean la cara. A través de las ventanas polarizadas parece que todavía es de día. Miro la hora. No han pasado más de tres horas desde que salimos. Ni siquiera es medio día.

Siento un hueso de pescado o un pelito en mi garganta. Me pica. ¿Será que estoy enfermo? Seguro es la gasolina. Ninguno de nosotros se ha enfermado hasta ahora.

—Es un milagro —nos dijo Don Dago en Ocós, antes de irse— Sigan así.

—Es porque comimos tierra cuando éramos bichos —dijo Chele.

Pero yo no comí tierra. Yo me enfermo a cada rato. Ojalá no esté enfermo ahorita. Estamos en un retén. Necesito toser. Carla se ríe de mí cuando se da cuenta que quiero tragar sin hacer ruido; siento como que tengo una flema en la garganta.

—Sonás puro gato —dice Carla bien suavecito.

—Es culpa del aire —sigue Patricia, y señala las rendijas de donde sale el aire acondicionado.

Toso un par de veces antes de que el chofer abra la puerta. Por el parabrisas veo a dos radio-patrullas bloqueando los dos carriles de la carretera. Una está frente a nosotros, como viéndonos y la otra mira al otro lado. Una fila de carros, buses y camiones esperan a que los soldados lleguen a hablar con ellos. Hay conos de color naranja en medio de la carretera.

—Dormite —repite Patricia.

El Coyote no voltea a vernos. Solo miramos la parte de atrás de su cabeza, rapada en los lados y llena de gel hasta arriba. Ya practicamos esto. Si alguien pregunta, no lo conocemos, es un extraño. Me recuesto en la cortina de terciopelo. No me quito los pizques para que los soldados piensen que sí estoy durmiendo. Soy de Guadalajara. Un

tapatío de a de veras. Me sé el himno nacional. Sé quiénes han sido los mejores presidentes. Conozco los tres equipos de futbol de mi ciudad. Le voy a Las Chivas.

El chofer apaga el motor y el bus deja de temblar. Cierro los ojos, pero los dejo un poquito abiertos para ver qué está pasando. Se abren las puertas. El chofer dice, «Buenos días».

Los soldados dicen, «Buenos días», y que tienen que revisarle los papeles a la gente.

Escucho a dos hombres subir las gradas y suenan como que traen botas puestas. Sus botas suenan diferente a los zapatos de todos los demás. Son pesadas. Ruidosas cuando caminan.

—Buenos días. —La voz del soldado es fuerte—. Venimos a ver si son los que dicen ser. —Hace una pausa—. Saquen sus papeles.

El chofer enciende la luz. Un luzazo en mis párpados convierte todo lo negro en naranja. Aprieto los ojos y espero que los soldados no me vean. Me quedo con los ojos cerrados. Los aflojo para que parezca que sí estoy dormido.

La gente abre sus bolsas, sus monederos, truena el plástico, las billeteras se abren de golpe. Me sudan las manos. No quiero que agarren a nadie de nuestro grupo. Las botas se acercan. Con los ojos cerrados imagino la bandera mexicana. Roja, blanca, verde. ¿O es verde, blanca, roja? Un águila está sobre un cactus comiendo una serpiente. Cactus. Águila. Águila. Cactus. Carla y Patricia no se mueven. Parece que el aire acondicionado ya no está encendido. El suéter que llevo puesto y la mochila que tengo sobre mí me dan calor, pero no me puedo mover. Siento que me sudan los sobacos.

El sonido de las botas se acerca hasta que se detiene en nuestra fila.

—Señora. Señora. Despiértese. —Es la voz de otro soldado más.

Quiero abrir los ojos. Su voz no es la misma de hace un rato. Viene de su nariz, no de su garganta. El hombre mueve a Patricia, lo siento en mi pierna. Aguanto la respiración. Si respiro significa que estoy vivo; si no, es porque me morí. Suelto el aire tan quedito como puedo

y justo como lo haría alguien que está dormido. Patricia le entrega nuestros papeles falsos. Él los hojea para ver si son de verdad.

—¿Son tus hijos? —le interroga.

Patricia hace como que se acaba de despertar y asiente tan fuerte que siento cómo se mueve su cuerpo. Un minuto. Dos minutos. Ya tengo un charco de sudor en mis sobacos, pero no me muevo. Respiro. Normal. Normal.

El hombre le entrega los papeles a Patricia y sigue al asiento que está detrás de nosotros. Quiero abrir los ojos, pero no los abro. ¿Lo logramos? Patricia no dijo nada. Somos mexicanos. Rojo. Blanco. Verde. Espero a que las botas se alejen lo más posible para soltar el aire, pero ni siquiera se mueven…

—Tú y tú. Levántense.

—¿Por qué? ¿Por qué? —dice uno de los hombres.

—Levántense. —Habla el primer soldado, el que hizo el anuncio.

—Afuera. Ahora.

Abro los ojos y volteo a ver tan lentamente como puedo. Son dos de los nuevos hombres que están con nosotros. Los más bajitos.

Uno de los soldados los acompaña a la puerta. Se les caen los hombros y llevan los ojos pegados al suelo. Luego otros dos soldados le piden sus papeles a una viejita. Ella dice que es del D.F., que es mexicana, pero igual los soldados le dicen que se levante, que salga. «Soy mexicana», repite. Cada vez más duro. No quiere levantarse. No quiere dejar las bolsas llenas de comida que tiene en el asiento de a la par.

—¡Lléveselos a ellos! Ellos no son mexicanos. Yo sí soy mexicana —dice la viejita, viendo a los que están sentados del otro lado del pasillo.

—¿Quiénes, señora?

—Ellos. Pregúntenles. Hablen con ellos. Así los escuchan hablar.

—Tú. Tú. Y tú. Afuera. Ya.

—¡Ahora! —otro soldado les grita—. ¡Afuera!

Los hombres caminan a la par de nosotros. Son ellos. Por ahí va la cabeza rapada de El Chino. Los hombros de Marcelo. La panza de Chele. Quiero gritar, sí son mexicanos. Yo los conozco.

Patricia nos ve a mí y a Carla. Pone sus manos sobre nosotros. Mueve la cabeza. Nos ve como diciendo, «No hagan nada». Nos aprieta los brazos. No me muevo. No abro mi boca. Los hombres se bajan del bus. Otro soldado, uno diferente, entra al bus. Tiene bigote y unos lentes de sol bien grandotes y una cara rectangular.

—¿Hay otros aquí que no sean mexicanos? —Hace una pausa. Su voz es seria y su uniforme limpio y bien hecho—. Si se entregan ahorita les irá mejor. El camión no se mueve hasta que los encontremos a todos.

Miro a Patricia, pero no voltea a verme, no mira a los lados, solo mueve las piernas. Me sudan las manos. El Coyote no se mueve. Sigue viendo hacia adelante. Nadie se levanta. El soldado del bigote se baja del bus.

La gente mira hacia afuera, a través de las cortinas y nosotros vemos también. Afuera los soldados hacen que los hombres se tiren al suelo, a pocos metros de donde está el bus, a un lado de la carretera. El del bigote camina enfrente de ellos y les hace preguntas, pero nadie dice nada. El sol golpea la cara de los hombres, la de Marcelo, El Chino, Chele y los otros tres hombres. El Coyote nos dijo que esto podía pasar. Que él se encargaría. Pero no hace nada.

El del bigote vuelve a entrar al bus y le dice al chofer que se espere y vuelve a salir. Todos los soldados, menos el que está parando el tráfico, rodean a Marcelo y los demás, mientras que ellos siguen ahí embrocados. Los carros que están detrás de nosotros empiezan a rebasarnos, porque el soldado les dice que pueden seguir. Patricia mira a El Coyote y él voltea a verla. Ella asiente, viendo la ventana, veo lo blanco de sus grandes ojos.

El Coyote le dice que no con la cabeza y no hace nada más.

Patricia frunce el ceño y hasta tiene la cara roja. Quita las manos de

nuestras piernas y de repente voltea a ver a la viejita y le dice:

—India pendeja, hija de sesenta mil putas, cerota mal parida.

Su boca, como la boca de un chucho rabioso, saca saliva como si fuera veneno. Nunca la he visto así de brava.

—Pinches mojados —le responde la viejita agarrando su bolsa. Su voz se quiebra como si tuviera miedo.

—Si no estuviera con mis hijos, le doy verga.

El Coyote voltea a ver a Patricia.

—¡Siéntate! No digas nada —le dice a Patricia y voltea a ver al frente.

—India pendeja —Patricia dice otra vez.

—¡Siéntate! —le grita El Coyote otra vez.

—¡Bajen a estos mojados! ¡Para afuera! —grita la viejita—. ¡Sáquenlos!

Otro soldado se sube al bus.

—¡Aquí, aquí! —La viejita nos señala.

El soldado camina rápido hacia nosotros.

—¡Tu madre! —Patricia le grita a la viejita.

El soldado intenta agarrarle la mano a Patricia.

—Sabemos caminar, hijueputa.

»¡Haga algo pues! —le grita a El Coyote—. ¡Agarren sus mochilas! —nos grita Patricia a Carla y a mí.

Luego lleva a Carla al pasillo y me jala de la ventana; siento sus uñas en mis brazos. El suelo se mueve rápido. Bajamos las gradas del bus y llegamos al piso de piedra. Siento el sol en mis cachetes, en mi nariz, mi frente; mis ojos se ajustan a la luz que se refleja en la tierra. Cadejo. Cadejito.

El soldado del bigote camina frente a los hombres diciéndoles:

—Ya no hay nada que hacer. Esto es México. Aquí tenemos leyes y ustedes las están rompiendo. —Ha de ser el jefe de los soldados; los otros cinco militares ni se mueven mientras él camina de un lado a otro. Nos llama «ilegales», «mojados», «criminales»—. Yo tengo el

poder de regresarlos a El Salvador, Guatemala, o de donde chingados sean ustedes.

Parece como si saliera vapor del asfalto. El bus sigue ahí. Carros esperan detrás del bus mientras un soldado le revisa los papeles a la gente. Antes estábamos en el bus, ahora estamos enfrente de pistolas. Veo rifles grandes que cuelgan de los hombros de los soldados. Armas pequeñas en sus cinturas. Tenía razón, los soldados sí llevan unas botas negras de cuero. Me recuerdo cuando las monjas nos dijeron que: «Durante una emergencia, pueden rezar de pie». Las pistolas de los soldados brillan cuando el sol les pega por un lado. Desde que se fue Abuelito Chepe cada noche, mientras estoy acostado en la cama, rezo un Padre Nuestro. Empiezo: Padre nuestro, que estás en el cielo…

—Tiren sus mochilas al frente. Todos ustedes —dice el soldado del bigote, habla con calma y sin gritar.

Veo a Patricia para ver si hace caso. Las mochilas de los hombres ya son islas negras en el suelo.

—¡Haga algo! —grita Patricia, viendo al bus antes de tirar su mochila al suelo. Yo también tiro la mía… hágase tu voluntad…

—Arrodíllense a la par de ellas —dice El Bigote.

Patricia se pone de rodillas a la par de Marcelo, que es el último de la fila de hombres. Carla se agacha al lado de su madre y yo al lado de ella. No hay nadie a la par mía.

—Con las manos detrás de la cabeza.

Todos nuestros brazos están detrás de nuestras cabezas, formamos una fila, estamos embrocados sobre el suelo y el suelo me lastima las rodillas. Trato de moverme lejos de una piedra que me puya la espinilla derecha. El sol me calienta mi pelo. La nuca. Mis manos. Todavía tengo puesto el suéter. El aire seco en mi cara, el calor…

—Quietos, que nadie se mueva.

—¡Espérate, espérate! —Al fin El Coyote se baja del bus, gritándole a El Bigote, quien le dice algo a otro soldado antes de hablar con El Coyote.

—¡Al suelo! —nos grita el soldado que tiene el pelo rapado a los lados y lleno de gelatina arriba—. ¡Boca abajo!

…nuestro pan de cada día… Cuando muevo los labios, sin querer beso el suelo. Me limpio la boca con la mano.

—¡No miren para arriba!

—Estiren las manos y las piernas.

Tengo las manos enfrente de mí, puro Superman. Como si estuviera volando. Como si fuera Goku. Miro a un lado y veo el bus. La fila de carros. Las llantas de los carros moviéndose, deteniéndose. La vieja nos ha de estar viendo. El chofer. Todos los que no dijeron nada.

Algunos de los soldados se parecen a Marcelo. Los demás se parecen a los otros tres hombres. Pero El Bigote se parece a los que salen en las telenovelas mexicanas. Su bigote es tan grueso como la llanta de una bicicleta. Es el único que no lleva una pistola grande, sino una chiquita, como la de Abuelito Chepe. El Bigote tiene su pistola en una funda que se mueve cada vez que él camina y se acerca a otro soldado. El Coyote, detrás de él, le suplica.

El Bigote dice algo y un soldado corre de vuelta al bus.

—Ya se les fue el camión. Ahora, escuchen —dice, viéndonos a todos mientras el bus empieza a temblar y se va. Todos miran a El Coyote quien está de pie y mueve la boca—. Tranquilos —dice, sus manos empujando el aire hacia abajo.

—A ver, a ver. Lleguemos a un acuerdo. —Al fin El Coyote habla duro para que todos lo escuchemos.

—Yo ya te dije lo que podemos hacer. —El Bigote se acomoda los lentes de sol, su voz es seria y más fuerte que antes.

—No. Es mucha lana. —El Coyote niega con la cabeza.

—Órale. —El Bigote le asiente a los soldados y sus manos tocan de arriba abajo nuestros cuerpos. Tocan puras arañas, buscan dentro de nuestros bolsillos, nuestras camisas, por todos lados. El Bigote dice que están buscando «contrabando».

No sé qué es eso. Trato de repetir la palabra. Con-tra-ban-do.

Cuando los soldados se acercan a revisarnos, veo la punta de sus armas, largas como las que usa Rambo. Pistolas de metal. Negras. El Bigote patea el suelo cuando camina enfrente de nosotros.

—Me agarraron de buenas hoy. Se las voy a dejar fácil. Convénzanme de que no los regrese a sus paisitos de mierda.

—¿Cómo? —dice alguien al otro lado de la fila. No puedo ver quién fue y tampoco reconozco su voz.

—Pues tú me dirás, indio. —Otra vez esa palabra. Todo mundo la dice como con saña, como si fuera una mala palabra. Nadie responde.

No sé qué decir. Cadejo, Cadejito… Cierro los ojos y me voy volando muy lejos. Subo más allá de las nubes. Estoy volando sobre las montañas, sobre lagos, ciudades, hasta llegar al Golden Gate. No escucho nada. Estoy en California hasta que de repente una lagartija, color tierra y muy pequeñita, se aparece enfrente de mí; está tan bronceada como yo y se mezcla perfectamente con el suelo.

—Si cooperan esto termina rápido.

Co-o-pe-ran.

La lagartija se acerca a mis manos. Con las manos me cubro los ojos y la cara del polvo que patean Las Botas. Es chiquitita. Le pongo de nombre Paula.

Hola, Paula.

Hola, Javier, dice, lamiéndome la cara. Tiene mucha panza y su panza es blanca e hinchada por los lados, como si estuviera embarazada. Y su cola es bien delgadita, puro pelito café.

—¡Quítense los zapatos!

—¡Vacíense los bolsillos!

Paula casi me lame los dedos.

—¡Sáquense toda la lana que tienen!

No sé qué significa esa palabra.

El Coyote le grita números a El Bigote.

No puedo mover la lengua. Paula se queda quieta. Estira las manos y piernas igual que yo, igual que todos nosotros. Con la panza en el

suelo nos parecemos a Paula, parecemos lagartijas. Cada vez que respiro levanto más polvo que llega hasta mi cara y se me queda pegado por el sudor. Mi nariz no me deja pegar la frente al suelo. El sol está muy fuerte. Mantengo un ojo cerrado cuando muevo mi cabeza a un lado para poder respirar. Paula no se mueve. No me abandona.

Paula dice, Todo va' estar bien. Todo va' estar bien y lame su cara con su lengua y entonces se va corriendo.

Las manos de Las Botas entran en mis bolsillos otra vez. En mis zapatos. Abren todas las bolsas de mi mochila. Sus manos, sus dedos, buscan por todos lados. Tocan, tocan, tocan todo. Cierro los ojos. Sus manos buscan en la parte de arriba de nuestros cuerpos. En la parte de abajo. Buscan en cada espacio. Se tardan más con Patricia. Paula sigue ahí, escondiéndose debajo de un arbusto.

Ellos sacan todos los billetes y monedas que llevamos y las tiran en el suelo, como secándolas al sol.

El Coyote le está hablando a El Bigote, quien nos pregunta si tenemos más dinero, dice que es nuestra última oportunidad.

—No —dicen los adultos.

Luego Las Botas recogen los billetes arrugados, las monedas brillantes y las meten en sus bolsillos. Yo no llevo mucho. Solo pisto para comprar golosinas. Como Abuelito Chepe me dijo, «suficiente para comprar uno o dos frescos».

Pero yo tengo pisto escondido en lugares secretos y nunca lo van a encontrar, le digo a Paula. Luego Las Botas caminan cerca del arbusto donde está Paula y ella se va. Veo sus pistolas, grandes y metálicas.

—¡Párense! ¡De rodillas!

—¡Pónganse de rodillas!

Las Botas nos apuntan con sus pistolas, como si fueran bocas u ojos. Los hoyos de las pistolas son como el que tiene la pistola de Abuelito Chepe, solo que estos son más grandes. Las pistolas son más grandes. Más largas. Cierro los ojos otra vez. El Coyote habla más fuerte.

—Si todavía tienen dinero, ahora es cuando.

Nadie dice nada. Siento que el sudor ya me mojó toda la camisa, el pantalón, siento toda la cara mojada. Nadie da más pisto.

—Quítense los calcetines —dice El Bigote.

Billetes verdes doblados en cuadritos caen de los calcetines de uno de los tres hombres que viene con nosotros. El Bigote se acerca a recogerlo.

El Coyote intenta detenerlo y Las Botas le apuntan con sus pistolas. El Coyote se queda quieto y levanta las manos.

—Dólares —dice El Bigote, acercándose al hombre de los billetes.

Cierro los ojos. Cadejo, Cadejito…

—Don Dólares —dice con sarcasmo.

—No miren —dice Patricia. Veo hacia adelante, al arbusto donde estaba Paula. Un golpe…

El hombre, Don Dólares, está agarrándose la cabeza. Lo escucho gemir, tratando de no llorar.

—No llorés, maje —le dice Marcelo, fuerte para que todos escuchemos—. Con huevos.

—Macho man —dice El Bigote, levantando la voz—. Entonces, ¿tú eres el macho man? —Se acerca a Marcelo.

—Bueno, ya —dice El Coyote, con su voz profunda—. Está bien —dice, con su voz normal—. Ya te voy a dar tu lana.

El Bigote sonríe, se aleja de Marcelo y camina hacia El Coyote, quien le entrega un fajo de billetes.

Padre nuestro…

Las Botas finalmente bajan sus pistolas.

—Ha habido un malentendido, señores y señoritas —dice El Bigote, caminando de un lado a otro—. Por favor, por favor, pónganse de pie.

Despacito todos nos sacudimos el polvo de la ropa. Carla abraza a Patricia. El Chino también la abraza. Marcelo se acerca a mí.

—Todo está bien, Chepito.

Me da palmaditas en la espalda. Me tiemblan las canillas. Las

manos.

Patricia camina hacia mí y me dice lo mismo.

—Todo está bien, bichito —dice. Dijo el -ito de Tía Mali.

Abraza a Carla que está a la par mía. Luego me abraza a mí. Todo está bien. Estamos en México. Don Dólares no está llorando. No le hicieron nada. Los otros hombres que van con él lo ayudan a levantarse.

Pero entonces El Bigote camina hacia donde están esos tres hombres, no con nosotros Los Seis.

—Ustedes tres, conmigo —dice.

Los hombres miran a El Coyote, confundidos.

—Espérenme —nos dice a Los Seis—. Espérenme aquí.

El Coyote corre a donde van los tres hombres; cada uno va con un soldado detrás de ellos. El Coyote les dice algo a los tres hombres. Mueven la cabeza. Le gritan.

—¡Vámonos! —dice El Bigote y se va a donde están las radio-patrullas.

Los soldados apuntan sus pistolas a los tres hombres. Meto mi cara al fondo del estómago de Patricia, igual que Carla hace con su pecho. Ella nos da palmaditas en la espalda y vuelve a repetir, «Todo está bien», una y otra vez.

Arrancan las radio-patrullas. Me separo del estómago de Patricia y veo a los tres hombres subiéndose a la parte de atrás de uno de los picops. Están rodeados de soldados. Los picops se van rápido. Ya no están los tres hombres. Nadie intentó pararlos. Nadie dice nada.

Cada vez se hacen más grandes las gotas de sudor que tengo en mis labios. Estoy empapado como si me hubiera bañado otra vez. Me quito el suéter. No puedo hablar. Busco a Paula, pero ya no está.

El Coyote corre de vuelta a donde estamos nosotros y dice:

—No pagaron lo suficiente. Ya no es bronca mía.

—Chorcha, maitro —dice Marcelo.

—Pero tú aquí sigues, ¿no, güey? —dice El Coyote—. Tú estás en

mi grupo.

Ya no hay nadie de las lanchas. Todos se fueron. Ya no están en la carretera ni las patrullas, ni los conos anaranjados. El bus se fue. Los carros pasan como que si no hubiera habido nada acá. Como si no estuviéramos aquí, al lado de la carretera, caminando hacia una terminal de buses bajera. Todo, todos se fueron.

Empezamos a caminar al medio día. Ya pasó la una. Las dos. Vamos abuzados por si aparece la policía o el ejército. No caminamos por la carretera principal. Andamos en una ruta diferente, por donde El Coyote dijo que pasan menos carros y donde hay pocos pueblos. Llevamos horas en este camino. Es de asfalto. Hay tierra a la par y cactus y arbustos, pero no hay ni un solo árbol para taparse del sol.

Si la policía o el ejército aparece, corremos detrás de un arbusto a escondernos. Gritamos, «¡Escóndanse!», si algún carro viene de frente o por atrás. Marcelo camina de espaldas, viendo a todos lados. Luego cambia con El Chino. Luego le toca a Chele. Si no es la policía o el ejército, El Coyote levanta un pulgar como hacen en las caricaturas. Dice que así es más seguro, que él levante el pulgar y que nosotros corramos a escondernos.

El Coyote nos pregunta si hablamos entre nosotros cuando nos subimos al bus o en la terminal. Nadie dice nada. Nos dice que siempre tenemos que usar nuestros acentos mexicanos. Siempre. «O, ¿saben qué? Mejor ni hablen. Ya no tienen dinero». Dice que ha hecho esto mil veces y que es culpa nuestra que estemos caminando. Dice que dejemos que él hable por nosotros.

Todavía no nos ha dicho su nombre. No nos dice nada más. Solo que es mexicano, pero no del «pinche» sur de México, donde estamos ahorita. Llevamos horas caminando bajo el sol y no hemos parado ni una vez. Hace mucho calor y el asfalto está todavía más caliente. Sentimos como que si se nos fueran a derretir los zapatos. Nos

quitamos la ropa. Patricia pensó que era una buena idea ponernos la ropa mojada, la que ella lavó por mí. Sí, nos refrescó por un rato, pero otra vez tenemos calor. Estamos sudando como cuando estábamos acostados en el suelo. Las pistolas. Las manos.

El plan es pedirle jalón a alguien. Tiene que funcionar. El Coyote dice que Las Botas se llevaron casi todo nuestro dinero. Que tenía que dárselo a ellos. Y que por eso no podemos irnos en bus. Que tenemos que ahorrar lo poco que nos queda.

El Coyote dice que Don Dólares la cagó, «que la cagó grueso». Que Las Botas solo quieren asustar a la gente y en verdad no les gusta deportar «Porque es mucho trámite», dijo.

—Es por eso que tienen que guardarse el dinero donde no se los busquen. Ellos no más quieren algo de lana —agregó.

Me recuerdo que Don Dago nos dijo que no escondiéramos el pisto en nuestros zapatos, en los bolsillos o en los calcetines. O que usáramos doble calcetín y que escondiéramos el pisto entre calcetín y calcetín.

—Cipotillo, no te ahuevés —me dice Chele mientras vamos caminando. Está sudando y respira profundo. Cipotillo. Se le ocurrió decirme así. Nadie me ha dicho así—. Somos el único país en el mundo que lleva de nombre el nombre de Dios. Ponele coco.

No sabía que Chele era religioso.

—Cabal, es una buena señal —dice El Chino.

—Eso significa que Él nos va a ayudar a que lleguemos a… ¡Los Estamos Unidos! —dice Chele, gritando la última parte.

No hay carros. No hay gente, solo nosotros. Nadie le dice nada a Chele.

Los Estamos Unidos. Me gusta eso. Para allá vamos. Juntos. Para estar con nuestras familias. La última vez que hablé con mis papás fue en Tecún, cuando Abuelito Chepe los llamó. Ninguno de nosotros ha llamado al norte. Cuando Abuelito Chepe se fue, esa fue la última vez que hable con alguien, con Abuelita Neli, con Tía Mali, Lupe, Mi

Mamá, Mi Papá. Los extraño a todos.

¡A Los Estamos Unidos! Quiero gritar igual que Chele. Pero solo sigo a los demás. Caminamos hasta que las canillas nos dicen que ya no, y El Coyote dice:

—Descansemos. Alguien tiene que pasar.

—Ya tuvimos mucho por un día —añade Patricia.

Nuestro Capitán Coyote levanta el pulgar y nosotros nos escondemos en los arbustos que están a la par de la carretera. Todos nos acercamos a Marcelo y él nos empieza a explicar qué significa faak. Siempre que un carro pasa cerca de nosotros y desacelera, pero sigue de largo, Marcelo grita, «¡Faaak!». Nadie sabe qué significa esa palabra.

—Es inglish —dice Marcelo. Nos cuenta cómo era vivir en Los Ángeles, donde él estaba antes de que lo mandaran de vuelta a El Salvador. Nos cuenta que no quería regresar, pero los gringos lo agarraron. No sé qué significa eso, pero nadie le pregunta.

Abuelito Chepe tiene razón. La gente del pueblo dice que Marcelo no regresó porque quería.

—Allá aprendí un poquito de inglish. —Cuando Marcelo habla todos lo miran. Luego dice—: La USA es el mejor país donde he estado. —Se acerca a mí—. El mejor país del mundo, Chepito.

Es mi oportunidad. Le pregunto si son ciertas algunas de las cosas que he escuchado.

—¿Es cierto que en las escuelas los niños comen pizza? ¿Que los niños comen hamburguesas a cada rato? ¿Que las calles están limpias y que hay McDonald's por todos lados? ¿Que el agua del mar es azul claro y las playas son amplias como en *Guardianes de la bahía*?».

Él dice que sí, sí, sí y sí. Todos sonríen.

—Bueno, pero decinos que es eso de faak —dice Patricia.

—Es una mala palabra.

—Decinos, hombre —dice Patricia.

—¿Y los bichos? —Voltea a vernos.

—Va pues —dice Patricia acercándose a Marcelo que le dice algo en oído. Patricia se pone bien roja y se le salen los ojos.

Todos se ríen.

Otro carro pasa cerca, pero sigue de largo.

—¡Faak! —dice Marcelo.

—¡Faak! —grita Patricia.

Luego El Chino. Luego todos Los Seis dicen lo mismo: «¡Faaak!». El grito nos sale de la panza. Nos pasa por la garganta. Y revienta afuera de nuestras bocas bien abiertas. Nos cagamos de la risa. Todavía no sé qué significa. Al principio quería que los carros pararan. Pero ahora parte de mí espera que sigan de largo para que podamos seguir gritando: «¡FAAAAKKKK!».

Ya es tarde. No es de noche, pero casi. El Coyote tiene una idea.

—A la gente le gusta ayudar a las mamás con sus hijos, ¿no? —dice.

—Puesí.

—Cabal.

Al rato Patricia, Carla y yo, y El Coyote, esperamos sentados al lado de la carretera a que pase alguien. Estamos bien requemados. Ya casi no tenemos agua. Nos comimos todas las golosinas que compramos en la terminal. Las plantas de nuestros pies están bien calientes, puros carbones.

Entonces un microbus gris se acerca a nosotros.

—¿Hacia dónde van? —pregunta el chofer.

—Pa' donde usted vaya, jefe —dice El Coyote, viéndonos para asegurarse que no digamos nada.

—¿Cuántos son?

—Seis. Conmigo siete.

El chofer toca el volante con sus dedos. Mira hacia adelante y luego mueve la cabeza para atrás bien rápido, pura cola de chucho.

—Súbanse. No querrán estar aquí toda la noche.

Patricia suspira. Yo sonrío. Carla sonríe. El Coyote llama a Marcelo, El Chino y Chele, que están detrás de los arbustos.

—Son inofensivos —le dice El Coyote al chofer, viendo que Patricia, Carla y yo estamos ya en el microbús, y él sosteniendo la puerta con una mano.

Los hombres se suben. Adentro solo hay una persona, en el asiento del copiloto. ¿Un cliente? ¿El hermano del chofer? El chofer no dice nada, pero el pasajero también lleva una mochila.

—Vamos para Acapulco, ¿está bien?

—Órale —dice El Coyote.

Acapulco. He escuchado Acapulco. Me siento en la fila de hasta atrás, en las piernas de Patricia. Carla está a la par mía. El Chino a la par de ella. Los otros hombres se sientan en el asiento de en medio.

No hay aire acondicionado. El chofer tiene todas las ventanas abajo, para que entre aire al microbús. El Chino abre las ventanas triangulares que están hasta atrás. Son chiquitas y por ahí solo entra un vientecito, pero es mejor que quedarse en los arbustos.

—Descansen —dice El Coyote, volteando a ver a Carla y a mí, específicamente. Todavía no nos ha dicho su nombre—. Aquí estamos bien —dice, con su voz un poco ronca todavía. Lleva todo el día así, desde que empezó a gritarle a toda la gente de las lanchas, que estaban bañándose o usando el baño—. «Tres minutos», me recuerdo cómo decía.

»Estamos bien, descansen —repite. Nadie dice nada. El chofer enciende la radio. Suenan Los Temerarios, «Como te recuerdo». Me gusta mucho esa canción. A Tía Mali también le gusta mucho. Y a Abuelita Neli. Empieza suavecito, bien callado. Y luego agarra velocidad y los músicos suben el volumen; es como un cuete estallando justo antes del «Como te recuerdo, amor. Si tú supieras cuánto te extraño…».

Entra el vientecito por la ventana. Extraño mi casa. A mi familia. Me quiero dormir. Trato de cerrar los ojos. Estamos en México. Vamos de camino a Acapulco. El sol es un puntito en el cielo. Es el mismo sol que vi salir hoy en la mañana, en esa playa tan bonita. Siento como

que fue hace días. Las lanchas, los soldados, el caminar, los peces voladores, la playa, los camiones, la regadera, los tres minutos.

5

Esperando
29 de abril, 1999

—Hasta aquí los puedo traer —dice el chofer mientras aprieta el freno y me despierta; yo estoy en el asiento de atrás. Él voltea a ver a El Coyote, que está entre Marcelo y Chele, en el asiento delante del nuestro—. Les recomiendo que caminen hacia allá. —El chofer señala con su cabeza hacia el lado derecho del microbús—. Yo voy para aquel lado. —Voltea y apunta a su lado izquierdo, con el motor aún encendido.

—Gracias, compadre. —El Coyote saca un poco de pisto de sus bolsillos, unas brillantes monedas plateadas con unos bonitos anillos dorados alrededor. La primera vez que vi pesos fue en Tecún, cuando Abuelito Chepe cambió unos quetzales en la tienda de Don Carlos.

—Gracias —dice el chofer, volteándonos a ver a todos y mientras recibe las monedas de El Coyote.

El Coyote le hace señas a Marcelo y es él quien abre la puerta corrediza del microbús. Cada uno de Los Seis le dice gracias al chofer. Marcelo. Chele. El Chino. Carla. Yo salgo antes que Patricia y mientras ella se baja del microbús el chofer le agarra la mano y le dice:

—Buena suerte. Cuida a tus hijos.

Patricia no dice nada, pero le asiente sin sonreír. ¡Engañamos al chofer! Cree que somos familia. Le agarro la mano a Patricia y digo: «Vámonos, mamá» bien duro, para que escuche el chofer. Patricia me mira y entrecierra los ojos, sonriendo. Soy un buen actor.

—Bienvenidos a Acapulco —dice El Coyote, dándose la vuelta y con los brazos abiertos.

No deberíamos estar aquí. Al menos no según el plan original de Don Dago o la ruta que dibujó Abuelito Chepe en el mapa. Pero conozco Acapulco. He escuchado de ella en películas y telenovelas. Luz Clarita vino para acá. El aire viene corriendo desde la costa. Desde aquí arriba el mar parece puro charco o un cráter o un hoyo. Estamos arriba de un cerro, que me recuerda a los volcanes de La Herradura.

Debajo de los postes de luz el pelo de Patricia se mira más claro. No chele-chele, pero casi. Cuando estábamos en San Salvador me di cuenta que tenía las puntas pintadas, pero ahorita ya casi se le fue el tinte. Me recuerdo que Tía Mali quería pintarse el pelo rubio, porque todas las que salen en la tele lo tenían pintando así.

—No te vayás a arruinar el pelo así —le decía Abuelita Neli a Mali, siempre que una mujer con el pelo pintado pasaba enfrente de la casa o hacía fila para entrar a la clínica. Todos se burlaban de esas mujeres a sus espaldas—. Mirá, un chucho aguacatero que se cree de raza —abuelita Neli le gustaba decir—. Viejas oxigenadas. Se creen gringas.

Ya se fue el sol, es casi de noche y el mar está ahí no más. Las estrellas empiezan a aparecer en el cielo. Me gusta pensar que hay un gigante que tiene la tierra en una mano y una aguja en la otra, y que le hace hoyitos al cielo, un hoyito por aquí, otro por allá y allá…

—Caminen para arriba. Conozco un motel por acá.— El Coyote todavía está medio ronco.

La gente pasa a la par de nosotros, pero en dirección contraria, como yendo a la playa y medio bailando en la cuneta de cemento.

Cuando llegamos a un motel de tres pisos, El Coyote nos dice que esperemos afuera mientras él se mete al motel.

—Faak, estamos en Acapulco, maje —le dice Marcelo a Chele, y cada uno fuma un cigarro, El Chino también; El Chino siempre está fumando con ellos.

—Chimeneas —dice Patricia, sacudiendo la cabeza. Así les puso de apodo. Ellos no le dicen nada.

—Ni en cien años, pensé que iba a estar aquí —sigue Marcelo.

Le gusta decir eso, «Ni en cien años». No sé bien qué quiere decir con eso. ¿Ya vivió cien años? No. ¿Piensa que no va a vivir más de cien años? Yo no me quiero morir antes de cumplir cien.

—Igual yo —dice Chele—. Qué chivo.

—¿Chivo? ¡No jodás, cerote! Está cosa seria —le dice El Chino a Chele, meneando la cabeza. Hace una pistola con su mano derecha y hace como que quiere señalar algo en el cielo.

—¿Ve'á? —dice Marcelo, dándole un jalón a su cigarro.

—Puesí —responde El Chino, y se acaba su cigarro y tira la cabuya en la cuneta. Están siendo más buena gente entre ellos. Casi siempre El Chino se queda con Patricia y Carla. Los he visto fumando juntos, pero cuando fuman nadie habla.

El Coyote sale afuera del motel. «Un cuarto», dice. Nadie hace nada. El Coyote tiene dos juegos de llaves y camina hacia la puerta de enfrente. Nosotros vamos detrás de él. Lo seguimos por un corredor que da a un jardín. En el jardín hay dos palmeras bien altas y entre las ramas se miran las estrellas. Hay helechos, banderas españolas, orejas de burro y cadenas de corazones que adornan las orillas del jardín. Abuelita Neli justo tiene de estas plantas en la casa. Pasamos por el jardín y luego subimos unas escaleras de cemento hasta llegar a nuestro cuarto en el segundo nivel. El Coyote gira la llave, abre la puerta solo un poquito y nos voltea a ver, sonriendo.

—Pinches cerotes suertudos. Allá está la Bahía de Acapulco.

Desde acá se ve que hay una puerta corrediza que da al balcón. Quiero ver la bahía. Las luces. El mar. La luna encima de todo. Las estrellas. Los árboles moviéndose, empujados por el viento.

—¡Voy a ver a mis papás! —grito sin querer.

—Sí, vos —dice Marcelo—. Ya sabemos, Chepito.

—Pues sí —responde El Chino, tocándome la espalda.

—Ajá, cipotillo —me dice Chele.

Patricia me aprieta la mano más fuerte. Carla me mira, riéndose de lo que acabo de decir.

—¿Qué dijiste, morro? —pregunta El Coyote. No escuchó lo que dije.

No digo nada.

Me doy cuenta que nunca he dormido en un segundo piso. ¿Será que voy a soñar cosas raras? ¿Será que voy a soñar algo? ¿Qué vamos a hacer si hay un temblor? ¿Si hay un incendio? Mejor ni pregunto. Me da pena saber que dije lo que dije en voz alta. Nadie de Los Seis habla de lo que van a hacer o a quién van a ir a ver en La USA.

Hablamos un poquito de eso en Tecún y algo en Ocós, pero solo cuando los hombres se ponían bien bolos. Así me enteré que Marcelo quiere construir edificios, casas, calles, puentes, cualquier cosa grande y «que dure». Creo que eso es lo que hace Mi Papá allá. Marcelo dice que él hacía eso en Los Ángeles. Que le gustaba pasar donde había una pared o una cuneta que él había ayudado a construir. «Trabajo duro. Trabajo de hombres», dijo.

El Chino quiere trabajar en restaurantes, sirviéndole a los «gringos ricos, a los famosos y a la gente bonita». A El Chino le encanta la comida. Sabemos cuando a él le gusta lo que comemos porque sonríe con la boca llena, haciendo ruidos y meneando la cabeza. Su mamá tenía un restaurante y él trabajaba con ella. Por eso me cae bien. Por eso a mí también me gustan los restaurantes. Me gusta ayudar a Abuelita Neli. Ver cómo prepara las pupusas, el curtido, horchata, chan. Me gusta ser el que prueba sus platillos. Ser el que le dice si le hace falta algo a su comida. ¿Tal vez quiero ser un chef?

A Chele le gustan los carros. Los furgones grandes, como los que salen en *Dos mujeres, un camino*. Nos dijo que un primo o tío, no me recuerdo bien, tiene un furgón que maneja por toda La USA. Quiere manejar por las ciudades, pueblos, ver paisajes, ir «choteando», dijo.

El esposo de Patricia trabaja cortando palos de todas clases. No sabía que eso era un trabajo. No me gusta cuando Abuelito Chepe corta los palos de coco aún cuando tienen plaga. Pero ella quiere cortarles el pelo a otras mujeres, peinarlas, pintarlas. Quiere tener su

propio salón. Le va eso de ser estilista. Se mira bonita cuando se pinta. A Carla, igual que yo, le dan curiosidad las escuelas gringas y quiere estar con su hermanita más pequeña, que ya está allá en La USA con su papá. Yo no sé qué quiero ser de grande, pero quiero aprender a nadar, así puedo nadar en la piscina de mis papás, la que tienen en su gran jardín. ¿Será que la casa de mis papás tiene dos pisos? ¿Un balcón como el de este motel?

Todos corren al balcón. Patricia, la última en entrar al Cuarto 205, cierra la puerta detrás de ella. Le cuesta cerrarla. En la sala hay una tele chiquitita, una mesa de vidrio y dos sillas de plástico. El piso tiene azulejos medio rotos y juntos forman rombos y la punta de los rombos apunta al balcón. Todos miramos a las montañas que nos rodean, a las estrellas, la luna, el agua y unas lanchas. ¿Será que el Hombre Gritón llegó al D.F.? ¿Será que lo bajaron del bus? Desde que llegamos a aquella playa, nos la hemos pasado caminando o durmiendo sin parar. No me recordaba del mar. Creo que puedo ver las olas desde acá. Ahora conozco las olas como no las conocía antes. Las conozco bien-bien. Mi Papá era pescador. Tal vez siempre tuve el mar dentro de mí.

La música en la playa llega hasta aquí. No sabemos qué canción es, pero a lo mejor la gente está escuchando a Los Temerarios, igual que el chofer del microbús. O Bronco. O Los Bukis. Es lo que suena en todas las estaciones de radio en El Salvador, Guatemala y acá también. Marcelo, El Chino y Chele tienen una gran nube de humo sobre sus cabezas.

Camino hacia la baranda de metal que rodea el balcón. Está pintada de blanco. Saco la lengua y siento el sabor de la sal en el aire. Me gusta A-ca-pul-co. Desde que llegamos a Ocós hay sal en el aire. Aquí hace más frío. Estamos más arriba, más cerca del cielo. Juego a que soy el gigante, que tiene la Tierra en la mano y miro a la gente pequeñita y que está lejos, en la playa.

Los hombres entran al cuarto después de aventar las cabuyas desde el balcón. Yo me quedo en esta lancha de cemento, flotando en el aire,

solo y con los pies puestos en el primer peldaño de la baranda de metal. Siento que soy alto. Que soy fuerte. Como un adulto. Que puedo controlar el viento. Las olas. La gente que está en la playa, que desde acá se miran puras moscas volando cerca de la basura. Aprieto la baranda. Empujo a la gente y ellos se mueven. Puedo hacer que las estrellas aparezcan y desaparezcan. Mi dedo índice es la aguja con la que le hago hoyos al cielo donde aparecen las estrellas. Aprieto el metal de la baranda. Lo aprieto más duro y la gente baila.

El Chino sale del cuarto donde estaba hablando con Patricia y Carla, y les dice a los hombres:

—Vamos a fregar.

—Vamos pueeeeeees —responde Chele, alargando la e y dándole un sopapo a El Chino en la espalda.

Marcelo asiente la cabeza. El Coyote también, pero antes de que se vayan El Coyote les dice:

—Pónganse la ropa buena, por si acaso.

¿Cómo así «por si acaso»? No entiendo, pero igual los hombres corren al baño a lavarse y secarse los sobacos y a echarse perfume por todos lados, en las manos, el cuello, pecho, en las camisas. Cuando salen del baño dejan una nube jedionda en el cuarto.

Patricia espera un minuto, por si a los hombres se les olvidó algo, y cuando no regresan nos dice que el cuarto es nuestro, que la cama es nuestra, que ya es tarde, que es hora de ir a dormir. Pero no son ni siquiera las 9 p.m.

—Vamos a la cama, que hay que descansar —dice Patricia, cantando. Es la canción que cada canal salvadoreño pone a las diez de la noche, cuando pasan la *Familia Telerín*, y es la señal para que me vaya a dormir. Me recuerdo que los personajes de la *Familia Telerín* agarran sus cosas y caminan enfrente de la pantalla, para irse a dormir. Me gusta mucho esa canción. Cada vez me gustaba más

quedarme despierto para escucharla. Para probarles a todos que ya era un niño grande, y para ver lo que salía en la tele después de las 10 p.m.

—Vayan, bichos, a lavarse los dientes —nos dice Patricia, viendo al baño.

Adentro todavía está el olor del perfume feo que se echaron los hombres. El baño es cosa seria. «Bien pipirisnais», dijeron los hombres la primera vez que lo vieron. Hay un pequeño espejo plateado arriba del lavamanos. A la par está el inodoro y la regadera. Hay de todo acá dentro: inodoro, regadera, lavamanos, todo cerquita del cuarto. No están afuera como en la casa, o como en Tecún, o en Ocós.

—Qué conveniente —dijo El Coyote, cuando inspeccionó el lugar—, y barato.

Abro el chorro del lavamanos y cae agua. Es como si estuviéramos en un restaurante bien caro, como el Pizza Hut de San Salvador. Carla entra al baño y se lava los dientes a la par mía como si en verdad fuéramos hermano y hermana. Siempre quise hermanos. Niño o niña. Lo único que quería era tener a alguien con quien jugar después de que Mi Mamá se fue a La USA. Lo más cercano fue jugar con Julia, la hija de Tía Lupe, pero ella tiene cinco años menos que yo. Una vez, solo una vez, boté a Julia de la cama y Lupe no dejó que volviéramos a jugar juntos. «¡Pésimo, ajolotado!», me gritó Lupe en la cara.

Carla ya está grande, y es más fuerte y alta que yo. No me preocupa ser pésimo con ella, si es que llegamos a jugar así. El problema es que me gusta. Todavía no quiero que ella o Patricia me miren las chiches, mi panza aguada y mis piernas gordas. No sé cómo actuar cuando estoy con Carla. Creo que le caigo mal. Tiene que compartir su mamá conmigo y tiene que hacer como que es mi hermana cuando estamos en público. Yo la entiendo. Si Patricia fuera mi mamá, a mí también me caería mal compartirla. Hasta me pondría celoso. Pero me gusta jugar a que estamos en una telenovela. Me gusta engañar a la gente y que me crean.

Cuando Carla hace como que es mi hermana en público, me dice «hermanito», como me dijo El Chino cuando estábamos en la lancha. En privado, cuando solo estamos Los Seis, me dice bichito, monito o niñito. No me importa. Soy el más chiquito de todos. Además de dormir en el mismo cuarto que Patricia y Carla en Ocós, y abrazarnos en la lancha, esto es lo más cerca que hemos estado: lavándonos los dientes en Acapulco. El baño es pequeñito, la puerta está abierta pero nuestros codos casi se tocan. Puedo sentir los pelitos que tiene Carla en su muñeca rozar los que yo tengo en el codo.

El cepillo de Carla es celeste. El mío es rojo. Lleva el pelo en una trenza que tiene siempre bien amarrada en una cola con dos bolitas transparentes en cada extremo. Patricia tiene un montón de esas colas pegadas en un pedacito de cartón blanco, que parecen paternas o pepetos en fila, como estábamos nosotros en las lanchas.

He visto algunas de las cosas que Patricia y Carla tienen en sus mochilas. El estuche de maquillaje de Patricia, que todos vimos hoy en la mañana. Un monedero pequeñito donde Patricia tiene la foto de su hija más pequeña y su esposo, que no me ha enseñado a mí, pero que sí le enseñó a Carla una noche cuando pensaron que yo estaba dormido. Me gusta mucho el peine de Patricia, es grueso y tiene espinitas, y cada una tiene su punta de goma para «darle masajes al cuero cabelludo», me dijo una vez que le pregunté.

Nuestras mochilas nos siguen como si fueran nuestras sombras. Nuestros zapatos también son sombras. No nos los hemos quitado. Tengo miedo que cuando me los quite me apesten los pies igual que a Tía Mali. No quiero que Carla piense que me huelen los pies. No quiero que le toque soportar lo que yo tuve que aguantar por dormir en el mismo cuarto con Tía Mali.

Carla se tarda en lavarse los dientes, pero no quiero terminar antes que ella. Sus dientes son perfectos, bien blancos, y no los tiene separados como yo. No me gusta tener los dientes tan separados. Desde que se fue Abuelito Chepe solo me lavo los dientes en la

mañana. Me lavo los dientes ahora porque Patricia me dijo que me los lavara. Carla se los lava diferente a mí. Yo le doy más suavecito. Ella se los talla con fuerza y escupe más que yo. Cuando ella lo hace, yo también escupo en el lavamanos. Cuando hace gárgaras, yo también las hago. Ella abre el chorro y yo lo cierro, y lavo nuestra saliva con pasta de dientes que queda en los lados del lavamanos, que tiene forma de tazón, pura cáscara de huevo. Termino de lavarme los dientes segundos después de ella, para que sepa que mis dientes también están limpios. Carla sale del baño y da tres o cuatro pasos para llegar al cuarto.

La funda del colchón se mira vieja. Tiene manchas amarillas. ¿Será pipí? ¿Sudor? Me da asco. Patricia le avienta una sábana encima.

—Mejor —dice, y brinca sobre las sábanas y les da un golpecito, como para decirle a Carla que se meta a la cama.

Carla se quita los zapatos y se acuesta a la par de su mamá. Yo hago una pausa antes de quitarme los zapatos. Solo hay una cama. ¿Cómo vamos a dormir así?

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Patricia desde la cama.

—Nada —digo.

—Vení para acá, bayunco.

Ojalá que no me apesten los pies. Le quito el velcro a mis zapatos y espero que no huelan mal. Respiro fuerte. Huelo el aire. Nada. Gracias a Dios. Los azulejos están fríos y eso que llevo calcetines. Me duelen los pies por tanto caminar. Patricia cruza las piernas y se sienta con la espalda contra la pared y empieza a peinarse el pelo usando su cepillo con espinitas de goma.

Me siento del otro lado de la cama y repito palabras como hago cuando estoy aburrido, aburrido, aburrido, pero solo las repito en mi cabeza.

—Bichos, ¿quieren ver la tele? —dice Patricia a pesar de que nos dijo que nos teníamos que dormir ya.

Carla le dice que sí. Patricia ni siquiera espera a que yo le diga algo.

Ella brinca de la cama y Carla camina detrás de ella. Yo las sigo deslizándome sobre los azulejos fríos.

Patricia se sienta en una silla de plástico y Carla se sienta encima de ella. Yo agarro la otra silla. El viento de afuera se somata contra la puerta corrediza. Detrás está el pum, pum, pum de la música que suena en la playa. ¿Cómo vamos a dormir con tanto ruido? ¿Será que todos vamos a dormir en la misma cama? ¿Será que Patricia espera que todos durmamos en la misma cama?

—No hay nada —dice Patricia, cambiando los canales y al rato aparecen las mismas imágenes.

—Mami, tengo sueño —dice Carla después de unos minutos.

Yo también estoy cansado, pero tengo miedo. ¿Qué pasa si me pedorreo cuando estamos dormidos? ¿O si babeo? ¿Qué hago si en verdad les caigo mal y me dejan aquí solo?

—Tengo sueño —dice Carla otra vez.

—Ah, vaya, señorita. —Así le dice Patricia a Carla cuando se está burlando de ella—. A la camita, pues.

Patricia da una patada al aire y Carla brinca lejos de su mamá. Carla vuelve al cuarto. Yo me quedo ahí parado.

Patricia deja la silla contra la pared.

—Vamos —dice y empieza a cantar—, porque mañana será otro día y hay que vivirlo con alegría…

Sé qué canción es.

—¡*Topo Gigio*! —grito y levanto la mano.

—¡Cabal!

Topo Gigio es otro programa que miro, que miraba con Tía Mali y Abuelita Neli los fines de semana. Entre semana miramos las telenovelas de Abuelita Neli. Cuando empieza *Familia Telerín* significa que ya me tengo que ir a dormir. *Topo Gigio* sale los fines de semana antes de la *Familia Telerín*. Patricia deja mi silla contra la pared, apaga la tele y me lleva de la mano al cuarto.

Carla busca dentro de su mochila por la ropa que usa para dormir.

No había visto que todavía tenía su ropa de día. Patricia ya está en su ropa para dormir, pero las dos van al baño. Conozco sus ropas para dormir. Patricia usa un pants azul oscuro y una camisa gris oscura con algo escrito en inglés en ella. Carla duerme en unos chores verdes para jugar pelota y una camiseta oscura, que es toda negra, que no tiene nada escrito.

Me toca hacer lo mismo. Ponerme mi camiseta oscura, que también tiene palabras en inglés, y mis chores negros antes de que ellas regresen. Hacíamos lo mismo en Ocós cada noche, solo que el baño estaba afuera y, cuando yo iba al baño, me llevaba toda mi ropa, y regresaba ya cambiado. Si el baño está ahí nomás, ellas podrían volver en cualquier ratito. Por suerte toda mi ropa está limpia. No sé cómo vamos a lavar la ropa acá. Patricia sacó de su mochila la ropa que traía puesta en la lancha y la puso en la ventana del cuarto. Yo pongo mi ropa a la par de la de Patricia. «Hacé lo que hacen los adultos», me dijo Tía Mali.

No he lavado mis calzoncillos. Me los quito y los meto al fondo de mi mochila, escondidos debajo de una bolsa de plástico donde están mis zapatos bonitos; los guardo ahí para que no se ensucien. En la casa, Tía Mali o Abuelita Neli lavaban mi ropa. En Tecún, Abuelito Chepe lavaba mi ropa. En Ocós, la dueña del motel una vez agarró la ropa de todos y la lavó. A veces dejo una mancha de pupú en mis calzoncillos blancos. Solo Tía Mali, Abuelita Neli, Mi Mamá, Abuelito Chepe y la dueña de ese motel saben eso. Nadie más. No quiero que ninguno de Los Seis piense que soy un niño chiquito, que no me sé limpiar las nalgas, que necesito que me ayuden. Carla va a pensar que soy un bebé. Patricia va a pensar que soy un chuco. No sé dónde ponen Patricia y Carla sus calzones. Los esconden, pero les quiero decir que estoy acostumbrado a ver ropa interior de mujer. Que Abuelita Neli y Tía Mali colgaban sus calzones en el tendedero y cuando había mucho aire tenía que recogerlos y colgarlos otra vez.

Quiero quedarme despierto hasta las 10 p.m. ¿Será que me meto a

la cama y escojo de qué lado quiero dormir? ¿O debería agarrar una almohada, ponerla en el suelo y dormir ahí? Como todos los hombres salieron, yo soy el hombre de la casa. Pero los hombres van a volver. ¿Dónde van a dormir ellos? ¿A qué horas van a regresar?

—¿Qué estás haciendo, Javiercito? —El aliento de Patricia tiene olor a menta. Casi nunca me dice así. Carla viene detrás de su mamá —. A la cama, ustedes dos —dice, tocando las sábanas.

Patricia ve mi ropa a la par de ella, en la ventana. Ella asiente con la cabeza y me sonríe, como si estuviera orgullosa que hice lo mismo que ella hizo. Me gusta cuando creo que estoy haciendo lo correcto, pero todavía estoy enfrente de la cama y sudando.

—Vámonos a dormir, pero primero una oración.

No sabía que Patricia rezaba. Yo rezo cada noche, lo hago muy quedito y para mí mismo, pero ¿ahora ella quiere que nos arrodillemos? Carla y yo volteamos a vernos, confundidos, pero no decimos nada. Me agacho a la izquierda de Patricia. Carla se arrodilla a la derecha de su mamá. Juntamos las manos, con los codos sobre el colchón. Nuestros puños cerca de nuestros labios. Mi pulgar izquierdo sobre el derecho. Igual hace Carla. Patricia hace diferente. Tiene el pulgar izquierdo debajo de su pulgar derecho. El piso es duro y frío y me lastima las rodillas, pero nadie dice nada ni intenta ponerse de pie. Cerramos los ojos.

Patricia dice algo, pero no entiendo qué, solo escucho el sonido húmedo de cuando sus labios se tocan y su lengua se mueve, lo que me recuerda al sonido de la lluvia cayendo en los cuchumbos que Tía Mali y yo poníamos en el suelo. Carla también dice algo. Yo rezo en secreto, en silencio, sin mover los labios.

Pido que lleguemos a La USA. Que mis papás me estén esperando en la frontera. Que Tía Mali, Lupe, Abuelita Neli y Abuelito Chepe estén dormidos en sus camas. Que mis amigos no pierdan clases y que las monjas no les estén pegando mucho. Pido que las monjas no me hayan acusado con la policía. Que no nos saquen arrastrados de otro

bus. Que Patricia y El Chino y Marcelo sigan siendo buena gente conmigo. Pido que El Cadejo siga cuidándonos. Que el Hombre Gritón esté bien. Que Don Dago y Marta regresen y otra vez sean parte del grupo. Pido por Jesús de Tecún y por Don Carlos. Por los tres hombres guatemaltecos que los agarró el ejército. Pido por la gente de las lanchas. Por la gente del bus. Que no se me salga un pedo a la par de Carla.

Patricia separa las manos y dice «Amén» más fuerte que cualquier otra cosa que dijo cuando rezaba. Luego se levanta del suelo con la ayuda de su pierna derecha. Carla hace lo mismo. Abro los ojos y digo «Amén», bien duro, igual que ellas.

En el motel no hay ruido. Trato de escuchar si suenan unas llaves. Si los hombres abren la puerta, pero no escucho nada. Carla da un brinco y se mete en las sábanas. Patricia camina a la puerta, donde está el botón de la luz. Sigo ahí parado, sin hacer nada. Estoy justo donde recé. Patricia apaga la luz. Me siento a la orilla de la cama. El cuerpo de Patricia es como una sombra que camina hacia nosotros.

—Duérmanse —dice Patricia, y se sube a la cama, entre Carla y donde estoy yo—. A dormir, bicho. —Toca la cama—. Está bien. Vení para acá —dice y su voz es suave, su aliento limpio y con olor a menta. Hace calor acá adentro, pero no tanto como para encender el ventilador.

—Buenas noches —dice Patricia en voz alta.

—Buenas noches, mami —dice Carla.

—Buenas noches.

30 - 4 - 99

Me despierto boca arriba cuando alguien toca la puerta del cuarto. Levanto la cabeza como si hiciera abdominales. Patricia está dormida boca abajo y sus manos parecen rastrillos, tiene los dedos estirados

sobre las sábanas.

Noc. Noc. Noc.

Cuando Carla está dormida, y no importa en qué posición, su pulgar e índice forman un círculo alargado, forman cabezas de dinosaurio. Raaaarrr, quiero decirle cada mañana, pero no lo hago. Madre e hija huelen a carne cociéndose en sopa, a carne de res en sopa de frijoles, sopa de cola de res, a las sopas que hace Abuelita Neli para «sudar lo malo» cuando hace calor.

Noc. Noc.

Le doy un codazo a mi mamá de mentiras. Le doy una patadita. Al fin Patricia se limpia la baba que tiene en los labios. Cuando sus pies tocan el piso sé que los azulejos están fríos porque ella tiembla un poquito. Dejo los ojos abiertos, algo nomás, igual que hice para engañar a los soldados en el bus. ¿Dónde durmieron los demás?

Sé que El Chino está en la puerta porque veo ahí su cabeza pelona y porque rápidamente siento el olor a ceniza y hojas de mango. Se mueven sus labios, pero no sé qué dice. Patricia camina a donde está su mochila y busca algo adentro.

—¿Qué pasó? —pregunto con un codo en la cama.

—Nada. Nada. Dormite.

Carla se despierta, bostezando, sobándose los ojos, y pregunta lo mismo.

—¡Ay, vos también! Nada. El Chino necesita un cortaúñas.

—La bolsa de adelante —dice Carla—. Esa no. La de mi mochila.

—¡¿Por qué la moviste?!

—No la moví. Púchica, usted. —Carla se queja y tiene las cejas apretadas—. Ni un «buenos días». Nada de «¿Cómo estás hija?». Nada. Mire, usted.

Patricia no dice nada. Sigue buscando. Trato de no reírme. Usualmente no pelean tan temprano, sino más tarde, durante el día. Me da risa. Es algo que haría Mi Mamá: enojarse cuando trato de ayudarla. Al igual que Mi Mamá, Patricia es bien ordenada. Le gusta

que todo esté «en el lugar correcto». Cada mañana en Ocós les pegaba a las almohadas y tendía la cama. No entiendo. No era nuestra casa. Ninguno de los lugares donde hemos estado. Pero ella hacía como si el motel en Ocós sí fuera nuestra casa.

—Graaaaacias, Carliiiiita —dice Patricia cuando encuentra el cortaúñas; se está burlando de ella.

Carla le sigue la corriente a su mamá y remata burlona, «Sí, mamí, de nada», con una sonrisa falsa.

Antes de volver a la puerta Patricia pasa tocando las piernas a Carla. El olor a sopa de cola de res vuela desde debajo de las sábanas. Miro a Carla, pero ella no me ve a mí. Patricia le da el cortaúñas a El Chino y se dicen algo, y luego ella cierra la puerta.

—Y, ¿esos dónde durmieron? —pregunta Carla cuando Patricia vuelve a la cama.

—En la sala.

—Oh.

No los escuché anoche. Mejor que se hayan quedado ahí afuera. Seguramente roncaron y no nos hubieran dejado dormir. Abuelito Chepe ronca mucho, pero me acostumbré a sus ronquidos. Patricia ronca, pero suavecito. Carla se mira chistosa por las mañanas. Siempre tiene todo el pelo despeinado. Tiene los colochos de un lado apachados, porque no se hizo una trenza antes de dormir. Quiero decirle, «Parecés chucho mojado», pero se va a enojar.

Me miro las uñas. Están más gruesas que lunas crecientes, gruesas como cáscaras de sandía. No me las he cortado desde que Abuelito Chepe se fue. Tía Mali me empacó un cortaúñas «por si acaso». Como que sabía que El Viaje iba a ser más largo de lo que dijo Don Dago. Aprendí a cortarme las uñas después de que Mi Mamá se fue. Antes de que se fuera, ella me las cortaba cuando salía de bañarme porque «ahorita están más suaves», me decía. Ella también me cortaba el pelo. Un mes después de que llegó a La USA, Abuelito Chepe me llevó con su barbero un domingo antes de misa. «Dos pájaros de un tiro», dijo.

Cuando Carla regrese me voy a ir a bañar y me corto las uñas. Me gusta que el baño está a dos pasos de la puerta. ¿Será que así es donde viven mis papás? Baños bonitos. Pisos de azulejo. Patricia y Carla no dicen mucho al respecto. En Ocós se quejaron porque en su casa, en San Salvador, ellas tenían un baño como el de acá. No sabía de qué hablaban. Carla me dijo que yo era un «chorreado», que era «chusma». Me hizo sentir mal. Patricia le dijo que no me dijera así, pero siempre que Carla estaba enojaba me volvía a decir eso, muy calladito. Así fue por el resto de la semana, hasta que nos fuimos de Ocós. Pero desde entonces no me ha dicho así.

Me gusta hacer pupú afuera y esconderlo con hojas secas, y marcar cada bultito con papel higiénico. Me gusta bombear agua del pozo para bañarme. Por eso me gustaba lavarme en Tecún, porque me recordaba a la casa.

—Te toca.

Carla regresa con su pelo mojado y otra ropa puesta. Patricia camina hacia mí y me da una palmadita en la espalda.

Me emociona probar la regadera de este motel y lo fácil que es hacer que llueva adentro, a dos pisos del suelo. Voy a disfrutarlo y tomarme mi tiempo. No como en Oaxaca. Llevo mi ropa, el cepillo de dientes, el champú, mis calzoncillos manchados con pupú y una barra de jabón. Los hombres están en la sala. Marcelo está sentado en una silla plástica, Chele en el suelo, sobre una sábana, a la par de otra sábana amontonada en forma de almohada. El Chino se corta las uñas afuera, en el balcón. Corro al baño. El Coyote no está en la sala. Nadie me ve. Nadie necesita usar el baño. Voy a disfrutar de la lluvia. Canto en mi cabeza: ¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva! ¡Los pajaritos cantan, las nubes se levantan! ¡Que sí! ¡Que no! ¡Que caiga el chaparrón!

De día tenemos prohibido salir del motel. Los hombres salieron

anoche, pero en la mañana El Coyote nos dijo que no podemos salir porque es viernes y «Hay mucha gente en la calle. Es más seguro si se quedan adentro. Soy el único que sale de aquí», dice, señalando la puerta cerrada, su voz suena más fuerte que antes.

Al menos El Coyote nos trajo bolsas Bimbo: Panqués, Doraditas, Mantecadas, Donas. Ya son dos días seguidos que desayunamos panitos Bimbo. El Coyote también trajo café instantáneo, pero no trajo leche. No hay una estufa donde calentar el café. Nos lo tomamos frío. No me gustaba tomar leche caliente en la casa porque le sale nata. Pero aquí, me hace falta mi bote amarillo de leche Nido.

Hundimos el pan en el café instantáneo y miramos la tele toda la mañana. Aburrido. A las 10 a.m. Patricia pide ver *Marimar*. Acá pasan las mismas novelas que en El Salvador, solo que aquí los capítulos van adelantados. Después Marcelo pide ver *El Show de Cristina*. Dice que le gusta ver a los gringos hablar babosadas. Cristina parece gringa, pero habla español y vive en Miami. ¿Qué tan lejos está Miami de San Rafael? Me dan ganas de ver su show en vivo. Nadie quiere ver *Pistas de Blue*. Me hace falta ver a Cara cuando cubre toda la pantalla. En la casa miraba o *Pistas de Blue* o *Naturaleza*. Me agarró ese programa desde que vi a dos caracoles besándose y con sus cuerpos entrelazados, bien alineados, y con sus cuatro ojos moviéndose de un lado para otro. Me tengo que tapar los ojos cuando sale gente besándose en la tele. Pero esa vez, con los caracoles, nadie me dijo nada. Abuelita Neli estaba trabajando. Tía Mali también. Abuelito Chepe estaba en el campo. No había nadie que me dijera «¡No mirés eso!», y no pude dejar de ver la pantalla.

Desde ese besito de caracoles, miro cualquier cosa que tenga que ver con animales. No pasan *Naturaleza* en Acapulco. Después de *Cristina*, El Chino pide ver *Tom y Jerry*. Después de *Tom y Jerry,* Chele pide ver las noticias. Nadie le pregunta a Carla o a mí qué queremos ver. Patricia y El Coyote se sientan en sillas de plástico. Y Carla se sienta en las piernas de su mamá. Los demás nos sentamos en el piso,

encima de sábanas.

No me llenó el pan Bimbo. Tengo hambre, pero ya nos terminamos toda la comida. El Coyote sale a comprarnos el almuerzo. Los hombres igual salen a fumar. Hace calor adentro y se siente rico cuando entra la brisa, luego que los hombres vuelven a entrar. La brisa mueve el envoltorio de un pan Bimbo que a Patricia se le olvidó recoger. Sé qué va a pasar. Patricia le pide a Carla que se quite de su pierna, luego agarra la bolsa de plástico que El Coyote usó para traernos el pan, la recoge, la arruga y la mete dentro con los demás envoltorios. Patricia es puro el Demonio de Tasmania: siempre doblando sábanas, barriendo, tirando cosas en la basura, hablando sola.

—Así sí —dice, cuando regresa de la cocina, pero no para ni un segundo.

Corre al cuarto y tiende la cama, cuelga nuestras mochilas, dobla la ropa y empieza a limpiar la mesa de vidrio con periódico mojado; quiere quitarle las manchas de café. Me recuerda tanto a Mi Mamá, a quien también se le metían las ganas de limpiar. Mi mamá de mentiras, que, de casualidad, tiene el nombre de Mi Mamá de a de veras.

El Chino es del pueblo de Patricia, entonces siempre le dice Pati. Los otros hombres empezaron a decirle Pati después de lo de las lanchas. Yo no le puedo decir así. No le voy a decir así. Solo le digo Pati a Mi Mamá, a Mamá Pati. Y cuando tengo que hacer como que Patricia es mi mamá, le digo «mamá», y lo hago solo para engañar a los soldados. Sé quién es mi verdadera mamá. Pero me da risa que las dos son bien chiquitas, son igual de enojonas y a ambas les gusta tener todo siempre bien limpio.

—Es el destino. Es una señal —dijo El Chino, cuando se enteró que Mi Mamá se llama Patricia. Le gusta decir eso.

Siempre que los hombres regresan de fumar, El Chino le dice a Patricia «Dejá de limpiar, mujer. Ponete a ver la tele mejor».

—Somos mojados, pero somos limpios —dice ella.

Me recuerda a lo que Mamá Pati decía en la época seca. Al puesto de pupusas de Abuelita Neli le caía tanto polvo que Mi Mamá barría el piso cada veinte minutos. «Somos pobres, pero no por eso vamos a vivir en la mugre».

Estamos viendo las noticias cuando escuchamos que alguien mete la llave en la cerradura.

—Coman, coman, coman, coman —dice El Coyote, abriendo la puerta y parece que tiene abejas en la boca.

Sus hombros se mueven de arriba abajo como el perro de *Duck Hunt*. Corre hacia la mesa de vidrio. Hace una pausa y, puro coyote que le trae qué comer a sus cachorros, deja caer dos bolsas de plástico llenas de comida. Nos acercamos a la mesa. Parecemos puros ñus bebiendo agua de un río.

—Coman —dice El Coyote otra vez, abriendo una de las bolsas y luego otra.

Ay, ese olor: aceite y sal, mar y limón. Lo primero que miro son dos pares de ojos bien refritos; son tan cafés como una guitarra. Luego veo unas bocas abiertas con dientes filosos que parecen sierras. Y mis partes favoritas: las colas y aletas fritas que parecen Ruffles. Hay trocitos de cola frita al fondo de los platos de durapax.

¡Pescado fresco! No he comido pescado desde que salí de La Herradura. A la par de los dos pescados hay otro plato con papas fritas. Pescado y papas. Hay también una bolsita llena de trozos de limón. Una bolsita con sal. Y a la par, está una bolsita con salsa picante. El Coyote agarra la bolsa con salsa y dice:

—Al cabo que ustedes cerotes ni les gusta.

—A mí sí, maitro —ladra de regreso Marcelo—. Aprendí a comer picante en Los Ángeles.

No sabía que había mexicanos en La USA. No hemos hablado con un mexicano que no sea coyote, chofer o soldado. Quiero preguntarle a Marcelo que qué piensa de los mexicanos que hemos conocido en México y si son buena gente los que están en La USA. Pero antes que

pueda siquiera hablar, los hombres toman cada uno un plato y dividen el pescado con sus propias manos. Garras de águila. Mandíbulas de hiena. Todos se ríen. Tenemos las manos grasosas. Labios grasosos y sonriendo bien duro porque El Coyote nos trajo pescado. ¡Pescado! El Coyote es nuestro Míster Sabelotodo, nuestro guía, el experto que sabe cómo gastar bien el pisto para comprar siempre la mejor comida.

¡Ay, la carne blanca y suave! ¡La piel crujiente! Agarro un pedazo de la cola, todavía humeante, y le hecho limón y un poco de sal. Después me como un puñado de papas. Mmmm.

—Esta mierda está bien rica, ¿ve'á? —le pregunta Marcelo al grupo, sonriendo; todavía tiene un trozo de pescado en la mano.

Todos comemos con las manos. Carla hace como yo y abre bien los ojos cuando Marcelo dice malas palabras, y eso que siempre las dice.

—Puta, maje, es mejor que… —dice Chele, y hace una larga pausa. Todos se empiezan a reír—. ¡Es el mejor pescado que he comido en mi vida, pues! —Chele mastica con la boca abierta.

—Puesí —dice El Chino, con papas en la mano.

—Mejor que los que venden en La Costa del Sol, ¿ve'á, Chepito? —me pregunta Marcelo mientras mastica.

Le digo que sí y sonrío a pesar que tengo comida entre los dientes. Todo mundo se ríe.

—Puro pescado de El Barrabás —digo, después de tragar.

—¿Quién es El Barrabás? —pregunta Carla, mientras se limpia los cachetes con una servilleta.

—Un pescador —dice Marcelo.

Se me olvida que Marcelo sabe bien de dónde soy. Él conoce a toda la gente que yo conozco, o casi a todos, y eso que vivió en Los Ángeles por cinco años. Con la edad que tiene bien podría ser mi papá. Mis papás tienen veintiocho y Marcelo tiene veintiséis. No conoció a mis papás, pero escuchó de ellos. Marcelo vive en el centro del pueblo, cerca del mercado. Mi Papá es de por el muelle y Mi Mamá es de más adentro. Son tres barrios diferentes.

—Ajá —digo, respondiendo a lo que dijo Marcelo.

Él nos explica que El Barrabás «pesca el mejor camarón, es así de grande ve». Extiende su mano grasosa y la mueve de arriba abajo como si tuviera una piedra encima.

—Ajá —digo otra vez.

—¡Y hace los mejores cócteles de concha! Vieja, estás haciendo que extrañe La Herradura, Chepito.

—¿Dónde? —pregunta El Chino.

—La Herradura, cerote —responde Marcelo, haciendo su voz más profunda.

—Creo que ya estuve ahí. Esos cócteles sirven para que a uno se le pare —dice Chele, levantando el brazo.

—Usssh, ¡bayunco! —Patricia le pega suavecito en la espalda a Chele—. ¡Respetá!

El Coyote suelta una gran carcajada.

Me gusta estar así. Todos nos estamos riendo, bromeando, comiendo comida rica. Al fin Marcelo es buena gente conmigo. Abuelito Chepe le dio pisto, pero la verdad es que no me ha cuidado, aunque ahorita está tratando de cuidarme. Me hace sentir como que es mi amigo. Como que me conoce. De repente ya no hay nada en el plato de durapax más que huesos y aceite. Somos puras hienas.

—Bueno y barato. —El Coyote se toca la panza con las dos manos.

Todos se levantan y ayudan a Patricia a limpiar; meten los restos en las bolsas de plástico donde venía la comida. Patricia se le da a El Chino y él la mete en el bote de basura. El Coyote se va otra vez. Patricia limpia la mesa de vidrio con una hoja de papel periódico y regresa al cuarto a dormir con Carla. Yo me quedo en la sala con los hombres, viendo la tele.

1 - 5 - 99

—¡Tienen una hora! ¡Pónganse la buena ropa! ¡La buena ropa! —grita El Coyote, tocando la puerta de nuestro cuarto.

Es de mañana y ya hace calor. Aparecen gotitas de sudor sobre mi labio de arriba y en mi espalda. Patricia se limpia la baba de la boca y gruñe:

—Sí, hombre. Sí.

Aunque calientan la cama e impregnan las sábanas con su olor a sopa de cola de res, me estoy acostumbrando a dormir con Patricia y Carla. Patricia es como Abuelita Neli: se pone gruñona si no se toma su Café Listo. Se acurruca a la par de Carla y le dice «Despertate», bien suavecito y después me da un codazo.

Ya tenemos una rutina. Patricia sale de la cama. Se lava los dientes. Se baña. Carla duerme hasta que su mamá vuelve vestida y con el pelo mojado. Carla se lava los dientes y se baña. Patricia se pinta la cara y se arregla el pelo. Carla regresa empapada. Entonces me toca salir del cuarto.

Me queda rebién quitarme la ropa en el baño. Me dan vergüenza mis chiches. Siempre que quitaba el uniforme de la escuela para jugar pelota, los niños me gritaban «¡Chiches! ¡Javier tiene chiches!». Nunca se me va a olvidar eso.

Cuando regreso, la ropa que usaron Carla y Patricia en la lancha ya no está en la ventana, y alguien agarró mi ropa y la puso encima de mi mochila. Nuestras mochilas están junto a la puerta. Por lo general, Patricia ya ha terminado de maquillarse cuando yo regreso, pero hoy no, todavía se está pintando. Es mi oportunidad. Como miran para otro lado, meto mi calzoncillo manchado de pupú al fondo de mi mochila. Lo lavé ayer y otra vez hoy, pero no le logré quitar la mancha.

El maquillaje que usa Patricia es casi idéntico al de Tía Mali. Y también tiene una brochita que se traba en la parte de abajo de un estuche negro tan chiquito, que le cabe en la mano. Encima de donde va la brocha hay un rectángulo con polvo color piel. Arriba del

rectangular hay cuatro cuadraditos de colores. Uno rojo, uno rosado, uno verde y uno azul. «Maquillaje para llevar», lo llamó Tía Mali cuando fuimos a la capital y necesitaba retocarse. Lo último que hace Patricia es pintarse los labios. Para pintárselos bien ella hace los labios puro pescado.

Don Dago y El Coyote dijeron que nos teníamos que ver bien catrines cuando viajáramos en bus, pero igual no funcionó porque nos bajaron. Tal vez por eso Patricia está haciendo algo que no la he visto hacer antes: delinear sus labios con un lapicito del tamaño de un crayón.

Luego usa la herramienta favorita de Tía Mali: unas como prensas de metal que usa para doblarse las pestañas. Me da miedo verla cuando hace eso. También me daba miedo ver a Tía Mali. Las prensas apretando sus pestañitas. ¡Capaz se las arranca todas! Y al final, después de doblárselas, Patricia las pinta de negro con un lapicero, que parece uno de esos tubos para el pelo o de los cepillos de metal que Tía Lupe usa para lavar las pachas de Julia. Cuando termina, sus ojos resaltan más. Patricia es bien bonita.

Salimos del cuarto y todos llevan sus ropas bonitas. Los hombres llevan bluyines oscuros y camisas de vestir de manga corta. Patricia y Carla llevan igual bluyines oscuros y unas camisetas negras sin mangas. Hay panitos Bimbo y café en la mesa de vidrio para nosotros. Son las 4.45 a.m. y no ha salido el sol. La luz de la tele nos pinta las caras de un azul grisáceo.

—Voy a echarme un cigarro —dice Marcelo, y los hombres salen al balcón.

Yo salgo con ellos. Está tibio afuera, pero no tanto como adentro. Como no hay aire las nubes de humo flotan encima de nosotros. Busco la luna y me doy cuenta que, al igual que la luna, El Cadejo a veces está ahí y a veces no, pero eso no significa que no esté escondido en algún lado. Así es El Cadejo. Igual que la luna. Sé que El Cadejo está por aquí. Viéndome. Escuchándome. El Cadejo *es* la luna. Los dos me

van a cuidar. Como en la lancha. Como en el bus. Están allá arriba, los dos.

El Coyote tira una cabuya en el piso del balcón, se para en ella y dice, «Vámonos», y camina hacia la sala. Todos lo siguen. Ya pidió un taxi que está esperándonos abajo, en la entrada. Todos agarran sus mochilas. El Coyote camina hacia la puerta mientras Patricia intenta agarrar los envoltorios de los panitos Bimbo y los vasitos de café.

—Deja ahí —dice Coyote, molesto.

Patricia no le hace caso y tira la basura en el bote.

—No somos animales —dice suavecito.

—Vamos, pues. —El Coyote no está tan ronco como ayer—. El taxi nos va a dejar en la terminal de autobuses. De ahí son doce horas para llegar a Guadalajara.

¡Eso es más que lo que nos hicimos de San Salvador a Tecún!

—Púchica —dice El Chino.

—¿Qué? Mejor así que ir en lancha, cabrones. Perspectiva. Tengan perspectiva. —El Coyote nos dice y nadie más se queja—. No se preocupen que les llevo comida. —Abre la puerta y bajamos las gradas.

—Guadalajara. Guadalajara.

Me despierta una voz que sale de las bocinas. ¿Es la del chofer? Se encienden las luces. Estaban apagadas cuando salimos de la terminal. Patricia y Carla están dormidas. El aire acondicionado no está tan frío. Los asientos son grandes y cómodos como un suéter. Es casi mejor dormir acá que con Patricia y Carla, en la cama del motel de Acapulco. Lo bueno es que ellas siempre comparten un asiento para dos conmigo porque «somos una familia de tres».

A principio de las doce horas me hice el dormido. Pero de ahí, no sé ni cuándo me dormí a de veras. ¿Me dormí medio día? Dormí como si estuviera en mi casa. Una siestecita que se convirtió en un sueño, en

un sueño profundo, y de ahí…

—Guadalajara, Guadalajara —repite el chofer.

¡Más de doce horas! ¡Será que pasamos por un retén? Me hubiera despertado, digo yo. Patricia me hubiera dicho. Ni siquiera me desperté para ir al baño y no soñé nada. No sabía que estaba tan cansado.

Este bus es cosa seria. Cuando entramos olía a limpio, como cuando abro un juguete nuevo que viene de La USA. Nuestro plan era/es el mismo: nos dividimos en tres grupos, hacemos como que no nos conocemos y como que estamos dormidos. Si alguien pregunta somos de Guadalajara, pero «no hablen por nada en el mundo», dijo El Coyote, cuando llegamos a la terminal de buses de Acapulco.

Miro a mi alrededor y Marcelo y Chele están juntos. El Chino está solo, un par de filas detrás de nosotros. El Coyote está hasta adelante del bus, solo y a la par de un extraño. Nadie nos bajó del bus. Las luces están encendidas, pero todo sigue muy oscuro dentro del bus.

De inmediato hago a un lado la cortina de terciopelo para ver la ciudad a través del vidrio polarizado, para ver la ciudad de Chente. Me recuerdo de la primera vez que escuché «Guadalajara» en El Salvador, en la tele, y luego en películas y telenovelas, y después cantadas por bayuncos y bolos que cambian la letra para hacer bromas:

¡Guadalajara! ¡Guadalajara!
¡Guadalajara! ¡Guadalajara!
Tienes el alma de provinciana
Hueles a limpio a rosa temprana…

Es cierto. Se mira bien limpia la ciudad y eso que estamos atrapados en el tráfico, esperando entrar a la terminal de buses. Pero no miro ni una rosa, solo flores normales: rojas, amarillas, blancas rodeando las cunetas. El bus se detiene. Es la terminal de buses más grande y

ordenada que he visto. Los buses se parquean a un metro de distancia y la gente pasa por unas puertas de vidrio de camino a la terminal, que es un edificio y no está al aire libre. Se encienden más luces dentro del bus y las personas se bajan despacito, como mareadas, casi cayéndose sobre el asiento más cercano o de vuelta al asiento donde estuvieron sentadas por medio día.

¡Llevamos medio día sentados! Quiero hacer pipí, pero la parte de atrás del bus huele a miados, pupú y jabón. Siento como que estoy flotando. Me levanto y no siento las nalgas, y siento cosquillas en todo el cuerpo.

El Coyote es el que está más cerca de la puerta. Se baja del bus sin ver atrás. Luego nos toca a nosotros. Carla delante de Patricia, luego su mamá y después voy yo. Los hombres caminan detrás de nosotros. Hay mucha luz afuera. Hace calor. Ruido. Los motores de los buses y los ding-ding-ding, y las voces que salen de las bocinas, gritos de gente hablando; pasos, carros sonando sus pitos.

—Bienvenidos —dice el chofer desde su asiento, mientras pasamos a la par de él.

No decimos nada. Patricia hace como que lo saluda. Estamos «en casa». En nuestro lugar de nacimiento: Guadalajara, Jalisco. Más cerquita de La USA. El aire no huele a tierra mojada como dice la canción. Hiede a basura, a humo, a carros, a gente caminando, a mierda de chucho; huele a El Salvador.

Como siempre, tenemos que ver para dónde va El Coyote. Hay gente por todos lados. Mujeres. Hombres. Niños. Mochilas. Bolsas de plástico y cajas de cartón llenas de todo tipo de cosas. Agarro la mano sudorosa de Patricia. Carla le agarra la otra mano. El Chino, que estaba detrás de nosotros, agarró velocidad y meneó la cabeza cuando pasó a la par de nosotros. Nadie dice nada. Podemos ver su cabeza rapada, sus piernas delgaditas, su mochila negra.

Chele y Marcelo están detrás de nosotros y un poquito separados. Todos pasamos a la par de vendedores, tiendas, puestos de comida,

chuchos, moscas, botes de basura. ¡El ruido! La gente lleva todo tipo de zapatos: botas, sandalias, tacones, tenis. La ropa de la gente cruje como hojas secas o como palomas levantando vuelo. ¡Estamos dentro de una colmena de abejas! Hay gente de todos colores y formas, pero acá son más chelitos que en Oaxaca o Acapulco. El Coyote tenía razón. En el motel nos dijo: «Los de Guadalajara son más güeros que el resto de mexicanos».

Coyote dijo que Chele, Patricia y Carla no van a tener problemas acá, que tienen cara de tapatíos. Que a El Chino y mí también nos iba a ir bien si no hablamos. Pero que le preocupa Marcelo porque parece «yucateco». «Cuando estén afuera no digan nada», dijo, con su voz normal y suave. Me había acostumbrado a que hablara fuerte o nos gritara a nosotros. Después me acostumbré a su voz ronca. Pero su voz de ahorita no hace juego con él, es una voz para alguien más buena gente.

Lo vemos debajo de un poste de luz, afuera de la terminal. El Coyote le da golpes a su caja de cigarros, le pega con la parte de debajo de su mano, donde la mano se conecta con la muñeca. Los otros hombres hacen esto cuando tienen una caja nueva, pero El Coyote lo hace siempre. Saca ahora un encendedor negro de su bolsillo trasero y empieza a fumar. El Coyote le asiente con la cabeza a El Chino. Pura iguana El Chino, le acepta de regreso y se va a poner a la par de él, buscando también un cigarro.

En Ocós a El Chino le gustaba siempre tener un cigarro detrás de su oreja derecha. «Para fácil acceso», dijo. Pero ya no ha hecho eso acá en México. El Coyote nos ve y mueve la cabeza, luego mira a Marcelo y Chele, y Chele también empieza a fumar. Patricia, Carla y yo nos quedamos como a un metro. Estamos cerca de la calle. Hacemos como que no nos conocemos, hasta que El Coyote le dice algo a los hombres y todos caminan hacia donde estamos nosotros.

—Voy a pedir un taxi —dice, fumando—. Pero en el taxi no digan nada. ¿Me entendieron?

Le decimos que sí. Mientras esperamos, los hombres dicen casi al mismo tiempo:

—¡Doce horas, maje!

—¡Doce putas horas!

—¡Puta!

—Shhhh. —Patricia los regaña, viendo alrededor y apretándonos la mano a Carla y a mí.

Soplos de humo vuelan en el aire, son una espesa nube gris. Quisiera ser más grande para fumar con ellos, como en Ocós. Ojalá no hubiera llorado esa vez. Quiero que me guste fumar, así cuando tenga el cigarro en la boca no sienta presión de hablar, y para sacar soplos de humo que a veces salen en forma de anillos. Marcelo y El Chino son bien pilas para hacer aros gruesos que se miran bien chivos y también más pequeñitos, que parecen *Froot Loops*. Chele no puede hacer anillos. «Fumar no es un juego», dice seguido.

El Coyote le hace señas a otro microbús. Los hombres se sientan hasta atrás. Patricia, Carla y yo nos sentamos en medio, y yo pego la cara al vidrio de la puerta corrediza. Falta poco para que se ponga el sol y todo está pintado de dorado, de colores brillantes y como la miel, el colorido cubre todo.

¡Esto es muy chivo! Los colores, explorar otra ciudad, ver a la gente, los edificios altos. No puedo dejar de ver por la ventana. Guadalajara aparece en muchas telenovelas y películas, la mencionan en canciones. El humo llena el microbús. Agh, me gusta mucho el olor a cigarro y cómo se agarra de la ropa de los hombres, de su aliento, su pelo, de la punta de sus dedos y todo lo que toca. Patricia agarra a Carla y a mí, y pone sus brazos sobre nosotros. No hay aire acondicionado. El radio está apagado. El Coyote enciende la radio, pero no encuentra nada. El chofer voltea a verlo y le dice que no con la cabeza. Alcanza el visor del carro, lo voltea y un casete cae en sus manos.

—¿Te gustan Los Bukis? —le pregunta el chofer.

El Coyote le dice que sí y la música empieza a sonar. Conozco esa

canción. Es el mismo casete que tiene Patricia: «Quiéreme».

Cuando empieza la canción El Chino le da un toque a Chele en el hombro y le dice, «Sos vos, cerote». Los que vamos en el asiento de en medio y los de atrás nos aguantamos la risa. Marcelo mueve la cabeza. Yo miro al chofer para ver si escuchó el «cerote», pero no escuchó nada. Chele en verdad se parece a El Buki. Los dos son bien chelitos, tienen el pelo castaño, una gran frente y cachetes bien gordos. La única diferencia es que Chele no tiene barba y no tiene el pelo tan largo.

Afuera Guadalajara cada vez parece menos y menos una ciudad grande. Al rato el chofer le da vuelta al casete. Pasamos de una calle de asfalto a una calle de tierra con grandes piedras que nos lastiman las nalgas. No veo ni un niño a caballo, ranchos a la par de la carretera o granjas de tequila como las que salen en las telenovelas. Solo hay hombres con botas y sombreros rancheros; pensé que todos iban a estar vestidos así, ¡pero más gente se viste así en El Salvador!

Nos toma más de media hora llegar al lugar donde nos vamos a quedar. Ya cayó el sol. El Coyote es el primero en salir del microbús. Él ayuda a Carla. Patricia sale por su cuenta y luego salgo yo. Los hombres se bajan después. Nadie dice nada. El Coyote le paga al chofer y le da un toquecito al carro. Se va el microbús y deja una nube de polvo. De seguro para el invierno estas calles se inundan como las de mi casa. Hace mucho calor.

Hay casas y nada más. Cemento, ladrillos, gradas, viento, polvo y nada más. ¡No hay palos! ¡No hay gente! Solo hay chuchos aguacateros y basura, bolsas de plástico dando vueltas. Me recuerda a los días que Abuelita Neli no vende nada, durante la época seca, cuando Tía Mali tiene que echarme sábila todos los días porque me sale mucho salpullido. Espero que no me dé salpullido acá. No quiero que me den ganas de rascarme la espalda con un poste, puro chucho.

—Somos expertos en bajarnos de los microbuses —dice Patricia cuando el microbús deja una nube de polvo detrás y solo estamos

nosotros.

—Veteranos —dice Marcelo con la barbilla en alto. A lo mejor es por la luz, pero me doy cuenta que tiene la barbilla bien rasurada; es su forma de verse bien catrín cada vez que vamos en bus.

—Ajá.

—Sí, vos. —El pelo castaño de Chele se mira más claro por la tarde.

—No hablen fuerte. —El Coyote les dice a los hombres mientras camina a… ¿su casa?

—Va, maitro. —La barbilla bien rasurada de Marcelo hace que se mire bien malacate cuando le asiente la cabeza a El Coyote. Marcelo después da un paso hacia atrás para hablar conmigo—. Sos un veteranito —dice, tocándome la mochila.

Ve-te-ra-ni-to, repito en mi cabeza. Me gusta esa palabra. Tal vez sí le caigo bien a Marcelo. Chele me dice cipotillo. El Chino me dijo hermanito. Marcelo me da menos miedo ahora que sí me habla. A pesar de los tatuajes me da menos miedo. Al principio me daban más miedo los tatuajes de El Chino pero solo porque Abuelito Chepe conocía a Marcelo. Pero El Chino es bien buena gente conmigo y parece pura Olivia, la novia de Popeye, solo que El Chino tiene un montón de barros y es mero pelón.

El Coyote camina hacia lo que ya no parece una casa sino un edificio.

—No es un motel, pero aguanta —dice, subiendo unas gradas de ladrillo.

Subimos tres pisos. ¡Oficialmente voy a dormir lo más lejos del suelo que he dormido en mi vida!

—Este es su apartamento —dice El Coyote y señala a una puerta de metal que está en medio de dos paredes de cemento sin pintar.

A-par-ta-men-to. He escuchado esa palabra en películas y en aquel programa de la tele, *Friends*. Esto es algo nuevo para mí. Llevo una lista. Quedarme en un motel. Usar un baño caro. Bañarme en una regadera. Dormir en un edificio de dos plantas. En un edificio de tres.

Quedarme en un apartamento.

Cuando El Coyote abre la puerta, sale una luz muy brillante. Adentro está un joven chelito sentado a la par de un señor en un sillón cubierto de sábanas azules. Están viendo la tele. En la pantalla aparecen dos equipos de futbol calentando y los comentaristas hablan del partido.

—Hola —dice el hombre y se acerca a ayudar a Patricia con su mochila.

—Gracias —dice ella.

Todos entramos y nos quedamos cerca del sillón. El Coyote cierra la puerta detrás de él.

—Bienvenidos, bienvenidos. Este es mi hijo —dice el papá, señalando al muchacho que es más grande que Carla y yo.

Al bicho no le sorprende que estemos ahí. Nos saluda sin dejar de ver a los futbolistas; tiene la pantalla como a un metro de su cara.

—¿No vas a decir nada, morro? —pregunta El Coyote y el muchacho asiente la cabeza.

La luz azul, de la tele, le pinta su pelo corto de un café muy claro. Se conocen ellos dos.

—Bienvenidos —dice otra vez El Papá—. Pasen a la cocina, siéntense, siéntense. Han de estar cansados. —La casa es un corredor largo de cemento. No tiene azulejos como el motel. El cemento es liso y gris. De la puerta es un camino recto hasta la parte de atrás del apartamento. Puerta, sillón, tele, una mesa de madera con cuatro sillas alrededor—. Siéntense. —El Papá le dice a Patricia y le ofrece una silla. Las sillas de madera tienen tres tablas en el respaldo.

—Gracias —dice Patricia otra vez, y deja caer su mochila en el suelo. Luego se toca los muslos para que Carla se siente en sus piernas.

Marcelo y El Chino agarran una silla, se quitan sus mochilas y se sientan. Chele jala la última silla de madera y con los labios me hace una seña para que yo me siente. Con la mochila aún puesta Chele se para junto a El Coyote y El Papá, que están cerca del sillón. Yo

también me quedo con mi mochila puesta. Me gusta cómo se siente, como una almohada o como un osito de peluche cuando la tengo en mis brazos.

—¡Lo logramos! —dice El Coyote—. Aquí nos quedamos hasta que me den más instrucciones. —Camina el corto camino entre el sillón y la mesa de madera; acá se siente como que todo está bien apretado—. Por ahora descansen. Tienen que descansar. Hay dos cuartos atrás, chiquititos, pero hay dos camas. Los hombres duermen juntos. Y ustedes tres, juntos. —Señala a Patricia, Carla y a mí—. También está el sillón. Si necesitan algo, mi compa aquí —le da una palmada en la espalda a El Papá— vive abajo. Él va a venir a verlos, ¿entendieron?

Los adultos asienten con la cabeza.

—De ahí, no salgan de este cuarto. Él —El Coyote le pone énfasis al «él» y señala a El Papá— va a venir a verlos todos los días para la comida y la cena. Él se va a asegurar que tengan todo lo que necesitan.

—Y, ¿adónde va usted? —le pregunta Patricia.

—Cerca. —El Coyote sonríe—. Yo vivo acá. Pero voy a venir a verlos. Un día antes de irnos yo les vengo a avisar.

—¿Como en cuántos días es eso? —pregunta El Chino.

—No sé. En unos días. Pero seguro después del lunes.

Es domingo por la noche. Se me había olvidado que era domingo hasta que El Coyote lo dijo.

—Es un lugar humilde, pero están en su casa —dice El Papá—. Hay algunas cosas en la cocina y tenemos este refrigeradorcito. —Señala a un refrigerador que es más chiquito que yo y que está a la par de un tambo de gas propano—. Les voy a traer más almohadas y sábanas. En la noche hace frío. —El Papá es más viejo que Don Dago. Tiene más canas en los lados de la cabeza, pero arriba su pelo es casi todo negro.

—Órale —dice El Coyote—. ¿Alguna pregunta?

Todos sacuden la cabeza.

—Los vamos a dejar solos. Descansen. Vean la tele si quieren, pero

no le suban mucho. Luego vamos pa' la frontera. Descansen, descansen, descansen —dice El Coyote, apretando su mochila más fuerte.

—Si necesitan algo más, avísenme —dice El Papá más fuerte y viendo a Patricia—. Ándale, cabrón —le dice a su hijo, que no deja de ver la tele—. Ah y el baño está hasta allá, por allá. —Señala al final del corredor, después de los cuartos—. ¡No se preocupen por nada! —dice fuerte y viéndonos a todos los que estamos cerca de la mesa de madera.

—Pero el partido… —dice el muchacho; es lo primero que ha dicho desde que llegamos.

—A la casa, morro. —Los tres mexicanos caminan hacia la puerta de metal.

Morro. Creo que acá significa otra cosa. En El Salvador morro es un árbol que usamos para hacer guacales y también son las semillas que le echamos a la horchata.

—Siempre cierren la puerta —dice El Coyote—. Ellos tienen un juego de llaves —señala a El Papá y su hijo—. Cierren la puerta y no le abran a nadie. A nadie. ¿Me entendieron?

Chele, que no se ha sentado, los acompaña a la puerta y la cierra. Escuchamos cuando bajan las gradas camino al apartamento que está debajo de nosotros. Abren otra puerta de metal y la cierran. El Chino es el primero en hablar.

—¿Quién está jugando? —El Chino le pregunta a Chele, que al fin se aleja de la puerta.

Chele camina hacia donde estamos nosotros. El muchacho dejó la tele encendida.

—Jaber —dice Chele, entrecerrando los ojos—. No miro ni mierda.

—Vas a tener que comprar lentes cuando llegués a La USA —bromea Patricia.

—Necesito lentes, pues.

Mi Mamá me daba jugo de zanahoria cada mañana. Estoy lejos,

pero puedo ver que a la par del marcador dice «ATL vs. AME».

Marcelo se levanta y mira la tele.

—Atlas contra el América. Acaba de empezar.

? - 5 - 99

Todo el apartamento huele a humo. Cuando me despierto me saco los mocos y son negros y grises. Cuando estábamos dormidos los hombres agarraron un guacal pequeñito, lo convirtieron en cenicero y lo mantienen a la par del sillón. Patricia se enoja con ellos y nosotros desayunamos panito Bimbo en silencio. Para el almuerzo, El Papá nos trae una olla de frijoles; no son iguales a los que como en la casa.

Después El Coyote aparece con un paquete de cigarros para los hombres y nos dice que todavía no nos vamos.

—Descansen, duerman, porque el siguiente tramo es el más pesado. —Luego voltea al vernos a Carla y a mí y nos dice—: Especialmente para ustedes, morritos. Les voy a seguir dando noticias, pero no creo que salgamos hasta finales de la otra semana.

Antes de cerrar la puerta nos recuerda las reglas:

No abrir la puerta de metal si no está El Coyote.

(A menos que alguien se esté muriendo).

No mirar por las ventanas. Las ventanas siempre tienen que estar cerradas.

De noche (o de día) mantener las luces apagadas. En la sala, usar la luz de la tele si necesitamos iluminación. En los cuartos solo usar una lámpara.

Si necesitamos algo, El Coyote viene una vez al día.

El Papá viene cada comida.

Quedarse escondidos.

Fumar dentro del apartamento.

Alternarse en la regadera. El agua se termina. Los hombres se bañan

un día. Nosotros, el otro día.

Y ya. Nadie puede salir. Miramos la tele todo el día. Caricaturas por la mañana. Telenovelas por la tarde. A Carla, Patricia y El Chino les gustan mucho. Las discuten. Luego vemos *El Gordo y La Flaca*, *Dragon Ball Z*, *Primer Impacto*. Miramos los partidos de Las Chivas; se supone que es nuestro equipo. El Papá grita en su apartamento. Me recuerda cuando Mi Mamá y Abuelita Neli vieron la final del Mundial del 94. A ninguno de los hombres de Los Seis les interesa ver los partidos. Creo que no les gusta el futbol.

? - 5 - 99

Ojalá hubiera una hamaca acá porque siempre me despierto sudando. Acá no hay aire acondicionado. El ventilador no es suficiente. Hoy me toca bañarme. La última vez que me bañé, nomás salí de la regadera y empecé a sudar otra vez. Extraño mi casa y la hamaca que Abuelito Chepe colgó entre el mirto y el palo de anonas, en el jardín de atrás. Ya llevamos acá una semana. Los Seis se dividen en dos grupos: los hombres, y Patricia y Carla. Yo me la paso un rato con cada grupo. Cuando los hombres fuman viendo televisión, Patricia y Carla se quedan en el cuarto durmiendo con las luces apagadas. A veces hago la siesta con ellas. Hoy he estado en el cuarto porque ya me cansé de la tele y de escuchar a Patricia gritarles a los hombres que por qué dejan la ropa y basura por todos lados. Ya dejó de limpiar la basura de los demás. Casi siempre se mira triste. Casi siempre está dormida. El ventilador da vueltas y vueltas y no nos refresca, pero al menos mueve el humo y ahoga las voces de los hombres.

Este cuarto, pero también todo el apartamento, me recuerda al puesto de pupusas de Abuelita Neli. No me recuerda a la plancha donde cocina las pupusas. Ni a la mesa de madera. O a las seis sillas de plástico. Me recuerda a donde guardábamos todas esas cosas, junto

a las golosinas y los dulces. Cada tarde ayudaba a Abuelita Neli a guardar todo en una pequeña bodega que no tenía luz. Todo dormía ahí dentro, detrás de una chapa plateada al extremo de la cadena más gruesa del mundo, de la cual solo Abuelito Chepe tenía la llave. Estamos en un cuarto parecido, solo que El Coyote y El Papá son los que tienen las llaves. A nosotros también nos echan llave desde afuera. «Es por su propio bien», dice El Coyote. «Otras veces han deportado a grupos completos», agrega El Papá.

En Tecún u Ocós al menos podíamos caminar por el pueblo y respirar aire fresco. Estos últimos días me la pasé oliendo el apartamento puro chucho. Cuando los hombres se levantan del sillón siento olor a sudor a través del humo de cigarro. Marcelo huele igual que las cenizas de la estufa de Abuelito Chepe. El Chino, como el trozo de tierra más seco del mundo. Y Chele, como plumas de gallina tibia. Hay algo de lo que no puedo escapar y que ha empezado a gustarme: el aliento de Patricia y Carla por las mañanas huele a loroco. Trato de recordar a qué olía Mamá Pati, pero no me acuerdo. Es lo que más me emociona de verla otra vez: recuperar su olor.

En el puesto de pupusas, cuando amontonaba las sillas de plástico, las olía. Olían rancio, puros mangos podridos. Amontonaba las sillas en una esquina de la bodega oscura y hacía que la pila de sillas se viera como una torre de platos blancos arrinconados en la cocina. Así jugaba yo. Cuando agarraba una silla, lo hacía por los brazos gruesos como viéndola de frente, como si la silla fuera a abrazarme. Entonces me acercaba a oler el plástico. La mayoría de pacientes en la clínica son madres primerizas, mujeres jóvenes que miraba desde mi mesa donde vendo horchata, papalinas y dulces. Miraba dónde se sentaban. Era como saber de dónde vienen los bebés tan solo con sentir su olor. Todavía no sé bien de dónde vienen los bebés, pero al verlas ahí sentadas supe que les salen de las nalgas.

¡Guadalajara! ¡Guadalajara! Los hombres empiezan a cantar. A rimar. Estoy tan aburrido. Ya vi mucha tele. Ya no quiero jugar a que

soy un chucho. Dibujo cadejos en los periódicos que El Coyote nos trae. ¡Nadie los lee! Solo espero que no nos toque esperar tanto como cuando estábamos en Tecún. ¡Dos semanas! Ya quiero ver el próximo pueblo. Entiendo por qué Patricia y Carla se quedan en el cuarto durmiendo. En mi cuarto. Nuestro cuarto. Comemos lo mismo todos los días: panes de queso con mortadela, café y panitos Bimbo, frijoles fritos que no saben igual a los de mi casa, un queso suave que no sabe a queso fresco, queso duro o requesón. La crema mexicana también es diferente. ¡Y las tortillas de acá son hasta más delgadas que las tortillas que comimos en Guatemala!

«Pero esto es mejor que estar dentro de un bus», dijo El Chino. Tiene razón. Es mejor que no hablar por horas. Aunque aquí la verdad es que no le hablo a nadie. Solo miro la tele, como esta comida fea y huelo el apartamento. Guau guau. Ladro como los chuchos que están afuera. Comí nopales. ¡Guácala! Comí otra cosa que se llama tomatillo y me hizo mal. Guau, guau. Guau, guau. Otra vez soy un chucho. Tengo un hocico. Patas. Nariz de chucho. Tal vez así, El Cadejo sí se me va a aparecer.

? - 5 - 99

Sé que es domingo porque están pasando un partido de futbol en la tele. Desde temprano pasan anuncios del partido de hoy: Las Chivas vs. Atlante. El partido empieza a las 5 p.m. y es el último partido antes de que empiece la liguilla. Todos los partidos son a la misma hora. Los hombres le van a Las Chivas más que a Atlas, porque Las Chivas van arriba en la tabla. Nadie le va a Los Tecos. Creo que le voy a Atlas porque me gusta su uniforme negro. No me gustan las rayas del uniforme de Las Chivas. Es alegre cuando hay partido, porque los hombres apuestan cigarros y cerveza, pero igual siempre comparten todo. También cambió la cerveza. Ahora El Coyote trae Estrella Jalisco

y Sol, pero no muchas para que los hombres no se pongan bolos. Era feo cuando casi se peleaban en Ocós. Hablan más cuando hay partido.

? - 5 - 99

Chele se queda en su cuarto escuchando música. El apartamento venía con un radio chiquito con casetera y que Chele escucha con poco volumen, pero canta bien alto para que lo escuchemos desde nuestro cuarto. Chele tiene un casete de Bronco. Pero desde que le dijimos que se parece a El Buki, ya lo aceptó y le pide el casete de «Quiéreme» a Patricia.

El Chino pone también música de Vilma Palma e Vampiros. Es su banda favorita. Trajo dos casetes de ellos, *Vilma Palma e Vampiros* y *3980*. Me gusta esa canción «Auto rojo», la que va Ooo-oh-ooo-oh-ohh, ooo-oh-ooo-oh-ohh, ooo-oh-ooo-oh-oh-ohh…

A Marcelo no le gusta escuchar música. Él se sienta enfrente de la tele, cambiando de canales y fumando sin parar. Él siempre tiene el control remoto. Pero también trajo un casete, *Mucho barato* de Control Machete. «Me gustan las canciones pesadas, como las canciones de rap», escuché decirle a Chele una vez cuando los dos estaban en el sillón. Me gusta hacer como que soy invisible cuando estoy sentado en el piso, viendo tele, cuando hablan los adultos. ¿Pesadas? ¿Cómo una canción es «pesada»? No sé. Pero sí sé que la canción favorita de Marcelo es «¿Comprendes, Mendes?» La pusieron en la escuela para el baile del Día de la Madre y a todo mundo le gustó mucho; las monjas después prohibieron el rap de los otros bailes. A Marcelo le gusta decir «Comprendes, Mendes». El Coyote también lo dice.

Además de Los Bukis, Patricia trajo el casete de «Como te recuerdo» de Los Temerarios. A cada rato lo pasan en la radio. Le gustaba escucharlo cuando estábamos en Tecún y Ocós, pero ya no. Creo que la pone triste. El radio siempre está en el cuarto de los hombres y

nunca lo pide prestado. Siempre que Chele o El Chino están ahí, voy a la cama de Patricia a escuchar la música. La mayoría de veces trato de evitarlos a todos. Quiero caerles bien.

? - 5 - 99

Estoy acostado en la cama, contando los pelitos que tienen Patricia y Carla sobre sus labios. Las escucho roncar y hacer ruidos extraños. Nunca he visto a alguien dar patadas o moverse tanto cuando están dormidos como ellas. A veces Patricia se despierta o despierta a Carla. Cada día duermen más y más. Cuando no están dormidas, ven al techo en silencio.

? - 5 - 99

No he llorado durante El Viaje, excepto cuando fui a pedir gasolina en polvo. Aparte de esa vez me he portado bien. No lloré cuando vi a los soldados mexicanos con sus pistolas. No eché el zope en la lancha. No me quejé cuando caminamos por horas. Me he comido todo lo que me han dado, incluso cuando estuve enfermo por comer tomatillos. He hecho todo lo que Abuelito Chepe, Abuelita Neli y Tía Mali me dijeron que hiciera, «portate bien y seguí a los adultos», y aún así no le caigo bien a Carla.

No es como que me quiero casar con ella. Me gusta como me gustan las niñas de las telenovelas. Pero la diferencia es que ella está aquí. Entonces me chiveo. ¡Ni siquiera nos hemos tocado! En la lancha me senté en sus piernas, pero solo porque Patricia me dijo que lo hiciera. En el bus, en la cama, Patricia siempre está entre ella y yo. Patricia tampoco me abraza. Extraño a Tía Mali. Quiero salir a la calle. Ya aprendí a hacer pupú en el inodoro y a lavar mis calzoncillos. Lo

único que todavía no sé hacer es amarrarme los zapatos. Uso zapatos con velcro, pero Abuelito Chepe dijo que cuando lleguemos a la frontera me tengo que poner los otros zapatos, los que llevo en la mochila. Son zapatos con pitas para amarrar. En la escuela le pedía ayuda a las monjas. Carla piensa que soy un niño chiquito. Otra vez Carla me dice «bichito» y «monito». Me hace sentir mal, pero no tan mal como cuando pasaba a mi lado y me decía, «Uuuussh, chusma». Voy a aprender a amarrarme los zapatos.

21 - 5 - 99

¡Ya nos vamos! ¡Al fin! Mañana nos vamos de Guadalajara con nuestros papeles falsos. Gracias a Dios. Estaba taaaaaan aburrido. Nadie se dio cuenta que ya pasó el 10 de mayo.

—Vieja, ¿ya pasó el Día de la Madre? —dijo El Chino un día.

—Felicidades —le dijo Marcelo a Patricia, que hizo como que si no era con ella.

No sé cuándo fue el 10. Pero ya nos vamos mañana.

¡Guadalajara! ¡Guadalajara!…

Estoy en la cama, pensando en palabras que riman cuando veo a Patricia escondiendo pisto en su brasier. Abuelita Neli guardaba pisto en su delantal y dijo: «Las mujeres que esconden pisto en sus brasieres no tienen clase». Patricia me ve viéndola, pero no dice nada. Ella confía en mí. Lo único que hace es llevarse el dedo a la boca. Asiento con la cabeza. Luego se tira un pedo.

¡Se tiró un pedo!

No sé si reírme, alejarme o aguantar la respiración. Patricia de un solo se caga de la risa. Las arrugas en su frente, las arrugas al lado de sus ojos, sus camanances, todo aparece en su cara. Puedo ver los rellenos plateados de sus dientes. Y una grieta también. Ella seguro también puede ver mis rellenos plateados y las caries que tengo del

lado derecho de mi boca.

El pedo no huele mal. Son peores los pedos de Tía Mali. Mi Mamá nunca se pedorreó enfrente de mí. Patricia no se ha reído así en semanas. Cambió ahora que sabe que ya casi nos vamos. Todos cambiaron. Los hombres y Carla están viendo la tele. No escucharon el pedo. Patricia y yo nos seguimos riendo. ¡Nos vamos mañana! Hago el sonido de un pedo y me río. ¡Luego ella se tira otro pedo! Pero esta vez me persigue, empujando el aire hacia mí. Me río tan fuerte que siento que se me salen los pedos, pero no puedo pedorrearme y eso que me los he estado aguantando. Tía Mali no empezó a pedorrearse enfrente de mí hasta hace unos años. Después ya hasta teníamos «guerras de pedos». Siempre que comíamos mucho ajo o curtido, cada uno se pedorreaba de un lado del cuarto. «¡Es por el repollo, pedorros!», gritaba Abuelita Neli, desde su cuarto.

¡Nos vamos mañana! ¿Cómo se irán a ver los otros pueblos y ciudades? ¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a comer? ¿Qué tan pronto voy a ver a mis papás? Desde que El Coyote dijo que tal vez nos íbamos este fin de semana, Patricia ha sido como es siempre. Ya regresó las cosas a su «lugar correcto». Ya barrió todos los pelos que ella y Carla han botado en el piso. También limpió los que estaban en la regadera. Pero sigue enojada con los hombres, porque dejan pelos por todos lados cuando se rasuran y porque se orinan en el asiento del inodoro.

Patricia se queja de que Carla y yo no le decimos ni gracias porque ella limpia el baño antes que entremos nosotros a bañarnos, pero sí le decimos gracias. Ella y Carla hacen como que pelean. No hablan fuerte como mis abuelitos. Y Patricia nunca le pega a Carla.

Mañana salimos temprano, como siempre.

—Vístanse bien —nos dijo El Coyote. Eso ya lo sabemos.

Pero igual Patricia se lo dice a Carla, quien volvió al cuarto porque terminó la telenovela.

—Ya sé, mamá. Gracias.

—De nada.

—De mucho nadar se va a ahogar usted —dice Carla.

Nos reímos, y eso que Carla siempre hace esa broma. Sale del cuarto y se alista para irse a dormir. Yo ya me lavé los dientes. El ventilador está encendido. Aprendimos que el ruido del ventilador es más fuerte que el ruido que hacen los hombres. Ellos siempre se quedan despiertos hasta tarde, especialmente el día antes de viajar, porque así duermen en el bus. El ventilador es una hélice. Un helicóptero. Ya me aprendí todo sobre este ventilador. Las cuatro aspas son más gruesas que mis uñas, son tan gruesas como un vaso de vidrio. El polvo se acumula en las hélices, que parecen que están atrapadas en una cárcel de metal que rodea el ventilador. El ventilador tiene tres velocidades. Tiene un botón que hace que el ventilador dé vueltas o deje de moverse. Miro el botón. Veo a Tía Mali diciéndome que el ventilador me puede cortar los dedos. Pero ella no está aquí. Puedo hacer lo que yo quiera. En la casa una vez metí un lápiz a través de la cárcel de metal y Tía Mali me dijo que no volviera a hacer eso. Ni Tía Mali, Abuelito Chepe o Abuelita Neli me han pegado. Pero creo que esa vez casi lo hacen.

En la escuela, los niños se retan los unos a los otros a parar el ventilador con sus dedos. Se quedan en la clase durante el recreo, después que el maestro se va a comer. He visto a niños pequeños asombrados porque pararon el ventilador con sus dedos gordos. ¿Será que mis dedos son lo suficientemente gordos? ¿Será que son dedos de niño grande?

Ser más viejo, ser niño grande significa ser más fuerte. Eso es lo que dijeron los otros niños. Mis amigos y yo nunca intentamos parar el ventilador. Necesitamos nuestros dedos para jugar. Para bailar. Para comer. Para abrazar a nuestros papás. Para escalar el muro que voy a escalar pronto. Mañana nos vamos de aquí. Soy un veteranito, como dice Marcelo. Patricia está acostada en la cama. Carla está en el baño. Le bajo la velocidad al ventilador, lo llevo hasta lo más lento.

—¡Pará! ¡Bicho! ¡¿Qué putas hacés?!

Patricia nunca me había gritado así.

—Vení acá, tontito.

Siento como que me hubieran echado un guacalazo de agua fría. Tía Mali es la única que me dice así. Patricia toca la cama, a la par de sus piernas. Su voz es más suave ahora. Me siento a la par de ella, pero no me recuesto.

—¿Qué pasó?

Encojo los hombros.

—¿Extrañás El Salvador?

—Ajá.

—Yo también. Pero ya casi vas a ver a tus papás.

—Ya sé.

—¿Los querés mucho?

—Sí.

—Yo quiero a mi hijita.

—¿A Carla?

—Sí, también, pero me refiero a la que está allá, del otro lado.

Se me olvida que tiene otra hija que ya está en La USA. Que está esperándola allá. Que Carla tiene una hermana. Quiero preguntarle que cómo fue que su otra hija llegó a La USA, pero entonces Carla regresa del baño.

—Se fue en avión —Patricia me dice, con una mano en el pecho, justo donde escondió el pisto.

—¿En avión?

—Sacó su visa —dice Patricia.

—Y, ¿ustedes dos?

—Obvio que no, bicho pasmado —dice Carla, moviendo con la cabeza. Viéndome fijamente.

—No le digás así —le dice Patricia.

—Vos querés a tus papás, ¿no?

—Sí. Voy a estar con ellos pronto —digo, apenado y viendo al

suelo.

—Te creo, Javiercito —dice Patricia, sonriendo—. Me hace sentir mejor. Tus papás te aman. ¿Entendés?

Le digo que sí, intentando de no ver a Carla o lo que están haciendo sus cejas.

—Vamos a dormirnos. A la camita.

Patricia me soba la cabeza un par de veces y se mete en la cama. Yo me acuesto a la par de ella y con Carla del otro lado. Estoy emocionado por mañana. Al fin vamos a salir por esa puerta de metal.

¡Guadalajara! ¡Guadalajara!

6

Guadalajara a Sonora
22 de mayo, 1999

—Aquí, luego aquí, luego aquí —dice El Coyote, señalando las ciudades por donde vamos a pasar de camino a la frontera.

Lleva un mapa de bolsillo, más chiquito que el de Abuelito Chepe y sus dedos tapan estados enteros. Tiene un mapa de la parte norte de México con estos cinco estados: Nayarit, Sinaloa, Sonora, Baja California Norte y Baja California Sur. No sabía que California tenía parientes mexicanos. Mientras El Coyote señala la ruta que dibujó con un lapicero, veo que sus dedos no se mueven para Tijuana. Ni siquiera menciona ese estado, solo Tepic, Mazatlán, Los Mochis, Ciudad Obregón y Hermosillo.

—Ahí vamos a parar a dormir —dice, estamos en la cocina y todos tratan de ver un poco del mapa—. No nos vamos a tardar tanto. Cuando mucho dos días y llegamos a La Línea. —Señala a otro lugar que no es Tijuana. Esa fue la última ciudad que practicamos con El Abuelo.

—¿Qué fue lo que pasó con Tijuana, maitro? —pregunta Marcelo.

—No se puede cruzar por ahí.

—¿Por qué? —pregunta Patricia.

—Hubo cambios.

—¿Cómo así? —dice El Chino, frustrado.

—Los estoy llevando a donde mis jefes me dijeron que los llevara. Nuevo plan —dice El Coyote, y su tono es más serio—. De aquí —señala a un pueblo cerca de La USA— es todo derecho hasta cruzar La Línea. —Hoy no lleva cachucha El Coyote y tiene el pelo lleno de gel.

Me gusta que le dice «La Línea» a la frontera. Es una línea en el mapa —. La mera neta es que la otra ruta es muy peligrosa ahora. Allá seguro los agarra La Migra.

—Ajá —dicen Los Seis.

El Chino chasquea la lengua. Chele está sorprendido. Marcelo suena molesto. Patricia lo dice con sarcasmo. Carla y yo no decimos nada. La Migra. Recuerdo la palabra «migrantes». Eso es lo que somos. Así nos dijeron los coyotes en Oaxaca. Abuelito Chepe hizo que aprendiera los nombres de los pueblos por una razón, pero el plan cambió en Tecún, cambió en Ocós, cambió en Oaxaca. Don Dago nos dijo muchas veces que el plan podía cambiar…

Y, ¿dónde está Don Dago? Los adultos ya ni siquiera preguntan por él. Ahora este es nuestro coyote y ni siquiera sabemos cómo se llama. Marcelo solo le dice maitro. Patricia y Carla le dicen señor. Chino y Chele le dicen don. El Coyote le dijo su nombre a Patricia, pero todos sabemos que ese no es su nombre verdadero. Ningún coyote usa su nombre real. Lo bueno es que ya mero nos vamos de este apartamento.

Pensé que nunca iba a dejar de hacer siestas. Que nunca iba a dejar de estar aburrido. Agarro los tirantes de mi mochila y camino por última vez este largo corredor, a un lado del sillón, a un lado de la tele. Cruzo la puerta de metal, bajo las gradas, llego al camino de tierra. El Papá y su hijo no vinieron a despedirse.

Al fin estamos afuera. Respiramos aire que no huele a cigarros y basura. Siento como que estamos terminando un castigo. La luz del sol nos pega en la piel. Nuestros ojos se ajustan a la luz. Nos subimos a un microbús, que nos va a llevar a la terminal donde El Coyote dice que vamos a agarrar otro bus.

—Ojalá que nadie nos pare antes de llegar a La Línea —dice Chele suavecito; va en el asiento de hasta atrás.

—Ojalá —dicen igual de quedito El Chino y Marcelo, quienes están a la par de él, y justo antes que el chofer encienda la radio. Son las 8 y

pico y es lo más tarde que hemos salido para ir a otra ciudad.

El Capitán Coyote es el más catrín de todos. Lleva un reloj plateado. Antes llevaba uno negro. Su camisa está bien planchada y la lleva siempre metida dentro del pantalón. Tiene un cincho con una hebilla bien grandota. Y ahora tiene un grueso bigote debajo de la nariz; los cachetes y el mentón los tiene bien rasurados. Los hombres se echaron mucho perfume. Es más fuerte el olor a perfume que el de cigarros, y eso que llevamos las ventanas abajo.

—Habían esperado hacer una llamada. Hoy van a poder hacerla —dice El Coyote desde el asiento de adelante—. Pero hasta que lleguemos no digan nada.

El microbús nos deja enfrente de una gran iglesia. Un grupo de gente entra a la catedral y El Coyote dice que es famosa. La gente vende amuletos y esculturas de la Virgen de Guadalupe. Verla me recuerda a que cada 12 de diciembre tengo un bigote y barba hecha de pasta de zapatos. Mi cuma, mi matata, mis caites, mi sombrero y un tecomate. No veo a nadie vestido así. Hay árboles que salen de unas enormes macetas, que sirven también para que se siente la gente. Hay una fuente en medio; es la fuente más grande que he visto en mi vida.

—No tenemos que fingir que no nos conocemos. Solo síganme.

Caminamos entre la gente, todos muy cerca. Patricia nos lleva de la mano a mí y a Carla. Algunas personas se arrodillan afuera de la iglesia a rezar. Otros toman fotos.

—Vamos —dice El Coyote, subiendo las gradas que dan a la entrada de la iglesia. Las puertas son enormes, más la que está en medio.

Es mucho más grande que la iglesia de mi pueblo. Adentro todo es blanco, excepto por los bancos y el piso de cemento. Y hasta adelante, donde está el padre, hay vidrios pintados de colores y esculturas de madera de santos y de Jesús. Bien pulidas, las esculturas. Relucientes. Balcones hechos de madera oscura y brillante. Madera gruesa. Hay un montón de velas. Las columnas blancas que soportan el techo tienen

líneas doradas. El olor a cera. A humo. A gente.

El Coyote camina y se sienta hasta adelante, en un banco a la derecha del pasillo central. «Morrito, reza pa' que lleguemos», me dice El Coyote, arrodillándose. Todos nos arrodillamos a la par de él.

Adentro todo es silencio, pero hay ruido también porque los zapatos de la gente chillan en el suelo, porque su ropa se roza con la de los demás, porque respiran fuerte. Los sonidos viajan del suelo al techo. Los Seis nos persinamos. Tap, tap, tap, tap, tap. Me cuesta concentrarme, pero igual trato. Pido por lo que pido cada noche: que lleguemos bien al norte.

Abro los ojos. Los adultos siguen rezando. Cierro los ojos y pido que crucemos La Línea lo más rápido posible, que brinquemos el muro y que corramos tan rápido que nadie pueda alcanzarnos, especialmente los gringos malos. Pido que mis papás estén esperándome del otro lado del muro. Quiero estar en los brazos de Mi Mamá. Pido para que me abrace, me llene de besos y para que Mi Papá me aviente hacia arriba, como he escuchado que lo hacía cada tarde cuando volvía de pescar. Espero que Mi Mamá no se enoje porque haya pasado tanto tiempo con Patricia y Carla. Pido por que a Mi Mamá no le importe que le agarro la mano a Patricia en público.

El Coyote me toca los hombros. Me limpio las rodillas. Todos los demás se sientan en los bancos. Ya terminamos. El Coyote nos mira y dice, «Vamos».

Lo seguimos afuera. No hablamos y no vemos a nadie a los ojos. Estamos en público. Nos estamos escondiendo. Somos mexicanos. Nuestros acentos mexicanos volvieron a nuestras lenguas.

—Soy guadalajarense —digo quedito, para mí mismo.

—Tapatío —Carla me corrige—. Tapatío —repite.

Asiento con la cabeza, apenado pero contento de que me habló. Luego practico la nueva historia que El Coyote nos dijo que le dijéramos a los soldados: vamos a visitar a familia en Hermosillo, Sonora. Para allá se mudaron. Hacia allá vamos.

En los buses Patricia es Mi Mamá. Carla es Mi Hermana. No conozco a los hombres. Si nos separamos del grupo, nos tenemos que quedar en un solo lugar y llamar al número que El Coyote le dio a Patricia y a los otros adultos. El Coyote o alguien más va a venir a rescatarnos. Yo no tengo su número. Tengo la mano delgada de Patricia que, al principio de El Viaje, tenía largas uñas rojas que se miraban bien bonitas. Ahora están sin pintar y Patricia las cortó bien cortitas como las de todos los demás.

—Hay un Western Union acá cerca —dice El Coyote, estamos afuera de la iglesia, después de las gradas, al otro lado de la fuente y cerca del banco de cemento a la par de un árbol que crece dentro de una maceta grandota también de cemento—. Pero primero llamen al norte y pidan dinero. Esta es la última llamada que van a hacer antes de cruzar —dice calladito; todos estamos cerca de él—. Una sola llamada. No llamen a casa. Llamen al norte. —Luego voltea a verme—. Ya le llamamos a tus papás y todo bien. No necesitamos más dinero de ti.

¿Quiénes hablaron con mis papás? Quiero escuchar las voces de mis papás, la voz de cualquier conocido. Pero antes de que pueda decirle algo, El Coyote se va caminando. Estamos en público. Patricia voltea a verme, me da la mano y dice:

—Qué bueno. Tus papás saben que estás bien. Gracias a Dios. —Me calma lo que dice. Confío en ella.

—Vamos —dice El Coyote.

Nos lleva al teléfono que está más cerca de la calle, pero siempre dentro de la plaza donde está la iglesia. Las cabinas telefónicas de acá se parecen a los teléfonos públicos de San Salvador, son puros enormes frijoles azules. Tienen números de metal y un cordón metálico, que conecta al aparato con un teléfono plástico negro que es del tamaño de mi cabeza.

—Sepárense. Ustedes tres. —Señala a Patricia y sabemos que se refiere a Carla y a mí también—. Esperen acá. —Señala al banco de cemento que está aquí cerquita—. Tú vas a primero —le dice a

Marcelo y le da una tarjeta de teléfono.

—Va, maitro —dice y empieza a marcar.

Me siento en el banco y veo a las palomas en los árboles, a las palomas en la orilla de la fuente, a palomas comiendo basura. Lejos veo a un hombre dándoles de comer. Veo a la gente que va por la plaza, de camino a la catedral. Unos pasan a comprar imágenes de La Virgen. Patricia mira a los hombres. El Chino y Chele fuman detrás de una cabina. Carla mira la iglesia. El Coyote escucha a Marcelo. Hace tanto que no estábamos afuera. Estuvimos castigados por semanas.

Veo todo lo que tengo alrededor: el patrón del cemento bajo nuestros pies, los detalles de la fachada de la iglesia, los campanarios; lo que viste la gente, lo que dice, cómo lo dice, los carros que están atrapados en el tráfico: microbús, taxi, carro, bus, camión, camión más grande. Pero más que todo veo los ojos de la gente. Veo si nos miran raro. Tengo miedo que otro soldado venga a hacernos preguntas con su pistola, que nos haga besar el cemento, que se lleve nuestro pisto. Pero esta vez estamos afuera. Sé que El Cadejo está aquí. Siempre está aquí. Siempre escucho para ver si está aquí. El Coyote y El Cadejo no nos van a abandonar, como sí nos abandonaron Don Dago y Marta.

El Coyote le da la tarjeta de teléfono a Patricia y le dice:

—Pide por esta cantidad. —No dice cuánto, pero le enseña un papelito amarillo que guarda en su bolsillo de atrás. Es tan pequeñito el papel que los números pasan volando frente a mí—. Diles que lo envíen acá. —Le da la vuelta al papel y señala algo más—. A este nombre —dice y deja el papelito ahí en la cabina.

Patricia marca y miro que dentro de la cabina hay un grafiti escrito con marcador. También hay calcomanías. Muchas en inglés y con palabras que no entiendo, pero hay una que tiene un corazón y tiene la palabra *love*. Sé que eso significa amor. Hay otro corazón más grande que alguien dibujó con un cuchillo y lo delineó con corrector. Dice «Flaco + Mara» o «María». No sé bien. Abajo de la cabina, debajo de la parte de metal que parece una mesita y desde donde

cuelga la guía telefónica, hay un montón de chicles pegados. Chicles blancos, duros, sin color y bien masticados.

—¿Aló? ¿Aló? —dice Patricia, su voz es frágil como a punto de quebrarse. Creo que habla con su esposo, con el papá de Carla. Habla por un rato y luego pide la cantidad que le dijo El Coyote. Le explica por qué no ha llamado, dónde está y cuál es el plan.

Luego le da el teléfono a Carla y también le cambia la voz. ¿Será que a mí me cambia la voz cuando hablo por teléfono? Carla se tapa la boca y el micrófono del teléfono para que yo no escuche lo que le dice. Patricia le hace señas a El Coyote para que se acerque, su mano es como un calcetín en el tendedero, meneándose de arriba abajo por el viento. Nadie me pone atención. Quiero hablar con mis papás. Patricia le pide a Carla que termine la llamada y le devuelva el teléfono.

—Amor, el señor va a hablar contigo —le dice Patricia a su esposo. El Coyote habla con él y nosotros solo escuchamos. Cuando le devuelve el teléfono a Patricia, le jalo el pantalón a El Coyote.

—Tú estás bien, morrito. Ya hablamos con tus papás.

Le jalo el pantalón otra vez.

—Ya pagaron. No seas latoso.

No sé qué significa eso, pero por cómo lo dice me hace sentir mal. Quiero decirles a mis papás que estoy bien. Que los extraño. Las botas de El Coyote golpean el suelo cuando camina hasta donde están los hombres. Están fumando. Riéndose. Nadie vio que El Coyote se enojó conmigo. Ni siquiera El Chino. Estoy solo.

Patricia cuelga y El Coyote nos hace señas para que nos acerquemos hacia donde está él.

—Ahora esperamos a que llamen de vuelta, para la confirmación —dice, pero no le entiendo.

Miro a El Coyote pero él me ignora. Me alejo de todos, me voy lejos del banco, cuento las hojas del árbol que crecen de la maceta de cemento. Quiero llorar, pero no puedo dejar que me miren así. Me

trago las lágrimas. Pienso en mi periquito, en mi chucha, mis juguetes, *Dragon Ball Z*. Hay partido de futbol hoy. Las Chivas deben ganar el partido de vuelta para entrar a la liguilla. Otra vez le jalo el pantalón a Coyote…

—¡No seas latoso! Ya hablamos con ellos. No podemos gastar tiempo y dinero —El Coyote me dice, molesto.

Sigo viendo a la gente. Todos Los Seis están pensando. Fumando. Nadie me pide que me acerque a ellos. A nadie le importo. Quiero salir corriendo. Aprieto los puños. Miro al suelo. Miro el patrón de las hojas de los árboles. No puedo llorar. No llorés.

Luego siento algo tibio en mi hombro.

—Vení acá. —Carla me hace señas con la mano.

Miro sus grandes ojos cafés y ella sonríe. Su pelo está trenzado como siempre que viajamos en bus. Se parece al pelo de Tía Mali. Es grueso, negro y rizado. Ojalá que no se dé cuenta que tengo ganas de llorar.

—Vení, bichito —dice, pero esta vez suena más buena gente. La sigo a el banco de cemento que está enfrente de dónde está sentada Patricia; ella está ahí, sosteniéndose la cabeza.

—Mami dice que el coyote ya llamó a tus papás —dice Carla—. Qué bueno.

—Pero quiero hablar con ellos.

—Yo sé. —Me toca la espalda. A ella sí le importo—. Todos están pensando en otra cosa ahorita. Mirá a mi mamá. —Señala a Patricia que está viendo a la cabina de teléfono igual que miraba el techo de nuestro apartamento—. Todo va a estar bien.

Tiene razón. Darme cuenta de esto me hace sentir calor y me marea. Nadie habla. Un cigarro y luego otro. Una paloma y luego otra. Una persona y otra persona. El teléfono no suena. Y de repente suena. El Coyote se levanta, va hacia la cabina y contesta el teléfono. Escribe algo en la misma hoja de papel de antes. No le entrega el teléfono a nadie. Regresa a donde estamos para decirnos quién llamó.

Esperamos. Y esperamos. Hasta que El Coyote tiene la confirmación de todos.

Nos subimos a otro bus bien chivo con aire acondicionado y cortinas de terciopelo. Coyote sacó el pisto de todos en el Western Union. Esperamos tres horas, luego fuimos a la terminal de buses y al fin, como a las tres de la tarde, salimos de Guadalajara. Patricia, Carla y yo nos sentamos juntos y lejos de los hombres. Es bien facilito hacer como que no los conozco.

Patricia y Carla se quedaron dormidas como una hora después de que salimos de la terminal. No puedo dejar de ver por la ventana. Veo un solo punto en la carretera y siento que estoy volando. El paisaje lleno de cerros verdes me recuerda al jardín de Abuelita Neli, a la parte que está después de los árboles de mango y desde donde se podía ver el volcán. Verde más verde. Pero cerca de la carretera, casi donde está mi ventana, hay plantas puntiagudas que parecen sábilas o piñas, todas en fila. ¡Granjas de tequila! Igual que en las telenovelas. Fila tras fila de plantas filosas, plateadas, con coronas azul verdosas creciendo del suelo.

Me quedo despierto, buscando retenes. El Coyote dijo que puede que nos topemos con alguno, que mejor si nos dormimos. Pero es de día. Me quedo despierto, esperando que no paren el bus y los soldados nos bajen del bus. Esperando que lleguemos bien a Mazatlán, donde vamos a dormir hoy. El Coyote está hasta adelante, cerca de la puerta. Solo. Todavía estoy bravo porque no me dejó llamar a mis papás.

Estoy bravo porque no le importó a nadie, solo a Carla. Patricia un poquito. Pero no a los hombres. Soy como una piedra en su zapato. Una astilla. No me gusta sentirme así, como que me hiciera falta algo. Como un rompecabezas sin terminar. Como un juego de LEGO al que le faltan piezas. Cuando los adultos me ignoraron, y se fueron a hablar con sus familias, me hizo extrañar a mi familia. A la mía de veras.

Pensé que les importaba. El Chino me dijo que yo era su hermanito, pero no hizo nada para ayudarme. Quiero que se preocupen por mí como Tía Mali se preocupa por mí. Pero mejor miro por la ventana…

A veces hay posters en la calle con la imagen del PRI dibujada encima. Rojo, blanco y verde. Se parecen a los posters que ponen por la casa. Me recuerda a una vez que la gente de ARENA le pagó a Tía Mali para que pegara posters en todo el pueblo y luego le dieron trabajo. A Mi Papá no les cae bien esa gente. Me gustó que llevaban cachiporras y que regalaban pelotas de plástico. Trato de quedarme despierto. El Coyote dijo que íbamos a llegar a Tepic en cuatro horas y a Mazatlán cuatro horas después. Ya estamos acostumbrados a viajes más largos. Tepic está en otro estado. Y con eso ya hemos atravesado cuatro estados: Oaxaca, Guerrero, Jalisco y ahora Nayarit. México es bien grande.

Se encienden las luces y Patricia dice «Despierta» a Carla y a mí, con su acento mexicano. Nos bajamos del bus y caemos en un camino de tierra. No hay edificios altos, solo unas casas. Mi reloj dice que son las 10 p.m. y hay mucha gente cerca de puestos de comida. Más parece que estamos en un mercado que en una terminal de buses.

El Coyote se queda cerca de nosotros; es lo más cerca que ha estado de nosotros en público y es para que no lo perdamos entre el mar de gente, luces, sartenes y tambos de gas propano. No hacemos como que somos extraños, pero sabemos que no tenemos que hablar.

—Vamos a comer unos tacos. La señora de acá hace los mejores. Vengan.

No hemos comido tacos todavía. Tía Mali quería que yo los probara. Es la comida nacional de México. Hasta hoy hemos comido pura comida sin sabor. Quiero comida de la buena. El Coyote nos lleva a donde hay más gente. Parecemos moscas, abejas, hormigas encaramadas en un plato. Me recuerda a los puestos de pupusas en

Olocuilta, esos que están a la par de la carretera y que no tienen techo, y donde siempre hay gente comiendo en sus carros o a la par del sartén, a la par del tambo de gas propano.

Hay solo una señora cocinando y contando el pisto, haciendo todo. Tiene una hielera a sus pies, de donde saca las bebidas y la cierra de una patada. Esperamos en la fila torcida. La señora hace todo muy rápido con las manos. Con una cuchara voltea la carne que tiene en el sartén y con las manos voltea las tortillas. Mete la mano en una bolsa, saca el vuelto y dice:

—¿Qué quieres tu? ¿Cuántos?

Nunca se le olvida una orden. Los Seis la vemos trabajar desde un lado, lejos de donde están los hambrientos haciendo fila. El Coyote es el que pide la comida. Voltea a vernos y pregunta:

—¿Cuántos quieren? Solo tiene de carne asada.

Todos piden cuatro o cinco. Yo pido dos tacos, por favor.

Esperamos.

El Coyote tiene el pisto. Él compra la comida, nos consigue dónde dormir, nos compra los tickets de los buses. Él es nuestra billetera, nuestra voz, nuestro cerebro. La carne chispea en el sartén redondo, que es más hondo que un comal. El humo que sale de los trocitos de carne roja y del café huele tan rico, y el olor aumenta cuando sueltan sus jugos en la sartén. La señora luego toma dos tortillas, que había estado asando encima de la carne asada, le echa una cucharada de carne a las tortillas y trocitos de cebolla y un poco de cilantro, que tiene en un recipiente de plástico. Uno por uno pone los tacos en un plato de papel y adorna el plato con rábanos, rebanadas de limón y trozos de jalapeños y zanahorias en escabeche.

—¿Salsa?

El Coyote dice:

—Para estos no. Pero sí para los últimos cinco tacos.

La señora asiente con la cabeza y le entrega un plato de papel a El Coyote y luego otro. Él nos entrega los platos, uno por uno, a través

del mar de gente. Caminamos con cuidado, para no botar nada.

Me truena la panza. Llegamos a la cuneta y al fin muerdo mi primer taco y, por el amor de Dios, ¡esto es lo mejor que he comido en mi vida! Es más rico que el pescado. Mejor que el pollo de Abuelito Chepe. Los tacos son la mejor comida de México. Los jugos de la carne empapan las tortillas con tanto sabor. Al fin me gustan estas tortillas delgaditas. Por sí solas como que no tienen mucho sabor. Pero así… Y de repente algo me quema. Un picor que empieza en la parte de atrás de la lengua, sube al medio, llega hasta adelante y se me sube al cielo de la boca. Respiro con la boca abierta y me echo aire con la mano. Patricia, que está a la par mía, dice:

—¿Estás bien? Quiéres una Coca?

Asiento con la cabeza. Los hombres se atragantan la comida. El Coyote también. Un taco entero de una mordida. Ni siquiera han visto que me estoy quemando el hocico.

—Vamos pues. —Con una mano en el hombro Patricia me lleva de vuelta a la señora y le pide dos Cocas.

La señora destapa las botellas con un destapador que tiene amarrado al sartén con un hilo de nylon. Me acuerdo del consejo que me dio Abuelita Neli de no tomar de la botella porque no sabemos qué tipo de gérmenes viven en el destapador. Hago una pausa, voy donde la señora y le pido una pajilla.

—¿Una pa… qué? ¿Qué dijiste, morrillo?

Volteo a ver a Patricia y ella hace como que no escuchó nada y señala a las pajillas.

—¿Qué dijiste? ¿Pa… qué? ¿Una pa… qué?

La cagué. Soy bien tonto. No sé qué hacer.

—Ah, ¿una de estas? —dice, sosteniendo una pajilla.

Le digo que sí.

—Un popote. Po-po-te. —Suelta una gran carcajada. Patricia está a la par mía. Me mira y luego ve a la señora que no deja de reírse.

—Gracias —le dice Patricia, agarrando las pajillas de la mano de la

señora que de cerca parece que es más vieja que Abuelito Chepe.

—Pinches mojados, aprendan a hablar —dice la vieja mientras Patricia me agarra del hombro y me lleva lejos de la gente.

—No te preocupés, caminá —dice, y habla como hablamos en El Salvador: caminá.

La vieja se sigue riendo. Escucho su risa entre el ruido de la gente. Me siento requete mal. ¿Será que nos va a pasar algo? ¿Será que va a llamar a la policía? Sabe que somos salvadoreños. Guanacos. Cerotes. Majes. Chambrosos. Chiflados. Cachimbones. Que tenemos pupusas en la frente.

—No te preocupés —dice Patricia—. Acá les dicen popotes. No te preocupés.

Ya ni quiero ni la Coca ni la pajilla o popote, lo que sea. Es blanca y brilla en la oscuridad. Es como una linterna que los soldados pueden ver de lejos.

Cuando volvemos con Los Seis, Patricia le dice algo a El Coyote.

—¡Chinga su madre! Vámonos —grita, y luego dice algo que no logro escuchar.

Caminamos en silencio camino al motel y Chele pregunta qué horas son.

—Son las diez y veinte —le digo a Chele.

—Nueve y veinte —responde El Coyote.

—Señor, acá dice que son las diez… —digo, mostrándole mi reloj.

—Nueve.

—Pero…

—¡Son las nueve y veinte, pinche morrito latoso! No sabes nada. Acá cambia la hora —dice bien molesto, bien duro.

Nunca me ha hablado así de mal. Nadie dice nada. Mi reloj dice que son las 10.21 p.m. No estoy equivocado. Quiero llorar. Pero si lloro El Coyote va a pensar que soy un debilucho, pero soy bien fuerte.

—Todos ustedes, cámbienle la hora de sus relojes. Estamos en Sinaloa. Acá la hora es diferente que en Jalisco —dice a los demás,

pero viéndome a los ojos.

Carla seguro piensa que soy bien tonto, que soy bien maje, que jodo mucho. Primero la pajilla y ahora la hora. ¿Qué me pasa? Hoy soy un mal actor. ¿Cómo se me pudo olvidar «popote»? Llevo mucho tiempo encerrado.

El Chino me alcanza y dice:

—Yo tampoco sabía que acá cambia la hora. —Me soba la espalda. Luego me agarra el reloj—. Qué chivo tu reloj. Mirá, yo también tengo uno. —Me muestra su reloj.

Al fin le importo a un adulto. Sabía que le importaba a El Chino, pero es más frío cuando está con Chele y Marcelo. Patricia me compró la Coca. Carla me dijo que me sentara con ella. Ahora El Chino me ayuda como cuando estábamos en las lanchas, como si fuera un hermano grande. Es más buena gente cuando Marcelo y Chele no nos están viendo. Ya solo quiero llegar a una cama y dormir.

Llegamos a un motel y hacemos lo mismo de siempre: esperamos que El Coyote consiga la llave. Los hombres fuman. Viene El Coyote con la llave. Vamos todos a nuestro cuarto en el primer piso y El Coyote abre la puerta.

—¿Un cuarto? —El Chino le pregunta a El Coyote.

—Sí, pa' ahorrar —dice, cerrando ya que estamos todos adentro.

—Y, ¿el dinero que le dimos, maitro? —dice Marcelo. Él no es muy buena gente conmigo, pero me gusta que a veces hace preguntas que ponen a El Coyote incómodo y hasta enojado.

—Tenemos que hacer más paradas. No quieren llamar al norte otra vez, ¿o sí?

Todos dicen que no.

—Déjenme hacer mi trabajo y ustedes hagan lo que les digo. —El Coyote está bien bravo. ¿Qué le pasó? No nos había hablado así de mal—. Es más peligroso ahorita que estamos cerca de la frontera. Por si acaso, hoy y todas las noches duérmanse con la ropa puesta. Y también dejen lista su mochila.

—¿De veras, don? —pregunta Chele.

—Sí. No podemos equivocarnos. Hay soldados por todas partes. No podemos perder mucho dinero. Yo me encargo de hablar con la gente.

Nadie dice nada. Necesito practicar. De veras que la cagué. Todos se miran cansados y pesados. ¿Cómo le vamos a hacer aquí? ¿Un cuarto? El motel es chiquitito. Es el más chiquito donde hemos estado. Más chiquito que el apartamento. Solo hay una cama bien delgadita. Una tele pequeña y una cosa que parece un sillón donde cabe solo una persona.

—Yo voy a dormir acá —dice El Coyote, viendo al sillón—. Arréglense ustedes.

—Ustedes tres quédense en la cama —le dice Marcelo a Patricia y me ve a mí y a Carla.

El Chino y Chele aceptan y dicen:

—Va.

Qué feo esto. Más que nunca quiero ser quien soy. Correr al platanal y llorar como lloraba en la casa, cuando nadie me escuchaba. Nunca le voy a gustar a Carla. Tengo una mancha blanca en una de mis uñas. Una nube. Una en diez dedos. Es oficial: estoy enamorado de Carla. Tía Mali sabía cuándo estaba enamorado si tenía una mancha en las uñas.

«Mientras más suavecita la mancha, vas a estar enamorado menos tiempo», dijo. Tía Mali la lectora de manchas en las uñas, la asesora de los enamorados, la Walter Mercado del amor. Tengo ganas de abrazarla ahorita mismo. Carla me hace sentir raro. Mi pecho hace como los colibrís del jardín de Abuelita Neli cuando se pelean por los claveles. Me siento bien maje y ahora tenemos que dormir en una cama bien chiquita. Odio ver cómo Patricia y Carla se ayudan entre sí antes de dormir. Patricia le desenreda y trenza el pelo a su hija. Quiero tener eso con Mi Mamá. Con Tía Mali. Solo quiero un abrazo.

23 - 5 - 99

Los hombres roncan duro. Bien fuerte. Las paredes del cuarto donde nos quedamos son hasta más delgadas que las del apartamento. No pude dormir. Uno de los hombres boqueaba como si se estuviera ahogando. Boqueaba y boqueaba hasta que se despertó. Otro hablaba dormido; por la voz creo que era Marcelo. Suenan puras vacas. Estoy tan cansado y ya estamos en otra ciudad, en Los Mochis, Sinaloa, esperando otro bus, sentados en un banco de metal.

Los Mochis es un pueblo pequeño y caliente. No hay aire. No hay nubes. Tiene la misma hora que Mazatlán. «No va a cambiar la hora hasta que lleguemos a Ciudad Obregón, en diez horas», dice El Coyote antes de salir de Mazatlán. Vamos a viajar más horas que ayer. Hoy hay tres paradas: Culiacán, Los Mochis, Ciudad Obregón. Quiero estar aburrido otra vez. Vamos bien rápido. Nos despertamos. Nos vestimos. Salimos del cuarto. Bajamos las gradas. Subimos otras gradas y cruzamos otra puerta. Otro bus. Otro asiento.

Todos vamos bien vestidos. Los hombres se empaparon de perfume. Yo me lavé los dientes. Patricia se retocó el maquillaje y le repitió las trenzas a Carla, pero nadie se bañó en el motel. La vieja de los tacos no nos echó la policía.

Los buses de Los Mochis son cosa seria, pero no tanto como los de Guadalajara. Culiacán es una ciudad grande, más grande que Mazatlán y que cualquier otra ciudad por donde pasamos hoy. Los caminos se ponen más secos conforme estamos más cerca de la frontera. Ahorita Patricia, Carla y yo estamos sentados en un banco de metal viendo las noticias mientras viene el bus para Ciudad Obregón. Los hombres fuman detrás de nosotros. En la tele hablan de una plaga de alacranes. ¡Alacranes! Pegamos los ojos al suelo. Los hombres se mueven mientras fuman. La terminal de buses tiene un techo de metal y piso de cemento, pero sin paredes; está al aire libre. ¡Alacranes!

El Coyote es más buena gente hoy. Nadie habló con él anoche y

muy poco esta mañana. Cada uno está por su cuenta.

—Hey, mirá vos, bicha, venden frescos por allá —le dice El Chino a Patricia, se lo dice quedito y eso que no hay nadie cerca.

Todos volteamos a ver dónde señaló con los labios. Es un puesto de frescos donde tienen unos cuchumbos grandotes. Uno es como gris claro, blancuzco. El de horchata mexicana.

—Aguas frescas —El Coyote corrige a El Chino. No la voy a cagar otra vez. Ya aprendí la lección con la vieja de los tacos. Mejor no digo nada—. ¿Quieren algo de tomar? Voy yo. —El Coyote le pone énfasis al *yo*.

Le decimos que sí.

—¿De qué sabor?

—¿Qué sabores tienen? —pregunta Carla.

—Seguro tienen tamarindo, horchata y jamaica.

—¡Vieja! ¿Jamaica? —grita El Chino sorprendido, y se le arruga la frente—. Comprame una, por fa.

Mmm. Jamaica. Suena bien.

—Voy a probar la horchata otra vez —dice Chele.

—Señor, me da una jamaica, por favor —le digo a El Coyote.

—Una horchata, cuatro jamaicas, dos tamarindos. —El Coyote hace cuentas, da un paso, se da la vuelta y le dice a Chele que vaya con él. El Coyote es bien buena gente hoy. Tal vez está compensando por lo de ayer.

Chele y El Coyote regresan con unos enormes vasos de durapax. No sabemos qué hay en cada vaso. El Coyote mira dentro de los vasos y reparte las bebidas. La jamaica es casi rosada, vista a través de la tapadera de plástico. Patricia pidió un tamarindo que es más oscuro que el resto de las bebidas. La horchata se mezcla con el blanco de la tapadera y el vaso de durapax.

Mi jamaica sabe bien rico. No muy dulce y tiene un color vivo. Le pinta la lengua a Carla de magenta; ella se la muestra a su mamá y se ríe. Seguro mi lengua también tiene el mismo color.

Chele hace caras.

—Guácala, vos.

—Otra vez la cagaste, maje —le dice El Chino.

Marcelo se ríe, y él casi nunca se ríe.

—Esto no es horchata, don —le dice Chele a El Coyote.

—Claro que es horchata —dice El Coyote, tomando su tamarindo.

Chele sigue haciendo caras cuando toma su horchata mexicana.

—Le hace falta morro, pepitoria, un vergo de cosas. Esta mierda sabe a agua pura.

—Y te la sigues tomando —dice El Coyote, pero no está enojado, casi que está bromeando con Chele.

—Puesí, no tengo de otra.

Yo tomé la decisión correcta. Mi jamaica está buenísima. Pruebo el tamarindo de Patricia y es muy dulce. Extraño el fresco de tamarindo que Abuelita Neli hace de los tamarindos que crecen en el jardín de atrás. Todos terminamos nuestras bebidas y meneamos los vasos para que se mueva el hielo y se derrita.

—Ya llegó el camión. Un último cigarro y termínense las aguas —dice El Coyote, y el bus se parquea. El bus tiene CIUDAD OBREGÓN arriba del parabrisas y las letras son grandotas y cuadradas. Todos los buses se parecen. Tienen la nariz chata, unos parabrisas grandotes, gradas, vidrios polarizados y cortinas adentro. Esperamos a que los hombres terminen de fumar antes de hacer la fila. Patricia se levanta y se estira. Todos se estiran. Llevamos más de seis horas sentados.

—Cuatro horas más —dice El Coyote muy suave.

No hay mucha gente en la fila. Nos quedamos callados. Tenemos que hablar mexicano. Estuvieron buenas esas aguas frescas. Órale. ¿Comprendes, Mendes? Órale, vato. Caminamos, respiramos puros mexicanos. Llevamos el pecho en alto. Confiamos en nuestros papeles falsos. Ya casi se pone el sol. «De día no hay pedo. De noche es cuando tenemos que cuidarnos. Si algo pasa, yo hablo», nos dijo El Coyote en el motel. No habla así en público.

Patricia me da un codazo en las costillas. Le doy un cabezazo a las cortinas. Patricia tiene el dedo índice arriba y está perpendicular y a la altura de sus labios como diciéndome «No digás nada». Mueve el pescuezo y apunta los labios hacia adelante. A través del parabrisas veo luces que rodean y pintan la noche de azul y rojo. El bus va más lento.

El Coyote dijo que iba a haber retenes y que él se iba a encargar de todo. Somos mexicanos. Tenemos buenos papeles falsos. Son de calidad. El Coyote nos enseñó el suyo y es igualito a los nuestros. Los policías no se van a dar cuenta. Ya los revisaron una vez.

—No salgas del bus como en Oaxaca y no te pases de lanza —le dijo El Coyote, específicamente, a Patricia cuando estábamos en el motel en Mazatlán.

Cada mañana repasa las reglas, pero no sé qué significa eso de la lanza.

—Yo me encargo —nos dijo a todos en el motel.

—Pero aquel bus nos dejó —dijo Patricia.

—Porque tú te saliste. Tienes niños. La gente no quiere ver a la policía bajando niños del camión o a los niños de rodillas y con las manos atrás de la cabeza. Por eso el soldado le dijo al chofer que se fuera. Si pasa eso, ya nos jodimos. Quédense en el pinche camión. Piensen con la cabeza.

A Patricia se le puso la cara bien roja. Los hombres se rieron. Y luego El Coyote volteó a vernos a nosotros.

—Conozco estos caminos. Sé cómo se manejan las mordidas acá. No sabía cómo hacerle en Oaxaca, pero esta es mi tierra. Pura neta.

No quiero que me saquen del bus otra vez.

—Señores y señoras, saquen sus papeles, por favor —dice el chofer por el micrófono.

En medio de la calle hay una barrera de madera, dos camiones con

las luces encendidas y varios hombres con pistolas grandes enfrente de cada camión. Es igual que en Oaxaca. Me empiezan a sudar las manos y los sobacos.

—Duérmanse —nos dice Patricia a Carla y a mí. Patricia saca nuestros papeles de la bolsa del pantalón y los pone debajo de su pierna derecha para tenerlos cerca.

Las luces no se han encendido. Dejo los ojos abiertos hasta que los soldados suben al bus. Quiero verlos. Carla pone su cabeza en el hombro izquierdo de su mamá. Patricia tiene que usar la mano derecha para mostrarle a los soldados nuestros papeles. Yo me acerco más a la ventana. Tengo la cabeza sobre las ventanas de terciopelo y me hago el dormido.

—Buenas noches, venimos a revisar sus documentos y hacerles unas preguntas —dice uno de los soldados—. Si cooperan, pueden seguir su camino más rápido. —Su voz es más suave que la de cualquier otro soldado que hemos escuchado hablar—. Mi compañero va a recorrer todo el camión.

Medio abro los ojos y veo que los dos soldados llevan lámparas y les alumbran las caras a las personas. La gente busca sus papeles en mochilas y dentro de sus bolsillos. A veces los soldados le alumbran la cara a alguien, pero no le dicen nada. Otras veces les hacen preguntas como «¿Cuál es su destino final? ¿De dónde vienes? ¿Dónde naciste? ¿Para qué vas a Ciudad Obregón?».

Hoy tenemos que decir que nuestro destino final es Ciudad Obregón. Siempre es la última parada de ese día. Ayer fue Mazatlán. Mañana va ser a otra ciudad. Las botas de los soldados avanzan hacia nosotros. Cierro los ojos bien apretados. Trato de respirar más despacio para que piensen que estoy durmiendo.

—Papeles —dice una voz a la par de nosotros.

Patricia levanta su pierna derecha, la que está más cerca de mí.

—¿Son familia?

—Sí.

Hojea nuestros pasaportes y se los devuelve a Patricia.

Sus botas siguen de largo.

—Papeles —le dice a la persona que está detrás de nosotros.

Ya estuvo. Ganamos. Sigo «durmiendo». Carla no se mueve. Patricia mete los papeles debajo de su pierna. Escucho lo que está pasando. Repiten las mismas preguntas. Más pasos. Hay un relajo.

—No mirés. —Patricia susurra.

Otro soldado corre hasta la parte de atrás. ¿Son los hombres? Patricia nos jala más cerca de ella. Rezo sin mover los labios. Las luces siguen apagadas. Los hombres siguen alejándose. La persona no se quiere bajar. No suena a uno de Los Seis. La persona tiene acento mexicano. Cadejo. Cadejito. Los soldados sacan arrastrada a una persona que se choca con nuestros asientos de camino a la salida. Nadie dice nada. Cierro los ojos bien apretados. Escuchamos cómo se abre la puerta del bus y a la gente bajar.

Abro los ojos.

—Híjole, es Marcelo —dice Patricia quedito y mueve la cabeza pura lechuza: para todos lados.

Cierro los ojos y vuelvo a rezar.

—Ya valimos. No miren. No miren. —Patricia tiene miedo.

No sabemos qué está pasando. Veo entre la cortina y la ventana, pero no hay nada afuera. Un minuto. Dos. Luego El Coyote y Marcelo vuelven a subir al bus. Le doy gracias a El Cadejo, a El Coyote, a Diosito. ¿Qué les habrá dicho El Coyote a los soldados?

—Todo en orden —le dice el soldado al chofer.

Marcelo pasa a un lado nuestro. Sonrío. Carla sonríe. Pero Marcelo ni siquiera voltea a vernos. Está bravo. Bien bravo. Lleva las cejas apretadas, los puños cerrados y parece que le van a reventar las venas que tiene a un lado de la frente. No he visto una quijada tan afilada como la de Marcelo. Lleva los hoyitos de la nariz bien abiertos. Pasa soplando a la par de nosotros. Los pasajeros, que están sentados del otro lado, parece que están enojados. Miran a Marcelo como yo veo a

los zancudos cuando me pican. ¡Pum! Luego voltean a vernos y menean sus cabezas y se dicen algo entre sí que no alcanzo a oír.

—Duérmanse. —Patricia voltea a vernos y no le hace caso a la gente.

El chofer cierra la puerta. El bus se mueve. Trato de no ver; todos en el bus son bien chelitos. El Coyote dijo que los «norteños son más güeros que los tapatíos». Muevo la cortina a un lado para ver la carretera.

24 - 5 - 99

—Hoy los llevo a La Línea. —Eso es lo primero que dice El Coyote en la mañana.

Estamos en Sonora, el último estado antes del muro. Ayer fue el viaje más largo desde aquel de doce horas para Guadalajara, pero este lo sentí más largo. Tres horas, más otras tres horas, más cuatro horas. Ya me cansé de estar sentado.

El Coyote está orgulloso. Llegamos bien rápido. Logró volver a subir a Marcelo al bus. Está de buen humor. Fue al mercado y nos trajo un desayuno de a de veras: frijoles fritos, huevos y dos tipos de tortillas. Estas tortillas son diferentes a las de antes, son de harina, son planas y grandes. Tienen quemaduras del tamaño de mis ojos y, como cosa rara, saben bien rico. Son mejores que las tortillas delgaditas de maíz que hemos estado comiendo.

El Coyote nunca comió con nosotros cuando estábamos en Guadalajara. Nunca nos enseñó a comer tortillas delgadas. Lo que hacíamos era juntar un montón de tortillas para hacer una tortilla gorda, como las de El Salvador. Cuando El Coyote comía con nosotros, comíamos golosinas, pan o tacos. Y esas no hay que explicar cómo se comen. Pero ahora vemos cómo pone una tortilla de maíz en su mano y luego con la otra mano la enrolla pura alfombra. Luego, El Coyote

mueve los huevos con su tortilla-alfombra y la unta de frijoles. Todos lo vemos comer.

Marcelo no le pone atención. Dice:

—Así comen los mexicanos en Los Ángeles. —A cada rato nos recuerda que vivió en La USA, que ya hizo una vez este viaje.

—¿Simón? —pregunta El Chino, quitándole un pedazo a la tortilla de harina con la que agarra un poco de huevos, como hacemos en El Salvador.

Marcelo asiente con la cabeza.

El Coyote levanta la mirada y dice:

—¿Qué? Coman. Tenemos siete u ocho horas hoy y todavía les tengo que conseguir unas chamarras.

—¿Chamarras? —pregunta Chele.

—Chamarras —dice El Coyote otra vez. Lo vemos fijamente—. ¿No saben qué es una chamarra?

Le decimos que no.

El Coyote voltea a ver a Marcelo.

—¿Tú sí? —Marcelo es nuestro intérprete.

—Un suéter —dice Marcelo.

—Ahhh —decimos todos, asintiendo con la cabeza.

—Más o menos. Es más, como una chaqueta —dice El Coyote—. Necesitan chaquetas para caminar por el desierto. De día hace calor, pero por las noches hay un frío bien perro. —Hace una pausa—. ¿Ya sienten el frío? Las noches son más frías acá que en Guadalajara.

Tiene razón. Cuando nos bajamos del bus sentí que el aire era igual de frío que el de un aire acondicionado. Había calor en Los Mochis, pero de noche en Ciudad Obregón hacía mucho frío.

—Coman, después las chamarras.

Me como cuatro tortillas de harina y ya estoy lleno. Comemos todo lo que cabía en nuestros platos de papel.

—La Línea —vuelve a decir El Coyote, limpiando lo último de frijoles con su tortilla-alfombra enrollada—. Hasta ahí llego yo.

Nadie dice nada.

—Hoy en la noche los dejo en Nogales, con otro coyote, un pollero y él los va a llevar hasta el otro lado. Luego yo me regreso mañana. Hoy pasamos por Hermosillo hasta Nogales. Siete horas.

—¿Qué es un pollero? —pregunta Patricia.

—Como un coyote, pero para La Línea. Ellos llevan gente al otro lado.

—¿Por qué pollero? —pregunta Chele.

—Porque ustedes son nuestros pollos.

Cuando El Coyote dice esto lo único en lo que puedo pensar es «Los pollitos dicen pío pío pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío». Es una canción que Mi Mamá me cantaba. Somos puros pollos. El Coyote nos trae comida. Le pedimos cosas y él las trae. Ahora tenemos frío. «Pío pío pío». Y nos va a traer «chamarras». Vamos a la tienda. ¡Ropa nueva! Y así vamos a llegar a La USA con nuestras plumas calientes.

Pasamos casi que volando por Hermosillo. Después pasamos dos retenes entre Hermosillo y Nogales. A veces los soldados son buena gente. Otras veces ladran, puros chuchos. Ellos huelen y huelen, y le ladran a alguien y no dejan de ladrar hasta que esa persona se baja del bus. A El Chino lo bajan del bus. Mi corazón se acelera. Sudor por todos lados. Pero todo está bien. El Coyote sale y les da pisto a los soldados y hasta ahí dejan de ladrar. El Chino nos apacha el ojo cuando pasa a un lado nuestro y se vuelve a sentar unos asientos detrás de nosotros. No se enojó como Marcelo. Patricia suspira con fuerza. De veras que le tiene cariño El Chino. Yo también le tengo aprecio a él.

La siguiente vez los soldados no huelen a ninguno de Los Seis. Huelen a alguien más. A un extraño. Lo bajan del bus. Los soldados vuelven por la persona que estaba sentada a la par del extraño, y

luego por otros dos que estaban atrás de ellos. Son un grupo de cuatro personas que se sentaron muy cerca. No me había dado cuenta de que la gente sentada a la par de nosotros puede que vayan camino a La Línea también. Tal vez no tienen un coyote. Tal vez su coyote es malo. Los soldados le dicen al chofer que se vaya. Los extraños se quedan allá afuera, como nos tocó nosotros en Oaxaca. No están de rodillas. Cuando el chofer acelera veo que tienen las manos detrás de la espalda. Rezo por ellos.

Llegamos a Nogales al anochecer. La ciudad se mira toda apretada. Hay pequeños cerros por todos lados, casas y casas. No nos quedamos en la terminal. Un picop azul oscuro con dos hombres dentro espera por nosotros. No nos hablan, pero conocen a El Coyote y le dicen «Pedro»; ese nos dijo que era su nombre.

—Súbanse atrás —dice El Coyote—. Agárrense que el camino está lleno de baches. —Luego se sienta en la cabina, hasta adelante.

Nos agachamos para cubrirnos con la cama del picop. Hace frío. Qué bueno que tenemos chamarras. El Coyote dijo que tiene que ser a oscuras, para mezclarnos con la noche. Y justo así es. La chamarra de El Chino es café oscuro. Las de Marcelo y Patricia son negras. La de Chele es azul oscuro. La de Carla verde oscuro. La mía es gris oscuro; es la única que había de mi talla.

Afuera de la ciudad hay más y más estrellas. Vamos rápido en una calle de asfalto donde no hay postes de luz. Apenas y hay carros. Solo puro zacate. La cama del picop parece tierra arada y me lastima, entonces me siento sobre mi mochila. ¿Será que vamos a pasar más retenes? Me acuerdo del Hombre Gritón. De los guatemaltecos en el bus. Son extraños, pero recuerdo algunas de sus caras. Las arrugas en el rostro de uno que estaba llorando. La gente en la lancha echando el zope sobre su ropa. Camisas encima de otras camisas. Gente sentada sobre sus mochilas, como yo hago ahorita mismo. Es como que si

todavía estuvieran con nosotros, como si estuvieran sentados en la cama de otro picop. Ojalá todos estén bien. Que ya hayan llegado a La USA.

Está muy oscuro, pero la luna está medio llena, puro huevo torcido. Estoy tan cerca. El aire se siente más fresco acá. Más limpio. Llevamos media hora en este camino y solo han pasado dos carros a la par de nosotros. Nada más. El camino no tiene baches. No sé por qué El Coyote dijo que el camino estaba lleno de baches. El Chino y Marcelo se sientan encima de sus mochilas, con la espalda pegada a la cabina y las piernas separadas. Llevan las manos en sus rodillas y cigarros en sus bocas. Ven para atrás, a la oscuridad. Su mirada rebasa a Patricia y Carla, que están del lado derecho de la cama. Su mirada rebasa a Chele y a mí que estamos del lado izquierdo. Chele no fuma. Ve a la oscuridad que está detrás de la cabeza de Carla. Yo veo al frente y me recuerdo de Escorpio, la única constelación que Tía Mali y yo sabemos encontrar bien rápido, por el aguijón, «puro anzuelo».

Pero no la encuentro. Escucho el viento. A las llantas sobre el camino. Las piedras que a veces se topan con las llantas del picop. Los coyotes o polleros no hablan. Ni siquiera pusieron música. No hay ruido, más que el del zumbido del aire cuando pasa a lado nuestro. Saco la mano para sentir el aire frío, para darle un chócales al viento. Me doy cuenta lo fuerte que es cuando pongo mi mano plana y para adelante, y luego hacia abajo. Nadie me dice nada. A Tía Mali le dio miedo una vez que saqué la mano por la ventana del bus. «¡Capaz viene un carro y te arranca la mano!», dijo. Pero no me pasó nada.

No hay nadie aquí. Como no hay tanta gente, como había en las lanchas, la cama se siente vacía.

25 - 5 - 99

Nos despertamos en una casa que está afuerita del pueblo; es el pueblo

más pequeño que hemos visto, más chiquito que Ocós, más chiquito que La Herradura. Cuando llegamos aquí los polleros nos dijeron dónde podíamos dormir. Hay tres cuartos. Carla, Patricia y yo nos desmayamos en la cama. El Chino durmió en el piso, a la par de nosotros porque Patricia le dijo:

—No conocemos a los otros hombres que están en la casa.

—Por allá —dice El Coyote, dándole un toquecito a Patricia en el hombro—, allá está La Línea.

Él voltea a ver a Carla y a mí, señalando a unos arbustos que están después de un camino de tierra, al otro lado de la ventana de la cocina. El Coyote se mira bien y huele rico. Es porque se bañó y todavía no se ha echado perfume.

—¿Ahí ya es La USA? —pregunto, como para asegurarme.

—Sí, morrito. Ahí nomás. —Señala a la pared de arbustos—. Y más allá están tus papás.

—No hay muro.

—Acá no. Se puede ver en Nogales —nos dice Coyote.

No sé bien qué estaba esperando, pero no algo así: no hay nada. Solo tierra entre roja y amarilla. Unos cactus. Un montón de arbustos. Perros ladrando. Gallos cantando.

—Cuando se vayan, se van a ir en la misma camioneta de anoche y se van a ir bieeeeen lejos, hasta allá. —Señala más lejos, donde el cielo toca la tierra—. Y van a caminar y caminar y caminar y caminar y caminar.

No creo que vayan a haber cerros como Tía Mali dice que vio Mi Mamá. Se ve que todo es plano. No hay montes verdes como en *Born in East L.A.* y no hay que brincar una reja gigante de metal. ¿Dónde es que estamos? No estamos en Tijuana como dijo Don Dago. Pensé que mis papás iban a estar esperándome en su carro, del otro lado del muro, esperando a que saltara. Pero no hay ningún muro, ningún camino de asfalto, ningún McDonald's con un gran parqueo del otro lado del camino de asfalto. No hay nada. ¡Ni siquiera hay árboles!

Solo un montón de cactus y arbustos.

—Todos ustedes tienen que descansar —dice El Coyote—. Es un camino largo. Tienen que estar listos.

—¿Cuándo? —pregunta Patricia.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo nos vamos?

—La pura neta, no sé. Dos, tres días. —El Coyote agarra una silla que está junto a la mesa del comedor, en la cocina—. ¿Tal vez más? Ya no estoy a cargo.

Hace frío aquí y el piso no ayuda. Cuando llegamos acá los dos polleros que nos recogieron en su picop nos dieron unas sábanas. Una por persona, pero aun así me duermo con la chamarra puesta.

Una mujer mayor sale del último cuarto y dice «¿Tienen hambre?». En la casa hay cuatro habitaciones: la nuestra, la de los hombres, el cuarto para los coyotes/polleros y el de ella.

—Buenos días, doña, sí, tenemos hambre —responde El Coyote asintiendo con la cabeza.

—Les hago unos chilaquiles con frijol —dice, y camina rápido hacia el refrigerador.

—Órale —dice El Coyote.

—Buenos días, señora —dice Patricia, y nosotros decimos lo mismo.

—Buenas —dice la señora sin presentarse.

Nosotros tampoco nos presentamos. Ella abre latas, agarra cosas del refrigerador. Es viejita la señora, pero no tanto como Abuelita Neli. Su pelo negro y liso lo lleva para atrás y recogido con un moño. No sé qué son chilaquiles. Ojalá sean ricos y no como la comida de Guadalajara. Patricia y El Coyote tratan de hablarle a la señora, pero está muy concentrada, les contesta rapidito y sin ganas, entonces dejan de hacerlo.

Los polleros son los primeros que salen de su cuarto. Luego salen los hombres. Creo que ninguno se ha bañado. Nosotros igual. Solo El Coyote y La Señora se miran bien catrines. Hasta está bien pintada.

Cuando todos están cerca, ella empieza a poner platos de papel en la mesa, y en los mismos pone lo que parecen ser trocitos de tortilla y una salsa roja.

Pruebo los chilaquiles y están bien ricos. La salsa no pica. Lo que sí pica, pero igual ni pruebo, son unos chiles secos y rojos que El Coyote aplasta con un extraño aparato de madera.

—Ya me hacían falta estos —dice El Coyote, triturando las bolitas rojas y no sé si se refiere a los chiles o al aparato de madera—. Ustedes son de Sonora, ¿no? —le pregunta a uno de los polleros que están a la par de él.

—Hey —dice el pollero, asintiendo y con la boca llena de chilaquiles.

—Llévense unos. Estos los crece el vecino —le dice La Señora a El Coyote y él asiente con la cabeza.

—¿Qué son, maitro? —pregunta Marcelo, alcanzando el extraño aparato de madera que El Coyote tenía en las manos.

—Un molino para chiltepín —dice el otro pollero. El acento de los polleros es diferente al de El Coyote, es como que más cantadito, no es como el de los mexicanos que salen en las telenovelas, es diferente.

—¿Chilte-qué?

—Chil-te-pín —le dice el Pollero #2 a Marcelo—. Así se llama el chile. El molino es para que no te toques la verga con la misma mano.

El Pollero #2 es chistoso. De noche no podía distinguirlos. Todavía no puedo. Los dos son bien chelitos, pechitos, no tienen bigote ni barba y son más o menos de la misma edad: más grandes que cualquiera de Los Seis, pero no tanto como El Coyote.

—Miren. —El Coyote agarra el molino—. Así, ve. —Mira a Marcelo poniendo un chiltepín entero en el molino. Hasta arriba el aparato tiene un guacal bien hondo—. Lo pones aquí y lo mueles con esto. —El palito del molino tritura el chile en pedacitos del tamaño de granos de sal. —Luego se lo echas a la comida. —El Coyote agarra el aparato y le da la vuelta sobre su plato.

—Órale —dice Marcelo. No sé si se está burlando de ellos o si quiere caerles bien. Igual que Abuelito Chepe, a Marcelo le gusta la comida picante. Todos vemos su reacción. Come un poco de sus chilaquiles con chiltepín y se le enciende la cara—. Vieja, está buena esta mierda.

—No jodás —dice El Chino—. A ver. —El Chino tritura otro chiltepín. Come de sus chilaquiles y se le pone la cara roja, pero sigue comiendo—. Cosa seria —dice con los pulgares arriba. Nadie más de Los Seis prueba el chiltepín.

—Están chiflados —les dice Patricia a los hombres.

La Señora no ha dicho nada. No le ha dicho su nombre a nadie. El Coyote y los polleros le dicen Doña. Todavía está cocinando y a veces nos pregunta si queremos más. Creo que estamos en su casa. Hay cuatro cuartos, pero La Doña es la única que duerme sola. El Chino no nos dejó dormir. No dijo nada antes de dormir, pero cuando se durmió… él es el que boquea bien duro y a veces sus labios hacen como si se estuviera tirando pedos.

—Miren —dice El Coyote, antes de terminar de comer—, yo me voy hoy, pero están en buenas manos. —Le da una palmadita a uno de los polleros; ellos están sentados uno a la par del otro—. He hecho negocios con ellos por años y no hemos tenido ningún problema. Nunca. —Una pausa—. Ellos los van a llevar rápido hasta allá. —Le da otra palmada en el hombro al pollero que tiene al lado y dice—: Diles, Mario.

Mario es el Pollero #1. Tiene pelo castaño. El pelo del otro pollero es negro. Y Mario tiene una nariz más delgada y puntiaguda.

—Bueno, ahora el plan es el siguiente: vamos a caminar unas horas de noche y nuestros compas que están del otro lado nos van a recoger en una van, en la mañana, y nos van a llevar hasta Tucson. —Me distrae la voz de Mario porque canta cuando habla. Es como que si le costara sacar cada palabra de su boca. Me gusta cómo suena su acento.

—Conocemos el desierto —dice el Pollero #2—. Me llamo Paco; no tienen de qué preocuparse. Somos de por acá. Hemos hecho esto por varios años y nunca hemos tenido problemas.

El Coyote voltea a vernos.

—¿Tienen preguntas?

—¿Qué tanto vamos a caminar? —pregunta Patricia.

El Coyote ve a Mario y a Paco, esperando a que respondan.

—La neta no sé. Pero diría que unos ocho a diez kilómetros. A lo mucho quince —dice Mario.

—¡Quince! ¿No ve que llevamos niños? ¡¿Cómo putas creen que vamos a caminar tanto?! —Patricia dice bien duro, señalándonos a Carla y a mí. Patricia arruga la cara y se pone bien roja; nunca la he visto tan enojada.

—Cálmese, señora. Yo sé. Yo sé. Llevamos niños todo el tiempo y siempre llegan. El camino es planito y fácil de pasar. He hecho esta ruta cientos de veces —dice Mario, y su voz suave parece calmar a Patricia, pues respira hondo antes de volver a hablar.

—Nos hemos llevado a niños más chicos que ellos —agrega Paco.

—¿Por el desierto? —pregunta Patricia.

—Sí, pero de noche —dice Mario.

—Hace una gran diferencia. Por eso llevan las chamarras —insiste Paco.

—¡¿Niños?! ¡¿En el desierto?! ¡¿De noche?! —Patricia vuelve a levantar la voz.

Mario mira a El Coyote y él contesta:

—Pati, ellos hacen esto todo el tiempo. Son los mejores.

—Es cierto, señora —dice Mario—. No vamos a caminar mucho. Una noche. Luego la van y, ¡zas! —Mueve las manos rápido.

—Llevamos agua y comida —agrega Paco—. Lo que necesitamos es que descansen para guardar fuerzas.

—¿Por qué de noche? —pregunta Chele.

—No hay tanto calor. Y por los gabachos.

—¿Gabachos?

Nunca había escuchado esa palabra.

—Gringos, americanos, los güeros —contesta Mario.

—Para que La Migra no nos mire —dice Paco.

La Migra. Sé que ellos son los gringos malos; mis papás y Tía Mali me hablaron de ellos. ¿A ellos también les dicen «gabachos»? Pero en las películas los gringos son buena onda. Los adultos siguen hablando de un «desierto», pero los desiertos tienen arena como en *Aladino*. Hay arenas movedizas y pirámides. No hay árboles o cactus o arbustos. No suena tan mal eso de caminar de noche. No va a haber tanto calor. Es más fácil brincar muros y subir montañas de noche.

—¿Y después de cruzar? —pregunta El Chino—. ¿Qué pasa después?

—Tenemos otras vans que van a llevarlos a donde ustedes tienen que ir. Va a haber más gente. No son nomás ustedes.

¡¿Más gente?! No sabía eso.

—¿Y si nos agarran? —pregunta Marcelo, cruzando los brazos.

—No va a pasar —dice Paco rápidamente.

—Y si sí pasa, ¿cuál es el plan? —insiste Patricia.

—Si los agarran, pero yo sé que no va a pasar, ustedes tienen un número de teléfono —dice Paco.

—Alguien de nuestra red, gente nuestra, va a ir a recogerlos donde los haya dejado La Migra y los llevan al otro lado —agrega Mario—. Ustedes pagaron por dos intentos.

—Después de eso ya no es nuestra responsabilidad; es pedo suyo —dice Paco.

—¿Cómo así? —dice Marcelo.

—Después de eso ya es su mala suerte.

—Pero eso nunca pasa, y estos hombres —El Coyote señala a Paco y a Mario— van a decirles más cuando sepan más. De momento guarden fuerzas. Ahorita esta es la ruta más segura.

—¿Quién quiere más comida? —pregunta La Doña, que ha

escuchado todo lo que hablamos.

Yo levanto la mano.

—No coman mucho. Si no van a caminar más despacio —dice El Coyote.

¿Estará bromeando? Todos se ríen. No me gusta cuando los adultos se ríen de mí.

—Estoy bromeando, morrito. No llores.

—No estoy llorando —digo, bien bravo.

—No, no. Tienen que comer —dice Paco, viéndome—. Necesitan estar fuertes. Tú también. —Paco voltea a ver a Carla y aprieta los músculos.

—Sí, vos, comé más, Javier. Más, Doña, por fa —dice El Chino, señalando su plato.

Patricia también pide más comida para ella y para Carla.

Los chilaquiles están ricos. Casi saben como las enchiladas del mercado en La Herradura. La salsa que llevan encima, el queso triturado; son muy parecidas. Solo que los chilaquiles llevan huevo revuelto y nuestras enchiladas llevan rodajas de huevo duro, trozos de tomate, remolacha y pepino. Sigo comiendo mis enchiladas y me olvido que los adultos se rieron de mí. No me cae bien El Coyote. Me alegra que ya se va. Paco y Mario son más buena gente. Confío en ellos. Me van a llevar con mis papás. Rapidito y sin problema. Como más para ser fuerte. Para correr rápido. Para caminar lejos. Pero no muy lejos. ¡Podría ver a mis papás como en tres días! No he hablado con ellos en semanas. No he hablado con mis abuelos en semanas. Espero que no estén preocupados. Nuestro tercer y último país está ahí nomás. La USA. El EE.UU. Gringolandia. El país de las películas, palomitas, escuelas que sirven pizza para el almuerzo, peleas de nieve, piscinas, Toys «R» Us y McDonald’s. La Línea está ahí nomás.

7

La USA
29 de mayo, 1999

Hoy es sábado. Hoy nos vamos. El Coyote se fue el primer día que estuvimos acá, el 25 de mayo, un martes. Dijo: «Buena suerte», y abrazó a Patricia y a Carla, y a mí también. Les dio la mano a los hombres. Desde que El Coyote se fue hemos estado comiendo dos veces al día lo que nos cocina La Doña; desayunamos tarde y cenamos temprano. Si nos da más hambre nos hacemos un sangüich, como hacíamos en Guadalajara. Pero acá es donde mejor hemos comido. Chilaquiles, carne con chile, tacos de carne, quesadillas mexicanas, huevos rancheros, tacos de papa. Me encantan las tortillas de harina, todas grandotas. La Doña les echa un poquito de limón a las tortillas. La voy a extrañar, y eso que ella ni habla. Lo único que nos dice es, «Coman, agarren fuerzas, descansen». Y cuando está cocinando nos pregunta, «¿Quieren más?». Y ya.

—Es mejor que yo no los conozca —le dice a Patricia, cuando ve que ella anda algo brava—. Es por mi propio bien —agrega.

—Es que ella recibe a mucha gente. Antes de ustedes y después de ustedes —explica Paco—. No es la única que hace esto en el pueblo. Gente adentro de otras casas de por acá van a venir con nosotros.

De noche en el desierto hace frío. En la mañana también. Hace calor entre mañana y noche. Los polleros nos dicen que durmamos durante el día para acostumbrarnos a estar despiertos de noche, porque «solo vamos a caminar de noche». Pero cuesta cambiar. Todavía dormimos de noche. No hemos estado viendo la tele, pero ayer se jugaron los partidos de ida de las semifinales de la liguilla. Por

ir en bus y pasar por tantos pueblos se me había olvidado el torneo. Mi equipo, el Atlas, le ganó a Cruz Azul, pero a nadie le importó. Los hombres no hicieron apuestas. A Mario y Paco les gusta un jugador que se llama Jared Borgetti porque es del norte de México, igual que ellos, pero no van a ver el partido de hoy entre Santos y Toluca.

Aquí sí podemos salir a la calle y ver por las ventanas. No tenemos que escondernos de los vecinos. Los hombres fuman en la entrada o en el jardín de atrás y nadie les dice nada. Pero cuando fuman adentro, La Doña los saca a patadas y les dice que ya no les va a dar de comer, pero igual siempre sí. La casa que está enfrente, y las que están a la par de la nuestra, se miran vacías, pero sí escuchamos cuando los perros y gallos hacen bulla. Siempre están ladrando y cantando. Mario nos dijo que el aire seco del desierto se lleva los sonidos más lejos. Nos avisó que cuando estemos caminando no vamos a poder hablar. Si necesitamos decir algo, lo tenemos que decir bien suavecito. Los ladridos se escuchan fuerte. Los dos polleros nos dicen que si nos agarran tenemos que decir que somos de Nogales, Sonora. Que somos mexicanos. Nunca salvadoreños. Ellos nos dan otros papeles falsos, que dicen que somos de Nogales. El Chino y Patricia oficialmente están casados de mentiras. Paco dijo que mejor así. Espero que la gente se la crea porque El Chino tiene apenas 19 años, pero sí se ve más viejo. Patricia tiene 27, pero parece más joven. Creo que la hacemos. Oficialmente soy hijo de ellos. Carla todavía es mi hermana, y ella sigue sin hablarle a los demás; solo le habla a su mamá.

—Por si acaso —dijo Mario, dándonos los nuevos papeles falsos.

Me alegra que tengo una excusa para agarrarle la mano a El Chino en público. Ahora los cuatro somos como una familia de mentiras. Ya sentía que éramos algo así. Especialmente desde la vez que El Chino se durmió en el piso, a la par de nuestra cama. Marcelo cada vez se aleja más de mí. Fue más buena gente cuando estábamos en Guadalajara, pero desde que llegamos al norte de México no le habla a nadie. Ahora fuma más y no dice nada. Y Chele es igual que siempre. Despistado.

Vive en su propio mundo.

Somos de Nogales. El nombre me recuerda a los nuégados en miel. No sé nada de Nogales. Estuvimos ahí menos de diez minutos. Guadalajara tiene equipos de fútbol, ahí nació Chente y siembran tequila. Nogales tenía muchos cerros, vi una terminal de buses, y ya. Ahorita, estamos en un pueblito cerca de Nogales. Es un lugar con muchas piedras, cactus, gallos y chuchos.

Antes del partido de ayer, Mario fue a la tienda del pueblito a comprar tortillas y otras cosas para que cocine La Doña. Me preguntó a mí y a Carla si queríamos ver el pueblo. Carla le dijo que no. El Chino vino conmigo. Íbamos en la parte de atrás del picop. Acá no hay árboles grandes y llenos de hojas. Acá solo hay arbustos chiquititos y árboles bien flacos con hojas delgaditas. Los caminos de tierra están llenos de piedras, que hacen que el viaje sea como ir en una montaña rusa.

—Hoy vamos a caminar bastante —dice Mario durante el desayuno —. Paco y yo vamos a traerles agua y comida. Báñense. Descansen. Duerman. Hoy en la noche no van a dormir. Vamos a caminar hasta el amanecer.

¿Hasta el amanecer? Eso es más de lo que caminamos en Oaxaca y después de esa vez me quedaron doliendo los pies. Voy a tener que usar mis otros zapatos, pero me da pena pedir ayuda. Mis zapatos con velcro apestan y no son tan cómodos como los que tienen cintas. No puedo llegar a La USA con los pies jediondos. Los adultos están nerviosos. Patricia se soba las manos mientras escucha a los hombres hablar. El Chino se sienta y le tiembla la rodilla derecha. Chele parece como mareado. Marcelo igual; él ni habla y por ratos solo se rasca la cabeza. Carla voltea a ver a su mamá y trata de agarrarle las manos para que deje de sobárselas.

—Vamos con ropa oscura. Coman. Va a hacer frío —nos dice Paco; estamos en la cocina.

—Ustedes tres, fumen todo lo que quieran ahorita, pero no pueden

fumar en el camino —les dice Mario a los hombres.

Chele lo mira a los ojos y asiente con la cabeza. Los otros dos hacen caras, como que no entendieron lo que les dijo Mario.

—Por la luz. No van a querer resaltar de noche —sigue Mario.

Luego los polleros salen a conseguirnos las cosas que vamos a necesitar nosotros y las que van a necesitar ellos para caminar todos juntos.

La Doña nos da un montón de comida. Estoy bien lleno, y saber que ya nos vamos me da náuseas. Nos vamos de México. Me recuerdo de Vilma Palma. Aquí no hay caseteras. Quiero escuchar aquella canción que dice: «Déjame, déjame que te toque la piel»… Quiero abrazar a alguien igual como El Coyote nos abrazó para darnos buena suerte. Ese fue el primer abrazo que he recibido en un buen rato. Me apretó duro y todo el día olía a él. Tal vez por eso se echa bastante perfume. Esa canción de Vilma Palma es mi favorita y el título está en inglés, «Bye, Bye». Todo lo demás está en español. Sé que significa el título. Adiós, salú, hasta luego. Al fin voy a conocer a Mi Papá. ¿Será que es alto? ¿Chaparro? ¿Va a hablarme en inglés?

Cuando los hombres terminan de comer salen a fumar. Les queda una cajetilla de cigarros. Patricia y Carla van a bañarse. Yo estoy en la cama viendo el paisaje afuera de la ventana. Cada vez hace más y más calor hasta que, al anochecer, aparecen los murciélagos. Los de acá son más chiquitos que los de El Salvador, pero igual de escandalosos. Con ellos viene el frío. Los chuchos, en la mañana, ladran y espantan el frío. Murciélagos y chuchos. Piedras y cactus. Arbustos y unos árboles delgaditos, que parece como que ya se van a morir. La Doña no habla, pero hace un montón de ruido cuando limpia y pone todo en su lugar. Me cuesta dormir. Me da vueltas el estómago. Patricia y Carla vuelven al cuarto, y nos quedamos en la cama sin movernos, y eso que estamos bien despiertos.

Esperamos a que vengan Paco y Mario. Estamos vestidos de negro y llevamos nuestras chamarras amarradas a la cintura. Voy con mi camiseta de los Animaniacs. Es negra y tiene algo escrito en inglés, por si me mira algún gringo. Hace calor afuera y es un calor seco. Adentro, también hace calor. Voy al jardín de atrás. Me gusta estar debajo del sol porque parece como que todo tiene fiebre, las piedras, las matas, el aire, nuestros zapatos, nuestra ropa, nuestras lenguas. Pero nadie suda.

Los hombres tienen un casco de humo de cigarro encima de ellos. Hago como que estoy revisando si los cactus tienen esas frutitas rojas y puntiagudas. El cactus es casi más alto que la pared. Marcelo entra a la casa. Chele y El Chino se quedan afuera. Es mi oportunidad. Si no, voy a tener que cortarles las cintas a los zapatos, como hizo Tía Mali antes que me animara a pedirle ayuda a las monjas.

—Chino, vení —digo para alejarlo de Chele.

—¿Qué onda?

—¿Me podés ayudar a amarrarle las cintas a mis zapatos?

—Sí, vos —dice El Chino—. ¿Ahorita?

Le digo que sí. Chele nos está viendo.

—Va, pues. Andá traelos.

Corro a la puerta principal donde están nuestras mochilas; están en fila y las dejamos listas ahí para cuando regresen los polleros. De mi mochila saco los zapatos, que Tía Mali envolvió con una bolsa de plástico. Se miran nuevitos. Solo los he usado un par de veces. Son cómodos y bien macizos. Pura botas, pero no tan altas. Mi Mamá me las mandó para Navidad dentro una caja con una foto de un chucho blanco y café bien chivo, y que tenía las orejas bien grandotas.

Cierro mi mochila, corro afuera, y pongo las botas en la tierra.

—Va, quitate esos —dice El Chino, y me quito un zapato.

Chele nos mira, encendiendo otro cigarro. Tiene los cachetes bien rojos y llenos de barros; le han salido más granos en la cara en las últimas semanas. El Chino también tiene más barros en la cara.

—Puta, este calor es una mierda —dice Chele, acercándose a nosotros.

—Simón —dice El Chino, amarrándome el zapato. Le hace un nudo. Dos. Tiene barros en la frente, justo debajo de su pelo puntiagudo y parecen volcanes; la última vez que se cortó el pelo fue cuando estábamos en Ocós. El Chino voltea a verme—. ¿Así o querés que le haga otro nudo?

—Otro. —Tres nudos es suficiente.

El Chino le da un toquecito a mi zapato y revisa si me queda bien o si está muy apretado.

Muevo los dedos del pie.

—Quedó bien.

—Va, dame el otro.

Me quito el zapato izquierdo y me pongo el nuevo. Hace lo mismo y me da un toquecito después de haber hecho el tercer nudo.

Chele se acerca a ver los nudos.

—¡No jodás! No va a poder quitarse los zapatos.

—Ni siquiera La Migra se los va a poder quitar —dice El Chino, y los dos se ríen.

La Migra. Otra vez con La Migra.

—Y esos, ¿quiénes son? —pregunto solo para asegurarme que están hablando de los gringos malos.

—¿La Migra? —pregunta El Chino.

—¿No sabés, cipotillo?

Sacudo la cabeza.

—La Migra son los gringos hechomierdas. Son unos hijosdeputa, igual que los mexicanos cerotes que nos sacaron del bus —dice El Chino, levantándose del suelo.

—Ajá, son pendejos —dice Chele.

El Chino saca otro cigarro.

—Pero no nos van a agarrar —dice, llevándose el cigarro a la boca —. Con estos polleros, n’hombre, nunca nos van a agarrar.

—Cabal —dice Chele—. Le vamos a tener que hacer como el Correcaminos.

—Como que si estuviéramos jugando policías y ladrones —dice El Chino.

Nunca había pensado que El Coyote y El Correcaminos son como una versión de policías y ladrones.

—Vergón. Así es. —Chele asiente con la cabeza—. Tenemos que ser más rápidos que ellos.

Asiento a todo lo que dicen. Tiene sentido. Si le ganamos a La Migra, si somos más rápidos que ellos, voy a ver a mis papás.

—Pero si nos agarran, no nos ahuevamos. Probamos otra vez —agrega Chele.

—Y otra vez, hasta que lo logremos, por la gran puta —dice El Chino.

No había pensado en qué pasa si nos agarran. No quiero que me agarren. Soy bueno jugando escondelero. Soy bueno jugando policías y ladrones. Soy bueno jugando mica.

—Por eso es que somos de Nogales —dice El Chino, tratando de hablar como mexicano, pero no le sale bien—. Bien mexicanos, órale, compadre.

Chele empieza a cantar el himno nacional.

—Mexicanos al grito de guerra —dice.

Me están poniendo nervioso. No quiero que nos agarren. No quiero pensar cosas feas.

—Camina, morrito —dice El Chino. Brinco de una piedra a otra, a otra, hasta llegar a un cactus que tiene frutas. Se sienten bien estos zapatos.

—Son bien pipirisnais esos caites —dice Chele. Así decía Abuelito Chepe.

—Órale, vamos a descansar compa. —El Chino saca otro cigarro y camina para la casa.

Vamos detrás de él. Patricia y Carla están en el cuarto. La Doña y

Marcelo están sentados en la mesa de la cocina. Nos sentamos a la par de La Doña y Marcelo.

—Ya van a venir Mario y Paco —dice La Doña—. Hagan una oración. Encomiéndense a Dios. Él los va a ayudar. —Habla igual que las monjas. Pero los hombres le hacen caso y se persinan.

Nos quedamos ahí en silencio hasta que viene Patricia y me pide que vaya al cuarto con ella.

—Rezá —dice ya en el cuarto—. Pedile a todos los santos para que lleguemos bien.

Carla y yo nos arrodillamos a la par de su mamá. Empiezo a pedirle a El Cadejo que camine con nosotros. Que nos proteja. Rezo y rezo, y Patricia sigue de rodillas. Entonces sigo rezando. Aprieto las manos bien duro y se me llenan de sudor. Los labios de Patricia hacen ruido. Escucho una palabra por aquí y por allá. Me dan ganas de rezar el Padre Nuestro.

Al fin se levanta. No la he visto llorar como ahora. Tiene los ojos bien rojos y Carla la abraza.

—Está bien, Carlita —dice Patricia—. Vos también, todo está bien —me dice, y nos abraza a los dos—. Dios nos va a cuidar.

Escuchamos que un picop se acerca a la casa. Se parquea enfrente.

—Son ellos —dice Patricia—. Gracias a Dios. —Nunca la había escuchado mentar tanto a Dios.

Nomás Paco abre la puerta de la cama del picop, los hombres se levantan y se ponen las mochilas.

—¡Vengan a ayudar! —grita Paco.

Los hombres se quitan las mochilas y ayudan a Paco a bajar del picop unos galones de agua. Mario deja una caja llena de latas de atún en la sala de la casa.

—Guarden estas en sus mochilas —dice, dándonos dos latas a cada uno. Luego le entrega una bolsa entera de pan Bimbo a Marcelo y otra

a Patricia—. Repártanselas.

—Los adultos, un bote —dice Mario—. Ustedes dos —dice, viendo a El Chino y Patricia—, traten de llevar dos, para los morros.

Paco empieza a hacer unas agarraderas con tirro para que los adultos puedan cargar más fácil los galones. Trato de levantar uno, solo para probar, y puya, pesa un montón.

—Tú te llevas estas. —Paco nos da a Carla y a mí botellas de las chiquitas; ya le hizo tirantes hechos de tirro para que las llevemos en la espalda, como que si fueran cebaderas.

—Tomen de aquí. Hidrátense —les dice a todos y pasa un par de galones sin tirro. Todos se mueven mucho. Abren y cierran sus mochilas.

—Tomen más —dice Mario.

Hasta La Doña nos dice:

—Tomen.

Mientras tomamos agua, Paco nos ve a todos y dice:

—Yo no voy a ir con ustedes, pero sí los voy a llevar hasta donde van a empezar a caminar.

—Nos va a llevar a donde va a estar el pollero principal, quien va a estar con más gente. Lo conocemos. Estamos en buenas manos —explica Mario—. Vayan al baño. Caguen. Orinen. El viaje dura una hora y de ahí tenemos que esperar a que lleguen los demás. Y después empezamos a caminar y ya no vamos a parar.

El montón de agua, las instrucciones, todo se siente más real. Hoy sí. Me acuerdo de las lanchas. Fue fácil no hacer pupú. Pero ¿y si ahora sí me dan ganas de ir?

—¡Ándale! Vayan al baño —dice Mario, aplaudiendo. Patricia se levanta y nos jala a Carla y a mí. Los hombres nos dejan entrar de primeros al baño.

No puedo ir si me dicen que vaya. Me hace ruido la panza y eso que estoy lleno.

—Pasá vos primero —le digo a Carla.

Entra y sale bien rápido. De ahí me toca a mí. Me siento en el inodoro a esperar hasta que Patricia me pregunta si estoy bien.

—No tengo ganas —le digo.

—Tratá de orinar. Sacá todo lo que podás.

Orino y orino hasta que ya no hay nada.

Luego les toca a los hombres. Después de veinte minutos Mario grita:

—¡A los picops!

La Doña no abraza a nadie. Pero a Carla y a mí nos dibuja una cruz en la frente.

—Vayan con Dios —dice, y se besa la mano antes y después de dibujarnos la cruz. Se acerca a Carla y le dice—: El camino es espinoso y resbaloso como el nopal, pero van a llegar.

—Gracias. —Patricia asiente con la cabeza.

Nomás La Doña cierra la puerta detrás de nosotros, y escucho a los chuchos ladrar, a los gallos cantar; son los mismos ruidos que he escuchado desde hace casi cinco días. Es como que si se despidieran de nosotros. El Chino me ayuda subir al picop. El metal de la cama sigue caliente.

—¡Adiós, Doña! —grita Mario.

—Nos vemos —dice Paco, y saca la mano por la ventana; él va de chofer.

El motor tiembla y otra vez sentimos las piedras en las nalgas. Detrás de nosotros viene una nube de polvo y más atrás está el atardecer. El cielo se ve como que si alguien le hubiera echado un guacalazo de agua al sol. El aire todavía está caliente. No han llegado los murciélagos. El ladrido de los chuchos, el cantar de los gallos se vuelve más y más suave hasta que ya no podemos escucharlos.

—Al fin nos vamos —dice El Chino.

—Con todo a los Yunaited Estais —dice Marcelo, y es lo primero que ha dicho en un buen rato. Él está a la par mía. Se acerca, me pone un brazo sobre la espalda y me habla al oído.

—Chepito, ya hablé con El Chino. —Marcelo señala a El Chino, que está del otro lado de la cama; El Chino me apacha un ojo—. Él va a estar con vos cuando caminemos. Mario dijo que era mejor si lo hacíamos así.

Asiento con la cabeza y no digo nada. El Chino levanta su pulgar. ¿En verdad hablaron de eso?

—Vamos a caminar en parejas. El Chino va con vos. Pati con Carla. Yo y Chele. —Marcelo me lo dice a mí, pero bien duro para que también escuche Patricia.

—¿Así te dijo Mario? —pregunta Patricia.

—Ajá —responde Chele.

—Sí, Pati —dice El Chino—. Vos y Carla hasta delante, atrás de los polleros. Javiercito y yo en medio, y Marcelo y Chele detrás de nosotros.

—Va —dice Patricia.

No hay nada allá afuera. Arbusto y otro arbusto, pequeños cactus, que desde acá se ven morados. Más arbustos. Vamos camino a donde la luna debería estar, pero no está ahí, al otro lado de los cerros.

—¿Dónde está la luna? —le pregunto a Marcelo.

—No sé. Pero hoy hay luna llena.

—N'hombre, eso es mañana —dice Patricia—. Así decía en el calendario de La Doña.

¡Ya casi es luna llena! Es una buena señal. Un buen augurio. Cadejo, ¿oíste? La luna va estar grandotota.

Llevamos las chamarras puestas y aún así el viento se nos mete entre la ropa. Hay un retén en la carretera, pero los soldados nos dejan pasar como que si nada y pasamos a la par de sus ametralladoras. Y así por quince o veinte minutos más hasta que llegamos a un trozo de tierra a la par del asfalto, un pedazo de suelo donde no hay nada, que se convierte en una calle de tierra. Seguimos por el camino lleno de

baches por unos minutos más.

El sol aparece por encima de los cerros, pero apenas sobre de la línea del horizonte, y pinta todo de un naranja pronunciado, rosado, lavanda. Es como que si todo el polvo que levanta el picop volara hasta el cielo. Por unos minutos el camino de tierra se pinta de un naranja brillante. Luego llegamos a una apertura en el camino. Un lugar donde no hay arbustos. El suelo es rojo y cada vez más rojo, más vivo, pura sangre. Bolsas de plástico rotas, latas vacías, retazos de camisas, calcetines, botellas de agua, basura en el suelo. Hay basura también en los arbustos. Hay gente sentada con las nalgas en el camino de tierra o debajo de los arbustos. Otros están acostados en el suelo, durmiendo y tapándose la cara con sus cachuchas.

—¡Ya llegamos! —grita Mario, pegándole al techo del picop. Paco se parquea y Mario sale de la cabina—. Llegamos —repite, con un cigarro en la boca.

El Chino brinca de la cama y estira los brazos; a pesar de que tiene la chamarra puesta, todavía parece que es el más pechito de todos Los Seis. Veo que lleva un anillo plateado en la mano izquierda. No digo nada y me tiro a sus brazos; caigo como una gota de lluvia. Marcelo ayuda a Patricia porque le cuesta hacer a un lado el galón de agua que le cuelga del cuello. Carla le agarra la mano a Chele para no irse de jeta cuando brinca de la orilla de la cama hacia el suelo.

Ya estamos listos. Patricia le agarra la mano a Carla; lleva ahora el galón de agua a un lado, pegado a sus costillas.

Mario se acerca a la ventana del copiloto, le dice a Paco algo que no puedo escuchar y le da un golpecito a la puerta. Paco se va gritando:

—¡Buena suerte! —con la mano afuera de la ventana.

Carla y yo nos despedimos de él. Los adultos no le dicen nada. Mario tira su cigarro en el suelo rojo.

—Podemos fumar hasta que nos vayamos. Síganme —dice, y empieza a caminar.

Lo seguimos hasta llegar a un arbusto donde no hay gente y que no

tiene basura. Nadie habla con nosotros. Los arbustos son verde brillante, pero cambian bien rápido a un verdoso más oscuro. El cielo tiene el color de las piedras y luego se pinta de azul y se pone más y más oscuro. El horizonte, por donde estaba el sol, es rojo, naranja y amarillo. El suelo también cambia de color bien rápido. Al principio es moreno igual que yo, de ahí es color sangre, color lodo y de ahí gris. El aire huele a aserrín con agua.

—Esperen aquí. Coman si quieren. Voy a ir a traer al pollero —dice Mario, lleva la cachucha para atrás.

Es la primera vez que lo hemos visto con la gorra puesta así, y es bien raro escuchar decirle «pollero» a alguien más. Nos sentamos en el suelo como todos los demás. Chele se quita la mochila y se acuesta sobre ella, boca arriba.

—Usshh, vos, allí está chuco —le dice Patricia.

—¿Y qué? —dice Chele, pelándole los dientes a Patricia; son gruesos y bien blancos.

Luego saca un cigarro y lo enciende. Nunca he visto a alguien fumando acostado. Marcelo y El Chino hacen lo mismo. El Chino sopla anillos de humo. Marcelo no. Se agarra las rodillas y mira el camino por donde vinimos.

—¿Vos cruzaste por aquí? —pregunta El Chino.

Marcelo es el único que ha hecho esto antes, pero está más callado que de costumbre.

—No. Por los cerros de Tijuana.

La tierra está más caliente que el aire. Las piedras que están metidas en el terreno están más calientes que la tierra. Hay un montón de pájaros cantando, pero hay uno que suena como que si alguien estuviera silbando. Wuiiiiittt-wuiiiiit. Wuuuuuiiit-wuuuuiiiiitt. Todo pierde su color poquito a poquito. No miro de dónde viene el ruido. Otro wuiiiiittt-wuiiiiit. Wuiiiiittt-wuiiiiit, desde otro arbusto. Es el único ruido que hay ahorita. La gente mira al suelo, a los arbustos, al cielo. Luego el pájaro deja de cantar. Sobre nosotros vuelan unos

pájaros que parecen palomas.

—Ya se van a dormir —dice un extraño. Tiene la voz igualita a Jesús.

Unos murciélagos cafés empiezan a hacer ruido. Suenan como a llaves chocando entre sí o como zippers golpeando metal. Algunos vuelan enfrente de nosotros, pero nunca nos chocan.

Como no hay luz, todo se ve gris. Ya hace un poquito más frío. Se me enchina la piel, pero puede que sea por los nervios. Son apenas las siete y media. Ya no hay sol y la luna empieza a salir del otro lado, pero todavía no está amarilla. No había visto cuánta gente había acá. Vienen picops y traen más personas de la que traía el picop donde nos trajo Mario. Todos visten ropa oscura y llevan galones de agua.

—Ahí está, ve —dice El Chino, y señala a un hombre que camina a la par de Mario, un hombre un poquito más alto que él y más delgado también.

Paran a la par de un arbusto y, debajo del mismo, hay un montón de puntitos rojos que se encienden y se apagan; gente fumando. Sus sombras luego alcanzan otro arbusto más cerca de nosotros. El hombre también lleva una cachucha de béisbol, pero la lleva normal, para adelante.

—Hola, morros —dice Mario con las manos en la cintura, viéndome a mí y a Carla, que está sentada entre las piernas de Patricia.

—¿Qué está pasando, maitro? —pregunta Marcelo.

—Nada. Introducciones. Este es el guía —dice Mario, sonriendo. Ya sabemos que se refiere al pollero—. El Mero Mero —dice, señalando al hombre que tiene a la par y luego le da un golpecito en la espalda.

—Hola —dice El Mero Mero, tocándose la cachucha. Está bien rasurado y por eso se ve más joven que Mario. Lleva unas botas de trabajo que se le miran bien grandes, porque tiene piernas delgaditas.

Los Seis saludamos a El Mero Mero, y me doy cuenta de que las estrellas empiezan a salir detrás de la cabeza de El Mero Mero.

—Estamos esperando que venga más gente. Cuando todos estén acá

les voy a dar más información —dice El Mero Mero—. Por ahora descansen. Tomen agua si quieren, pero no mucha porque hay que guardarla».

Los Seis asentimos con la cabeza.

—Órale, ahorita venimos. —Mario y El Mero Mero se van.

—Comamos —dice Patricia.

—Sacá el pan pues —le dice Chele—. Vos también sacalo —le dice a Marcelo, que también tiene una bolsa de pan.

—¿Tenés miedo? —me pregunta El Chino.

Le digo que sí.

—No tengás miedo, hermanito. El Mero Mero se las sabe. Se nota que es vergón.

—Ajá —digo, y me da un abrazo. No me había dado un abrazo desde lo de las lanchas. Y otra vez me dijo «hermanito». Siento su perfume. El olor a cigarros. Pero entre todos los olores siento también el suyo: como a tierra seca antecito de que empiece a llover. Su abrazo me quita el frío. Me hace sentir como que me está cuidando, como que si estuviera con Tía Mali, con Abuelito Chepe, o como que si Mi Mamá estuviera aquí conmigo.

Patricia abre su mochila. La bolsa de pan brilla más fuerte que cualquier otra cosa. Le enseño a Patricia cómo brilla la bolsa.

—Oh —dice, sorprendida.

—Tus ojos se están acostumbrando a que no haya luz —dice Marcelo de lo más tranquilo.

—Como cuando estábamos en el mar —dice Chele—. ¿Te acordás?

—Sí —digo.

Carla me sonríe sin pelar los dientes. Se me había olvidado que algunos colores brillan de noche, pero no había visto algo que brillara tanto como esta bolsa. Aquella noche en el mar, el cielo estaba medio nublado. Acá las estrellas se miran bien. Nuestras botellas de plástico se ven, bien blancas. También el zacate seco. Y algunas piedras.

Vienen más picops. Los escuchamos antes de verlos.

Algunos se parquean de frente a nosotros y la luz nos lastima los ojos. El polvo cae dentro del chorro de luz y se parece a un cielo lleno de estrellas con luceros bailando alrededor de Carla. Se ve preocupada y como que tiene frío, ahora que ya está lejos de las piernas de Patricia quien se tarda en abrir una lata de atún para que comamos los tres. La gente se baja de los picops y camina hasta donde estamos nosotros. La luz se hace para atrás y se va el picop, y entonces vuelve la oscuridad. El polvo llega a nuestras bocas. Los que acaban de llegar no dicen nada. Escogen un arbusto y no miran a ningún lado, como todos los demás.

El Chino abre una lata de atún y el olor como que hace que el aire se sienta más grueso.

—Te voy a dar del mío, Javier —dice, tocándome el hombro. Ya me acostumbré a que Patricia haga las cosas por mí. No, El Chino. De veras está haciendo como que es mi papá de mentiras.

—Má. —El Chino me da una rodaja de pan con un poco de atún. El pan es blanco y es fácil de ver en la oscuridad, pero el atún se ve como una gran sombra—. Comé.

No me gustaba comer atún antes de El Viaje. En El Salvador hay de otra marca. Pero este atún «Tuny con mayonesa», sí es rico.

—Cométélo y después nos comemos una de estas babosadas —dice El Chino, y saca una barrita de Snickers.

Ya había probado estos chocolates en El Salvador. Le robé unos a Abuelita Neli; los vende en su puesto de comida. Y son bien ricos. Le sonrío a El Chino con atún entre los dientes.

Mario regresa con nosotros y se sienta entre Marcelo y Chele.

—Este es el plan. Coman, pero no mucho. Tenemos que estar listos para correr —dice, y lo hace bien duro para que todos le escuchemos.

—¿Vamos a correr? —pregunta Carla.

—Solo si vemos a La Migra.

No dejo de imaginarme a un montón de gringos malos persiguiéndonos, como en *Born in East L.A.*

—¿Aquí? —pregunta Patricia.

—No, no, no. Acá estamos en México. —Mario señala para donde están los arbustos—. Caminamos una hora para allá y llegamos a Gabacholandia.

Patricia abraza a Carla. Volteo a ver a El Chino. Él cree que yo no entiendo.

—Gringolandia —dice—. ¿Tenés frío?

Le digo que no. Mario lo escucha y dice:

—Si tienen frío ahorita, van a entrar en calor cuando empecemos a caminar. Vamos a tratar de caminar tan rápido como el grupo nos lo permita. Ustedes quédense con sus papás. —Mario nos mira a todos—. Ustedes dos juntos. Y ustedes dos. Y ustedes dos. —Señala a las parejas: Chele-Marcelo. El Chino y yo. Patricia-Carla—. Yo voy a ir adelante de ti —señala a Carla— no te atrases.

Patricia dice algo, pero no la escucho.

—Ahorita descansen, fumen, levántense, estírense, platiquen un rato. Estamos en México. Acá todavía no está La Migra. —Hace una pausa—. Voy a ir a ver si ya está listo El Mero Mero. —Mario se va a donde está otra sombra.

El suelo ya no está tan caliente. Lo siento a través del pantalón. Veo unos conejitos brincando por ahí, veo sus sombras pequeñitas. Me termino mi pan con atún.

—¿Querés más? —pregunta El Chino.

Sí quiero más, pero como hay que correr le digo que no.

—Jodete, pues —dice El Chino, y se sirve más.

Lo miro un rato. Casi se termina todo el atún.

—Está bueno, dame un poquito más —le digo.

El Chino se ríe y me sirve otro pan con atún. Mario regresa a donde estamos nosotros.

—¿Cuánto falta? —le pregunta Marcelo.

—Ya mero. Primero va a hablar. Agarren sus cosas.

El Chino envuelve su pan y lo guarda dentro de su mochila.

—Me llevo el tuyo —le dice a Patricia. La gente tira las latas bien lejos y caen donde no hay luz.

—¡Vengan! ¡Vengan pa'acá! —grita El Mero Mero, alumbrando con su lámpara los arbustos que tiene cerca—. Vengan pa'acá —dice.

Mario y otros tres hombres se ponen de pie; hay cuatro sombras a la par de El Mero Mero, y él es el más delgado y el segundo más alto de todos.

—Todos están aquí. Yo soy su guía —dice, y tiene una voz grandotota. Los arbustos se mueven, la gente se acerca a El Mero Mero, otros solo se ponen de pie, pero nosotros estamos tan cerca que podríamos habernos quedado sentados en el suelo—. Les voy a decir las reglas —sigue, y hace una pausa—. En total somos unas cincuenta personas.

—¡Puta! Un vergo —dice El Chino bien quedito.

—Un chingo —responde Marcelo.

—Entonces —sigue El Mero Mero—, estos cuatro hombres nos van a ayudar a caminar recto. —El Mero Mero alumbra a los cuatro hombres que están a la par de él; Mario es uno de ellos—. Yo voy a ir al frente y ellos van a estar repartidos entre el grupo. Uno enfrente del otro. Ellos —vuelve a señalar a los hombres— les asignaron una pareja. Ustedes se cuidan entre sí. Si uno se para, el otro para. Si uno se lastima, el otro busca ayuda. Si no tienen una pareja, escojan a alguien de su grupo. Siempre deben saber en dónde está esa persona. Siempre. Siempre.

»Sigan al grupo que va adelante de ustedes. Vean los zapatos de las otras personas y sigan sus pasos. La luna está casi llena; deberían poder ver a la persona que va adelante de ustedes. No. Se. Pierdan. El que se queda, se queda. No. Vamos. A. Esperar. A. Nadie. Si se atrasan, sigan al grupo. Si se pierden, es *su* culpa.

»Él —Mero Mero señala a una de las sombras— va a ir hasta atrás del grupo, asegurándose que no dejemos a nadie. Fíjense en el gorro y apréndanselo de memoria. —El hombre lleva como un gorrito de tela

con una bola de algodón hasta arriba—. No deberían poderlo ver. Si lo ven, caminen más rápido.

»Si vemos a La Migra, o si escuchamos que vienen carros, nos paramos y nos vamos a esconder. Corran al arbusto más cercano y tírense al suelo. Los de La Migra tienen binoculares para ver de noche. Helicópteros también. Cuando yo les chifle, y solo hasta que yo les chifle, así —junta su labio de abajo con el de arriba y su boca hace un sonido bien agudo— entonces se levantan.

»No se preocupen. Yo he hecho esto veinticinco veces. Esta es *mi* ruta. Si hacen lo que yo les digo, mañana en la mañana van a estar en Tucson. Vamos a caminar entre ocho y diez horas, dependiendo de qué tan rápido caminemos todos. Vamos a llegar a una carretera y nos van a recoger unas camionetas. Otra vez —Mero Mero se aclara la garganta— si tienen sed, tomen uno o dos tragos. No se llenen de agua. No se separen del grupo. Si necesitan orinar, aguántense. Vamos a parar cada dos horas. O adelántense, orinan a un lado y regresan con el grupo. ¿Me entendieron?

»Si tienen preguntas, hablen con sus polleros. Vayan a orinar. Caguen, si quieren. Agarren sus cosas. Si su ropa tiene algo brillante, tápenlo con un poco de cinta. Si tienen letras o algo que brille, tápenlo. Nada de lámparas. Yo llevo una. Si alguien se separa del grupo, primero les voy a chiflar y después hago así con la lámpara. —El Mero Mero enciende y apaga su lámpara. La enciende y la apaga—. Dos veces. De ahí empiezo a contar cuántos somos.

»Y, lo último: si nos agarran, ustedes no me conocen. No conocen a sus polleros. Y ustedes son mexicanos, ¿me entendieron? Nos vamos en diez minutos.

Nomás El Mero Mero deja de hablar, los polleros se van con sus grupos. La gente se levanta del suelo, agarran sus cosas, tiran la basura. No habíamos hecho tanto ruido. Ya nadie habla quedito; todos hablan normal.

—Párense —nos dice Mario—. Déjenme ver lo que traen puesto. —

Todos nos paramos y nos quitamos el polvo de encima—. Voltéate —Mario les dice a cada uno de Los Seis y con su lámpara nos alumbra la ropa, igual que los otros polleros hacen con la gente de su grupo—. Aquí. —Encuentra una línea brillante en la mochila de Marcelo—. Tápala con esto. —Con sus dientes Mario corta un pedazo de tirro negro y se lo da a Marcelo—. Ustedes están bien —dice, alumbrándonos las caras.

—¿Usted también tiene una lámpara? —le pregunta Patricia a Mario.

—Como dijo El Mero Mero: si nos separamos, esperen mi señal. Voy a alumbrar tres veces y van hasta donde estoy yo. ¿Me entendieron?

—Sí —dicen todos.

—Ah y tengan —nos dice Mario a mí y a Carla, entregándonos una pastillita blanca a cada uno.

La pastillita brilla en la oscuridad, y es como las que nos dieron en la lancha, solo que más chiquita todavía. Volteamos a ver El Chino y a Patricia.

—Les va a dar energía. No les va a hacer daño —les dice Mario a ellos.

—Está bien —dice Patricia y El Chino asiente con la cabeza.

Me trago la pastillita. Sabe raro, tiene un sabor como amargo.

—Ahora hay que esperar. Yo voy a ir adelante de ustedes. Vamos a estar casi hasta enfrente.

Me tiemblan las piernas. Me duele el estómago como que si tuviera hambre. Siento que también me tiembla la frente. Tal vez es por el frío.

—Todo va' estar bien —me dice El Chino comiéndose una vocal—. Ocho horas no es nada, hermanito. —Me da una palmadita en la espalda y siento su mano bien pesada.

No digo nada. Tal vez sí es cierto. Ocho horas. Pasamos más tiempo en la lancha. En los buses. No es nada.

—Ya mero vas a ver a tus papás.

Veo a Patricia, quien le dice algo a Carla al oído.

—Va, hoy sí, bicha —le dice El Chino a Patricia. Tiene un montón de energía. Está bien emocionado.

—Sí, vos, vamos con Diosito —dice ella, y le cuesta sonreír—. Todos vamos con Diosito. —Voltea a ver a Marcelo y Chele.

—Eso —dice Marcelo.

—Con todo —dice Chele bien duro.

Sale gente del arbusto más cercano y se acerca a nosotros.

—Y ustedes, ¿de dónde son? —pregunta un hombre.

—De México, pero venimos de El Salvador —dice Chele, y se ríe. El hombre también se ríe.

—Nosotros somos de México, y venimos de Ecuador, hermano —dice el hombre.

¿Ecuador? ¡Eso sí queda lejos! Vinieron desde más lejos que nosotros. ¿Será que el hombre se vino en lancha? En las lanchas conocimos a otras personas de Sudamérica.

—Nosotros somos de Guate —dice alguien más.

—¿Quiubo? —dice Chele. Nadie más de Los Seis habla.

—¿Ya todos listos? —pregunta El Mero Mero.

—¡Sí! —grita la gente, todos al mismo tiempo.

—¡Fórmense! —grita El Mero Mero.

La gente empieza formarse en fila. El Mero Mero dijo que éramos como cincuenta, pero parece como que si fuéramos más. Somos como un gran ciempiés. Todos llevan galones de agua y mochilas negras. Los Seis estamos casi hasta adelante. Volteo a ver a Marcelo; él y Chele están hombro con hombro.

—Ya casi, Chepito —dice Marcelo, y pone una mano sobre mi mochila.

La fila son dos filas. Somos un gordo ciempiés, una culebra. Veo qué horas son, pero apenas y puedo verle las manecillas a mi reloj; el fondo blanco del reloj me ayuda un poco. Son casi las ocho y cuarto y la luna está del otro lado del horizonte. El suelo es de un gris bien

oscuro. Hay unas cosas en el suelo que brillan, puros diamantes. Tal vez son piedras. Miro mis zapatos para ver si las cintas están bien amarradas. Volteo a ver a El Chino, que está viendo a Patricia, que está mirando a Mario, que mira a alguien más, a saber quién. Tengo frío, pero la chamarra se siente calientita. Estoy lleno, pero siento la barriga vacía.

—¡Vámonos! —grita El Mero Mero; él va a hasta adelante. La gente empieza a caminar.

—Padre todopoderoso —dice Mario, persinándose.

Unas personas gritan de la emoción. La gente que va atrás de nosotros, con los que hablamos hace un rato, dicen una oración.

—¡Échenle ganas! ¡Con huevos! —grita otra vez El Mero Mero y la fila doble se convierte en una sola fila.

—Seguime —dice El Chino, y empieza a caminar más rápido que yo.

Marcelo va detrás de mí. Ellos dos me cuidan. Caminamos y suena como cuando uno come confleis. Caminamos. Cronch. Nuestra ropa se soba. Cronch. Los galones de agua hacen ploch ploch. Algunas personas llevan bolsas de plástico y crujen más fuerte que nuestras mochilas o nuestra ropa. El cielo está lleno de estrellas. Le pido a El Cadejo y a Diosito que pronto lleguemos a Tucson.

Siento el cuerpo raro. Como que tengo hormigas en la cabeza. Se me quieren salir los ojos. Me truena la barriga. Tengo mucha energía. El corazón me late bien rápido. Pienso en muchas cosas, en temas nada que ver, en el video de Michael Jackson donde les sale luz a las cunetas. Si pudiéramos hacer eso aquí, cada uno de nuestros pasos encendería luces en el suelo. ¿En las piedras? ¿Los arbustos? ¿El zacate seco? Se encendería toda la fila. Somos una oruga gorda. Les saldría luz hasta a los cactus, que aparecen de vez en cuando. Veo cactus gruesos, que son como de mi altura y unos hasta más altos.

—Aguas —dice Mario, cuando ve uno—. Esos nopales tienen espinas grandotas. —Me gusta que se miran como solitarios. Nunca están cerca de otros cactus. Son gruesos y tienen líneas que les suben por todo el cuerpo y están todos cubiertos de espinas. Algunos arbustos tienen espinas también. No se les miran, pero ahí las tienen —. Aguas —dice Mario, cuando pasamos a la par de otro cactus solitario.

Ya llevamos una hora de camino. Pasamos por unas vías de tren. Quiero ver un tren, pero de momento no hay nada.

—En un ratito llegamos a Gringolandia —dice Mario, fuerte, como que si fuera El Mero Mero—. Ahora sí tenemos que ir bien callados. La Migra anda cerca. Si necesitan algo, tóquenme o háblenme, pero no muy fuerte.

Los Seis asentimos con la cabeza. Nadie dice nada, pero vamos más rápido. A donde miremos el paisaje es igual. No me doy cuenta si estamos saliendo de México. ¿Dónde están las ciudades? ¿Dónde están los letreros que dicen que ya llegamos a otro país? Este es el tercer país por el que paso en El Viaje: Guate, México, La USA. El aire se siente diferente. Más frío. Pero a lo mejor es porque ya es de noche.

Pasamos por tierra gris, encima de zacate y cerca de arbustos. A veces cruzamos a la par de árboles. ¡Árboles! Son como gigantes que nos ven pasar. Árboles con troncos delgaditos y hojas delgaditas. A veces la luz de la luna le pega al suelo y este brilla como que si estuviera cubierto de joyas. Nadie se agacha para ver si son joyas de verdad. Ni Carla. Quiero parar a ver, pero no podemos dejar de caminar.

Miro unas plantas que no se parecen a nada de lo que hemos visto hasta ahora. No parecen arbustos, árboles, zacate o de esos cactus solitarios que tanto me gustan. Son altas estas plantas. Más altas que Marcelo. Más altas que cualquiera de nosotros. No parecen cactus. Tal vez no lo son. Tienen hojas puntiagudas, puras flores de izote, solo que más altas. Puras piñas grandotas puestas en una estaca y con una

rama larga, que les sale de entre las hojas. A veces hasta arriba se doblan a un lado, como que si estuvieran floreciendo o estallando, puros cuetes. Me gustan. Les pongo de nombre Puntiagudos. Acá hay Solitarios y Puntiagudos. Los Puntiagudos siempre están con otros Puntiagudos, con otros amigos. Pasamos en medio de un grupo de Puntiagudos.

—Tené cuidado —me dice El Chino, cuando pasamos en medio del grupo de Puntiagudos.

Escucho a otras personas que van delante de nosotros decir lo mismo. El Mero Mero nos dijo que iba a enviar un mensaje para atrás si quería que dejáramos de caminar. ¿Cómo estará mi Abuelita Neli? Seguro está rezando por mí. Siempre está rezando. De día y de noche. A veces la escuchaba desde mi cuarto. A Tía Mali le gustaría estar aquí. Hay un montón de estrellas en el cielo, pero no encuentro a Escorpio. Abuelito Chepe estaría decepcionado porque no puedo encontrar la Estrella Polar.

Hay palitos en el suelo y se nos atraviesan cada vez que pasamos por donde hay zacate y esas cositas que brillan en la tierra. Cuando pasamos entre un montón de arbustos, las espinas se me quedan pegadas en la chamarra, pero la chamarra es tan gruesa que ni las siento. Igual que mi pantalón. Paso el rato agarrando los tirantes de la mochila. Cuando me canso, me pongo las manos en la cintura. Si caminamos entre arbustos, me llevo las manos al pecho, por si El Chino se pasa llevando una rama; cuando eso pasa la rama me da un sopapo, pero El Chino trata de no toparse con las ramas. Ya me puyaron las espinas, pero no duele mucho. Ninguna se me queda pegada en la piel. A veces le quito hojas a los arbustos sin espinas. Luego apacho las hojas y me huelo los dedos. Huelen como a polvo con grama de cancha de futbol. Pero más a polvo. Acá todo huele a polvo.

Le miro los zapatos a El Chino. No sé de qué color son sus suelas de día, pero ahora que la luna va para arriba son más brillantes, como

gris claro. Todo es como gris tirando a azul. La luna es nuestra lámpara, igual que cuando íbamos en las lanchas y salió entre las nubes. Nos muestra las piedras que tenemos que esquivar. Hasta las bolsas de plástico, que lleva la gente, se miran más blancas. Los galones de agua, que cargan las personas en las manos, parecen linternas. El Chino lleva un botellón en la mano y otro en la espalda, amarrado con una cinta. Veo que la gente se pasa los galones de una mano a la otra. Marcelo hace lo mismo detrás de mí. No miro lo que hace Chele.

—¿Tenés sed? —dice El Chino, antes de tomar un poco de agua. Me gusta cómo hace la tapadera de plástico. Pop. El Chino se lleva el galón a la boca mientras camina y no bota ni una gota. Después de cada trago El Chino dice—: Ahhhh.

Me recuerdo que El Mero Mero dijo que no tomáramos mucha agua, por si nos toca correr. Siento la lengua seca. Siento como que tengo sed todo el tiempo, pero ya le dije dos veces que no a El Chino cuando me preguntó si quería tomar agua.

El Chino da un tercer trago y me obliga a beber. Llevo una botella de agua más chiquita en la mochila, pero la dejo ahí. El Chino me da el galón. Es bien pesado. Me cuesta levantarlo mientras voy caminando.

—Tomá, así no te vas a cansar.

El Chino no se da cuenta que me cuesta levantar el galón mientras voy caminando.

—Tragos chiquititos —dice Marcelo detrás de mí, y me ayuda a levantar el galón, me asiste a que siga en la fila.

El agua me refresca. Está fría, como que si hubiera estado en la refri. Me da energía. Desde acá no veo a Patricia o a Mario. Puedo ver a Carla, siempre que El Chino se hace a un lado para esquivar una piedra. A menos que Patricia y Mario hagan lo mismo, no los puedo ver bien. Miro solo cuerpos. Sombras sin caras. Sombras hasta adelante, donde está El Mero Mero, pero igual no lo puedo ver. Detrás

de mí hay más sombras. Siento como que estoy aquí solo con Marcelo y El Chino. Me siento seguro, caminando con ellos.

Mario se aseguró que fuéramos en medio de la fila. «Es más seguro así», dijo, cuando estábamos en los arbustos, donde nos dejó el picop, hace poquito más de una hora. No siento las piernas cansadas. Seguimos caminando. El terreno cambia. Se vuelve más duro, menos como arena y así es más fácil caminar. Trato de no pensar mucho. Y de ahí, una por una, escuchamos cómo las personas dejan de caminar.

—Pará, pará —dice El Chino muy quedito. Él deja de caminar y se queda quieto. Yo igual. Como Marcelo. Chele también.

Nadie dice nada. Recibimos un mensaje de hasta delante.

—Pausa para ir al baño —le dice El Chino a Marcelo, y él repite lo mismo a la gente que va detrás de él.

Escucho susurros que vienen de adelante, que vienen de atrás.

—Siéntense.

—Sentate.

—Siéntense.

—Al suelo.

—Sentate, Javier —dice El Chino, y pone las nalgas en el suelo.

Marcelo va a orinar cerca de un arbusto. Estamos dentro de una zanja. Tal vez por eso paramos aquí, para que no nos vea La Migra. No tengo ganas de ir al baño. Voy a orinar, pero no me sale nada. Regreso a donde está El Chino y Marcelo. Patricia y Carla están en los arbustos, orinando. Chele también. Sombras se agachan y sus calzones blancos brillan en la oscuridad. Bebo un poco más de agua, y eso que acabo de tomar. Cuando me llevo el galón a la boca, me doy cuenta que el corazón me está palpitando bien rápido. Las estrellas en el cielo se mueven como que si todavía estuviéramos caminando. Siento un hormigueo en las piernas. Íbamos bien rápido. Recupero el aliento. Casi no hace viento, pero igual tengo frío. Siento la piel bien fría, como que si me hubieran echado agua helada encima.

—¿Ya te cansaste? —me pregunta Marcelo. Está en el suelo con las

piernas estiradas y las manos en las rodillas, igual que como iba en el picop.

—No.

—Eso es todo, veteranito —dice, y levanta los pulgares—. Si necesitás ayuda con la mochila, ahí me avisás. —Nunca se había ofrecido para cargar mi mochila y nunca me había ayudado a beber agua, ni siquiera cuando estábamos en las lanchas.

—Voy bien. —La mochila no la siento pesada.

—Va pues —dice—. Sos bien machito. —Me gusta que me diga así. Abuelito Chepe estaría orgulloso.

Al fin puedo ver qué son esas cosas brillantes que están en el suelo. Chele regresa a donde estamos. Patricia y Carla se sientan enfrente de El Chino. Saco un puñado de tierra y muevo la mano para que le pegue la luz. Pero no hay nada. Solo palitos y tierra. Saco otro puñado. Hay trocitos de tierra y más palitos. Parecen chispas. Como de plástico o puro confeti. Luego viene Mario a ver cómo estamos.

—¿Todo bien? ¿Todos se sienten bien? —le pregunta a cada uno de Los Seis. Asentimos con la cabeza o le decimos que sí—. ¡Qué padre! Vamos a parar dos veces más para orinar y ya llegamos. —Está bien emocionado—. Tomen agua. Vamos bien.

—¿Y qué tal Gringolandia? ¿A ti te gusta, morrito? —me pregunta.

—¡Sí, señor! Es bien bonita.

Todos se ríen. No puedo verle la cara a Carla, pero está viéndome a mí. Patricia tiene su brazo alrededor de ella.

—Si esto es bonito, ¿qué cosa es fea, vos bicho? —dice Patricia bien quedito y sin verme. Luego escuchamos a lo lejos que alguien chifla. ¿El Cadejo?

—Levántense —susurra la gente.

—Levántense. Levántense.

Es la señal de El Mero Mero. Pero dijo que esa era la señal para cuando ya no estaban los de La Migra. Volteo a ver a El Chino y Marcelo. Nadie duda como yo. El Mero Mero ni siquiera encendió su

lámpara. La gente se quita el polvo de encima. Uno por uno, nos ponemos de pie. Yo también me limpio. Veo arriba, a los hoyos que el gigante hizo con su aguja en la manta oscura del cielo. Estrellas temblando. ¿Por qué tiemblan así? ¿Será que pueden ver la tierra bajo nuestros pies? Es como caminar encima de periódicos viejos. Cruje. Cronch. Como caminar sobre cáscaras de huevo. Crac. Los galones de agua en las manos de la gente. Ploch. Otra vez empezamos a caminar.

A veces, ratones o conejitos pasan enfrente de nosotros. Murciélagos vuelan por encima. Si los veo pasar, hago como que son mis mascotas. Hago lo mismo con la gente, hago como que todos somos una gran familia. Mi Papá va enfrente de mí. Mi mamá y Mi Hermana delante de Mi Papá. Los Seis son familiares cercanos. Tengo tantos primos, tíos y tías solo que no me sé sus caras. Tío #22 se hace a un lado para orinar en un arbusto. Tía #6 se hace a un lado para beber agua. Seguimos hacia adelante, pura culebra.

Minutos después de nuestra primera parada, ¡un muro!

No es El Muro, como el que sale en las películas. Es más como un cerco, como el que separa mi casa de la del vecino. Una vez gateé debajo de esa valla para perseguir unas iguanas. Ayudé a Abuelito Chepe a reparar el cerco para que los chuchos aguacateros no entraran a la casa. Un cerco con alambre de púas allá. Un cercado con alambre de espino acá. La gente agarra para todos lados y formamos filas para pasar del otro lado del cerco. Los polleros tienen guantes gruesos con los que agarran los alambres filosos y los levantan para que la gente pueda gatear debajo de ellos.

—O te saltas o te arrastras —dicen los polleros; su acento norteño es bien cantadito.

Otro pollero levanta otra porción del cerco, a la par de donde estoy. Chele y Marcelo lo siguen.

—Ándale, rápido —dicen los polleros, y hablan normal—. Boca

abajo y metan la panza.

—Quítate la mochila —le dice Mario a Patricia, pero ella ya está en el suelo.

—Quítatela.

—¡Ayúda! ¡Ayúdenme! —A Patricia se le trabó la mochila en los alambres—. No me dejen aquí.

—No te vamos a dejar —dice El Chino—. Calmate.

Cuando Patricia se mueve, el alambre de púas se menea. Parece lagartija atrapada debajo de un garrote y tratando de escapar. Mueve los brazos y las piernas de arriba abajo, pero no logra avanzar.

—¡Mamá! Cálmese —le dice Carla casi gritando. El Chino agarra a Carla para que no toque el cerco.

—No te movás —le dice El Chino.

—¡A ver! Deja de moverte —dice Mario, quitándole las púas a la mochila de Patricia y jalándola para atrás.

—Tira tu mochila al otro lado —le dice Mario a Carla.

Carla avienta su mochila sobre el cerco. Se tira al piso y gatea rapidito debajo del alambre. Patricia ayuda a Carla a levantarse del otro lado.

—Vamos, vamos, vamos —dice Mario, viéndome a mí y a El Chino.

—Dale vos primero —dice El Chino, y me ayuda a quitarme la mochila.

—Tirala. —El Chino avienta nuestras mochilas al otro lado.

Me tiro al suelo y me ensucio la cara. Hay polvo por todos lados. Me gusta. Es como un juego.

—Eso —dice Mario, cuando Patricia me jala de la mano.

Luego le toca a El Chino. Todo pasa muy rápido.

La gente, que está a la par de nosotros, hizo como Chele y Marcelo: se ayudaron entre sí y ahora ayudan a más gente a gatear debajo de los alambres. Algunos hombres tratan de brincar al otro lado; se paran sobre el alambre y saltan el cerco. Otros se traban igual que Patricia, pero rápidamente logran pasar. A la izquierda hay un hombre atorado

que no puede desatorarse. Escuchamos cuando dice, muy suavecito, «Ayuda, ayúdenme». Alguien camina hasta donde está él y le quita el alambre de púas de su ropa.

—Rápido, rápido, rápido; vamos, vamos, vamos —dicen los polleros, y lo repiten a cada rato.

—Vámonos —nos dice Mario a todos.

—Caminen, caminen, caminen.

—Apúrense —repite; Mario es apenas una sombra enfrente de Patricia y Carla—. Apúrense.

Marcelo me empuja. El Chino me jala de la mano.

Todo pasó muy rápido. Se me acelera el corazón. Siento un hormigueo en las piernas. Tengo cosquillas en las manos. Más gente se queda trabada en el cerco, como Patricia.

—¡Ayuda! —Escucho a una mujer gritar bien duro—. ¡Se me trabó el pelo! ¡Se me trabó el pelo!

—Cállate —le dicen fuerte los polleros, pero no tan fuerte.

Estamos casi hasta adelante. Volteo a ver la gente, al cerco, y solo miro sombras.

—¡Mi pelo!

—Ayúdenla.

—Cállate. Arrástrate. Arrástrate.

Las voces de los polleros vuelan lejos. Pasamos a la par del pollero con el gorrito. Él se hace a un lado. Espera a la gente para otra vez irse hasta atrás del grupo. Caminamos hasta que ya no podemos escuchar a los polleros detrás de nosotros o hasta que ya no escuchamos los gritos de la gente atorada debajo del cerco. Somos una oruga otra vez, pero la gente no está en el mismo lugar en donde estaba antes de llegar al cerco. Hay más espacio entre cada pareja. Los Seis estamos juntos, Mario va adelante y Chele atrás, pero cada vez hay más espacio entre nosotros y los grupos de adelante. Ya no vamos en medio de la fila, pero intentamos alcanzar a los demás. Caminamos sobre palitos de ramas, los ratones chillan, los murciélagos aletean

sobre nosotros y sus alas suenan pac pac pac. Es como que si el desierto tocara música para nosotros. Busco a El Cadejo pero no lo veo. Vuelvo a escuchar el crujir de nuestros pasos. Estamos casi hasta atrás de la fila. El atasco de Patricia nos retrasó. Al menos no se le trabó el pelo. Al menos no fui yo quien se quedó ahí atascado.

—Hay más cercos adelante —le dice Patricia a El Chino; ella repite lo que le dijo Mario.

—Tenemos que pasar más rápido —dice El Chino, repitiéndole a Marcelo lo que Mario le dijo a Patricia.

—Va —dice Marcelo y le pasa el mensaje a Chele. Somos como un teléfono.

Estoy listo. Esquivar cactus es aburrido. Quiero alambre de púas. Delgaditos, metálicos, puntiagudos. El olor a polvo es más fuerte cuando estamos en el suelo. Entra tierra en nuestras narices. En nuestras bocas. Nadie de nuestro grupo se lastimó. Cuando estábamos en Acapulco y El Coyote nos dijo que a lo mejor íbamos a pasar por un desierto, no me lo imaginé así: arbustos, árboles, cactus, conejos, ratones, murciélagos, cercos, montañas a la distancia. Pensé que iba a haber arena y más arena, como en Aladino. Me gustan los cercos. Siento como que si estuviera en mi casa, persiguiendo iguanas. Ya sé cómo hacerle. ¡Esto es lo más emocionante que hemos hecho en todo El Viaje! Es un juego. ¿Quién puede pasar debajo de más vallas sin quedarse trabado?

Algunas piedras me dejan marcas en los brazos cuando paso encima de ellas. Son como sus huellas. Vale la pena. Tengo raspones en las manos y siento una espina en mi mano izquierda, pero está bien. Seguimos caminando. Los cercos no nos van a parar. Llegamos a otro, y lo pasamos como que si nada. Chele y Marcelo se ayudan entre sí. Mario ayuda a Patricia y a Carla. El Chino me ayuda a mí. Ninguno de nosotros se queda trabado. Otra gente sí, entonces nos adelantamos en la fila. El Cadejo nos protege. Busco sus ojos en el paisaje, pero solo encuentro basura o piedras o botellas de agua vacías. Estoy bien

despierto. Son casi las once, es lo más tarde que he estado despierto desde lo de las lanchas y ni siquiera estoy cansado, ni un poquito.

No se mira El Mero Mero, pero ahí está hasta adelante, es la cabeza del ciempiés. No sé cómo sabe para dónde tenemos que ir. ¿Cómo le hace para ver? Confiamos en él. A donde sea que apunte su nariz, allá vamos. Le hago sombra a los zapatos de El Chino. Siento las manos de Marcelo en mi mochila. Chele va detrás de los brazos musculosos de Marcelo. Y seguimos y seguimos. Ya pasamos cuatro, cinco cercos. Trato de gatear sin tocar los alambres. Luego Patricia me jala de la mano. Me gusta cuando hace eso.

Todos los cercos tenían alambre de púas. Todos menos uno que tenía un alambre delgadito y liso. La gente pensó que los iba a electrocutar. A mí me dio miedo tocarlo. El Mero Mero y los polleros tuvieron que convencernos a todos de que aquel cerco era «un cerco normal y nada más» y que, «apúrense, no podemos quedarnos aquí parados».

—La vez pasada nos dijeron que hay un cerco que tira electricidad —dijo un extraño.

El Mero Mero tocó el cerco y la gente dejó de respirar, pero igual no fue nada. La gente pasó por debajo y la valla sonó, puro resorte, como un trozo de metal golpeando una piedra, como una antena de televisión dándole a un vidrio muy duro. Algunas personas se rieron. Pocos le reclamaron al hombre que dijo que ese alambre tiraba electricidad. Otras gentes todavía creían que el alambre liso los iba a electrocutar. Quizás por eso los polleros no ayudaron a levantar los alambres para que pasáramos debajo. Marcelo se brincó el cerco. Chele quiso hacer lo mismo, pero se tropezó. Me costó no reírme de él, pero al final ninguno de Los Seis se rio de Chele.

—Maleta —dijo Marcelo, y él tampoco se rio—. Apurate.

Los conejitos se han de reír de nosotros cuando saltamos los cercos

o cuando gateamos debajo; ellos de seguro pasan bien rápido debajo del alambre. Tenemos la ropa bien chuca, pero solo adelante. Nuestras mochilas y la parte de atrás de nuestros pantalones están como que si nada. Desde hace cuatro horas que no paramos, y empiezo a sentir las piernas cansadas, pero nada más. ¡Sigo bien despierto! Luego, de la nada, un silbido y la gente deja de caminar.

—¡Escóndanse!

—¡Tirate, Javier! —El Chino me jala hacia un arbusto. Se golpea la cabeza con una rama, pero no dice nada. Yo me pego con unas piedras, pero estoy bien.

—¿Qué pasó?

—No sé.

Mario, Patricia y Carla están debajo de otro arbusto.

—Shh. Quédense en el suelo —dice Mario—. Hay un helicóptero.

—Puta —dice El Chino.

Estiro las manos como que si estuviera gateando debajo de otro cerco. Escucho las hélices del helicóptero. Nunca he visto un helicóptero. Solo en las películas.

—La Migra —dice El Chino suavecito, poniendo su brazo sobre mi mochila.

Quiero ver las hélices dando vueltas, pero está muy oscuro y el helicóptero está lejos. Las hélices suenan como un viejo haciendo to to to to to to to to to to to to to to to to, sin parar. Nadie se mueve. Veo a mi derecha, Marcelo y Chele están debajo de otro arbusto. Mario mira al cielo. Patricia tiene un brazo alrededor de Carla. Todos y todo está muy quieto. No hay piedras brillantes. Hay hoyos en el suelo, cerca de los troncos de los arbustos. Hojas secas regadas debajo. Palitos secos. Espinas. Las hélices ahora están más lejos. El suelo está más frío que cuando empezamos a caminar, pero si meto las manos en la tierra se siente tibio. A través del sonido del helicóptero escucho a los arbustos haciendo shhhhhhh. El helicóptero se va más y más lejos. La gente se ve que tiene miedo y eso me acelera el corazón. Y de ahí, otro silbido.

—¡Hagan una fila! —grita alguien por ahí.

Entonces, como que si estuviéramos jugando teléfono descompuesto el mensaje viaja de arbusto a arbusto. Uno por uno nos levantamos. Por las mochilas parecemos Tortugas Ninja. La fila aparece otra vez. Tengo muchas ganas de hacer pipí. Hace ratos que nos acabamos el primer galón con El Chino; él lo dejó tirado por ahí, mientras caminábamos. No ha abierto el segundo recipiente, el que lleva colgando del pecho. Por primera vez tiene las manos libres.

Caminamos por un rato y otra vez la gente deja de caminar.

—¡Agáchense! —Corremos al arbusto más cercano.

—¿Estamos bien? —le pregunto a El Chino.

—Sí. Sí. Todo bien.

—¿Estamos cerca?

—Ya casi llegamos.

—¿Será que ahí está La Migra?

—No, no. No pensés en eso.

Agarro un puñado de tierra y me lo tiro encima y otro poco a El Chino.

—Así no nos van a ver —digo suavecito, viendo a Mario que está en el mismo arbusto con Carla y Patricia.

Mario no dice nada.

—¡Párense! —grita alguien, y empezamos a caminar otra vez.

La Migra tiene helicópteros. Tiene camionetas. Tienen binoculares para ver de noche. Ojalá nosotros también tuviéramos helicópteros para pelear contra los de La Migra. Para dispararle a esos gringos malos que nos meten miedo. Tengo muchas ganas de hacer pipí, pero seguimos caminando, y El Chino ya abrió el segundo galón. Me lo entrega.

—Ya me orino.

—¿Querés que paremos?

—Sí —le digo a El Chino.

—Va, vení. —Me hace a un lado de la fila.

—Vamos a mear —le dice El Chino a Marcelo.

—Va, apúrense —dice Marcelo.

—Apúrense —dice Chele.

Nos hacemos a un lado, cerca de un arbusto y la gente nos rebasa.

Me alejo lo suficiente para asegurarme que El Chino no me pueda ver. Que nadie me pueda ver. Tengo mucho frío. Empiezo a orinar y siento el pipí tibio. Cuando cae en el suelo suena bien duro. La tierra está seca y mi pipí hace un hoyo en el suelo. Escribo mi nombre.

—¿Ya? —pregunta El Chino, antes de que logre empezar a escribir la V de Javier. Él ya terminó de orinar. Yo empujo para sacar todo más rápido.

—Ya.

—Vamos, pues —dice.

No nos tardamos mucho, pero ya estamos casi hasta atrás. Ahí va el pollero del gorrito a la par de otras sombras. El Chino me agarra la mano. Ha de tener frío porque mete mi mano en su manga. Yo jalo la manga sobre mi mano derecha. Sí sirve. Se siente calientito. Vamos más rápido, casi corriendo. La gente camina un poquito más lento y se hace a un lado cuando los rebasamos. Regresamos a donde están Chele y Marcelo. Marcelo me da un toquecito en la mochila diciendo:

—Eso eso todo, Chepito.

Me siento mejor. Como que peso menos. Siento una brisa ligera; como que el desierto nos respira en la nuca. Meto las manos en la chamarra. Me da calor y me protege de las espinas.

30 - 5 - 99

Son las dos y media. La luna está a nuestra izquierda. Conforme la luna empieza a acercarse al horizonte, su luz pierde fuerza. El Chino y yo ya nos terminamos el segundo galón. Todavía tengo una botella de agua en mi mochila, pero esa «es solo para emergencias», dijo El

Chino. Tengo sed. Carla y Patricia también ya se terminaron sus galones, igual que mucha otra gente. La última vez que paramos, Mario nos dijo que no tiráramos las botellas. El Mero Mero le dijo que íbamos a pasar por donde hay agua, que ya estamos cerca de la carretera donde nos va a recoger una van, que ya no tenemos que ir tan rápido.

Vamos más despacio, gracias a Dios. Siento las piernas bien pesadas. Me duelen los camotes, como que si llevara horas jugando pelota. Ya no siento los dedos del medio de mi pie derecho. No sé si es por el frío o por tanto caminar. No me duelen los pies. Pero sí me duele el músculo que tengo detrás de mi hombro izquierdo. Me duele el mismo lado de mi espalda baja y mi muslo izquierdo. ¿Será que es por gatear tanto? ¿Por tirarme al suelo?

El Chino lleva ratos que no me suelta la mano. Cuando me jala me ayuda a caminar más rápido. El galón vacío que lleva El Chino le rebota en el pecho mientras camina. Él sabe que tengo una botella, pero no me pide que la saque. Mario, Carla y Patricia caminan cerca de nosotros. Marcelo y Chele van pasos atrás. Después del primer cerco, la fila se hizo más larga y había más espacio entre la gente, pero ya no. Cuando Carla y Patricia ven a los lados, puedo verles las caras. Escucho cuando Carla le pide agua a su mamá. Ya casi no tienen agua.

—Ya mero llegamos —dice Patricia.

El aire es seco. No me suda la cara, pero sí la espalda baja, abajo de la mochila. Los sobacos también un poquito.

De repente escucho a Marcelo dar un grito ahogado.

—¡Ahhh! —dice.

—¿Qué te pasó, maje? —le pregunta de inmediato Chele.

—¡Faaak! ¡A la gran puta, mi tobillo!

—Puta —dice Chele, y El Chino me suelta la mano para ir a avisarle a Mario.

Mario corre hasta donde está Marcelo y lo ayuda a levantarse. La

gente pasa a la par de nosotros. No paran. No dicen nada. Los Seis se atrasan más y más. Estamos hasta atrás y de repente vemos al hombre del gorrito.

—¿Estás bien? —le pregunta El Gorrito.

—Se chingó el tobillo —dice Mario.

—Está cabrón —responde El Gorrito—. Ya casi vamos a parar. ¿Puedes caminar así?

—No hay de otra —dice Marcelo, haciendo caras.

Chele ayuda a Marcelo a levantarse. Marcelo se apoya en Mario y Chele, y ellos lo ayudan a caminar. Aprieta dientes mientras da los primeros pasos.

—Estoy bien —dice—. Estoy bien. —Pero casi se da en la jeta.

Chele y Mario lo ayudan a subir y bajar una pequeña colina. La gente va más adelante, pero todavía podemos verles las sombras. El Gorrito camina a la par de nosotros. Marcelo camina con un solo pie, dando brincos, hasta que llegamos a una parte descubierta donde hay muchos árboles que no hemos visto. Son árboles con troncos pálidos y gruesos. Ya está toda la gente aquí.

—Acá hay agua —dice El Gorrito.

Las sombras están a la par de un gran contenedor de metal, largo como un microbús. Está oxidado y se mira gris, le da parecido a las láminas de metal que la gente usa de techo en La Herradura.

—Tomen agua. Llenen sus botellas acá —dice El Mero Mero, caminando de un lado a otro—. Es seguro tomar de esta agua.

Mientras dice esto, llegamos hasta donde está el contenedor. Apenas y puedo ver sobre el metal. Hasta abajo hay unas gradas de cemento. Subo las gradas y me paro de puntillas para ver dentro. El contenedor está casi lleno. Al agua le falta como una cuarta para llegar a la orilla. Pero hasta arriba el agua tiene parches que me recuerdan a la nata que le sale a la leche tibia, solo que estos son verde oscuro. Donde no hay parches verdes, el agua refleja las estrellas del cielo.

—Es seguro tomar esta agua —repite El Mero Mero—. Estamos

cerca de una carretera. Porque hemos caminado rápido, podemos descansar un poco.

El Chino me da un codazo, se me acerca y dice:

—Tomémonos el agua que tenés en tu mochila y después la llenamos con esta agua. Ponete trucha.

Me quito la mochila y pierdo unos diez kilos. ¡Puedo caminar mejor así! Me trueno el cuello. Escucho los tapones. Pop pop pop. Todos beben agua, si es que todavía tienen, y vuelven a llenar los galones en el contenedor.

Estoy contento. Ya casi llegamos a donde están las vans. Voy a ver a mis papás. El Mero Mero camina por ahí, hablando con los polleros. Se acerca a nosotros para ver cómo está Marcelo.

—Vamos a esperar media hora —dice, y se va a donde está otro grupo.

—¿Tienen hambre? —pregunta Mario—. Tenemos tiempo. Coman si quieren.

Yo no tengo hambre. Estoy lleno de agua.

—Media hora —repite Mario.

La gente habla normal. Hay un gran árbol a la par del contenedor, que tapa una gran parte del cielo. La luna cada vez está más y más cerca del horizonte.

—¿Te querés dormir un ratito? —pregunta El Chino.

—Sí, bichos, descansen —dice Patricia, viendo a Carla que está sentada entre sus piernas.

Estoy cansado, pero no tengo sueño. Me duele el cuerpo, pero estoy bien, bien despierto. Hay hombres acostados en el suelo, sus cabezas sobre sus mochilas, igual a como los vimos cuando recién nos bajamos del picop, cuando Paco nos fue a dejar con El Mero Mero.

Luego una mujer se acerca a Patricia y le dice:

—Qué bueno que trajo a sus hijos.

—Ajá —dice Patricia.

Todos vemos a la sombra de la mujer. No puedo verle bien la cara.

Solo miro que tiene su pelo amarrado con una cola y que tiene una cara delgada.

—Quiero que mi hijo nazca allá. O aquí. Aquí, pues.

—Un gringo —dice Patricia.

Y se ríen.

—Voy a dejarlos descansar. —La mujer busca un arbusto donde acostarse.

Todo está calladito otra vez. La panza de la mujer no está tan grande todavía. ¿Será que el hombre que está con ella es su esposo? Ninguno de Los Seis les pregunta nada. Marcelo se acuesta en el suelo, dice suavemente que le duele el tobillo. El árbol que está a la par del contenedor tiene hojas grandes. El viento mueve las hojas y suenan como que si estuvieran aplaudiendo. Ya casi llegamos a donde vamos. La luz de la luna todavía alumbra bastante, pero no igual que hace un rato. Ya no miro muchos murciélagos. Según mi reloj son casi las tres. Chele se queda dormido bien rápido. Igual que siempre. Cuando Chele empieza a roncar, El Chino le da una patada. El Chino cierra los ojos. Pone la mano sobre mi mochila, que yo uso de almohada. Carla está entre las piernas de Patricia.

Mario es el vigía, y eso que está sentado en el suelo. Miro las estrellas. Siempre que dejamos de caminar siento frío. Me duele la panza, del lado izquierdo, pero tal vez el frío me ayuda, me quita el dolor. Siento el estómago tibio, pero si me lo toco me dan escalofríos. Se me ponen duros los pezones. Cadejo, Cadejito, digo no muy fuerte, viendo a la luna. Los cráteres más grandes son como dos ojos en su rostro blanco. Gracias. Sé que El Cadejo ha estado guiando a El Mero Mero. Que él fue el que espantó a los helicópteros.

—Chino. Chino.

Chele empuja a El Chino, quien todavía tiene la mano sobre mí, y me despierta a mí también.

—¿Qué?

—¡Marcelo se fue!

—¿Qué pasó? —dice Patricia, y voltea a vernos.

—No está aquí. —Chele voltea a ver donde Marcelo estaba sentado —. El gran hijueputa se llevó mi agua y mi comida.

—A la vieja.

—¡¿Qué chingados?! — grita Mario, y despierta la gente que está a la par de nosotros.

—¡Se fue! —repite Chele.

—¡Me lleva la chingada! —Mario le grita a Chele, y se pone de pie de un brinco; el polvo que levantó con los pies le cae a Carla en la cara.

—Me quedé dormido, maje —le dice Chele a El Chino.

Todos nos sentamos y ponemos las manos en el suelo.

—¡Puta madre! —grita Mario, moviendo la cabeza. Se quita la gorra y se la vuelve a poner—. Ya sabía que ese cabrón se estaba haciendo el que se lastimó.

Yo lo vi tratando de caminar. El tobillo se le veía muy mal. ¿Por qué nos engañó Marcelo? Es uno de Los Seis. No es el más buena gente. No es El Chino, Patricia o Carla, pero ha estado con nosotros desde que salimos de El Salvador.

—Púchica.

—La caga.

—Hijueputa.

—El cerote se llevó mi comida y mi agua.

—Te voy a conseguir otra botella y no te preocupes que tenemos bastante comida —le dice Mario a Chele; Mario le agarra los hombros a Chele para que deje de moverse, para que deje de temblar de rabia.

Marcelo nos mintió. Estaba hablando más con nosotros. Se portó bien buena gente conmigo, quiso ayudarme con mi mochila, pero eran pajas. Nos engañó. Le robó su comida a Chele. No le importamos a Marcelo. Nos dejó. Se supone que iba a cuidarme. Quiero gritarle, lo

quiero putear. Estoy igual de bravo que Chele. Le peló que hemos pasado los últimos dos meses juntos. Me hizo fumar. Pensé que éramos familia. ¿Esto significa que cualquier otro podría estar dándonos pajas?

—Hijueputa —dice El Chino, una y otra vez.

—Cerote de mierda. —Patricia mueve la cabeza—. Ya presentía.

—Ajá.

—Cabal.

Chele no deja de insultar, no deja de patear el suelo. Nadie confiaba en Marcelo. Me siento bien pendejo. Me engañó, como esa vez de lo de la gasolina en polvo. ¿Quién más está mintiendo? Chele busca algo en el suelo, busca como que si fuera chucho. Mario mira para todos lados. No sé ni qué está buscando. Son las 3.45. Ya pasó la media hora, pero El Mero Mero no ha dicho nada. La gente se acerca a donde estamos todos. Chele sigue casi gritando.

—Vi cuando se levantó. Pero pensé que iba a ir a orinar —le dice la mujer embarazada a Patricia—. Se fue por allá. —Señala al otro lado del contenedor, donde hay más árboles pálidos.

—Ese hijo de la chingada no puede estar tan lejos —dice Mario, caminando hacia el contenedor, viendo el suelo; luego agarra para donde están los arbustos.

—¡Ese hijueputa se llevó todo! —repite Chele; está buscando sus cosas, su mochila.

El grito de Chele despierta a otras personas. El cielo está oscuro, un lado más que el otro, igual que cuando estábamos en las lanchas.

—Ese hijo de la gran puta, ya la caga. Me las va' pagar ese cerote de mierda —dice Chele, agarrando un palo del suelo.

—Calmate. —El Chino le pone la mano a Chele en el pecho—. Calmate.

—Calmate, Chele. —Patricia intenta agarrarle el brazo a Chele para calmarlo, pero él la empuja a un lado y casi bota a Patricia.

—Ey, controlate, cerote. —El Chino le agarra la camisa a Chele y le

apunta con un dedo.

—Perdón. Perdón —dice Chele, alejándose del grupo, caminando por ahí, hablando babosadas, tirando golpes al aire.

Me da miedo verlo así. Siento que el corazón me late más rápido. ¿Por qué se habrá ido Marcelo?

—Ese maje sabía. Marcelo sabía lo que estaba haciendo —dice El Chino, bien bravo—. El cerote habla inglés. Él sabía que iba a hacer esta mierda.

—Hijueputa —dice Patricia.

—Mal parido. —Chele revisa su mochila, asegurándose que adentro estén sus cosas.

El Mero Mero se acerca a nosotros; viene con Mario.

—¿Alguno de ustedes sabía que esto iba a pasar? —dice.

—No.

—No, señor.

—No.

Yo sacudo mi cabeza.

—Más les vale que no me estén mintiendo —dice El Mero Mero.

—No. No, señor.

—A la mierda con ese hijo de sesenta mil putas —dice Chele.

—No va a aguantar el desierto. No de día. ¿Pa' dónde va ir? —El Mero Mero hace una pausa—. No le digan a nadie. No digan ni madres. Ustedes están bien. A la fila, que ya nos vamos. —Camina al siguiente arbusto donde hay más gente y les dice—: Ya nos vamos.

—Es el último tramo. El último tramo. ¡Ya vámonos!

¿Qué significa que Marcelo no va a aguantar? Estoy bravo con él, pero no quiero que le pase nada malo. Muerte. Patatús. Cuando escucho esa palabra pienso en mi Tatarabuela Fina. Cada noche le llevaba una taza de café. Se la ponía justo al anochecer. Cuando yo tenía seis años la encontré sin su dentadura. No se movía y tenía la piel helada.

—Caminen, caminen, caminen, pronto va a amanecer —dice bien

fuerte El Mero Mero.

—Rápido —nos dice Mario—. Apúrense.

Se vuelve a formar la fila. Hay un hoyo a la par de Chele. Escucho a Chele decir groserías. No me he olvidado de las manos de mi Tatarabuela Fina. Marcelo es una mala persona. Tiene tatuajes. Abuelita Neli tenía razón. Pero El Chino tiene tatuajes y él no nos ha dado pajas.

Seguimos caminando. Damos un par de pasos y Chele vuelve a decir algo.

—¡Se llevó hasta mi puto tenedor! —Otra vez caminamos sobre zacates secos. Nuestros pies hacen crujir el suelo. Unos pasos después —: Cerote mal parido.

El Chino se da la vuelta y le dice a Chele:

—Ya, callate.

El Chino me agarra la mano. Patricia le agarra la mano a Carla. Seguimos caminando. A la derecha el cielo se ve más claro.

—Todo va' estar bien. No le pongás atención —me dice El Chino.

—Ya casi llegamos —le dice Patricia a Carla.

—Falta poco —nos dice Mario a todos.

Otra vez estamos en medio de la fila. El suelo es más plano ahora. Ya no hay cerros ni zanjas. No hay árboles. Vuelven a aparecer los arbustos. Solo El Mero Mero sabe lo que estamos buscando, pero igual dice que «Estamos cerca». El mensaje llega hasta nosotros. Viene una y otra vez, pero seguimos buscando algo.

Tengo mucha sed. El Chino me obliga a beber agua. Pruebo el agua del contenedor y sabe a metal y zacate. Ya casi va a amanecer. Yo ayudaba a mi Abuelita Neli a regar su jardín todas las madrugadas. Veíamos sapos y ranas. Acá no hay sapos. ¿Dónde están los sapos? No los escucho. Siento un olor que viene de más adelante. Huele mal. Como a animal muerto, pero no hay ni un zopilote. La fila empieza a torcerse. Es un chucho. Un chucho muerto.

Le aprieto la mano a El Chino y él dice:

—Un coyote, Javiercito.

—Uy —digo, y me persino.

—Coyote, animal —dice Mario, como aclarando.

Pasamos a la par del esqueleto podrido. Jiede mucho. Tiene un hoyo en el estómago. Tiene la boca abierta y los dientes bien blancos. No puedo ver de qué color es el coyote; todo lo que no es blanco se mira como gris. Nunca había visto a un coyote. He visto más gente que son coyotes que animales coyotes. Parece puro chucho. No es El Cadejo. No es El Cadejo.

—¿Será que es el cadejo?

—N'hombre, vos. —El Chino hace una pausa y se ríe—. Es un coyote.

—¿En serio?

—Sí, vos. Mirale las patas, no tienen pezuñas. —Tiene razón. Son patas de chucho.

Seguimos hasta que El Mero Mero para en frente de un cerco con alambre de púas. Todos esperan a ver qué hace El Mero Mero.

—Llegamos a la carretera —dice Mario, susurrando.

—Tenemos que cruzar al otro lado —dice El Mero Mero—. Hay que ver si no vienen carros. La Migra pasa mucho por aquí.

Sigo apretándole la mano a El Chino, y ni siquiera me doy cuenta.

—Está bien —dice él.

—Todos con su pareja. Hay otro cerco del otro lado, entonces ahorita arrástrense, corran al otro lado y allá otra vez arrástrense. Primero voy yo. Voy a ver si no vienen carros. Si pueden pasar, les chiflo. Todos corren al mismo tiempo. No en fila, ¿me entendieron?

La gente dice que sí, susurrando.

—Órale.

El Mero Mero gatea, corre y vuelve a gatear al otro lado de la calle. Después de eso ni se le ve. Está dentro de un arbusto. Esperamos a su señal. No hay carros en la carretera. Es la primera carretera que voy a cruzar en La USA. No tiene baches. Las líneas amarillas se miran bien

brillantes ahorita que todo está oscuro.

—Ponete buso, bicho —dice El Chino.

Ya estoy en el suelo listo para gatear debajo del cerco. Carla ya está en el suelo también. Hacemos lo que hemos estado haciendo durante las últimas horas, solo que sin Marcelo. Mario y Patricia levantan el alambre para que pase Carla. Chele y El Chino lo alza para que pase yo. El Chino tiene mi mochila. Patricia la de Carla. Ambos esperan a que lleguemos del otro lado para aventárnoslas. Y cabal, escuchamos el silbido de El Mero Mero.

—¡Ya, ya, ya, ya, ya! —grita la gente.

Gateo, puro lagarto, hasta donde está mi mochila.

—Esperate —me dice El Chino.

Chele tira su mochila y gatea debajo del alambre. Luego Chele ayuda a levantar el cerco para que El Chino pase también. Patricia ya está de este lado. Mario igual.

—Dame la mano —dice El Chino, y empezamos a correr. El Chino me jala tan fuerte que mis pies no tocan el suelo.

Llegamos hasta donde está el otro cerco.

—¡Tirala, tirala! —Aviento mi mochila al otro lado, igual que El Chino. Carla avienta su mochila también. Pero ahora El Chino me levanta de los sobacos—. Brincá —dice, y me tira del otro lado del cerco. Hace lo mismo con Carla—. Por debajo —le dice El Chino a Patricia, levantando el cerco.

Chele nos alcanza, tira su mochila al otro lado y gatea debajo del alambre.

—¡Apúrense! —grita alguien.

Volteo a ver a la carretera, pero no viene ningún carro. Chele levanta alto el cerco para El Chino y todos Los Seis estamos ya del otro lado.

—¡Para acá! —alguien grita, y corremos lejos de la carretera hasta llegar a un arbusto y nos escondemos debajo de él.

Estoy jadeando, como que me quedé sin aire. Me duelen las piernas.

El Chino me levantó del suelo. No me dijo que iba a hacerlo, no me avisó, pero igual me levantó y funcionó. Caí parado. Carla también. Todo fue bien rápido.

El Chino se sienta a la par de Chele, cerca de un arbusto, los dos jadean y respiran bien duro.

—Vieja, así es más rápido —dice Chele, y sé que se refiere a que El Chino me aventó al otro lado del cerco.

—Sí, vos, solo se me ocurrió.

—Chivo —dice Carla.

Es un poquito después de las cuatro y media y aparece una brillante luz azul en el horizonte. ¿Será que Marcelo pasó por acá? ¿Cómo va a llegar a Los Ángeles? Él era el único de Los Seis que había comido pescado fresco. Me enseñó a decir faak. Me cae mal, pero espero que llegue con su mamá.

—Parece que por aquí es. Creo que ya llegamos —dice Mario.

—Gracias a Dios —dice Patricia, y se persina.

El Mero Mero gatea entre los arbustos.

—Caminemos un poquito para allá que hay una zanja —nos dice—. Agáchense. No se levanten. Síganme.

Vamos agachados atrás de El Mero Mero. La gente va rápido, casi que corriendo. Luego el terreno va para abajo. Algunas personas se caen. Chele se cae de nalgas. Es que no vimos la caída.

—Aquí. —El Mero Mero señala una zanja llena de tierra, rodeada de arbustos; puro cráter lunar.

—Órale —dice El Mero Mero—. ¡Ya llegamos! La camioneta nos va a recoger en aquella carretera. Llegamos temprano. Descansen.

La gente celebra. Empiezan a rezar. Patricia abraza a Carla y le da un gran beso. Tengo el corazón acelerado, pero no por la corrida. No dejo de sonreír. Todos sonríen. El Chino me abraza.

—Vergón —dice Chele; está donde se cayó de nalgas. No nos hemos movido. La gente camina a la par de nosotros.

—Gracias a Dios —dice Patricia otra vez, y se vuelve a persinar.

—Va. Ya casi —dice El Chino, viéndome.

—Mirá, ¿viste que no necesitabas toda esa comida? —dice Patricia.

—Ja-ja-ja-ja —se ríe Chele, burlón y pelando los dientes. Me siento más ligero. No me duelen los hombros. Ni el estómago. Me siento bien.

—¡Nadie se levanta! ¡Quédense agachados y cerca de la orilla! —dice El Mero Mero; habla fuerte—. ¡Todos bien callados!

—¿Cuánto tenemos que esperar, Mami? —pregunta Carla.

—No sé —dice Mario—. Espero que no mucho. Descansen. Ya estamos aquí —nos dice a todos.

Dentro del cráter hay pequeños arbustos. Estamos a la par de uno. La tierra y el aire los siento más fríos que nunca. Ya se fue la luna y no ha salido el sol. Hay un montón de frío. Meto las manos dentro mis mangas y me toco la barriga para calentarme.

—Dormite —dice El Chino.

—Tengo frío.

—Vení, pues. —Abre los brazos y me da un gran abrazo. Su chamarra está fría.

—Vos, vení para acá también —le dice a Patricia.

Todos hacen lo mismo. Los Seis se acurrucan en la tierra, arrejuntados, puros guineos. Yo estoy en medio. Chele está detrás de todos y Carla está hasta adelante. Estoy entre Patricia y El Chino. Todos estamos boca arriba, abrazando nuestras mochilas para agarrar calor.

—Descansen, yo voy a estar pendiente —dice Mario, que está de rodillas viéndonos—. Duérmanse.

Estar así acurrucados sí que ayuda. Estamos más calientitos. La boca nos huele a óxido, a aquel contenedor. Marcelo se fue. Ya estaba cerca de la meta. ¿Por qué se fue? Se fue, pero todavía somos Los Seis. Con Mario somos seis. Él no se ha ido. El cielo empieza a tragarse las estrellas. La tierra se siente como mojada, pero no lo está. Nada se mueve dentro del cráter. Nada y nadie hace ruido. Esperamos a que

una camioneta pase pitando.

—¡LA MIIIIIIGRRRRAAA! —grita Mario, que está a la par de nosotros y tiene el cielo azul detrás.

—¡LA MIIIIIIGRRRRAAA! —grita alguien del otro lado de la zanja.

—¡CORRAAAN! —Mario mira a la gente con ojos de miedo y sale corriendo.

Chele agarra su mochila. El Chino agarra la suya. Chele y El Chino corren rápido hacia los arbustos, levantando polvo a su paso. Llantas aparecen por todos lados sobre el suelo naranja. Patricia le agarra la mano a Carla, y me agarra la mano. Trato de agarrar mi mochila, pero Patricia empieza a jalarme. Todo es anaranjado. Corremos. Todos corren bien rápido. Se abren las puertas de las camionetas. Hombres vestidos de verde nos persiguen.

—¡No mover! ¡No mover! —gritan los dos, tres, cuatro, cinco hombres de verde y luego sueltan unos pastores alemanes…

El Chino ya está bien adelante de nosotros, pero deja de correr. Chele sigue corriendo.

—¡No mover!

Todos siguen corriendo.

—¡Correr, disparar!

El Chino corre hacia nosotros.

—¡Subite! ¡Subite! —me grita.

Me subo a su espalda. Me agarro de su cuello. El Chino le agarra la mano a Patricia y a Carla. Corremos todos juntos. Los pies me cuelgan detrás de él. Hay un montón de mochilas en el suelo y El Chino casi se tropieza con ellas.

—¡SI CORRER, DISPARAR! ¡SI CORRER, DISPARAR!

A nuestra izquierda hay un gringo y nos apunta con su pistola negra…

—¡PARAR! ¡PARAR!

Lleva un sombrerito verde como los que usan los soldados en las películas. Le apunta directo a El Chino.

—¡NOOO! —grita Patricia, y le suelta la mano a El Chino. Patricia se cae al suelo—. ¡Pará, Chino! ¡Pará! ¡Pará, por favor! —grita Patricia.

El corazón me late bien rápido. Siento el pulso de El Chino en su pescuezo. Él camina más despacio. Siento rara la panza. Patricia vuelve a gritar.

—¡SI CORRER, DISPARAR! ¡ALTO! —grita otro hombre de verde. Un pastor alemán corre a la par de nosotros, ladrando.

—PARAR —dicen—. PARAR. —Debajo de los sombreritos se les salen mechones de pelo rubio.

Aprieto a El Chino. Los perros siguen ladrando. El gringo nos grita algo en inglés, pero no le entendemos.

—Aba-ho. Aba-ho.

El Chino me suelta las manos, se hace para atrás y yo caigo al suelo. Los chuchos me gruñen. El gringo repite lo mismo. El Chino se queda ahí parado y levanta las manos. Tengo las manos mojadas, llenas de sudor. Los sobacos también. No puedo gritar…

El gringo patea a El Chino con sus botas negras y El Chino cae de rodillas. El gringo lo empuja al suelo y se le pone encima.

Patricia grita:

—¡Estap! ¡Estap! —Tiene abrazada a Carla.

Estoy solo y no me puedo mover. Todo pasa muy rápido. Los gringos le ponen esposas a El Chino. Los gringos le ponen esposas a todas las gentes que no corrieron lo suficientemente rápido. Así como a nosotros. Un gringo le hace señas a uno de los chuchos y juntos, gringo y chucho, persiguen a otras personas. Me siento pesado. Como que no me puedo mover. Y el estómago me da vueltas.

Otro gringo con lentes de sol camina hacia nosotros.

—Todo bueno —dice, y habla más calmado.

No lleva sombrero. No es chelito como pensé que iban a ser todos los gringos. Su pelo es corto y castaño. Luego le habla al uniforme que está encima de El Chino. Sombrerito se quita de encima de él, y corre a los arbustos donde otros uniformes y los chuchos persiguen a la

demás gente.

El Castaño camina hasta donde está Patricia y pone los brazos enfrente de su pecho. Le coge las manos a Patricia y le pone las esposas. Estoy parado en la tierra roja. Veo todo desde aquí. No me he movido. Quisiera poder encogerme. Mezclarme con el suelo. Carla está a la par de su mamá, no se mueve, está pura estatua.

—Estar bien —le dice el uniforme a Carla, tocándole la espalda. Todavía tiene la mochila puesta. Patricia está de rodillas, llorando. Carla la abraza—. Estar bien —repite, caminando hasta donde estoy yo. Sus botas negras hacen crujir las piedras que están en el suelo.

Tengo un pitido en los oídos. Todos los ruidos suenan bien duro. Los ladridos, los llantos, los pasos de la gente en el suelo, el pitido de las puertas abiertas. Una línea verde atraviesa las camionetas. Todos corrieron bien rápido. Nosotros corrimos bien rápido. El suelo está frío, pero siento cómo se calienta. El aire también. Todo está muy callado, pero al mismo tiempo hay mucho ruido. Se me seca el sudor y siento frío. Lo siento en mis sobacos, en mi espalda, en las manos. El Chino no ha dicho nada. Está acostado en el suelo y tiene tierra en la cara. Patricia llora y dice algo. Esto no está pasando. Con cada latido mi cuerpo se mueve. Me cuesta respirar. Siento la cabeza bien grandota y como que si me fuera estallar de los lados. Esto es un sueño. Me quiero despertar.

El Castaño se aleja de Patricia y va a decirle algo a El Chino. Le habla en inglés. Lo ayuda a ponerse de rodillas.

—No correr, ¿okay? —le dice a El Chino—. No correr —repite, viendo a Patricia y luego señala al chucho más cercano, un perro de cuerpo café y cara y cola negra.

Me dan miedo sus dientes grandes. El gringo empuja a El Chino a donde está Patricia y los lleva a donde están las camionetas una enfrente de la otra.

Nos hace señas a mí y a Carla para que lo sigamos. El pitido. Mi estómago. Tengo que orinar. Tengo ganas de hacer del dos. No puedo

caminar.

Me dice algo en inglés y no le entiendo, luego dice:

—Aquí.

Carla camina hasta donde estoy yo. Sus manos me despiertan; las tiene bien heladas.

—Vamos —me dice, tocándome el hombro. Siento las piernas pura gelatina.

—Estar bien —le dice el gringo a Carla y a mí—. No malo. —Se toca el pecho.

Lo seguimos hasta donde están las dos camionetas. Son bien diferentes a los picops que nos hemos subido en estos dos meses. Parecen picops, pero no tienen cama. Los vidrios están polarizados y las dos tienen luces rojas y azules encima. Miro a las otras camionetas que están en la zanja y tampoco tienen camas, pero además tienen una cubierta de metal donde deberían ir las camas.

Regresan unos uniformes de los arbustos. Unos con sus chuchos. Otros traen gente esposada. Los uniformes se hablan entre sí. Cinco camionetas rodean la zanja. Nuestro cráter de tierra roja está salpicado con mochilas negras y galones de agua. No sé cuál es la mía. Patricia dejó la suya tirada, igual que yo, pero Carla todavía tiene la suya puesta. ¿Qué me voy a poner? Quiero mis cosas. Ahí está un cepillo de dientes que me dio Abuelito Chepe y nunca usé. No puedo hablar. Es como que si me hubieran arrancado la lengua.

Llegamos a donde está la camioneta. El gringo abre la puerta de atrás y le hace señas a El Chino para que se meta de primero. El uniforme del gringo es verde oscuro, pero el sol les pega a sus pliegues, pintándolo de verde limón, casi amarillo. Estoy bien cerca de él. Su piel es más clara que la mía. Le miro las venas, son líneas verdes. El Chino se queda parado a la par de la puerta abierta. No quiere subirse. El Castaño le dice algo en inglés, y luego le empuja cabeza hacia abajo y lo ayuda a esquivar el techo del carro; El Chino tiene la cabeza llena de tierra.

—Dentrar —dice el gringo, viéndonos a mí y a Carla.

Aparte de El Chino no hay nada adentro del carro. No tiene cinturones de seguridad y los asientos parecen hechos de plástico, de un plástico gris oscuro, como que si fueran de cuero.

Carla me ayuda a llegar a la puerta. Hay una pequeña reja de metal entre los asientos de adelante y los de atrás. El gringo me agarra y me carga de los sobacos. Casi me hago pipí cuando me siento en el asiento tibio. Carla entra caminando y me pide que me haga a un lado. Me deslizo sobre el plástico.

Luego va Patricia; tiene la cara llena de lágrimas y tierra. El Castaño cierra la puerta de un pencazo y se va. Hace calor acá adentro. Todos vemos alrededor y no decimos nada. El Chino se hace a un lado, sobre nosotros y trata de abrir la puerta, pero está cerrada.

—¡PUUUTAAA!

Patricia trata de abrir la puerta que tiene a la par, pero igual está cerrada. Carla trata de quitarle las esposas a su mamá, pero no puede. Estamos encerrados, atrapados.

—¡PUUUTAAA! —grita El Chino otra vez.

Nunca lo he visto así de bravo. Al único que he visto así es a mi Abuelito Chepe, cuando se ponía bolo. El Chino sigue tratando de abrir la puerta. Patea el asiento de adelante. Patea la reja de metal. Patea la puerta. Se pone puro chucho rabioso. Todo el carro se mueve.

—Ay, no. Ay, no —dice Patricia, llorando.

Quiero llorar, pero no me sale nada.

—Calmate, Chino —dice Patricia—. ¡Por favor! ¡Los niños!

El Chino se queda quieto. Respira hondo. Está bien rojo. Los barros que tiene en la cara se le ponen todavía más rojos. Se le marcan las venas en la frente, igual que a Abuelito Chepe cuando se enoja. Voltea a vernos a Carla y a mí, y poco a poco se calma.

—Nos dormimos —dice El Chino, meneando la cabeza—. La cagamos.

Le da una última patada al asiento de adelante. Mira por la ventana.

Está más bravo que Chele cuando Marcelo se fue. El Chino ha sido bien buena gente. Ya se había corrido, pero regresó para cargarme. Abuelito Chepe ni siquiera le pagó a El Chino para que me cuidara, pero igual me ha cuidado muy bien. No se parece nada a Marcelo. Cuando íbamos en la lancha me abrazó. Siempre mira que tome agua, que coma bien, que duerma bien, igual que Patricia. Confío en él. Me gusta cuando me abraza, cuando me pregunta cosas para que no me sienta mal. Pero ahorita está bravo y triste, y eso me pone bravo y triste a mí también.

Nadie dice nada. Todos ven por la ventana. Miro para adelante, a través de la reja de metal, por el parabrisas. Los uniformes amarran a la gente con lo que parecen cintas de plástico. Luego llevan a la gente a unas camionetas que son diferentes a la nuestra; atrás tienen puertas y detrás de ellas hay como una jaula de metal con dos bancos también metálicos. Los gringos meten a la gente adentro de la jaula. Por primera vez les veo la cara a algunas personas. Anoche eran puras sombras. No está Mario. Ni Chele. Y nadie lleva puesto un gorrito. Nadie es una mujer embarazada. No sé ni cómo es la cara de El Mero Mero, pero ninguno de estos hombres es tan alto y delgado como El Mero Mero.

Patricia respira hondo y al fin dice algo:

—Somos mexicanos. Somos familia. Ahí se recuerdan —dice.

El Chino asiente con la cabeza.

—Sí, Mami —dice Carla.

—Practiquen sus nombres —dice ella, y yo, en mi cabeza, repito los nombres de nuestros papeles falsos.

No ha vuelto Sombrerito. El Castaño ayuda a otros gringos a meter a la gente dentro de la camioneta. Hace calor aquí adentro. De plano nos dormimos un buen rato. Las vans ni siquiera pasaron pitando. ¡Faak! ¡Estábamos tan cerca! Ahora estamos encerrados, puros pericos. No podemos abrir las puertas, no podemos abrir las ventanas, no podemos hacer nada.

El Castaño regresa, hablando en inglés, enciende el carro y le habla a alguien con su woki toki. No hay nadie a la par de él. Al tablero le salen un montón de lucecitas. Empieza a soplar el aire acondicionado. El Castaño acelera. Salen más gringos de los arbustos, van solos, sin más gente, no los agarraron a todos. Pasamos por los arbustos que vimos anoche y luego llegamos a una carretera de asfalto, donde nos iba a esperar la van que dijo El Mero Mero. El Castaño nos hace preguntas, pero no le entendemos. Luego trata de hablar en español.

—¿Dónde… país? —Habla puro niño chiquito. Nadie dice nada. Trato de mover la lengua, pero la tengo bien tiesa. Somos mexicanos. Ella es mi mamá. El Chino es mi papá. Carla es mi hermana. No sabemos quiénes son los coyotes. Somos de Nogales.

—México —dice Patricia, lo dice cantadito, como escuchamos que hablan los mexicanos de a de veras.

El Chino mira por la ventana y aprieta las manos. Tiene las manos atrás. Le brillan las esposas y siento que le brillan más por la camisa negra que tiene puesta.

—¿Familia? —pregunta el gringo, viéndonos desde el retrovisor y luego se da la vuelta y nos señala a todos, uno por uno.

—Sí —dice Patricia, viéndose las manos. Lleva su anillo de bodas.

El Chino también lleva un anillo puesto. Carla le mira las manos a su mamá. No ha dicho nada desde la última vez que me habló, antes de entrar a la camioneta. Tal vez tiene la lengua tiesa igual que yo. Siento como que me voy a derretir acá, sobre el asiento.

—¿Mex-xi-co? —pregunta El Castaño; se le traba la lengua en la equis que no es equis.

—Sí. Familia —responde Patricia, alargando las palabras, cantándolas, y mueve la cabeza en círculos.

Carla le soba la espalda a su mamá. Ella y yo tenemos las manos libres.

—Está bien, mija —le dice a Carla; agregó el «mija» como hace la gente en Nogales.

Carla no dice nada, solo deja de sobarle la espalda a su mamá y mira por la ventana. ¿Adónde nos lleva el gringo? ¿Cuándo voy a ver a mis papás? ¿Cuándo va a venir a ayudarnos El Mero Mero? Todos están bien callados. No sé a quién ver, adónde mirar. El gringo tiene unos binoculares en el asiento de a la par. No hemos visto pasar a otro carro. Arbusto. Árbol. Zacate. Zacate. Arbusto. Arbusto. Zacate. A veces aparece un cerco, tal vez uno por donde pasamos hace un rato. Bajo el sol, el suelo es rojo.

Cuando El Castaño al fin deja de hacernos preguntas, avanzamos en silencio. De vez en cuando su woki toki hace pip, y luego suenan unas voces. Pasamos de la carretera de asfalto a otra más y, de ahí, a otra todavía más grande, hasta llegar a un pueblo. El gringo giró a la derecha y a la izquierda muchas veces para traernos hasta acá, donde hay un portón de metal y una caseta hecha de ladrillos. Un letrero arriba de la caseta dice algo en inglés y abajo dice NOGALES, ARIZONA. ¿Estamos otra vez en Nogales? Pero acá es La USA, no es México.

El gringo dentro de la caseta saluda a El Castaño y abre el portón. Adentro hay un montón de camionetas blancas con líneas verdes parqueadas enfrente de un edificio de dos pisos. La bandera de La USA cuelga de un asta, que está a la par de unas puertas de vidrio polarizado. El Castaño se parquea y saca las llaves, y cuando abre la puerta del carro entra un tufo de aire caliente. Adentro el aire acondicionado me secó el sudor. Todavía tengo ganas de hacer pipí. El estómago me da vueltas y vueltas.

El Castaño le abre la puerta a El Chino.

—Fuera —dice, calmado y le dice algo en inglés—. Ir. Camino —dice, un poquito más fuerte, señalando a un caminito de asfalto que va hasta las puertas polarizadas. No habla bien español el gringo, pero le entendemos.

El Chino voltea a vernos y dice:

—Ahí me esperan.

—'ta bueno —dice Patricia.

Asentimos con la cabeza y El Chino sale de la camioneta.

El gringo agarra a El Chino de las esposas y nos hace señas para que esperemos dentro del carro. Cierra la puerta de un pencazo, y le agarra el cuello a El Chino empujándolo hacia las puertas, que se abren solas.

—Todo va' estar bien —nos dice Patricia, hablando como salvadoreña—. Dejen que yo hable. —Ella repite nuestros nombres falsos. Asentimos en silencio. Me pide que diga mi nombre falso, pero no puedo.

—Si podés —dice Carla, tocándome la pierna—. Si podés, recordate.

Le digo mi nombre. Es la primera vez que hablo desde que Mario gritó «¡La Migra!».

—Todo va' estar bien —dice Patricia, una y otra vez.

Siento la boca pesada. Me duele todo, me duelen las piernas, el cuerpo, todo. El estómago también. Me siento mal; como si tuviera fiebre. Me duele la cabeza. Ya no aguanto las ganas de hacer pipí.

El Castaño viene de regreso con otro gringo, que lleva lentes de sol. Sus uniformes son verde oscuro, como del color de los arbolitos con hojas verdes, que están a la par del edificio.

—Ahí se recuerdan —nos dice Patricia otra vez.

El Castaño abre la misma puerta. El otro hombre camina al otro lado del carro hasta dónde está mi mamá de mentiras. Tengo que actuar. Así, con las dos puertas abiertas, entra aire caliente y siento como que si estuviéramos dentro de un horno. Hace calor en La USA, en el país de mis papás. Pensé que iba a ser como el Polo Norte que sale en los anuncios de Coca-Cola, pero hasta hace más calor que en El Salvador.

El nuevo gringo le dice a Patricia algo en inglés, la saca de la camioneta y, una vez ella está afuera, cierra la puerta rápidamente. La agarra del cuello y la pone enfrente del carro.

—Salir, por favor. —El Castaño se asoma dentro del carro y nos ofrece la mano. Le cuesta pronunciar las erres—. Tú también, dos —dice, viendo a mi hermana de mentiras y estira dos dedos—. No malo —dice, tocándose el pecho; a la par de su mano tiene un parche amarillo con algo escrito.

Carla trata de empujarme. El gringo me agarra del brazo. Tiene las manos calientes. Tiene las manos suaves y muy lisas. Me deslizo en el asiento gris, hasta donde estaba El Chino. El Castaño ayuda a Carla a salir de la camioneta. Cuando los pies de Carla tocan el suelo el gringo cierra la puerta y le agarra su mano. Me sudan los sobacos y la espalda baja. Hay mucho calor. Todos agarramos para donde están las puertas de vidrio polarizado; nunca he caminado entre puertas automáticas.

Las puertas se abren solas. Adentro hace frío. El aire similar al de la camioneta, y se siente como cuando abro una refri. Aquí adentro está El Chino, esposado y en frente de un mostrador que tiene una computadora encima. Le está hablando a otro uniforme verde, que está del otro lado del mostrador y escribe en un teclado. La pantalla es negra y grandota, como del tamaño de una tele chiquita. No me gustan estos uniformes. Hay más gringos detrás del mostrador. Estos le pegaron a El Chino en el desierto. Nos agarraron. Nos trajeron para acá. Son gente mala.

El Castaño se queda con Carla y conmigo, y todos nos sentamos en un banco de metal. El gringo que tiene a Patricia, la lleva hasta donde está El Chino y luego se va por un pasillo con azulejos larguitos. El Gringo del Mostrador le hace preguntas a El Chino y escribe en su computadora. Viéndolos juntos, así, parecen una pareja de casados. Nunca he visto a mis papás así, juntos. No dejo de ver a El Chino y Patricia. ¿Será que me parezco a ellos? Están bien cerquita el uno del otro y sus brazos se tocan.

—¿Agua? —El Castaño nos pregunta a Carla y a mí.

Ella asiente con la cabeza. Pero yo no quiero tomar agua. Quiero ir

a hacer pipí. Pero me da pena y no sé cómo decirle al gringo que quiero ir al baño.

—¿Comer?

Y los dos asentimos con la cabeza. El Castaño se levanta y camina hacia donde se fue el otro gringo, que llevaba a Patricia. Se acerca a una puerta de madera y la abre mientras un grupo de uniformes corre hacia las puertas que se abren solas.

—Okay —dice bien duro El Gringo del Mostrador. Ya he escuchado esa palabra en películas—. Aquí. —Nos hace señas para que vayamos a donde está él. Carla tiene cara de que no entiende.

—Vengan —dice Patricia; lo dice como que si estuviera cantando.

El Castaño no ha regresado. El Gringo del Mostrador nos dice algo en inglés.

—Aquí —dice, bien bravo.

Carla se levanta y me agarra la mano y caminamos encima de los azulejos larguitos hasta llegar al mostrador. El Chino y Patricia están hombro con hombro.

—¿Madre? —pregunta El Gringo del Mostrador.

—Sí —dice Carla.

—¿Madre? —me pregunta a mí.

Asiento con la cabeza.

—Okay. —Luego dice nuestros nombres de mentiras.

Asentimos.

—¿Años?

—Doce —dice Carla.

—¿Tú? —me pregunta, señalándome con un lapicero.

Me quedo helado.

—Nueve —Patricia dice por mí.

El Castaño vuelve con dos vasitos de papel llenos de agua y unas galletas. Yo no me tomo el agua. Se la doy a El Chino, y él me hace señas para que yo me la beba. Sacudo la cabeza. Le pongo el vaso cerca del pecho y al fin se agacha a tomar agua.

—Okay —dice El Gringo del Mostrador, y luego llama a otro uniforme verde que está detrás de él. Se parece a nosotros. Es hasta más moreno que Patricia y El Chino, y tiene pelo oscuro. ¿Será que es gringo? No tiene pelo chelito o castaño. No tiene ojos verdes, no tiene ojos zarcos.

—Ho-la, ¿ustedes son familia? —dice. Habla raro, tiene un acento extraño. Habla puro gringo y estira las sílabas.

—Sí —dicen mis papás de mentiras, casi al mismo tiempo.

—Okay. ¿Entiendes que eres detenido?

Los dos asienten con la cabeza.

—Entiendes si cruzar otra vez, diez años cárcel, ¿okay?

El Chino y Patricia voltean a verse. Cuando El Gringo Moreno habla en español, habla bien despacito y pronuncia mal las palabras. Se le entiende la mayoría de veces, pero no entiendo eso último que dijo. Patricia mueve la cabeza y dice:

—¿Puede repetir?

—Lo que hicieron… —dice, y mueve las manos y las piernas como que si estuviera caminando—, es ilegal. Cruzar. Malo. Crimen.

El Chino y Patricia asienten.

—Otra vez es cárcel, diez años. —Levanta las dos manos, muestra diez dedos.

El Gringo del Mostrador se ríe, cruzando los brazos.

—Sí —dice El Chino bien bravo, y se le marcan las venas. Patricia no entiende bien. Trata de darle un codazo a El Chino y él se acerca a ella y le dice quedito—. Diez años de cárcel si nos agarran otra vez.

Se le abren los ojos. Mueve la cabeza.

—¿Entender? —dice El Gringo Moreno—. Crimen.

Patricia le dice que sí.

Los gringos hablan entre sí y El Gringo del Mostrador escribe algo en su computadora.

—Tu firma y manos aquí —dice El Gringo Moreno, quitándole las esposas a El Chino.

Luego El Gringo Moreno le agarra los dedos a El Chino y los pone en una almohadilla morada y le da después un lapicero para que El Chino firme un papel.

Cuando El Chino termina de firmar, El Gringo Moreno le agarra los dedos a Patricia y hace lo mismo con ella.

Las puertas se abren otra vez y entran más uniformes. Los uniformes traen más gente esposada, gente con ropas oscuras; casi todos son hombres, hay algunas mujeres, pero no vienen más niños. ¡Es la gente del ciempiés! Ahí viene el gringo que le pegó a El Chino, Sombrerito.

—Todo bien —nos dice El Castaño, tocándonos la espalda.

Los gringos les dicen a los hombres que se sienten en el suelo, a la par de los bancos donde estamos nosotros. Unos se quedan parados. Hay un montón de gente.

Yo ya estaba listo para meter los dedos en la almohadilla morada, pero nadie me pidió que lo hiciera o a Carla. El Gringo Moreno se acerca a nosotros desde detrás del mostrador y le agarra los brazos a Patricia. Luego agarra a Carla.

—¡Estamos juntos! ¡Juntos! —le grita Patricia a El Gringo Moreno —. ¡Familia!

El Chino se pone a la par mía.

—Sí —dice El Gringo Moreno, empieza a hablar inglés y luego otra vez español—. Separar hombres y mujeres.

—Procedimiento —dice El Castaño, tocándonos los hombros. El Chino se acerca más a mí.

—¡Nos esperan! Cualquier cosa, ahí nos esperan —nos dice Patricia a El Chino y a mí, casi gritando, enfrente de toda la gente.

El Gringo Moreno se lleva la mochila de Carla. Ella no está llorando. Tampoco Patricia. El Chino no dice nada. Asiente con la cabeza y se recuesta sobre mi cabeza. ¿Será que las vamos a volver a ver? ¿Para dónde las llevan?

El Gringo Moreno las lleva por el pasillo de los azulejos larguitos, más allá de la puerta de madera de donde El Castaño nos trajo el agua

y las galletas. No me he comido mi galleta. No tengo hambre. No tengo sed. Ya me orino.

—Está bien, estamos juntos —dice El Chino, no muy duro.

El Castaño le agarra el cuello a El Chino, me agarra la mano y nos lleva por el mismo pasillo. Todos nos miran. Los gringos. Los esposados. Con cada paso siento más y más frío.

Estoy en un zoológico. En una jaula. Soy un mono a la par de otros veintiún monos; al menos veintiuno. Todos tienen cara de pocos amigos. Nadie sonríe. Cuando entra alguien más, somos más de veintiún monos. Algunos se van. Soy el único niño. Este es nuestro cuarto. Parece la parte de atrás de un furgón, si la parte de atrás de un furgón tuviera puertas con barras de metal. El cuarto tiene tres paredes. Una ventana pequeñita, que está al fondo del cuarto y por donde entra la luz del sol. Estamos encerrados. Si queremos tomar agua helada, hay un lavamanos encima de un inodoro de metal que jiede a meados. Patricia y Carla están en otro cuarto, en otra jaula. Ellas gritaron nuestros nombres de mentiras y El Chino les gritó de vuelta. Ella reconoció su voz a la primera.

—Si salen antes, dígannos, y nosotros también les decimos a ustedes —nos dijo Patricia, y no hemos hablado desde entonces.

Todos están bien callados. Algunas personas tienen la mirada perdida. Otros miran por la ventana, que también tiene barras de metal. Otros esconden la cara; a lo mejor estuvieron con nosotros en el desierto, pero igual no sé. Nadie sabe si los gringos reconocen nuestros acentos.

Tengo frío y me duele el cuerpo. La espalda. Los brazos. Los camotes. Los muslos. Me duelen hasta las nalgas. Me duele más mi lado izquierdo. Me duele todo. Siento la nuca como que si todavía llevara la mochila puesta. Tengo la panza llena de agua. Me truena la barriga. Me aguanto las ganas de hacer pipí. No puedo hacer como los

adultos, eso de bajarse el zipper y orinar enfrente de todos. Cuando El Castaño nos trajo aquí, le quitó las esposas a El Chino. Nos recostamos contra los barrotes. El inodoro está aquí no más. Un hombre se levantó del piso y se bajó el zipper. Su cosa era bien grande, requete grande y bien gruesa, pero siempre café y con la punta rosada, igual que la mía. ¡Todos podían verle su cosa! El grueso chorro de pipí cayó pesado en el inodoro de metal, pura lluvia, cayendo dentro de una olla. El pipí, amarillo, amarillo, amarillo, casi anaranjado. Y el olor…

No pude dejar de verle su cosa. ¡Nunca le había visto la paloma a un adulto! Se las había visto a mis amigos, sin querer, cuando íbamos a la playa o si jugábamos pelota y, por molestar, le bajábamos el chor al que se descuidaba. Todos la teníamos del mismo tamaño. Mamá Pati le dice tortolita o palomita a la mía. La de este hombre es una gran paloma. No sabía que crecían tanto. Ahora me da pena, me da pena que la mía es bien chiquita. Me da pena que se la vi a ese hombre. Estaba tan cerca de mí. Le dije a El Chino que nos moviéramos y entonces nos movimos.

Caminamos al fondo del cuarto, hasta llegar a la pared que está debajo de la ventana, lejos de todos los que están dentro de la jaula; algunos están parados, otros acostados en el suelo o agachados contra la pared. Mi cabeza está bien cerca de la cintura de los que están parados. Lo único en que pensaba era qué tan grandes eran sus cosas comparadas con la mía. ¿Será que la mía va a ser así de grande un día? ¿Será que duele tenerla metida dentro de un calzoncillo?

Quiero atravesar los ladrillos, salir del otro lado y estar bajo el sol, dentro del aire caliente y con los pájaros. Cuando los pájaros pasan volando, sus sombras entran a nuestra jaula. Tal vez son palomas. Tal vez son zanates. Ellos cantan. Chillan. Gritan. Acá hace frío y está bien oscuro. Meto las manos dentro de mi chamarra. Los zapatos de todas las personas que están aquí, también los nuestros y nuestra ropa oscura, todo está bien chuco y lleno de polvo. Es como que si el desierto se agarró a nosotros. Tierra. Cactus. Sudor. Arbusto. Piedras.

Sangre. El agua de las latas de atún. Pipí. Todo en nuestra piel.

Acá los monos se le quedan viendo a uno, cabecean, o duermen. Esta jaula. Este cuarto silencioso y jediondo. Los monos que están a la par de la puerta esperan a que alguien los llame. Luego viene un gringo y se los lleva. Los uniformes de los gringos son verdes y están limpios, sus botas son negras y brillantes, y de sus cinchos cuelgan pistolas negras. A veces los monos regresan a la jaula. A veces no. Cuando regresan, ellos no saben por qué. Nadie sabe por qué. Pero todos dicen que nos van a «deportar».

—De vuelta a México —dice un mono.

—Órale, güey —dice otro, riéndose, hablando como mexicano. Ojalá los gringos no se den cuenta de que no somos mexicanos.

¿Dónde estará El Mero Mero? ¿Y Mario? Los gringos traen más monos que salen de camionetas blancas con rayas verdes y van a cuartos como los nuestros, celdas a la derecha o a la izquierda. Ninguno de esos monos es Marcelo. Ninguno de esos monos es Chele. Ninguno de esos monos es uno de los polleros. Pero recuerdo que El Coyote y Mario dijeron que teníamos dos tiros. ¿Cuándo será que vamos a salir de aquí? ¿Cuánto tiempo vamos a estar acá?

Los gringos tienen unos radios negros. Unos woki tokis. Pedí unos woki tokis para cuando cumplí nueve, para jugar con mis amigos, pero mis papás no me los compraron. ¿Qué pensarían mis amigos si me vieran ahorita? Soy un mono. Los gringos miran a los monos cuando hacen pipí. Ya no aguanto las ganas de hacer pipí, pero no quiero que nadie me mire. Solo Mamá Pati me ha visto. Ella me bañaba. Nadie más ha visto mi cosita. Me da pena, pero me daría más pena si me meo.

La luz del sol entra por la ventana y me calienta las manos; el calor me da más ganas de hacer pipí. No puedo ni hablar, pero tengo que…

—No puedo —le digo a El Chino que está de espaldas a la pared. Las esposas le dejaron unas marcas bien profundas en las muñecas.

—¿Qué dijiste?

—Ya me hago pipí —le digo cerca del oído.

Señala con los labios. Tiene los ojos como perdidos.

—Ahí andá —dice, sin ganas.

Sacudo la cabeza.

—Me da pena.

No dice nada. Está viendo para adelante, a un cuadrito de cemento que está a la par de uno de los monos que está dormido en el suelo.

—Chino —digo, jalándole la chamarra.

Voltea a verme, pero no dice nada.

—Va —dice, y se va para donde está el inodoro, al otro lado del cuarto. El sol le pega al asiento de metal, lo hace brillar y así sí parece como que si el inodoro fuera de plata. Me hace señas para que vaya hasta dónde está él—. Vení —dice.

Me armo de valor y camino entre los monos, simios que tienen la mirada perdida, macacos que están durmiendo en el suelo.

—Yo te tapo —dice, y se pone atrás de mí y se abre la chamarra para que nadie me pueda ver.

—Vos tampoco mirés —le digo.

Miro que El Chino tenga los ojos cerrados antes de bajarme el zipper. Tengo la panza hinchada por toda el agua que me tomé y me aprieta el pantalón. Tengo ganas de hacer pipí desde que Mario gritó, «¡La Migra!». Me agarro mi cosa. Pienso en la paloma del hombre…

—Apurate —dice El Chino, con los ojos cerrados. Él me ayuda a que haga pipí. No recuerdo que Mi Papá hiciera algo así.

Al fin cae una gota, dos gotas, luego una fuente, el agua de un chorro abierto golpea el inodoro. Mi pipí es amarillo. Pero no tan amarillo como el del hombre de la paloma gruesa y grande, café, con la punta rosada. Me siento más ligero. Puro globo desinflado. Ya no me duele la panza. Acá huele bien feo. Sigo haciendo hasta que ya no me sale nada más. Me muevo mi cosa, la sacudo, viendo a todos lados porque no quiero que nadie me mire.

Le jalo la chamarra a El Chino. No dice nada y empieza a caminar a

la parte de atrás de la jaula. Con las manos en mis hombros, me lleva a donde estábamos antes, debajo de la ventana. Escucho a los pájaros que están afuera. Veo cuando sus sombras entran en la jaula. Estoy atrapado. Ya me quiero ir de aquí. Como quiero estar con Patricia, Carla y El Chino. Estar todos juntos otra vez, en familia. Como quiero que nosotros, y todos los que estamos aquí, salgamos caminando, que pasemos por el pasillo, a la par del mostrador, hacia la carretera y nos subamos a una van que nos lleve a donde tenemos que estar: Los Ángeles, San Rafael, Wachingtón, Nueva York…

La luz del sol ya no le pega al inodoro; ahora cae en el piso de cemento que está a la par. Otro hombre orina y su pipí es menos amarillo que el mío. Todos miran para abajo y hace frío. No hay tanto frío cerca de la ventana porque por ahí entra el aire caliente de afuera, pero igual no me quito la chamarra. Ojalá y tuviera mi mochila acá, para usarla como almohada. ¿Qué voy a hacer? Quisiera tener acá todas mis cosas, mis chores que uso para dormir, más calzoncillos, una camisa de vestir, mis zapatos de velcro, mi cepillo y mi pasta de dientes Colgate, mi champú Head & Shoulders, mi lapicero BIC, el cepillo de dientes que me dio Abuelito Chele y la pasta de dientes extra que me dio él, su pañuelo. Me siento chuco. Quisiera estar limpio. Extraño a mi familia de El Salvador. Quiero dibujar algo. No he dormido. Nunca había estado tan cansado como ahora. No me podía dormir porque quería hacer pipí.

Uno de los monos trata de llamar a los gringos que están en el pasillo. Les pega a los barrotes con sus zapatos, les chifla y nadie le dice que no lo haga. Los gringos ni se mueven, como que no les molesta el ruido. Nosotros podemos verlos a ellos y ellos pueden vernos a nosotros. El Chino ni se ha movido. Está enojado. Está triste. Me recuesto contra la pared. Trato de cerrar los ojos. Veo a los gringos. Entre la ropa oscura de los monos, entre nuestro pelo negro, nuestra piel morena, cuento cuántos uniformes verdes hay. Uno. Dos. Cinco. Diez. Sus botas negras, sus pistolas negras, sus esposas, sus

woki tokis negros que solo hablan en inglés.

—Tú. —Un uniforme de pelo chele oscuro y bien rasurado señala dentro de nuestra jaula—. Todos —dice, y nos hace señas para que nos quitemos o nos hagamos a un lado.

Uno de los monos camina hacia adelante y sale esposado de la jaula. No sé cuánto me dormí, pero el sol todavía entra por la ventana. Soñé que todavía estaba en la zanja, que tenía mi mochila. Marcelo estaba ahí. También Chele.

Algunas personas se han ido, pero igual hay gente nueva. El cuarto sigue lleno y los gringos del pasillo traen más gente y más, para llenar las otras jaulas. Con El Chino esperamos a que los gringos griten nuestros nombres falsos. Como quisiera que un terremoto rompiera la pared para que podamos salir corriendo de aquí, pero no pasa nada. La gente ronca y otros orinan, y el pipí cae duro en el inodoro. Pero de ahí no pasa nada.

El Chino se recuesta en la pared como antes de que me quedara dormido. Tiene ojeras. Creo que no ha dormido nada. Escucho unas llaves y alguien abre la jaula que está a la par de la nuestra.

—¡Nos están sacando! —grita Patricia.

El Chino se levanta y corre hasta adelante.

—Mijo —dice Patricia, viéndome; va esposada—. Es mi hijo. Mi marido —le dice al gringo de pelo oscuro y trata de quedarse ahí enfrente de nuestra jaula. Pelo Oscuro empuja a Patricia del cuello y ella trata de hacernos señas.

—¡Mamá! —grito, pero no muy fuerte.

—¡Mujer! —grita El Chino, sacando la mano entre los barrotes, pero Patricia y Carla ya están muy lejos.

—Papá —dice Carla suavecito, suelta a su mamá y camina hasta donde está El Chino.

—Está bien —dice El Chino, tocándole el pelo a Carla.

Pelo Oscuro dice algo en inglés y le jala el brazo a Carla, pero ella no suelta a El Chino. Me la creo que ellos dos son familia. Mi familia. Otro uniforme va donde está Carla y la levanta del suelo.

—¡Noooo! —grito casi sin darme cuenta. ¡Puedo gritar!

—Está bien —dice El Chino, abrazándome.

Los gringos hablan algo en inglés y después dicen, «Okay». Lo repiten y lo repiten, tocándole la espalda a Carla y ella está llorando.

—Ya, mija —Patricia se acerca a Carla y le da un beso en el pelo.

Pelo Oscuro grita algo en inglés y los otros dos gringos se llevan a Carla y Patricia lejos de nuestra puerta, por el pasillo, hacia el mostrador. Cuando van por el pasillo oscuro, las placas de los gringos brillan bien fuerte. El corazón me da brincos, hace pura libélula atrapada dentro de un frasco. El Chino me abraza y dice lo que todos dicen, que «Está bien», pero nada está bien. Se las están llevando. ¿Cuándo vamos a verlas otra vez?

—¡Voy a decirles que los suelten! —grita Patricia.

La gente en el cuarto no dice nada. Es como que si no hubiera pasado nada. Como que si no pasa nada. Quiero estar con Patricia. Quiero estar con mi verdadera mamá. Quiero estar con Tía Mali. Ya no quiero estar aquí, a la par de este inodoro chuco. En este piso de cemento. Con estos gringos uniformados.

De ahí, Pelo Oscuro regresa a nuestra jaula con otro gringo. Los dos se quedan enfrente de la puerta.

—Hey, tú —dice Pelo Oscuro, lo grita firme y me señala—. Tú, niño.

Volteo a ver a El Chino y él se acerca a mí.

—Tú no. —Pelo Oscuro mueve la cabeza. Pelo Oscuro tiene el brazo estirado, la mano abierta y con los dedos hacia arriba, como diciendo «alto», y las cejas bien apretadas.

—Soy su papá —les dice El Chino.

—Tu todah viii-ah nou —dice Pelo Oscuro.

Al principio El Chino ni se mueve. Mira al suelo. Ve mis piernas,

mis rodillas, mi pecho, mi cabeza.

—Rápido —dice el otro gringo.

El Chino se acerca a mí.

—Anda con ellos. Diles a Pati y a Carla que me esperen —dice, abrazándome y dándome toquecitos en la espalda. El Chino huele a tierra seca.

—Todos atrás —Pelo Oscuro le grita a la gente. La puerta se abre, rayando el piso.

—Salú —dice El Chino, hablando como salvadoreño y me da un último apretón.

Camino para delante. El Chino no me suelta hasta que estoy afuera de la jaula. Detrás de mí la puerta truena bien duro. Metal con metal. Las llaves de los gringos suenan como alguien escribiendo con yeso en un pizarrón.

Estoy afuera del cuarto jediondo, afuera del furgón, de la jaula. Miro para atrás. Unos de los hombres se acuestan en el suelo o se recuestan contra la pared como que si no hubiera pasado nada, como que si El Chino o yo ni existiéramos. Otros me ven y sonríen. El Chino sonríe y me saluda desde adentro, mete los brazos entre los barrotes y mueve las manos, puros ventiladores. Paso por el pasillo. Pelo Oscuro me agarra mi mano; llena de sudor. El otro gringo va atrás de nosotros. Termino enfrente del mostrador. Por las puertas que se abren solas entra una luz brillante. Patricia y Carla se ven como un par de sombras, pero ya vi que son ellas.

—Goh —dice Pelo Oscuro, y me da un empujón para que vaya con ellas.

Salgo corriendo y Carla me da un abrazo; huele a polvo, igual que El Chino. Patricia se hace para adelante y siento cuando su cuerpo toca mi cabeza.

El Gringo del Mostrador está detrás de su computadora, hablándole a

más gente esposada. Pelo Oscuro ha estado esperando con nosotros. No sé bien qué estamos esperando.

—Okay, el México —dice Pelo Oscuro, y mueve las manos como que si estuviera manejando un carro, y voltea a ver a otro gringo que tiene la mochila de Carla.

Hay muchos tipos de gringos. No solo hay gringos chelitos de ojos zarcos, como pensaba que iba a ser. Este gringo es casi igual a nosotros. Tiene el pelo cortito y es moreno, pero moreno claro, casi como El Chino.

—¿Y la tuya? —me dice Patricia, viendo la mochila de Carla.

—En el desierto.

Pelo Oscuro le dice algo a Pelo Cortito y los dos van para la puerta de enfrente.

—Marido. Esposo —dice Patricia, sin moverse.

—Salir mahs tardeh.

—Mi esposo —dice otra vez Patricia, acercándose al pasillo, viendo a donde está El Chino.

Tengo miedo de que no vamos a volver a ver a El Chino, igual que pasó con la gente de las lanchas. Igual que los guatemaltecos que El Coyote no pudo rescatar camino al D.F. Igual que Marcelo, Mario y Chele. No podemos dejarlo aquí.

—Papá —dice Carla.

—Papá —digo.

—Mahs tardeh —dice otra vez Pelo Cortito.

—Todo es bien —dice Pelo Oscuro.

—¡Mi esposo todavía está allá! —Patricia grita señalando las jaulas.

El Gringo del Mostrador se da la vuelta, nos mira y empieza a gritar algo que no entendemos. Tiene la piel bien rosada, roja, pura piel de cuche. Mira para otro lado y llama a otro gringo.

—Calma. Cálmate —dice otro gringo—. Todo está bien, es que papeles toman más tiempo. —Tiene un bigote grueso y habla cantadito, igual que El Mero Mero, Mario y Paco. No había visto a un

gringo que hablara tan bien el español.

—Mexicanos, ¿verdad?

—Sí —dice Patricia.

—Okay, pues él no tarda. Hoy o mañana, deportado de aquí. —Otra vez esa palabra. Marcelo era uno de esos, un de-por-ta-do y lo mandaron de vuelta a El Salvador. Los deportados son gente mala.

—¡¿Mañana?! —Patricia hace la cabeza para atrás y le da una patada al piso de cemento.

—Sí, toma tiempo. —Tiene los ojos oscuros, igual que nosotros.

—¿Pero lo van a soltar?

—Sí —dice El Gringo del Bigote.

¿Por qué se tardan más con él? ¿Será porque tiene tatuajes? ¿Porque tiene un arete? No entiendo qué pasa. Ni siquiera se ha quitado la camisa. Los tatuajes que tiene los tiene en el pecho y los gringos ni se los han visto.

—Mi marido —dice Patricia otra vez.

—Prometo lo saquen más rápido —dice El Gringo del Bigote, y nos explica que hay más hombres que mujeres y niños. Le pide a Pelo Cortito y Pelo Oscuro que nos lleven al parqueo—. Buena suerte —dice El Gringo del Bigote.

Los uniformes nos llevan a la entrada; uno lleva a Patricia agarrada del cuello. Las puertas se abren solas y una nube gruesa y caliente nos pega en la cara. La bandera en el asta ni se mueve. ¿Cuánto me dormí? No fue solo unos minutos, ni unas horas. Hay mucha luz y no sé bien qué pasa. Otra vez estamos dentro de un horno. Siento el suelo pegajoso y los zapatos bien calientes. Vamos a donde está otra camioneta blanca con líneas verdes. Hay pajaritos parados en unos árboles bien delgaditos y verdes, que parecen llevar años sin tomar agua. También hay cactus, altos y bien dobles. ¡Son como los que salen en el Correcaminos! No vi estos cactus de noche, en el desierto. No son ni Solitarios ni Puntiagudos. Parecen gente. Parecen viejos con espinas y están viéndonos. Hay uno en el parqueo, que tiene los brazos

arriba, como que si lo acabaran de espantar. Hay otro que tiene cuatro brazos y de esos brazos le crecen otros; es como un pulpo bien raro.

Pelo Cortito abre la puerta de enfrente y nomás la abre la camioneta empieza a chillar, ding-ding-ding-ding. Pelo Oscuro abre la puerta de atrás y ayuda a Patricia a subirse. Ella se desliza hasta llegar a la otra puerta. Pelo Oscuro ayuda a Carla a subirse y de ahí me ayuda a mí. Cierra la puerta, se despide de nosotros y va a decirle algo a Pelo Cortito; Pelo Cortito ya tiene las manos en el timón.

Pelo Cortito arranca la camioneta y de una sentimos el aire acondicionado. Atrás es todo igual. No hay cinturón de seguridad, los asientos son gris oscuro, hay una reja de metal que divide la parte de atrás con la de adelante. Tengo la garganta seca. Otra vez tengo sed. Hubiera pedido tomar agua cuando estaba en la jaula. No me he lavado los dientes. Tengo esa cosa como blanca en la lengua que hace que tenga mal aliento en las mañanas. ¿Cómo me voy a lavar los dientes? ¿Cómo me voy a bañar? ¿Limpiar? Mi mochila está ahí en el desierto. Patricia también dejó tirada su mochila. Solo El Chino y Carla tienen sus cosas. Sé que huelo mal. Me quiero bañar. Siento el desierto en la ropa, en mi piel. Pelo Cortito acelera y nosotros somos de-por-ta-dos. Me truena la panza y siento como que todavía estoy a la par de aquel inodoro plateado, a la par de un montón de zippers, del pipí más amarillo del mundo.

Dejamos a El Chino en la jaula. Él nunca nos dejó. El Chino corrió a cargarme. Chele y Mario se fueron corriendo. El Chino pudo haberse ido corriendo. Pero no. Regresó por nosotros. Siento que estamos haciendo algo malo. Éramos Los Ocho. De ahí, Los Seis. Hoy en la mañana, éramos Los Cuatro, pero solo por un ratito. Ahora, somos Los Tres. Tengo miedo de quedarme solo. Que Patricia y Carla me dejen solo. No quiero estar solo. Hago lo que sea, de veras. Quiero llorar. Quiero un abrazo. Quiero estar con mis papás. No quiero regresar a México. Estoy en La USA. Se supone que iba a ser diferente. Quiero estar riéndome y que me abracen mis papás.

Adentro de la camioneta no hay ruido; escucho solo el aire acondicionado y las llantas sobre el asfalto. A veces el woki toki hace bip. Salimos del parqueo. En la carretera hay árboles iguales a los que vimos en el desierto. Vamos hacia una colina, a donde hay varias casas. El Muro, el que sale en las películas, sube por la montaña. Desde acá se mira todo chiquitito y oxidado. El Muro no está lejos de donde estamos. Nos acercamos más y más al muro y a los cerros, y de ahí Pelo Cortito gira a la izquierda. Llegamos a un pueblo por el que pasamos cuando íbamos camino a la jaula. Pasamos por un Burger King. Pelo Cortito gira a la derecha antes de un McDonald's. Cruzamos a la par de una Shell y nos para un semáforo; a la par de nosotros está una palmera.

Del otro lado de la calle hay un montón de tiendas con unos pabellones. Adelante la carretera se hace más ancha. Primero hay dos carriles, después son tres, y de ahí entran a un edificio beis de dos niveles que parece caja de zapatos. Al final de cada carril hay una caseta llena de gringos uniformados. Un montón de carros pasan por aquí. Parece como que el edificio se traga los carros, como que cada caseta es un diente grandote, como que las ventanas en el segundo piso son los ojos del edificio, como que las cinco filas de carros son cinco largas lenguas, que salen de la boca del edificio que parece caja de zapatos.

El semáforo sigue en rojo. Estamos enfrente de un parque lleno de tienditas y árboles. Estos palos son diferentes a los que estaban en el desierto, están llenos de hojas y son más altos que cualquier edificio. Hay palomas en los cables eléctricos y otras vuelan por ahí. El semáforo da verde, Pelo Cortito gira a la derecha y todos esperamos a que nos trague el edificio. Hay un letrero verde que dice MEXICO y tiene una flecha hacia adelante. Patricia mira el asiento que está delante de ella. A la par de Patricia hay una tienda que tiene un montón de maniquís decapitados en la vitrina. Sobre el pabellón hay un letrero que dice COQUETTE'S con letras negras y en el pabellón dice «Mayoreo-

Menudeo ropa para toda la familia». Pensé que estábamos en La USA. La gente que está comprando acá se parece a nosotros.

Pelo Cortito gira a la izquierda hacia una calle que nos lleva hasta un parque. Más allá está El Muro sobre un cerro. A un lado del Muro hay casas y más casas, del otro lado arbustos y tierra. Pasamos sobre las vías del tren que están a la par del parque. ¿Será que son estas las mismas vías que pasamos anoche? La calle termina justo enfrente de una tienda de nombre Victoria, pero no ganamos nada, esto no es una victoria para nosotros. Nos acercamos a una pared de concreto con alambre de púas hasta arriba. Del otro lado de la pared está la bandera mexicana en un asta. El Chino no está aquí, y eso que acá en el carro hay lugar.

La calle nos obliga ir a la izquierda. A la derecha hay una fila de adultos cerca del muro de concreto. El muro tiene partes de metal pintadas de azul-gris. Donde empieza la fila hay un edificio, pura casa, con tejas color zapote. Pelo Cortito se parquea justo detrás de la última persona que está en la fila.

—Aquí —dice—. Aquí dejar. —Me mira a mí y a Carla—. Caminar otro lado. —El hombre sonríe; tiene los dientes blancos y bien pegaditos.

Patricia lo mira fijamente.

—¿Y mi marido?

El gringo se acerca a la reja de metal, viéndola.

—Esperar otro lado. Aquí lugar donde deportado.

—¿Cuándo?

—Más tarde. —Luego dice algo más que no le entiendo—. Antes de noche.

¡¿Tenemos que esperar hasta la noche?! El gringo apaga la camioneta. Nadie de los que hace fila se parece a nosotros. El gringo camina hasta donde está Patricia, toca la ventana y abre la puerta.

—No correr —le dice a ella, señalando una de las casetas.

Hay otro letrero que dice MEXICO con letras negras. El cartel tiene

también una flecha negra, que apunta a una puerta de metal igualita a los torniquetes de los supermercados, solo que esta tiene barras de metal de arriba abajo; toda la puerta es barrotes metálicos. Cada vez que alguien empuja la puerta, y pasa al otro lado, el metal hace clic.

—Afuera —dice el uniforme.

La puerta de la camioneta sigue abierta y él agarra a Patricia de las esposas. Carla y yo nos bajamos del carro. El gringo agarra la mochila de Carla. Yo agarro a Patricia de la camisa. El gringo cierra la puerta de una patada.

Ahora solo hay una mujer esperando cruzar por el torniquete. Voltea a vernos y le dice algo al gringo. Cuando se da la vuelta para pasar por la caseta, un zumbido del aire le infla la camiseta roja que lleva puesta. Tiene la cara llena de arrugas y le hace falta un diente. Me da miedo esta mujer. No me gusta que lleva los chores tan apretados. La boca de metal se traga a la mujer y la escupe del otro lado, donde está la casita con techo de tejas.

Ya del otro lado la gringa entra a una tienda de donde sale mucha gente cargando bolsas. Estamos en frente del torniquete y al fin Pelo Cortito le quita las esposas a Patricia y ella se soba las manos.

—Caminar —dice, y pone a Patricia enfrente de nosotros—. Buena suerte. —Me da un toquecito en el hombro. Patricia mira hacia atrás. No quiere moverse—. Nada estúpido —dice el gringo, y nos hace señas para dónde tenemos que ir.

Patricia camina entre los dientes de metal. Clic. Carla. Clic. Me toca a mí. Del otro lado del torniquete hay otra caseta y dentro de la caseta, atrás de un vidrio, hay una persona.

—Caminar —dice Pelo Cortito. Doy un pasito, toco el metal tibio—. Goh.

Empujo los dientes, clic, y ya estoy del otro lado. La caseta es chiquitita, pura letrina. El gringo que está detrás del vidrio no nos mira, sino a las personas que hacen fila para entrar a La USA.

Patricia me agarra la mano, le agarra la mano a Carla y nos lleva

lejos de la caseta, lejos de mis papás, lejos de El Chino y más adentro de México. Pero todavía está conmigo. Somos familia. Ella me va a cuidar. Me dijo que era su hijo.

Caminamos para donde está un policía mexicano que nos hace señas.

—Caminen, caminen —dice, y salimos de la caseta.

Solo hay dos calles. Una pegada al muro de concreto y otra enfrente de nosotros, pero la gente camina para todos lados. De este lado, hay otra casita pero esta no tiene tejas como las que están del lado gringo. Esta tiene un montón de alambre de púas en el techo. Pelo Cortito se mete en la camioneta y se va. Carla y yo nos volteamos a ver. Hay un montón de gente. La gente no hace nada. Están acá en la calle, como que esperando. Del otro lado, todos están en sus carros o en las tiendas. Pero al menos aquí Patricia tiene las manos sueltas.

Estamos enfrente de la bandera mexicana. Regresamos a nuestro país de origen, el de mentiras. El aire es igual que hace cuatro pasos. Las palomas vuelan sobre el muro y acá también se paran en los cables de teléfono. Patricia no ha dicho nada. Pasamos a la par de la gente que quiere ir al otro lado. ¿Cómo le hacen ellos para entrar como que si nada a La USA? Hay unos que se parecen a nosotros. Otros hasta hablan español. Acá hay un paletero. Me comí la galleta que me dieron los gringos, pero ahora tengo más hambre. Patricia sigue caminando y no dice nada. Nos jala de la mano. Ya sé que mejor no digo nada. El paletero suena su campanita. No hay viento. Estamos justo debajo del sol. Patricia está sudando y tiene cara como que está perdida.

—Mamá —dice Carla.

Patricia hace como que no la escucha.

—Mamá, ¡pare! —grita Carla, y le suelta la mano a su mamá, y Patricia deja de caminar.

—¡¿Qué?! —grita Patricia, y me suelta la mano.

—Hay mucho sol.

Patricia la mira a ella y luego a mí.

—Sí —digo suavecito.

—¿Qué putas quieren que haga? —dice Patricia, casi gritando.

—No sé —dice Carla, suavecito y empieza a quitarse la chamarra.

Los tres nos quitamos las chamarras y nos las amarramos en la cintura; los forros y zippers de la chamarra están bien calientes. Patricia hace una pausa y mira para todos lados.

—Dame la mochila —le dice a Carla.

—¿Para qué?

—¡Dámela, hombre!

Carla se la entrega y Patricia se pone la mochila.

Seguimos caminando y al ratito Carla dice:

—¿Para dónde vamos?

—Dejá de preguntarme babosadas.

Patricia mira para abajo, a todos lados y se rasca la cabeza.

—Allá. —Señala donde hay unas tiendas.

Algunas están cerradas y detrás de ellas crece una palmera. Los hombres se sientan en una pared no muy alta, que parece ser parte de un edificio viejo y demolido. Otros se sientan en la cuneta o con un pie en las puertas de metal de una tienda que no ha abierto. Los pájaros acá son más chiquitos. Con este calor no entiendo cómo pueden volar así nomás. Ahorita sí me hace falta lo frío del cuarto dónde todavía está enjaulado El Chino.

Los hombres nos ven raro. La mayoría va en bluyines y cachucha de béisbol, o de esos sombreros que usan los vaqueros en las películas. Patricia nos lleva debajo de un pabellón de una tienda, donde hay sombra. Siento como que si estuviéramos desnudos. Como que si la gente supiera que no somos de por acá. Como que si adivinaran que se la vi a un hombre. Estoy sudando, pero el viento me seca el sudor rapidito. Hay chuchos callejeros caminando por ahí. Me acerco a Patricia. No quiero que esos chuchos nos hagan como los pastores alemanes que vimos en el desierto. La tierra es anaranjada y el polvo

se levanta. Otra vez estamos en México. Estamos donde estábamos ayer.

Patricia se sienta en la cuneta y se recuesta en la pared de la tienda. Carla y yo nos sentamos a la par de ella. El paletero suena su campanita. Pasan otros vendedores ofreciendo golosinas. Tengo hambre. Carla mira a su mamá, pero no dice nada. Patricia tiene mis pesos, mi pisto para chucherías. Todavía llevo algunos dólares que Tía Mali escondió en mis pantalones, en unos lugares secretos.

Los hombres que están sentados en la pared le chiflan a Patricia, le gritan cosas como «mamacita». Ella no les hace caso y mejor nos abraza. Estamos vigilando el torniquete y la casita, esperando que salga un hombre alto, delgadito, con cejas bien gruesas y ojos chiquititos, un hombre que es el doble de Olivia, la que sale en Popeye.

Los hombres se acercan a nosotros. No le gritan babosadas a Patricia, sino precios.

—¡Quinientos dólares por cruzar!

—¡Seiscientos dólares para llegar al otro lado!

—¡Coyote! ¡Coyote!

—¡Pollero!

Patricia no dice nada. Esperamos a que llegue un hombre, uno solo, y que pase por esa puerta. El hombre que ha estado con nosotros desde que salimos de San Salvador y nunca nos dejó. La única otra persona que ha vivido lo mismo que nosotros.

Otro hombre se acerca a nosotros. Veo sus botas mexicanas. Trae cincho y una camisa de vestir. No es alto y tiene un bigote ralo.

—Hola, señorita, ¿necesita cruzar?

Patricia mueve la cabeza.

—Le cobro barato. No hay mejor coyote que yo —dice, y da otro paso.

Patricia mueve la cabeza. Trata de ignorarlo.

—No, gracias —dice, y el hombre da otro paso.

—Ire, como trae plebes, mil quinientos por los tres.

—No, gracias, señor —le dice, hablando como mexicana.

—¿A quién está esperando?

—A mi marido. —No dice más.

Patricia mira a otro lado, y el hombre se da cuenta de que ella no quiere nada y se va con los otros hombres. Les dice algo y todos nos ven y se ríen de nosotros. Uno le grita algo a Patricia. Ella le voltea la cara. Después de un ratito se olvidan de nosotros, y le gritan los precios a otra gente que pasa por la puerta. Casi todos son hombres. Hay algunas mujeres y niños. Salen de camionetas blancas con líneas verdes, igual que nosotros. Ninguno de ellos es El Chino.

—Disculpe. —Patricia le dice al hombre que llegó a hablarnos.

Él corre hasta donde estamos nosotros, sus botas pegan duro en la cuneta.

—¿Mande?

—¿Dónde puedo comprar agua?

El hombre se ríe.

—Por allá. —Señala a una tienda que está al final de la calle, despuesito de dónde la gente hace fila para entrar a La USA—. O espere a que venga el vendedor.

—Gracias.

El hombre camina de regreso a su lugar en la pared.

—Esperemos —dice Patricia.

La última vez que tomé agua fue en la jaula. El agua que salía del lavamanos de metal estaba bien fría, pero ahorita me caería requete bien. No hay señores que vendan agua por acá. El Chino no ha venido. Las palomas y los otros pajaritos dejaron de volar por el calor. Nos echamos aire con la ropa que tenía Carla en su mochila. Creo que está limpia, pero igual huele a desierto, huele a polvo.

Tenemos los ojos puestos en el torniquete, en el techo con alambre de púas. Gringos que vienen de La USA entran caminando a México. Los guardias mexicanos como que los conocen, hasta los saludan.

Estos gringos no se parecen a los que salen en las películas o los que estaban de uniforme. Llevan ropa vieja, chuca, con hoyos. Tienen la cara arrugada, como la señora que estaba en fila con nosotros, y todos son bien delgaditos igual que El Chino. Algunos llevan carritos de supermercado. Me recuerdan a los bolos de mi pueblo: a Cara de Crimen, La Belleza, La Leche, Bolsa de Agua. Hablan fuerte y gritan cosas en inglés. Van a la tienda a comprar cerveza y otras cosas, y se las llevan en bolsas plásticas. Luego hacen fila para volver a La USA. Unos vienen con sus carritos de supermercado. Unos vienen a pie. Vienen acá, donde estamos sentados y nosotros tenemos hambre, tenemos sed. Se van para allá, donde están mis papás. Donde está el papá de Carla y la hermana de Carla. Estos gringos pasan facilito de un lado a otro. Parece como que ni enseñan papeles cuando van para La USA. Hay otra puerta a la par del torniquete. Los uniformes la abren cuando vienen los gringos con sus carritos de supermercado. Las llantas de los carritos hacen tanto ruido como esos gringos chucos. Hablan fuerte y como que si estuvieran bolos.

Al fin aparece un hombre que vende agua y Patricia compra tres bolsitas. A la hora aparece una señora vendiendo golosinas y Patricia nos compra unos Doritos. Le quedan todavía unos pesos. El sol gatea en el cielo. Seguimos echándonos aire, pero la sombra donde estamos se sigue moviendo. Nos recostamos en una puerta de metal, no en la pared. Ojalá no abran la puerta pronto.

Hay tantos gringos con ropas viejas, gringos arrugados con sus carritos que vienen y van. A veces es uno que ya pasó una vez y vino para hacer otro viaje. ¿Por qué nosotros no podemos hacer eso? A los gringos de la puerta les basta oír a alguien hablando inglés para dejarlos pasar. ¿Por qué mis papás no me dijeron que aprendiera a hablar en inglés? Pude haber pasado bien facilito. Nadie se hubiera dado cuenta. No parezco gringo, pero algunas de las personas haciendo fila para entrar a La USA son igualitas a mí. De seguro tienen papeles. Nuestros papeles son de mentiras. Seguramente los hombres

de los precios saben que traemos papeles falsos. Ya llevamos acá un buen rato y algunos de los hombres se fueron y otros tomaron su lugar. Esos también chiflan y le gritan cosas a Patricia. Al rato todos dicen lo mismo:

—¡Seiscientos dólares! ¡Seiscientos dólares para cruzar!

—Hágalo por los niños —le dice a Patricia una mujer que está con los hombres. Pero Patricia ni le habla. La mujer tiene pelo negro y colocho, tiene los labios pintados de rojo, lleva unos bluyines, una camiseta blanca metida por dentro y un cincho negro.

Patricia les dice a todos que no. En la calle, que está a la par del muro de concreto, hay más hombres gritándole precios a la gente que sale del edificio de donde salimos nosotros. Ellos saben quiénes son como nosotros. Creo que yo también sé. Son los que caminan viendo para abajo. Los que no sonríen. Casi todos son morenos y están bronceados, igual que nosotros. Unos llevan mochilas. Otros no llevan nada. No son como los gringos, que se ríen y hablan fuerte cuando entran a las tiendas a comprar cosas.

Al rato la señora colocha camina a donde estamos nosotros, para ponerse en la sombra. Nos dice que hay un lugar cerca donde hay camas y comida gratis, que podemos esperar ahí. Dice que no tenemos que contratarla, pero que en ese lugar hay otros coyotes también. Patricia hace como que no escucha a la señora, pero igual ella nos enseña dónde está ese lugar.

—Al final de la calle, a la izquierda. Pregunten por el albergue.

—Tenemos que esperar a mi marido.

—Espérenlo, y después váyanse para allá —dice la señora, y se va.

Ya es tarde. Patricia, Carla y yo tenemos que ser los ojos, la boca, la sombra, el hambre y los cerebros de Los Tres. Estoy bravo con El Cadejo. ¿Cómo dejó que nos pasara esto? Ahí estaba la luna y estaba llena, pero igual no hizo nada. Nunca vi los ojos rojos de El Cadejo, ni escuché el silbato. Ahora nos toca esperar. Esperamos y esperamos. Seguimos la sombra. Vamos de un lado de la calle al otro. Ya no está

tan fuerte el sol, pero el aire todavía se siente tibio. Compramos otra bolsita de agua. Golosinas no. Más gente viene para acá. Más gente hace fila para ir a la caseta que está del otro lado y llegar a La USA.

Son las 5.35. Hemos estado aquí desde la mañana. Seguimos tomando agua, pero igual siento la lengua seca. Como que si tuviera hormigas en la garganta, como que si las hormigas me pasaran rascando el saco de box que tengo al fondo de la boca. Tengo mal aliento. Siento esa cosa blanca en la lengua. Muevo el agua dentro mi boca como que si la fuera escupir, pero me la trago porque tengo sed. A Patricia y Carla también les jiede la trompa. Por eso Patricia mira para un lado cuando habla con nosotros.

—Puta, no me he bañado en dos días —dice, oliéndose los sobacos.

—¿Dos días?

—Sí, Javier. ¿No te acordás?

No le entiendo.

—Pasamos una noche en la cárcel —dice Patricia, viendo para otro lado—. Hoy es lunes.

—Estamos jediondos desde hace dos días —dice Carla, viéndome, pero como escupiendo las palabras al suelo—. Nos bañamos el sábado.

¡¿Dos días?! ¿No fue una siesta, entonces? Dormí en la jaula una noche entera. Por eso había otra gente cuando me desperté. Por eso huelo tan mal. Por eso tengo tanta hambre. Los sobacos me huelen a podrido. Estoy bien chuco. Nuestros pantalones están llenos de polvo. Nuestras camisas también.

Otra camioneta blanca se parquea cerca del torniquete y más hombres se bajan de ella. Todos hacen fila para venir para acá. Hay dos uniformes a la par de la fila. Los hombres pasan uno por uno. ¿Solo esos son? ¿Los hombres llevan ropa oscura igual que El Chino? Sí. Pero igual todos tienen ropa oscura. ¿Son hombres delgados? Sí. ¿Pelones? Sí. Patricia se para. Carla y yo igual. Creo hoy sí…

—¡Chino! —grita Patricia.

—¡Chino! —gritamos Carla y yo, haciendo un megáfono con las

manos.

La gente voltea a vernos, pero, ¿y qué? Patricia le hace señas a El Chino.

—¡Aquí! ¡Vení!

El Chino levanta la cara. Agarra su mochila. ¡Recuperó su mochila! El Chino camina más rápido. Quiero correr hacia él.

—Cuidado que hay carros —dice Patricia, agarrándome.

Es él. Regresó. No lo dejamos. Él no nos dejó. Otra vez estamos juntos. Pura familia.

—¿Quiubo? —dice El Chino, meneando la cabeza hacia nosotros—. La cagamos, ¿ve'á?

—Callate, cerote —le dice Patricia, pero todos nos reímos. Igual tiene razón. Nos agarraron.

Patricia lo abraza.

—Tenía miedo de que no íbamos a volver a ver esa tu cara de culo —dice. No sabía que Patricia pensaba eso. Hizo como que estaba requete segura de que El Chino iba a aparecer. ¿Y si no hubiera aparecido? Uyyyy, ¡no! Dios mío. No sé qué hubiéramos hecho.

—No, jodás, vos. Mala yerba nunca muere.

Abrazo a los dos. No quiero volver a separarme de ellos otra vez. Todos olemos a tierra y polvo. Carla los abraza. Somos Los Cuatro.

—Ya. No me morí, bayuncos —dice El Chino, sus dientecitos, sus camanances, el acné adornándole la cara. Se mira mejor. Está sonriendo.

—¿Qué tal te fue? —pregunta Patricia.

—Javier te puede decir.

Sacudo la cabeza.

—No habla —dice Patricia—. Está casi mudo.

—¿De veras, bicho?

Se hinca para hablarme cara a cara. Sí, me cuesta hablar.

—No —digo, suavecito y sacudo la cabeza.

—Va. Aquel está bien. A vos sos a la que le dio la chiripiorca.

Patricia mueve la cabeza, sonriendo. Carla también sonríe.

El Chino nos dice que los gringos no nos estaban dando pajas. Que tuvo que esperar porque había mucha fila para salir, muchos que «procesar». No sé qué significa eso. Esperamos un gran rato.

Carla mira a El Chino de arriba abajo, lo toca.

—¿Ya comiste?

—Puesí, ¡pero solo esos panes que sabían a cartón!

Nos reímos todos. Ahuevo, sabían a cartón.

—Pero, mirá, yo le hablé a ese hombre. —El Chino señala a un hombre que salió de la camioneta con él—. Me dijo que hay un lugar acá cerca y que dan comida gratis y donde dormir, y que hasta tienen polleros ahí.

—Un albergue —dice Patricia.

—Cabal. Vamos ahí. —El Chino señala a un grupo de hombres que parece como que saben adónde ir. Van por la calle que la señora de los labios rojos nos dijo que agarráramos.

—Vení —dice El Chino, viéndome—. Comamos y después nos fundimos. —El Chino dice eso último viendo a Carla. Le asiente a Patricia, y ella sabe que él quiere que ella le agarre la mano a Carla. Él me agarra la mano a mí. Tiene las manos ásperas.

Es igual que cuando íbamos en el desierto: él es nuestro líder, él sabe qué hacer. Llegamos al final de la calle y estamos bien adentro de México. Pasamos a la par de carros. A la par de tiendas que recién abren sus puertas. Chuchos aguacateros y vendedores.

—¿Ya les hablaste? —le pregunta El Chino a Patricia, mientras vamos caminando.

—¿A quiénes?

—El número que nos dio Mario.

—No —dice Patricia, apenada—. Apenas saliste y ya me estás preguntando.

—Puesí.

—Cuando lleguemos allá, llamamos —le dice Patricia. Creo que se

refieren al número del coyote. Pero Patricia y El Chino no nos dicen nada a mí o a Carla. Tal vez Carla sí sabe.

Seguimos a los hombres. Somos como una ola. Pasamos a la par de todos los que están sentados en las cunetas, esperando. La gente nos mira. Han de saber que no somos de por acá.

Uno de los hombres nos pregunta:

—¿Van para el albergue? —Suena a que es chapín.

—Sí —dice Patricia y el hombre empieza a seguirnos. Somos una ola que ojalá se va a reventar encima de una cama.

31 - 5 - 99

Hacemos fila para entrar al albergue sin decirle nada a nadie. Una monja que está hasta delante dice:

—Hay camas, regaderas, comida y agua adentro, pero —hace una pausa—, tienen que esperar bien ordenaditos. Sin colarse.

Seguimos al río de hombres hasta llegar aquí, donde hay otras mujeres y niños haciendo fila a la par de las paredes grumosas del albergue. El edificio es de un piso y está pintado de blanco y parece una gran bodega o escuela, y tiene techo de lámina. Ya casi es de noche. Llevamos puestas las chamarras, pero con el zipper abierto. La fila avanza despacito. Igual que en el desierto, no vamos hasta adelante, pero tampoco hasta atrás. Unas palomas cafés hacen ruidos chistosos cuando salen volando de las cornisas, son puros juguetes de cuerda que pillan cuando los sueltan. Las puertas del edificio son de metal y están abiertas. Vemos que hay un montón de colchones en el piso y que este es de azulejos.

Otra monja recorre la fila, viendo cuántas personas tiene cada grupo. Llega con nosotros y nos dice:

—¿Vienen juntos?

—Sí —decimos todos.

Ella sonríe y se le marcan los camanances. No es muy alta. Su piel todavía se le mira suavecita.

—Ya casi llegan.

—Gracias, Madre —le dice El Chino.

Ella vuelve a sonreír.

Estas monjas sí son bien buena gente y todas están vestidas de blanco. En La Herradura solo la Madre Superiora se vestía de blanco, y no siempre. Ahorita ya ha de saber que no voy a regresar. No quiero regresar a El Salvador. Caminamos un poquito más. El Chino huele bien feo, y yo también. Los de adelante igual de mal. Sudor. Polvo. Sardinas. Pipí. Ya me quiero ir a bañar. Volteo a ver a Patricia y una flor le sale de los labios, una llaga. Como que le está empezando una infección, un fuego. A Mamá Pati le salen de esos. A mí también. ¿Le habrá dado fiebre en la jaula? Tal vez fue por el cambio de temperatura. No quiero que me dé fiebre.

El Chino me agarra la mano. Ya vamos más rapidito. Llegamos hasta la puerta donde está la otra monja. Es chiquita y tiene una cara redonda, igual a la de Abuelita Neli. Ella ha de estar preocupada. Quisiera decirle que estoy bien, que estoy con gente bien buena. Quisiera que mi familia de a de veras conozca a El Chino, Patricia y Carla.

Cuando llegamos a donde está la monja ella nos saluda. «Buenas tardes», dice, y nos da una botella de agua y un cepillo de dientes a cada uno, dos toallas blancas, y una barra de jabón marca Zote y una pasta de dientes Colgate para compartir entre los cuatro. ¡Voy a estar limpio otra vez!

—Gracias, Madre —dice Patricia.

—Gracias —decimos los demás.

—No hay de qué. Escojan cualquier cama que esté disponible. —La monja señala al cuarto donde están las filas y filas de colchones—. De preferencia una por familia. Ay, y los baños están por esa puerta. —Señala al fondo a la izquierda.

Patricia se nos adelanta para escoger un colchón para nosotros. Hace calor adentro. Otros hombres, y familias enteras, caminan entre el laberinto de colchones. No hay mucho espacio para caminar. Todos los colchones tienen sábanas y una almohada blancas. Ya hay mucha gente encima de los colchones y nos ven pasar. Es una carrera para encontrar el colchón más vacío. El piso es color zapote y es bien fácil ver cuando los azulejos están sucios y llenos de polvo. El techo es de lámina con barras de metal. Las paredes son blancas o beis; por el sol no miro bien. Y hay un montón de ventiladores, bien cerquita uno del otro.

Patricia camina por todos lados, hasta llegar al fondo del salón. La gente se sienta en los colchones, o se les tira encima, o les da toquecitos para avisar que ese ya está apartado. La persona que va delante de nosotros agarra un colchón. La siguiente persona agarra otro. Patricia camina de un lado a otro. Me siento desnudo como cuando recién pasamos por el torniquete. Todo mundo nos mira, más los niños. Son todos más menores que yo, están sentados con sus mamás y nos señalan.

Hay unos colchones sin gente del otro lado del salón. Un hombre y un niño también miran esos rectángulos blancos. Patricia se da cuenta y camina más rápido. Nosotros caminamos detrás de ella. «Hay camas para todos», dijo la monja. Pero parece como que no. El hombre carga al niño y llega primero a los colchones vacíos. No importa. Patricia agarra el colchón de a la par, el que está en la mera esquina. Estira los brazos y las piernas, y le da dos toquecitos al colchón.

—Este —dice Patricia, bien duro para que el papá y el niño la escuchen.

—Vos, agarrá aquel otro —le dice a El Chino, viendo otro colchón vacío.

—La Madre dijo que solo uno.

—Agarralo con Javier.

El Chino se sienta en el colchón y yo me siento a la par de él. El

colchón se siente delgadito, pero es bien largo, es más largo que El Chino. Le sonrío al niño que está con su papá, pero el niño no sonríe. No me importa. Me dejo caer sobre el colchón y se siente bien rico. Las sábanas huelen a cloro y detergente. Hay ruido por todos lados. Gente caminando, gente hablando, los ventiladores meneando la cabeza. En medio del salón hay unas columnas y el techo está bien arriba; así como el de la iglesia de por la casa. El atardecer entra por las ventanas y pinta el salón de anaranjado. Estoy cansado. Esperamos horas para que llegara El Chino. Y tengo hambre. Las golosinas me ayudaron un poquito, pero quiero comer comida de verdad.

—Descansen, bichos —dice Patricia.

—Tengo hambre —dice Carla, sobándose la panza.

Yo solo asiento con la cabeza.

—¿Dónde tendrán la comida? —dice El Chino.

El hombre con su hijo voltea a vernos.

—¿Es su primera vez?

El Chino le dice que sí.

—Deberían empezar a hacer fila ya; siempre hay mucha gente —dice el papá. No habla como mexicano.

—¿Y usted por qué no va? —dice Patricia.

—Dan más comida en medio de la cola.

—Entonces vamos cuando usted vaya. —Patricia le sonríe al hombre. Usted. Patricia ha de pensar que es más viejo que ella. Le miro la cara, pero la verdad es que no sé.

—¿Cómo en cuanto será? —pregunta El Chino.

—Ya en un ratito —le responde el papá—. Las monjas avisan cuando ya está la comida. Siempre antes de las siete y cuarto.

Miro la hora. Son casi las siete. ¿Qué iremos a comer? Con que no sean de esos tomates verdes que comimos en Guadalajara, yo me como cualquier cosa. Ojalá nos den tacos como en Mazatlán. O chilaquiles, como los de La Doña.

—¿Está rica la comida? —le pregunta El Chino al hombre.

—Más o menos —dice él, y pone cara triste.

—¿Y de dónde es usted? —dice Patricia.

—El Salvador.

—Vieja. Nosotros también. ¿De qué parte? —dice El Chino.

—San Miguel.

—¡Garrobero! Nosotros somos de Soyapango.

—Oh. —El hombre mueve la cabeza y no dice nada más.

Nunca he estado en San Miguel. Extraño las tortillas de Abuelita Neli. Hace unas con sal, porque así le gustan a Abuelito Chepe. Tortillas calientes con aguacate del jardín, un pedazote de queso duro y frijoles fritos, eso es lo que quiero.

Me recuesto en el colchón y miro al espacio que hay entre la pared y el techo de lámina. ¡Ahí hay un nido de palomas! Donde empieza el laberinto de colchones alguien enciende un radio y la gente se queda callada. Conozco esa canción.

—Vieja, Los Yonic's.

—No, vos, es Marco Antonio Solís. —El Chino corrige a Patricia.

—No fregués.

—Sí, hombre, es Jesucristo.

Carla se ríe. Yo también.

—No seas bayunco. —Patricia le da un sopapo al colchón.

Creo que El Chino tiene razón. Esa voz no se pierde. Así dice la canción:

Pero te vas a arrepentir, cuando veas que no es nada
su riqueza comparada con lo que a ti te di.

—Son Los Yonic's con Marco Antonio Solís —dice el papá.

—Ahhh. —Patricia y El Chino sonríen y menean la cabeza.

Me recuerdo de Chele y las veces que puso música de Los Bukis, y todos se burlaron de él porque se parecía a Marco Antonio Solís. Él se fue corriendo. Siempre fue mero distante, pero se siente raro que no

esté aquí, que no sepamos dónde está. ¿Será que llegó donde las vans? ¿Y dónde estará Marcelo? Le robó agua y comida a Chele, y eso es pecado. Él era un «deportado». Los del pueblo bien sabían que él era una mala persona. Pero nosotros también somos deportados. Ojalá llegue bien a la casa de su mamá.

Donde sea que estemos, suenan los mismos artistas. Los Temerarios, Los Bukis, Bronco, Control Machete, Vilma Palma e Vampiros, Los Yonic's, Grupo Límite. Y ahora también suenan acá. Cierro los ojos y dejo que el aire del ventilador me toque la piel.

Al rato unas monjas gritan, «¡La ceeeeenaaaa!».

Sigue sonando la música. Todo mundo camina al fondo del edificio, por donde estamos nosotros. La cocina está a nuestra izquierda, al final de esta fila de colchones. En la misma hay unas estufas, una parrilla bien grandota y una refri. Las monjas están detrás de una mesa de plástico y en la mesa hay unas ollas de metal bien grandotas, torres de platos de papel, cajas llenas de tenedores y cucharas de plástico y un recipiente con tortillas. Con tanta comida parece como que va a haber piñata. Hacemos fila como que vamos a recibir un pedazo de pastel.

—Vamos a hartarnos —dice El Chino, tocándose la panza. Todos nos levantamos y volteamos a ver al papá.

—Todavía no —dice suavecito, y hace las manos como diciendo que nos esperemos—. Confíen en mí. —La fila se hace más y más grande —. Ya —dice, se levanta y le agarra el brazo a su hijo.

El Chino me jala del brazo. Patricia y Carla van detrás de nosotros. Estamos a la mitad de la fila. Algunas gentes nos sonríen, otros se hablan entre sí. Casi todos están en la cola con sus cosas. Si tuviera mi mochila yo también la tendría acá conmigo. El Chino lleva su mochila. Patricia lleva la mochila de Carla, pero dejó una camiseta en su colchón y otra en el nuestro.

Las ollas sacan unos grandes tufos de vapor. Se me hace la boca agua. Ajj, tengo muuuucha hambre. Quiero de todo. La monja más

joven agarra un plato de papel y hunde un cucharón en una de las ollas y saca… ¡frijoles fritos! Luego hunde otro cucharón en otra de las ollas… ¡arroz amarillo! Nos entrega el plato a nosotros. La monja más vieja, la que se parece a Abuelita Neli, nos quita el plato y le echa una tirita de queso fresco y dos tortillas de harina. ¡Mis favoritas!

—Gracias, Madres —les digo.

Me sonríen de vuelta. El plato de papel se siente bien pesado. Al final de la mesa hay una torre de vasitos de papel y un garrafón de agua pura. Pongo el plato en la mesa y apacho el botón azul del dispensador para servirme agua fría. Lleno el vaso. El Chino viene detrás de mí. Señala el colchón con los labios. Camino despacito y viendo para abajo, para no toparme con nada.

Volvemos a los colchones. El Chino se harta y hace jjjmmmmpppp después del primer bocado y no deja de menear la cabeza. Patricia la menea también y levanta los pulgares. Agarro arroz y frijoles con un pedazo de tortilla caliente. Mmmm. Las especies. ¡Todo está bien ricooo! Después agarro un trocito del queso fresco. Todos en el salón están bien callados. Hasta quitaron la música. Todos están comiendo. Después de un rato alguien pone música otra vez. Una canción distinta. Empieza despacito. Conozco esa voz. Es José Guadalupe. Luego suena un teclado.

Traigo en el alma pena y llanto, que no puedo contener…

¡Bronco! «Que No Quede Huella». A Abuelita Neli le encanta esta canción. Seguimos comiendo. Sonriendo. Nos movemos al ritmo del teclado. Los que conocen a Bronco mueven la cabeza. Metemos los dedos en la comida. Bailamos y cantamos.

Después de que la gente termina de comer, la gente comienza a hacer otra fila. Hay regaderas para los hombres y regaderas para las

mujeres. Ya hace más frío. Pensé que iba a querer bañarme, pero estoy tan cansado y lleno que no me quiero ni mover. Patricia y Carla ya fueron a hacer fila. El Chino y yo cuidamos las camas. Me pregunta que qué equipo creo que va a pasar a la final.

—Atlas va a ser el campeón.

—N'hombre, Toluca y Cruz Azul van a llegar a la final.

Le digo que no. Nos la pasamos un rato así, peleando por babosadas hasta que Patricia regresa con Carla. Traen el pelo mojado, pero Patricia lleva la misma ropa y su camiseta tiene partes mojadas; se le mira el ombligo como gritando dentro de su camiseta chuca, su brasier como dos ojos mojados.

—Vieja, va a llover —le dice El Chino a Carla, y voltea a ver a Patricia—. Huele a tierra mojada. —Son las dos bromas favoritas de El Chino. Me dan risa ahorita solo porque siempre las decía cuando estábamos donde La Doña y en Guadalajara, pero la verdad es que él es el que casi no se baña.

—Bayunco. —Patricia pone cara de brava, pero igual le sonríe. Por verla yo sonrío también, y por eso El Chino también le sonríe, y por eso Carla se ríe. Y ahora todos nos estamos riendo sobre las sábanas blancas; son nuestras lanchas privadas, nuestras islas de arena blanca que flotan en medio de un mar color zapote.

—Tenemos que comprar ropa —dice Patricia, entre risa y risa; y levanta su brazo derecho para olerse el sobaco—. Todavía jiedo.

Nos cagamos de la risa. Me agarro la panza. El Chino se tira sobre el colchón. Carla se seca las lágrimas. La gente nos voltea a ver. Unos mueven la cabeza, como quejándose. Somos la lancha que hace más bulla. Otros sonríen. Poco a poco nos calmamos y nos agarra la risa otra vez, pero no tan duro como la primera vez. No puedo respirar. Me duele la panza de tanto reírme.

—Ya, bayuncos —nos dice El Chino y mueve la cabeza, viendo a la gente que está cerca—. Vamos a bañarnos.

El Chino agarra la toalla que tenemos que usar los dos y la barra de

jabón que usaron Patricia y Carla. Yo agarro mi nuevo cepillo de dientes y Carla me entrega la pasta. El Chino y yo caminamos a la parte de atrás del edificio, pasamos por la cocina.

Afuera está oscuro y hace más frío que dentro del salón, donde hay un montón de ventiladores echando aire. Se me enchina la piel y se me ponen los pezones bien duros. Hay hombres haciendo fila. Las regaderas tienen como puertas unas cortinas verdes de plástico.

—Ahí, te lavás la camisa —me dice El Chino—. Entrá vos primero.

Me quito los zapatos y meto los calcetines adentro. Nomás pongo los pies en el cemento frío, se me ponen los pezones todavía más duros.

—Bicho, má. —El Chino me da los calcetines—. Lavalos.

Es bien listo El Chino. Puedo dejarlos secando durante la noche. Un hombre sale de la regadera y tiene toda su ropa puesta. Miro a El Chino y él me dice que sí con la cabeza, y entiendo que me puedo cambiar adentro.

—No lavés el pantalón porque no seca rápido.

Camino descalzo a donde está la cortina verde. El cemento es todo áspero. Espuma cae de las cortinas cuando las abro. En la esquina de la regadera, pegado a la pared de cemento, hay un gran barril de plástico lleno de agua y un guacal flotando adentro. El agua se mueve todavía, por el último guacalazo, que se echó encima el hombre que acaba de salir. Por suerte el barril no es más alto que yo y el agua llega casi al borde; facilito puedo agarrar un guacalazo. Arriba de mí, un foco cuelga del techo. Las papalotas lo rodean. El cable café que sostiene el foco está tan bien amarrado a una viga de madera que nunca me caería encima.

Le entrego a El Chino mi cincho, mi pantalón. Me dejo el calzoncillo y la camiseta puesta dentro de la regadera, para lavarlos, pero también para que la gente no me vea; la cortina no cubre bien la regadera. Me echo un guacalazo de agua encima y aprieto todo. Me recuerda al pozo de mi casa. A la regadera en Tecún Umán, a Abuelito

Chepe. El agua me recorre todo el cuerpo. Se me encoje mi cosa. Siento como que no puedo respirar. Siento rico. El Chino le pega a la pared con mi pantalón para quitarle el polvo. Me quito tierra y más tierra de los sobacos, piernas, entrepierna, panza. Del pelo me sale agua negra. Estoy lleno de polvo. Me lavo el cuerpo y de ahí mi camiseta. Después que le quito la tierra a mis calcetines se los entrego a El Chino. Me pongo cerquita y en medio de la cortina y me quito el calzoncillo y trato de quitarle todo lo chuco. Este no es el que tiene la mancha de pupú, pero no me gusta porque es blanco y se le mira cualquier manchita.

—Toalla —digo, sacando la mano.

El Chino me da la toalla y me seco.

—Pantalón.

Me da mi pantalón. Todavía está lleno de polvo y espinas y zacate seco, pero ya no tanto.

—Cincho.

Me pongo toda la ropa, camisa y calzoncillo, mojado y todo, y salgo de la regadera.

—¡Se me olvidó lavarme los dientes!

—No, no —dice El Chino, pelando los dientes—. Allá. —Señala a un lavamanos.

Le entrego la toalla mojada y me siento bien limpio. Pero Patricia tiene razón, el pantalón todavía jiede. La camiseta se me pega a la panza; y si no fuera negra mi ombligo se vería pura boca abierta, como el de Patricia.

—¡Andate a la cama cuando terminés! —grita El Chino; ya se está bañando.

Me lavo los dientes en el lavamanos y camino de regreso. Hace calor adentro. Acá no hay tanto frío como en el desierto, pero tampoco es tan de noche. Siento que la camiseta se me seca rápido. Cuando llego al colchón Carla ya está dormida. Patricia tiene un brazo alrededor de ella y le toca el pelo con su mano libre. Me acuesto

encima de las sábanas. Por la camiseta siento que estoy mojando el colchón y mejor me siento. A Patricia ya se le secó.

—Dormite —dice Patricia, sin siquiera verme.

Me quedo callado y me despego la tela de la piel, para que se seque más rápido. El Chino no se apura.

—Dormite —dice otra vez Patricia.

La parte de enfrente de la camiseta no está tan mojada como la parte de atrás, entonces le doy la vuelta y me echo; me acuesto sobre las caras de los Animaniacs. Trato de acomodarme del lado que está más cerca del colchón de Carla y Patricia. Están bien cerca. Solo hay un azulejo entre ellas y yo. Quiero acurrucarme con las dos como hacíamos los días antes de ir al desierto, pero estos colchones son más delgaditos y angostos que los de las camas a las que estamos acostumbrados. Miro para arriba y mis ojos brincan de viga en viga hasta llegar a la orilla del techo. Se fueron las palomas. Han de estar durmiendo.

—¡Apagamos las luces a las nueve! —grita una monja.

¿Todavía no son las nueve? Siento como que si fuera media noche. Estoy bien lleno y me duelen las piernas, los hombros, el cuello. Me recuesto y siento como que si estuviera en una nube, como que si lo mojado de mi camiseta fueran gotas de lluvia que esperan caer. Otra vez le doy vuelta para que los Animaniacs también miren el techo. Cierro los ojos y espero sentir el peso de El Chino en el colchón.

1 - 6 - 99

—Les cobró caro —dice el hombre de San Miguel, el niño también es de San Miguel; habla de nuestro pollero, Mario.

Patricia se siente bien por eso. «Lo barato sale caro. Es mejor comprar cosas caras», dice Abuelita Neli. Ojalá sea cierto. El pollero del hombre de San Miguel le dijo que solo tenía un chance de cruzar,

no como nosotros que tenemos dos. Mario le dio a El Chino y Patricia un número de teléfono. Todos en el albergue comen su desayuno despacito, tal vez porque los huevos no saben a nada, pero los frijoles están buenos. Al terminar, El Chino recoge nuestros platos embarrados de frijoles y los tira a la basura.

—Quedate aquí con los bichos, Pati. Voy a llamar.

Antes del desayuno Patricia le dijo a El Chino que quería que fuéramos todos a buscar un teléfono. El Chino le dijo que era mejor si nos quedábamos nosotros en el albergue. Es lo que hace la mayoría: una persona va y los demás se quedan en las islas blancas.

Patricia le sigue hablando a El Migueleño; él está acostado a la par de su hijo. Resulta que él le ha pagado a tres polleros diferentes y ninguno le ha servido. Pero no ha probado con el nuestro. Ya trató de cruzar tres veces y sus caminatas suenan a que han sido más largas que las nuestras. Yo no quiero tratar más de dos veces.

—Solo tengan cuidado. Lleven suficiente agua para los cipotes —dice El Migueleño, viendo al techo. El niño, que es menor que yo, duerme debajo del sobaco de su papá.

No hay ruido. Después del desayuno todos toman una siesta. Como que el desayuno traía pitos. Mmm. Abuelita Neli hace la mejor sopa de frijoles y siempre le echaba esas florecitas verdes con puntas rojas o anaranjadas; parecen tubitos como de pintalabios. Yo también tengo sueño. Ojalá alguien pusiera música, pero creo que la persona de la radio está dormida o salió a buscar un pollero. Solo escucho el ruido de las palomas y los ventiladores. Carla abraza a su mamá. Me hace falta sentir su olor a sopa de cola de res y cómo el olor salía volando por debajo de las sábanas. El colchón es chiquitito, pero como no está El Chino lo siento gigante. No sé cómo pedirles si puedo acurrucarme con ellas como hemos hecho en todos lados. Anoche estaba tan cansado que, si El Chino roncó, yo ni me di cuenta. Pero hay una mancha de baba en las sábanas, del lado de El Chino. Yo no me muevo para allá. El Chino dejó su mochila acá. Así que Patricia tiene los

brazos metidos por los tirantes de la mochila de El Chino y la de Carla. Igual hizo El Chino anoche. Es todo lo que nos queda.

Siento como que estamos otra vez donde La Doña. No me puedo dormir. Todo mundo está bien dormido. ¿Cuándo será que vamos a caminar otra vez? ¿Cuándo va a regresar El Chino? ¿Será que alguien le irá a contestar la llamada? ¿Será que El Mero Mero ya está otra vez en México? ¿Será que Mario volvió a México? ¿Nos irá a llevar alguien más? ¿Cómo le hace Patricia para dormir ahorita? Capaz y ni está dormida. Patricia hace mucho eso: nos obliga a ir a dormir, pero ella se queda despierta pensando con los ojos cerrados. Se le mueven los labios cuando está pensando. Volteo a verla y tiene los ojos cerrados y el pelo suelto. Cada mechón de su pelo rojo castaño está estirado sobre las sábanas. Tiene una cola en la mano izquierda y el anillo en el dedo que tiene que ser. Tiene muchas arrugas. Las manos se le miran bien secas. Miro las mías y también lo están. El aire es seco. Nos tenemos que echar crema. Creo que Patricia guardaba una en su mochila. A lo mejor sí está dormida. No se ha movido. Respira despacito y siempre igual. Va pues. Voy a probar cerrar los ojos. Voy a tratar de pensar en nada, nadita. Veo otra vez las llantas de las camionetas. Al hombre gritando, «¡La Migra!», y después veo a Mario. No. Pienso en las estrellas. De noche hay un montón de estrellas. Okei, dicen los gringos. Okei. Nada. Dormite. Dormite.

2 - 6 - 99

—Comé, comé, comé —me dice El Chino, y se atraganta un poco de huevos revueltos sin sabor y frijoles, que agarró con un pedazo de tortilla de harina.

Siempre comemos lo mismo para el desayuno y siempre hacemos fila como a la mitad, detrás de El Migueleño y su hijo. Pero lo que no sabíamos al principio es que: si la comida no se acaba, podemos ir a

pedir más. Eso es lo que nos dijo la monja anoche, para la cena porque hicieron mucha comida.

Ahorita las bandejas de metal todavía tienen huevos revueltos y las ollas plateadas aún tienen frijoles. El Chino y Patricia van a traer otros dos platos de comida para los cuatro, pero se acabaron las tortillas.

—Así nos ponemos bien figura —dice El Chino sonriendo, y con comida en la boca. Tiene razón. Tenemos que comer.

Ayer Patricia y yo le dimos a El Chino nuestros dólares para que llamara al pollero y para que comprara comida. Ya no tengo más pisto. El Chino logró hablar con alguien de la gente de Mario. Tenemos otro tiro, pero es el último. Ahora sí tenemos que llegar. El hombre con quien habló El Chino conoce a Don Dago, El Coyote, Mario y a El Mero Mero, pero no sabe qué les pasó a Mario y El Mero Mero. El hombre nos dijo que podíamos salir hoy mismo, y es lo que vamos a hacer. Pero le dijo a El Chino que teníamos que comprar comida y agua con nuestro pisto.

—Va a ser igual.

Vamos a ir al desierto en carro y después nos toca caminar. Desde ayer El Chino se convirtió en Mario y Paco; nos dice que tenemos que dormir, que tenemos que descansar, que tenemos que comer para aguantar la caminata. Pasamos el día comiendo y durmiendo. Me esforcé por tomar siestas. Después ya me dormía más fácil. El Chino se dormía a la par mía. Cómo me ayuda tenerlo a la par, así no me siento tan solo.

—¿Ya se van? —nos pregunta El Migueleño; está sorprendido que ya nos vamos.

Todavía no sabemos cómo se llama. Le decimos El Migueleño y él nos dice Soyas. Él cree que también soy de Soyapango. Piensa que somos familia.

—Ajá —dice Patricia, mientras comemos nuestro segundo plato de comida.

El Migueleño se va a quedar al menos un día más.

—Tengan cuidado y lleven un montón de agua —le dice a El Chino y Patricia, y se vuelve a acostar en su colchón.

Salimos a medio día. El Chino no nos ha dicho adónde vamos. Dice que él sabe. Que confiemos en él. Dice que vamos a juntarnos con un hombre con botas de cuero cafés, sombrero vaquero negro y un picop rojo.

Estoy nervioso como cuando estaba en la casa de La Doña, pero ahorita es diferente. No sabía cómo iba a ser el desierto de noche. No pensé que nos iban a agarrar. Que si no corríamos rápido nos íbamos a atrasar y los gringos nos iban a meter en una camioneta de La Migra. Que íbamos a dormir en una jaula, puros animales. No quiero que eso pase otra vez. Quiero ver a mis papás. Ahora no llevo mochila, entonces voy a caminar más rápido. Me truena la panza. Ojalá que los huevos no me hayan hecho mal.

—Dormite, hermanito —dice El Chino. Está acostado a la par mía, pero tiene los ojos bien abiertos.

Patricia tiene los ojos cerrados, pero ahora sí miro que mueve la boca. Está pensando. No puedo ver a Carla, porque está del otro lado del colchón. ¿Tal vez Patricia está rezando? La última vez también rezamos, pero fue antes de salir. Cierro los ojos y hago como que estoy en la iglesia rezando con mis amigos.

El Chino me mueve para despertarme.

—Javier, Javier —dice suavecito.

Patricia y Carla están sentadas en el colchón, tienen el pelo mojado y huelen a jabón Zote.

—¿Te querés ir a bañar? —dice Patricia.

Le digo que no.

Carla voltea a verme y hace como que si acaba de oler algo jediondo; se le mueven los hoyitos de la nariz.

—Bañémonos —dice El Chino.

—Sí, par de monos —dice Patricia—. Ufffa —agrega, moviendo la mano como para ahuyentar un olor feo.

No me quiero bañar. Pero no quiero ser el único sin bañarse. Me restriego los ojos y me levanto del colchón. Carla se ríe de mí mientras su mamá le peina el pelo. De plano que el peine iba en la mochila de Carla. Si Patricia tuviera su mochila, de seguro estaría doblándose las pestañas, pintándose los ojos y los labios, y ese fuego, que ya casi se le fue, con pintalabios. Me hace falta verla cuando se maquilla. Me hace falta verla como yo antes miraba a Tía Mali.

—Má. —Patricia le entrega a El Chino la barra de jabón—. El zopilote —dice, y se ríe. Así le dice al jabón. Zote suena a zopilote.

Sigo a El Chino a las regaderas. Hoy hace más calor. No hay fila para las duchas, pero El Chino me deja que vaya primero. Igual que siempre, me baño y él me entrega mi pantalón. No lavo mi camisa, pero sí el calzoncillo. Me restriego por todos lados. Tengo que oler bien para conocer mañana a mis papás. Esta es la última vez que me baño en México. Me seco el cuerpo y le entrego la toalla y el jabón a El Chino. Me lavo los dientes ahorita, porque se me olvidó lavármelos en la mañana. Nadie me despertó. El corazón me late bien rápido. Siento rara la cabeza. Quiero que alguien me diga que todo va a salir bien, hace ratos que nadie me dice eso.

Cuando regreso al colchón, Patricia se está peinando el pelo. Todavía lo tiene mojado.

—¿Ya estás listo?

—Sí —le digo.

—Sí, ¿qué?

—Sí, mamá.

Se ríe, se acerca a mí y dice:

—Sos un buen hijo de mentiras. Otra vez hagamos como que sí somos familia, okei?

Desde que escuchamos a los gringos uniformados decir esa palabra, todos la decimos más y más. Okei, okei, okei.

Parece como que si El Chino ni se bañó. No tiene la camiseta mojada.

—¿Listos?

—Sí —decimos todos.

—Va. Agarremos las cosas.

El Migueleño y su hijo levantan la cara.

—Nos vemos del otro lado, Soyas —nos dice—. Buena suerte. —Y levanta los pulgares.

—Gracias, maitro.

Maitro. ¿Será que Marcelo ya está construyendo casas en Los Ángeles? El Chino agarra su mochila. Patricia lleva la mochila de Carla a la espalda. Carla le agarra la mano a su mamá. Yo le agarro la mano a El Chino y él nos saca del laberinto de colchones. Pasamos a la par de gente sentada, gente acostada y unos se despiden de nosotros.

8

Segundo tiro
2 de junio, 1999

El pollero no nos dijo mucho, solo, «Súbanse atrás», mientras fumaba en frente de un picop rojo. Lleva puesto un sombrero negro y botas cafés. No salimos de una vez. Esperamos a que llegara más gente. Otro hombre estaba en el asiento del copiloto también fumando. Cada vez que llegaba más gente, el pollero con el sombrero negro nos contaba. Siguió así hasta que el número llegó hasta el que él quería, por ahí a la una de la tarde, entonces nos fuimos.

Ya llevamos como hora y media de camino. Salimos de Nogales, para las montañas y luego pasamos por unos pueblos chiquititos que están a la par de unos ríos y atravesamos unos valles entre colinas. Montañas cafés a un lado, hacia delante; otras llenas de polvo por todos lados. Subimos, bajamos, de un lado a otro; el camino tiene muchas curvas. Es un viaje más largo que el primero, y avanzamos hasta donde lo único que crece son cactus y árboles bien delgaditos. Las llantas pasan por piedras y después entramos a este camino de tierra.

Al ratito, el Sombrero Negro grita, «¡Ya llegamos!».

El picop se parquea a la par de un gran árbol de tronco blanco. Sus hojas, grandes como manos adultas, le dan sombra a una casa vieja con tablas rotas y sin ventanas. Hay palomas en el techo y gente durmiendo en el piso. El otro hombre sigue adentro del carro y no dice nada.

El Chino brinca de la cama. Son las tres. El sol está allá arriba. Hace más calor acá que en Nogales. Está más caliente que en El Salvador. El

Chino nos ayuda a bajar del picop, uno por uno. Nadie más nos ayuda. La gente camina despacito hacia la casa que se parece más a una letrina grande. Los polleros no nos piden que nos apuremos. Es diferente que la vez pasada.

—Descansen, coman, duerman. Regresamos al anochecer —dice el Sombrero Negro, y se va con su copiloto.

La casa no tiene puerta. La puerta está zafada y puesta contra la pared. El sol pasa a través de lo que alguna vez fue un techo.

—Hotel cinco estrellas —dice Patricia.

—De noche es vergo estrellas —bromea El Chino.

Nos quedamos afuera de la casa, bajo la sombra del gran árbol y donde hay más gente. Casi que solo hay hombres. Hombres por todos lados. Pero también hay unas mujeres y algunos niños, que son más grandes que Carla y yo, adolescentes.

—Abuzados —dice El Chino, señalando unos clavos que salen del piso.

Hay tablas rotas y basura en el piso: botellas de agua, latas de gaseosas, latas de atún, bolsas plásticas, camisetas rotas, brasieres, calcetines y calzoncillos. Nos quedamos en la esquina que está más cerca de la casa, donde hay más sombra, donde todavía hay varias tablas enteras.

El Chino y Patricia se sientan de espaldas a la entrada de la casa. Unos hombres duermen con sombreros y cachuchas en la cara. En nuestro primer tiro, cuando Chele y Marcelo estaban con nosotros, vi a varios hombres hacer lo mismo. Fumaban mucho. Acá nadie fuma. A El Chino le tiembla la rodilla. No ha comprado cigarros, pero sí fumó unos en el albergue. A pesar que Chele ni me hablaba, me hacen falta sus chistes. Tal vez por eso El Chino ha estado haciendo más bromas, pero sus bromas son diferentes. Chele ni siquiera lo hacía a propósito. ¿Y Marcelo? Todavía estoy bravo con Marcelo, pero ya no tanto.

Patricia dice que Marcelo fue bien pilas al irse porque de plano no lo agarraron. Sin él me siento menos protegido. Cuando Marcelo

estaba con nosotros la gente nos miraba de otra forma, como con respeto y miedo, tal vez porque Marcelo es bien figura o porque tenía cara de pocos amigos, o sería por los tatuajes que tenía en los brazos. Nadie de Los Cuatro se ve así. Los tatuajes de El Chino están escondidos. Tiene cara de buena gente y es más joven. No se mira tan malo, pero trata. Siempre que un hombre voltea a ver a Patricia, El Chino lo mira y le enseña su anillo de bodas, su anillo de mentiras. «¿Quiubo?», dice, haciéndole mates a los que se le quedan viendo a Patricia. En el picop nadie dijo nada; todos miraban el paisaje. Aquí, todos están dormidos. El viento mueve las hojas de los árboles y suena, pura lluvia, una lluvia verde y amarilla.

—Descansen —dice Patricia.

Volteo a ver a Carla y ella me ve a mí.

—Solo eso hacemos —dice Carla.

Tiene razón. Ya descansamos bastante. No me duelen las piernas. Ya casi se me fue el dolor de panza. Me hago el valiente y apoyo a Carla con un «Ajá».

Patricia no nos dice nada. Si le hubiera dicho lo mismo a Mi Mamá, ya me hubiera dado riata.

Carla tiene una cola en su muñeca derecha. La señalo y le digo:

—¿Querés jugar?

—¿Jugar a qué?

Con mis manos formo un círculo.

—Ahhh.

Carla sonríe y empieza jalar un lado de la cola con sus dedos. Hace lo mismo con el otro lado de la cola. Luego la suelta. Carla no le da al círculo. En vez de eso, me pega en la panza. Nos reímos los dos. Carla se ríe, pura gallina cacareando. Me gusta su risa. El Chino y Patricia nos ven y sonríen.

Jugamos al mejor de cinco. De ahí al mejor de diez. Al mejor de quince. Ella siempre gana. Después de jugar, tomamos agua de uno de los galones de agua que trae Patricia. Compramos dos botellas para El

Chino. Dos para Patricia. Una tamaño medio para Carla y otra para mí.

—Mami, juegue conmigo —le dice a Patricia, cuando se da cuenta que yo nunca le voy a ganar.

Patricia hace como que no la escucha hasta que Carla pone cara triste y cruza los brazos.

—¡Mona mimada!

Ellas juegan mientras veo a un halcón dando vueltas en el cielo. ¿Una buena señal? El cielo es azul y azul. No hay nubes. El aire todavía está caliente. Vienen más picops con gente. Un picop gris. Uno azul oscuro. El picop rojo donde íbamos nosotros no ha regresado. Vienen entre cinco y diez personas en cada picop. Tal vez algunas de las personas que vimos en nuestro primer tiro esperaron, tanto como nosotros ahora, antes de hacer la fila y empezar a caminar. Son las cuatro y vienen más y más picops. Somos al menos treinta personas. No se siente como que hay un coyote acá, un pollero. Nadie habla con nosotros. Nadie le habla a nadie. Unos comen algo. Toman agua. Todavía no tenemos hambre. Me acuesto en las tablas de madera y estiro las piernas, las muevo a un lado, como apuntándole al sol. Como no tengo mochila me acuesto sobre mi chamarra que huele a sudor.

Carla le gana a Patricia y está contenta, y al fin se queda quieta. Se acuesta a la par mía, encima de su mochila.

—Todo va' estar bien, bichito —dice Carla, viendo para otro lado.

Yo la miro, pero ella mira el cielo. Nadie me ha dicho que todo va a estar bien en mucho tiempo. Señalo al halcón que está más lejos ahora, pero todavía anda dando vueltas. Carla sonríe y le toca el brazo a su mamá para que ella lo mire también.

—Es una buena señal —dice Patricia.

No hay nubes ni luna. Es muy raro. Miro para todos lados, pero no hay nada. La vez pasada la luna estaba casi llena, pero igual nos agarraron. Tal vez es mejor así. El Cadejo no nos acompañó. Él no es

la luna. Vi un halcón. «Todo va' estar bien». Hoy sí vamos a llegar.

No quiero que nos agarren otra vez. No quiero estar en la jaula. Me recuerdo de ese piso frío y me dan ganas de caminar más rápido, de llegar más rápido a la van. Cuando tome agua voy a tomar traguititos nomás. Debería descansar más. Pero aquí, debajo de este arbolote, no estoy tan nervioso como la primera vez que nos dejaron en el desierto. No sabía qué tanto íbamos a caminar o el frío que hacía de noche en el desierto, o que íbamos a caminar en una fila bien larga. Ahora ya sé. Estoy listo.

Un picop regresa y se parquea a la par de otros tres. Unas palomas blancas salen del árbol y del techo; las alas se les miran bien blancas cuando las aletean. Me gusta mucho el sonido que hacen. Vuelan hacia las montañas, que el atardecer pinta de anaranjado. El halcón ha de estar por ahí, pero no lo veo. Capaz ya se fue. Todos los picops tienen un chofer y un copiloto. Todos ellos se bajan y caminan a donde estamos nosotros. Me dormí un rato, pero soñé con unos perros bien feos y no descansé bien. No hay nada que hacer más que acostarse en el suelo. Nadie se levanta. Ninguno se mueve de más. Ya sabemos qué toca: caminar, caminar y caminar.

Creo que ya vi quién es el nuevo Mero Mero; un hombre chiquito, tan chelito como Chele, con pelo entre rojo y café, una barba rala y de bigote. Un grupo de siete hombres lo sigue. ¿Serán los polleros? Él lleva una mochila azul oscuro que le queda muy grande; es casi del color de sus bluyines. Metida en su cincho negro, lleva una camisa verde oscuro de vestir y de manga larga. Es más panzón que Chele y menos que Don Carlos. Lleva una cachucha de béisbol café oscuro. Encima de las orejas se le salen unos colochos.

—¡Escuchen! ¡Hey! ¡Pongan atención! ¡Todos! —La voz de El nuevo Mero Mero es rasposa como la de El Coyote después de que nos gritó una mañana entera. Cuesta entenderle—. ¡Todos! —dice otra vez,

quitándose la cachucha antes de moverla en el aire, pura bandera. ¡Es pelón! ¡El Mero Mero #2 es pelón como Don Dago! Por eso llevan cachuchas. Pero no se mira tan viejo—. Nos vamos en un rato. Agarren sus cosas.

Sombrero Negro está a la par de El Mero Mero #2 y grita:

—¡Ya lo escucharon! ¡Escojan un camión! ¡Ya nos vamos para La Línea!

Al fin empiezan a moverse espaldas, rodillas, manos. La gente camina, esquivando hoyos en el suelo. Unos menean la cabeza. Otros se pegan en la cara para despertarse. Unos tienen galones de agua amarrados a sus mochilas, los amarran con tirro, con cintas de zapatos, y por ahí vi a alguien que tenía uno amarrado con un cincho.

—La segunda es la vencida —dice El Chino, inflando el pecho.

—No nos salés —dice Patricia, abriendo su mochila, viendo que tiene todo lo que necesita.

El Chino revisa sus galones; en la tienda le puso tanto tirro que los galones parecen como que si una culebra estuviera ahorcándolos. Hizo lo mismo con los galones de Patricia. Mete uno de ellos en la mochila y se avienta el otro sobre el hombro. Carla y yo lo miramos. Nosotros no llevamos mochilas. Me siento desnudo.

—¿Listos? —nos pregunta Patricia. Asentimos tan rápido que el cerebro se nos topa con la frente—. ¿Vos? —le pregunta a El Chino.

—Cómo no.

Nos levantamos y seguimos a la gente que va para donde están los picops. Nadie va corriendo. Los polleros no nos dijeron que teníamos que apurarnos. El Chino nos lleva a donde está el mismo picop rojo que nos trajo hasta acá. Él se acerca a mí.

—¿Ya viste al Coco Liso?

No sé a qué se refiere.

—Coco Liso, vos. El pollero.

Carla y yo nos reímos. Patricia mueve la cabeza y dice quedito:

—Bayunco. —Así deberíamos decirle a El Chino.

Sombrero Negro fuma a la par del picop rojo. El mismo copiloto de antes está sentado adentro del picop. Todavía hay un poco de azul en el cielo. El sol no ha caído del otro lado del horizonte, pero ya todos los pájaros se fueron.

Cuando ya todos están en la cama de alguno de los picops, El Mero Mero #2 regresa a ver dentro de la casa que parece letrina. La revisa bien. Sale y se mete el índice y su pulgar en la boca y chifla bien duro. La monja que me daba clases en tercero chiflaba así, para que le pusiéramos atención.

—¡A la chingada! —les grita a los choferes, mientras él se acerca al picop azul.

—Coco Liso —digo suave. El Chino es chistoso. Así le vamos a decir al nuevo Mero Mero, por pelón: Coco Liso.

Coco Liso se sube al picop azul cerrando la puerta de un pencazo.

—¡Agárrense! —grita Sombrero Negro dándole un manotazo a la puerta, y pisando el acelerador.

Todos los picops avanzan. El sol atraviesa nubes de polvo y las pinta de dorado. Ya vamos camino a La Línea.

—¡Nos vamos en quince minutos! —grita Coco Liso, mientras se fuma un cigarro.

Nos tomó media hora para llegar a un camino de tierra donde no había más carros. Donde hay los mismos arbustos de la vez pasada, arbustos con ramitas delgadas llenas de espinas y hojas tiesas. Y a la par del camino hay un montón de ropa tirada y basura. Todos nos bajamos y los picops se quedaron un rato ahí, parqueados y, de ahí, se fueron. Ahora solo quedan cuatro polleros incluyendo Coco Liso. Sombrero Negro se fue, igual que Paco; él solo era chofer.

Los otros tres polleros están detrás de Coco Liso. Son como de la edad de mis papás y de Patricia, más grandes que El Chino. Todos van de bluyines y cachuchas de béisbol. Uno se parece a Marcelo. Tiene el

pelo entre ondulado y colocho, es bien moreno y tiene una quijada cuadrada, pero no es tan figura o tan alto como Marcelo. Los otros dos polleros son chelitos igual que Coco Liso, solo que ellos tienen pelo oscuro.

Ya casi anochece. Hay gente que se sienta alrededor de Coco Liso, otros se quedan parados. Los murciélagos silban y aletean, y se tragan a los insectos que vuelan encima de nosotros. Ojalá que se coman todos los mosquitos de fruta y los zancudos, que nos están jodiendo. Nadie habla más que Coco Liso. En los arbustos, miles de grillos cantan.

—Primero revisen que no traigan nada que refleje la luz. Estos tres van a revisarlos y les van a dar cinta para cubrirse.

—La Migra tiene binoculares para ver de noche, helicópteros, cámaras infrarrojas —dice, igual que nos dijo El Mero Mero.

Yo ya soy un experto. Sé qué preguntas vienen en el examen.

—Vamos a caminar lo más que podamos hasta el amanecer o a media mañana. Mañana en la tarde vamos a llegar a un rancho donde los van a recoger unas vans.

—Hoy es diferente —le dice El Chino a Patricia, que está de pie y poniendo atención.

—¿Un rancho?

—El Coco Liso se mira más profesional —dice El Chino, moviendo la cabeza y haciendo caras como que confía en Coco Liso.

Carla y yo nos vemos y hacemos igual que El Chino: movemos la cabeza de arriba abajo, hacemos caras y levantamos los pulgares. Nos da risa hacer como hace El Chino.

—Caminamos en una sola fila —sigue Coco Liso—. Vamos a parar cada dos horas para ir al baño.

—Si me ven, es que van hasta atrás —dice El Doble de Marcelo y levanta la mano—. No vayan hasta atrás.

—Si creo que viene La Migra, les grito «escóndanse» o «a correr». Si corremos, les chiflo dos veces así. —Coco Liso chifla igual que la vez

pasada—. Luego hago así. —Abre la boca—. Uuuu-u. Uuuu-u. Uuuu-u.

¡Suena puro tecolote!

—Tres veces, nomás. Un minuto después voy hacerlo otra vez. —Coco Liso hace Uuuu-u otra vez.

—Si no nos pueden encontrar, háganle igualito y vamos a buscarlos.

—Practiquen —dice otro de los polleros.

Empezamos todos a hacer igual. Hay muchos tecolotes debajo de los arbustos. Tecolotes de pie. Uuuu-u. Uuuu-u. Uuuu-u. Le hago Uuuu-u a Carla. Patricia y Carla me hacen Uuuu-u a mí. El Chino le hace Uuuu-u al cielo.

Coco Liso chifla y todos se callan. Ya está haciendo frío. Hay vientecito, entonces me pongo la chamarra. Igual hace Carla. El Chino y Patricia han de tener calor todavía, porque siguen poniendo atención y ni siquiera voltean a vernos. Todos escuchan a Coco Liso como que si fueran monjas y él, el padre. No recuerdo que El Mero Mero hiciera puro tecolote. Me siento bien con Coco Liso. Es un profesional.

—Ahorren agua. Mañana va a estar más caliente que el culo del diablo.

—Uffa —dice Patricia, viéndome.

Me tapo la nariz.

—Mientras más caminen hoy, menos van a caminar mañana bajo el sol.

Otro pollero le dice algo al oído a Coco Liso.

—Vamos pal norte y tenemos que buscar un pico a nuestra izquierda que tiene forma de cuerno, como el cuerno de un rinoceronte.

¡¿Un rinoceronte?!

—Van a haber cercos con alambre de púas —sigue Coco Liso.

Volteo a ver a El Chino y él me mira a mí con sus ojos grandotes y sus cejas espesas, y después me apacha un ojo.

—Te cargo como la vez pasada —dice, y hace como le hizo la

última vez, cuando me aventó al otro lado del último cerco, al finalito de nuestro primer tiro.

—Ajá.

—A vos también —le dice a Carla.

Así sí es más rápido.

—Vos vas por abajo y no te quedés trabada —le dice a Patricia.

—Traten de echarse la mano —dice Coco Liso, que no ha dejado de hablar—. Mientras más rápido mejor.

Estamos listos.

—Vayan a orinar. Tomen agua. Nos vamos en cinco minutos.

La gente se empieza a mover. El crujir de ropa y zapatos ahoga el ruido que hacen los grillos y los murciélagos. Los polleros se separan y van a revisarle la ropa a la gente. Uno de los polleros pálidos viene con nosotros y nos da a Carla y a mí unas pastillitas blancas. Nos las tomamos sin siquiera ver a El Chino o a Patricia. Sabemos que son buenas.

—Bichos, recemos —dice Patricia, jalándonos—. Vos también.

El Chino se acerca a nosotros y nos abraza. Patricia empieza a rezar. Cerramos los ojos. Estamos bien cerca y yo soy el más chiquito de Los Cuatro; siento como que si estuviera en medio de un bosque. A Carla y Patricia les huele el pelo a jabón Zote. O tal vez es el pelo de El Chino el que huele así. Todos usamos el mismo jabón. Pero las chamarras todavía huelen a polvo y zacate seco. Pido para que lleguemos bien, para que La Migra no nos encuentre, para que al fin mire a mis papás.

Cuando abro los ojos veo que otras personas están rezando y tienen rosarios en las manos. Otros agarran el crucifijo que llevan en el cuello. Todos rezan. Coco Liso vuelve a chiflar. Todos voltean a verlo, guardan los rosarios, meten los crucifijos en sus chamarras. El chiflido de Coco Liso es bien duro y agudo, tanto que me truenan los oídos.

—¡Fórmense! —grita.

La gente se persina o levanta las manos al cielo.

Es la señal para que Patricia y El Chino se cierren las chamarras. El

Chino me agarra la mano y Patricia se la coge a Carla. Las aguas que El Chino lleva en su mochila hacen ploch, ploch. Patricia dijo que ella no podía llevar dos galones, que eran muy pesados, entonces cambiaron. El Chino metió algo de su ropa en la mochila de Patricia y él ahora lleva dos galones en su mochila. Ahora los dos aprietan una culebra de tirro con su mano derecha. Ya nos bebimos un cuarto del primer galón, del que compartimos entre todos. Carla y yo llevamos unas botellas tamaño medio; esas nos las vamos a tomar de último.

La gente se amontona hasta adelante, donde está Coco Liso con su lámpara encendida, viendo si algo refleja su luz.

—¡Una fila! ¡Una sola fila! —Los dos polleros pálidos hacen una fila y están a unos cinco metros, uno del otro, y le dicen a la gente que se acerquen a ellos.

Primero va Carla. Ella está cinco personas atrás del primer pollero pálido. Luego va Patricia. De ahí voy yo, y El Chino va hasta atrás.

Un hombre bien altote se mueve de lado a lado enfrente de Carla. Nos hace falta nuestro líder, Mario, y la cola del grupo, Marcelo y Chele. Se siente vacío. Hay gente extraña alrededor. Ha de haber más de cincuenta personas en la fila. Más de cien pies, cien manos, cien ojos; un ciempiés de a de veras. Ciempiés El Remix. Estoy nervioso. Me sudan los sobacos y eso que no hace calor como de día.

—Ahí caminás cerca de ese hombre —le dice Patricia a Carla, bien duro para que también la escuche el hombre. Patricia voltea a verme —. Más cerquita —dice, y me jala hacia ella.

Estoy tan cerca de Patricia que podría lamer su mochila. El Chino pone su mano sobre mi hombro. Trata de pegarme en la oreja.

—Ya, hombre —le digo, volteándolo a ver y él se ríe; los dientes le brillan como debería brillar la luna, pero hoy no hay luna. Detrás de él aparecen las primeras estrellas en el cielo, en un cielo azul, azul oscuro, casi negro.

—Vamos con Dios —dice Patricia y se persina otra vez. Yo también me persino. El Chino igual.

Los arbustos parecen niños despeinados que esperan a que pasemos a la par de ellos, igual que mis amigos cuando querían que les diera un chócales después de un partido de futbol.

Coco Liso chifla. Empezamos a caminar y levantamos tierra con los zapatos. No miro el polvo, pero sí siento su sabor. Caminamos bien duro. Las chamarras se soban y soban y suenan, puras bolsas de plástico. Los galones de agua hacen ploch, ploch. Ya me sé de memoria estos sonidos. Hace días estábamos en otro lugar, pero acá los arbustos son iguales. El zacate truena igual. El corazón me late bien rápido. Ya quiero ver el cuerno del rinoceronte. Y las montañas a la derecha. Las colinas a la izquierda. Más y más estrellas. Me enfoco en los zapatos de Patricia. En su pantalón. En su mochila que la tengo ahí nomás.

Cuando empezamos a caminar la última vez había árboles y, rápido, ya no había. Ahora pasamos entre arbustos y aquellos cactus solitarios, los Solitarios. Y cada diez metros, más o menos, pasamos cerca de un árbol que sale de la tierra. El terreno está lleno de baches. Primero íbamos para abajo, pero ahora se siente como que vamos colina arriba.

También hay menos cercos. El Chino nos ayuda a Carla y a mí a brincar al otro lado. Él y Patricia pasan rapidito debajo. A nadie se le traba el pelo o la mochila. Todo va más rápido. Mejor hecho. Hoy sí sé que vamos a llegar a las vans. Coco Liso conoce el terreno.

Con Coco Liso llegamos más rápido a La USA que con El Mero Mero. Nos llega el aviso desde adelante. Ya estoy más cerca de mis papás. Mañana voy a estar con ellos, después de lo del rancho y las vans. Nada va a salir mal. Vi un halcón. La luna ni ha salido, pero nuestros ojos ya se acostumbraron a estar a oscuras. Podemos ver de noche. Tenemos superpoderes.

Hace más frío que la vez pasada. A veces se viene un viento y los

arbustos me pegan en el estómago o en las piernas con sus bracitos delgados. Cuando pasamos a la par de los Solitarios, sentimos las espinas, zumban y hacen suish. Zumban y zumban. Tengo frío en las manos, entonces las meto dentro de mis mangas. No tengo tanto miedo como la primera vez, pero el corazón no me deja de latir bien duro. Ahora ya sé que al menos vamos a caminar medio día. El Chino está aquí conmigo. Patricia y Carla también. Los Cuatro rezamos. Sigo los zapatos de Patricia. Un paso. Otro más.

Pasamos a la par de un nuevo tipo de cactus. Son pequeñitos, pero con espinas bien grandotas, que son como los huesos más grandes de un pescado. Alguien adelante de Carla se paró en una espina.

—Pequeño, pero picoso, igual que yo —dice Patricia, rodeando uno.

Hay más viento. Más ruido. La vez pasada el desierto no hizo tanto ruido. Me da miedo así. Me recuerda a La Carreta Chillona.

Mi Mamá, Tía Mali y Abuelita Neli me decían que, si no me iba a dormir, la carreta me iba a llevar. Decían que La Carreta Chillona no tenía bueyes, caballos, ni toros. Que nada la jalaba, que iba sola, que estaba poseída por un espíritu maligno, un espíritu invisible. Que solo se podía escuchar cuando tronaba la carreta. ¿Y si está por acá? Quiero agarrarle la mano a Patricia, pero mejor no. Tenemos que ir en línea recta. Le miro los zapatos.

A la derecha hay más luz. Ya llevamos más de dos horas caminando. Deberíamos parar pronto para hacer pipí. Ninguno de Los Cuatro ha querido hacer pipí. El Chino dice que no deberíamos tomar agua hasta que paremos. No hemos tomado agua. Dice que así nos va a durar más, y que no se nos va a acabar como cuando íbamos con El Mero Mero. Tengo sed. Tengo frío. Me da miedo La Carreta Chillona. Pero con Coco Liso vamos a llegar bien. El Chino y Patricia confían en él. Es nuestro último tiro. Si no hay que pagar otra vez. Vamos a atravesar los ruidos y la noche. Tenemos que.

Suena como que si una moto viniera pedorreándose colina arriba. To-to-to-to-to-to-to. Patricia deja de caminar. Todos dejan de caminar. La palabra «helicóptero» recorre la fila. Me imagino las hélices, puros machetes, cortando la noche llena de cañas de azúcar. Paramos hace diez minutos, para tomar agua. El estómago me hace ploch, ploch, ploch. El corazón me late bien rápido. Ya ni me acuerdo de La Carreta Chillona. Le tengo miedo a lo que viene del cielo.

—¡Abajo!

Nos tiramos al suelo para vernos, puros arbustos. Como Carla tiene una chamarra verde, ella sí parece arbusto. El Chino es delgadito y lleva una chamarra café oscuro. Yo soy chiquito.

—Bichos, buzos, por si toca correr.

El helicóptero está cerca. Patricia le agarra la mano a Carla. El Chino me agarra la mía.

—Árbol —la gente susurra.

No estamos ni cerca de donde hay árboles. Nada nos cubre. Solo hay zacate seco y más zacate seco. Es como que si estuviéramos en una descuidada cancha de futbol. Al fin salió la luna y está sobre las montañas, a la derecha; se mira llena, o como que si alguien le hubiera dado un par de mordidas. Atrás están las estrellas y parece como que alguien tiró confeti blanco en el cielo. Pero enfrente de nosotros…

No veo dónde está el helicóptero, pero sí lo escucho. To-to-to-to-to-to-to. Se acerca más y más. Miramos de un lado a otro, para ver si viene hacia nosotros o va para otro lado. Es como el chiflido de El Cadejo.

Despacito despegamos las rodillas del suelo, nos quitamos el polvo de encima y caminamos para adelante. Sigue allá arriba.

La gente habla quedito. Dejamos de caminar.

Nos agachamos. Nos vemos, puros arbustos.

Se oye como que si el helicóptero está bien lejos. Y entonces, una luz…

Del cielo cae una gran luz que ilumina el suelo. Un hoyo blanco. Una lámpara que es más brillante que la luna, y que se mueve de un lado a otro como una espada rebanando el desierto.

—¡Abajo!

Nos tiramos al suelo. Una oscura nube de polvo se levanta del suelo y el corazón me hace, puro tambor. Tu-tun. Tu-tun. Miramos a la espada.

El Chino se levanta un poquito, como que si estuviera haciendo despechadas o como que si estuviera a punto de salir corriendo.

—Si viene para acá, nos vamos —dice.

Yo también me levanto un poquito. Tu-tun. Tu-tun.

Esperamos. Esperamos que se vaya la espada. Cierro los ojos. No quiero que venga La Migra. Tenemos que llegar a La USA. Tenemos que. To-to-to-to-to-to-to…

El Chino me agarra la mano. Me aprieta bien duro. Siento sus dedos como los dientes de un peine bien caliente. Siento su pulso. Se me cierra la garganta. Meto la mano en la tierra fría, entierro los dedos como que si fueran tacos de futbol. Siento piedritas en la piel. Unas piedritas brillan bajo la luna, tiemblan. Me olvido de ellas.

—Agarrame la mano —le dice Patricia a Carla.

—Tranquilo —dice El Chino, apretándome.

La espada…

Las hélices…

—¡COOOORRAAAAAN!

La luz les pega a los arbustos. A la gente. Una mano. Una pierna. Piedras. El Chino corre bien rápido, jalando a Patricia y ella jala a Carla. La luz está detrás de nosotros. Delante también. La gente corre a la par de nosotros. Lejos de nosotros. Ni siento el piso. La mano de El Chino me ahorca el brazo. Siento como que se me va a zafar el brazo. La gente cae al suelo. Gritan.

Patricia cae al suelo.

—¡Mamá!

—¡Chino!

El Chino deja de correr. Jala a Patricia del suelo. Toco tierra. Otra vez estamos corriendo.

—¡Árbol! ¡Árbol!

El Chino sigue a la gente, a sus voces.

—Por acá.

El Chino me avienta al otro lado de un cerco. Avienta a Carla. Ayuda a Patricia a pasar por debajo. El helicóptero da vueltas detrás de nosotros. Corremos hacia la sombra gorda de un árbol. La tierra tiene hoyos, baches, túmulos. Nos acurrucamos alrededor del tronco de un árbol y las hojas y las ramas nos cubren a todos.

—Ya no viene —dice alguien.

—¡Shhhh! —dicen varios.

Somos apenas un trozo del Ciempiés. Ocho. Ocho gentes haciendo como que somos raíces, como que somos piedras.

—¡Aay! ¡Aaaaaay! —grita alguien.

—¡Shhhhh!

—¡Aaay! ¡Aaaaay!

—¿Qué pasó vos? —le pregunta El Chino a Patricia, acercándose a ella. El Chino al fin me suelta.

—¡Me duele la cara! —Grita más duro que cuando nos agarró La Migra—. Y las manos. —La gente le dice que se calle.

—¡Se le metieron espinas, cerotes! —les grita El Chino a las sombras. Patricia sigue llorando. Me siento enfrente de Carla y ella le agarra el brazo a su mamá. Alguien empieza a hacer, puro tecolote.

—Callate, pendejo. Todavía no. —La gente regaña al que estaba haciendo como tecolote. Ni siquiera le salió bien.

—Me duele un vergo —dice Patricia. Todos estamos de rodillas enfrente de ella.

—A la vieja —dice El Chino.

El pecho se me mueve de arriba abajo. No puedo respirar tranquilito.

—Te las voy a tratar de quitar.

—Mami —dice Carla, tratando de quitarle las espinas de las manos a su mamá.

—Está bien —le dice El Chino a Carla, quien tiene los ojos llorosos.

Suena como que si tuviera hipo. No he escuchado a Carla o Patricia llorar así. Patricia tiene pequeñas marcas en los cachetes, en la frente, los labios, la nariz. Un líquido negro le sale de los labios. ¿Será que es sangre? Tiene hoyitos también en la chamarra y en las manos.

—Que no las toque —dice alguien a la par de nosotros—. Jálenlas. Arránquenlas.

—No te toqués.

El Chino le agarra la cara a Patricia; pone los dedos donde no hay espinas. Con la otra mano le arranca las espinas, una por una. Le mueve la cara a un lado para que le pegue la luz de la luna, mientras Patricia dice suavecito:

—Puta, ay, vieja, mierda.

Me miro las manos y la chamarra. Están llenas de espinas. Son espinas de cactus. Tengo unas, pero tengo también ramitas, palitos y tierra encima. Empiezo a arrancarlas. El Chino sigue quitándole las espinas a Patricia. Ella deja de llorar. Ahora se queja suavecito. Carla se revisa la ropa y la piel. Ella también tiene espinas en las manos y en su chamarra, y en el pantalón. Me reviso el pantalón; me duele cuando toco las espinas. ¿Cómo le hace Patricia para no gritar? Me arranco las más grandes. La mayoría son chiquititas, pero igual las siento.

—¡Ayyy! —A Patricia se le salen lágrimas de los ojos.

Me acerco para ver las espinas que le está sacando El Chino. Muchas son más cortitas que una uña. Otras tan largas y gruesas como un dedo meñique. Patricia no puede ni morderse el labio.

—Carla, sacá el cortaúñas o las pinzas.

Carla también llora, pero le quita con cuidado la mochila a su mamá. Tiene miedo. Yo también lo tengo. Quiero ayudar, pero no puedo ni hablar. Hay espinas en los tirantes de la mochila.

—Uuuu-u. Uuuu-u. Uuuu-u —hace alguien a la par de nosotros. Nadie dice nada.

—Aquí está —dice Carla, y le entrega el cortaúñas a El Chino.

—¿No tenés pinzas?

Carla dice que no con la cabeza. Con cuidado, El Chino agarra las espinas que Patricia tiene en la cara con el cortaúñas. Las tiene en los cachetes, en la frente, en la nariz; la piel se le ve gris bajo la luz de la luna. Chino le agarra la cara bien duro, para que no se mueva, pero siempre tiene cuidado de no tocar donde había o hay espinas. Otra persona también se pasó llevando un cactus. Alguien más le ayuda a quitarse las espinas. Todos se revisan para ver si no tienen pequeñas agujas en la piel o en la ropa. Más gente llega a donde estamos. Escuchamos a otros hacer como tecolotes.

Siento como que tengo un terremoto dentro del cuerpo. No puedo dejar de temblar. Me tiemblan las piernas como que si todavía estuviera corriendo. Donde antes estaban las espinas, ahora siento como que si tuviera cubitos de hielo. Reviso si no tengo más agujas, y sí tengo, pero en la punta de los dedos. En las piernas tengo un montón de hoyitos también.

Escuchamos otro «Uuuu-u».

—Vamos para allá —dice alguien.

—¿Hay algún pollero acá? —pregunta alguien más.

Nadie responde.

—Ya casi termino —le dice El Chino a Patricia. Ella ya no está llorando.

—¡Ya! ¡Pará! Vámonos —le dice.

El helicóptero ya está bien lejos. Todavía siento el aire caliente que nos cayó encima cuando el aparato estaba detrás de nosotros. Siento el sabor a tierra. Pero no nos siguió. No veo la gran luz, la gran espada luminosa en el cielo.

Otra vez todo es silencio. El aire mueve las ramas de los arbustos. El zacate seco suena a como cuando una escoba barre el piso frío. Grillos

cantan. Patricia no puede llevar nada. No puede ni agarrarle la mano a Carla, pero le pide la mochila y Carla se la pone.

—Puta, mi agua —dice Patricia. Dejó su galón tirado por ahí cuando salimos corriendo.

¡Yo también dejé mi agua!

Carla y El Chino nos muestran sus aguas. Me siento mal.

—Está bien. Yo también dejé mi agua tirada ahí. —El Chino nos enseña las manos y ya no tiene el galón que tenía amarrado con tirro.

Los que estamos bajo el árbol nos ponemos en fila. Tratamos de seguir el chiflido de Coco Liso.

Escuchamos otros, «Uuuu-u. Uuuu-u. Uuuu-u».

Después nosotros también le hacemos, «Uuuu-u». Y esperamos.

Caminamos más cerca. Parece que ellos corrieron más rápido que nosotros. La sombra de un árbol aparece por ahí, más adelante.

Siento como que si tuviera hormigas en la piel. Estoy temblando. ¿Será por las espinas? ¿Son escalofríos? Siento la cabeza pesada, como que si alguien me estuviera agarrando el cuello. Vamos lo más rápido posible; vamos machacando la grama. Patricia va hasta adelante. El Chino le empuja la mochila. Yo agarro la mochila de El Chino. Carla me coge del hombro.

—Duele un vergo —dice Patricia, respirando hondo.

—No te ahuevés, Patita, ya casi llegamos.

Detrás de mí Carla llora suavecito; como que se aguanta las ganas de llorar.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Coco Liso chifla a cada rato. Tengo miedo. No quiero que nada le pase a Patricia. No quiero que nada nos pase a nosotros. A mi familia. A mis amigos.

Al fin llegamos a donde está la gente; están todo tumbados en el suelo. No hay solo un árbol, sino varios. Tienen ramas delgaditas y pelonas, y son más altos que el árbol donde nos escondimos. Los árboles nos cubren. La arboleda tapa a las estrellas.

—Descansen, tomen agua. Vamos a esperar a que vengan todos —

dice alguien, y la voz suena parecida a la voz de Coco Liso.

—Recuéstense —dice—. Y no se levanten.

—Tomá agua. —El Chino destapa una botella de agua enfrente de Patricia, la inclina para que el agua caiga dentro de su boca sin tocar sus labios.

—Estoy jodida —dice.

—N'hombre, Patita.

—Cállese, Mami.

—Mejor mirá para arriba. Mirá, la Villa Láctea —dice El Chino.

Es como un río de estrellas en el cielo. Patricia suena a que está mal. También se le ve mal. Aparecen otras sombras. Son grupos de tres o cuatro personas. Algunos vienen solos y se topan con los árboles, y están refelices de encontrarnos.

—Pensé que se iban a ir —dicen.

Esperamos un rato ahí, escondidos entre los árboles, por si regresa el helicóptero. A cada rato Coco Liso dice:

—¡No se levanten!

La gente se arranca las espinas, limpian las chamarras, revisan si traen todo. Unos se quitan los zapatos. Los polleros se levantan y cuentan cuántos estamos, y le dicen a Coco Liso cuántos somos. Ellos son los únicos que tienen permiso de levantarse.

Siento como que si estuviera flotando o volando. Me palpita la mano izquierda, donde El Chino me agarró. Me duele el hombro. No quiero que nos agarren otra vez. No sé ni qué hacer más que ver cómo El Chino y Carla tratan de quitarle más espinas a Patricia.

—El pelo —dice, y Carla le quita la cola a su mamá y caen más espinas.

Alguien más se topó con un cactus. Está peor que Patricia, tiene ese líquido oscuro por todos lados.

—Qué suerte que no te entró en los ojos —le dice la sombra que está ayudándolo al hombre.

—Ni lo vi —dice el hombre herido—. Un cactus bien grandote que

salió de la ni verga. Simasito me saca los ojos.

—Puta —dice la gente.

—Híjole.

—Oí. Tuviste suerte —le dice El Chino a Patricia.

—Si esto es suerte, ¿qué putas es la mala suerte?

Coco Liso se levanta.

—Ya casi estamos todos —dice con su voz rasposa—. Sigan viendo si tienen espinas, que no vamos a volver a parar así.

Me quiero quitar los zapatos porque están llenos de tierra, pero El Chino sigue quitándole espinas a Patricia, y no hay nadie más que me ayude a amarrarme los zapatos otra vez. Coco Liso sigue haciendo Uuuu-u, y chiflando. Los polleros se levantan una y otra vez. Es como la canción: «Los pollitos dicen, pío pío pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío». La canto en mi cabeza, mientras trato de mover los pies dentro de mis zapatos para que no me moleste tanto la tierra. Los polleros cuentan cuántos somos. Tomamos agua. Patricia ya no llora. Ni Carla. Como estoy acostado en el suelo, levanto los pies para ver si sale algo de tierra. Sí sale alguito. Coco Liso hace Uuuu-u. A veces escuchamos a alguien más hacer Uuuu-u. Los arbustos se mueven suavecito, como que si estuvieran aplaudiendo, como diciendo, «¡Lo lograste!». Otra vez me acuesto en el suelo con las piernas estiradas. Meto las manos en las bolsas de mi chamarra. Quiero agarrarle la mano a Patricia, abrazarla, pero no la quiero lastimar. Me quedo callado y espero a que volvamos a caminar.

3 - 6 - 99

Son casi las dos de la mañana. Caminamos y los árboles se mueven y las puntas de las ramas tiemblan como que si estuvieran vivas. Todo está como despierto. La luna pinta el suelo de plateado y azul. Nubes tenues bailan en el cielo. Parecen como de seda. Con este aire y esta

luz azul y plateada, siento como que si estuviéramos en el fondo del mar. La gente habla suavecito, dicen que vamos para donde no es, que hace falta gente, que estamos dando vueltas en círculos. El zacate son algas marinas. Los cactus son corales. Vemos por la ventana circular de un submarino, una ventana chiquitita. Estamos en aquel programa de Jacques Cousteau, que Tía Mali y yo mirábamos los domingos por la noche. Arriba las nubes son espuma de mar. En el suelo brillan las conchas y perlas.

—Todos escucharon mi señal. Todos están aquí —dice Coco Liso.

No caminamos tan rápido, pero igual no paramos. En la fila a veces la gente camina en parejas o en grupos de tres. Carla y Patricia caminan a la par. Yo camino un pasito delante de El Chino y dos pasos atrás de Patricia. No está cojeando, pero sí va más lento. Cuando paramos y formamos la fila otra vez, nos pusimos a la par del segundo pollero, pero cada vez vamos más y más atrás en la fila.

Siempre que tenemos gente ya muy cerca, El Chino le da un toquecito a Patricia y le dice, «Patita, bicha», y nos hacemos a un lado para que pasen. Casi siempre son grupos de dos, tres o cinco personas que tratan de quedarse juntos, igual que nosotros. Por eso podemos oír lo que dice la gente, cuando se quejan. A veces El Chino trata de que vayamos más rápido y me empuja un poquito para acercarme a Patricia, para quedar a unos centímetros de ella. Si no hace nada, le doy un toquecito a su mochila. Al final siempre dejamos que la gente pase. Ya nos han pasado muchas personas, pero igual no estamos hasta atrás. No hemos dejado de caminar desde hace horas. El paisaje es todo igual: lleno de baches, pero no del todo montañoso. Casi solo hay zacate seco, arbustos y uno que otro árbol. A veces hay de aquellos Solitarios, pero ahora vemos más y más de los que parecen flores de izote, los que tienen espinas, los Puntiagudos. Tampoco hemos pasado por más cercos. No desde lo del helicóptero.

A veces pasamos por un pedazo donde solo hay zacate y tierra, pero igual Coco Liso nos lleva a donde hay arbustos. Estamos más cerca de

las montañas que están a la derecha. Las montañas de la izquierda se miran más lejos. A veces parece como que las montañas están enfrente de nosotros, pero igual no veo el pico afilado, aquel cuerno de rinoceronte que dijo Coco Liso. Pero estoy abuzado por si aparece otra espada de luz, otra hélice, otra moto pedorra.

Paramos para tomar agua y nos terminamos la botella de Carla. Lo único que nos queda son los dos galones que lleva El Chino. Lleva uno colgado del pecho y otro en su mochila. La gente se sienta en grupos, en el suelo. Todos hablan quedito. Ahora que los grillos están dormidos, nosotros somos los grillos.

—¿Qué pasa? —pregunta Carla. Patricia y El Chino no dicen nada.

Coco Liso se sienta en el suelo y los otros polleros se sientan cerca de él. Ya casi no hay viento, pero igual hace más frío que la vez pasada. Vamos bien lento. A la derecha, sobre las montañas, el cielo está más clarito. Son casi las cuatro de la madrugada y la luna está justo encima de nosotros.

El Chino le pregunta a Patricia que qué tal está.

—Me duelen los labios y los cachetes, pero no nos ahuevamos —dice.

Patricia, no se sienta porque necesita que alguien la ayude a levantarse, se pone de rodillas y pone las nalgas encima de sus tobillos. Carla se sienta a la par de ella.

—¿Qué está pasando, Mami?

El amanecer hace que piense en cosas malas. Es porque fue cuando Marcelo se llevó nuestra agua y cuando nos encontró La Migra. Ojalá ahora sí nos vaya bien.

—Voy a ver —dice El Chino, y hace puro cangrejo para llegar hasta donde están los polleros y Coco Liso.

Somos un coral, piedras al fondo del mar. ¿Cómo va a ser cuando sea de día? Coco Liso no nos dijo que íbamos a llegar a las vans al

amanecer. Dijo que íbamos a caminar hasta el atardecer, hasta que encontremos La Montaña Rinoceronte. El Chino viene de regreso, viene bien rápido, es un pecezote que nada hacia nosotros.

—Puta —dice—. Se jodió el tobillo —dice, meneando la cabeza y agarrándose el pie.

—¿Quién?

—Coco Liso.

—A la gran puta.

—¿Qué va a pasar? —pregunta Carla.

—Jaber.

—Estamos cagados —dice Patricia.

Esto es lo que la gente estaba susurrando. «Tobillo torcido». También por eso vamos caminando más despacio. Otras personas van donde están los polleros y Coco Liso. Hablan cada vez más duro. Todos se acercan a Coco Liso.

—Bueno como ya escucharon, me lastimé el tobillo —dice.

La gente dice algo y mueve la cabeza.

—Miren —dice y apoya el pie en el suelo—. Está torcido, pero no está roto. Puedo caminar. Caminemos hasta que haya mucho calor. Nos dormimos, y de ahí caminamos otro rato.

La gente habla. Somos un montón de sombras azules.

—¡Vamos, pues! ¡Una fila!

—¿Ya viste? Coco Liso está bien —dice Carla.

—No creo…

—N'hombre, Patita, el hombre está bien.

—Tiene que —dice Patricia, bien fuerte para que todos la escuchen —. Si no, estamos tan cagados como mi cara.

Ahora estamos casi hasta adelante. Es nuestro último tiro. Vi un halcón. Nos escapamos de un helicóptero. Tenemos que llegar. Patricia quiere estar cerca de Coco Liso para ver si de verdad está bien. Hemos escuchado que los polleros hacen esto, que se tiran al suelo y dicen que están lastimados, pero lo que quieren es sacarnos

más pisto. No se quebró el tobillo, se lo torció nomás. Se mira bien. Nunca me he torcido el tobillo. Torcido. Imagino una soga y todos los hilos torcidos y bien apretados.

Ya casi sale el sol. No quiero que salga La Migra. Por favor, si existís Cadejito, no dejés que nos pase algo malo.

Vemos unos venados. ¡Venados! Solo había visto venados en el zoológico o en la tele. No hay venados en mi pueblo. Allá hay culebras, tortugas, cangrejos, varios tipos de pájaros y osos hormigueros. Pero venados no. Solo he escuchado esa canción que le gusta a Mi Mamá, «El venao».

Siempre que la ponían en la radio Mi Mamá me decía que hiciera el baile. Cuando sonaba el coro, cuando el cantante decía «Y que no me digan en la esquina» yo abría las manos como que si fuera a dar chócales y me las ponía en la frente, con los pulgares arriba de las orejas. De ahí daba brincos y cantaba la canción, tratando de hacerle puro venado. En todo el video no sale ni un venado, pero a los hombres si les salen cuernos de la frente.

—Venados —dicen todos los que forman el Ciempiés.

—Javier, mirá. —El Chino le apunta a un venado con el dedo, y caminamos despacito.

Miro que Carla está sonriendo, que los ojos se le ponen bien grandotes. Ella le muestra el venado a su mamá, pero ni la toca.

—Somos puros venados —dice Carla.

Me da risa. Tenemos la piel café. El venado que está más cerca de nosotros es más chiquito de lo que pensaba. Tiene una cola negra bien larga y orejas grandotas con las orillas negras. Cuando el venado nos ve, se queda quieto. Detrás de él, comiendo zacate atrás de los arbustos, hay otros tres venados, pero ninguno tiene cuernos. Todos se quedan quietos, están en fila, son también un Ciempiés. Alguien de ahí da un paso muy duro y todos los venados salen corriendo, rebotando

sobre el zacate, brincando entre los arbustos.

Son las 6.35. No hemos visto ni un uniforme verde. No nos han encontrado. La vez pasada que estábamos en el desierto no vi el amanecer. Estaba dormido cuando llegaron las camionetas. Me encantan los colores. Unos se quedan a las orillas del cielo. Pero cuando de verdad amanece, cuando sale bien-bien el sol, siento como que estamos caminando dentro de un cuadro, una pintura. Rosados, naranjas, rojos, morados, amarillos, se mezclan, puras acuarelas.

Pensé que me gustaban más los atardeceres, pero ahora creo que prefiero los amaneceres. Creo que puedo ver algo que parece neblina salir del suelo que también cambia de color. Y los olores: huelo polvo, pero polvo con agua, y eso que no llovió. Es como que si la tierra respirara, como que si sudara. Respiro hondo. ¡Así igualito huele El Chino!

Hace ratos que no pasamos por un cerco. La última fue despuesito de lo del helicóptero y ni tenía alambre de púas. Pasamos por caminos de tierra que a lo mejor por ahí antes pasaban carros; ni siquiera tenían zacate, pero sí un montón de piedras. Bajo la luz de la luna las piedras parecían sapos. A veces caminábamos un buen rato por los caminos. Otras veces nos los cruzábamos. No hemos visto ni un solo carro. La tierra bajo nuestros pies ya no es gris o celeste. Empieza a pintarse de rojo, de amarillos profundos. También las montañas. Bajo la luz del sol el desierto es un lugar bien diferente. Podemos ver más cosas, no solo la tierra y los árboles, que están cerca. Vemos más lejos, hacia el horizonte lleno de arbustos, cactus y más árboles.

Más adelante y a la izquierda hay una cordillera. Es chiquitita y los picos son oscuros, y las faldas de las montañas son de un café oscuro.

—¡La montaña! Creo que es esa —dice El Chino, señalando uno de los picos.

—¿Aquella?

—Creo.

¡Chorcha! ¡Ni parece rinoceronte! Más parece una persona que está

acostada boca arriba y que tiene una nariz redonda. Pensé que iba a ver un cuerno bien curvo, como el de los rinocerontes de a de veras. Coco Liso nos dio pajas. La cordillera no es ni gorda, ni grande, ni siquiera es gris. Es delgadita, pequeñita y es de color tierra mojada.

El aire apenas sopla. Los arbustos y los pocos árboles casi ni se mueven. No tiemblan. No hacen ruido. Están dormidos. Pero los pájaros despiertan. Cantan y vuelan en grupo.

Nunca había caminado tanto. Ya es de día y no está La Migra. Gracias a Dios. Cada vez vamos más despacio. A veces dejamos de caminar y nos agachamos, si el pollero de adelante piensa que hay algo cerca. Vamos más despacio. Más y más lento, y parece que Coco Liso está cojeando. No ha dicho nada. Pero ya no va al frente del Ciempiés. Uno de los polleros pálidos va hasta adelante. El Doble de Marcelo va hasta atrás, es la cola del Ciempiés.

Ya que salió el sol vemos a todo el Ciempiés. Vemos cuando pasa sobre el zacate, entre arbustos y más y más cactus con espinas. Es la primera vez que nos veo bajo la luz del sol. No creo que haya menos gente, que alguien se haya quedado en el desierto. No sé. Lo que sí sé es que si dejamos de caminar un rato, sí nos vemos puro ciempiés, larguito, con muchos pies y oscuro, porque todos usamos ropa negra. Pero también parecemos como esos arbustos que tienen tronco gris oscuro y hojas verdes. Y cuando nos metemos debajo de ellos, parecemos sombras.

Coco Liso es ahora el pollero que va de segundo lugar. Está un poquito delante de nosotros. Patricia se ve mejor. Cuando vimos los venados, ella volteó a verlos y vi que tenía un chajazo sobre su oreja derecha, un chajazo rojo y lleno de sangre. Lleva el pelo en una cola, pero la tiene media suelta y le rebota de arriba abajo sobre el cuello. Antes del helicóptero tenía la cola bien apretada. Una grande y gruesa espina amarilla le sale del pelo.

La gente susurra algo como de alguna carretera. Luego Coco Liso chifla. Nos metemos debajo de un arbusto y un palito se le mete a Carla en el pelo.

—Ay… —Quiere gritar, pero se tapa la boca con las manos.

El Chino le quita la ramita y la quiebra. No es de esos arbustos que tienen hojas que huelen a cera. Este tiene espinas.

—No es nada. Está bien —le dice El Chino.

Patricia tiene sangre seca en toda la cara, como que si un gato la hubiera aruñado. El chajazo que tiene sobre la oreja derecha es el más largo de todos. Los otros son cortitos. Tiene el labio golpeado y bien rojo; lo tiene peor que cuando le salió aquel fuego.

Coco Liso no ha chiflado desde lo del helicóptero. Ojalá paremos en un rato. La tierra está más fresca bajo la sombra. La parte más fría de mi cuerpo ahorita son las nalgas. Estos arbustos me recuerdan a los palos que les decimos Cuernos de Toro, porque cabal tienen cuernos en forma de V y también tienen unas hojas bien chiquitas.

—Pronto vamos a llegar a una carretera —dice Coco Liso, y habla bien fuerte—. Voy a asegurarme que no haya carros. Les chiflo y corren al otro lado. ¿Entienden?

La gente asiente con la cabeza. Otros dicen que «sí» y otros hasta le dicen «órale». Los Cuatro no decimos nada, pero nos vemos entre nosotros. Miro el arbusto; tiene unas florecitas amarillas que parecen pompones, son Arbustos de Cachiporra.

—Igual que la vez pasada —dice El Chino—. Pero también voy a jalar a Carla.

—Va —dice Patricia. Usualmente El Chino me agarra de la mano y Patricia a Carla, pero ahora Patricia tiene espinas en la mano.

Hace ratos que El Chino no me avienta sobre un cerco. Me gusta. Siento como que soy un gigante que brinca muros enormes. Ahora solo espero a que El Chino me agarre por debajo de los sobacos y cuando me levanta, yo junto las piernas con mi pecho, puro sapo. ¡Sa-sa-sapo!, y paso volando sobre el alambre de púas.

Seguimos caminando, pero La Montaña «Rinoceronte» no está más cerca. Hace bastante calor. A veces vemos lagartijas y ellas nos ven y se quedan quietas, hacen como que si son piedras, piensan que no las vemos, pero yo si las miro, igual que vi a Paula en Oaxaca. Hay tantas lagartijas en el desierto. Son color tierra y tienen puntitos cafés en la espalda. Tienen un buen camuflaje. Pero no es tan bueno. Me da risa cuando se van corriendo; sus bracitos y patitas reman sobre la tierra. Se parecen a mí cuando gateo debajo de los cercos. Otras veces unos saltamontes negros salen de entre el zacate. Saltamontes que tienen partes rojas. Nos paramos en el zacate y ¡pum!, salen volando, ¡como en llamas!

—No arrastren los pies —le dice otro de los polleros pálidos, a una parte del Ciempiés—. Así no levantan polvo. Ya casi llegamos a la carretera.

Hablan y hablan de la tal carretera, pero no la miro. Me invento otro juego. Me paro en las piedras, lejos de la grama, para no asustar a las lagartijas y los saltamontes. De noche no vi el zacate seco que tenía pegado en el pantalón. Ni lo sentí. Pero ahora que sí lo puedo ver me dan ganas de quitármelo. Cuando paramos me quito el zacate. Coco Liso dijo que íbamos a parar cuando hubiera mucho calor. Ahorita hace un montón, pero igual seguimos caminando.

Todos llevamos las chamarras amarradas a la cintura. Nos sudan los brazos y el cuello, pero el sudor se seca rápido. A mí me sudan los sobacos y la espalda. Ya no hay tanto bache, pero a veces vemos hoyos y ahora hay más cactus. Siento raro que podamos ver las plantas, que no mirábamos de noche. De día se siente como que estamos en un lugar bien diferente.

Vimos un montón de los Solitarios: son gruesos y tienen como ganchos hasta arriba, y algunos tienen florecitas rojas y anaranjadas, bien bonitas, y parecen como hechas de papel. No las vi anoche.

También hay un montón de Puntiagudos y unos de esos cactus, que parecen nopales, pero que no son muy altos; no crecen mucho y tienen partes redondas que parecen orejas de conejos.

Mi nuevo cactus favorito es uno que parece un árbol chiquito y es como un oso de peluche. El tronco es negro o de un amarillo bien oscuro, y las puntas son siempre amarillo brillante. Desde lejos se parecen a esos rodillos de pintura. Pero de cerca las espinas son hasta más largas que mis dedos y bien afiladas. Peluches, así los llamo.

—Cuidado —nos dijo Patricia, cuando alguien enfrente de nosotros se pasó llevando uno y una parte del cactus se quedó en su chamarra. Intentó quitársela, pero después se le quedó pegada en la mano. Creo que un Peluche le pegó a Patricia cuando íbamos huyendo del helicóptero. Los de acá son unos Rodillos de Peluche, pero los otros no son tan grandes y parecen más como brochas para maquillaje. Las ramas son casi moradas o verdes. Rodillos de Peluche y Brochas de Peluche.

Cerca del suelo hay cactus pequeñitos con espinas rosadas. Vimos cuando un hombre se llenó el zapato de espinas. Es por eso que no dejo de verle los pies a Patricia. No me he lastimado. No me he torcido el tobillo, no me he llenado de espinas. Lo único que me molesta es el zacate y el polvo y las piedras que me entran en los zapatos. No estoy cansado como la primera vez porque hacemos varias pausas.

Los Cuatro ya casi nos terminamos nuestra penúltima botella de agua. Cada vez que paramos le damos traguitos, pero eso solo me da más sed. Quiero tomar un montón de agua. Escuchamos a la gente que dice:

—¿Y dónde está la carretera? Para mí que ya se perdió este.

Me empiezan a doler las piernas, debajo de las rodillas. Ojalá lleguemos rápido a la carretera.

De repente paramos.

—¡Agáchense! —dice Coco Liso, casi lo grita.

Nos agachamos. Escogemos un arbusto. Aguanto la respiración. Suena como cuando una ola se acerca a la orilla de la playa. Truena bien duro. Y truena y truena, pero cada vez más suave hasta que ya no escuchamos nada. Shhhh. Se calma el ruido. Suena como cuando la arena absorbe el agua, sisea.

—Un carro —dice la gente.

¿Un carro? ¿Eso fue un carro? ¡Sonó igual que el mar! Volteo a ver a Carla y ella me mira. Sus ojos son grandes. Le sonrío. Ella sonríe de vuelta. Miro a El Chino y él asiente con la cabeza, hace lo que hace siempre con sus labios, como diciendo que ya pasó, que no pasa nada.

Esperamos a que ya no haya ruido. Nos levantamos otra vez. La gente mira para atrás y dicen:

—Agáchense un poquito.

Yo no tengo que agacharme porque los arbustos son más altos que yo. Si mucho, bajo la cabeza. Carla se tiene que doblar un poquito para adelante, pero igual no es tan alta. Sí, existe la mentada carretera. Escuchamos a los carros que pasan por ahí. Pasamos agachados entre un Arbusto de Cera a un Arbusto de Cachiporra. A la par de Peluches y Solitarios. Dejamos de caminar cuando escuchamos que viene otra ola, cuando escuchamos que empieza, agarra fuerza, se acerca a nosotros y luego truena, y luego sisea. ¡Me encanta! ¡Sí que estamos en el mar! La carretera de asfalto es agua de mar, los carros son las olas.

Nos acercamos a ¡un cerco! Solo que ahora casi ni hay arbustos y de la valla salen unos postes de metal, que tienen letreros blancos y azules con palabras en inglés. Coco Liso nos hace señas. Cuando quiere que dejemos de caminar, levanta la mano. Cuando desea que nos acerquemos a él, mueve la mano hacia sí mismo, como echándose aire.

Coco Liso está acostado, con los ojos a la altura del alambre que

está más cerca del suelo y tiene su mochila a la par. El Chino y Patricia también se quitan las mochilas y se las ponen debajo de los sobacos. El cerco está ahí nomás. Estamos panza abajo, puras babosas de mar. Después escuchamos que viene otro carro.

—Agáchense, agáchense —dice la gente.

Beso el suelo. Se me mete polvo en la nariz y quiero toser, pero me aguanto. El carro ya está cerca. Las llantas están ahí nomás. Cuando el carro está enfrente de nosotros es cuando la ola truena más duro. Es un camión que tiene una puerta hasta adelante y un vagón atrás; es como que si fuera un furgón pero más chiquito. El camión está pintado todo de blanco, menos el vagón que tiene escrito SEARS a un lado. Pum. Y se va el camión.

—Se-ars —dice Carla.

—Sepa pepa —dice El Chino.

—Shhh —dice Patricia.

Todos vemos a Coco Liso. Esperamos a que nos diga «Vamos».

—No olviden las chamarras —nos dice El Chino a Carla y a mí, habla bien bajito.

Nos quitamos las chamarras de la cintura y las agarramos con las manos. Siento como que estoy a punto de tirarme a una piscina. Vamos a atravesar la carretera, brincar el mar negro. Nos vamos a esconder de los carros, de los malos, de La Migra. Es como que si estuviéramos jugando un juego. El corazón me late bien rápido. Estoy listo. Estoy listo para poner las manos en el suelo y salir corriendo. Esperamos a que…

—¡Vamos! —grita Coco Liso.

El Chino me levanta y me avienta del otro lado del cerco. Igual hace con Carla.

Un montón de manos se deslizan debajo del alambre, son un vergo de langostas y cangrejos. Luego vienen sus piernas, que corren a la par de nosotros.

Siento el asfalto pegajoso. Paso sobre las líneas amarillas que están

en medio de la carretera y Carla va atrás de mí.

—Bichos —dice Patricia, mientras gatea debajo del cerco.

—¡Sigan corriendo! —grita El Chino, y pasa rapidito al otro lado.

Carla y yo llegamos hasta donde está el otro cerco. Miramos para atrás. El Chino atraviesa la carretera, sus pies tocan tierra y me carga otra vez. Me avienta al otro lado. Caigo de pie. Luego lanza a Carla.

Volteo a ver atrás y la gente sigue corriendo.

—¡Espérense! —grita Coco Liso—. ¡Viene un carro! —grita.

Hay unos que todavía están gateando debajo del cerco. Ya no siguen y se hacen para atrás.

Sí, viene un carro. El Chino pasa debajo del segundo cerco. Patricia ya está debajo. Ojalá nadie haya visto a El Chino. Nos escondemos debajo de un Arbusto de Cachiporra. El asfalto negro es como un machete que parte en dos al Ciempiés.

—¡Espérense! —grita Coco Liso, cuando ve que alguien intenta pasar debajo del primer cerco.

El carro no se ve, pero sí lo escuchamos, las llantas contra el asfalto. Aguantamos la respiración hasta que pasan las llantas en frente de nosotros. Coco Liso espera unos segundos. Unos minutos. Mira a ambos lados de la calle. Escucha con atención. Y luego le grita a la gente que corra a este lado.

Vemos cuando pasan debajo del primer cerco y corren al otro lado. Veo caras que no había visto antes. La gente tiene arañazos por todos lados. Son extraños y tienen la ropa sucia y llena de polvo, y traen mochilas, chamarras y galones de agua igual que nosotros. Detrás de ese grupo viene El Doble de Marcelo, y él se asegura que toda la gente pase al otro lado.

El corazón me late bien rápido, igual que cuando nos escondimos del helicóptero, o como cuando Abuelita Neli o las monjas creían mis mentiras.

—¡Vamos! —grita Coco Liso, agachándose cerca de otro arbusto.

—No levanten polvo —dice un pollero.

—Agáchense —dice otro pollero.

Pasamos de Arbustos de Cera a Arbustos de Cachiporra, pero vamos más rápido. Cuando llegamos a un terreno plano, Coco Liso dice que paremos. Ya no estoy tan tenso.

—Hagan una fila.

Otra vez formamos el Ciempiés. Coco Liso no va al frente. Dice que ya está bien, pero que tiene que caminar más despacio. El mismo pollero pálido de antes es la cabeza del Ciempiés.

Caminamos hasta que ya no escuchamos un solo carro, ni la ola más ligera. Lo único que escucho es el crujir de nuestros pies y un saltamontes, de vez en vez, cuando huye de nosotros. Hay un airecito. Tenemos piedras en los zapatos. Las mochilas y las botellas de agua vacías hacen puras ranas.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido —dice Coco Liso.

Pero no vamos rápido. Está cojeando. Siento como que estamos en un horno. Siento los zapatos como cuando es el día más caliente de Semana Santa, y voy por la playa descalzo.

—Miren, miren, miren, ni los pájaros aguantan esta mierda —dice El Chino mientras descansamos debajo de un árbol pelón y viendo unos pajaritos cafés, que jadean con los picos abiertos. Podemos verles sus lengüitas rosadas. Debajo de los picos, unos pájaros tienen barbas negras y alrededor de sus ojos tienen unos circulitos blancos, como que si se hubieran puesto delineador.

El árbol es tan pechito que ni sombra da. Algunas ramas tienen unas hojitas chiquititas, como del tamaño de una piedrita y que apenas podemos ver. Delgadito Árbol Liso y Verde, digo muy suave. DAL-V, como diminutivo. Me gusta ponerles nombres a estos arbustos y árboles extraños. Soy un explorador. Javier Cousteau. Me gusta ver al cielo cuando estoy tendido en el suelo. Las ramas de los árboles son los puros tentáculos de un calamar y alcanzan el cielo.

A unos metros está otra parte del Ciempiés, descansando debajo de otro DAL-V. Me gusta cuando dejamos de caminar porque vemos cosas nuevas, que se mueven en el cielo o el suelo. Ya vi escarabajos negros del tamaño de mi meñique, y que caminan con las nalgas paradas. Ya vi unos abejorros negros. Hormigas. Moscas. Ya hasta vi cuando una libélula o un avispón pasó a la par de nosotros.

Tenemos sed, pero El Chino está necio con que tenemos que guardar agua.

—Tomen solo un poquitito —dice.

No hay aire. La Montaña «Rinoceronte» igual está lejos. Por donde vamos hay un montón de baches y se siente como que vamos colina arriba. Nunca había estado en un lugar tan caliente. Tengo los labios secos. Las manos secas. Siento que tengo todo el cuerpo bien caliente y como que se me está quebrando la piel. No le agarro la mano a El Chino.

Ya no somos una fila. La gente dice cosas como «¿Por qué no paramos?». «Estamos perdidos». «Ya se perdió este». «Dejó a gente atrás…».

—La gente no sabe ni mierda —nos dice El Chino.

Ojalá que Coco Liso no esté perdido. Ojalá que esté bien. Parece como que si el Ciempiés sí es más chiquito. De veras que vamos más despacio. No hemos visto un cerco desde que pasamos por aquella carretera de asfalto. Hay Peluches, Puntiagudos, zacate y arbustos. Quiero sombra de a de veras. Tomamos traguitos, esperamos un rato, y hacemos lo mismo una y otra vez.

—Durmamos acá —dice Coco Liso, duro para que la gente lo escuche—. Vamos a parar un rato hasta que esté más fresco.

¿Vamos a dormir? Ni había pensado en dormir. Llevamos todo el día caminando.

—Coman. Duerman. Nosotros vamos a estar atentos —dice otro

pollero.

Al fin. Siento la frente como que si fuera un sartén. La chamarra es como un cincho caliente que llevo en la cintura. Mi pelo es como un comal. Me duelen las piernas. ¡Cómo me molesta la tierra que llevo en los calcetines! Al fin le puedo pedir a El Chino que me amarre los zapatos.

—Tomen agua, duérmanse —dice Patricia; Los Cuatro estamos debajo de un Arbusto de Cera. Patricia se sienta medio agachada, con los muslos y las nalgas encima de sus tobillos y pies. Luego se sienta, bien sentada, y al fin se acuesta boca arriba.

El Chino saca un galón de agua y un par de camisetas de su mochila. Nos queda menos de medio galón para los cuatro.

—A ver, ponete esto. —Me entrega una de las camisetas—. Así, ve. —Se la pone alrededor del cuello, pero en vez de ponérsela bien, le da la vuelta y se la coloca en la cabeza como que si fuera un capuchón.

—Púchica, te pusiste las pilas —dice Patricia, riéndose, pero igual le dice a Carla que abra la mochila y saque las camisetas que llevan dentro. ¡Las camisetas sí nos dan sombra! Parecemos magos o monjas. Nos reímos.

La gente nos ve, y dice que nos callemos.

—¿Te pica la tripa? —me pregunta El Chino.

Así decía Abuelito Chepe, pero no sé si tengo hambre.

Dormir y comer. Tampoco había pensado en comer. Lo único que había pensado era en tomar más agua. Ya quiero que lleguemos a las vans.

—¿Y ustedes dos? —le pregunta El Chino a Patricia y a Carla.

—No mucho —dice Patricia y Carla le contesta que no.

—N’hombre, bichas, ¡no hemos comido en todo el día! Coman —dice El Chino, buscando dentro de su mochila.

Volvió el viento y lo siento en los brazos. Es tibio, pero se siente bien. La camisa que tengo en la cara me da calor. Me la trato de quitar, pero no me deja El Chino.

—Esperate.

Otra vez abre la mochila y saca una bolsa de plástico, y en la bolsa hay una docena de tortillas y otra cosa envuelta en papel de carnicero. La bolsa tiene gotitas de agua. Siento un olor punzante, pero igual huele rico. Me truena la panza. Ahuevo que tengo hambre. Mmm. Las tortillas huelen bien rico.

El Chino nos da una tortilla a cada uno. No son de las de harina, planas y grandotas que comíamos en el albergue o con La Doña. Estas son chiquititas. Me caben en la mano y son casi tan gruesas como las tortillas salvadoreñas. Patricia mira lo que El Chino está haciendo.

—Vieja, vos, ¿de dónde te las sacaste?

—De por ahí. Me las rebusqué —dice, sonriendo.

No hemos visto tortillas así desde que estábamos en Guatemala. Si agarramos dos tortillas son tan gruesas como las tortillas salvadoreñas. ¡Y están calientitas!

—¿Por qué todavía están calientes?

—Por el sol —dice El Chino.

—Obvio. —Carla se ríe de mí.

El Chino abre otra vez la bolsa de plástico. Abre también el papel de carnicero y como que si tuviera un tesoro en las manos, nos muestra lo que tiene adentro.

—Queso fresco, papá —dice, orgulloso y pelando los dientecitos. El queso fresco es bien blanco y tiene la consistencia correcta. Cuando El Chino lo mueve se menea, pura gelatina, y tiene los lados derretidos.

—¿Viste? Es por el calor. —El Chino me muestra el queso.

De ahí, lo agarra con las manos, pero a nadie le importa. Todos tenemos las manos sucias de polvo, las uñas llenas de mugre y un montón de espinas en los dedos.

El Chino pone grandes trozos de queso en nuestras tortillas, que sostenemos como que si fueran platos. A mi tortilla le caen unas gotas de queso fresco. Miro al papel de carnicero, y debajo del queso hay un charco y es color beige. Mi trozo de queso tiene tierra a los lados.

Trato de quitarle la tierra de un soplido, pero no logro quitársela toda. No importa.

Todos nos reímos. El queso es salado, pero no demasiado. Es suave, pero no tanto como el requesón. Las partes que están medio derretidas están duras y chiclosas, puro queso chiclado, pero está bien rico. Mejor esto que andar comiendo atún o sardinas.

Le damos una mordida a la tortilla y meneamos la cabeza. Miro a la demás gente. La mayoría está comiendo. Otros se limpian los zapatos. Unos ya están dormidos. Siento el aire en la cara. Suavecito. Pero de repente agarra velocidad y le echa polvo a mi tortilla con queso. Soplo mi tortilla cada vez que voy a pegarle una mordida.

Me recuerdo de cuando iba a comer a la playa. Tía Mali o Abuelita Neli llevaban una docena de panes con pollo envueltos en servilletas rosadas. Nos comíamos los panes bajo el sol, después de nadar un rato tenía sal de mar todavía en las manos, en los labios y la lengua; entonces cada mordida era bien salada. A veces hasta comía un poco de arena. Pero no importaba. Igual aquí. A veces pego una mordida y me lleno la boca de tierra. Ya no me truena tanto la panza. Todavía tenemos hambre, entonces El Chino nos prepara otra tortilla con queso. Patricia no ha terminado de comerse su tortilla. Pero sí le pide un poquito más de queso fresco a El Chino y él nos da a todos otro pedazo.

—Solo nos falta el aguacate —dice Carla.

—Y un poquito de frijoles —le sigue Patricia.

—Pero con esto ya la hicimos —dice El Chino.

Esto nos queda cabal.

—Bicho. —El Chino me da una sacudida y me despierto.

Patricia hace lo mismo con Carla. Estoy acostado sobre mi chamarra y está más fresca porque llevamos un rato bajo la sombra. Nos quedamos dormidos después de comer. A todos nos queda una tortilla

para cuando lleguemos al rancho, pero nos acabamos el queso fresco. ¡Estaba bien rico! Ya casi no tenemos agua. Nos quedan como uno o dos tragos para cada uno. Los estamos guardando.

—¡En fila todos! —grita Coco Liso.

El Ciempiés se despierta y se levanta del suelo.

El Chino deja el papel de carnicero en la tierra.

—Para las hormigas —dice.

Somos arbustos transformándonos en gente, puros Transformers, solo que ahora llevamos nuestras capuchas hechas de camisetas. Otra gente nos copió. Son las cinco y pico y todavía hace mucha calor. El Chino me amarró los zapatos después de que los limpié. Ya estoy mejor. La gente se acerca a Coco Liso. Los adultos huelen bien mal. Tienen manchas de sudor por todos lados. Los Cuatro se acercan a la gente que está hablando. Huelo a El Chino y a Patricia. Creo que nosotros no olemos mal. Me huelo a mí mismo. Olemos a polvo y sudor, pero no mal como los hombres que están delante de nosotros.

—Dijo que íbamos a llegar para el atardecer.

—Nos estamos quedando sin agua.

—Acá no hay ningún rancho.

—Estamos perdidos.

—Ya no tenemos agua.

—Le pagamos para que nos llevara rápido.

—Tranquilos. Tranquilos —dicen los polleros, con las manos en alto.

Los Cuatro nos sentamos cerca de un arbusto mientras la gente le sigue gritando a Coco Liso tan fuerte como pueden, que igual es no muy duro.

—Tranquilos. ¡Cálmense!

Coco Liso no habla hasta que todos dejan de hablar. Se pone en medio de todos y dice:

—Señoras, señores, estamos cerca. Solo que no hemos caminando lo suficientemente rápido.

—Vamos a *su* ritmo —dice alguien, señalando a Coco Liso, que lleva puesta su cachucha. No podemos verle los ojos por la sombra de la visera.

—¡Su tobillo de mierda nos va a matar a todos! —dice alguien más, y le señala los pies a Coco Liso; sus botas negras están llenas de polvo y tienen espinas como los zapatos de todos.

—Ya no tenemos agua —dice alguien más.

—Nosotros igual —dice Patricia, aunque es mentira—. Llevamos niños.

—Ya sé —dice Coco Liso—. Tienen que confiar en mí, chingados. Ya casi llegamos —dice, y está bien serio, nos habla bien bravo—. Si no confían en mí, pregúntenles a ellos. —Coco Liso señala a los polleros.

Los tres asienten con la cabeza.

—No pondría en riesgo a nadie. Vamos a llegar bien.

—Ajá… sí. Ahí vamos a ver. —Patricia voltea a ver a El Chino.

—Callate, vos.

Otro atardecer. El aire ahora está más fuerte. Escucho el canto de un pájaro no muy lejos. Es negro, pero no es un zanate. A esos los conozco. A este le salen pelitos de la cabeza y es más chiquito que un zanate. ¡Ju! ¡It!, hace. De dos en dos. ¡Ju! ¡It! Es casi un chillido, pero más suavecito. Caminamos hacia donde está el pájaro, pero se va chillando; en sus alas tiene parches blancos.

Estoy cansado. Siento aguadas las piernas. Como que me tiemblan. No sé cómo decírselo a El Chino. Carla se mira como que está cansada. Igual Patricia. Todos estamos cansados, menos El Chino porque él es bien fuerte, tal vez hasta más fuerte que Marcelo. La gente nos rebasa. Ya nos pasaron uno o dos grupos. Todos se miran bien cansados. Los grupos están bien separados y así el Ciempiés se mira más largo.

Bien que ayudan las camisetas que tenemos como capuchón, pero

igual siento que estoy requemado. Mis labios se sienten como papel arrugado y se me hace que tengo fiebre. El Chino me revisa pero su mano está igual de caliente que yo.

—Estás bien —dice.

Seguimos avanzando. Vamos despacito, pero vamos. La Montaña «Rinoceronte» está a nuestra izquierda y se mira bien oscura; el sol ya está detrás del cuerno. Las montañas que parecen lanchas, que están a nuestra derecha, están bien anaranjadas, como que si les hubieran prendido fuego. El zacate se mira dorado. Las hojas de los arbustos son de un verde bien brillante. Los bordes del cielo azul empiezan a cambiar de color. Me gusta esta hora del día.

Nos topamos con un nuevo árbol o arbusto. No sé bien qué es. Parece como que sí unos tentáculos salieran del suelo. Tiene la forma de una corona ondulada. Tiene espinas y es café oscuro, pero las espinas son plateadas. En las ramas tiene unas hojitas verdes o amarillas. Y la base del tronco es también de los mismos colores. Una corona de palos. ¿Un pulpo espinoso puesto de cabeza?

Tentáculos Espinosos le pongo.

—Cuidado —dice Patricia, y pasamos a la par de un Tentáculos Espinosos; no se le escapa ni un cactus.

Vamos para abajo, ¿colina abajo? Ojalá fuera una colina de verdad y que no tuviera cactus, porque así podríamos rodar hasta abajo.

Luego escuchamos un zumbido. Bzzzzzz. Suavecito.

—¡Paren! —gritan los polleros.

Dejamos de caminar y miramos alrededor. No hay árboles cerca.

Miro al cielo. Pero no hay nada. Ni siquiera hay nubes.

—No es un helicóptero —dice Carla.

Me doy la vuelta. Y no hay nada. Solo el suelo anaranjado, casi rojo.

¡Bzzzzzzzz! Cada vez más fuerte. Conozco ese sonido.

—¡Agáchense todos!

—¡Boca abajo!

Volteo a un lado para que mi oreja izquierda, que está cubierta por la camiseta de El Chino, toque tierra, piedras y palos. El suelo zumba. Me tapo la cara con la camiseta, pero dejo un espacito para ver hacia afuera. ¿Abejas?

—¡Abejas!

—¡No se muevan!

Una. Diez. Veinte. Cientos de abejas encima de nosotros. Jummmmmmmmmmmm.

Ay, Dios. Aguanto la respiración. Esta nube no es amarilla, sino café oscuro. Cuatro, cinco, diez segundos y ya no están las abejas.

—¡Ya! ¡Se fueron! —gritan los polleros.

—Levántense! —grita Coco Liso.

Me levanto y miro lejos, para donde iban las abejas, pero no las veo. Desde el suelo parecían una sábana. Una manta hecha de alas y cuerpecitos cafés.

La gente se quita el polvo de encima.

—¡Coma mierda! —dice El Chino, agarrando aire y sonriendo.

—Una colmena migrante —dice alguien cerca, y se pega en las piernas para quitarse el polvo.

—¿Una colmena entera?

—Cabal.

—¡Vieja! ¡Una vez en la vida! —grita Patricia, sonriendo.

—¡Una colmena entera! —El Chino me toca la espalda.

No me la creo.

—Son iguales a nosotros —dice Patricia, volteando a ver a El Chino y a mí. Ya está en la fila.

Pero ¿dónde tienen la miel esas abejas? ¿Y por qué se mueven?

Nos limpiamos y seguimos caminando. El cielo cambia de colores. Empieza a bajar la temperatura y me pongo la chamarra. Tengo sed, pero no podemos tomar nada de agua. Tal vez la próxima vez que paremos vamos a estar cerca del rancho. Ojalá llegamos antes de medianoche. Las abejas han de ser una buena señal, un buen augurio.

—Está perdido.

—¿Para dónde putas vamos?

—El maitro no nos dice ni mierda.

El Chino y Patricia susurran. Caminamos en grupo. El Chino me agarra la mano. Carla le agarra la chamarra a su mamá. Carla y yo nos vemos, y movemos la cabeza cuando El Chino dice, «Ya la cagamos».

El Ciempiés es ahora bien delgadito. Caminamos y paramos. Los adultos alegan y alegan. Hay gente que nos rebasa. Nos hacemos a un lado. Nosotros también rebasamos a otra gente. Y ellos se hacen a un lado. Rebasamos a un grupo y la gente se agarra las piernas. Ya está oscuro. Solo hay estrellas en el cielo. La Vía Láctea. Ya no miro los cactus, pero sé que están ahí. Ya sé qué tengo que buscar. Siluetas. Sus sombras. Tentáculos Espinosos, Solitarios, Peluches y, a veces, de esos cactus que parecen personas, los cactus Gente, que tienen solo un brazo o uno a cada lado, viendo para arriba, puro boxeador. Un cactus tenía tantos brazos que parecían los edificios de una ciudad.

Otra gente para a hacer pipí y solo le asiente o señala al Ciempiés. Siento como que mis camotes fueran bolsas de agua que están a punto de reventar; me duelen las rodillas, los muslos, la parte de atrás del cuello, la espalda alta. Todo me duele. Tengo la garganta llena de polvo. La nariz llena de mocos secos. No tengo ganas de hacer pipí. El estómago me hace ruido, me arde como que si hubiera tomado un montón de jugo de limón. Ya no puedo caminar.

—Vamos, Javiercito —dice El Chino, jalándome la mano.

Me dice lo mismo cuando empiezo a arrastrar los pies. Hay menos zacate acá. Ya no tengo piedras en los zapatos, pero igual los siento bien pesados. De repente la gente delante de nosotros deja de caminar. Más se acercan al grupo. Los que van atrás nos alcanzan. Toda la gente rodea a Coco Liso, que está en el suelo, con la cachucha en la mano y a la par de los polleros. Como no hay luz, su cabeza pelona se

ve casi blanca, puro coco partido.

—La cosa está dura —dice Coco Liso, y su voz es rasposa—. Está cabrón. —Le cuesta respirar. Apoya la cabeza en su mochila y la mochila está encima de una piedra o un pequeño arbusto—. La vejez no es para los cobardes —dice—. Ya me quedé sin agua y no encuentro el tanque de agua que está por aquí.

—Puta.

—La cagamos.

—Faak.

—Mierda.

La gente habla quedito.

Después le empiezan a gritar.

—¡Pedazo de mierda, se quedó con nuestro pisto!

—¡Deje de hacerse!

—¡Hijo de puta!

—¡Levántese!

—Es culpa mía. —Coco Liso se lleva la cachucha al pecho.

La gente le grita y le grita, preguntándole que qué vamos a hacer.

Patricia no deja de mover la cabeza. El Chino le toca la espalda. Yo abrazo a El Chino. Coco Liso iba bien. Íbamos rápido antes de ver el helicóptero.

—Ese tobillo de mierda —dice El Chino, suavecito.

—Ya no los voy a atrasar. —Coco Liso respira hondo—. Me voy a quedar acá.

—¿Qué putas?

—Callate —le dice El Chino a Patricia.

—Ustedes son los mejores. —Coco Liso le apunta a los polleros—. Ellos van a caminar más rápido y saben para dónde ir.

—¡Le pagamos a usted!

—¡A usted, cabrón!

—¡Hijueputa!

—¡Levántese! ¡Camine!

La gente le grita a Coco Liso. Tengo miedo.

—¿Qué quieren que haga? ¡No puedo dar ni un paso más! —Coco Liso le grita a la gente mientras los polleros alejan a la gente de él.

El Chino me agarra fuerte.

—Está bien, Javiercito. Todo va' estar bien. —Le miro el rostro a El Chino, su cara gris.

—Ellos los van a llevar al rancho. Ahí hay una casa roja. Enfrente de la casa roja, acuérdense, roja, hay dos árboles bien grandotes y puntiagudos enfrente, y nada más. Ahí van a estar las vans. Dos vans —dice Coco Liso.

Rojo. Dos árboles. Dos Vans. Repito en mi cabeza.

Miro a Patricia y ella mueve la cabeza. Carla la abraza.

—Puta —dice El Chino.

—¡Denle! ¡Váyanse! Yo voy a estar bien —grita Coco Liso—. ¡Váyanse!

—Órale —dicen los polleros.

—Pónganse en fila —grita el pollero pálido, que de todas formas es el que iba hasta adelante del Ciempiés. No tiene la voz cansada como Coco Liso. Su voz es bien grave, como que si la voz le saliera de lo más profundo de su garganta. Su voz revienta y recorre todo el Ciempiés.

La gente abre el círculo y empieza a hacer la fila. El Doble de Marcelo camina hacia atrás y otra vez se pone de último. Los que van hasta adelante empiezan a caminar; sombras que entran caminando a la noche. Cuando la gente pasa a la par de Coco Liso le dicen:

—Tenga cuidado.

—Todos vamos al mismo hoyo —dice, y todavía está en el suelo.

—Con cuidado —dice alguien más.

—El cuidado es para los niños. La cautela es para los adultos.

—Cuídese.

—Tengo plantados los pies derechito en el aire. —Sonríe Coco Liso.

Tiene una respuesta para todo.

Estamos cerca del segundo pollero. Antes de pasar a la par de Coco Liso, el pollero se acerca a él, le dice algo y le deja un galón de agua. No miro si está lleno o no. Carla pasa a la par de Coco Liso. Él saluda a Patricia cuando ella pasa a su par; la piel de Coco Liso es gris y pálida, como la tierra que está alrededor de nosotros. De ahí Coco Liso me ve a los ojos. Estamos de la misma altura.

—Tienes suerte, morrillo. —Sonríe.

Me despido de él y asiento con la cabeza. Sus dientes son blancos. Sus ojos también. Tiene la cachucha en el pecho.

—Vas a llegar.

No sé qué decirle. Paso a la par de él y me da un escalofrío.

—Gracias —le dice El Chino a Coco Liso.

No quiero ver para atrás. No mirés. No mirés. Mirale los zapatos a Patricia. La mochila.

No creo que Coco Liso escuchó a El Chino.

¿Será que va a estar bien?

¿Que nosotros vamos a estar bien?

Vamos más rápido. Nuestros pies hacen más ruido, hay más tierra que zacate. Más piedras que palitos. Vamos camino a la luz que viene del horizonte y que tenemos enfrente, la luz que sale entre dos montañas. Ojalá que por ahí esté el rancho. Ojalá haya agua en el camino. Ojalá lleguemos pronto. Antes de que salga la luna. Antes de que salga el sol. Antes de que se despierten las palomas. Antes de que nos pegue el calor.

4 - 6 - 99

La luna sale sobre las montañas, a la derecha. Está más chata que anoche, menos llena. Las montañas son moradas y se ven más chiquitas. No hemos parado de caminar desde que dejamos a Coco Liso en el desierto. Mucha gente se hace a un lado. Siempre que

alguien se detiene, el pollero que va enfrente de nosotros les dice:

—Alguien los va a esperar hasta que estén listos.

—Pajas —dijo El Chino, después de que vimos a un grupo de gente hacerse a un lado y tirarse al suelo para sobarse los pies.

El Chino me cargó y me puso en su espalda. Le abracé el cuello. Así nos fuimos una media hora, o más, ya ni sé, y me quedé dormido. De ahí me bajó. Caminé por una media hora y otra vez me cargó.

Así hemos estado haciendo las últimas horas. Son las tres y media de la mañana. Patricia no puede cargar a Carla, pero El Chino la jala de la mano. Me gusta que me cargue. Soy como Aladino en el desierto. El Chino es mi alfombra mágica. ¿Y el genio de la lámpara dónde está? No sé, pero yo le pediría un lago. Un Pollo Campero. Un avión. Que quite los Peluches y los Solitarios, que aparecen a cada rato. La luna pinta todo de gris. La tierra. Los arbustos. Las espinas. Gris. Cada vez vemos menos y menos árboles. La gente les dice a los polleros que se esperen, que tenemos que descansar.

—No los vamos a dejar. Los vamos a esperar —dice el pollero que tenemos más cerca, y señala a la cola del Ciempiés; se refiere a El Doble de Marcelo, pero no sabemos si él en verdad espera a la gente.

—¡Paren! —grita la gente—. ¡Paren! ¡Paren! —gritan desde todos lados del Ciempiés, pero los polleros no les hacen caso.

—Agua.

—¿Ustedes tienen agua? —la gente nos pregunta cuando pasamos a la par de ellos.

Los que dejan de caminar son las personas más viejas. Patricia y El Chino no son tan mayores. Carla y yo somos los más pequeños.

—Ustedes son más fuertes —nos dicen—, compartan el agua.

El Chino y Patricia no dicen nada. Caminamos calladitos, aplastando el suelo. Carla arrastra los pies. Yo me agarro del cuello de El Chino.

—Pura mierda, el pollero —dice El Chino, bien bravo y apretando los dientes. Siento su voz en mis brazos, en mis manos. Me retumba en

mi panza, luego de atravesar su mochila.

Caminamos bien rápido para que no nos alcance El Doble de Marcelo, pero igual ya ni miramos dónde está la cabeza del Ciempiés.

El Chino me baja y le dice a Carla, «Te toca». Ella ya solo arrastraba los pies. A mí me tiemblan las piernas. Carla se sube la espalda de El Chino y él me jala de la mano. Otro grupo nos rebasa.

—Se van a ir turnando —nos dice El Chino.

Carla y yo le decimos ajá. Seguimos a Patricia que va a delante de nosotros.

La gente dice:

—Paren.

Llegamos hasta adelante. Hay gente acostada en el suelo. Unos ya se quitaron las botas y se soban los pies.

—Descansen —dice el pollero. Su voz se va con el viento.

Las ramas de los arbustos se tocan entre sí. Las hojas se mueven. Me arden los talones, los dedos de los pies. Me quiero dormir. Nos tiramos debajo de un Arbusto de Cera. El Chino baja a Carla y me jala.

—Respiren, descansen —nos dice.

El Chino ayuda a Patricia a quitarse la mochila y de ahí saca una bolsa de plástico, adentro están las últimas cuatro tortillas que compró. Las tortillas parecen pequeñas lunas; pálidas y con marcas negras iguales a los cráteres de la luna.

—Má. —El Chino me da una tortilla—. Comé.

La tortilla está fría. No le sale vapor. Le doy una mordida y la masa está bien dura. Tengo la boca seca y me cuesta tragar. Nadie dice nada. Masticamos bien despacio. Todos los del Ciempiés se miran bieeeeen cansados. Me desamarro las cintas para que me respiren los pies. Le doy vuelta a mis zapatos, para que caiga la tierra y el zacate seco que llevo adentro.

—No te quités los calcetines —dice Patricia.

Pero quiero verme las ampollas. Mejor les quito las ramitas y espinas que tengo pegadas a los calcetines.

Hasta al frente, donde está el pollero de la vocezota; escuchamos que algunas personas lo están interrogando.

—¡¿Por qué no paró?! —le grita la gente.

No dice nada. O si dice algo, ni lo escuchamos.

—Ya no podemos caminar.

—Estoy tratando de que…

—Nosotros… agua —es lo único que entiendo que dice la gente.

—Ya mero amanece.

—Yo sé… Yo… voy a… posible.

Acercamos los oídos pero todavía no podemos escuchar lo que dice la gente.

—Quedate con los bichos —le dice El Chino a Patricia, levantándose del suelo y tragándose el último pedazo de tortilla. Va hasta donde está Vocezota.

La tortilla me quitó un poquito el hambre, pero ahora tengo más sed.

—Sus almohadas —dice Patricia, dándole a Carla su mochila y a mí la de El Chino—. Duérmanse.

Quiero saber qué está pasando. No quiero que El Chino reclame como le reclamó a Don Dago. Marcelo sí estaría peleando con los polleros. ¿Dónde estamos? Son las 4 y pico.

—¿Qué pensás? —dice Carla, suavecito para que su mamá no la escuche.

—¿De qué?

—¿Hay menos gente o no?

No sé. Miro a las sombras. No sé si hay menos. No sé cuántos éramos al principio. ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Sí, parece como que somos menos.

—No sé —le contesto. Pero sé que al menos hay uno menos: Coco Liso. Es igual que con Marcelo. Solo que ahora nosotros dejamos a alguien. Chele se fue corriendo. Igual que Mario. El Mero Mero también. No quiero que nos agarren. Ojalá Coco Liso y Marcelo estén

bien.

—¿Tenés miedo? —dice Carla.

Patricia mira para adelante. Sí tengo. No quiero que El Chino se pelee con Vocezota. Quiero ver a mis papás. Quiero tomar agua. Una cama. Ya no quiero caminar. Me duele el cuerpo. No sé qué decirle a Carla.

—Sí —le digo al fin, y meto las manos en la chamarra.

—Yo también —dice, suavecito, con la cara encima de la mochila de su mamá.

—Todo va' estar bien —digo sin pensarlo, así como nos dicen los adultos y se siente bien decirlo en voz alta.

—Ajá —dice, y lo dice de a de veras. Luego deja de verme y mira a las estrellas.

La luna sube más y más. Tengo miedo. Carla tiene miedo. Me alegra que me lo haya dicho. Me alegra que yo se lo dije. Espero tener la razón. La gente sigue gritando. Saco las manos de las mangas y meto los dedos en la tierra. Se siente rico meter las manos en la tierra fría. El Chino no ha vuelto. El aire sopla suavecito y me toca la cara.

Están alegando, gritando. Más gente se levanta para ir a ver qué está pasando. Alzo la cara y miro alrededor.

—Duérmanse, burros. —Patricia nos ve a Carla y a mí—. Ya va a regresar. Duérmanse.

Recuesto la cabeza en la mochila de El Chino. No me puedo dormir. Es como cuando Abuelito Chepe llegaba bolo a la casa. Mi Mamá me decía que me durmiera, pero no podía. Tenía miedo que él le pegara a Abuelita Neli, a Mi Mamá o a Tía Mali. Abuelito Chepe gritaba bien duro. Acá la gente se grita entre todos. Vocezota grita también. Forcejea con alguien. Los arbustos se mueven. Es El Chino.

—Puta —y no dice nada más.

—¿Qué? ¿¡Qué!?

—La gente ya está desesperada.

—Puesí.

—Javier, dormite, necio. —El Chino no tiene nada en la cara. No se peleó con nadie.

No digo nada, pero volteo a ver a Carla y ella tiene los ojos bien abiertos. Mueve los labios, me dice: «Hacete el dormido».

Medio cerramos los ojos y escuchamos lo que hablan El Chino y Patricia; cada vez la gente grita menos.

—¡Nos vamos en quince minutos! —grita al fin Vocezota.

—¡¿En quince?! —se queja la gente.

—Cálmense —dice El Doble de Marcelo.

—Cállense a la verga —ladra el otro pollero pálido.

—Nosotros sabemos para dónde ir —dicen los otros dos polleros.

—¿Qué putas quieren que haga? O caminamos o nos jodemos —dice Vocezota; habla bien duro y todos se callan.

Patricia y El Chino se ven a los ojos. Dicen algo que no logro escuchar. Luego voltean a vernos. No cerramos los ojos lo suficientemente rápido y ven que los estábamos viendo.

—Duérmanse, burros —dice Patricia, ya molesta.

Trato de respirar hondo. De guardar calor. Hago una oración en silencio. Pido lo de siempre. Miro a las estrellas. El cielo negro empieza a pintarse de azul. Primero Dios vamos a llegar a donde están las vans antes del anochecer.

Son las seis menos cuarto. La luz del sol pinta a La Montaña «Rinoceronte» de amarillo y anaranjado. La tenemos casi a la izquierda. Vuelve el olor a lluvia, pero igual ni llueve. Palomas salen de los arbustos. Unos pájaros más chiquitos atraviesan el cielo pintado. El suelo es naranja. Todavía estoy medio dormido, pero igual, sigo caminando. A cada rato Carla y yo nos volteamos a ver, como para adivinar a quién va a cargar primero El Chino. Es nuestro juego que nos acabamos de inventar.

Vocezota camina rápido, pero no tan rápido como anoche. El

Ciempiés se ve más pequeño. ¿Será que más gente se quedó con Coco Liso? ¿Se fueron mientras estábamos dormidos, igual que Marcelo? Nadie dice nada. Nadie habla, nadie grita, solo caminan. Hace menos viento que ayer, pero cuando se viene uno, todo está tan en silencio que escuchamos cuando se mueven las ramas de los Arbustos de Cera y los Arbustos de Cachiporra. Durante el primer tiro me la pasaba buscando el chiflido de El Cadejo. Pero ahora ya sé que ni existe. Nos siguen pasando cosas malas. Es solo un mito. Igual que Marcelo, El Cadejo está lleno de pajas. Si El Cadejo fuera real, no nos hubieran agarrado. Patricia no se hubiera lastimado. Coco Liso todavía vendría con nosotros. Las oraciones tampoco nos han ayudado.

Acá casi solo hay arbustos, y el terreno es más planito y casi ni hay zacate. La tierra es amarilla y anaranjada. El amanecer no es tan bonito como ayer y no hay ni una nube en el cielo. Caminamos y sueño que encontramos agua, que llueve. Tengo la garganta bien seca. Todavía no hemos visto ni un solo rancho, pero sí algunos caminos de tierra, alambres de púas, cactus. Ojalá lleguemos pronto. Siento la garganta como que si alguien me ahorcara. Siento los labios como que si el viento les diera latigazos.

Hay una casa allá lejos, rodeada de alambre de púas. Hay tres Cactus Gente sin brazos y otro, con uno solo, enfrente de la casa por el portón, pero no hay árboles. Nos escondemos en los arbustos en lo que Vocezota piensa qué hacer.

—Acá no es —dice—. Caminen.

Nos levantamos; el suelo es ahora otro colchón más. Otra vez vamos con capuchones y llevamos las chamarras amarradas a la cintura. El aire empieza a calentar. La luna está a punto de estrellarse contra las montañas. Son las nueve de la mañana y me empieza a quemar la correa de mi reloj, pero igual no me lo quito porque quiero saber la hora exacta cuando vea a mis papás.

Siempre que El Chino me lleva cargado, me quedo dormido. Su mochila esta tibia y llena de polvo, pero es bien cómoda. Cuando El Chino me baja, levanta a Carla. Ella también se duerme cuando va encima de él. El Chino ya no lleva el galón de agua y nos agarra las manos para que no nos caigamos. Tengo sed. Soy el que tiene más sed…

Parece como que el calor le dio machetazos al Ciempiés; cada grupo va bien separado de los demás. La gente se hace a un lado. Nadie tiene agua. Nadie le dice a nadie que los van a esperar. Ya no hay mucho zacate, entonces trato de seguir los pasos a Patricia. Dos puntos si lo logro. Un punto si me paro en las huellas de alguien más.

—Caminen.

—Levántense.

—Levántense —la gente le dice a los que están descansando en el suelo.

El Chino y Patricia no dicen nada, pero El Chino me agarra la mano cuando pasamos a la par de alguien que está tirado en el suelo. No sé si vamos más rápido, pero siento como que no. El valle que está enfrente de nosotros, entre unas montañas, es más amplio. Una casa con tres árboles enfrente, pienso. Creo que así dijo Coco Liso. Una casa roja con tres árboles y dos vans.

—¿Qué quisieras ahorita? —pregunta El Chino volteándome a ver, su cara a la par de la mía; me despierta dándome toquecitos en las manos. Me suelta los brazos, y yo me agarro de los tirantes de su mochila—. ¿Qué quisieras ahorita?

—¿De qué?

—Si pudieras tener lo que sea, ¿qué quisieras? —La camisa que El Chino lleva como capuchón está llena de sudor. Siento su olor y jiede, y eso significa que también yo huelo mal.

—Ah… una jamaica de Los Mochis —le digo, sonriendo. Pero

ahorita me tomaría cualquier cosa, hasta una horchata mexicana.

—¡No jodás! Hoy sí estás en algo —dice El Chino, y me ofrece la mano para que le dé un chócales. Miro sobre su hombro y le toco la mano.

—Pero con un montón de hielo. —El hielo es lo que me refresca. Hielo para mi frente, para mis cachetes, para mis labios, para mi nuca, para todo el cuerpo.

—Puesí. Con un vergo de hielo. —Le pone énfasis al «vergo» y mueve la mano como que si estuviera agarrando algo—. ¿Y vos?

—¿Qué? —Carla va a la par de nosotros. Tiene una camiseta en la cara y no nos estaba poniendo atención. Patricia va delante de nosotros y también lleva una camiseta en la cabeza.

—¿Qué quisieras ahorita?

—Un avión —dice ella.

Todos nos reímos.

—Bicha bayunca —dice Patricia.

—¿Y qué pedirías de comer o tomar en ese avión? —le pregunta El Chino, riéndose, los ojos se le ven más chiquitos cuando se ríe.

—Una Coca bien fría, casi congelada, como salen en los anuncios.

Todos le decimos que sí. Mmm. Suena bien chivo. Me gustan los osos polares que salen en esos anuncios.

—Y vos, ¿qué? —le pregunta Patricia a El Chino.

—N'hombre, Patita. Yo pregunté primero.

—Fácil. Un fresco de chan del puesto de La Niña Nofre —dice rapidito.

Carla y El Chino asienten con la cabeza. Saben bien de quién habla Patricia. Yo también asiento con la cabeza. No sé quién es La Niña Nofre, pero me acuerdo que Abuelita Neli hace chan cuando hace calor y le echa un montón de hielo. Lo hace un poquito ácido y le echaba un montón de chía, y el agua le quedaba bien roja, a veces hasta magenta.

—¿Y vos, pues? —le dice Patricia a El Chino.

—Iba a decir lo mismo. —Hace una pausa. Mientras piensa qué decir mira al cielo y casi se tropieza con una piedra.

—¡Pasmado! —le grita Patricia, por casi tirarme al suelo—. Tené cuidado.

—Una minuta de limón y sal —contesta El Chino. Mmm.

Me acuerdo del minutero que paraba enfrente de la clínica. Dentro de su carrito de madera cubierto de plástico raspaba un gran pedazo de hielo con ese aparato de metal, lo rasuraba casi que. Mi minuta favorita también es la de limón con sal. Me la estoy comiendo… Miro alrededor y me doy cuenta que hay menos personas. Ya no están los polleros. El Ciempiés solo tiene diez pares de pies.

—¿Qué se hizo la gente? —le pregunto a El Chino.

—Vamos hasta adelante. Vamos bien rápido. Ya estamos cerca. No pasa nada.

Miro qué horas son. Ya casi es la una. El sol nos hierve el coco. Ya casi no siento las piernas, es como que si las tuviera llenas de espinas y tachuelas. Parece como que al suelo le sale vapor. Me recuerdo que la gente del albergue decía que en el desierto hace tanto calor que uno podría cocinar un huevo en una piedra, ahora les creo.

—Te toca —le dice El Chino a Carla, deja de caminar un ratito y dobla las piernas para que yo me baje. Carla le abraza el cuello a El Chino.

Hoy hace más calor que ayer. Siento como que estoy enfrente de los hornos de barro que tiene El Panadero afuera de su casa; ahí iba yo para Navidad a traer pan francés para comer panes rellenos. Cerca de los hornos el aire es bien caliente, se siente como que si uno tuviera la cara pegada a los carbones. Así se siente el aire ahorita, puro carbón caliente. Una sábana de cenizas. Vamos bien despacio. Trago saliva, pero solo me da más sed.

—Ya casi llegamos, Javier —dice El Chino.

—Caminen —dice Patricia, y le cuesta hablar.

Los dos suenan bien cansados. Carla se mira como que está mal.

Tengo las manos todas aruñadas. Me muevo el reloj y debajo mi piel no está tan bronceada como el resto del brazo. Tengo los labios todos cortados. Me pesan las pestañas.

—Agua —digo de la nada.

—Agua —dice Carla, ella va encima de El Chino.

Los adultos no dicen nada.

—Agua —digo otra vez.

Al fin Patricia dice:

—Chino. Pará. Ya no. Busquemos sombra.

Él no dice nada. Nadie dice nada.

Seguimos caminando. ¿Qué estamos buscando? Acá no hay casas. No hay ranchos. No hay árboles. El Chino me aprieta la mano. Carla se quedó dormida. Patricia camina de lado, como que si estuviera bola. ¿Por qué no hay nubes en el cielo? Siento el estómago como que si alguien me estuviera metiendo cuchillo. Arrastro los pies. Le doy mordidas al aire, como que si hubiera niebla o como que si estuviera dentro de una nube. Muerdo el aire mientras camino, hago la boca puro pez en el agua.

—Abramos un cactus.

—N'hombre, vos —le dice El Chino a Patricia—. Eso solo pasa en las películas.

La gente también abre cactus en las caricaturas. Pienso en una anona. Son puros huevos de dinosaurio. Rosadas de adentro. A veces son blancas. Tienen semillas oscuras atrapadas en su carne.

—Probemos, hombre.

—No tenemos un cuchillo.

Me duele la frente y los lados de la cabeza. Sin que se den cuenta El Chino y Patricia miro para atrás, para delante. Solo hay un grupo de personas más con nosotros. Son dos personas nomás. El cielo brilla tanto que se mira blanco. Ya no están ni los polleros pálidos ni El

Doble de Marcelo. Todos los del Ciempiés, menos nosotros cuatro y los dos hombres que vienen por ahí, desaparecieron. Todos caminaron más rápido que nosotros. Nos dejaron.

Arrastramos nuestras sombras sobre la tierra y llegamos hasta donde está un grupo que no sabíamos que iba delante de nosotros. Están a la par de un Cactus Gente sin brazos; solo es un tronco de cactus. Le dieron riata. Trataron de abrirlo pegándole con piedras.

—¿Tiene agua?

—Nada —dicen los hombres que están tirados en el suelo. Tienen algo en los brazos, en la cara.

—No los mirés —me dice El Chino, moviéndome la cara al otro lado.

Le jala la mano a Carla, y también le da la vuelta.

Siento como que si tuviera un picahielo metido en la panza. La camiseta que llevo en la cabeza ya no sirve, está llena de sudor.

—¿Y de comer? ¿Qué quisieran comer?

No sé. Quiero ver qué está haciendo la gente. El Chino me agarra, me toca el brazo y dice:

—No mirés —y hace la misma pregunta.

—No sé.

—Pensá.

Solo quiero tomar agua. No quiero comer nada. Me duele la panza.

—De comer… —El Chino me da otro toquecito.

No se me ocurre nada. Pienso en mi casa. Los palos de fruta. El gran palo de aguacate lleno de iguanas. Podríamos comernos una lagartija. Pero ya no he visto lagartijas.

—Javier —dice El Chino, pega un brinquito y me sacude—. Para comer —repite.

—Sopa de frijoles— digo y me imagino a Abuelito Chepe sin camisa enfrente de su olla de barro que calienta en una fogata.

El Chino se ríe.

—¿Una sopa? ¿Ahorita? —dice Patricia, levantando la voz y

moviendo la cabeza.

—Sí —digo. Es lo único que se me ocurrió.

—Sí, Pati, para sudar todo lo malo —dice El Chino.

Me imagino los periódicos viejos que Abuelito Chepe le echa al fuego para avivar la fogata. Rodajas de aguacate maduro encima de la sopa. Un poco de queso duro. Un limón para echarle su jugo. Tortillas para mojarlas en las aguas moradas de la sopa de frijoles.

—Tengo hambre —dice El Chino, y me baja de su espalda—. Okei, subite. —Le toca el brazo a Carla y ella casi se topa con un arbusto.

—Cuidado. —Patricia mueve la cabeza viendo a El Chino.

Carla está en la espalda de El Chino y le abraza el cuello. Él me agarra la mano y seguimos caminando.

La Montaña «Rinoceronte» está detrás de nosotros. Nuestras sombras parecen de asfalto. Los arbustos parecen gente. Desde ayer que no vemos un camino, escuchado el mar o visto un carro. Ni siquiera hay helicópteros. Solo tierra.

—Árboles. Palos. Miren, miren, por allá —dice Patricia, señalando hacia delante.

El aire todavía está bien caliente. De lejos parece como que hay unos pájaros en el suelo. ¿Serán zanates? ¿Zopilotes?

Más de cerca vemos que son unos Solitarios. El zacate parece espagueti seco; son palitos amarillos que salen de la tierra. Miro para atrás y ya no están las dos personas que iban con nosotros.

—Para allá —dice El Chino.

Siento el estómago como que voy a echar el zope. Las lanchas. Prefiero las lanchas. Agua y más agua y peces voladores. Había calor, pero no tanto como aquí. No íbamos caminando y solo estuvimos un día en el mar.

A la derecha hay una inclinación, como que si fuera un cerro.

—¡Palos! —grita El Chino, y despierta a Carla. El Chino camina más rápido que Patricia y yo. Ya va lejos cuando empieza a brincar.

—¡Palos! —Ahora lo grita—. ¡Hay árboles, vos! —grita otra vez,

señalando no muy lejos. Carla también señala al mismo lugar.

Los alcanzamos.

—No estamos tan salados —le dice a Patricia; El Chino tiene la capucha medio abierta y entre la tela puedo verle los dientecitos.

Caminamos otro pedacito y ¡sí! Hay uno, dos, ¡un montón de palos! Y son grandotes, lanudos. Palos de saber qué clase, pero son entre gris y verdes.

—Ya casi llegamos, caminen, caminen, caminen —dice El Chino. Me duelen los pies.

—Pujen —dice Patricia. Sí funciona. Es como que si me hubiera comido una de las estrellas de Mario Bros, y vamos rápido y más rápido, cerca y más cerca de los palotes, que se mueven en el viento, se mueven como que si estuvieran vivos. Me recuerdan a Taz, al Demonio de Tasmania, porque son angostos por abajo pero más gordos arriba.

Esos palotes crecen del zacate y de la tierra casi blanca. Son tan altos como los palos de aguacates que tenemos en el jardín. Como una casa de dos o tres pisos. Nos acostamos a la par del tronco, donde la sombra es más oscura, y se siente como que entráramos a un cuarto frío. Estamos ya sin fuerzas, pero igual nos reímos.

—Es un hotel de cinco estrellas —dice El Chino, tocando el suelo frío-frío; como si las hojas caídas y las piedras hubieran atrapado a la noche ahí.

—Creo que este es veinte estrellas —dice Patricia.

Escojo un lugar y me recuesto en la chamarra, y Carla se ríe de mí.

—Puro gato —dice, y ella hace lo mismo, igual que Patricia. Somos unos gatos echados en la sombra. Todos, menos El Chino que sigue viendo los troncos y las hojas de los palos.

—Alguien sembró estos —dice El Chino, tocándolos.

Tal vez. No habíamos visto un árbol así de grande en el desierto.

—Mirá, mirá, allá hay casas. —El Chino le dice a Patricia.

¡¿Casas?!

—¿Son casas rojas? ¿Tienen árboles enfrente? ¿Tres árboles? —dice Patricia sin levantarse.

—No —dice El Chino.

—Entonces me vale —dice ella.

El Chino sigue viendo las casas. Le quita unas hojitas al palo y nos las da a nosotros. Parece como que si fueran de plástico. Cada sección de la hoja es como un tubito. El color y el olor me recuerdan al jardín de mi Abuelita Neli.

—Parece ciprés —le digo a El Chino.

—Usssh. ¡No, niño! ¡Ciprés no! —grita Patricia, moviendo la mano como que si quisiera espantar una mosca.

No entiendo.

Miro a El Chino y no dice nada.

—La muerte huele a ciprés, niño. Ussssh —dice Patricia y se persina.

—Ah, ¿por las coronas de ciprés? —dice El Chino.

—Cabal.

—¡Ay! ¡Perdón! —digo, persinándome.

Me da miedo. Me acuerdo de las coronas de ciprés que pone la gente para el Día de los Difuntos. Desde que la Tatarabuela Fina murió en 1996, vamos a su tumba cada 2 de noviembre. Le llevamos una corona de ciprés, y con pintura blanca retocamos su nombre que está pintado en la cruz. Me gusta como huele el ciprés.

El Chino al fin se sienta. Carla y yo estamos entre mis papás de mentiras. Nuestra familia. Somos Los Cuatro otra vez. Todo mundo se fue.

—Como quisiera tomarme un coco —dice El Chino en voz alta. Nos reímos. Detrás de las hojas verde-gris está el cielo azul, requete azul. Pido ver nubes, pero no vienen.

—Una pizza de Pizza Hut —dice Patricia.

—Una hamburguesa de McDonald's —dice Carla.

Siento sabor a cebolla y cilantro, a los tacos que comimos en

Mazatlán.

—Tacos —digo yo. De ahí es más fácil imaginar comida, que cuelga de las ramas de este palo. Papaya verde con sal. Mango verde con sal, alguashte y limón. Pepetos. Paternas…

El Chino me mueve.

—Estabas fundido —dice El Chino, pero siento como que no dormí nada.

—Deberíamos seguir caminando —nos dice a Carla y a mí. Patricia está del otro lado del tronco, haciendo pipí.

—Ush —dice, cuando regresa con nosotros—, bien amarillo, casi anaranjado mi chorro.

¿De qué color será mi pipí? Desde ayer que no tomo agua.

—Caminemos.

—¿Para dónde? —le pregunta Carla a El Chino.

—Hay que buscar el rancho —dice El Chino—. No hay de otra.

—Ha de ser uno de esos. —Patricia señala a uno de los puntitos que se miran por ahí. Estamos como en un cerro; después de acá todo es para abajo.

—Los postes de teléfono son seña de que vamos bien —agrega El Chino.

Se ven como cruces gigantes y son más altas que cualquier cosa que haya aquí, casi tanto como estos árboles. También hay Cactus Gente, que se ven puros Cheetos gigantes.

—A caminar se ha dicho. —El Chino limpia su pantalón.

—Agua —digo otra vez. Siento otro picahielos en la panza, pero este está más abajito, a la derecha, por mi cintura—. Ya no puedo caminar.

Nadie dice nada. No había sentido las piernas así. No me puedo ni parar. El Chino camina de un lado a otro, rascándose la cabeza. Hay botellas vacías por todos lados y basura: bolsas plásticas, latas de

sardinas y frijoles vacías, camisas rotas, zapatos. ¿Hubo gente aquí antes que nosotros? El Chino patea las botellas, les da la vuelta con la esperanza que caigan unas gotas en su boca. Igual hace Patricia. Carla y yo los vemos desde el suelo.

—Ni mierda —dice—. Subite a mi espalda, Javier. ¿Carla, podés caminar?

Ella asiente con la cabeza.

—Subite, pues.

Él me levanta y me tiemblan las piernas; siento como si un montón de agujas me estuvieran puyando las piernas. Me subo a su espalda. Me da su camisa. Otra vez me hago un capuchón. Él se pone el suyo y empezamos a caminar.

—Esa no es. —Patricia chasquea con la lengua.

Es la tercera vez que nos escondemos debajo de un arbusto en lo que decidimos, si la casa que tenemos enfrente es la casa que dijo Coco Liso. El Chino cree que enfrente deben haber cuatro árboles. Patricia dice que son dos. Pero estos ni siquiera son árboles. Son cactus. Quiero tomar agua. Quiero el aire acondicionado del Pizza Hut, que está en San Salvador. A Mi Mamá a Mi Papá. A Tía Mali. Siento la boca pesada. La lengua bien seca. El sol es una toronja que saca sus jugos, pinta todo de rojo, de naranja, rosado, lavanda.

—¿Aquella? —El Chino señala a otra casa que está más adelante. Acá solo hay arbustos y Solitarios. Piedras. Pájaros que son más pequeños que las palomas. Y de ahí…

—¡Agáchense! —grita El Chino.

Piedras golpean metal. Truenan unos clavos y tornillos. Viene un picop azul y lo sigue una nube de polvo. Nos acostamos en el suelo. Estamos lejos del camino de tierra. El chofer del picop no nos ve.

Nos levantamos y otra vez me subo a la espalda de El Chino. Él es mi camello. Soy su joroba y estoy encima de su mochila. El cielo

cambia de colores. Nuestras sombras ahora son más largas.

—Estoy sudando un montón —le digo a El Chino, y le enseñó mi mano mojada, mi frente empapada de sudor.

No dice nada.

—Paremos un rato —le digo.

No he llorado. No quiero llorar. El corazón me late bien rápido. Rapidísimo. Más rápido que cuando vi el helicóptero. Me duele la panza. Las piernas. Me duele todo. Tengo la piel chamuscada. Los labios rotos. Y entonces… No me puedo parar. Me agarro la panza para no llorar. Me brinca el pecho. No puedo respirar.

—¿Estás bien?

No puedo…

—¿Qué pasa?

Quiero a Mi Mamá. A Tía Mali. Abuelita Neli.

—Todo bien. Vamos a parar, hermanito. Mirá el cielo, está bien chivo —dice El Chino, señalando los colores, lo morado del cielo. Los Cactus Gente son amarillos y verde olivo, los Peluches se ven dorados, los Arbustos de Cera son de un verde brillante, todos los colores son bien relucientes y se mezclan.

—Probemos aquella —le dice El Chino a Patricia.

No quiero que me miren llorando. Me seco los ojos y me escondo dentro de mi capuchón. Me muerdo el labio. Soy fuerte. Todo bien. Soy fuerte.

El Chino me baja. El suelo es naranja brillante. Unos murciélagos vuelan encima de nosotros. Los pájaros van para donde sea que duermen de noche. No miro bien. La casa está bien cerca y de ahí bien lejos.

—Puta, es roja esa mierda —dice Patricia—. Y los árboles…

Hay tres. Y hay dos picops parqueados enfrente. Una puerta de metal. Y una van.

—Son tres árboles, ¿va?

—Jaber. Pero mirá. —El Chino señala a una manguera verde detrás

del cerco, la manguera es verdosa brillante, casi neón y brilla.

—¡Agua! —grita Patricia. Los camanances se le hacen más grandes, le brilla la cara aruñada.

Carla sonríe.

—Gracias a Dios. —Patricia mira al cielo y se persina.

Se me hace agua la boca y me ruge la panza. Por un segundo me deja de doler la cabeza.

—La podemos jalar desde aquí —dice El Chino—. Sacar la punta entre la reja.

—Con cuidado.

Nos agachamos detrás de El Chino. Vamos de arbusto en arbusto. La manguera está amarrada alrededor de una cosa de plástico, que está dentro de la propiedad. Nos agachamos más cerca hasta que estamos enfrente de un camino de tierra. Estamos debajo de los postes de teléfono; son bien grandotes y, por la luz del sol, parecen como que están cubiertos de miel. No hay nadie en la casa. No hay nadie en la calle. Corremos al otro lado.

No hay arbustos. Nada a la par de la manguera. Solo hay tierra y zacate seco. Tenemos la panza en el suelo, puras lagartijas, esperando a tomar agua. Y entonces…

Chuchos.

No sabemos dónde están, pero ladran.

—Puta —dice El Chino, y saca la manguera de entre el alambre de púas.

—¡Abrila! ¡Apurate! ¡Abrila!

Le da vuelta al chorro y sale un montón de agua. El Chino nos moja a todos. Tenemos la panza en el suelo. Abrimos la boca. El agua está caliente. De ahí tibia. Clara. Se forma un charco en el suelo. Se siente tan bien. A las orillas del charco salen unas burbujas blancas. La tierra roja se pone más roja, de ahí café, y agarra el color de nuestra piel quemada, color lodo.

—Tomen —dice El Chino, y me da la manguera.

Me arrastro para estar más cerca del chorro y levanto la cara un poquito, trato de no levantarme. El hule de la manguera está tibio. Así se ha de sentir agarrar una culebra. El agua no deja de salir. Beso la punta de la manguera. Un trago. Dos. Sabe a plástico, a plástico caliente y a metal, pero está buena. Me echo agua en la cara, en el cuello. Mojo mi capuchón.

—Apurate. —Patricia me toca el hombro. Tomo más agua, y le doy la manguera a Carla y ella se levanta del suelo.

Y de ahí…

Dos pastores alemanes corren hacia nosotros; el alambre de púas nos protege, pero no dejan de ladrar. Nos hacemos para atrás. Patricia jala la manguera y empieza a tomar agua como con más ganas.

—Calláte, chucho de mierda —dice El Chino, no muy duro y tratando de calmar al chucho más loco. Sus dientes son grandes y bien blancos. Les sale baba de la trompa.

De ahí aparece un gringo pechito caminando a donde estamos nosotros. Es bien alto, es largo, puro lápiz.

—A la gran puta, corran, ¡corran! —grita El Chino, levantándose.

—¡Alto! ¡Parar! —grita el gringo y da un tiro al aire. Suena bien duro. Lo siento en el pecho. En el estómago. Nadie se mueve.

—No seas pendejo, no te movás —le dice Patricia a El Chino, ahogando la manguera. A Patricia le tiemblan las manos. Estamos acostados en el suelo.

El gringo se acerca. Lleva una camisa de manga larga y la tiene metida en sus bluyines. Tiene la cara delgada llena de arrugas y lleva puesta una cachucha. Tiene en sus manos una pistolota negra, una escopeta, y nos apunta con ella.

—No corer, disparar —dice, y habla puro gringo; no sabe decir las erres. Lleva unas botas cafés. Se viste como los polleros, como que si estuviera en una película ranchera.

—Okei. Okei —dice El Chino de rodillas y con las manos arriba.

—No malos. —Patricia se pone de rodillas, suelta la manguera y nos

señala a todos y a sí misma.

El gringo le apunta con su escopeta.

—¡Mamá! —grita Carla.

El hombre le apunta a Carla y luego a mí.

—¡No me le haga nada a mis hijos! —grita Patricia.

No deja de salir agua de la manguera.

—No corer —repite el gringo y camina hacia nosotros—. Migra venir.

—No, señor, por favor. Ya nos vamos —dice El Chino.

—Por favor —Patricia le ruega y junta las manos—. Niños —dice, y nos señala.

—Migra. Venir —repite.

No quiero ir a la jaula.

—No, por favor. Migra no. Niños mire, aquí, mis niños. —Patricia nos señala y nos vuelve a señalar.

—Llamar Migra. No corer.

Patricia camina con las rodillas, se acerca al cerco, a los chuchos que no dejan de ladrar y tiene las manos como que si estuviera rezando.

—Por favor.

El hombre dice algo en inglés. Suena bien bravo. Le apunta su escopeta a El Chino, que también está de rodillas.

El Chino se acerca al cerco.

—¡Parar! —grita el hombre.

El Chino deja de moverse. El gringo le dice algo a sus chuchos y los chuchos se sientan, sacan espuma de la trompa, nos enseñan los dientes. Carla y yo nos ponemos de rodillas. Yo estoy a punto de temblar.

—Puta, este gringo cerote no va’ dejar que nos vayamos.

—Está pelado —dice Patricia.

—Agua —El Chino le dice al hombre, viendo la manguera—. Agua.

El gringo asiente con la cabeza.

—Tomar —dice, señalando con su escopeta el chorro de agua que no ha parado de salir.

El Chino agarra la manguera; la tierra ya se hizo lodo. Todos estamos mojados, tenemos mojadas las espinillas, las rodillas, los pantalones, cinchos, todos estamos bien mojados.

—Al menos el agua está bien rica. —El Chino sonríe con la boca llena. El sol está detrás de él; el cielo se mira morado, bien morado.

—¿Quieren más? —nos pregunta.

Sacudimos la cabeza para decirle que no.

No puedo dejar de ver la casa del gringo; su techo es de lámina roja, tiene un picop. Las paredes son de block de cemento, iguales a las paredes de la casa de Abuelita Neli.

Viene una ola. Una camioneta blanca se parquea a la par de nosotros. Tiene una raya verde.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me pongo a llorar. Las puertas se abren. Bip. Un uniforme verde sale del carro. Le dice algo en inglés al gringo, pero el gringo no deja de apuntarle a El Chino. Tengo los cachetes bien mojados. El pantalón enlodado. Los gringos siguen hablando. Carla también está llorando. A El Chino se le marcan las venas en la cara. Tiene las manos arriba y con la mano derecha aprieta la manguera; ni una gota de agua cae al suelo. El Chino no nos mira. Siento que me pesa el cuello, como que si tuviera piedras encima. Me duele la cabeza.

—Hola, buenas noches —dice el uniforme. Habla con acento, pero no es tan marcado. Entendemos bien lo que dice. Se acerca a nosotros. No le miro la cara. Su ropa verde olivo se ve bien oscura.

—Buenas noches —dice otra vez. Le miro las botas, están llenas de polvo—. ¿Familia?

—Sí —dicen Patricia y El Chino.

Carla y yo asentimos con la cabeza.

—¿Qué país?

—México —dicen, hablando como mexicanos.

Se acerca a nosotros. Le miro la cara. Está bien rasurado y tiene pelo negro, lo lleva bien cortito. Es algo joven. No ha de ser más grande que Patricia. No tiene arrugas en la cara, igual que El Chino. Es más moreno que todos nosotros.

—¿Cuántos años tú?

—Nueve.

—¿Tú?

—Doce —dice Carla.

—¿Sus padres?

—Sí —decimos los dos.

—¿Quieren agua?

—Ya tomamos —dice Patricia.

El uniforme voltea a ver al gringo, que todavía le apunta con su escopeta a El Chino. Le dice algo.

—Quitar esto —dice el uniforme, tocándole la mochila a El Chino. A El Chino le rechinan los dientes; las venas que tiene en la frente se le miran bien gordas—. Manos detrás de espalda.

Las esposas hacen clic.

—Usted también —le dice a Patricia; ella tiene los cachetes hinchados. Patricia deja caer la mochila de Carla en el lodo.

—No, señor, ¡no! —dice, llorando.

—Está bien, procedimiento, nomás.

Le dice algo al gringo, y al fin baja la escopeta.

—Arriba —nos dice el uniforme a Carla y a mí—. Voy a poner a padres en carro, ¿okay?

Asentimos con la cabeza.

Pone a El Chino dentro de la camioneta. De ahí lleva a Patricia. Después pone sus mochilas en la parte de atrás. El gringo nos ve. Estamos parados, pero no nos podemos mover. Me tiemblan las piernas. Me duele la cabeza. Siento como que si tuviera una cachucha caliente en la cabeza. El uniforme habla con el gringo y el gringo cierra el chorro de la manguera y camina de vuelta a su casa; dentro

de la casa veo una luz amarilla. Ya es de noche.

—Amigo. —El uniforme se toca el pecho—. Ven —dice, y nos hace señas para que lo sigamos.

Abre la puerta. El Chino y Patricia se sientan atrás del asiento del chofer. Igual que la vez pasada, hay una reja de metal que divide el carro. Carla entra primero. Yo me siento a la par de la ventana. Acá está tibio. El uniforme cierra la puerta. Por las luces, parece como que estamos dentro de una nave espacial.

—Okay, vamos —dice el uniforme, y arranca el carro—. Yo Míster González. ¿Ustedes? ¿Nombres?

Patricia le dice nuestros nombres mexicanos. Las llantas pasan sobre piedras y tierra.

—¿Primera vez cruzar?

El Chino mira a Patricia y ella estira los ojos, puro gato. Volteo a ver la casa del gringo. Está tan solita. No hay otras casas cerca.

—No —dice El Chino.

—Puta —dice Patricia, viendo a El Chino como diciéndole que dijo algo que no tenía que decir—. La cagaste. —Mira a El Chino a los ojos.

El Chino no entiende.

—Cárcel —dice ella.

—No problema. —El uniforme mueve su dedo índice—. ¿Cuántas veces?

Patricia mira a El Chino y responde por él.

—Dos.

—¿Verdad? —El uniforme voltea a ver a El Chino.

—Sí.

—¿Verdad, niños?

Los dos le decimos que sí. Afuera está bien oscuro. Después de unos minutos aparece otra casa a la par del camino de tierra. Veo si es roja y busco tres árboles enfrente, con dos vans. Pero no miro nada. Los adultos siguen hablando.

¿Qué va a pasar? Teníamos que llegar. Capaz nunca voy a ver a mis

papás. No quiero dormir en la jaula. No quiero dormir sin Carla y Patricia. Quiero a mis papás. Quiero una cama de verdad. Quiero ir a un McDonald's, y quiero nieve y una piscina. No quiero ir por el desierto otra vez. Nunca más.

Cuando el uniforme deja de hacernos preguntas, al fin no hay bulla. La camioneta pasa por más caminos de tierra. Las piedras en el camino se ven plateadas cuando les pegan las luces del carro. Todo lo demás está bien oscuro. La noche está a la par de nosotros, arriba, y por detrás. Después de cinco, diez minutos, la camioneta baja de velocidad. Las llantas traquetean. Nos aorillamos.

—¿Tienen hambre?

El Chino y Patricia medio cierran los ojos. Se ven el uno al otro. Yo los veo a ellos.

—¿Hambre? —repite el uniforme.

—Sí —dicen ellos.

Carla y yo asentimos con la cabeza. No hemos comido nada desde que El Chino nos dio aquella tortilla fría.

—¿Quieren chocolate?

¿Chocolate? ¡La última vez que comí chocolate fue en El Salvador!

—Chocolate caliente. —El uniforme junta las manos como que si estuviera agarrando una taza. Pero de ese no quiero yo.

—Sí —dice Patricia.

—¿Ustedes? —El uniforme voltea a vernos.

Carla me da un codazo. Ella dice que sí. Me da otro codazo.

—Sí —digo.

—Okay, esperar.

Las luces del carro están encendidas. El motor no. Las luces alumbran unos Arbustos de Cachiporra. Quiero ver si encuentro basura, botellas de agua, señas de que alguien ya estuvo por acá, pero no hay nada. El uniforme abre las puertas de la camioneta. Sus botas suenan pesadas cuando camina sobre las piedras. Rápido entra un vientecito a la cabina. Patricia y El Chino todavía tienen las chamarras

en sus cinturas. Nosotros también. Está rico acá, más calientito que allá afuera. Escucho líquido cayendo dentro de un vasito de papel.

El uniforme abre mi puerta. Él trae puesta una chamarra verde oscura, la lleva abierta. Le miro el pecho y tiene un parche que dice Gonz… No nos dio pajas. Así se llama.

Mr. González dice algo en inglés y me entrega un vaso de chocolate caliente y otro para Carla. El vasito está caliente, pero no tanto; no me quema las manos. Al chocolate le sale vapor. Cierra la puerta y va para atrás. Sirve otro vaso de chocolate. Vuelve a abrir mi puerta.

—Aquí, para padres.

Nos da otros dos vasos. No me gusta. Abuelita Neli hacía chocolate caliente cuando le decía que no quería tomar leche, pero igual le ponía leche.

—Por favor, nada estúpido, ¿okay? —Mr. González dice viendo a mis papás de mentiras.

—Okei —dice El Chino, apretando las cejas.

Mr. González mira a Patricia.

—Sí —dice ella, viendo al otro lado de la reja que divide el carro.

—Quito —dice, viendo las esposas—. No correr, por favor—. Yo amigo. —Se toca el pecho.

—Okei —dice El Chino, y trata de sonar puro gringo.

Mr. González junta las manos y nos dice a Carla y a mí que agarremos bien los vasitos.

—Aquí —le dice a Patricia, y le agarra las muñecas.

Los brazos de El Míster pasan rozándonos la cara a Carla y a mí. Patricia se acerca a él para que le pueda quitar las esposas. Siento el perfume de El Míster. No es un olor muy fuerte. Huele a leña y ciprés.

Les quita las esposas a Patricia, se levanta del asiento y luego cierra la puerta. Nos vemos entre todos.

—Buena gente —dice Patricia, agarrando el chocolate caliente.

El Chino nos ve. Ya no se le marcan las venas.

—Cabal —dice, moviendo la cabeza y casi sonríe. Patricia como que

no sabe agarrar el vasito.

El Míster otra vez toca mi ventana.

—Nada estúpido.

Asentimos con la cabeza.

—Aquí —nos dice y nos da a Carla y a mí pan dulce, unas conchas: una rosada, una blanca y una amarilla. Están frías, pero esponjositas.

Luego camina hacia el otro lado de la camioneta y le toca la ventana a El Chino y señala las esposas.

—Okei. Sí. —El Chino se da la vuelta como ofreciéndole las esposas a El Míster.

Se abre la puerta y las esposas hacen clic.

—Amigo —repite El Míster González.

El Chino sonríe y se soba las manos. Aprieto todo. Tengo miedo que El Chino vaya a salir corriendo.

—Gracias —dice El Chino, y El Míster cierra la puerta y regresa a su asiento.

—¿Está bueno? —nos pregunta viéndome desde el retrovisor, pero no sé qué me está diciendo—. ¿Chocolate bueno? —dice.

Le digo que sí, y eso que sabe a pura agua, y es que así me gustaba el chocolate caliente antes, cuando no me gustaba tomar leche. Pero ahora me hace falta la leche porque pone el chocolate más espeso.

Patricia no come ni bebe nada. El Chino ya se terminó su chocolate caliente con pan dulce. Carla también, entonces le sostiene la comida a su mamá. Yo ya casi termino de comer.

—Puedo ayudar con los labios. —Mr. González se toca la boca—. Labios, ¿verdad? —Sigue tocándoselos—. ¿Cactus? ¿Nopal?

—Sí, me duelen mucho.

—Okay —dice, y le sigue con algo en inglés.

Me termino el chocolate; hasta abajo quedaron unas migajas mojadas.

—Alguien más tiene espinas?

Me miro las manos, pero no tengo. Ni espinas, ni nada. Carla se

mira las manos y los brazos. Los tiene más rayados que yo, pero igual dice que no tiene nada. El Chino igual.

—Okay, esa puerta. —El Míster apunta a mi puerta. Se baja y agarra algo del baúl y camina hacia mi ventana.

—Ven —le dice a Patricia, ella lo ve y aprieta las cejas—. Afuera —dice El Míster—. Está bien. Ven.

Carla y yo nos levantamos, nos acercamos a la reja para que Patricia pueda pasar detrás. Ella pone los pies en el suelo y El Míster cierra la puerta.

—Señá —dice El Chino, agarrando nuestros vasitos y con todos hace una torre de vasos de papel.

Carla se sienta viendo para afuera; todavía tiene el chocolate de su mamá y le da un traguito para no botar nada. El Chino ni trata de abrir la puerta. No grita. Nosotros tampoco. Igual sabemos que las puertas están cerradas.

Me pongo de rodillas para ver a Patricia, que está sentada en la orilla de la camioneta y El Míster está enfrente de ella, y le mueve la cara con cuidado para que le pegue la luz. La cara de Patricia está llena de aruñones y sangre seca. El Míster se puso unos guantes blancos como de doctor y tiene algo en las manos, una cosita de metal.

—Ve, tiene pinzas —dice Carla.

Vemos cómo El Míster saca pedazos de espinas de la cara de Patricia. Ella hace caras cuando siente las pinzas, pero no llora como anoche, cuando El Chino hizo lo mismo con un cortaúñas.

—¿Por cuál ciudad el primer cruce? —pregunta El Míster, y saca otra espina; esa sí que la tenía bien enterrada en el cachete.

—No sé, señor.

Yo tampoco sé. Los polleros no nos dijeron en dónde estábamos.

—¿Cuántas personas?

A Patricia le sale una lágrima. El Míster le pregunta otra vez.

—¿Cuál de las veces? —le pregunta Patricia.

—Esta.

—Treinta o cuarenta.

—Cincuenta o sesenta —la corrige El Chino, y creo que él tiene razón.

Míster González ya no le hace más preguntas a Patricia, y nosotros le miramos que tiene la cara toda chajaceada, sentimos que le duele lo quemada que está. Con esa luz el pelo se le ve como castaño claro. Cuando El Míster termina de quitarle las espinas, él le pellizca la piel para sacarle la tierra de las heridas, y a Patricia se le salen más lágrimas y eso me da ganas de llorar, pero quiero seguir viendo.

—Mamá. —La voz de Carla es bien aguda; así hace cuando está preocupada.

—Está bien, mija —dice Patricia, hablando como mexicana y moviendo las manos.

No sé cómo le hace. ¡Ni siquiera está llorando! Me recuerda a cuando Tía Mali se quita los barros de la cara o cuando me saca astillas de las manos. Ahorita tengo, pero no me duelen. Me duelen las piernas. Me duele como entre el muslo y la cadera. Las rodillas. La espalda baja. Las espinillas. Los tobillos. Me siento todo pesado, como que si fuera de cemento. Pero siento la cabeza ligerita, puro globo.

—Okay —dice El Míster, secándose el sudor de la frente y después de quitarle más espinas de las manos a Patricia.

—Gracias. Gracias, señor.

Le toca el hombro y sonríe.

—No problema. —Está como orgulloso de que logró quitarle todas las espinas. Caminan hacia mi puerta. Patricia entra y con ella entra un aire frío—. ¿Quieren más pan y chocolate? —pregunta El Míster.

—Sí —decimos todos. Todavía tengo hambre.

—Okay, dame. —Hace como que tiene un vaso en la mano.

Ya sabemos qué hacer. El Chino me entrega los vasos y yo se los doy a El Míster, y él se va para atrás y nos trae otros dos vasos de chocolate caliente y otro más, y una concha, y de ahí otras dos.

Patricia como que le cuesta comerse el pan. Muerde despacito. Da tragos chiquititos.

El Míster cierra la puerta, regresa a su asiento y arranca el carro. Nos movemos. Acá todo está aún más oscuro. Lo único que se ve son los números y las luces del tablero. Otra vez estamos en una camioneta de La Migra, solo que ahora Patricia y El Chino tienen las manos libres. El carro de repente deja de temblar. Llegamos a una carretera de asfalto.

Cruzamos a la izquierda y creo que miro la silueta de La Montaña «Rinoceronte». Se siente como que vamos sobre una sábana suavecita. Las líneas amarillas en la carretera son como dos culebras delgaditas que persiguen a unos puntitos blancos, que reflejan las luces de la camioneta. No hay nadie. No hay carros en la carretera. El Míster no habla. Nosotros comemos el pan, tomamos el chocolate. Ya no siento la cabeza, puro globo, pero igual me duele un poquito. Me duele el cuerpo.

Después de unos veinte minutos El Míster dice:

—Hoy es día de suerte.

Nos volteamos a ver entre todos con cara de que no entendemos. No me siento muy suertudo que digamos. El Chino hace lo que siempre hace con los labios y mueve la cabeza a un lado. Patricia también mueve la cabeza y dice:

—¿Qué dice el gringo?

—La próxima descansen cuatro días, ¿okay?

No entendemos bien qué dice.

—¿Okay? —dice otra vez, pero más fuerte y voltea a vernos; tiene las manos sobre el timón.

—Sí —dice Patricia.

—Descansen cuatro días. —El Míster hace un cuatro con los dedos. Son dedos gordos y se miran bien suavecitos—. Desierto es malo.

—Creo que nos va dejar ir —dice El Chino suavecito.

A Patricia se le abren los ojos.

—Sí —le dice a El Míster—. ¡Sí! —repite en voz alta.

Me miro las manos. ¿Será que sí nos va a soltar?

—Niños. —Nos apunta con un dedo—. Descansar importante por ellos.

—¿Nos va a dejar ir, señor? —al fin El Chino le pregunta; todo lo dijo bien despacito, sílaba por sílaba.

—Sí —dice El Míster, sin dudarlo—. Es día de suerte.

Patricia nos mira y toca su hombro con el mío. Me empuja para que me acerque a Carla y ella voltea a ver a su mamá y sonríe. Yo sonrío. Todos sonreímos.

—¡Gracias a Dios! —Patricia grita bien duro, como que si estuviéramos en una iglesia. Luego dice algo bien quedito, mira al techo de la camioneta y se persina.

—¿De verdad? —pregunta El Chino.

—Sí. Pero prometer que van a comer más y tomar más agua.

—¡Sí! Absolutamente. ¡Sí, señor!

¡No voy a dormir en una jaula! ¡No voy a hacer pipí enfrente de hombres que no conozco! No más gringos malos. El Míster sí es amigo nuestro. No más jaulas. No vamos al zoológico.

—No todos que dicen ser coyotes dicen la verdad. Cuidado. —El Míster mira a Patricia desde el retrovisor. El Míster tiene ojos cafés, iguales a los míos—. ¿Okay? —dice bien duro, y nos voltea a ver.

—¡Sí! —gritamos todos y El Míster casi se ríe.

Avanzamos otro rato. La carretera es bien recta. No hay curvas. No hay carros.

—Ya la hicimos —dice El Chino, y dice otra cosa, pero no lo escucho.

—Ojalá —dice Patricia.

Gracias a Dios. Hoy voy a dormir con Patricia y Carla otra vez. A nadie le van a poner esposas. No va a haber gente que no conozco ni inodoros a la par de donde estoy dormido.

Llegamos hasta una curva. Hay una casa a la derecha. Otra a la

izquierda. Luces. La carretera va para abajo. Llegamos a un cerrito. Y otra vez la carretera es recta. Las luces del carro iluminan una casa de cemento; es tan pequeña que parece una letrina. El Míster parquea la camioneta sobre la tierra blanca.

—Okay, amigos. —El Míster le da la vuelta a la llave y el motor se apaga, pero deja las luces encendidas. Me abre la puerta y dice—: Fuera. Ven —le dice a Carla, nomás me bajo del carro.

—No correr, ¿okay?

—Okei —decimos Carla y yo.

—Tú —le dice a Patricia haciéndole señas.

—Okay, tu turno. —El Chino se acerca a la puerta, y de ahí ya estamos todos afuera.

Cierra la puerta.

—Esperar. —El Míster camina hacia la parte de atrás de la camioneta, saca nuestras mochilas y se las da a El Chino y Patricia.

Hay una brisa. Las luces del carro le dan a un árbol grandote que está a la par de la letrina de cemento y, a su lado, hay una bandera de La USA.

—Allá es México. —El Míster señala para adelante, hasta donde ya no se ven las luces, donde hay otra bandera—. Caminar —dice—. No correr.

—Caminen rápido —dice El Chino, y me agarra la mano. Carla le agarra la cintura a Patricia. Caminamos sobre el asfalto y hay mucho polvo.

—Chamarras —dice Patricia.

Me quito la chamarra de la cintura y bota un montón de polvo. Me la pongo. Igual hace Carla.

No hay nadie en la letrina. Tiene una ventana, y no hay nadie dentro. El Chino se da la vuelta y se despide de El Míster González.

—Vieja, que buena gente ese maitro, ¿va?

—Requete buena gente —dice Patricia.

—Un gringo bueno.

—Un ángel.

¿Un ángel? Tal vez. Pero no entiendo.

—¿Por qué fue tan buena gente con nosotros? —les pregunto.

—Porque es de los nuestros —dice fuerte Patricia, y tiene razón. Se parecía a nosotros. Lo único es que hablaba raro, pero es el gringo que mejor habla español de los que hemos conocido. Tal vez por eso, porque es de los nuestros.

Las luces de la camioneta no llegan hasta acá. Las dejamos allá atrás nomás pasamos a la par de la otra bandera, la bandera mexicana. Acá no hay ni una luz. Todo es bien oscuro. No está ni la luna. El camino se inclina hacia arriba enfrente de nosotros. Vamos camino a un cerro. Estamos en México.

9

Todo va' estar bien
7 de junio, 1999

Llevamos acá ya tres días. Hoy los polleros nos dijeron que salimos mañana. Hemos estado descansando, como nos dijo El Míster. Durmiendo, más que todo. Los polleros nos tienen encerrados en una casa porque dicen que así «es más seguro», porque «capaz alguien nos ve y llaman a La Migra». Esta casa no tiene muebles. Dormimos en el suelo con otras gentes que dicen que van a ir con nosotros.

—No vamos a ser muchos —dice el pollero principal, el jefe. Este pollero es gringo. A veces se le salen palabras en inglés. Dice cosas como «trip»—. El trip por el desierto —dice, cuando habla de nuestro cruce.

Siempre lleva el mismo sombrero vaquero, una camisa de botones con dos bolsas en el pecho, el mismo par de bluyines, las mismas botas café y un cincho de cuero marrón con una hebilla con un toro cosido en líneas blancas. Ramón. Así nos dijo que se llama, pero bien sabemos que ese no es su nombre de verdad.

Después de que El Míster nos soltó, dormimos en una cuneta debajo de un techo, a la par de una calle de asfalto. No recuerdo nada más. Solo que Carla y yo estábamos acurrucados entre Patricia y El Chino. Así nos dormimos, apretados puro sangüich por el frío. A la mañana siguiente una viejita nos preguntó si necesitábamos un coyote, un pollero, «un cruce». Nos llevó a su casa, nos dio frijoles con tortillas de harina y esperamos a que llegara un hombre que nos dijo que su primo «hacía cruces». El Chino y Patricia le dijeron al hombre que andábamos sin pisto, pero que teníamos familia en La USA. Para

medio día ya estábamos en un picop viejo con otro extraño. Me quedé dormido encima de las piernas de Patricia. Me desperté cabal cuando llegamos a este pueblo y unos chuchos estaban ladrando. Este es más grande que el otro donde nos dejó El Míster, pero más chiquito que donde dormimos antes del primer cruce y hasta más chiquito que La Herradura.

Ramón dice que sabe bien cómo llegar. Dice que sus primos van a estar esperándonos en dos vans «bien perronas». Me gusta cómo habla. Dice palabras que no había escuchado antes. Perronas. Me imagino un perro bien grandote con dientes bien grandotes. Todos los polleros que conocemos nos prometen que vamos a ver unas vans y siempre es mentira. Pero estos polleros son distintos. No conocen a Don Dago, El Coyote, El Mero Mero, Coco Liso, Mario o Paco.

—Va a ser fácil. Rapidito —dice Ramón, siempre que viene a almorzar y a darnos noticias de El Trip—. No va a haber mucha gente. Unos veinticinco cuando mucho.

Dijo la verdad. No llegamos ni a las veinte personas. Los polleros nos dan arroz, frijoles y una tortilla de las grandotas, de las que me gustan. Eso comemos tres veces al día, todos los días. En la cocina hay dos ollas grandes, una de arroz y otra de frijoles. Las especias están a la par del lavamanos. Ramón hizo la primera olla de frijoles, pero no le quedaron muy ricos. Ahora los adultos se turnan para ver quién va a cocinar. Para el almuerzo, Ramón siempre trae unas tortillas recién hechas; es mi parte favorita del almuerzo.

No podemos salir a la calle, entonces dormimos un montón. Es igual que en Guadalajara, solo que acá los gallos nos despiertan al amanecer y los chuchos ladran a toda hora. Si uno empieza a ladrar, los otros le contestan. En vez de camas, acá hay un gran bulto de sábanas que compartimos entre todos. Hay sábanas con rosas, con la imagen de la Virgen, otra de animalitos. La de nosotros tiene un tigre. Escogimos una parte desocupada de la casa y nos dormimos en el piso frío. Desde esa vez que nos dormimos en la cuneta, debajo del techo de jaber ni

quién, Los Cuatro dormimos todos juntos, puros guineos. Me encanta. Patricia es el guineo más grande. De ahí le sigue Carla. En frente de ella voy yo y pego mi cara a la espalda de El Chino. Así agarramos calor de noche. Cuando es de día, el piso nos quita el calor, nos mantiene más frescos.

Tomamos un montón de agua, no de botellas, sino del chorro. El agua sabe raro, como a metal, «pero es agua», nos dice Patricia. Ya casi le sanó la cara. Ya hasta se le fue el fuego que tenía en el labio, pero todavía tiene unos aruñones. El primer día Patricia nos lavó la ropa. Nos bañamos. Acá no hay jabones Zote. Hay unos jabones Rosa en el baño. Un montón en una bolsa. Todos los días olemos a rosas.

Ramón viene a la hora del almuerzo. Roberto, el otro pollero, viene para la cena y revisa que todavía haya comida y jabones y todo. Roberto dice que él no es gringo, pero que también sabe bien cómo llegar. Es más viejo que Ramón y tiene un bigote bien grueso y su pelo es café oscuro, casi negro.

—Están en buenas manos, morrito —me dice.

Roberto no se viste como Ramón. Él lleva bluyines, camisetas y botas negras.

—Okei —le digo. Los Cuatro decimos así desde que conocimos a El Míster.

—Írenlo, ya eres un gringo, un gabachito. —Esa palabra me recuerda a Mario. Espero que estos polleros sí nos lleven a La USA. Quiero ser gringo. Quiero hablar inglés y salir en películas.

Ayer llegó una mamá con su hijo. Son de Guatemala y el niño tiene once años. Se llama Tarsicio. Nunca había escuchado ese nombre, entonces siempre lo decía mal y un día hasta se enojó. Su mamá le dice Tarsi. Ellos se quedan todo el día en el cuarto y casi que solo salen para comer. Todo mundo hace lo mismo. Me aburro, pero mejor así que andar bajo el sol caminando por kilómetros, mejor así que estar en una jaula.

Ya casi siento las piernas como antes. Lo único es que siento como

que alguien me apretara duro las espinillas, me parece como que estoy en un río y el agua pasa alrededor de mí. Ya casi no tengo dolor de cabeza. Solo falta un día. Una caminata más. Ramón dijo que salimos mañana cuando se ponga el sol. Para ir al desierto siempre se sale cuando se pone el sol. Amaneceres. Atardeceres. Me empiezan a caer mal los dos.

8 - 6 - 99

Ramón y Roberto nos sorprenden en la mañana. Nunca vienen juntos. Juntan a todos en la sala, donde estamos Los Cuatro encima de nuestra sábana de tigre.

—No podemos salir hoy, primos —dice Ramón—. Estamos esperando a otro grupo.

—Púchica, ya van con babosadas estos cerotes también.

—Tranquila, Patita —le dice El Chino a Patricia, quedito para que no escuchen los polleros.

—Afuera hace mucho calor. Treintaicinco grados desde hace días. Mejor si salimos mañana —dice Ramón.

—Puta, está más caliente por aquí. —Patricia le da un codazo a El Chino.

—Y se siente como que si fuera más, así que tomen bastante agua.

Las botas de Roberto truenan cuando camina enfrente de nosotros. Roberto, así se llama, pero todos los polleros tienen apodos. Ya sé que a los Robertos les dicen Beto. Pero nunca había escuchado que a alguien le dijeran «Monchi». Me recuerda a las aguas frescas de Los Mochis.

Monchi y Beto son nuestros polleros. Dicen que no vamos a cruzar por las montañas. Que El Trip va a ser bien cortito, «una noche y un día en el desierto, cuando mucho». Al anochecer dos vans nos van a recoger a un lado de la carretera. Pero eso nos han dicho todos los

polleros. El Chino y Patricia no dicen nada. Carla y yo los miramos a ellos. Patricia no ha parado de decir que se quiere regresar a El Salvador si no la logramos esta vez. Solo eso ha dicho desde que nos agarraron la segunda vez.

—Muy yuca —le dice Patricia ahorita a El Chino; Carla y yo la vemos—. La última, esta es la última —dice todas las mañanas, todas las noches.

Nos mete miedo. Si se va, ¿qué irá a hacer El Chino? Carla no se quiere regresar. Pero si Patricia se va, Carla se irá con ella. No me quiero regresar, pero no me puedo quedar aquí solito. No confío en nadie más. Si El Chino se va, me tengo que ir con ellos. Quiero seguir intentando. Estoy bien cansado, pero si llego a la van, llego hasta donde están mis papás. Bien la hacemos. Hemos estado bien cerca de lograrlo.

Siempre que Patricia dice esas cosas El Chino trata de calmarla. Ahorita le dice:

—Vamos a tratar y seguimos tratando hasta que lo logremos, me vale cuántas veces tengamos que intentar.

Ella siempre le dice que sí, que tiene razón. Ojalá no le esté dando pajas.

Cuando Monchi termina de hablar se le acerca a Patricia y le pide el número de teléfono de su esposo.

—No tienes feria, pero está bien. Tenemos que hablar con tu contacto para que nos pague cuando lleguemos a Tucson. —Cuando recién llegamos a esta casa, Monchi solo habló con El Chino porque pensó que sí éramos familia.

Después de que Patricia escribe el número de su esposo en una hoja de papel, le recuerda a Monchi que yo no soy su hijo de a de veras.

—Ah cabrón —dice Monchi, y me pide el número de mis papás. Espera a que busque una hoja de papel pero me lo sé de memoria. Él lo escribe en una libretita.

—¿Puedo hablar con ellos? —le pregunto.

—El teléfono está en otra casa, morrito. Nosotros vamos a hablar con ellos —dice Monchi y se va, así no más.

—Así son. Tampoco me dejaron hablar con mi gente —dice El Chino para hacerme sentir mejor.

—Coco Liso nunca nos pidió números de teléfono —le digo a El Chino.

—Monchi y Beto son de otra gente y hay que pagarles —dice El Chino. Me recuerda que mis papás ya habían pagado por el segundo tiro, que iba incluido en lo que pagaron por el primer tiro.

Ya me gasté todos los dólares que tenía escondiditos en la ropa. Patricia y El Chino todavía tenían pisto y se lo gastaron para traernos hasta acá.

—No te preocupés —dicen El Chino y Patricia.

—Primero Dios, mañana vas a ver a tus papás. —Patricia suena como que está mejor, más esperanzada.

Quiero escuchar la voz de Mi Mamá y la de Mi Papá. Nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con ellos. Ellos llamaban cada dos semanas. Me hace falta ir a la casa de El Panadero para hablar con ellos.

—Descansen —dicen Monchi y Beto, antes de irse—. Mañana ya van a ser gringos.

9 - 6 - 99

Patricia y yo llevamos exactamente la misma ropa que nos ponemos siempre que nos vamos a subir a un picop, que nos va a llevar a un terreno vacío a la par de un camino en el desierto. Los Cuatro vamos con nuestras chamarras: una negra, otra café, otra gris y la mía verde. Los polleros le compraron un galón de agua a cada persona, una lata de sardinas y una bolsa de pan Bimbo a cada grupo. Nos dieron rollos de tirro, también, para tapar el plástico blanco, y la gente que nunca

había ido al desierto, como Tarsi y su mamá, nos preguntaron que por qué le poníamos tirro a los galones. Carla y yo nos reímos; ya somos expertos.

A menos que sea necesario, no nos movemos en todo el día. Ya nos dormimos, tomamos agua, comimos más que de costumbre. Estoy listo. Tenemos que cruzar.

—Vamos a cruzar —decimos Los Cuatro, lo decimos una y otra vez.

—La tercera es la vencida —dice El Chino, y al fin salimos de la casa.

Los picops que están afuera, esperándonos, son negros. No conocemos a los choferes, pero no importa; Monchi y Beto vienen con nosotros. Monchi trae otra ropa. Igual viene con una camisa de botones, cincho y bluyines, pero ahora trae una cachucha de béisbol y unos tenis.

Ahora somos treintaicinco, con todo y los cinco que llegaron anoche. Hay dos de Ecuador, dos de Cuba y un hombre de Brasil. Los Treintaicinco. El grupo se parte en dos y nos subimos a los picops. Carla y yo vamos adelante. El Chino y Patricia están justo detrás de nosotros, viéndonos por la ventana que da a la cama del picop. Tarsi y su mamá, quien nunca nos dijo su nombre, también están adelante, en el otro picop. Vamos entre Beto y el chofer; el chofer es un hombre canoso con una barba desaliñada y se ve más viejo que Beto.

No hablan mucho ellos dos. Avanzamos, y Beto enciende la radio, y suenan unas canciones norteñas, que nunca había escuchado. Los chuchos ladran mientras los picops pasan por una calle de cemento. El horizonte, por donde se mire, es rosado.

—Por allá —le dice Beto al chofer—. Por allá —dice otra vez, hasta que entramos a una carretera de dos carriles y que tiene zacate seco a los lados que, bajo la luz del sol, se mira dorado.

Al fin suena una canción que conozco. Es Grupo Límite. Canta Alicia Villareal. «Soy la sombra de tu vida. Tú me elevas y me tiras»… Nos alejamos del atardecer, de las montañas que ahora, desde el

espejo, son apenas una sombra enfrente del sol. Me encanta el coro: «Y te aprovechas, porque sabes que te quiero»… Avanzamos hasta llegar a unas montañas anaranjadas, que parecen hormigueros.

No vemos muchos carros. El otro picop va detrás de nosotros y ya, no hay nada más, y solo escuchamos el sonido de las llantas rodando sobre el asfalto. Me acuerdo cuando pensaba que sonaban igual a las olas del mar, pero acá dentro de la cabina suenan diferente, un sonido como pegajoso, como cuando uno desprende un pedazo de velcro. El cielo cambia de color. Suenan otras norteñas, pero todas tienen el mismo ritmo. Pom. Pom. Pom. Pom-pom-pom. Pom. Pom. Pom. Pom-pom-pom.

Media hora después Beto le dice al chofer:

—Primo, primo, acá a la izquierda.

—¿Acá?

—Sí, pariente, aquí merito. —Beto señala a un camino de tierra; la tierra es roja y llena de piedras.

El picop va para abajo y un conejito pasa enfrente de nosotros. Juit-juit, juit-juit, cantan los pájaros que están en los arbustos.

Detrás de nosotros se forma una nube de polvo rojo y cubre al otro picop; El Chino y Patricia se tapan la boca y la nariz con las chamarras. El cielo oscuro se pone más y más oscuro. Ya salieron las primeras estrellas y miro más montañas. Vamos más adentro y el picop truena y truena, y así hasta llegar a donde hay un montón de arbustos.

—Acá está bien —le dice Beto al chofer, mostrándole un pedazo de tierra donde hay bolsas de basura, ropa, latas y botellas de agua.

Como ya viene el frío me cubro los dedos con las mangas de las chamarras.

Beto abre la puerta. Pom. Pom. Pom. Pom-pom-pom. Pom. Pom. Pom. Pom-pom-pom.

—¡Ya llegamos! —grita bien duro, dándole sopapos a la puerta.

Así, de casi noche, la tierra parece como cubierta de sangre y el

zacate amarillo oscuro al rato se pone gris. Todo va a cambiar de color en un ratito. Miro una piedra en el suelo. La levanto. Brilla como que si fuera plata.

—¿Qué es?

—Plata —le digo a Carla.

—N'hombre, fantasía —dice.

Miro la piedra y la tiro a un arbusto por ahí. Quería ver pájaros, pero no hay nada. Sí los escucho cantar, a lo lejos. Juit-juit, juit-juit.

—Acá —dice Monchi bien fuerte, señalando a un pedazo de tierra lleno de basura—. Siéntense.

Todos se sientan y esperamos a que los polleros nos digan qué vamos a hacer.

—Hoy no va a haber luna, entonces quédense cerca —dice Beto.

—Vamos a ver luces a la izquierda, luces a la derecha —dice Monchi—. Esas son las luces de La Migra; tienen torres de vigilancia. Vamos a alejarnos de ellas.

—Pase lo que pase. Tratamos hasta que lo logremos —le dice El Chino a Patricia, y ella asiente con la cabeza.

—Vamos a buscar las vías del tren —sigue Monchi.

—Y seguimos las vías, lejos de las montañas —dice Beto.

Los polleros terminan de decirnos qué vamos a hacer y le revisan la ropa a la gente. La nuestra no refleja nada de nada. Cuento los murciélagos que están arriba de mí.

—¡Hagan una fila! —grita Monchi, y se va adelante. Beto va hasta atrás. Antes de meternos en la fila, Patricia hace una oración. Nos persinamos y empezamos a caminar.

Nunca habíamos caminado con tanto frío. Se me enchina la piel. Hace un rato, cuando todavía había luz, vi nieblina en las montañas que estaban enfrente de nosotros, era una línea blanca, era como que si las montañas usaran faldas. Ahora, Los Cuatro vamos casi hasta adelante, cerca de Monchi, y él es la cabeza de Los Treintaicinco.

Después de una hora de camino, tras apuntarle a las montañas,

encontramos las vías del tren.

—Como la primera vez —dice Carla.

No me acordaba de las vías, de la madera, las piedras, la madera, las piedras. No me recordaba que estaban en medio de un cerro. Son como una serpiente larguísima.

—Si viene el tren, corremos! —grita Monchi.

—¿Y este por qué grita? —digo, apretándole la mano a El Chino.

—Porque todavía estamos en México —dice.

Está requete oscuro, pero nuestros ojos se acostumbran y podemos ver un poquito del paisaje. Nunca sé si estamos en México o La USA. Los dos tienen los mismos arbustos, hay Solitarios y algunos Peluches. En vez de árboles hay piedras y un nuevo arbusto que parece planta de tequila, solo que más chiquita y no tiene hojas gordas ni largas. Tiene un palo grandote que le sale de en medio, puro hisopo.

Tarsi y su mamá van casi hasta atrás. Tenían cara de miedo cuando los polleros nos estaban diciendo qué hacer. Seguro pusimos la misma cara para nuestro primer tiro; siento que eso fue hace ya un montón de tiempo. Me gustaría que estuvieran más cerca, así Tarsi tal vez me ayuda a ponerle nombres a las plantas.

—Dentro de una hora vamos a pasar al lado de un aeropuerto; no se acerquen —dice Monchi.

¿Un aeropuerto? Una vez fui al aeropuerto. Abuelito Chepe me llevó a ver a los aviones despegar. Siempre he querido estar adentro de un avión.

—Mirá. —El Chino me muestra un puntito que parpadea lejos. Una luz roja y verde. Se enciende y se apaga.

—Un avión —dice Patricia.

Carla y yo miramos para arriba. No está tan arriba. Lo escuchamos pasar. Es un avión pequeño, no de los grandotes de TACA, que fui a ver con Abuelito Chepe.

—Ojalá no sea La Migra —dice El Chino, y yo aprieto todo. Quiero tirarme al suelo, me quiero esconder, pero El Chino me agarra la

mano.

—No te preocupés.

—La tercera es la vencida —dicen Patricia y El Chino al mismo tiempo.

¡¿La Migra tiene aviones?! Aviones, helicópteros, binoculares para ver de noche, chuchos, camionetas, ¡tienen de todo! Los otros polleros no nos metieron miedo así. Caminamos un rato sobre las vías del tren hasta que unas pequeñas montañas aparecen enfrente de nosotros. Adelante ya no hay luces, solo atrás.

—A la izquierda! —grita Monchi.

Nos alejamos de las vías. Encontramos un camino con otro tipo de tierra, parece más de arena y no hay nada de zacate.

—Río seco —dice El Chino.

Al rato nos sentamos cerca de unos arbustos.

—Por allá está Gringolandia —Monchi señala un río.

—De ahora en adelante, nadie grita —dice Beto.

—Si les chiflo, se tiran al suelo —dice Monchi—. Quédense cerca. Si nos toca correr, no les voy a chiflar. Si ven a gente corriendo, corran ustedes también.

—Pero miren para dónde agarramos. Corran con nosotros y no se alejen del grupo —agrega Beto.

—¿Okay? —dice Monchi.

—Sí —dice la gente.

—Okei —decimos Carla y yo en inglés, porque ya mero llegamos a La USA.

—Orinen, tomen agua, que no vamos a parar hasta que lleguemos a la carretera.

¿Una carretera? ¿Ya? ¿Tan rápido? No hemos visto ni un cerco con alambre de púas. Todos hacemos pipí. Estoy nervioso y tengo frío, pero no me duelen las piernas. No tengo zacate en los zapatos. No pasa nada. Vamos a llegar.

—Vení. —Patricia me jala.

Estamos de rodillas, rezando otra vez. Ya rezamos así una vez y no funcionó. Pero no he tratado de rezar con las manos juntas y los dedos cruzados…

—A rezar. —Patricia nos pone las manos encima. El Chino nos abraza. Yo cruzo los dedos y cruzo hasta los dedos de los pies—. Diosito, guárdanos de todo lo malo para que lleguemos a nuestro destino. Amén.

Amén.

10 - 6 - 99

Nos escondemos de todas las luces. Luces a la izquierda, a la derecha, ¡todas! Los aviones aterrizan y despegan enfrente de nosotros. Vamos por el camino más oscuro, el que está en medio de todo. Ya sé que estamos en La USA porque hay más y más cercos. El Chino nos carga a Carla y a mí sobre los alambres de púas. Lo hace con calma. Todos se ayudan.

Tal vez es cierto que Monchi conoce «la mejor ruta» y que «nadie más pasa por aquí». Todo lo que dice, pasa. Las luces aparecieron nomás nos bajamos de las vías del tren y empezamos a caminar a la par del río seco, despuesito de los cerritos. «Una estación de La Migra» fue el mensaje que recorrió Los Treintaicinco.

Monchi y Beto ya no gritan. Dijeron que íbamos a pasar por caminos de tierra y así fue. Después vamos a llegar a «la carretera».

No hemos dejado de caminar. Una vez nos tiramos al suelo, pero fue porque Beto pensó que vio las luces de un carro. Chifló y todos nos metimos entre la tierra. Pero al final no era nada.

La carretera de asfalto que estamos buscando tiene dos carriles, así nos dijo Monchi cuando íbamos a la par del río seco. Nos dijo que cuando llegáramos teníamos que correr al otro lado, pero solo hasta que él chiflara. Todavía no hemos llegado.

Monchi se acerca al cerco a metros de la carretera. Me acuerdo de Coco Liso.

—Acérquense —susurra Monchi.

Estamos acostados en el suelo, enfrente del alambre de púas.

—Igual que siempre —nos dice El Chino a mí y a Carla.

Monchi chifla y salimos de la tierra y corremos al otro lado. No hay carros. Todos pasan al otro lado. El corazón me late bien rápido, pero no porque voy corriendo, es porque tengo miedo. Me imagino a Beto y Monchi que se tuercen el tobillo o a Los Cuatro topándonos con un cactus, a toda la gente quedándose sin agua…

Paramos un rato. Mi corazón va más despacio y El Chino me da agua. Nos formamos en fila otra vez. Sigo a Patricia y casi que pego la cara a su mochila. Estamos bien cerca. Nadie está cansado. Tenemos un montón de agua, más que suficiente. Apenas nos hemos tomado medio galón, ¡y es nuestro primer galón! Patricia y El Chino llevan los otros tres en sus mochilas. Hoy sí vamos a llegar. Monchi chifla. Un motor en el cielo. Dejamos de caminar. Nos acostamos en el suelo.

Me acuerdo del helicóptero. De la espada de luz chajaceando el suelo. Pero es un avioncito, nomás.

—Agáchense.

—Aeropuerto —dice la gente.

Pensé que estaba más lejos el aeropuerto.

—Vieja, creo que es otro —dice El Chino.

¿Dos aeropuertos tan cerquita? En El Salvador solo hay uno y es para aviones grandotes. Este avión es hasta más chiquito que el anterior, puro microbús con alas. Luces verdes y rojas parpadean encima de nosotros. El sonido me recuerda al estero. Me acuerdo de la lancha que agarramos en Guatemala, camino a Oaxaca. Ya ni me acordaba de eso. El Hombre Gritón. «No pasa nada. No pasa nada —me digo a mí mismo—. La tercera es la vencida».

Me encanta buscar a la luna, bien grandota, blanca. Ver cómo cambia de color. Mejor eso que andar viendo qué horas son. La luna ha estado ahí siempre, viéndome, desde que me despedí de Abuelita Neli, Tía Mali, Lupe, Julia, La Bonita, el gato, mi perico. Ahí estaba cuando me despedí de Abuelito Chepe. Cuando Marcelo se fue. Cuando Chele y Mario se fueron corriendo. Me recuerda a todos ellos. Los polleros dijeron que no iba a haber luna hoy, pero no es cierto, ahí está: pura rodaja de sandía sin carne. Apareció sobre las montañas, a nuestra derecha. Me gusta su luz plateada y cómo se ve justo antes de que el sol pinte otro amanecer, y cómo nuestra ropa cambia de negro a gris a azul, como que si fuéramos camaleones.

Después del aeropuerto y la carretera, ya solo hemos pasado caminos de tierra y cercos con alambres de púas. No hemos visto gente. Ni un carro. Ni a La Migra. Ni helicópteros. Gracias a Dios.

—Granja — recorre a Los Treintaicinco.

—Caminen rápido. Corran. —Casi no hay aire, y suena bien duro cuando la gente habla.

Estamos todos en fila, a punto de brincar un cerco. En frente de nosotros hay una gran estructura de metal y unas llantas. Una tubería metálica bien delgadita conecta las cuatro llantas. Parecen arañas grandotas. El Chino me avienta al otro lado del cerco y siento que caí en zacate, pero este no truena igual que el de siempre. El Chino nos agarra de las manos y caminamos bien rápido. Corremos. Seguimos a la gente que están adelante de nosotros. Pasamos debajo de las estructuras de metal y siento que me paré sobre algo mojado.

—Mierda de vaca —dice alguien.

Me da risa, pero de ahí me paro en algo seco.

—Para los zancudos —dice El Chino, pateando un gran trozo de pupú de vaca.

Estamos en una granja, pero no sé de qué es. No hay maíz. No hay

frijol. No hay pipián ni sandías. Solo pupú y zacate verde como el que hay en las canchas de futbol. Llegamos al otro lado de la granja, donde hay otro cerco.

De ahí, Monchi chifla.

Buscamos un arbusto y nos escondemos debajo de él. Me hace falta ver otros cactus, ver árboles.

El pecho se me mueve de arriba abajo. Estoy sudando. Me reviso los zapatos para ver si no me paré en pupú de vaca. Creo que no, pero siento el olor. El Chino me da su galón de agua y me lo acabo.

—Abrí la tuya —le dice El Chino a Patricia; ella lleva el galón #4. Cuando Carla y Patricia terminan de tomar, El Chino agarra el galón porque se lo va a llevar.

—Tiralo —me dice, y yo tiro el galón vacío dentro de un arbusto donde no hay gente.

Miro las montañas y ahí está la luna pintada de amarillo. El cielo empieza a cambiar de color, a ponerse más claro. Las torres de La Migra están detrás de nosotros y cada vez se ven más chiquitas. Miro qué horas son… las cuatro y media.

—Esa mierda no es La Migra —dice El Chino, viendo las luces que están lejos.

—¿Qué?

—Mirá, es una ciudad.

—N'hombre, vos —dice Patricia.

—Cómo no, los polleros nos dieron paja.

¿Una ciudad? Hay un montón de lucecitas y todas son bien brillantes.

—Es el último descanso antes de llegar a otra carretera —dice Beto; habla quedito, pero podemos escucharlo bien, porque no hay nada de ruido.

—Allá vamos a dormir un rato —dice Monchi—. Ya casi llegamos.

¿Cómo que «ya casi llegamos»? ¿Cómo así? ¿A las vans? Dijo que íbamos a llegar al atardecer, no al amanecer. Volteo a ver a El Chino.

—Gracias a Dios.

Patricia se persina. Nos empieza a cambiar el color de la piel. Todo se mira más gris. Hago una oración, en silencio. «Que no aparezca La Migra».

—Vayan a orinar —nos dice Patricia a El Chino y a mí, cuando ve que otra gente hace pipí en los arbustos.

Ya sabemos qué hacer. Nos agachamos debajo de un gran arbusto. El Chino escoge uno y yo otro; me doy la vuelta y empiezo a hacer pipí. Bajo la luz de la luna mi pipí es oscuro.

—Amarillo —le digo a El Chino.

—Yo igual —dice.

Nos reímos. Mi pipí jiede. Cae bien duro en la tierra. «Que no aparezca La Migra».

Sobre las montañas ya solo hay unas pocas nubes bien delgaditas. Cirros transparentes que, puros pañuelos de papel, absorbieron los colores más brillantes del amanecer. No hemos parado y todavía no encontramos «la otra carretera de asfalto». Pasan aviones a la derecha. El paisaje adelante de nosotros es plano. Estamos en un valle. A la izquierda aparecen unos postes de teléfono. Seguro ha de haber una carretera cerca.

—Agáchense.

Gateamos de arbusto en arbusto. Ya amaneció, pero todavía no hay calor. Todavía llevo la chamarra puesta. De lejos escucho mi sonido favorito: el de las olas. Gateamos hasta llegar a la carretera. Acá no hay cerco, pero sí hay basura. Otro grupo ha de haber pasado por aquí. Monchi y Beto están acostados en el suelo, uno a la par del otro, viendo para todos lados. Es una carretera larga. Es una larga lengua negra con líneas amarillas. No vienen carros.

—¡Vamos!

Corremos al otro lado, nos metemos dentro de los arbustos que

están a unos cinco metros de la carretera. Esperamos ahí, viendo que todos lleguen al otro lado, y nos hundimos dentro de los arbustos. La tierra parece yeso por lo casi blanca que es. Hay piedras y unas hormigas gigantes pasan enfrente de nosotros. Caminamos hasta encontrar un grupo de arbustos tamaño familiar.

—Descansemos un rato. Busquen sombra —dicen Beto y Monchi, casi al mismo tiempo.

—Duérmanse un rato —dice Beto—. Media hora y seguimos.

—No vamos a parar hasta que se ponga bien caliente. Ya estamos cerca —agrega Monchi.

—La Migra tiene binoculares para ver a oscuras. Cuando chifle, se tiran. Escojan una piedra grande para esconderse, si pueden.

Hay piedras por todos lados.

—Va, durmámonos. —El Chino sonríe como que si no escuchó lo de los binoculares.

Patricia y Carla ya están acostadas con camisetas en la cara. El Chino saca dos camisetas de su mochila.

—Los capuchones —dice.

¿Por qué nadie dice nada de los binoculares? Tengo miedo.

Hay moscas por acá. Ya se despertaron los pájaros. Escucho cuando grita un zanate. Ca. Ca. No me gusta cómo hacen ellos. Suena como que si tuvieran algo trabado en la garganta.

—A dormir pues —dice El Chino, y me toca el hombro.

A lo lejos, escucho a otros pájaros hacer ruido. Ya se despertó el desierto. Me quito la chamarra y la uso de almohada. El suelo está frío. Me muevo para entrar más en la tierra, como hemos visto que hacen los pajaritos, y cierro los ojos.

A la derecha, a varios kilómetros de distancia, bien lejos hay algo que se mira puro pueblo, tiene casas y más casas, bien pegaditas y con árboles alrededor. ¡Palos! El aire se siente como que si estuviéramos enfrente de un volcán.

—Todo va’ estar bien —nos dicen Patricia y El Chino a Carla y a mí.

Tenemos agua. Nos quedan dos galones todavía y ni siquiera es medio día. Miro al pueblo, las casas, los árboles delgaditos que salen del suelo, puros ejotes, y me imagino la sombra que dan, el agua que hay cerca, aire acondicionado, piscinas, comida recién hecha, una cama…

Ya estoy algo cansado, pero no como la vez pasada. El Chino no me tiene que cargar. Todavía puedo caminar. No hay nada de ruido más que el de nuestros pasos.

—¿Quién dijo miedo? —dijo alguien enfrente de Carla, cuando otra vez pasamos a la par de un coyote muerto, o lo que quedaba de él. Todavía tenía pelo. Estaba chuco. Gris. Las costillas y la columna ya se estaban poniendo blancas. Estaba lleno de moscas. Unos zopilotes volaban cerca. Patricia se persinó y por verla yo me persiné. Ojalá no sea mal augurio como la vez pasada.

Seguimos caminando y cada vez hay menos y menos pájaros, menos ruido, menos cactus. Quiero beber algo frío. El agua que llevamos está tibia. Este calor ya no se aguanta. Nunca había sentido tanto calor. No hay sombra. No hay árboles. Solo arbustos. Y seguimos caminando. Los polleros dijeron que íbamos a parar cuando se pusiera bien caliente…

La luna viajó por el cielo y, como no había nubes, nos vio durante el amanecer, toda la mañana y ahora, que ya es de tarde. Quiero parar un rato. Me empiezan a temblar las piernas. Los dedos de los pies los siento bien grandotes y siento un hormigueo.

Los Treintaicinco se paran. Tengo la mochila de Patricia en la cara. El Chino se topa conmigo.

—Esta es la última parada antes de llegar a las vans —dice Monchi bien duro.

—Descansen —dice Beto.

Todos intentan esconderse dentro del arbusto más grande. El Chino empieza a tomar agua de nuestra penúltima botella y luego nos la da a nosotros.

—Tomá bastante —le dice Patricia a Carla.

Tomamos lo más que podemos y nos acomodamos en el suelo. Tengo la panza llena de agua y todavía no me puedo acostar bien.

—Má. —El Chino me da su mochila y Patricia le da la suya a Carla.

La uso de almohada. El agua que tengo en la panza me hace ploch.

—Duerman, bichos, tienen que guardar fuerzas para cuando vengan las vans —nos dice Patricia.

—Ya casi llegás con tus papás, Javiercito.

Sonrío y asiento con la cabeza. Me imagino las manos de mis papás. Su casa. Su jardín. El zacate verde de su jardín. Su piscina y sus carros. Quisiera que Los Cuatro conocieran a mis papás. Volteo a ver a Patricia y a Carla. A El Chino. Ya mero me toca despedirme de ellos. El sol está casi encima de nosotros y tira luz para todos lados. Nuestras sombras son bien chiquititas, pero igual se tocan. Somos una gran sombra. Somos una familia. Ojalá descansemos un buen rato.

Son las tres de la tarde y el sol persigue a la luna que ya no podemos ver arriba del horizonte. El aire no se siente más fresco.

—Último tramo, parientes —dice Monchi, y nos ponemos en fila otra vez.

—Estamos buscando una calle con montes bien altos y mucha basura —le dice Beto a Los Cuatro, viendo si Carla y yo estamos bien.

Estoy cansado, pero sí la hago. Me ayudó dormir. Tengo la piel caliente y tengo sed, pero tenemos suficiente agua como para toda la noche.

—Si te querés subir, subite —me dice El Chino a cada rato.

Pero no, todavía puedo andar así. A lo lejos, a la izquierda, por donde están las montañas, aparece un remolino de polvo.

—Usshh, el diablo anda por allá —dice Patricia y se persina. Siempre que ella se persina, yo me persino.

Y seguimos caminando. Enfrente de nosotros hay un montón de

postes de teléfono, uno y de ahí, otro y otro y así. Entre poste y poste hay unos cables negros que cuelgan como que si fueran cuerdas para saltar. Los Treintaicinco paran. Nos agachamos y Beto camina hacia adelante, dice que lo sigamos. Aquí los arbustos están bien pegaditos. Cuesta pasar entre ellos. Enfrente de los postes de teléfono hay un monte bien crecido y a veces es hasta más alto que los adultos.

La carretera ha de estar por acá.

Todos se agachan cerca de Monchi y él está sonriendo.

—Qué les dije? Soy el mejor, cabrones —dice, tomando un poco de agua.

—Ahí mero está la carretera. Llegamos temprano —dice Beto, señalando los postes de luz.

—Gracias a Dios —dicen todos, casi al mismo tiempo.

Yo lo digo, pero en mi cabeza. Entre los capuchones miro a la gente sonriendo, les miro sus dientes blancos.

Patricia abraza a Carla. El Chino me mira y me abraza. Huele a sudor y polvo. Carla me sonríe. Se le marcan los camanances y los ojos se le ponen bien grandotes. De ahí cambiamos. Carla abraza a El Chino y Patricia me abraza a mí, me agarra la cara, me mira a los ojos, me besa la frente y dice:

—Gracias a Dios. —Todavía tiene rayones en la cara. Nunca me había besado. Siento sus heridas en mi piel. Parece como que quiere llorar—. Gracias a Dios —dice, y yo digo lo mismo, sin decirlo; solo muevo los labios.

—Nos quedamos aquí, lejos de la carretera, boca abajo en el suelo. —Beto mira a todos y asiente con la cabeza.

—Cuando vengan las vans, van a sonar la bocina tres veces. Nos acercamos a la carretera y van a tocar la bocina otra vez. Y ahí sí entramos, ¿okay? —dice Monchi, y se echa agua en la cara.

—¿Como en cuánto? —pregunta alguien.

—En cualquier momento, antes del atardecer —dice Beto.

—Descansen, pero no se duerman. Ya llegamos. —Monchi toca el

suelo y se vuelve a echar agua en la cara—. Acuéstense. Escóndanse.

—Va, pongámonos trucha —nos dice El Chino.

—Trucha —repite Patricia.

¿Ya llegamos? ¿Hoy sí? No me convence.

—Ya la hicimos. —Patricia me mira.

No sé.

—¿Qué ondas?

Levanto los hombros.

—No te preocupés. —El Chino me toca los hombros.

—¿Y La Migra? —pregunto.

—¡No pensés así bicho! —dice Patricia bien brava—. No nos echés sal.

Carla mueve la cabeza.

Me acuesto boca abajo y agarro unos palitos para jugar. Estamos debajo de un Arbusto de Cachiporra. Agarro unas espinas y hago como que son vacas. No me quiero dormir. Quiero estar listo. Quiero entrar a la van y llegar hasta donde están mis papás. ¿Será que hoy sí? No sé qué sentir. Se siente raro, como que estoy jugando pelota y no hay portero en la portería. No me convence.

—Está bien, bicho. —El Chino me toca la espalda—. No nos va' encontrar La Migra. Monchi es vergón.

—Es el mejor —dice Patricia.

Juego con mis vacas. Hago que se choquen con los cuernos. Tal vez son toros. O dinosaurios. Me van a cuidar. Nos van a cuidar de La Migra. «Que no venga La Migra, por favor. Que no aparezca, okei?».

Las olas chocan cerca de nosotros. De ahí los tres pitos revientan puras trompetas sobre las olas. El agua llega a la playa y los pitos se van.

—Ellos son —dice Monchi suavecito, no quiere gritar.

Todos los arbustos se mueven. Nos levantamos del suelo. Llevamos dos horas debajo de los Arbustos de Cachiporra. Pasaban carros y

todos bien listos para salir corriendo. ¿Nada? ¿Ni un pito? Entonces la gente se relajaba.

Pero ahora, ¡ahora sí! ¡Pitaron tres veces! El corazón me late bien rápido. Siento como que alguien me echó agua fría en la cabeza. Siento como que tengo hielo en la espalda. ¡Voy a ver a mis papás!

—Vamos! —grita Monchi.

—¡Agachados todos! —Beto le grita a la gente de hasta adelante.

Vamos más rápido que de costumbre. Casi vamos corriendo entre arbusto y arbusto. De un Cachiporra a uno de Cera. Queremos sentir el aire acondicionado. Tomar agua fría. Bañarnos. Ropa limpia. Salir del desierto. Quitarnos del sol.

—Agáchense! —dice Monchi, y nos acostamos en el suelo donde hay hojas y palitos.

Viene otro carro. La ola rompe y se desvanece. Todos van con sus mochilas.

—Agáchense lo más que puedan!

Nos acercamos a los postes de teléfono. Son las cinco y veinte y el piso es blanco como yeso. Gateamos hasta llegar al monte, es más grueso y alto que la mayoría de Los Treintaicinco. Las hojas parecen como las de caña de azúcar y la mayor parte están secas y amarillas.

—Son filudas —dice alguien.

—Esas cortan, tengan cuidado —dice Patricia.

Todos están cerca de Monchi y Beto, escondidos debajo de un Arbusto de Cera.

—Okay, cuando vengan las vans, entramos corriendo. —Monchi voltea a vernos y nos señala a Carla, Patricia y a mí—. Ustedes tres conmigo —dice, y toca la tierra que está detrás de él. El Chino nos ve y mueve la cabeza hacia Monchi.

Beto señala a Tarsi y a su mamá.

—Ahí se reparten parejos. Hagan fila —dicen.

—Mi grupo va a la primera van. —Beto voltea para atrás, mira a la gente que hacen fila detrás de él. Parecen dieciocho sapos esperando

saltar al otro lado.

—Primero que pasen los hombres altos, los grandotes. Corren y se acuestan en el piso del carro. Después otro grupo y se acuestan encima.

—Mujeres y niños se acuestan encima de todos.

Todos se voltean a ver. Patricia, Carla y yo esperamos a la par de Monchi. Hay filas de hombres y mujeres a la par de los polleros. Todos están acostados en el suelo blanco. El suelo enfrente de nosotros está bien agrietado. Todos tratan de ver si son más pequeños que la persona de adelante, pero cuesta porque están acostados en el suelo. El Chino no es muy grande y se pone casi hasta atrás de la fila de Monchi. En la fila son trece adultos, más Monchi, Patricia, Carla, y yo que esperamos al lado. Todos los adultos llevan sus mochilas en las manos.

Se acerca un carro azul oscuro. Nos aplanamos en el suelo y viene una nube de polvo. El chofer pita tres veces. Salen volando unas piedras.

—¡Ya, ya, ya, ya! —le dice Beto a su fila, y la gente se levanta y corren dentro del monte que parece caña.

—¡Quietos! —nos dice Monchi a nosotros.

Me late bien rápido el corazón. Patricia agarra a Carla. El Chino se acerca a nosotros. Me destripa la mano.

—¡Abran la puerta! —grita Beto.

Se abre la puerta de metal. El carro sigue encendido.

—¡Métanse!

La gente se tira al piso del carro hasta que todos están adentro.

Se cierran las puertas.

—¡Ya, ya, ya, ya! —grita Beto desde el asiento de adelante, pegándole al carro.

Las llantas dan vueltas. La van tiene atrás una escalera en la puerta derecha y en la izquierda lleva una llanta de repuesto. Se van en dos pencazos.

Me sudan las manos. Siento como que el corazón me va a reventar en el pecho. Aprieto todo.

Escuchamos que viene otro carro.

—¡Prepárense! —grita Monchi. De ahí dice—: ¡Yayayaya!

Los hombres corren. Monchi se levanta, está a la par de nosotros y me agarra la mano, y mis pies pasan volando sobre la tierra. Patricia y Carla van atrás de nosotros. Pasamos por el monte. A la par de la carretera el sol pega más duro. Las puertas se abren de un solo. Monchi me suelta la mano y pone la mano enfrente de Patricia.

—Esperen —dice—. ¡Yayaya! —le dice a los demás.

La van es blanca y tiene líneas azules y vidrios polarizados. El carro sigue encendido. Los hombres brincan dentro, donde todo está oscuro. Otros avientan sus mochilas adentro y de ahí entran ellos. Seis. Ocho personas. La gente brinca encima de más gente como que si fueran chuchos.

—¡Pa' adentro! —le dice Monchi a El Chino, que está hasta atrás—. ¡Ustedes tres! —grita Monchi.

Patricia se tira encima de la gente. Carla igual. De ahí Monchi me empuja dentro. Acá hay un hombre. Sus dientes. La puerta se cierra detrás de mí. Todo se pone oscuro. Me subo a la panza de un señor. Se abre y cierra la puerta de adelante. La van empieza a moverse. Le toco el cuello a alguien. Una cara. Ya nos vamos. Me paro en la mano de alguien.

—*Das guatam tolkin abaut!* —Escucho la voz de Monchi ahí no más, y eso que está detrás de una gruesa cortina negra que divide la van—. ¡Eso, cabrones! —grita otra vez, y empieza a aplaudir.

Acá hay aire acondicionado. La gente que está debajo de mí hace ruido. Acá no hay nada. No hay asientos. Solo una alfombra azul. Unas cortinas rojas. Acá huele a polvo, a sudor, a pupú de vaca.

—Muévete para allá.

—¡Estás encima de mí!

—¡Quítate!

Carla y Patricia están del otro lado del carro, cerca de la puerta corrediza. El Chino está hasta atrás, cerca de mí. Casi le puedo tocar las piernas huesudas.

—Vení —dice, y gateo encima de la gente para llegar hasta donde está él.

—Ya la hicimos. —El Chino está medio encima de alguien y alguien más está encima de sus piernas.

Me imaginé que la van iba a ser más grande. Por las cortinas casi no entra luz. Tengo ganas de ver para afuera.

—¡Cállense! ¡No se muevan mucho! —grita Monchi, desde adelante.

Las cortinas de adelante dejan entrar un poquito de luz. Trato de verle la cara a Monchi, pero solo miro algo celeste. ¿El cielo? ¿El parabrisas?

—¿Querés tomar agua? —dice El Chino, y busca su mochila entre el montón de cuerpos. La gente hace ruido cuando él se mueve. Encuentra la mochila, la abre y saca nuestro último galón—. Tomá todo lo que podás.

Agarro el galón. Está bien pesado. Está lleno. Me cuesta llevármelo a la boca. Una mano extraña me ayuda a sostener el galón.

—Gracias —le digo a su sombra.

—¿Quieren? —El Chino les habla a los brazos, las piernas, los cuellos y caras que tenemos cerca.

—Sí —dicen, calladito.

El galón llega a los labios de la gente que está hasta atrás. Otro galón va para adelante. Manos y piernas. Mochilas. Hoy sí. Tenemos aire acondicionado y agua.

—¡Cállense! —grita Monchi.

La gente deja de hablar. Tengo la cabeza justo encima de la llanta de atrás, del lado del chofer. Escucho la llanta sobando el asfalto que está debajo de nosotros.

Estamos dentro de un carro, no escondiéndonos de uno. Ojalá que todos hayan llegado bien. Marcelo. Chele. Mario. Coco Liso. Las otras

gentes que no conozco. Shhhhhh. Me gusta cómo hace el carro. Me gusta cómo hace. Cierro los ojos y hago como que estoy en la playa con Mi Mamá, Abuelita Neli, Tía Mali y Tía Lupe.

—¡Treinta minutos! —grita Monchi desde adelante—. ¡Treinta!

La persona que está debajo de mí me despierta con un codazo y escucho que tenemos otros carros a la par. Vamos más rápido. Las llantas suenan bien duro, como que estuviéramos raspando hielo para hacer minutas. La luz del sol, que entra al carro, es anaranjada. Trato de levantarme para ver por la ventana.

—No toqués. —El Chino mueve la mano enfrente de mí.

—Ya sé —le digo, y me acerco a ver entre la cortina y el vidrio polarizado.

Edificios. Carros. ¡Cactus Gente! Un cielo de muchos colores. Vamos por una carretera bien grande. Dos carriles, de ahí un pedazo con tierra, y otros dos carriles que van para el otro lado. Alguien ronca bien duro. Cuando el hombre se atraganta, los que vamos despiertos nos reímos calladito, pero igual sigue roncando. Me recuerda a Tía Mali.

Parece que Patricia y Carla van dormidas. Tienen los ojos cerrados, pero puedo verles lo blanco de sus ojos. Parecemos pura caja de fósforos. Palitos encima de otros palitos. Un pastel de gente. Yo soy la candela de arriba. El más chiquito de todos que va encima de la alfombra mágica. Soy Aladino y al fin crucé el desierto.

Estoy dentro de un cuarto sin muebles. Solo hay una alfombra café, bien oscura y hay gente por todos lados. Las ventanas están cerradas. A la par de la puerta de madera los azulejos son beis y hay un lavamanos con un chorro plateado. Hay una refri. Paredes blancas. Un pasillo donde El Chino dice que está el baño; el pasillo también tiene

alfombra. Cuando me desperté iba en sus brazos y pensé que todo era un sueño, que la casa era un sueño.

—¿Dónde estamos?

—Tucson, en La USA, vos, ¡la gran puta! —dice El Chino, sonriendo y moviendo la cabeza.

Unas gentes se sientan en la alfombra y se recuestan en la pared, y todavía tienen sus mochilas. Otros están dormidos en medio del cuarto.

—¿Y Monchi y Beto?

—Ya se fueron.

Patricia y Carla duermen a la par de nosotros. Carla está acostada encima de la panza de su mamá. Toco la pared y es lisa, no es de cemento. La puerta principal está ahí no más. Tiene manchas cafés por todos lados y una chapa dorada que brilla entre todo lo oscuro. El Chino llenó el galón otra vez. La gente se levanta y llena sus botellas en el lavamanos. Nadie dice nada. Solo podemos encender una luz: la del pasillo.

—Hay más por allá.

—¿Más qué?

—Más gente. —El Chino señala a otra puerta, que está del otro lado del pasillo—. Otros polleros los trajeron para acá.

Cuento cuántos somos y hay, al menos, cuarenta personas en este cuarto.

—Está bien. Ya llegamos. Descansá. Dormite. Relajate, hermanito.

Me duele la cabeza. Me duele el cuerpo. Estoy bien cansado. Me cuesta mantener los ojos abiertos. El Chino me toca la frente.

—Estás bien —repite y repite.

—¿Morrito, cuál es el número de tus papás? —me pregunta un hombre; lo tengo bien cerca. Tiene un bigote café, arrugas bien grandes y mal aliento.

Volteo a ver a El Chino, y él asiente con la cabeza.

Me limpio los ojos y le digo el número al hombre. Marca los números en un teléfono que tiene en la mano. Nunca había visto un teléfono así. El cordón se conecta a una cosa que parece zapato, es beis y está sobre la alfombra del pasillo. Hay más gente ahora. Hay gente en la sala, gente en el pasillo. El cordón de teléfono es tan largo que da vueltas enfrente de los zapatos de la gente que está en la sala. Estos cordones no son colochos. Son lisos.

—Hola. ¿Ustedes son los papás de…? ¿Cómo te llamas, morro? —me pregunta Bigote Café.

—Javier —le digo, y él tiene la mano sobre el micrófono.

—Javier —dice; el teléfono es más grande que mi cara.

—¿Cuántos años tienes? ¿De dónde eres? —pregunta, apretando duro para que no nos escuchen hablar.

—Javier, tiene nueve años y es de El Salvador —dice Bigote Café—. Órale. Sí, acá está. Son mil quinientos dólares. ¿Pueden venir a Phoenix mañana en la mañana? Órale. Traigan efectivo. Cuando estén en Phoenix llamen a este número. —El hombre apacha un botón y deja de hablar. Sonríe—. Tus papás vienen mañana a las nueve.

¿Mañana? No sé ni qué decir.

—¡Mañana, Javier! —El Chino sonríe y me sacude bien duro. Todavía estoy medio dormido. No sé ni qué horas son. Estoy contento, pero ahora quiero ir a hacer pipí. Todo está más oscuro. Hay más extraños, gente que nunca había visto. Mochilas. Zapatos. Botellas de agua. Huele a sardinas. Alguien está comiendo sardinas. Tal vez El Chino es el que huele así. ¿O soy yo? No creo que me haya echado agua de sardina encima.

—Mañana. Va. Gracias a Dios —dice Patricia y se persina. Carla está medio dormida, pero igual sonríe.

Miro al techo. No me había dado cuenta que era blanco y grumoso; parece como que si fuera otra pared. Acá huele bien raro. Las manos me jieden a animal muerto. No he ido ni al baño. Bigote Café

despierta a más gente y pide números de teléfono. La gente que no tiene teléfonos dice nombres de ciudades: Wachingtón, Atlanta, Los Ángeles.

—Chino, baño —le digo cerca de su oído.

—Vamos pueees —dice como jugando, y me ayuda a caminar entre los pies, cabezas y mochilas que están en la sala, entre los zapatos y rodillas del pasillo.

—Entrá —dice, y cierra la puerta del baño—. Te espero.

Está jediondo. La luz no sirve. Hay un inodoro blanco con manchas de pipí en el asiento. El agua del inodoro es amarillo oscuro. A la par hay un cubo de basura lleno de papel higiénico manchado con pupú. Me agarro la nariz y me bajo el zipper. Acá no hay jabón.

Regresamos a donde Carla y Patricia están sentadas, recostadas contra la pared y sus caras se ven grises.

—¿A qué ciudad vas vos? —me pregunta Carla, cuando me siento enfrente de ellas.

—San Rafael.

—¿A dónde?

—California.

—Eso está del otro lado de La USA, ¿ve'á, Mami?

—Creo que sí —dice Patricia.

—¿Y vos, Carla? —me gusta decir su nombre. No lo había dicho en voz alta.

—Virginia.

No sé dónde es eso.

—Queda lejos, pero nos vamos a seguir hablando —dice Patricia.

No sabía que vamos a ciudades diferentes. Pensé que iban a estar cerca. Más cerca. Somos Los Cuatro. Quiero que conozcan a mis papás. Que le digan a Mi Mamá que me porté bien. Quiero ver si Patricia es más chiquita que Mi Mamá. Me miro los zapatos. No me quiero separar de mi familia de mentiras.

—Danos tu número y te llamamos —dice Patricia, sacando un

lapicero y una hoja de papel de la mochila de Carla.

—¡Sí, vos! Así nos mantenemos chambriando —dice El Chino.

—¿Y vos para dónde vas? —le pregunto.

—Allí mismito, a Virginia. —¿El Chino se va con ellas? ¿Me van a dejar solo?

—Bicho, está bien. Siempre he querido ir a California. —El Chino me da un codazo.

Le miro los ojos para ver si me está dando pajas.

—Sí, bicho. Te vamos ir a ver —dice Patricia.

Quería que fueran mis vecinos, quería ir a la escuela con Carla. No me imagino no estando cerca de ellos.

—¿Te querés lavar los pies?

El Chino me desamarra los zapatos. Me distrae. Le doy un sopapo en la mano y me quito los zapatos yo solo, y echo la tierra en la alfombra, le quito los palitos y el zacate a mis calcetines. Tengo tierra entre los dedos de los pies. Me jieden, pero nadie dice nada.

—Lavátelos. —El Chino abre una botella de agua.

—¿Aquí?

—Sí, vos, ya todos se lavaron las patas chucas aquí. —Mira para los lados, a la gente que está durmiendo cerca de nosotros—. Por eso apesta. —Se agarra la nariz.

Patricia y Carla se ríen.

Jiede bien feo acá. Un tufo peor que la pata chuca de Tía Mali. Me recuerdo a cuando estaba en la jaula. Olía a polvo, y el inodoro hacía que todo oliera bien feo.

El Chino le echa agua a mis pies y yo me los lavo con las manos. La alfombra absorbe el agua. El Chino se jala el pantalón para que me seque ahí los pies. No quiero hablarle a ninguno de Los Cuatro por teléfono. No va a ser igual. Ya no voy a estar así de cerca de Patricia, Carla y El Chino. Quiero conocer La USA con ellos y que todos juntos aprendamos a hablar inglés.

—Ponete los calcetines. —El Chino levanta mis calcetines y me los

entrega.

—¡Uffa! —dice Carla.

La huelo a ella y a Patricia.

—Ustedes uffa —digo.

Se ríen.

Me pongo los calcetines y espero a que El Chino me amarre los zapatos.

—¡Eso! —grita cuando termina el doble nudo y les da un toquecito a mis zapatos—. Ahora ya podés andar bien pipirisnais en La USA. —Sus dientecitos son como un montón de linternas que brillan en la oscuridad. Me gusta su sonrisa.

—Okei —dice Patricia en inglés—. Tenemos que descansar para mañana.

—Yo no —dice Carla—. ¿No que ya nos vamos?

¿Cómo así?

—¿Ya se van? —digo rapidito.

—Todavía no. Pero ese hombre del bigote dijo que una van iba a venir a recogernos en la madrugada.

¿Otra van? ¿Para Virginia? Todo está pasando muy rápido. Al fin no nos tenemos que esconder de La Migra, ni de los helicópteros. Estamos descansando adentro de una casa en La USA. No tenemos hambre. Ni sed. Quiero seguir hablando. En San Rafael nadie va a saber lo de las abejas en el desierto o de los peces voladores o lo que comíamos en la casa de La Doña o de Paula o el pescado frito que comimos en Acapulco o cuando nos sacaron del bus o cuando aprendimos qué significa faak.

Quiero que ellos les digan a mis papás todo lo que vimos y la gente que conocimos. Mis papás no me van a creer. Nadie me va a creer. Ellos no hicieron El Viaje. Ahora El Chino, Patricia y Carla no van a estar conmigo cuando conozca a gente nueva, cuando coma algo nuevo. No me van a consolar cuando vaya a otro lugar, a otro país; este es el tercer país que conocemos juntos.

Quiero decirles a mis papás que Marcelo nos dejó. Que es un malacate y le debe dinero a Abuelito Chepe. Que casi ni chillé. Que hice lo que me dijeron. Que soy fuerte. Quiero llevar a mi familia de mentiras a California. Aprender a amarrarme las cintas y, de ahí, enseñarle a El Chino que me los amarro igual que él. El Chino es el hermano mayor que nunca tuve.

—¿Será que Virginia está cerca?

—N'hombre, el pollero dijo que son dos o tres días en carro —dice El Chino, y a Carla se le abren bien los ojos.

—¡Tres días! —grita ella.

¡¿Carla va a ver a su papá y hermanita hasta dentro de tres días?!

—Por eso tenemos que dormir, monitos —dice Patricia recostada contra la pared, jalando a Carla cerca de ella. De ahí la abraza diciéndole algo en el oído—. Vení vos también. —Patricia me hace señas con las manos.

Hace ratos que no nos abrazamos los tres. Me hacen falta los moteles donde me acostaba en una cama mientras miraba cómo Patricia jugaba con el pelo de Carla. Me pongo de rodillas cerca de ellas. Siento el corazón en el estómago. Me pesan las pestañas. Cierro los ojos y respiro hondo. Les siento un olor a sudor, a loroco, a masa. Es suave el olor pero nos cubre el tufo a polvo, a pata chuca y sardinas. También les siento olor a jabón Rosa. Patricia me jala hacia ella y me empieza a doler la cabeza.

—Y vos, no seas bayunco —dice ella, llamando a El Chino. Quiero dormir otra vez con ellos como aquella vez en la cuneta o sobre la sábana de tigre, como los últimos días.

El Chino nos echa todo el peso encima. Aplastando la cabeza de Patricia contra la pared. Carla tiene la cara contra el pecho de su mamá y yo tengo la cara en la espalda de Carla. Siento el pecho de El Chino en mis cachetes. Los quiero mucho. Los quiero un montón. Un charquito, un lago en mis ojos. No quiero soltarlos. Nadie quiere soltarse. Un río.

—Ya. Ya —dice Patricia.

Me duele la cabeza. Escucho a Patricia jalando mocos. Dejo caer lágrimas en la espalda de Carla. Siento las lágrimas de El Chino en mi cara.

—Bayuncos —dice El Chino—. No chillen.

—Vos estás chillando —dice Patricia, limpiándose los mocos en el pelo de Carla.

Pero Carla no dice nada.

—Te vamos a extrañar, Javiercito —dice Patricia.

—Sí, hermanito, sos bien fuerte —dice El Chino.

—Bien, bien fuerte —dice Patricia.

Carla asiente con la cabeza, se le llenan los ojos de lágrimas y me sonríe.

—Los voy a extrañar a todos —digo, llorando, viendo a la alfombra.

—Está bien —dicen todos—. Nos vamos a seguir hablando.

—Ahora descansá —dice Patricia, tocándome la espalda, jugando con mi pelo—. Pero mirá, cuando nos vayamos, esta señora te va a cuidar. —Patricia señala a la mamá de Tarsi.

—Ana y Tarsi se van hasta mañana en la tarde —dice El Chino.

¿Ya saben cómo se llama la señora?

Me seco la cara y miro a Ana abrazando a Tarsi y Tarsi está dormido a la par de ella. Ella me saluda.

Yo la saludo.

—Dormite y no te preocupés, ¿okei, gringuito? —dicen Patricia y El Chino, acercándose a mí.

—Acá estamos hasta que te quedés dormido. —Patricia me soba la cabeza.

Carla está a la par de ella. El Chino a la par mía, del otro lado. Patricia me besa la frente otra vez. Los dos me soban la cabeza hasta que me quedo dormido.

11 - 6 - 99

Entre las cortinas entra la luz del día. Ya casi todos se fueron; ya solo queda como una docena de gente durmiendo en la sala. No hay nadie en el pasillo. Volteo a ver a Ana y está sentada en la alfombra, con la espalda contra la pared y Tarsi está acostado a la par de ella.

—Buenos días —dice no muy duro.

Toco la alfombra y ya no están. Creo que vi cuando se fueron. El cuarto estaba bien oscuro y un montón de gente estaba parada con sus mochilas, haciendo fila. Patricia me besó la frente. El Chino me tocó el pelo.

—Ya vino la van —creo que dijeron los dos.

—Salú. —Carla se despidió de mí.

De ahí, uno por uno me abrazaron. Hasta Carla me abrazó. Alguien cerró la puerta y yo cerré los ojos y me dormí otra vez. Pensé que era un sueño.

Ya está haciendo calor aquí. El olor a pata chuca cada vez es peor. Una mujer en la cocina llena su botella de agua. Me duele todo. Estoy solo. No conozco a nadie.

—Duérmase —dice Ana.

Le sonrío y volteo a ver a mi reloj, apenas y son las siete. Faltan dos horas para que lleguen mis papás.

—Duérmase.

Asiento con la cabeza y rezo. Pido para que a Patricia, Carla y El Chino no les pase nada. Para que lleguen a Virginia en menos de tres días. Para que nunca se olviden de mí.

Me recuesto contra la pared, viendo la puerta. Son las nueve menos cinco. En la sala quedan menos de diez personas. A veces Bigote Café sale a «dar una vuelta» y viene otro pollero a cuidar la puerta, es chiquito pero bien musculoso. Tienen un código secreto. Tocan la

puerta tres veces, pero con algo que suena como un anillo de metal. Escucho todo lo que pasa. Tengo las manos en la alfombra. Estoy listo para salir corriendo hacia la puerta.

Siempre que Bigote Café regresa, viene con alguien. Esa persona entra a la sala, un poquito nomás, lo suficiente para que cierren la puerta. La persona levanta la nariz, y sienten el mal olor. Bigote Café grita un nombre. Si nadie dice «Yo» o levanta la mano, manda al otro pollero al cuarto al final del pasillo.

Desde las siete Bigote Café ha gritado tres nombres. Primero el de una mujer que estaba dormida a la par mía. La mujer abrazó al hombre que vino con Bigote Café, y lo llenó de besos. De seguro era su esposo. De ahí fue un hombre que salió del otro cuarto cargando su mochila. Al rato, lo mismo pasó con otro hombre. Los dos iban medio dormidos, pero sonriendo. Las dos veces pienso que un hermano o un tío los vino a recoger. Los hombres se abrazaron como que si no supieran cómo abrazarse. Las tres veces, después de llorar un rato, de darse besos y abrazos, Bigote Café les dijo que se fueran. Nadie se ha quejado.

Casi no he dormido. El corazón me late bien rápido, más acelerado que cuando estábamos en el desierto. Me sudan las manos. Sigo pensando en Mi Papá, Papá Javi, Padre. ¿Cómo le voy a decir? No sé si lo voy a reconocer. ¿Será que me va a abrazar? Sé que voy a correr a abrazar a Mamá Pati. Me recuerdo de ella. La extraño. Los extraño a los dos. Ya quiero ver si ella se ve diferente. Si huele igual que la última vez. ¿Tendrá el mismo peinado? ¿Se habrá pintado la cara? ¿Será que se echó perfume? ¿Qué marca de perfume?

Me sudan un montón las manos. A cada rato miro la hora. Miro al pollero y las cadenitas de oro que tiene en el cuello. Este no viste ropa tan apretada, como El Bigote Café que salió afuera hace unos minutos. Suena el anillo, toc, toc, toc.

Me levanto antes de que se abra la puerta.

Le quitan llave. Tarsi está despierto y me ve. Su mamá sonríe y se

para a la par mía.

Se abre la puerta. Entra una gran luz.

Alguien grita mi nombre.

Aparecen dos sombras. Al fin.

Once I knew, then I forgot. It was as if I had fallen asleep in a field only to discover at waking that a grove of trees had grown up around me.

CHARLES SIMIC
The World Doesn't End

5 de abril, 2021

Durante siete semanas (del 20 de abril de 1999 al 10 de junio de 1999), nadie sabía dónde estaba. Abuelito Chepe me dejó con Don Dago en Tecún Umán, y Don Dago no volvió a llamar a mi familia en El Salvador. Ninguno de los coyotes o los polleros hablaron con mis papás en California. La primera vez que mi familia escuchó algo de mí fue cuando Marcelo llamó a mis papás el 1 de junio de 1999. No sé cómo hizo Marcelo para llegar a Los Ángeles, pero les dijo a mis papás que yo estaba «en buenas manos» y que yo «estaba segurísimo», que iba a verlos pronto. Antes de colgar les dijo: «No se preocupen, Javier es un niño especial».

A mi mamá y a mi papá les dio insomnio. De noche dormían con el teléfono a un lado de la cama, esperando a que sonara. No podían ir a buscarme cerca de la frontera porque tenían miedo de que la Border Patrol los detuviera y los deportara. Lo único que podían hacer era esperar y tener fe en que iba a cruzar a salvo. Ellos iban a trabajar, llamaban a El Salvador dos veces al día, pidieron dinero prestado por si un pollero los llamaba, e iban a sus clases de inglés en el College de Marin. En ese entonces su maestra era Carol Adair. La pareja de Carol era la futura Poeta Laureada de Los Estados Unidos, Kay Ryan. Mis papás le contaron todo a sus compañeros de clase, a Carol, a Kay. Les dijeron que yo estaba como en un limbo. Todos temían que estuviera muerto y en clase siempre rezaban por mí y encendían una vela. Tres países al sur, Abuelita Neli encendía una vela cada noche y pedía para que llegara con bien a California.

El 10 de junio de 1999, alrededor de las ocho de la noche, Bigote Café llamó a mis papás. Ellos tomaron un taxi para el aeropuerto de San Francisco, compraron tickets para volar a Phoenix International. Ellos viajaron con sus pasaportes salvadoreños y al aterrizar tomaron otro taxi para Tucson. Tenían que tomar la primera salida camino a un Texaco, justo a la par del *freeway*, y ahí iba a estar Bigote Café, a las 9 en punto, cerca de un teléfono público. Le dieron el dinero a Bigote Café y él los llevó hasta el edificio de apartamentos donde yo estaba. No caminaron mucho. Recuerdo cuando tocaron la puerta. El corazón me latía rápido cuando el pollero abrió la puerta y yo corrí a los brazos de Mi Mamá.

Mis papás y yo solo hemos hablado unas pocas veces de lo que viví en esas siete semanas. La primera vez fue de inmediato, justo después de que Bigote Café cerrara la puerta y de camino a la gasolinera donde estaba un taxi esperando para llevarnos a Phoenix International. Luego volamos a San Rafael, el pueblo donde viví hasta el 2008, cuando empecé el *college*. La segunda vez fue muchos años después, cuando empecé a escribir poesía y comencé a procesar todo lo que sentía sobre —y el efecto que tuvo en mí— mi Viaje. Cuando hablé con ellos, los dos lloraron. Ellos recordaban que cuando me vieron por primera vez yo olía a «un tufo bien feo a meados con caca y animal muerto». Nunca lo han olvidado. Otras veces que hablamos al respecto fue cuando les hacía preguntas por mensaje o los llamaba mientras escribía este libro.

Mis padres fueron los que me recordaron que El Chino llamó varias veces, que ellos le dijeron gracias por todo lo que él hizo por mí. Yo también hablé con él, pero no me acuerdo de qué hablamos. Mi Mamá dice que él sonaba a que era un buen joven. «Se oía como que era buena gente —dice ella—. Y tenía una voz bien honesta». Ella todavía se acuerda de que El Chino le decía que yo le recordaba a su hermanito que había muerto. Patricia llamó una o dos veces. Mis padres le dieron las gracias. Mis padres hicieron planes para seguir en

contacto con ambos, pero unas semanas después El Chino y Patricia cambiaron de número de teléfono y perdimos contacto con ellos. A Mi Mamá le gusta decir que ellos son unos «ángeles». A mí me preocupa que eso les quite su humanidad y la capacidad que tuvieron de demostrarle amor y compasión a un extraño; una capacidad que no se basa en alguna religión.

Igual que mis papás, no me detuve a pensar en lo que ocurrió conmigo esas siete semanas cuando viajé de El Salvador a California. Nunca olvidé a El Chino, Patricia, Carla, Chele, Marcelo y todas las personas que conocí de camino, pero recordarlas era algo doloroso. No fue hasta que empecé a escribir poesía y, después, este libro (algo imposible sin la masiva ayuda de mi psicóloga), que tuve el valor, y que me sentí lo suficiente sano, para revisitar estos lugares, la gente y los momentos que me formaron. Espero que este libro me reúna, de alguna forma, con El Chino, Patricia y Carla, que sepa qué pasó con ellos después de que nos separamos y saber cómo ha sido su vida en este país. Creo que nunca les di las gracias. Quiero agradecerles ahora, como un adulto, por arriesgar sus vidas por un niño de nueve años al que no conocían.

Por años no pude ir a El Salvador, por mi estatus migratorio. No regresé sino hasta el 2018, cuando tenía 28 años y vi otra vez a Abuelita Neli. Para entonces Tía Mali ya había hecho El Viaje a California. Se casó y tuvo un hijo. Tía Lupe también emigró y ahora tiene otra hija. Las dos llegaron a California cuando yo estaba en *high school*, y todavía viven en el mismo vecindario. La hija mayor de Tía Lupe, Julia, vive en La Herradura con Abuelita Neli, Abuelito Chepe y sus dos perritos, Max y Nina, en la misma casa donde crecí yo. Entre el 2002 y el 2012 Abuelito Chepe fue a vernos a California tres veces, porque recibió una visa de turista; es el único miembro de la familia que ha recibido una. Todavía quema basura todas las tardes.

Nunca supe qué le paso a Chele o a las otras personas que estuvieron conmigo. Temo que hayan muerto en el Desierto de

Sonora. Este libro es para ellos y para cada migrante que ha cruzado, que lo ha intentado, que está cruzando ahora mismo, y para los que van a seguir intentando cruzar.

AGRADECIMIENTOS

Un millón de gracias a:

El pueblo centroamericano, a los migrantes de todo el mundo y los ancestros que nos cuidan.

Abuelito Chepe y Abuelita Neli, los quiero mucho.

Mamá Pati y Papá Javi, no imagino lo duro que es para ustedes leer este libro y lo que sintieron esas semanas. Espero no sientan culpa pues los perdoné hace mucho. Los amo, todos los días.

Tía Mali y Tía Lupe, gracias por su apoyo, allá y en este país, siempre las llevo en mis pensamientos.

Julia, Adriana, Toñito, siempre pienso en ustedes, estoy orgulloso de ustedes y creo en ustedes.

Josephine Blair Cipriano, mi primera y mejor lectora, mi editora más inmisericorde, gracias por darle forma a este libro, por haberlo convertido en lo que es hoy. Por abrazarme cuando el trauma parecía derrotarme. Por ayudarme a ser la persona que nunca pensé que iba a ser. Gracias por tus sesiones de Reiki, por tu alegría, tus cuidados y tu amor interminable. Este libro no existiría sin ti. Te amo a vos y a nuestra gatita, Loka.

Wendy Carolina Franco, Ph.D., sus terapias me ayudaron a alcanzar esos lugares donde tenía escondida esta historia. Gracias por ayudarme a llevarla a la luz y por ser la guía y bruja perfecta que me ayudó a sanar.

Dora Rodríguez, gracias por mostrarme que podemos ayudar a quienes pasaron el mismo tipo de trauma que pasamos nosotros, y en los mismos lugares donde ocurrió el nuestro. Usted es una guerrera y todos los días me inspira. Gracias por fundar Salvavision. Primero en su corazón, y ahora como centro de recursos hecho de ladrillo y

mortero en Sasabe, Sonora. Estoy acá para compartir el mensaje y ayudar en lo que sea que necesite esta organización liderada por una hermosa mujer salvadoreña.

Paco Cantú, gracias por quitarte un uniforme y por ponerte el uniforme de nuestra amistad, *my Arizonan broder*. Gerardo del Valle, mi hermano guatemalteco, gracias por tus películas y tu amistad. Gracias a ambos por ayudarme a volver sobre mis pasos en los lugares que menciono en este libro.

La Herradura, San Rafael (The Canal), Berkeley, Brooklyn, Hamilton, Cambridge, Harlem, Tucson y todxs lxs amigxs que hice en esos lugares que llamé mi hogar. Me ayudaron más de lo que creen.

A The Lannan Foundation, por el apoyo que me ofreció para terminar este libro.

A The Radcliffe Institute, por el tiempo y espacio que me brindaron para que pudiera reunir todas las notas que he guardado desde que vine a este país y empezar a llamarlas «prosa». A mis amigos del Institute y en especial a Lauren Groff, por ver algo en mi trabajo que hizo que pensaras, «Hey, mi agente tiene que ver esto».

Bill Clegg, no imagino cómo sería mi vida sin ti. Gracias por creer en mí desde el día que nos conocimos. Fuiste un extraño durante este viaje y ahora te considero como parte de mi familia. *You deserve all the donuts in the world!*

A David Ebershoff, *my superstar editor*, por tu cuidado, tu honestidad y por esa llamada que me cambió la vida. Gracias por todo.

A todos en The Clegg Agency y Hogarth (Penguin Random House) que me ayudaron a darle vida a *Solito*, los aprecio, los veo, les agradezco.

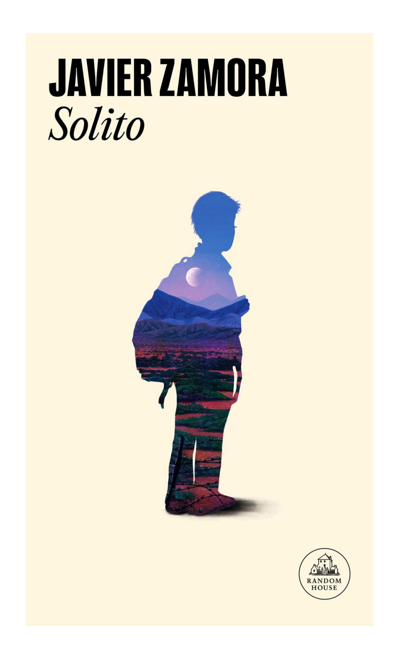
A Alexandra Torrealba y todos en Vintage Español, gracias por creer en este libro y ponerme en contacto con mi tocayo, José García Escobar, ¡gracias vos, por esta gran traducción!

Y a El Chino, Patricia y Carla, donde sea que estén, les debo mi vida, los llevo conmigo siempre.

UN NIÑO DE NUEVE AÑOS.
UN VIAJE IMPOSIBLE.
UNAS MEMORIAS INOLVIDABLES.

«Javier Zamora ha escrito una obra fundamental para entender la tragedia en la que se ha convertido la migración en nuestros tiempos».
Cristina Rivera Garza

«Leí *Solito* con el corazón en un puño y rompí a llorar al terminarlo. Cuánta humanidad, qué escritor y menudo libro. Una obra maestra».
Emma Straub



Con tan solo nueve años, Javier Zamora emprendió un viaje de cinco mil kilómetros de El Salvador a Estados Unidos para reencontrarse con sus padres, dejando atrás todo lo que le era familiar. En compañía de un grupo de desconocidos guiados por un coyote, el recorrido que iba a durar dos semanas se convirtió en una imposible odisea de casi dos meses, cambiándole la vida para siempre. *Solito* es el relato de esa experiencia, el testimonio inolvidable de un largo y angustioso periplo, pero también un libro lleno de amor, bondad y agradecimiento. Es la historia de Javier, pero también la historia de millones que no tuvieron otra opción que abandonar su hogar.

La crítica ha dicho:

«Un relato cautivador sobre la perseverancia y sobre lo que están dispuestas a hacer las personas para ayudarse en tiempos difíciles».
DAVE EGGERS

«He esperado décadas para unas memorias como las de *Solito*».
SANDRA CISNEROS

«Es imposible que este libro no te arrastre y te transforme».
Los Angeles Times

«*Solito* es tanto una obra de sanación personal como una demanda implícita a los países, incluido Estados Unidos, para que aborden las dificultades y el peligro que la inmigración supuso para Zamora y los riesgos que sigue entrañando para muchas otras personas».
The New York Times

«Un trabajo bellamente forjado que convierte la experiencia de la migración en una narración vívida e inmediatamente accesible».
Kirkus Reviews

«Un emotivo retrato del poder de la conexión humana. Una historia enormemente conmovedora».
Publishers Weekly

«Unas memorias fascinantes. *Solito* es especial por muchas razones, pero la principal es la voz de Zamora y la energía con la que vívidamente relata de nuevo su viaje. Una lectura muy necesaria».
Gabino Iglesias, NPR

«Un logro monumental».
Oprah

«Una obra indispensable y bellísima».
The New York Times Book Review

«Un clásico inmediato. Javier Zamora ha elevado "la historia de chico migrante" a cimas literarias».
Jose Antonio Vargas

«Lo que Javier Zamora ha conseguido con *Solito* parece miraculoso. Esa perfecta recuperación de la voz, la consciencia y las emociones del niño de nueve años que Zamora fue».
Francisco Goldman

«La magia de este libro no solo yace en la cautivadora voz del joven Javier, el desgarrador viaje y la inmensa valentía de los inmigrantes, o la construcción del viaje del héroe. Es difícil aceptar que este libro no siempre ha estado con nosotros. ¿Cómo puede ser que algo tan

esencial y fundamental para la historia norteamericana no forme parte aún de nuestro canon?».

San Francisco Chronicle

«*Solito* es una revelación».

DANIEL ALARCÓN

Javier Zamora nació en La Herradura, El Salvador, en 1990. Su padre huyó de El Salvador cuando él tenía un año de edad, y su madre cuando estaba a punto de cumplir cinco. Las migraciones de ambos padres fueron a causa de la guerra civil salvadoreña (1980-1992), financiada por Estados Unidos. En 1999, Javier emigró por Guatemala, México y el desierto de Sonora. Su temprana obra de poesía *Unaccompanied* explora cómo la inmigración y la guerra civil impactaron en su familia. Zamora fue becario de Radcliffe (2018-2019) para la Universidad de Harvard. Ha obtenido becas de MacDowell, del National Endowment for the Arts, de The Poetry Foundation, de la Stanford University y de Yaddo. Recibió la beca literaria Lannan 2017, así como el Narrative Prize 2017 y el galardón Barnes & Noble «Escritores por Escritores» 2016, por su trabajo en la Campaña «Undocupoets». Javier Zamora vive actualmente en Tucson, Arizona, donde es voluntario de la asociación Salvavision.



Título original: *Solito*

Primera edición: enero de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Vintage Español
Ilustración de portada: © Daniel Liévano

ISBN: 978-84-397-4290-6

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
X: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse

Índice